
This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google™ books

<https://books.google.com>





Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





INDIANA
UNIVERSITY
LIBRARY

Contiene

Canto, A.

— Los mustenses.

Morales, J.

— La gran shiguera.

Pira, X. M.

— El angel guardian.

Segna, J.

— El valle de Andana.

— D. Benito Pantoja.

Ramos, J. M.

— La elave.

Es, J.

— El hermano Baltasar.

Flo, J.

— Las parandaras.

— Maria del Pilar.

Ros, J.

— El barbero de Sevilla.

— Las travessuras de Figaro.



Teatro.

=

.3. serie

ham



102017

.T171

v. 24

INDIANA UNIVERSITY LIBRARY

LOS MOSTENSES

ZARZUELA CÓMICA

1 3
EN TRES ACTOS, DIVIDIDOS EN NUEVE CUADROS

EN PROSA, ORIGINAL DE

CANTÓ, LUCIO Y ARNICHES

MÚSICA DEL

MAESTRO CHAPÍ

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA la noche del 6
de Diciembre de 1893

(Refundido por mi)



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

Caracter de la terna = (triple). Acto 11

LAURA.....	Srta. Soler Di-Franco.
SUPERIORA.....	Sra. Toda.
MADRE TORNERA.....	García.
MADRE MÓNICA.....	Rosal.
ÚRSULA.....	Srta. Sánchez.
EDUCANDA 1. ^a	Pastor.
IDEM 2. ^a	Cros.
IDEM 3. ^a	Cantejo.
MESONERA.....	Sra. López.
MOLINERA.....	Srta. Bueno.
MOZA 1. ^a	Rodríguez.
IDEM 2. ^a	Bernal.
IDEM 3. ^a	Vega.
LACERDA.....	Sr. Berges.
DEMANDADERO.....	Soler.
BARBERO.....	Guerra.
MARQUÉS DE LA CRIN.....	Bueso.
EL LEGO.....	Jimeno.
MENDOZA.....	Suárez.
EL MAYORDOMO.....	Navarro.
MOLINERO.....	Peral.
EL TÍO MALASTRIPAS.....	Suárez.
EL TÍO ZORRO (mesonero).....	Alvarez (C.)
QUADRILLERO.....	Sola.

MERCADER 1.º	Sr. Puchol.
IDEM 2.º	Rilo.
ESTUDIANTE 1.º	Asensio (A.)
IDEM 2.º	Gado.
IDEM 3.º	Valls.
MOZO 1.º	Beut.
IDEM 2.º	Sanz.
IDEM 3.º	Asensio (M.)

Mozas, mozos, mercaderes, cuadrilleros, aldeanos, molineros, monjas, educandas y estudiantes. Coro general, banda de bandurrias y guitarras y acompañamiento

Por derecha é izquierda las del actor

Epitafio de don Carlos IV

Esta obra ha sido dirigida y puesta en escena por **D. Migue Soler** y concertada por el maestro **Sr. López**.

Se han estrenado ocho magníficas decoraciones pintadas por **D. Luis Muriel**.

La sastrería ha estado á cargo de la **Sra. Viuda de Vila**.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Decoración. Interior de un mesón. A la derecha una escalera que conduce á un corredor con varios cuartos que hay en el foro. Junto á la escalera una puerta que se supone da á la cocina. A la izquierda otra puerta que da á la cuadra. Una mesa larga rodeada de banquetas en el mismo lado. Varios sacos apilados al pié de dicha escalera. Colgados en los postes que sostienen el corredor habrá colleras, cedazos, etc. En distintos sitios hoces, palas, etc. Al fondo y en el centro, un pozo; detrás la tapia que cerca la casa. Puerta grande, formando chafán, á la izquierda de la tapia; junto á la misma un coche-galera con la lanza levantada.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen tres MERCADERES y un CUADRILLERO jugando á las cartas. Un mozo con un jarro de vino en la mano mirando el juego con atención. Dos arrieros duermen echados sobre los sacos. Otros cuelgan arreos de caballería en los sitios convenientes. Varias mozas, unas apoyadas en la baranda de la escalera y otras en actitud de prestar gran atención en el corredor, frente á un cuarto en el que se oyen sonidos de guitarras, panderas, canto, algazara. El TÍO ZORRO, apoyada la mano en el marco de la puerta derecha, oye la algazara con muestras de vivísimo enfado.

Música

(Se oye el estribillo de una jota tocada por panderas, guitarras y bandurrias. Cesa la música y se oyen gritos y palmoteos.)

Hablado

ZORRO (Renegando.) ¡No os llevarán cinco mil de á caballo!...

CUAD. Bien se conoce que hay estudiantes y que el mesón del Zorro ha perdido su tranquilidad.

MER. 1.º ¡Mala peste los lleve!

ZORRO Afortunadamente, están de paso; van de vacaciones y se han entretenido á tomar un refrigerio; pero todo lo alborotan y todo lo revuelven. (Despertando á los arrieros.) ¡Eh, vamos, que ya es hora!

ESCENA II

DICHOS y MESONERA, saliendo por la puerta de la cocina

MES. ¿Sigue el juego, señores?

CUAD. ¡Hola, tía Alegrías! Mientras que vos no echáis á perder la fama del apodo, aquí tenéis á vuestro marido, el buen tío Zorro, echando pestes contra la Tuna.

MES. ¡Los estudiantes!... ¡Pobrecillos! ¡La Tuna!... ¡Cómo me recuerda mi juventud! Vieja soy, y en cuanto oigo una jota se me cae la baba.

CUAD. Y á mí: yo me parezco á vos, tía Alegrías; soy viejo, y todavía en cuanto veo una Tuna... me iria bailando tras ella. En cambio al tío Zorro, se ve que no le ponen de buen humor.

MER. 1.º ¿Y qué hace esa gente?

MES. Los he dejado templando los instrumentos, porque iban á ir á la plaza.

ZORRO ¡Así no vuelvan!

MER. 1.º Aquí bajan; (se oye gran algazara.) Dejemos el juego para mejor ocasión. (Dejan de jugar.)

ESCENA III

DICHOS, MOZOS y MOZAS del mesón; los ESTUDIANTES que aparecen por el corredor, con guitarras, flautas, panderas, etc., y bajan á la escena

Música

Est. 1.º Ya que el estudiante,
 corriendo la tuna,
 sus libros olvida
 en la vacación,
 cantaremos una
 jotita picante,
 para despedida
 de los del mesón. (Siguen tocando.)

CORO ¡Jesús, qué tunantes
 son los estudiantes!
 ¡Qué zaragateros
 todos ellos son!

Est. 1.º ¡Pon, pon, pon, pon! (Tocando.)
 ¡Ay, ay, ay, qué moza,
 como me retoza
 el alma en el cuerpo
 de satisfacción!

TODOS ¡Pon, pon, pon, pon!
 (Salen cuatro parejas y bailan.)

—
UNO No te quejes, niña hermosa,
 y dale gracias á Dios,
 que en el cielo de tu cara
 en vez de un sol puso dos.
 (Tendiendo los manteos.)

—
Est. 1.º Pisa ya el manteo,
 porque yo deseo
 que tu linda huella
 se dibuje en él;
 pisa con coraje,
 déjalo calado,
 igual que el encaje
 que viene de Argel.

CORO Pisa ya el manteo, etc.
 EST. 1.º ¡Ay! qué zaragata,
 gata, gata, gata,
 cómo luce el talle
 y no se recata,
 cata, cata, cata,
 para que me calle.
 No hay mujer ninguna,
 una, una, una,
 más hermosa y más...
 dígalo la tuna,
 tuna, tuna, tuna,
 que toca á compás.
 CORO ¡Ay! qué zaragata,
 gata, gata, gata, etc.
 UNO De la tuna los amores
 siempre rechazando estás,
 y eso que entre tú y la tuna
 sabe Dios quién será más.
 ESTUDS. Pisa ya el manteo, etc.
 MOZAS ¡Ay! qué zaragata,
 gata, gata, gata, etc.

Hablado

EST. 1.º Compañeros, vamos á echar un baile en la
 plaza. Tío Zorro, ¿nos quiere acompañar su
 merced? Que no faltará moza que al ver esa
 gentileza...
 ZORRO ¡Idos al diablo! (Mal humorado.)
 TODOS ¡Já, já, já!
 UNO ¡Viva el tío Zorro!
 TODOS ¡Viva! (vanse por el foro dando voces de alegría.)

ESCENA IV

El TÍO ZORRO, la MESONERA y los CRIADOS que se agrupan á la
 puerta para ver marchar á los ESTUDIANTES

ZORRO ¡Como fuera yo el Corregidor, ya os daría!...
 MES. Es gente divertida; á mí me entretienen.
 ZORRO Y á los criados también. (Por los que están pa-
 rados á la puerta.) ¡Salomé! ¿Quiere vuestra

alteza ir á dar de comer á los guarros? (La moza obedece bajando la cabeza, y vase por la puerta que da á la cuadra.) Y tú, (Al mozo.) ¡animall, á la cuadra. (Obedece también.) Tú, á la cocina, (A su mujer.) y yo, ¡al demonio! (Vanse cada uno por donde se indica.)

ESCENA / 7

Carlos
LACERDA y MENDOZA; bajan por donde los demás ESTUDIANTES

LAC. Estoy contento de tí, mi querido Mendoza; sé que me ofreces tu ayuda de todo corazón, pero no quiero que mi amistad te obligue á comprometerte gravemente.

MEN. No pienses en eso; todos nosotros estamos dispuestos á ayudarte, y yo en particular; no hago más que corresponderte. Tú te has expuesto mil veces por mis calaveradas; conque habla, chico; se intenta todo, y ó tú recobras la alegría, ó me la haces perder á mí, y lo sentiría, por ser lo único que me queda. ¡Tú tienes un plan, un propósito, pues cuenta conmigo! Dentro de un momento vuelvo y me pongo á tus órdenes. Voy á decir á los compañeros que no tarden, porque conviene que hoy mismo salgamos de aquí. (Vase por el foro.)

ESCENA VI

Ricardo
LACERDA solo

Música

¡Todo ayer me sonreía!
¡Todo alegre lo veía
de mi vida en el albor;
y hoy que nueva fe me guía
y alas tiene el alma mía,
hoy que siento más calor,
hoy que más vida sentía,
me estoy muriendo de amor!

Laura querida;
si de mi vida
Dios dispusiera,
que te la pida,
que tuya es.
Si Él me la ha dado,
dueño adorado,
yo te la ofrezco
enamorado,
loco, á tus piés.

¡Ya de mis labios no brota
de alegre jota la nota,
llena de vida y color,
que hoy mi inspiración se agota,
y la lira miro rota
del amante trovador,
que, en vez de cantar la jota,
te canta endechas de amor!

Yo ni un momento,
mi bien, te olvido,
y si he sentido
de amor la llama
sólo es por tí.
Si en el convento
siempre he de verte,
¡será la muerte
para el que te ama
con frenesí!

ESCENA VII

LACERDA, MENDOZA por el foro; luego EL TÍO ZORRO

Hablado

MEN.

Cantando y bailando les he dejado con todas las mozas del pueblo. Conque ya que allí están alegres, no estemos aquí tristes. ¡Mesonero!... (Llamando.) Venga vino.

ZORRO
MEN.

(Saliendo.) ¿Qué se ofrece?
Traed vino, un jarro muy grande, que se puedan ahogar en él todas las penas de un enamorado. (Vase el Mesonero, que vuelve al punto con el jarro de vino; lo deja en la mesa y hace mutis.)

ESCENA VIII

LACERDA y MENDOZA sentados junto á la mesa. Beben.

MEN. Ante todo, hace falta saber en qué consiste tu rompimiento con tu excelentísimo tío el señor marqués de La Crín. (Saludando.)

LAC. El padre de Laura, el marqués y mi madre eran hermanos. Mi madre casó por amor con un hidalgo, heredero del ilustre apellido de Lacerda; pero sin más escudos que los de su nobleza. El marqués, como sabes, permanece soltero, y el padre de Laura, al morir, dejó á éste el cuidado de su hija y el de una fabulosa fortuna.

MEN. (Bebiendo.) Cuidados ambos que deben pasar á tí.

LAC. Ya te he dicho cien veces que Laura es un ángel de hermosura y de bondad, que nos amamos desde niños; pues bien, de acuerdo con ella, un día, desechando mi timidez, se lo revelé todo á mi tío.

MEN. (Bebiendo.) ¡Preveo la catástrofe!

LAC. (Bebe.) ¡Fué horrorosa! «Querido tío—le dije—yo estoy enamorado, adoro á una mujer y quiero casarme.» «¿Y quién es esa mujer?» «Laura—le dije.» Al oír tal nombre puso un gesto horrible de fiera, y me gritó: «¡Imposible! ¡Laura es una niña, y tú eres un estudiante, un desaplicado!» «¿Un desaplicado? Observad, tío, que el primer año salí bien, y los demás... lo mismo.» «¿Cómo lo mismo, embusterol!» «Sí, señor; lo mismo, todos mal; pero ha sido por Laura; por su amor he perdido los estudios, la alegría, el apetito y...» «Y la vergüenza—añadió él.»

Entonces yo le pregunté indignado: «¿Con qué derecho me la negáis? «¿Soy su padre, señor sobrino!» «Señor marqués, no sois más que un tío.» «¿Y te parece poco.» «Sí, señor, poco; porque, además creo que sois un tío bárbaro y despota...» Se puso rojo de cólera, levantó la voz, luego levantó una silla, me arrojó á la cara la pobreza de mi linaje y me arrojó la silla. Quise evitar un disgusto, pero se abalanzó á la mesa de su despacho, cogió la arenilla y gritó: «¡Cobarde!» Aquella frase me cegó; enseguida me tiró la arenilla y aquello me cegó más todavía. Yo, sin darme cuenta, cogí un tintero de cuerno para defenderme, le arrojé la tinta y me quedé con el cuerno en actitud defensiva.

MEN. ¡Magnífico!

LAC. Y á todo esto el marqués gritaba: «¡Has echado un borrón sobre tu familia!...» Y, efectivamente, con la tinta sobre la cabeza, el buen marqués parecía un vencejo.

MEN. ¡Tiene gracia!

LAC. Al contrario; yo creo que esa fué mi desgracia. Al día siguiente, Laura entraba como educanda en el convento de Santa Clara, y al fin me he quedado sin Laura, sin sueño, sin alegría... y sin tío.

MEN. Pues hay que recobrar todas esas cosas, menos el tío. ¿Tú qué tienes pensado para eso?

LAC. No hay más que un medio: entrar en el convento, robar á Laura, sacarla de allí á todo trance; una dilación cualquiera, quizá diera lugar á desgracias inevitables.

MEN. ¿Y ella estará dispuesta á seguirte?

LAC. Sin duda alguna.

MEN. Pues yo no veo más que una dificultad.

LAC. ¿Cuál?

MEN. Entrar en el convento.

LAC. Pues precisamente en eso estoy pensando hace días, sin dar en el quid. (Pausa.)

MEN. ¿Tú sabes algo de música?

LAC. Sí.

MEN. ¿Te atreverías á tocar el órgano?

- LAC. Si; ¿por qué?
MEN. Porque podías fingirte un músico milanés, de esos que andan componiendo órganos por iglesias y conventos.
LAC. Para eso hace falta...
MEN. Hace falta valor nada más.
LAC. Bueno; valor y que tengan el órgano descompuesto.
MEN. Desechado ese medio; tengo el presentimiento de que el segundo jarro de vino ha de darnos la idea de ponerte entre las buenas madres del convento de Santa Clara y cerca de tu Laura.
LAC. Pues venga vino. ¡Mesonero! (Llamando. Sale el Mesonero y les sirve vino nuevamente.)

ESCENA IX

DICHOS y el HERMANO ANTOLÍN, que viste hábito blanco, montado en un mulo, con un gran paraguas encarnado abierto: lleva las alforjas repletas de pollos, gallinas, jamones y una gran porción de hortalizas. Al entrar en escena, el CORO que le sigue, le rodea. Al apearse del mulo, un mozo retira la caballería. Lacerda y Mendoza quedan aparte bebiendo

Música

- LEGO *Dominus tecum,*
(Echando bendiciones á cuantos le rodean.)
ora pro nobis,
kyrie eleyson.
CORO ¡Hola, hermanito,
¿que es lo que busca
por el mesón?
LEGO Detenerme
y guarecerme
de la lluvia
torrencial;
pues el agua
no hay quien beba,
ni le prueba
á este animal. (Por el mulo.)
Como el pobre

tiene reuma
y le tengo
yo también,
tanto al mulo
como al lego,
no les sienta
el agua bien.
CORO Pues descanse
el pobre lego,
ya irá luego
á su deber.
LEGO Entregadme
una limosna,
y al par dadme
de comer. (Se apea del mulo.

CORO Sintiendo hambre y sed,
aquí en el mesón,
lo que es su merced
no hará colación.

LEGO Como estamos en cuaresma,
y según santas doctrinas
el ayuno es lo primero,
lo primero y principal;
que me déis para los padres,
por amor de Dios espero,
pavos, pollos y gallinas,
y otras aves de corral.

CORO Ya no habla en latín
el lego mostén;
hermano Antolín
eso no está bien.

LEGO Como los padres Mostenses,
por los que sin cesar ruego,
tienen la despensa escasa
para hacer la colación,
hoy encargan que os visite,

como de costumbre, el lego,
por si queda en vuestra casa
todavía algún capón.

CORO Pues toma un capón, (Pegándole.)
 hermano Antolín,
 si es que colación
 vas á hacer al fin.

LEGO Las acelgas y espinacas
 van á dar conmigo fin,
 ¡mirad que carnes tan flacas
 tiene ya el lego Antolín!

CORO ¡Já, já, já, já!
 Como este lego
 no existen dos.
 ¡Jesús qué tuno!
 ¡qué tuno, qué tuno, qué tuno!

LEGO ¡Válgame Dios!
 Me llaman tuno,
 ¡válgame Dios!
 sin ver que ayuno,
 que ay... uno, que ay... uno, que ay... uno
 como no hay dos.

CORO ¡Ay, qué mujeres!
 Lego mostén,
 tú te lo quieres
 tú te lo tén.

LEGO Ven en mi ayuda,
 Dios mío, ven,
 y liberanos
 amén, amén.

Las acelgas y espinacas
van á dar conmigo fin, etc. etc.

CORO Como este lego
 no existen dos, etc. etc.

Hablado

LEGO Con que ya lo sabéis. En atención á los días de Semana Santa que corremos, días de penitencia y ayuno, desea nuestro reverendo padre el prior, libraros del pecado mortal, para lo cual manda que me entreguéis todos los pollos, pavos, gallinas, liebres, conejos y perdices que tengáis, más los gamos que tanto abundan entre vosotros. (Al oír esta frase vanse los mozos por el foro.) Ahora, si queréis entregarme por cuenta propia, roscas, roscos, rosquillas ó roscones, eso en bien de vuestra alma irá; y por cada roscón os daré una bendición para vuestra salvación.

MOZA 1.^a Oiga vuestra merced.

LEGO ¿Qué?

MOZA 1.^a ¿Y para qué quiere el prior todos esos animales?

LEGO Para evitar los comáis y pequéis, y para guisarlos por la Pascua y que se los coman los pobres...

MOZA 2.^a ¿De la comarca?

LEGO ¡Quiá; los pobres frailes!

MOZA 2.^a Bueno, hermano, yo no tengo animales en casa.

LEGO ¿Y tu padre?

MOZA 2.^a Tampoco tiene, pero os daré chocolate.

LEGO Bueno, hija; pues por cada onza te daré una indulgencia.

MOZA 2.^a ¿Plenaria?

LEGO ¡Plenaria, tiene que ser con bizcochos!

MOZA 3.^a Y diga, hermano, después de la Cuaresma, ¿se puede comer carne los viernes?

LEGO Sí, pero hace falta bula.

MOZA 3.^a ¿Y para los demás días?

LEGO Hace falta carne. (A todos.) Con que no os digo más. *¡Pax Domine sic semper vobiscum!* (Echando la bendición.) Y que me traigáis las gallinas. Tomad una estampita.

TODOS Quedad con Dios. (Vanse.)

LEGO (Bajando al proscenio.) ¡Dios mío!... ¡Dios mío!..

y ¡Dios mío!... ¡Qué muchachas!... ¡qué hermosas y qué frescotas! Vamos, me explico que hagan pecar á todos los hombres que no sean legos, y aun á los que sean un poco legos. Yo admiro á los padres de mi convento que miran á las mujeres con la mayor indiferencia... ¡Vamos, que cuando veo á estas muchachas... quisiera ser padre... para no caer en la tentación! ¡Ay! señor, *liberanos Domine*. (Santiguándose.) ¡Qué mujeres! ¡Qué mujeres!

ESCENA X

El LEGO, LA MESONERA. que sale por la puerta que da á al cocina, luego EL TÍO ZORRO, LACERDA y MENDOZA en la mesa

MES. Hermano, ¿estais deseando ya la colación?

LEGO ¿Qué?

MES. ¿Que si queréis que os prepare la colación en seguida?

LEGO Sí, sí; porque ya véis cómo estoy, tía Alegrias: caladito y muerto de cansancio. Me ha cogido el chaparrón en el camino, me he metido en la taberna de la tía Cordera... y, ¡cómo me he puesto!

MES. De vino, ¿eh?

LEGO ¡No, de agua, de agua!

ZORRO (Sale por la izquierda.) ¿Qué, y la comunidad? ¿Cómo están los padres, hermano? (Vase la Mesonera á la cocina.)

LEGO Bien, gracias al Señor, tío Zorro.

ZORRO ¿Y ahora de dónde venís?

LEGO Pues vengo nada menos que del convento de Santa Clara.

LAC. (Aparte á Mendoza, con interés.) ¡Viene del convento!

MEN. (ídem.) Sí, oigámosle.

ZORRO ¿Y cómo están las madres?

LEGO ¡Hechas una bendición! ¡Pues y las educandas! ¡Hay cada muchacha allí como un lucero! En cuanto he llegado yo han empezado las Completas.

ZORRO ¿A qué?
LEGO A cantarlas, y luego Cuarenta horas, trisagios, maitines, los dolores y luego otra vez Completas. Pero hoy he salido del convento disgustadísimo.

ZORRO ¿Y eso?
LEGO Porque me ha hecho la madre Superiora un encargo que no podré cumplir.

ZORRO ¿Cuál?
LEGO Pues no se si sabréis que hará dos meses, ha entrado en la Orden un padre que tiene asombrada con sus sermones á la comunidad.

ZORRO El padre Anselmo; sí, ya he oído decir que es una maravilla.

LEGO Pues bueno, la Abadesa quiere conocerle y que vaya al convento á predicar á las educandas los sermones de Cuaresma.—A vos os lo encargo, hermano Antolín—me ha dicho la Abadesa,—¡hacedle venir! Y para mí que no va. (Lacerda y Mendoza hablan bajo.)

ZORRO ¿Por qué?
LEGO Porque le ha llamado el obispo de Simancas que quiere oírle. Yo no le he dicho á la Abadesa ni que iría ni que no iría. En fin, ya veremos.

ESCENA XI

DICHOS y LA MESONERA (que durante la escena anterior subió al corredor llevando unas ropas de cama), que llega por la escalera

MES. Hermano, en vuestro cuarto de siempre tenéis ya la colación y arreglada la cama para que podáis descansar.

LEGO Bueno, tía Alegrías, vamos á la colación.

ZORRO ¡Buen provecho! (El Lego sube á su cuarto, y el Mesonero y la Mesonera se retiran por la cocina.)

ESCENA XII

LACERDA y MENDOZA

- LAC. ¿Nos hemos quedado solos? (Con misterio.)
MEN. (Levantándose.) Solos; el Lego va á encerrarse en su cuarto.
LAC. ¿Qué te parece mi proyecto?
MEN. ¡Magnífico!
LAC. Sin embargo, pueden venir...
MEN. No temas.
LAC. De todos modos mi plan es decisivo: sales, preparas á los compañeros, vuelves con ellos, pagáis la cuenta, y por menos de un maravedí armáis un escándalo mayúsculo; yo me pierdo en la confusión, tú defiendes en la escalera mi huida. Una vez yo en la calle se acabó la pendencia; ¡sálvese el que pueda! ¡Los compañeros se reunirán en la fuente de los Castaños; yo al convento, tú á buscar dos caballos, y mañana Laura será mía, y mi noble tío el marqués de la Crin se tirará de los pelos hasta arrancarse el título nobiliario! En tí confío, yo voy á escribir á Laura.
MEN. ¡Pues manos á la obra!
LAC. ¡Dios nos ayude! (Se estrechan las manos; Lacerda sube á su cuarto y Mendoza vase por el foro.)

ESCENA XIII

MERCADERES 1.º y 2.º y CUADRILLERO por el foro

- MER. 1.º Ahora que la maldita estudiantina no nos estorba, acepto el desafío y os juego todo el vino que nos podamos beber en toda la semana.
MER. 2.º Aceptado.
CUAD. Pues, andando. ¡Mesonero, naipes y vino! (Se sientan á jugar.)

ESCENA XIV

DICHOS y LOS MESONEROS; ella con un jarro de vino y el con una baraja que da á los jugadores

MER. 1.^o ¿Conque por fin se fué la estudiantina y quedásteis tranquilos, tío Zorro? (Juegan)

ZORRO ¿Cómo marcharse? ¡Enseguita! ¡Sin abonarme el gasto de vino, pan, queso y barullo!

MES. Tienen que volver por los atillos.

MER. 1.^o Pues si no vuelven, ya tenéis prenda: os quedáis con los bártulos.

MES. Todo reunido no vale un escudo.

MER. 2.^o Y qué, tía Alegrías, ¿le habéis entregado todas las gallinas al Lego?

MES. Yo estoy libre de diezmos y prinicias; en cambio, cuando pasa algún Padre, tengo que obsequiarle con lo mejor del corral.

ESCENA XV

DICHOS, MENDOZA y demás ESTUDIANTES con varas escondidas. bajo del manteo; entran armando gran algazara, gritando todos á la vez. Luego LACERDA

EST. 1.^o ¡Mesonero! (Estas voces casi simultáneas.)

EST. 2.^o ¡Tío Zorro!

EST. 3.^o ¡Mesonero!

ZORRO ¡Eh! ¿qué se ofrece? ¿A qué tanto escándalo?

MEN. ¡La cuenta, la cuenta!

MER. 1.^o (Renegando.) ¡Ya están aquí otra vez!

ZORRO La cuenta, la cuenta... ¡Voy por ella! (Hace mutis y vuelve á salir con un manojo de cañas en las manos.)

MEN. Subid algunos al cuarto y recoged todos los bártulos, que es tarde y tenemos que salir ahora mismo. (Lo hacen algunos de los que llevan guitarras.)

ZORRO (saliendo.) Esta no... esta no... ¿esta? (Escogiendo de las cañas una.) Aquí está. (Enseñándoles una.)

MEN. ¿Ahí? (Extrañándose.)

ZORRO Es mi manera de llevar las cuentas. Para cada parroquiano tengo una caña.

~~MEN.~~ ~~Y vuestra mujer un anzuelo. (Rien todos.)~~

EST. 1.º ¡Nos tratan como peces!

EST. 2.º No está mal pez el tío Zorro.

ZORRO Haciendo rayas en la caña, voy marcando los escudos que me deben.

MEN. ¡Buén sistema! (Todo en tono burlón.)

ZORRO Que viene un parroquiano y le preparo un cuarto, raya; pide de cenar, raya; quiere cama, se acuesta, raya; que ronca, raya; que se despierta, raya; que llama á una moza... ¡dos rayas! hasta que se marcha, me pide la cuenta y...

MEN. ¡Y cruz y raya! (Rien todos, burlándose.) No vuelven más por aquí.

ZORRO Naturalmente, de alguna manera hay que arreglarse cuando no se sabe de números. Y con caña y todo se me van muchos sin pagar.

MEN. Qué, ¿os deben algo?

ZORRO ¿Algo?... Un cañaverál lo menos. ¿Véis ese cobertizo? (Señalando hacia la tapia.) Pues está hecho de cuentas atrasadas.

MEN. Pues esas cuentas ya no os las pagarán.

ZORRO ¿Por qué?

MEN. Porque han subido mucho.

ZORRO ¡Ay! mucho, mucho; pues voy á enseñaros el recibo que me quedó á deber un caballero que decía ser pagador del reino. (Saca una caña de pescar.)

TODOS ¡Já, já, já!

ZORRO ¡Como yo le pescara!...

MEN. ¡Pues si no le pescáis con esa caña!... (El tío Zorro deja la caña.)

MEN. Conque, ¿cuánto es nuestra cuenta?. (Que ya Lacerda estará impaciente.)

ZORRO (Contando y mirando el canuto de caña.) Uno, dos, tres... ¡siete escudos!

MEN. ¡Me parece que os habéis equivocado de canuto!

ZORRO ¡No, no! Aquí están las rayas.

EST. 1.º ¡Eso es darnos cañazol! (Los demás gritan.)

MEN. ¡Naturalmente, so tramposo!

MER. 1.^o (A sus compañeros de juego.) Me parece que va á haber jarana con esta gente.

MEN. (Al Mercader.) ¡Hola, señor Apolo! ¿Os molestábamos con la conversación? ¡Pues si no alargárais tanto las orejas os evitábais la molestia de oír y el de que alguna vez os tieren de ellas! (Dejan de jugar.)

MER. 1.^o No se hicieron mis orejas para manos de sopistas.

MEN. (Rápido.) Tío Zorro, tomad los siete escudos, (Se los da.) venga el canuto y vamos á ponerse de mordaza á éste que tiene sobra de orejas y falta de meollo.

TODOS ¡Sí, sí! (Confusión.)

CUAD. (Se levanta y echa mano á la espada.) ¡Fuera de aquí todos, ó hago uso de las armas! (Un Estudiante le descarga un palo.)

EST. 1.^o ¿De las armas? ¡Toma, bribón! (Otro palo.)

CUAD. ¡Favor al rey! (Los Estudiantes sacan las varas y empiezan á repartir palos, confusión, gritaría; se oyen voces de ¡Villanos! ¡Canallas! ¡favor! ¡que me matan! ¡a esos! Los estudiantes, en medio de la confusión, procuran guardar la escalera, á fin de dejar paso por detras de ellos á Lacerda. El Cuadrillero se oculta en el hueco que forma la escalera; las mozas tiran plimientos y tomates de los que hay colgados en el corredor. El desorden es completo; oýese un ruido como si echaran abajo una puerta; el Lego sale precipitadamente de su cuarto en calzoncillos de bayeta amarilla con unos tirantes negros, y apenas ha bajado la escalera recibe un palo que le obliga á retroceder cruzando por toda la escena.)

LEGO ¡Socorro! ¡Favor! (Un Mozo que cruza la escena llevando una collera de cascabeles, es agredido por un estudiante y emprende la huida tras el Lego asustándole más; la Mesonera, que saldrá con una gran cacerola de cobre, recibe un palo en ella, la deja caer y huye chillando. Todo esto muy rápido. Los Estudiantes, cuando ya Lacerda ha huido llevándose los hábitos del Lego, se batan en retirada hacia el foro; los Mozos, el tío Zorro y demás personajes del mesón, como Mercaderes y arrieros, quedan últimamente de espaldas al público, figurando sostener lucha con los Estudiantes que ya están fuera defendiéndose todavía.)

El Cuadrillero, que sigue oculto, asoma la cabeza y al ver que el peligro desaparece ya, saca la espada y comienza á dar tajos en el aire al tiempo que el Lego se dispone á bajar nuevamente; el Cuadrillero dice: ¡Que vengan ahora esos villanos, cobardes! El Lego, creyendo que lo dice por él y al verle en aquella actitud, huye diciendo: ¡San Cucufate me valga! Todo rapidísimo para que el cuadro tenga verdad y colorido. La orquesta simulará la pelea hasta que ésta termine y asome otra vez el Lego por la escalera pidiendo auxilio.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Decoración de selva, figurando un bosque de castaños.—A la derecha un peñasco del cual fluye un caño de agua, siendo ésta recogida en un hoyo.—La decoración, á la izquierda, tiene una abertura ó rompimiento con su correspondiente forillo

ESCENA PRIMERA

CORO DE MOZAS, que con sus cántaros van á la fuente. Luego LOS ESTUDIANTES

Música

CORO

Niña que á la fuente vas (Dentro.)
corre que ya cerca estás.

—
Por agua voy
para beber,
mas no me doy
prisa en volver.

—
En el cristal
de la apartada fuente,
al beber,
podrás ver
tu rostro angelical.
(Saliendo por la izquierda.)

Antes que el sol
oculte tras el monte
su arrebol,
has de estar
de vuelta en el hogar.

Descansemos
compañeras, (Dejan los cántaros.)
que algo nuevo
hay que contar;
pues el fresco
de esta fuente,
nos invita
á murmurar.

(Forman apiñado grupo y dicen con interés y piedad.)

Con el cántaro cargada
hemos visto en el camino,
á una moza enamorada,
y á un zagal muy libertino.
Cuando aquí, y esto es lo grave,
los dos cita no se dan...
es que el cántaro, ¡Dios sabe
en qué fuente llenarán!

Cuando ella venía
por agua á la fuente,
en vez de agua fría
al pueblo volvía
con agua caliente.
Como él no ha querido
por aquí bajar,
y es algo atrevido,
lo que ha sucedido
era de esperar.

No hay que murmurar;
no hay que criticar...

(Pausa. Oyese el alegre son de la jota y palmoreo.)

¡Ay, qué dulce acento!
¡Ay, qué grato son!

Dejad un momento
la murmuración.

EST.

(Salen izquierda.)

Ya que por nuestra fortuna
os salimos al encuentro,
dad de beber á la tuna,
porque se abrasa por dentro.

MOZAS

Nuestro corazón se ablanda
ante vuestro ronco acento,
porque la Iglesia nos manda
dar de beber al sediento.

EST.

(Formando parejas con ellas)

Ven, niña adorada,
la de tersa frente;
¡ay, qué retirada
que tienes la fuente!
Aunque no lo digas,
si yo no me engaño,
tras de mil fatigas
dimos con el caño.

MOZAS

Cantad otra copla.

EST.

La boca está seca
si no le das agua,
preciosa Rebeca.

MOZAS

Aquí hay agua fresca;
(Presentando cada una su cántaro.)
beba su merced.

EST.

¡Yo sí apagaría
contigo la sed! (Beben.)

MOZAS

Llevad cuidadito,
que os estáis mojando.

EST.

Tú me tienes frito.

MOZAS

Idos refrescando.

EST.

Ven y apaga el fuego
de mi corazón.

MOZAS

En la fuente luego
date un remojón.

EST.

Ven, niña monísima,
oye aquí *inter nos*. (Abrazándola.)

MOZAS

No me rompa el cántaro,
y vaya con Dios.
(Con el cántaro al brazo.)

ELLOS

¡Oh, ninfas
del Pindo,
qué lindo
perfil!
Hermosa
es tu cara
cual rosa
de Abril.

ELLAS

¡Qué risa!
De prisa
les entra
el amor.
Si en serio
se toma,
la broma
es peor.

CORO

Que Dios os guarde,
porque ya es tarde.

(Haciendo ademán de marcharse llevando el cántaro.)

EST.

¿Y esa mudanza?

CORO

Es porque el río murmura,
y porque la noche oscura
de prisa avanza.

(Van marchando poco á poco por el forllo izquierda.)

ELLAS

Procura, niña,
seguir tu senda
con mucho tino,
y que la noche
no te sorprenda
por el camino.

ELLOS

Adiós, zagala,
de mi amor prenda;
sigue tu sino,
y que la noche
no te sorprenda
por el camino.

CORO

(Dentro.) ¡La, la, la, la!

EST.

(A media voz.)

Es de las muchachas bellas
la fuente de los Castaños,
mas no te acerques á ellas
si no quieres desengaños.

A la jota, jota
de la estudiantina,
que en viendo una moza
canta y desafina;
pues los estudiantes
de poco magín,
entienden de amores
más que de latín.

(Vanse forllo derecha.)

CORO

EST.

(Lejos.) ¡La, la, la! etc.

Golro

ESCENA II

EL MARQUÉS DE LA CRIN y su MAYORDOMO

Hablado

MAY. (Sale por la izquierda.) Por aquí, señor Marqués.
MARQ. ¡Ajajál! ¡Gracias á Dios!... Descansaremos

aquí, tomaré unas confituras, beberé un sorbo de agua, y seguiremos en la silla de postas hasta llegar al convento de Santa Clara.
MAY. ¿Y á qué hora piensa el señor Marqués que llegaremos al convento? (Siempre muy ceremonioso.)

MAY. A las siete; ya sabes que quiero aguardar á la noche y entrar en él con todas las precauciones necesarias para que la Abadesa únicamente conozca nuestra estancia allí.
MARQ. Excelentemente pensado.

MAY. Quiero sacar á Laura del convento sin que se enteré nadie, ni ella misma, hasta el preciso momento de la salida.
MARQ.

MAY. ¿Y estáis decidido á casaros con vuestra sobrina?

MAY. Decidido; pero antes quiero consultar su opinión.

MAY. Es muy justo.

MAY. ¿Que me quiere? Me caso en seguida. ¿Que no me quiere?... ¿Qué vamos á hacerle?

MAY. Se resigna vucencia.

MAY. ¡Eso! Me resigno y... me caso también. Después de todo, ¿qué va perdiendo? Mi sobrino es menos rico que yo.

MAY. Es verdad.

MAY. Si acaso en lo que me aventaja es en nobleza.

MAY. Pero, ¿tiene más pergaminos que vos?

MAY. No, pero tiene en su blasón seis golondrinas y yo no tengo más que cuatro.

MAY. Pero, en cambio, vucencia tiene un golondrino.

MAY. (Mal humorado.) Bueno, no me lo recuerdes.

para la pág. 45

para la página 45

Por eso quizá en la corte se mira mal este matrimonio, porque cuando fui á despedirme de Su Majestad Carlos cuarto (el Mayordomo se descubre.) y le encontré en su posesión del Buen Retiro pescando, al comunicarle mi pensamiento, me dijo:—¡Casarte con tu sobrina!... ¡Bah! ¡Marqués, eres un imbécil!—Y siguió pescando.

MAY. Señor, Su Majestad no sabía lo que se pescaba.

MARQ. En cambio me dió la enhorabuena Godoy, que estaba más abajo pescando con la reina.

MAY. Señor, Godoy sabe lo que se pesca.

MARQ. Y te advierto que Carlos cuarto no es el primero...

MAY. Ya sé que es el cuarto.

MARQ. Digo que no es el primero que me lo dice; pero yo desprecio las intrigas de la corte, y me casaré á toda costa, y que se fastidie mi sobrino, que no le perdonaré nunca el haberme amenazado con un cuerno.

MAY. Quién sabe si mañana podrá vucencia amenazarle con más...

MARQ. ¿Cómo?

MAY. Con más fundamento.

MARQ. Tienes razón. En fin, vamos, que quiero sacarme un poco antes de ir al convento.

MAY. Vamos.

MARQ. (Yéndose.) La verdad es que como gentileza y bizarria no me negarás que las tengo.

MAY. No, señor, no. (Vanse por donde entraron.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

2^a

Interior del convento de Santa Clara. La decoración dividida en dos partes, que comunican entre sí. El locutorio á la izquierda, con reja al foro, cubierta con una cortina; junto á la reja, y á su izquierda, una pequeña puerta practicable; en el lateral izquierda dos puertas. Una mesa, sillón de cuero y sillas. En la parte derecha el claustro, con ventanas, que se supone dan al jardín. Puertas en el lateral derecha y en el fondo del pasillo, que forma la separación del locutorio y los claustros.

ESCENA PRIMERA

Aparece EL DEMANDADERO asido á una cuerda que pende del techo, arrimada á la pared del locutorio y en primer término, derecha del mismo. Cada vez que simula un tirón de la cuerda se oye el doblar de una campana. Hace grandes esfuerzos al tirar de la cuerda, como si se hallara muy fatigado, y se le nota un exagerado temblor en las piernas. La campana suena fuerte unas veces y otras muy débil, según el esfuerzo más ó menos exagerado que el Demandadero hace

DEM.

(Después de dos ó tres tirones.) ¡Pues, señor, me parece que no voy á poder acabar este toque. (Da dos ó tres tirones y bosteza.) Esto es superior á mis fuerzas; pero es claro, ¿qué fuerzas van á quedarme con una debilidad como la que tengo? ¿Qué fuerzas van á quedarme después de veintinueve días de espinacas? ¡Veintinueve días con espinacas por la mañana, (Tira.) espinacas por la tarde (Id.) y espinacas por la noche! (Id.) Y después de todo esto, toque su merced á vísperas... ¿y á vísperas de qué? ¡De más espinacas! (Tira. Variando de tono y dejando la cuerda.) Gracias, gracias á que yo tengo la manga ancha (Mira á todos lados.) y llevo escondido en la manga un riquísimo muslo de liebre estofada, y ahora mismo... (Saca lo que dice y come.)

ESCENA II

DICHO y LA SUPERIORA, que, atravesando el pasillo, se dirige al locutorio

- SUP. (Todavía en el pasillo.) ¡Hermano, pero hermano!
- DEM. ¡Cáscaras, la Superiora! ¿Y qué hago con el hueso?... (Dudando.) ¡Al bolsillo! (Se lo guarda, y empieza á tocar la campana precipitadamente.)
- SUP. (Entra en el locutorio) Pero hermano, por Dios, ¿qué manera de tocar es esa?
- DEM. Madre Superiora, es que el hueso... vamos, que me duele un hueso...
- SUP. Pues sabed, hermano Demandadero, que la comunidad y las educandas se quejan de lo mal que tocáis; algunos días apenas se oye el repique de la campana.
- DEM. Haceos cargo, madre, que después de un mes de acelgas no hay quien repique.
- SUP. Pues la Madre Tornera me ha dicho que habéis quebrantado el ayuno, y que os ha visto coger de la despensa una tajada de jamón.
- DEM. ¡No me extraña que os lo diga porque la Madre Tornera la ha tomado conmigo!
- SUP. ¿La tajada?
- DEM. No, que me ha tomado manía.
- SUP. Basta de conversación; idos á arreglar la celda de vuestro pabellón para que se hospede el padre mostense que esperamos.
- DEM. Está bien.
- SUP. ¡Ahl y después tenéis que salir al tejado á buscar el gato que se ha escapado.
- DEM. ¡Maldito morrongol! Voy allá, madre Superiora, voy allá. (Vase.)
- SUP. ¡Jesús, qué viejo tan gruñón!

ESCENA III

SUPERIORA, MADRE MÓNICA, MADRE TORNERA, LAURA, ÚRSULA, monjas y educandas, que van saliendo por las puertas del pasillo y por la escalera que hay en el fondo del mismo. Otras pasan por detrás de la reja del locutorio. Las monjas se sientan en el locutorio; unas cosen y otras rezan. LA MADRE MÓNICA queda entre las educandas, que se divierten jugando junto á las ventanas. LAURA queda en segundo término muy pensativa. Al acabar la música todas palmotean y dan muestras de regocijo

Música

CORO Compañeras, venid y cantemos;
del recreo llegó la hora al fin,
que en Cuaresma, como ya sabemos,
ninguna podemos
bajar al jardín.
Disfrutemos en buena armonía
este rato de grata expansión,
ya que estamos de noche y de día
con la letanía
y el *kirieleysón*.
(Disponiéndose á jugar.)

Hagamos corro
y empiece el juego;
ya vendrá luego
la reclusión.
¿Qué tiene Laura?
¿Por qué está triste?
(Se me resiste
la diversión.)
LAURA
CORO ¿Por qué triste y sola
del corro te alejas,
y á todas nos dejas
con harto pesar?
Tu gran desconsuelo
di á tus compañeras,
por si algún consuelo
te pueden prestar.
(Rodean á Laura con gran curiosidad.)

LAURA

Amo á un hombre
con locura,
que á Dios jura
serme fiel.
Y aunque lejos
de la vida,
ni él me olvida
ni yo á él,
aquí dentro
del convento,
mi amor siento
revivir.
Y esta llama,
que me inflama,
es difícil extinguir.

CORO

Si es amaros
con locura
la ventura
de los dos,
tu constancia,
su desvelo,
desde el cielo
premie Dios.

LAURA

Vencer no han podido mi firme constancia
las rejas, ni el muro, ni todo el convento;
podrá separarnos tal vez la distancia,
mas no el pensamiento.

CORO

En tu pecho
la esperanza
verás pronto
revivir,
y esas puertas,
hoy cerradas,
á tu paso
se han de abrir.

LAURA

En mi pecho
la esperanza
veré pronto
revivir,
si esas puertas,
hoy cerradas,
á mi paso
se han de abrir.

No te afijas
al mirarte
en tan triste
soledad;

Tengo miedo
de mirarme
en tan triste
soledad.

que Fernando
vendrá á darte
la perdida
libertad.

Ven, Fernando,
ven á darme
la perdida
libertad.

Hablado

EDUC. 1.^a ¡Pobrecilla!
URS. No te aflijas, que si él te quiere no te olvi-
dará nunca.
EDUC. 2.^a Anímate y ven á jugar con nosotras. (se
oyen los acordes de un arpa.)
LAURA ¿Habéis oído?
URS. Sí.

ESCENA IV

DICHAS y LACERDA dentro

Música

CORO Callad un momento,
¡qué dulce armonía!
¿Quién junto al convento
se atreve á cantar?
¿Será algún amante?...
Oigamos sus quejas;
callad un instante
y oir su cantar.
(Todas escuchan con gran atención.)
LAC. Al muro del convento (Dentro.)
llega tu amor;
oye niña el acento
del trovador,
que su sentida queja
trae hasta aquí,
y al pie de la alta reja
canta por ti.
Oye de mis canciones
el dulce afán,
y nuestros corazones
se entenderán,
que, á pesar de la ausencia,
juntos están.

¡Qué hermoso es querer,
qué grato es amar,
qué dicha es poder
tus ojos mirar;
qué hermoso es sentir
tu dulce rigor!
¡Qué triste sufrir
desdenes de amor!

A un tiempo

LAURA ¡Dios mío, es su acento;
Fernando está aquí;
en alas del viento
su voz llega á mí!

CORO ¡Qué dulce es su acento,
cautiva le oí;
quizá el pensamiento
tendrá puesto en mí! (Con alegría.)

LAC Es por tí, vida mía,
mi suspirar,
y es mi sola alegría
poderte amar.
Si hasta tí llega el eco
de mi canción,
ten piedad, porque sufre
mi corazón.
Tan sólo por tí
me muero de amor;
Ten piedad de mí,
calma mi dolor.
¡Si me has de olvidar
no quiero vivir,
si no me has de amar
prefiero morir!

LAURA En alas del viento
su voz llega á mí.

CORO Quizá el pensamiento
tendrá puesto en mí.

LAC. ¡Ah, sólo por tus amores
aquí llegué;
á calmar mis dolores
decidete,
que yo toda la vida
te adoraré!

LAURA ¡Ay, qué hermoso es querer,
qué grato es amar! etc., etc.
¡Dios mío; su acento! etc., etc.

Hablado

TODAS ¡Ay, muy bien, muy bien!
EDUC. 2.^a ¡Qué voz tan preciosa!
EDUC. 3.^a ¡Pues y la canción!...
EDUC. 1.^a ¿Os ha gustado?
EDUC. 3.^a ¡Muchísimo!
EDUC. 2.^a ¿Queréis que aplaudamos desde las ven-
tananas?
EDUC. 1.^a Sí, sí.
TODAS Sí, sí. (Queriendo aplaudir.)
SUP. Señoritas, tened la bondad de moderar esos
regocijos.
EDUC. 1.^a Es que tenía una voz...
SUP. ¡A callar!
EDUC. 2.^a Y era una canción tan bonita...
SUP. Silencio; olvidad esas mundanas canciones.
Madre Mónica, cerrad esas ventanas y en-
tretened á las educandas contándolas algu-
na historia religiosa; la de la casta Susana,
por ejemplo; pero antes del pasaje de los
viejos.
MÓN. Está bien, reverenda madre. (La Superiora vase
al locutorio y se sienta.) Acercaos. (A las edu-
candas.)

ESCENA V

LAURA y ÚRSULA. Las demás en segundo término con la MADRE
• MÓNICA. SUPERIORA y monjas en el locutorio

ÚRS. Pero, por Dios, Laura, tranquilízate.
LAURA ¡Ay! no sé qué extraña emoción he sentido
al oír su voz, Ursula.

URS. ¿Pero estás segura de que es él?
 LAURA ¡Segurísima! Si, es él, no hay duda. La voz, la expresión de sus canciones, todo me revela que es Fernando que me anuncia su presencia.
 URS. ¿Y qué intentará?
 LAURA No lo sé; pero me ama demasiado para abandonarme á esta tristísima situación que sufro por él. (Suena una campana.)
 URS. ¡La campana de la portería!
 LAURA ¡Dios mío!
 SUP. (Levantándose.) Han llamado. ¿Quién será?

ESCENA VI

DICHAS y el DEMANDADERO por la primera derecha

DEM. ¡Madre Superior! ¡Madre Superior!
 SUP. ¿Qué pasa, hermano?
 DEM. ¡Gran noticia!... Por fin vais á cumplir vuestros deseos... que... (Las educandas se acercan á la puerta del locutorio; las monjas dejan sus asientos y todas oyen con curiosidad.)
 SUP. ¿Qué?
 DEM. Que sonó la campana de la portería... y me he encontrado con un padre mostense, que me ha dicho: hermano, avisad á la Abadesa que está aquí el padre Anselmo. (Todas muestran alegría al oír la noticia.)
 SUP. ¡Uy! El padre Anselmo; corred, corred... decidle que suba.
 DEM. Voy volando. (vase.)
 TORN. Por fin vamos á conocerle.
 SUP. ¡El padre aquí ya; qué pronto!... Señoritas, preparaos á recibir al padre Anselmo; que ninguna levante la vista del suelo, ni hable ni se distraiga. En fin, que parezca que estáis bien educadas... Vamos, vamos nosotras á recibirle. (Se dirige, seguida de las monjas, á la primera derecha. Las educandas forman en dos filas, por entre las cuales pasará Lacerda al entrar.)

ESCENA VII

DICHOS y LACERDA, que viste el hábito de los mostenses

Música

LAC. ¡Dios guarde á esta santa casa!
CORO Ya está aquí el padre mostén.
LAC. ¡Alabado el Señor sea!
TODOS ¡Por siempre jamás, amén!
SUP. Estas son las educandas. (Presentándolas.)
LAC. ¡Qué humildad, qué sumisión!
(Guapas chicas.)
CORO Dadnos, padre,
vuestra santa bendición.
LAC. *Benedictus, benedictus.* (Echando bendiciones.)
(Son de rostro angelical.)
CORO ¡Que el Señor nos dé su gracia!
LAC. (Pues de gracia no están mal.)
Dejad, madre Superiora,
que entre las niñas reparta
una oración... (y una carta),
una mística oración,
de María Magdalena,
que alcanzó, de gracia llena,
para sus culpas perdón.
(Les entrega una oración á cada una, y al llegar á
Laura le entrega, en vez de oración, una carta y le
dice.)
(Laura.)
(Fernando.)
LAC. (Por Dios, callad.)
LAURA (Yo estoy temblando.) (Al coger la carta.)
LAC. Tomad... tomad.
(Repartiendo oraciones á las demás educandas.)

SUP. Rezad la oración
con gran devoción.
(Forman todas en línea recta, quedando Laura en el
extremo de la derecha; Lacerda y la Abadesa reti-
ranse á un lado.)

CORO Por las calles noche y día, (Leyendo la oración.)
con el diablo tentador.
LAURA «Dueño mío, vida mía, (Leyendo la carta.)
heme aquí loco de amor.»
CORO La mujer más pecadora
iba en busca del placer.
LAURA «Si tu corazón me adora
pronto mía puedes ser.»
CORO Una vez arrepentida
del perdón marchaba en pos.
LAURA «Preparada está la huida,
y que nos proteja Dios.»
CORO Al llorar la pecadora
su pasada juventud.
LAURA «Ven y escapa sin demora
de tan negra esclavitud.»
CORO Al fin Dios le abrió los brazos.
LAURA «Ven á mis brazos, por Dios,
y estrechemos más los lazos
que han de unirnos á los dos »
CORO ¡Sea por siempre alabado!
LAURA (¡Jesús, María y José!)
CORO Liberanos del pecado,
liberanos *Domine*.
CORO ¡Venturosa Magdalena!
LAURA «¡Reina de mi corazón!»
CORO ¡*Pater noster, gracia plena,*
agnus Dei, kirie eleyson!
(Aproximándose disimuladamente.)
LAC. (Laura.)
LAURA (Fernando.)
LAC. (¿Te atreves?)
LAURA (Sí.)
LAC. (No estés temblando,
confía en mí.

A un tiempo.

CORO ¡Bendita sea
la que su pasado llora
igual que la pecadora
de Galilea!

LAURA ¡Bendito sea
el que eterno amor me jura,

pues salir de esta clausura
mi alma desea!

LAC. ¡Bendito sea
por siempre mi bien amado,
y quiera Dios que á tu lado
siempre me vea!

CORO Y } Ya terminamos
LAURA } nuestra oración,
y ahora esperamos
la absolución. (Lacerda las bendice.)

Hablado

SUP. Ahora, padre, dadles vuestra bendición, y
con vuestro permiso que se retiren.

LAC. (Echándoles la bendición.) La paz del Señor sea
con vosotras. (Las hay guapas.)

TODAS Amén. (Vanse monjas y educandas. La Superiora
las acompaña hasta el final del pasillo, diciendo
antes:)

SUP. Madre Tornera, mandad con el Demanda-
dero lo que os dije antes.

LAURA (Queda detrás y se acerca á Lacerda) ¡Fernando
mío!

LAC. ¡Laura mía! ¡Nada temas! (Mira la Madre Móni-
ca; Lacerda varía el gesto y le hecha una bendición.)
Et cum spiritu tuo.

MÓN. Amén. (Vanse.)

LAC. ¡Dios mío, qué hermosa está! Que el Señor
me perdone esta calaverada y me saque con
bien de este trance/ y de estos hábitos con
los que ando á tropezones... ¡Nada, que si
no me los quito pronto, voy á romperme las
narices! ¡Y eso que me están un poco cor-
tos!

ESCENA VIII

LACERDA y LA SUPERIORA

SUP. *Domine labia mea.*

LAC. ¡Bueno! ¿Qué habrá querido decir?

- SUP. *Deo gratias.*
LAC. Deo...
SUP. Gracias.
LAC. (No hay de qué.)
SUP. Pasad, pasad, reverendísimo padre. *(Pasan al locutorio y se sientan.)* No podéis figuraros los deseos que teníamos en el convento de conoceros y oiros.
LAC. Muchas gracias... madre Superiora.
SUP. ¡Ah! Y á todo esto no os he preguntado por la comunidad.
LAC. ¡Cuerno, ni falta que hacia!)
SUP. ¿Qué tal, qué tal el padre Rufo?
LAC. Pues como siempre, tan Rufo, digo, tan bueno.
SUP. ¿Cómo tan bueno, pues y la gota?
LAC. ¿Qué gota?
SUP. La que padecía.
LAC. ¡Ah, ya se le secó!
SUP. ¿De modo que de sus antiguas dolencias no le queda nada?
LAC. Ni gota, madre Superiora.
SUP. ¿Y decidme, cómo habéis venido tan pronto?
LAC. Porque el hermano Antolín me dijo que deseabáis conocerme.
SUP. ¡Ay! Tenéis en ese lego una alhaja. ¿Le habréis dejado en oración?
LAC. (Le he dejado en calzoncillos, que es peor.)

ESCENA IX

DICHOS y EL DEMANDADERO que trae unos hábitos en una bandeja; sale por la segunda puerta del locutorio

- DEM. Madre Superiora, la madre Torpera me manda que os entregue esto.
SUP. ¡Ah, sí! *(A Lacerda.)* Esto es para vos.
LAC. ¿Para mí? *(Se levantan.)*
SUP. Sí, es un pequeño presente que hace la comunidad todos los años al padre que viene á predicar. Son unos hábitos.

LAC. ¡Ah, muchas gracias! Y decidme, ¿todos los años viene un padre mostén... al convento?
SUP. Y algunos años vienen dos.

LAC. (¡Cuerno!) No os extrañe mi pregunta...
SUP. No, ya sé que sois nuevo en el convento, y la falta de hábito...

LAC. (Ya ha notado que me está corto.) Este año sentiría yo que viniera otro.

SUP. ¡Y yo también lo sentiría muchísimo!—
Bueno, ¿y á qué hora tenéis costumbre de cantar misa?

LAC. Temprano; pero he pensado que si os es igual en vez de cantar misa, cantaré otra cosa cualquiera; porque yo las misas... las rezo nada más.

SUP. Bueno, bueno, como queráis. (Al Demandadero.) Hermano Demandadero, acompañadle hasta su celda. (El Demandadero coge la bandeja que dejó sobre la mesa y sale al pasillo.—A Lacerda.) Ya he advertido, contando con los rigores de vuestra orden, que os preparen una ensalada de acelgas y cuatro arrobas de paja.

LAC. (Con extrañeza.) ¿Para qué?

SUP. Las acelgas para comer y la paja para dormir.

LAC. Bueno, que... no se equivoquen, ¡eh!

SUP. Descuidad.

LAC. Pues hasta luego, y que San Cucufate os guarde.

SUP. Y que á vos os acompañe.

DEM. No, no hay cuidado.

LAC. (Yéndose con el Demandadero.) No se refiere á vos, hermano.

DEM. ¿En qué quedamos? ¿No era yo el que tenía que acompañaros?

LAC. Sí; pero es que ahora dice que me acompañe San Cucufate también.

DEM. ¡Bueno... pues vamos los tres! (Vanse los dos por la puerta del pasillo.)

ESCENA X

LA SUPERIORA y LA TORNERA

- SUP. ¡Qué santo, qué santo es ese buen padre!...
¡Nada, nada, esta noche después del Rosario,
voy á suplicarle que nos pronuncie una plá-
tica!
- TORN. (Por la segunda del locutorio.) ¡Madre, madre Su-
periora!...
- SUP. ¿Qué ocurre, madre Tornera?
- TORN. (Con misterio.) ¿Estamos solas?
- SUP. Sí; ¿qué pasa?
- TORN. Un suceso que os sorprenderá. En este mo-
mento acaban de llamar al torno el Mar-
qués de la Crin y su Mayordomo.
- SUP. ¿El Marqués en el torno?
- TORN. Sí; y me ha dicho que quería entrar en el
convento sin ser visto, y tener una confe-
rencia secreta con vos.
- SUP. ¿Le habréis hecho pasar inmediatamente?
- TORN. Sí; y como viene con tanto misterio, le hice
subir por la escalera del campanario, y ahí
fuera aguarda.
- SUP. ¿No le ha visto nadie?
- TORN. No; las educandas están en sus celdas.
- SUP. Pues que pase, que pase en seguida. (Vase la
Tornera.) ¡El Marqués de la Crin aquí y con
tanto misterio!... ¿Qué le ocurrirá?

ESCENA XI

LA SUPERIORA, EL MARQUES y EL MAYORDOMO, por la segunda
puerta

- MARQ. (Saludando.) ¡Reverenda madre!
- SUP. Excelentísimo señor.
- MAY. ¡Reverenda madre!...
- SUP. Pasad, pasad. ¿Vos aquí y á estas horas?
- MARQ. Me trae un asunto grave; el señor es mi Ma-
yordomo y podemos hablar delante de él.—
Vengo á llevarme á Laura.

- SUP. ¿Ocurre algo?
MARQ. Os lo explicaré después, pero antes quisiera merecer de vuestra gracia que nos dispensárais hospitalidad por esta noche.
- SUP. Con mucho gusto.
MARQ. Es preciso que Laura ignore mi llegada hasta el momento de partir, que será mañana temprano.
- SUP. Bueno, ya me contaréis; venid, yo misma os llevaré por una escalera reservada al pabellón en que podréis descansar. Vamos, que pronto pasarán las educandas al coro.
- MARQ. ¡Vamos, vamos! (Vanse por la puerta inmediata á la reja.)

ESCENA XII

LACERDA, sale por el pasillo.—Durante todo este monólogo y hasta el final del acto, óyense los acordes del órgano

¡Oh, felicidad suprema!... ¡Su letra! ¡Una carta suya!... ¡Dios mío, tú que perdonas á los que aman, perdona esta locura... y librame de la Abadesa!... (Mira á todos lados.) ¡Y no hay nadie! Apenas me dejó el Demandadero en mi celda, cerrando la puerta tras sí, me sorprendió el ruido de unos pasos menuditos, me quedé inmóvil... (Con marcada alegría) Un papel rápidamente arrojado entró por debajo de la puerta... Los pasos menuditos se alejaron; sorprendido recojo el papel, y era... ¡Era una carta suya! (Leyendo.) «Fernando mío: Tu presencia me asusta y me regocija. ¿Qué intentas? Estoy dispuesta á obedecerte; si quieres hablar conmigo, después del toque de ánimas sal al tejado; la ventana de mi celda está precisamente enfrente de la tuya; puedes sin peligro recorrer la distancia que separa las dos ventanas, y á través de la celosía hablaremos. Te espero; si puedes ir al locutorio, por la reja te estrecharé la mano. . Vamos al coro. Laura.» ¡Oh, Laura mía, pronto serás mi

esposa! Y... (Suenan una campana.) ¡Demonio!
llaman á coro, y ya se acercan. (Entra en el
locutorio.) ¡Una cortina! Aquí me escondo.
(Se oculta.)

ESCENA ÚLTIMA. X |||

LACERDA, LAURA, monjas y educandas. Luego EL DEMAN-
DADERO

Música

(Vense pasar á través de la reja del locutorio, de de-
recha á izquierda, á las monjas y educandas; éstas
cubierta la cabeza con tocas blancas.)

CORO

Las pompas y galas,
del mundo el bullicio,
son lazos que tiende
Satán tentador,
que dobla sus alas
y á eterno suplicio
vencido desciende
mas no vencedor.

(Siguen cantando á lo lejos.)

LAC.

(Viendo al Demandadero que, cruzando los claustros
se dirige al locutorio cargado con un gran capazo de
verduras.) ¡El Demandadero! (ocultándose más.)

DEM.

(Dejando el capazo.) ¡Siete arrobas de espinacas!
¡Qué horror! (Coge la cuerda y toca la campana
según indique la música.—Pasa Laura y mete una ma-
no por la reja. Lacerda saca la cabeza de entre la cor-
tina y besa la mano.)

LAC.

¡Su mano! ¡Oh, vida mía! (Besando.)

LAURA

¡No, no más!

DEM.

(Mirando el capazo.) La verdad es que hay para
hartarse. (Toca.)

LAC.

¡Hasta luego, (Besa.) mi bien!

DEM.

Lo dicho; no hay nada mejor que la carne.
(Toca.)

LAURA

¡Adiós!

LAC.

¡El último! (Besa rápidamente.)

DEM.

Y vaya el último repique. (Toca con rapidez
igual á los besos de Lacerda. Oyése á lo lejos cantar
á las monjas y educandas lo siguiente:)

CORO

¡Madre nuestra
sálvanos,
por nosotras
ruega á Dios!

Hablado

LAURA

¡Adiós!

LAC.

¡Adiós!

DEM.

(Yéndose por la segunda puerta del locutorio.) ¡Y
qué tenga un hombre que comerse todo es-
to!... (Vase con el capazo.)

(Sigue oyéndose el canto de las educandas. Lacerda
se aleja por los claustros-rápidamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

que el cuacho 2º

ACTO SEGUNDO

CUADRO CUARTO

Decoración. Tejados del convento. A la derecha, en tercer término, la torre del campanario; junto al mismo y á su derecha, formando ángulo recto, una ventana, por donde saldrá Lacerda. Frente á la misma, en el lateral izquierda, una reja con celosía, que es la que se supone que ocupa Laura. Desde la ventana á la reja tejado; en la pared vertical del mismo que da frente al público, vense varias rejas con celosías, que ocupan las educandas y monjas. Delante de estas rejas tejado en declive; inmediatamente las copas de los árboles del jardín; después, y ya en el primer término, tejados y chimeneas. En el lateral derecha del tejado en declive, una puertecilla practicable. Al fondo, tejados, cúpulas y torres lejanas. Es de noche y está completamente nevado.

ESCENA PRIMERA

EL DEMANDADERO andando á gatas por el tejado en declive; las monjas y educandas tras de las celosías con luces en la mano

Música

CORO	Mis... mis...
DEM.	Morronguito, morronguito. No le encuentro por aquí. (Yo le juro al muy maldito que se ha de acordar de mí.)
CORO	Es nuestra delicia, es nuestro regalo.
DEM.	Lo que es si resbalo

CORO

me voy á matar.
¡Ay, pobre morrongo,
ya le hemos perdido!
¿A qué habrá salido?

DEM.

Pues... á promiscuar.

CORO

Mis... mis...

Es más blanco que la nieve,
es legítimo de Angola;

cuando llueve

maya y mueve

dos ó tres veces la cola.

Es tan manso, tan monino,

pobrecito, se va á helar;

tiene un pelo

suave y fino

y una voz dulce al mayar.

DEM.

(Podrá ser muy mono,

pero yo le mato;

no se la perdono

esta vez al gato.)

CORO

Buscad bien, hermano.

DEM.

Estoy en un tris,

(si yo le echo mano

más no maya el mis.)

CORO

Mis... mis...

DEM.

Aunque si yo fuera gato
también me vería así, (Andando á gatas.)

al gato le dan un trato

que no me lo dan á mí.

De fijo no comería

las espinacas que como,

y alguna me pasaría

la manita por el lomo.

Yo sí que sería

un gato modelo,

sólo de pensarlo

se me eriza el pelo.

Sería tan tuno

como este animal,

porque á mí el ayuno

me sienta muy mal.

CORO Cuidado, no vaya,
hermano, á caer.
DEM. Silencio, que maya.
CORO Echad á correr.
Buscad bien, hermano.
DEM. Estoy en un tris,
(si yo le echo mano
más no maya el mis.)
CORO Mis... mis...

DEM. Por las tejas voy á gatas
tras el gato remolón;
si me rompo las dos patas,
¡vaya una complicación!
Se compadecen del gato
sin ver á lo que me expongo;
¡quién pudiera por un rato
permutar con el morrongo!

Yo sí que sería
un gato modelo, etc.

CORO

Mis... mis...

(Retíranse monjas y educandas, y el Demandadero vase
por la puertecilla de la derecha.)

ESCENA II

Suenan tres campanadas pausadamente. Se abre la ventana que hay
frente al campanario, y aparece LACERDA sigilosamente. Viste el
traje de estudiante, pero sin manto

LAC.

XIV
¡Gracias á Dios! ¡Con qué impaciencia he
estado aguardando esas tres campanadas!
Las ocho menos cuarto; ¡la hora de la cita!
¡Dios mío! ¡Qué noche tan oscura y tan
fria! No acierto á andar por estos tejados. Si
al menos estuviera estrellado. (Resbala.) ¡Cás-
caras! Si no ando con tiento el que va á es-
tar estrellado voy á ser yo; y, francamente,
sentiría irme á la calle sin despedirme de la
Madre Superiora. ¡Maldita nieve! ¡Y no se
vé luz en ninguna celda...! ¡Calle! Aquí se ve
luz por esta rendija. (Se acerca á la reja de la

torre y mira.) Sí; veo allí una madre... ¿Qué hace?... ¡Atiza! ¡Se está dando golpes con unos zurriagos! ¡Pobres madres! ¡Cómo se mortifican! ¡Qué coscorriones se está dando!... Va á quedarse rendida. (Vuelve á mirar.) ¡Andal! Pues no, no se ha quedado rendida; se ha hecho la señal de la cruz... y está ya... comiéndose un papelón de bollos. ¡Se conoce que no ha querido perdonar los bollos por los coscorriones!... ¡Pero, Dios mío, parece que Laura tarda mucho!... Me acercaré. La reja de su celda debe ser aquella... (Se acerca á la de la izquierda.) ¡Sí! Ya parece que oigo... *la puerta*

caril que me he acordado
que *la puerta* ESCENA III XV

DICHO y LAURA en la reja. Luego el BARBERO, que sale por detrás del campanario, ~~de algunos por el tejado~~, azorado, sin sombrero, descompuesto. Al observar que hay gente ~~en el tejado~~, desaparece enseguida por la puerta ~~que dejó abierta~~ *la puerta*

Mús. ca

(Suenan tres campanadas)

LAC.

Asoma á la celosía,
niña he ricera,
antes que la luz del día
tus ojos viera.

LAURA

¡Fernando ~~traves de la celosía~~!

LAC.

¡Laura! (Acercándose.)

¡Eheme á tu lado,
mí bien amado.

LAURA

¡No acierte a verte.

LAC.

¡Qué obscuridad!
No tengas, miña,
pena ninguna,
que hasta la luna

(Sale la luna, que iluminará á los dos.)

viene á ofrecerte
su claridad.

(Suena la campana á intervalos.)

LAURA ¿Por qué suspiras
 y no me miras?
 Dime al momento
 quién tu reposo
 viene á turbar.
 Esa campana,
 que oyes cercana,
 que con su acento
 tan misterioso
 me hace temblar.

LAC. Nunca á su sonido
 prestes atención,
 ven y oye el latido
 de mi corazón.
 La luna más bella
 se refleja en tí,
 no mires á ella
 y mírame á mí.

LAURA En todas partes
 tu imagen veo.

LAC. Tan sólo creo
 en tí y en Dios.

LAURA } Que nuestras almas
LAC. } por siempre aduna,
 fundiendo en una
 las de los dos.

LAURA Aunque á ese sonido
 no preste atención,
 su triste tañido
 mata mi ilusión;
 pues desde el momento
 que encerrada fui,
 va mi pensamiento
 siempre en pos de tí.

 ¡Mi amor,
 en pos de tí
LAC. Nunca á ese sonido
 prestes atención,
 ven y oye el latido

de mi corazón.
La luna más bella
se refleja en ti,
no mires á ella
y mírame á mí.
¡Mi bien,
mírame á mí!

Hablado

LAC. Pues sí, Laura mía, me era imposible soportar el martirio de tu ausencia.

LAURA ¿Y qué intentas?

LAC. Realizar nuestra felicidad.

LAURA ¿Pero cómo?

LAC. Saliendo los dos esta noche del convento; mi amigo Mendoza nos aguardará desde las diez en las tapias de la huerta con dos caballos. Partiremos á escape, y mañana llegaremos á Segovia; te llevaré á casa de mi madre, y allí, en sus brazos, libre de todo peligro, esperarás el momento de que nos unan para siempre... ¿Estás decidida?

LAURA ¡Ay! Fernando mío, yo no sé qué extraño temor...

LAC. ¡Por Dios, Laura! ¿Dudas de mí? ¿No me amas acaso?

LAURA ¿Dudar de tí?... ¿No amarte?... ¡Imposible!

LAC. ¿Pero cómo vamos á salir?

LAURA Tú conocerás el convento?

LAC. Todo.

LAURA ¿Quién tiene las llaves?

LAC. El Demandadero.

LAURA ¿Y dónde duerme?

LAC. En un pabellón, al lado del patio del torno.

LAURA ¿Está lejos la puerta de salida?

LAC. Allí mismo. (En este momento sale el Barbero y hace lo que se indicó.)

LAURA Basta. A las diez nos iremos. Tú saldrás de tu celda en cuanto oigas las diez campanadas del reloj; yo estaré allí ya aguardándote.

LAURA ¿Pero quién abrirá la puerta?

LAC. Mi astucia; confía en mí, y quizá mañana seas ya mi esposa.

*mi hijo de la casa de la madre de la madre
y por lo tanto es el hijo de la madre
del demandadero*

LAURA. De modo que á las diez...
LAC. ¡En la sala del torno, y que Dios nos prote-
ja! ¡Hasta luego; valor, Laura mía!
LAURA. ¡Adiós, Fernando!
LAC. Laura, estoy helado; si pudiera besar tu
mano, acaso su calor...
LAURA. No, Fernando.
LAC. ¿Te niegas?
LAURA. Es imposible por la celosía. Cuando suba
del refectorio, al pasar por la puerta de tu
celda, podrás besar mi mano por la mirilla.
LAC. ¡Gracias, amor mío!
LAURA. Adiós. (Va a cerrar y oye el estornudo del Deman-
dadero.)
LAC. Adiós.

ESCENA IV

DICHOS y el DEMANDADERO por la derecha

DEM. ¡Atchís! (Estornuda.) ¡Jesús!
LAURA. ¡Dios mío! ¿Has oído?
LAC. Sí; he oído así como un estornudo. ¿Qué se-
rá? (Pausa.)
DEM. Nada, que he cogido un constipado regular.
¡Todo sea por Dios... y por el gato!
LAC. Parece que anda un hombre por él tejado...
LAURA. Sí; debe ser el Demandadero. ¡Huye, Fer-
nando!
LAC. ¿Y por dónde huye?
LAURA. Por aquí, por la derecha. (Cierra.)
DEM. Mis... mis...
LAC. (¡Zapel! ¡Dios mío, si me vieran!)
DEM. ¡Menuda paliza te espera!
LAC. Me esconderé por aquí. (Vase por detrás de la
reja de Laura.)
DEM. ¡Qué hará ese animal por el tejado con una
noche tan fría!... Mis... mis... Yo estoy tiri-
tando... ¡Atchís!.. ¿Y dónde encontraría yo
á ese gato? (Pausa.) ¡Ah, qué idea!... Debe
estar por detrás del campanario. Me parece
que esta mañana he oído mayar ahí á la
gata del sacristán... Voy á ver... (Anda á gatas.)

¡Y tener que andar á gatas como los gatos! .
Mis... (Suena la campana y se asusta.) ¡Demon-
tre; no me acordaba ya de la campanal (Vase
por detrás del campanario.)

MUTACION

CUADRO QUINTO

Pasillo del convento que conduce á la celda que ocupa Lacerda.—
Puertas á izquierda y derecha; ésta con una mirilla

ESCENA PRIMERA

XVI
EL BARBERO, cojeando, sale por la ~~izquierda~~ ^{el campanario}, azoradísimo, sin sombrero, con el traje descompuesto y sucio; mira á todos lados, se dirige á la puerta derecha y mira por la cerradura; vuelve y cierra la puerta por donde entró. Todo esto dando muestras de sobresalto é inquietud. El monólogo dicho con gran rapidez

Uno aquí... otro aquí... otro aquí... otro aquí... dos aquí... (Señalándose diferentes partes del cuerpo.) y veintiseis en la espalda... Total, treinta y dos cardenales!... ¡Un cónclavel—! Válgame San Antonio, abogado de los novios; San Benito Palermo, abogado de las buenas palizas, como la que me acaban de dar, y San Alejo, abogado de las escaleras que acabo de subir, bajar, saltar y rodar, entre una lluvia de puntapiés, estacazos, bofetadas, empujones, cachetes, etcétera, etcétera, etcétera... (Pausa.) y etcétera! Este último etcétera es el palo monumental que me ha hecho perder casi por completo el juego del tobillo; (Cojeando.) y esto, no me pasa á mí más que por tonto, por confiado, por bueno y por Mariquita!... Ella, Mariquita, es la que tiene la culpa de todo; es decir, su tío el capellán. ¡Buena manera de pagar mis servicios esmeradísimos! Porque cuando iba á mi barbería, él era el parroquiano á quien yo afeitaba con más interés. Para él la mejor bro-

cha, el mejor jabón, sólo á él le lavaba la cara con agua limpia, y le sacaba la coronilla con un compás... Pero un día, cuando le acababa de repasar la nuez con una suavidad encantadora, se levanta y me dice: «Pedrillo: sé que cortejas á mi sobrina, guárdate de rondarla la calle ó me veré obligado á emplear otros medios.»—Desde aquél día la prohibió salir y no podíamos vernos; buscamos entonces un modo de hablarnos sin que nadie se apercibiera, y le encontramos. Por una escalerilla que tienen en el corralón de su casa, subía yo todas las noches, y ella se asomaba por una ventana. Así estábamos tan ricamente, hasta que esta noche hemos pasado juntos la horita de costumbre, y nos hemos dicho las cositas de costumbre, y al irme yo, como de costumbre, me dice Mariquita: «Pedrillo, quédate media hora más», y yo por no dejarla mal... y por no dejarla, me quedé la media hora. Me despido de nuevo, vuelve á rogarme que me quede otra media hora, y yo por no dejarla mal... y por no dejarla, me quedé la otra media... ¡y aquel par de medias me han perdido! Porque cuando yo la estaba diciendo que nada había en el mundo tan fuerte como mi cariño... ¡fuerte, pero muchísimo más fuerte, fué el palo que me dieron en la nuca!... Me atonté, y ciego, en la obscuridad, les grité: «¡Cobardes, me pegáis por detrás!...» ¡y no fué bofetada la que me dieron por delante!... Y como si aquello hubiera sido la señal convenida, una lluvia de palos cayó sobre mí. ¡Yo me revolví, grité, y como un valiente quise defendermé... huyendo, por supuesto, y viendo que no podía bajar, tomé escalera arriba, y los palos detrás... hasta que loco, frenético, llego al final de la escalera, veo un tragaluz estrechísimo, me estrujo, me preno, me reduzco, doy un salto heroico y salgo al tejado!... Entonces fué cuando recibí el último etcétera en el tobillo de esta pierna que se había quedado re-

trasada. Una vez allí, con la nieve escurre-
diza, las piernas débiles, el cuerpo magulla-
do, emprendo una fuga penosísima, y sin
saber qué hacer, llegué al tejado del con-
vento, vi una puertecilla abierta, y aquí me
he metido. Y buscando la salida, bajé esca-
leras, atravesé claustros, crucé pasillos, fui á
esconderme en un cuarto, pero era el refec-
torio donde las madres estaban haciendo la
colación... y no me atreví á colarme. ¡Volví
piés atrás y aquí estoy expuesto, si me des-
cubren, á dar con mi cuerpo en una de las
galeras del rey, por haberme metido en un
sitio como éste! ¡Dios mío, si yo supiera
quién fué el que le dijo al padre capellán
que hablábamos por la escalerilla!... Enton-
ces sí que iba á las galeras á gusto, ¡pero era
después de haberle matado! ¡Ay, si yo le co-
giese!... ¡Ay... ay... ay!... ¡cómo me duele
este cardenal! (Cambiando de tono.) Y yo nece-
sito salir de aquí, pero salir inmediatamen-
te... (Pausa. Queda pensativo.) Si yo me atrevie-
ra... En ese cuarto (El de la izquierda.) por don-
de acabo de pasar, hay unos hábitos colga-
dos, y unas disciplinas y breviarios en la
mesa... debe ser la celda de un fraile.—¡Ah,
Pedrillo, una idea salvadora!... Expuesto es,
pero si yo tuviera valor, me ponía esos há-
bitos, me colaba la capucha, y buscando,
buscando, yo hallaría la salida más fácil-
mente... ¿Y por qué no he de hacerlo?...
¡Animo! me juego el todo por el todo... y me
juego el otro juego del tobillo... ¡pero, salgo,
vaya si salgo!... (Entra en la celda.)

ESCENA II

~~DICHO, ya con los hábitos puestos y LAURA, dentro. Dan dos~~
~~golpes en la puerta de la derecha, llamando~~

BARB.
LAURA

(Saliendo.) Vaya, ánimo y á la calle.
(~~Abriendo el ventanillo y llamando.~~) ¡Chist!...
¡chist!...

BARB. (Asustado.) ¡Ay, Dios mío! (Se acerca un poco.)
¿Quién?
LAURA ¡Soy yo, bien mío!
BARB. ¡Caracoles! ¿Qué?
LAURA ¿No te ha ocurrido nada?
BARB. Todavía no...
LAURA Me he acercado á cumplirte lo prometido, y á decirte que según acabo de saber por la Tornera, al anochecer entró secretamente en el convento, nuestro tío el marqués de la Crin.
BARB. ¿Sí?... (Me alegre, pero, ¿á mí qué me importa?)
LAURA (Metiendo una mano por el ventanillo.) ¡Besa, besa, que estoy impaciente por volver á la celda!
BARB. ¡Canastos, y mete la mano!... ¡Qué mano, qué mano!
LAURA (Impaciente.) ¡Anda, hombre, anda!
BARB. ¿Y qué hago yo con esta mano? (Cogiéndola.)
LAURA Besa, que me voy.
BARB. ¡Dios mío, y tengo que besarla, si no, me descubro! ¡Pues yo no me descubro! (Besa muchas veces.)
LAURA ¡Basta, hombre, basta!
BARB. ¡Ay, qué suave, pero qué suave! (Sigue besando.) ¡Yo no me descubro!... ¡Lo que tienen que sufrir estos pobres frailes!)
LAURA Adiós. (Vase.)
BARB. (Mirando por el ventanillo.) ¡Rica, que vuelvas, eh, que vuelvas! (Deja de mirar.) Pero, ¿qué será esto? (Mirando.) ¡Y es rubia, y tiene un talle, y unos piés, y unos andares!...

ESCENA III

DICHO y LACERDA, vistiendo el hábito, por la izquierda

LAC. (Sin ver al Barbero.) ¡Creí que no llegaba sano. ¡Maldito Demandadero, lo que me ha hecho correr!
BARB. ~~Pero, ¿qué rica!~~ (Se vuelve y se ven los dos, retrocediendo asustados.) ¡Abrete, tierra... el verdadero padre!...

LAC. (¡Un fraile!... ¡María Santísima! ¡Debe ser el padre Anselmo!... ¡Dios me valga!)

BARB. ¡El santo, éste es el santo!... ¡Santol! ¡santol! ¡santol!... (Dándose golpes de pecho. Se quedan los dos á corta distancia y mirándose de reojo después de haberse hecho una reverencia.)

LAC. (Ha llegado mientras yo andaba por los tejados.)

BARB. (¿Y por dónde habrá entrado este santo?... Estaría durmiendo.) (Vuelven á mirarse y otra reverencia.)

LAC. (¡El compromiso es terrible!)

BARB. (¡El apuro es tremendo!)

LAC. (¿Y yo qué hago?)

BARB. (¿Y yo qué digo?)

LAC. (Nada, las situaciones hay que resolverlas con decisión.) ¡Padre!... (Dirigiéndose al Barbero.)

BARB. (Asustado, hace una reverencia.) ¡Padre! (¡Padre nuestro que estás en los cielos!...)

LAC. Padre... por lo que veo sois mostén... como yo. (Pausa.)

BARB. Como vos...

LAC. Y hará poco que habéis llegado... como yo...

BARB. Como vos...

LAC. ¿Y seréis el padre Anselmo?

BARB. Como vos... digo, sí, sí, ¡el padre Anselmo!

LAC. Entonces ya sé por lo que habéis venido aquí: por el sermón de la bofetada.

BARB. Sí, por la bofetada...

LAC. ¿Y por los Siete Dolores?

BARB. ¡Por más, por más de siete!

LAC. Pues por eso venía yo... pero... (Yo sé lo que digo.)

BARB. (Nada, yo no le engaño.)

LAC. ¡Padre! (Se arrodillan los dos á un tiempo, uno

BARB. frente á otro. Pausa.)

LAC. Padre, yo no he venido aquí por la bofetada. (Con humildad.)

BARB. ¡Pues yo sí!

LAC. Ya lo sé. ¡Perdón! yo no soy fraile ni mostén.

BARB. (¡Cuerno!) (Levantándose.)

LAC. No os enfadéis.

BARB. No, no, pero... ¿cómo que no sois?...

LAC. No, no, señor. El amor y una porción de circunstancias fatales me han obligado á entrar en esta santa casa, vestir este santo hábito y fingirme lo que no soy. Yo soy estudiante; y comprendo que mi falta es tan grave que no me levantaré de aquí sin que me déis vuestra absolución, (Se inclina esperando la absolución.) ¡oh, reverendísimo padre!

BARB. (Con seriedad cómica.) ¡Hay un inconveniente para daros la absolución!

LAC. ¿Cuál?

BARB. (Muy conmovido.) Que soy barbero...

LAC. ¿Qué?

BARB. ¡Que tampoco soy fraile! No os enfadéis.

LAC. (Levantándose.) ¿Cómo que no?

BARB. (Arrodillándose.) No, no, señor; el amor y una porción de coscorriones me han obligado á entrar en esta santa casa, vestir estos santos hábitos y fingir lo que no soy. ¡Yo soy barbero; y no me levantaré de aquí sin que me déis vuestra mano, porque tengo estropeado un tobillo!

LAC. (Ayudándole á levantarse.) Pero, ¿no os burláis?

BARB. ¡Quiá, hombre, quiá!

LAC. ¿De modo que lo de los siete dolores es mentira?

BARB. ¡No, lo de los siete dolores, no! ¡Ay!... (Quejándose.) Yo he venido aquí huyendo por los tejados, porque me han dado una paliza horrosa: vi en este hábito un medio de salvarme, me lo puse... y ahora me encuentro en más peligro que nunca.

LAC. Pues yo estoy aquí por lo mismo que vos.

BARB. ¡Por una paliza!

LAC. No, por una mujer; por mi novia que está encerrada en este convento y he venido á llevármela.

BARB. ¡Zambomba! De modo que vos sois... el que... ¡Vaya, ahora me explico una cosa!

LAC. ¿Cuál?

BARB. El por qué una educanda ha llegado á esa puerta, ha metido la mano por el ventanillo y se ha empeñado en que se la besara.

LAC. ¡Demonio! ¿Y qué os ha dicho?

BARB. Que está aquí nuestro tío el marqués de la Crin.

LAC. ¡Cómo!... ¡Dios santo!... ¿Qué decís? ¿El marqués aquí?... ¡Qué horror!... Es preciso adelantar nuestra fuga; si vos me obedecéis...

BARB. ¿Qué?

LAC. Dentro de una hora estamos en la calle.

BARB. Contad conmigo... para la calle. ¿Qué hacemos?

LAC. Pues yo ahora mismo salgo al tejado, vuelvo á la celosía, hablo con Laura y ya os dire lo que decidamos; mientras tanto, que nadie os vea. (Entran los dos en la celda.)

ESCENA ~~IV~~ X VIII

El BARBERO, luego el DEMANDADERO. (~~Dan dos golpecitos en la puerta derecha.~~)

DEM. (Dentro.) ¡Padre!... ¿Dais vuestro permiso, padre?

BARB. (Saliendo de la celda.) Ya está en el tejado. Pues, señor, este encuentro, que yo creí al principio fatal, es lo que va á salvarme; ya le he dicho que ande con cuidado por el tejado, no vaya á irse á la calle, porque entonces sí que me reventaba... y se reventaba él también. (El Demandadero mete la mano por el ventanillo, intentando levantar el pestillo de la puerta, y sus esfuerzos para conseguirlo, remeda el ademán con que se llama á otro. El Barbero se vuelve y se fija en la mano.)

BARB. ¡Qué veo! ¡Otra vez la mano! ¡La misma mano blanca y suave!... ¡Ella, ella otra vez!... Y parece que me llama... sí, me llama. Y el otro en el tejado y yo solo; ¡qué compromiso!... (Mira á todos lados.) ¡Pero nada, yo no me descubro! (Besa repetidamente.)

DEM. (Al instante.) ¡Oh, padre! ¿Qué hacéis?

BARB. (Retrocedo.) ¡Cuerno! (Limpiándose los labios.) ¿A quién le he besado la mano? ¡Pinchaba, pinchaba!

- DEM. (Que ha levantado el pestillo, entra asustado, con la cara compungida.) ¡Padre! (Asomando la cabeza.)
- BARB. ¡Horror! (Se cala la capucha.) ¿Quién será éste?)
- DEM. Padre, conocía vuestra humildad, pero no puedo consentir que la llevéis hasta besar la mano á un pobre demandadero...
- BARB. ¡Es el Demandadero!)
- DEM. Padre, yo me he atrevido á venir á molestaros, porque necesitaba de vos.
- BARB. ¿Y qué necesitábais de mí, hermano? porque tengo mucha prisa.
- DEM. Pues, yo deseaba contaros dos cosas que he hecho hoy, para que me digáis si estoy en pecado mortal.
- BARB. Veamos qué cosas son.
- DEM. Oídlas.
- BARB. (Alguna tontería.)
- DEM. Esta mañana, padre, en cuanto me levanté... tuve que estercolar dos bancales de lechugas, y cuando acabé...
- BARB. ¿Os lavasteis las manos?
- DEM. No, señor.
- BARB. (Limpiándose los labios.) ¡Mal hecho, mal hecho!
- DEM. Bueno; pero no es eso lo grave.
- BARB. ¡No ha de ser!
- DEM. Lo grave es que con el trabajo se me abrieron unas ganas de... no comer espinacas, que fuí y me comí media liebre.
- BARB. ¿Y después?
- DEM. La otra media. Y luego espinacas, porque como era vigilia de precepto; y luego una perdiz, porque como era escabechada... ¿Será mortal, padre?
- BARB. Con menos han reventado otros.
- DEM. Si me refería al pecado.
- BARB. ¡Ah! el pecado, veremos... veremos. ¿Os queda algo más?
- DEM. Otra media liebre.
- BARB. Me refería al pecado.
- DEM. Sí, señor, me queda otro pecado, y este es el más grave.
- BARB. ¿Y no podríais dejarlo para mañana?
- DEM. Padre, si es que me pesa sobre la conciencia.

cia de un modo terrible. ¡Es un secreto que me atormenta!...

BARB. Bueno, pues decidlo pronto.

DEM. Vereis. En una casa próxima al convento, vive un padre capellán muy bueno...

BARB. (¡Cáscaras!) ¡Seguid, seguid!

DEM. Que tiene una sobrina muy guapa.

BARB. Sí, ya, ya; ¿y qué? Seguid. (Con interés.)

DEM. Y esta sobrina tiene un novio barbero de muy mala fama...

BARB. ¡Mentira!

DEM. ¿Qué?

BARB. Que parece mentira. (Se echa más la capucha.)

¿Le conocéis?

DEM. Ni quiero. Bueno, padre, pues es el caso, que sin que lo supiera el tío, hablaban los novios por una escalerilla, y yo los ví y se lo dije todo al capellán; y de acuerdo con él, he buscado gente para que le dieran una paliza esta noche, y creo que tan fuerte se la han dado, que Dios sabe el pobre barbero cómo estará á estas horas. (Durante este diálogo, el Barbero hace gestos de asombro é indignación.)

BARB. (Paseando agitadísimo y en actitud amenazadora.) Rabiando, rabiando! (¡Ha sido este el miserable!) ¡Oh! ¿Conque has sido tú, (Zarandeándolo.) has sido tú el infame que ha cometido... ese pecado!

DEM. Yo, padre; pero, por Dios, (Asustado.) soltadme.

BARB. ¿Conque has sido tú? ¡Tú, el que tienes la culpa de que hayan magullado á ese pobrecito barbero! (¡Ah! ¡Si no fuera por la situación en que me encuentro!) Pero no te escaparás, no te escaparás!... (Zarandeándolo.)

DEM. ¿De qué?

BARB. ¡Del infierno!

DEM. ¿De modo que creéis que es mortal?

BARB. ¿Que si es mortal?... ¡Infame! ¡Considera si el barbero te tuviera cogido por el cuello! (Le aprieta el cuello.)

DEM. ¡Padre, que me ahogáis!

BARB. ¡Te estrangulaba, hombre, te estrangulaba!

- DEM. Ya sé, ya sé que mi culpa es grave, porque precisamente he buscado para que le pegaran á los más brutos del pueblo: al carpintero, al zapatero, tres ó cuatro más y al herrador.
- BARB. (Entonces ya sé quien me ha hecho lo del tobillo.)
- DEM. Y ahora deseo que me deis vuestra absolución. (Se arrodilla mirando al suelo.)
- BARB. ¡Mi absolución! Yo os daría, yo os daría... (Le amenaza, y cuando mira parece que va á darle un puñetazo.) mi absolución, pero...
- DEM. ¡Dádmela, padre!
- BARB. (Vamos, que no sé si darle la absolución ó darle dos puñetazos!) (Haciendo con la mano movimientos como para bendecirle y para pegarle.)
- DEM. ¡Perdonadme!
- BARB. Bueno; pero habeis de cumplir la penitencia.
- DEM. Decidme; estoy dispuesto á cumplirla.
- BARB. Bien, pues como ha sido la culpa tiene que ser el castigo. (¡Te voy á reventar!) (Vase á la celda.)
- DEM. ¡Pero, Dios mío, cómo le indignan los pecados! ¡Es un santo!... Si lo sé, no vengo.
- BARB. (Saliendo.) La penitencia es que con estas disciplinas os deis quinientos veintidos zurriagazos, repartidos por todo el cuerpo, y con el palo de los zurriagos, cincuenta golpes en el tobillo derecho.
- DEM. Pero, padre... ¡son muchos golpes!
- BARB. ¿Que son muchos golpes?... Pues podeis descontar estos que voy á daros yo mismo, y serán menos.
- DEM. ¡Pero, padre!...
- BARB. Tomad, ¡así, así!... (Pegándole despiadadamente. El Barbero le persigue por toda la escena, pegándole.)
- DEM. ¡Por Dios! ¡Por Dios!...
- BARB. ¡Así hay que pegarse!
- DEM. ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Socorro!
- BARB. ¡Toma, bribón, toma!
- DEM. ¡Dios mío, que me matan! (Huye por la puerta de la derecha.)

ESCENA V

XIX

El BARBERO, luego el DEMANDADERO y LACERDA

- BARB. ¡Gracias á Dios! ¡Me he desahogado, hombre, me he desahogado! Parece que ahora estoy más tranquilo.
- DEM. (Asomando la cabeza.) Padre, ¿me dais las disciplinas?...
- BARB. ¡Toma, granuja! (Le atiza dos zurriagazos. El Demandadero huye cerrando la puerta.)
- LAC. (Por la izquierda. Encuentra al Barbero dando zurriagazos á la puerta.) Pero... ¡eh!... ¡eh!... ¿Qué haceis?... ¿Estais loco?
- BARB. ¡Loco de alegría! ¡Le he dado al Demandadero cuarenta zurriagazos!
- LAC. ¿Por qué?
- DEM. Porque no he podido darle más. Ese pillo es el que me delató.
- LAC. Bueno, dejaos de eso, y arreglemos nuestra fuga. Laura está enterada de todo y decidida á huir en este momento.
- BARB. ¡Pues, ánimo!
- LAC. Callad. (Pausa.) Sí, ella se acerca.

ESCENA VI

X

DICHOS y LAURA por la derecha

- LAURA (Entrando.) ¡Fernando!
- LAC. ¡Laura!
- BARB. ¡Señorita! (Una reverencia.)

Música

- LAC. Ya llegó la hora.
- LAURA Ya llegó el momento.
- LAC. Llegó la ocasión.
- LAURA Dejar esta casa.
- LAC. Dejar el convento.
- LAURA Dejar la prisión.

¿Quién es ese hombre? (Por el Barbero.)
 LAC. Un pobre diablo.
 BARB. *Per secula amen.* (saludando.)
 LAC. Aunque lo parece,
 ni es fraile ni es lego,
 ni es padre mostén.
 (Quedan hablando bajo.)
 BARB. Yo soy un barbero
 de parroquia escasa,
 corto, afeitó y rizo
 á la perfección.
 Y al Demandadero
 de esta santa casa,
 he venido á darle
 el primer jabón.
 LAC. Y }
 LAURA } Todo está dispuesto,
 todo está previsto,
 nadie nos ha visto,
 marchemos de aquí.
 BARB. ¡Ay, en cuanto salga,
 la Virgen me valga
 si me encuentro al cura
 ó él me encuentra á mí!

<p>LAURA</p> <p>Dios mío, mi tío el noble marqués. ¿Qué hacemos? De prisa marchemos los tres.</p> <p>BARB.</p>	<p>LACERDA</p> <p>Callemos, despacio podemos huir. No sea que alguno nos vea salir.</p> <p>¡Ay pobre barbero, si acaso te ven con estas hechuras de padre mostén! (Vanse por la derecha.)</p>
---	---

CUADRO SEXTO

Decoración: Sala del torno. A la derecha en primero y segundo término, puertas; en tercer término, otra puerta grande en forma de verja, que conduce al jardín. A la izquierda, una puerta. En el foro y á su izquierda, pequeña puerta que se supone da á una escalera de caracol; un tragaluz á conveniente altura de la puerta. A la derecha del foro otra puerta no practicable. En el centro un torno grande practicable. Una mesa con breviarios, sillón de cuero y sillas.

ESCENA PRIMERA

El DEMANDADERO con un farol y unas llaves; sale quejándose, molido y maltrecho por la izquierda

DEM.

¡Ay, ay, Dios mío, me ha molido! Si yo sé esto, ¡cualquier día me confieso! Porque la verdad es que ese padre es un .. santo. ¡Qué indignación cuando le dije lo del barberol ¡Cómo le enfurece el pecado!... Es un justo, porque cuando á mí me ha pegado con tanta fuerza... ¿cómo se pegará él? Mucho más, mucho más... flojo... ¡Ay, ay, qué dolor; cómo me duele aquí! (Tentándose el lado derecho.) Pero es claro, Dios mío, si me ha roto un hueso. (Saca del bolsillo el hueso que se guardó antes, roto en dos pedazos.) ¡El de la liebre! Naturalmente, si me dió en dos segundos la mitad de la penitencia... No me faltan más que los del tobillo; pero lo que es esos, me parece que no me los doy.

ESCENA II

DICHO y la SUPERIORA por la primera derecha

DEM.

(La Superiora.) (Coge el farol.)

SUP.

(Lleva otro farol.) Pero, hermano, ¿qué hace aquí sin haber cerrado todavía las puertas del convento?

- DEM. Madre Superiora, es que tengo un dolor muy fuerte y no puedo moverme; me duelen todos los huesos, ¡ay!
- SUP. Dolor de corazón debía tener, hermano. Mas valdría que en vez de quejaros de males quiméricos, hiciérais examen de conciencia y fuérais á confesaros con el padre Anselmo.
- DEM. ¡Si, enseguidita, enseguidita me confieso con ese padre!
- SUP. Yo voy á seguir mi inspección por el convento; conque cerrad pronto y retiraos á descansar.
- DEM. Si, que buena falta me hace, madre Superiora. (Vase la Superiora por la segunda derecha.) Cerraré y volveré pronto para meterme en la cama. (Vase por la puerta del jardín.)

ESCENA III

LAURA, LACERDA y BARBERO entran con mucho sigilo por la puerta izquierda.

- BARB. ¡Chist .. silencio, precaución!
- LAC. ¿No hay nadie aquí?
- BARB. Nadie.
- LAURA. ¡Si nos descuidamos!...
- BARB. ¡Si nos descuidamos nos ve la Tornera! (va examinando las puertas.)
- LAURA. ¿Y nuestro tío, Fernando, y nuestro tío?
- LAC. No temas nada, le he dejado una carta que le tranquilizará.
- BARB. Bueno; es preciso no perder tiempo. Señorita, ¿de aquí por dónde salimos?
- LAURA. Por esta puerta (Señalando la del foro derecha.) que da á la sala del torno.
- BARB. (Acercándose á la puerta.) ¡Si esta puerta está cerrada!
- LAURA. Pero tendrá la llave puesta por fuera, que así la deja el Demandadero cuando se acaban las horas de torno.
- BARB. Pues se me ocurre una idea salvadora.
- LAC. ¿Cuál?

BARB. Salir yo por el torno, ver si puedo abrirla y examinar el terreno.

LAURA ¿Y si encontráis al Demandadero?

BARB. Le convenzo enseguida. (Sacando de debajo de los hábitos las disciplinas.)

LAC. Pues, fuera, manos á la obra.

BARB. ¡Manos á la obra! (Salta al torno y se coloca convenientemente en uno de sus huecos.)

LAC. Si no pudiérais abrir, volved á entrar por el torno.

BARB. Si no está la llave puesta, yo daré dos golpes y dad la vuelta. (Lacerda da la vuelta al torno.)

LAURA ¡Yo no puedo más, yo estoy asustadísima!

LAC. Animo, Laura, confía en mi amor.

LAURA ¡Cuidado! (Escuchando.)

LAC. Parece que abren esa puerta. (La primera derecha.)

LAURA ¡Ay, sí, Dios mío, ocultémonos!

LAC. Sí, esperemos que pasen. (Laura se esconde en la puerta izquierda; Lacerda en la puerta izquierda del foro.)

ESCENA IV

DICHOS y el DEMANDADERO. (El Barbero da dos golpes en el torno.)

DEM. Ea, ya he cerrado. (Sale por la primera derecha con un lio blanco en la mano y el farol.)

LAC. (Asomando la cabeza.) ¡El Demandadero! ¡Maldito viejo!

DEM. Le dejaré al sacristán su sobrepelliz, para que la encuentre mañana temprano y no me despierte á las tres como hace el muy pícaro todas las madrugadas.

LAC. (¿Qué hará?)

DEM. El tiene mala intención, pero me las va á pagar; voy á aconsejarle que se confiese con el padre Anselmo... y cuando le diga lo de la cera, ¡no van á ser correazos! Me río de pensarlo! Ea, la dejaremos aquí (se dirige al torno.) y que la coja por fuera mañana por la ma-

- ñana. (Da vuelta al torno y se encuentra con el Barbero, retrocediendo asustado.)
- DEM. ¡Ay! ¡Dios mío, horror! ¿Qué es esto?...
- BARB. ¡Cuerno! ¡Ah!... (Salta del torno, se arrojase sobre el Demandadero, tirándole el farol y emprendiéndola con él á correazos.)
- DEM. (Huyendo.) ¡Dios mío, el padre, el padre otra vez! (Va á subir por la escalera del campanario, encuentra á Lacerda y retrocede más asustado.) ¡Otro padre!...
- BARB. ¡Quieto! (Zarandeándole.)
- LAC. (Saliendo.) ¡Silencio!
- DEM. ¡Qué es esto, Virgen santa!
- LAC. (A Laura.) Sal. (Sale cubierta con un manto.)
- DEM. ¡Otro padre! ¡Dios mío, una comunidad entera!
- BARB. ¡Calla, granuja! (Dándole un puntapié.)

Música

- BARB. ¡Silencio!
- DEM. ¡Dios mío!
- LAURA Fernando, ¡qué horror!
- LAC. No temas, que todo lo vence el amor.
- LAURA Si ese hombre resiste...
- BARB. Dejádmelo á mí.
- Si resiste, vivo no sale de aquí. (Le da un zurriagazo.)
- DEM. (Qué listo es el padre para sacudir, él la penitencia me va á hacer cumplir.)
- BARB. En el instante,
- (Laura y Lacerda observan si viene alguien.)
- Demandadero, ese llavero me vais á dar.
- Porque las puertas de este convento, en el momento quiero salvar.
- DEM. ¿Vais á marchar?
- ¡Padre, por Dios!

- BARB. Yo soy tan padre
como sois vos.
- DEM. ¡Válgame el cielo!
¿Qué me decis?
¿No sois un padre?
- BARB. Como lo oís.
Por indiscreto,
por delator,
por comer carne,
por hablador,
por sin vergüenza,
por malandrín,
á zurriagazos (Le amenaza.)
vais á morir.
- DEM. Por San Clemente,
por San Ramón,
por San Tadeo,
San Simeón,
por Dios bendito
tened piedad,
y sino hágase
tu voluntad.
- LAC. Por tu hermosura,
por mi pasión,
porque te adora
mi corazón,
esta aventura
loco intenté,
y al fin, mi Laura,
te salvaré.
- BARB. Ese llavero
me vas á dar, etc.
- DEM. Todas las llaves
yo le daré.
- LAURA Por tí tan solo,
sólo por tí,
esta locura
yo cometí.
Dios, de nosotros
tendrá piedad,
y sino hágase
su voluntad.
- DEM. Todas las llaves
yo le daré.

LAC. Al fin, mi Laura,
te salvaré.

A un tiempo

LAURA Dios, de nosotros
tendrá piedad,
y sino hágase
su voluntad.

DEM. Por Dios bendito
tened piedad,
y sino hágase
tu voluntad.

LAC. Esta aventura
loco intenté,
y al fin, mi Laura,
te salvaré.

BARB. Por sin vergüenza,
por malandrín,
á zurriagazos
vas á morir.

Hablado

DEM. (Arrodillado.) ¡Señores, perdón; perdón y no
me matéis!

LAC. ¡Dadnos las llaves inmediatamente!

DEM. Aquí están... esta es... la de la huerta y...
esta... la del torno...

LAURA Huyamos por la huerta.

LAC. VAMOS. (Se dirigen á la verja y abren.)

BARB. Tú al suelo, y un cuarto de hora sin mover-
te; ¡y como vea yo que te levantas antes!...
(Le da un zurriagazo y el Demandadero se echa en el
suelo.)

DEM. ¡No... no... no!...

BARB. ¡Huyamos! (Vanse los tres por la verja. El De-
mandadero va á levantarse, mira de reojo á ver si
se han ido, y entra el Barbero.)

BARB. (Le dará otro.) ¡Granuja! (Le da otro y vase
corriendo.)

DEM. ¡Ay, ay, que no me levantaba, que no me
levantaba! (Pausa. Se levanta muy atemorizado.)
¡Ya se han ido! ¡Dios mío, qué gente será

esta que anda de tal modo por el convento!...
¡Y se han llevado las llaves!... ¡Y han huído!
¿Serán ladrones?... Yo pido socorro. (Gritando.) ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Madre Superiora!...
¡Socorro, que nos roban!... (Va á la escalerilla del campanario y tira de una cuerda que pende del techo, oyéndose la campana.)

ESCENA ~~V~~ XXVII

DEMANDADERO, SUPERIORA, CORO de monjas y educandas.
Luego el MARQUÉS y el MAYORDOMO por la primera izquierda

Música

DEM. (Dando grandes voces.)
¡Auxilio, favor, socorro,
que me matan, ay de mí!

CORO (Saliendo asustadas.)
¿Qué sucede, qué ha ocurrido,
cómo alborotáis así?

—
Hablad, hablad
por caridad.

—

DEM. ¡Ay, hermanas
de mi vida,
me han matado,
digo, no,
me han molido,
me han robado
tres bergantes...!

CORO ¡Ah!... ¡Oh!...

—

SUP. Decid como fué.
DEM. (Temblando y sin poder hablar.)
No sé si podré.

—

Vino un padre,
y otro padre,
y otro padre
vi después.
Y ni el padre
era tal padre
ni ninguno
de los tres.
Porque el padre
era una madre,
dicho sea
con perdón.
Y la madre
y los dos padres,
son tres padres
que no son.
Todos Ha perdido (Con gran extrañeza.)
la razón.
DEM. Han huido,
se han marchado,
me han robado
ya lo ven.
Y yo vengo
porque tengo
mucho miedo
del mostén.
Todos ¿De quién? (Con asombro.)
DEM. De ese padre
que no es padre,
ni predica
la pasión.
Pero en cambio
si se ciega,
pega, y pega
sin razón.
Todos ¡Qué confusión!
DEM. Vino un padre
y otro padre...
SUP. Basta, hermano,
por favor.
Esas cosas
no suceden
en la casa
del Señor.

TODOS
SUP.

¡Oh!
¿Cómo nadie se atreviera
esta casa á profanar?

TODOS
SUP.

¡Ah!
¿Quién la calma de un convento
intentara perturbar?

TODOS
DEM.

¡Ah!
¿Quién me ha dado una paliza
mucho más que regular?

TODOS
DEM.

¡Ah!
¿Quiénes eran los tres padres
que no saben predicar?

TODOS
CORO

¡Ah!
Algo debe de influir (Con misterio.)
en su extraña turbación,
cuando no sabe decir
los tres padres quiénes son.
De la cabeza á los pies
tembloroso el pobre está,
si eran dos padres ó tres
luego se averiguará.

¡Ah! ¡Ah!...
Qué será, qué será.
Todo el convento revuelto está.

MARQ.

(Saliendo por la derecha.)

SUP.
CORO

¡Ay, madre Abadesa!
¡Ay, noble Marqués!
(Si será este viejo (Con misterio.)
uno de los tres.)

MARQ.
MAY.

Aquí vengo echando el... (Tose.)
(Que habrá salido con él.)
hígado.

MARQ.
MAY.

No me deja hablar la... (Idem)
cólera.

MARQ.
MAY.

Y vengo á armar un es...
...cándalo.

MARQ.

como Laura no esté aquí.
Repasad bien esta e... (Idem.)

MAY.

...pistola.

MARQ.

Y decidme por San... (Idem.)

MAY.

Crispulo.

MARQ.

Quién es el audaz mi... (Idem.)

MAY.

...sérrimo.

MARQ.

Que mi honor maltrata así.

Al ser asaltada
la casa de Dios,

(Le entrega una carta á la Abadesa.)

sois de esta embos...

(Tose y da con el codo al Mayordomo para que termine la frase.)

La tos, la tos.

MAY. (Terminando la palabra que por la tos no puede terminar el Marqués.)

...cada.

MARQ. La culpable vos.

SUP. ¡Dios mío, Laura! (Aterrada.)

MARQ. Esto es cruel.

CORO ¡Ha sido Laura! (Con gran sorpresa.)

SUP. ¡Dios de Israel!

CORO ¿Quién será él?

MARQ. Sois de este rapto
culpable vos.

MAY. Calma, que puede
daros la tos.

CORO ¿Quiénes serían
los otros dos?

MARQ. Cómo ha podido...

SUP. Yo no lo sé.

DEM. Con vuestra venia
yo os lo diré. (Atención en todos.)

—
Vino un padre
y otro padre,
y otro padre
ví después,
y ni el padre
era tal padre
ni ninguno
de los tres.
Porque el padre
era una madre,
dicho sea
con perdón;
y la madre
y los dos padres,
son tres padres
que no son.

—

CORO ¡Qué explicación!
MARQ. ¡Qué confusión!
MAY. ¡Qué discreción!
SUP. ¡Por compasión!
MARQ. Estáis, vive Cristo,
 falto de razón.
DEM. Vos no os habéis visto
 en mi situación.

MAY. Aunque os ha dolido,
 más vale, Marqués,
 que haya sucedido
 antes que después.
MARQ. ¿Cómo habrán podido
 burlar á un Marqués?
 Todo me ha salido
 siempre del revés.
CORO ¡Qué suerte ha tenido,
 qué dichosa es,
 haber conseguido
 en vez de uno tres!
SUP. Culpable no he sido
 mi noble Marqués,
 mas perdón os pido,
 vedme á vuestros piés
DEM. ¡Qué bien me han molido
 á palos los tres;
 estoy dolorido
 quizás para un mes!

MARQ. Que salgan de prisa
 los mozos del pueblo
 y mi Mayordomo.
CORO Eso es lo mejor.
MARQ. Y si los atajan,
 y si los encuentran,
 que á los dos los aten
 sin ningún temor.
CORO De prisa, corriendo
 los dos deben ir,
 aun pueden, si quieren
 sus pasos seguir.

DEM. }
MAY. } Corriendo, volando
voy de ellos en pos,
y vivos ó muertos,
me traigo á los dos.

CORO Salid,
volad,
corred,
marchad.

MARQ. ¡Salid!

CORO Salid.

MARQ. ¡Volad!

CORO Volad, etc.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO SÉPTIMO

Decoración. El molino y alrededores. En el centro de la escena, y hacia el foro, el molino; puerta frente al público, á la cual da acceso una rampa ruínosa. En la pared de la derecha del mismo, que es oblicua, con respecto á la cara anterior, la rueda del molino. Detrás una cascada. En el lateral izquierda el granero con puerta practicable. En el derecho, segundo término, fachada del pajar con puerta. Al foro telón de campo. Es de noche, antes de romper el alba.

ESCENA PRIMERA

CORO GENERAL DE MOZAS y MOZOS *adulterio* que bajan al molino. Algunos cargados con pequeños sacos blancos, que dejan junto á la rampa en cuanto salen. Luego EL MOLINERO, MOLINERA y

Moliner 1.º 2.º MOZO 3.º

Música

ELLOS	Molinera, (Dentro)
	ven ligera.
ELLAS	Molineró,
	ven ligero.
ELLOS	Que te espero.
ELLAS	Ten espera,
	¡zalamero!
ELLOS	¡Zalamera!
ELLAS	¡Molineró!
ELLOS	¡Molinerá!

ELLOS Levántate, que ya es hora;
sacude el sueño y despierta,
molinera encantadora,
antes de que entre la aurora
por el umbral de tu puerta.
Ya el lucero matutino
muy pronto podremos ver;
no te salgas del camino,
molinera, que al molino
vas antes de amanecer.

ELLAS Me levanto sin demora
cuando el deber lo reclama,
que á la que es madrugadora
la luz de la blanca aurora
no la sorprende en la cama.
Espérame si al molino
llevas el trigo á moler,
que yo de noche no atino,
y es muy quebrado el camino
para ir sola una mujer.

ELLOS

ELLAS

Antes que brille
la luz primera,
ven molinera;
cantemos juntos
una canción.
Y aun cuando el día
tarde despierte,
con sólo verte
creeremos todos
que salió el sol.

Yo también quiero
tu compañía;
ven molinero;
cantemos juntos
una canción.
Y aun cuando el día
tarde despierte,
con sólo verte
no ha de inspirarme
nada temor.

— ¡Molinerál

— ¡Molinerol etc.

(Se oye el toque de alba.)

—

Todos Ya las campanas anuncian
del día el primer albor.
Angelus Domine,
bendito y alabado sea el Señor.

—

(Empieza á amanecer.)

De alba el cielo recibe
los tonos de luz suaves;
ya todo revive;
ya cantan las aves.
Ante los albores
sacude el hastío,
ya se abren las flores
que escarcha el rocío.
El día ya avanza,
la noche decrece,
un sol de bonanza
por fin resplandece.
¡Cuánta luz, cuánta armonía!
¡Oh, qué mágico embeleso!
¡Mira á la noche y al día
dándose el último beso!

(Saliendo todos. Los mozos persiguiendo á las mozas.)

ELLOS
ELLAS
ELLOS
ELLAS

¡Molinera retrechera!
¡Molinero juguetón!
¡Verte en mis brazos quisiera!
No es muy buena la ocasión.

ELLOS
ELLAS

Las manos ten quietas.

ELLOS
ELLAS
ELLOS
ELLAS
ELLOS
ELLAS
ELLOS

¡Preciosa, divina!
¡Por Dios, no te metas
tan pronto en harina!
¡Me abraso, me muero!
¡Apaga la hoguera!
¡Por Dios, molinera!
¡Por Dios, molinero!
No me desdén.

¡Qué desatino!
Aunque te empeñes

(Corriendo tras de ellas.)
mía has de ser.

ELLAS
ELLOS
ELLAS
ELLOS

¡Vuelve á mirarme!
¡Dale, molino!
¿Quieres matarme?
¡Ay, qué moler!
Vente conmigo;
moleré trigo
para que comas

ELLAS buen candel.
 Serás mi esposa,
 niña preciosa.
 Ya eso es harina
 de otro costal.
(Se adelantan al proscenio formando parejas.)

TODOS Bajaremos muy temprano,
 en paz y en gracia de Dios,
 con un saco en cada mano
 llenos de trigo los dos.
 Ya verás si nos casamos,
 como bien pudiera ser,
 ¡qué buenos ratos pasamos
 viendo la rueda moler!

ELLAS Ris, ras, ris, ras.
 Tu amor se adivina,
 no me digas más.

ELLOS Ris, ras, ris, ras.

ELLAS Al fin en harina
 metiéndome vas.

ELLOS Ris, ras, ris, ras.

ELLOS ¡Si desde esta fecha
 á serme fiel vas!...

ELLAS Ris, ras, ris, ras.

ELLOS ¡Qué buena cosecha
 de trigo tendrás!

TODOS Ris, ras, ris, ras.

ELLOS ¡Qué dicha me espera!

ELLAS ¡Tan pronto no quiero!

ELLOS ¡Por Dios, molinera!

ELLAS ¡Por Dios, molinero!

TODOS Ris, ras, ris, ras.

(Vanse los mozos, excepto dos.)

Hablado

MOZO 1.º (Al Molinero que momentos antes ha salido por la
 puerta derecha.) ¡Tío Bruno, á ver si me des-
 pacháis pronto estos sacos!

MOLO. Arrímalos ahí.

MOZO 2.º Pues yo también tengo prisa.

MOZO 1.º Y yo.

TODOS ¡Y yo, y yo!

MOL.^a (Que ha salido por la derecha.) Todo se andará; vamos con calma.

Mozo 1.^o ¿Y á mí no hay quien me muele?

MOL.^o (A la Molinera.) ¡Tú, Casilda, muele á éste!

MOL.^a ¡Allá voy! (Coge un saco y entra en el molino, saliendo en seguida)

Mozo 2.^o (Al Molinero.) ¡Oye, Bruno; la verdad, quisiera que me molieras antes que á esos!

MOL.^o Bueno, hombre.

Mozo 2.^o ¡Ah, escuchadme! ¿Y sabéis alguno qué ha sido el jaleo que hubo esta noche en el convento?

MOL.^o ¿Pues qué ha pasao?

Mozo 1.^o Hombre, yo no sé más, que allá á las once se oían tocar á rebato las campanas interiores del convento, y se veía á las monjas á través de las celosías cruzar volando con luces en la mano.

MOL.^a Será que habrán llegao padres misioneros.

MOL.^o ¡Mujer, por dos ó tres padres no iban á meter tanto ruido!

Mozo 2.^o Para mí, digo yo, ¿que si habrá sido que hayan querido robar en el convento?

Mozo 1.^o No sería extraño; lo cierto es que ayer robaron del mesón los hábitos de un lego, quizá para disfrazarse de fraile algún ladrón y entrar mejor.

Mozo 2.^o O puede que haya entrao el demonio, como hace seis años.

MOL.^o (Al que rodean mozas y mozos.) ¡Quita, tonto! Si lo de entonces fué que decían las monjas que dentro de la celda de la Superiora se oía ruido de cadenas, y estaban aterrorizadas. Y como saben lo valiente que soy, me mandaron llamar y fui. (Pausa; atención en todos.) Era una noche obscura, como boca de lobo, y llegué al convento, creyendo que aquello del ruido de cadenas sería cuento.

MOZA 1.^a ¿Y era verdad?

MOL.^o ¡Ya lo creo! Llego á la celda y oigo *rúm... rúm...* un ruido de cadenas infernal que me tía miedo.

TOBOS ¡Ave María Purísima!

MOL.^o Y yo, haciendo de tripas corazón, sigo el

- ruido, que se iba corriendo por el pasillo, y de pronto para el ruido y paro yo; hago la señal de la cruz y... ¡aquí tengo la señal! (Señalándose una pierna.)
- Mozo 1.º ¿De qué?
MOL.º De un mordisco.
- MozA 2.ª ¿Del demonio?
MOL.º ¿Qué del demonio? ¡Del perro, que se había soltado y andaba arrastrando la cadena por todo el convento!
- Todos ¡Já! ¡já!
Mozo 1.º ¡Ná! ¡Que las librásteis del susto!
MOL.º ¡Ya lo creo, y me quedaron muy agradecidas!
Mozo 1.º ¿Y qué, os dieron algo?
MOL.º Dar-me, no; sólo se empeñaron para obsequiarme en que tomara un bocao; pero yo, después del que me había dao el perro, no estaba pa bocaos.
- Mozo 3.º (Sale corriendo y muy sofocado por el camino que se vé detrás del molino.) ¡Hola, tío Bruno; hola!... (Abrazándose al Molinero.)
MOL.º ¿Pero qué te pasa?
Mozo 3.º Pues... que... como he tenido que venir solo desde el pueblo, vengo asustao.
MOL.º ¿Y por qué?
Mozo 3.º ¿Pues no sabéis lo que ocurre?
TODOS (Con gran curiosidad) No; ¿qué?
Mozo 3.º Pues que me he encontrado al tío Malastripas, el cuadrillero...
TODOS ¿Y qué?
Mozo 3.º Que me ha contao que anoche han entrado en el convento dos criminales feroces, y que lograron escapar, pero que deben andar por estos contornos.
- Mozo 1.º ¿De modo que eran ladrones?
Mozo 3.º ¡Ladrones, y según el tío Malastripas, de los más terribles; pero como él los coja!...
MOL.º Con lo valiente que es, los deshace. (Hace mutis la molinera por la derecha.)
Mozo 1.º Conque nos vamos; hasta luego, tío Bruno, que volveremos por la harina.
MOL.º ¡Id con Dios!
Mozo 3.º ¡Adiós; vamos todos juntos! (Vase el coro y mozos por la izquierda.)

ESCENA II

El MOLINERO y la MOLINERA

- MOL.^o (Llamando.) ¡Casilda!... (Pausa.) ¡Casilda!... (Pausa.) ¡Pero Casilda!...
- MOL.^a (Saliendo.) ¡Qué quieres, hombre, qué quieres!
- MOL.^o (Remedándola.) ¡Qué quieres, hombre, qué quieres!... ¡Demonio de mujer! ¿Qué haces? Anda, anda, muele esos dos sacos, que yo voy á llevar estos al granero.
- MOL.^a ¡Bueno, bueno! (Entra en el molino llevando algunos sacos.)
- MOL.^o (Yéndose al granero con otro saco.) ¡Demonchel! ¡Ladrones por estos contornos!... Pues hay que andar con ojo. (Entra en la casa.)

ESCENA III

LACERDA y BARBERO por la izquierda; salen corriendo

~~Mendoza~~

- BARB. Aquí no nos ven,
por Dios, descansad.
Nos persigue...
- LAC. (Asustado.) ¿Quién?
- BARB. ¡La fatalidad!
- LAC. ¡Ah!
- BARB. —
- LAC. De mi Laura el recuerdo querido
al cabo vencido tendré que olvidar;
y al pensar en el bien ya perdido
el llanto mis ojos pretende nublar.
- BARB. ¡Pues me voy á quedar divertido
como ahora este mozo empiece á llorar!
- LAC. —
- LAC. Salgo con Laura, busco á Mendoza,
no encuentro á nadie, por más que busco,
¡qué decepción!

De Laura el llanto mi alma destroza,
¡qué desencanto!
Pues dejar teme
la reclusión.

BARB. Al oír el toque de la campana
de aquel maldito Demandadero
de Lucifer,
¡tán, tén, tán, tán!
sin darme cuenta de la sotana,
salté, dí un grito, tomé el sendero
y eché á correr.

LAC. No ha de ver ella flaqueza en mí,
no desfallezco.

BARB. ¿No? Pues yo sí.
(Desfallecido y bostezando.)

LAC. Yo quisiera de nuevo al convento
en alas del viento por Laura volver;
con valor y con fuerza me siento,
si tú me secundas, disponte á correr.

BARB. No me falta energía ni aliento,
mas yo no me siento si no es á comer...

LAC. Entre las sombras Laura se pierde,
¡destino impío!
Que me seguía siempre creí...
Porque la sombra, ¡corazón mío!...
Ya vendrá día de que se acuerde
mucho de tí.

BARB. Muerto de hambre,
falto de aliento,
de aquel convento
de los demonios
más que de Dios,
salí con otros
dos padres, creo,
y de tres, veo
que hemos llegado

tan sólo dos.

LAC.
BARB.

¡De aquí no paso!
No alces la voz.
¡Pero si tengo
un hambre atroz!

LAC.
BARB.

¡Ah!...
No alces la voz.
¡Ah!...

Hablado

BARB.

¡Qué noche, Dios mío, qué noche!

LAC.

¡Horrible! Y la causa de nuestra desgracia ha sido el no estar Mendoza con los caballos, como nos prometió.

BARB.

Es claro.

LAC.

Porque entonces hubiésemos huído y Laura no habría tenido que volverse llorando á su celda, viendo imposible nuestra fuga, y nosotros...

BARB.

Y nosotros no hubiéramos tenido que remangarnos los hábitos y emprender tal carrera, ¡que me río yo de los corzos, cervatos y cervatillos!

LAC.

¡Si aquel Demandadero armó un escándalo espantoso!...

BARB.

¡Y tan espantoso! Como que yo, al oír los gritos y las campanas, salí escapado por la huerta, y corre que corre, tropecé con la noria, me aturdí, y sin saber lo que hacía, empiezo á dar vueltas á la noria, y si no llegáis vos y me dais aquel pescozón y me enseñáis la puerta, me estoy allí dando vueltas toda la noche... ¡y Dios sabe el agua que hubiera sacado!...

LAC.

Y lo que siento es que no podamos quitar-nos estos hábitos.

BARB.

¡Cál! Ni pensarlo.

LAC.

Conviene que sigamos pasando por frailes, y que para ocultarnos pidamos hospitalidad en el molino.

BARB.

¡Y sobre todo que no caigamos en poder de la justicia!

LAC.

Tú, si acaso, aunque veas ante tí veinte cua-

drilleros con las espadas desnudas, ¡no te entregues!

BARB. ¡Quíá! Yo no me entrego aunque me pongan delante cien mil espadas; pero si me ponen unas chuletas, me entrego á las chuletas... ¡v rebaño el plato!

ESCENA IV

DICHOS y el MOLINERO

LAC. ¡Chist! ¡Aquí sale un hombre; cuidado! Para que no sospeche háblale en latín. (Se calan la capucha.)

BARB. Si yo no lo sé.

LAC. Pues es un compromiso, porque como yo no lo he estudiado más que seis años, tampoco lo sé.

MOL.^o (Sale. Aparte.) ¡Frailes en mi casa! ¿Qué querrán? (Alto.) Padres, que el Señor sea con todos. (Saludando.)

LOS DOS Amén.

MOL.^o Supongo que al deteneros en esta vuestra casa, desearéis...

LAC. Descanso por algunos momentos, porque venimos de muy lejos.

BARB. Y algún refrigerio por algunos momentos, porque venimos de muy lejos... ¡sin comer!

MOL.^o ¿Y de dónde venís?

LAC. De los desiertos, de convertir infieles.

BARB. ¡Y qué manera de predicar este padre!

MOL.^o ¡Los habrá convertido á todos!

BARB. ¡Quíá! á ninguno; no veis que predicaba en desierto...

MOL.^o ¿Y ahora os volveis al convento?

BARB. (Con ironía.) ¡Enseguidita!

MOL.^o ¿Y de qué convento sois, padres?

BARB. ¡Hombre, vaya una pregunta! ¿De qué convento somos?... (Aparte á Lacerda.) ¿De qué convento somos?

LAC. ¡Mostenses! ¿No os lo dice nuestro hábito?

MOL.^o ¡Ah! sí, es verdad; pero como yo creí que los mostenses eran descalzos...

- BARB. Eso... era antes; sí, tenéis razón: antes eran descalzos, pero entró en la Orden un padre que había sido zapatero, y nos calzó á todos.
- MOL.^o Dispensad, no lo sabía. De modo que vuestro convento está...
- BARB. Ahí..., todo derecho, y lo encontraréis á la vuelta.
- MOL.^o ¿A la vuelta?... ¡Si no hay ningun convento de frailes en todos estos alrededores!
- BARB. Digo, que todo derecho, y lo encontraréis á la vuelta... de dos ó tres días.
- MOL.^o ¡Ah!
- BARB. De modo que ya veis si tenemos prisa; conque si queréis darnos unas magritas.
- MOL.^o (Asombrado.) ¡Magritas en cuaresma!... ¿Pero no ayunais?
- BARB. Eso era antes..., pero entró en el convento un padre...
- MOL.^o Que había sido carnicero y...
- BARB. Y justamente.
- MOL.^o Bien, pasad, pasad.
- BARB. Vamos.
- MOL.^o (Al Barbero.) ¿Qué tenéis? Cojeais un poco.
- BARB. Sí, ha sido una barbaridad del herrador.
- MOL.^o ¿Qué?
- BARB. Que... herró mal á la mula y me caí.
- LAC. ¡Vamos!
- MOL.^o Vamos. (Entran en el molino.)

ESCENA V

CUADRILLERO 1.^o y CORO DE IDEM

(Sale el Cuadrillero seguido de cuatro ó cinco mas, muy sigilosamente. Los restantes saldrán cuando lo indique el cantable.)

Música

CUAD. Y CORO Toda la noche
vamos corriendo
sin que podamos
averiguar,

- dónde se ocultan
esos bandidos
que á la justicia
quieren burlar.
- CUAD. ¡Chits, chits
por aquí, por aquí,
junto á mí, junto á mí.
Porque si solo me veo
me va á dar el gran temblor.
- CORO Cumplir es nuestro deseo
la orden del corregidor.
- CUAD. Para hacer frente
á esos canallas
somos muy pocos.
- CORO Teneis razón.
- CUAD. De nuestra gente
aun faltan muchos.
- CORO Pero aquí llegan
(Salen más cuadrilleros.)
¡chits... precaución!
Ya estamos todos
aquí dispuestos.
- CUAD. ¡Aun me parecen
pocos á mí!
- CORO Si tropezamos
al fin con ellos...
- CUAD. Salimos todos
por piés de aquí.
- CORO No hay que matarles,
sino prenderles,
todos con vida
deben quedar:
Y luego atarles
codo con codo.
- CUAD. ¡Ni aun así el miedo
me ha de dejar!
- Les cogeis por la cabeza.
- CORO Y vos luego por los piés.
- CUAD. No me atrevo por si empieza
á largarme puntapiés.
Mis esfuerzos serán vanos.
- CORO Es verdad, tenéis razón,
sujetadlos de las manos.
- CUAD. Y me dan un bofetón.

Entre los muertos
contémonos.

CORO

¿Son ellos muchos?

CUAD.

¡¡Muchos!!... ¡¡¡Son dos!!!

CORO

¡Oh!

Pues la lucha está empeñada;
lucharemos cada cual,
de hombre á hombre no va nada.
No va nada, no va nada
y va un miedo colosal.

CUAD.

A un tiempo

CORO

Si como dice
solo son dos,
de nuestras manos
librelos Dios.

CUAD.

De sus hazañas
librenos Dios.

CORO

Al enemigo
no hay que tener.

CUAD.

Contad conmigo
para correr.

CORO

Pobres de ellos si se ocultan
como dicen, por aquí;
pobres de ellos.

CUAD.

Pobres de ellos
y también pobre de mí.

TODOS

Aunque alarde hacemos todos
de energía y de valor,
no nos deja dar un paso
este pertinaz temblor.
Aun cuando avanzar queremos
no nos podemos mover,
pero en cambio bien podremos
cuando toquen á correr.

CUAD.

¡Tened en cuenta
que ellos son dos!

A un tiempo

CORO

Entre los muertos
cuéntelos Dios.

CUAD.

Entre los muertos

contémonos.

TODOS

¡Ah!

(Corren asustados y se reúnen en grupo muy compacto juntando espalda con espalda al primer tiempo del último compás.)

Hablado

CUAD.

¡Ah, del molino!

MOL.º

(Dentro.) ¿Quién vá?

CUAD.

Los cuadrilleros.

MOL.º

(Saliendo.) ¿La justicia en mi casa?

CUAD.

No temáis, maese Bruno; andamos en busca de dos criminales que han intentado robar esta noche en el convento, y (dándose importancia) estamos muy interesados en prenderlos, porque un señor marqués se lo ha suplicado al corregidor, y queríamos preguntaros si esta noche pasada ha habido gente en el molino.

MOL.º

¡No, nadie, nadie!... ¿De modo que esos criminales?...

CUAD.

(Pausadamente y ahuecando la voz.) ¡No sabemos quiénes son, pero sospecho que sean los mismos que el otro día entraron en un molino, cogieron al molinero y á la molinera y les cortaron los cuatro piés!...

MOL.º

¡A cado uno, eh!

CUAD.

Si señor, á cada uno le hicieron lo mismo.

MOL.º

¡Dios mío, qué horror!

CUAD.

Además, considerad lo que querrian hacer en el convento, que se han atrevido á entrar vestidos de frailes.

MOL.º

(Muy asustado.) ¿De... de... qué?

CUAD.

¡De frailes!

MOL.º

¡María Santísima!... De modo que... ¡Ay, Dios mío!...

CUAD.

¡Pero no os asustéis, hombre!

MOL.º

(Con miedo creciente.) Es... es... que...

CUAD.

¡Já, já! ¡Cómo tiembla! ¡Es claro, la falta de costumbre de trabajar con esos monstruos!...

TODOS

¡Já, já!

- MOL.º** Y decidme, ¿e... e... esos cri... cri... cri... criminales, qué señas tienen?
- CUAD.** Pues nos han dicho que uno cojea.
- MOL.º** (Horrorizado.) ¡Ay! Dios mío, sí, sí...
- CUAD.** ¡Qué cobarde! ¡Pero véis cómo tiembla! ¡Já, já! (Todos ríen.)
- MOL.º** ¡Si es que esos criminales están dentro del molino!...
- CUAD.** ¡Ah!... (En el colmo del terror corren y se atropellan, quedando agrupados lejos del molino, en actitud ridículamente cobarde, distinguiéndose entre todos el Cuadrillero 1.º)
- CORO**
- MOL.º** (Al Cuadrillero 1.º) ¿Pero, qué os pasa?
- CUAD.** De modo que... que decís... que están...
- MOL.º** ¡Están (Le coge de la mano.) aquí! (Queriendo llevarlo al molino.)
- CUAD.** (Huyendo.) ¡Bueno, hombre, bueno! ¡Y creéis que efectivamente son los criminales?...
- MOL.º** Yo, como decís que van vestidos de frailes...
- CUAD.** Sí, pero bien pueden ser estos frailes verdaderos.
- TODOS** Es claro.
- CUAD.** Vamos á ver, vamos á ver, ¿qué han hecho?
- MOL.º** Lo primero, pedir de comer.
- CUAD.** ¡Frailes!
- MOL.º** Pero observé que se ponían á comer sin echar la bendición.
- CUAD.** ¡Diabló! No son frailes.
- MOL.º** ¡Y se lo comieron todo y rebañaron el plato!
- CUAD.** ¡Frailes, frailes!
- MOL.º** Pero aunque procuraron cubrirse, observé que no tenían cerquillo ni coronilla.
- CUAD.** Pues no digáis más.
- MOL.º** ¡Y ahora recuerdo que no sabían decirme dónde estaba el convento!
- CUAD.** Son ellos, no hay duda. ¡Mucho cuidado, compañeros!
- MOL.º** ¡Por Dios, y mi mujer que está dentro con ellos!...
- CUAD.** ¿Y cómo no sale?
- MOL.º** ¡Le habrán cortao ya los piés!...
- CUAD.** (Siempre quedándose atrás.) ¡Bueno, compañeros, ahí están!... Con que adentro. (Van pasando los cuadrilleros.)

TODOS Vamos.
MOL.^o Es que yo...
CUAD. No tengáis miedo. ¡A ellos!
MOL.^o ¡Pues á ellos... son á los que tengo miedo!
CUAD. ¡Pasad!
MOL.^o Vos primero. (Empujándose el uno al otro por quedarse el último.)
CUAD. No, porque quiero guardaros las espaldas.
(Le empuja y entra el último. Música durante el mutis.)

ESCENA VI

LACERDA. Al entrar los últimos cuadrilleros, asoma por encima de los peñascos de la cascada con los manteos al brazo, y dice

¡Imposible avisar al otro; la situación se hace insostenible; corro al convento y que de una vez termine tanto sufrir! Vase.)

MUTACION

CUADRO OCTAVO

Telón corto de casa blanca, que figura la despena del molino. Dos laterales derecha é izquierda con puerta. Se ven jamones, frutas, etcétera; colgadas, orzas, tinajas, etc. Colgados en la puerta izquierda un jamón, dos botas de vino y una cesta.

ESCENA PRIMERA

BARBERO, por la derecha

¡Dios mío! Hemos oído ruido extraordinario, así como si entrara mucha gente en el molino; el señor Lacerda echó á correr por un lado y yo por otro, y subiendo á escape la escalera me he metido en ésta, que es la última habitación de la casa. ¡Tengo un miedo y un hambre!... ¡Yo voy á tener un mal encuentro!... ¿Qué es esto? (Al ver el jamón.) ¡Un jamón! Pues no es tan malo. ¡Calle, y aquí una bota de vino... y aquí otra!

(Las coge.) ¡Cualquiera es fraile descalzo con este par de botas!... ¡Y una cesta!... ¿Qué habrá? (Descuelga la cesta y la registra.) ¡Bollos, mantecadas! (Se guarda algunas.) Y ahora... (Va á echar un trago y dice.) Me parece que el ruido se acerca; me meteré en esa otra habitación. (Vase llevándose una bota de vino y varias mantecadas y el jamón, dejando en mitad de la escena la otra bota y la cesta. Entra por la puerta izquierda y cierra.)

ESCENA II

MOLINERO y CUADRILLERO. Abren la puerta derecha y entran con cautela

MOL.^o (Viendo la bota y la cesta.) ¡Mirad, mirad, ya me han robado!... ¿Os convencéis?
 CUAD. ¡Chist!
 TODOS ¡Chist!... (Desnudando las espadas.)
 CUAD. ¡Compañeros, el otro criminal ha huido!...
 MOL.^o Bajad la voz.
 CUAD. Y á este hay que prenderle.
 TODOS Eso.
 MOL.^o ¡Y el ladrón ha bebido también!
 CUA.^o ¿Qué es esto? (Por la bota.)
 MOL.^o Vino añejo.
 CUAD. A ver. (Bebe.) ¡Es verdad; la justicia necesita pruebas! Ahora es preciso que veamos lo que hace ahí dentro.
 MOL.^o Yo miraré por la cerradura. (El Molinero se agacha y mira por la cerradura; los cuadrilleros se agrupan junto á la misma puerta; el Cuadrillero 1.^o con la bota y la cesta en las manos.)
 MOL.^o Come.
 CORO ¡Come!
 CUAD. ¡Bueno! (Comiendo un bollo.)
 MOL.^o (Mirando.) Bebe.
 CORO ¡Bebe!
 CUAD. Ya voy. (Bebe.)
 MOL.^o ¡Que sale, que sale!... (Corren todos los cuadrilleros, dejando encerrados al Molinero y Cuadrillero 1.^o que pugnan por salir.)

CUAD. ¡Nos han encerrado!
MOL.º Protegedme, tened valor.
CUAD. ¡Haré un esfuerzo!

ESCENA ~~IV~~ V //

DICHOS y el BARBERO, aterrado

BARB. (saliendo.) ¡Cáscaras! ¡La justicia en el molino! ¡Aquí me muelen! Yo voy á ver si escapo.) (Alto.) ¡Hermanos, *per omniam secula!*...

MOL.º ¡Narices! (Este y el Cuadrillero quedan como pegados á la puerta de la derecha, dando muestras de un miedo exageradamente cómico, durante toda la escena.)

BARB. ¡Caracoles, no me creen!

MOL.º ¡Cuidado que oculta un arma detrás! (Por el jamón que lleva en la mano.)

CUAD. ¡Es verdad!... ¡Alto! (Con la espada desnuda.)

BARB. ¡Entregaos!... ¡Lo sabemos todo!...

CUAD. (Me han descubierto.) Pues, señores; yo... (Acercándose.)

BARB. ¡Atrás!... ¡Vos no sois fraile, confesad!...

CUAD. No, señor; no soy fraile, la verdad.

BARB. ¿Y os habéis puesto esos hábitos para entrar en el convento?

CUAD. No, señor; para salir.

BARB. ¡Pero habéis entrado á robar!

CUAD. Sí. Pero el que iba á robar era mi compañero.

BARB. ¡Ese se nos ha escapado!

CUAD. ¿Se ha escapado? (Me alegro.)

BARB. ¿Y por dónde habéis entrado en el convento?

CUAD. Por el tejado.

BARB. ¡Qué bruto!

CUAD. ¡Sois un miserable, tan cínico como todos los de vuestro oficio!...

BARB. ¿Mi oficio?... ¡Ah! Pero, ¿sabéis qué oficio tengo?

CUAD. ¡Lo sabemos todo! ¿Y habréis entrado á ejercerlo en el convento?

BARB. ¡Quía, hombre; si hubieran sido frailes, ya

lo creo que los arreglo! ¡Una vez llegué á un convento y en un minuto dejé á la comunidad tan mondadita!... (Horror en los otros.) El único que se quejó, porque echó una gotita de sangre, fué el prior; pero yo una vez con la navaja en la mano... ¡vengan á mí hombres barbudos!

MOL.^o

¡Qué horror!

CUAD.

¡Callad, callad!...

BARB.

Nada, que cuando cojo á un hombre así por las narices, (Como si afeitara) y abro la navaja y empiezo rís, rás, rís, ras... ¡no dice ay!

LOS DOS

¡Ay!...

BARB.

Y es que como empiezo por la nuez...

CUAD.

¡Basta; soltad esa arma para que os aten!...

BARB.

¿A mí?... ¿atarme á mí?... ¡De ninguna manera! (Sacando el jamón.)

CUAD.

¡Es un trabuco!

MOL.^o

¡Es un jamón!

CUAD.

¡Favor al rey!

MOL.^o

¡Favor al jamón! (Entran todos.)

BARB.

¡María Santísima, cuánta gente!

TODOS

¡A él, á él!

BARB.

Pero, señores, por Dios, que yo no soy criminal. Yo diré quién soy. (Los Cuadrilleros se arrojan sobre él.)

ESCENA IV

DICHOS, EL MAYORDOMO y CORO GENERAL

MAY.

¡Deteneos, señores!

CUAD.

¿Quién sois vos?

MAY.

El Mayordomo del señor Marqués de la Crin.

CUAD.

¿Y qué queréis?

MAY.

Llevarme á ese hombre.

BARB.

¿A mí?

CUAD.

Ese hombre es un ladrón.

MAY.

¡Ese hombre es el sobrino del señor Marqués!

TODOS

(Asombrados.) ¡Oh!

Música

MOL. ^o		¿Pues no sois padre?
BARB.		¿Padre de quién?
MOL. ^o		Por lo que veo
		padre mostén.
BARB.		Pues no veis bien.
MAY.		Vos sois Lacerda.
BARB.		¡Por compasión,
		no hagáis que pierda
		más la razón!
CUADS.		Es un bribón.
MOZOS	}	No es un bribón.
MOZAS		Si es un marqués
MOL. ^o		y no un ladrón,
		¿con qué interés
		guarda el jamón?
CUADS.		¡Chitón, chitón!
MOZOS	}	¡Chitón, chitón!
MOZAS		
<hr/>		
MAY.		¿No sois vos quien del convento
		se fugó con doña Laura,
		que os absorbe el pensamiento
		y os consuela con su amor?
BARB.		No, señor.
MAY.		Sí, señor.
CUADS.		No, señor.
MOZOS	}	Sí, señor.
MOZAS		Yo he salido del convento
BARB.		no con una señorita,
		sino con un señorito
		porque fué mi salvador.
MAY.		No, señor.
BARB.		Sí, señor.
CUADS.		No, señor.
MOZOS	}	Sí, señor
MOZAS		Dē escapar buscáis camino,
MAY.		pero os reconozco al fin

por sobrino del Marqués
de la Crin.

Todos ¡De la Crin, de la Crin!

MAY. Que dé algunos pasos
(Le obliga á dar algunos pasos.)

para que yo vea,
y al fin me cerciore
del pié que cojea.

MAY. } Una, dos, tres, (Cojeando.)
MOZOS } aunque no quiera
MOZAS } decir quién es,
una dos y tres,
esa cojera
es de un marqués.

MOL.^o } Una, dos y tres, (Cojeando.)
CUADS. } si á decir fuera
yo mi opinión,
una, dos y tres,
esa cojera
es de un ladrón.

MAY. } Es de un marqués.
CORO }
CUADS. } Es de un ladrón.
BARB. } Una, dos y tres,
todos me miran
con interés;
una, dos y tres,
pero los palos
vendrán después.

CUADS. } Es un ladrón.
MOL.^o }
MAY. } Es un marqués.
CORO }
CORO }

Todos Señor Marqués, (Saludando.)
señor Marqués,
una, dos, tres
hasta después.

CUADS. Con Dios vaya si no es
como creo un malandrín,
el sobrino del Marqués

de la Crin.
TODOS ¡De la Crin, de la Crin!
BARB. ¡Yo un Lacerda, yo un la Crin,
yo sobrino de un marqués!
¡Válgame San Valentín,
San Cenón y San Ginés!
CUADS. Visto de distintos modos
no aparece criminal;
nos equivocamos todos,
cosa, al fin, muy natural.
BARB. }
CORO } ¡Válgan^{me} los santos todos
de la Corte celestial
TODOS Una, dos y tres. (Cojeando.)
¡Señor Marqués! (Saludando.)
MAY. ¡Señor Marqués! (Idem.)
BARB. ¡Pero este domine
qué bruto es!
TODOS ¡Señor Marqués! etc.
(Vanse por la derecha.)

MUTACION

CUADRO NOVENO

Decoración. Huerta del convento. En el lateral izquierda, fachada del convento; una puerta en primer término con gradas. En el lateral derecha tapia con una puerta. Un pozo en segundo término izquierda. Al foro, telón de huerta. Árboles, flores, etc.

ESCENA PRIMERA

El DEMANDADERO y LACERDA, que sale por la puerta de la tapia

LAC. ¡Eh, amigo! Oídme un momento.
DEM. Servidor vuestro; ¿qué queréis?
LAC. Quiero que inmediatamente me hagáis ver
a la Superiora y al marqués de La Crin y a
la señorita Laura. Hacedlo pronto y no os
pesará. ¡Vamos, vamos!
DEM. Aguardad, aguardad. La madre Abadesa y
el señor Marqués es difícil que os reciban,

pues no están para visitas; y en cuanto á la señorita Laura, es más difícil todavía, pues está bajo la inmediata inspección de la Superiora, porque anoche ha estado á punto de fugarse del convento con un granuja.

LAC.

(Con ira contenida.) ¿Cómo un granuja?...

DEM.

Sí, señor; el pillo del sobrino del Marqués.

LAC.

¡Ese sobrino!...

DEM.

¡Ese sobrino es un sin vergüenza, creedme!

LAC.

¡Callad, imbécil, y llevadme ante la Superiora pronto!

DEM.

Pues vamos allá; ya veréis vos cómo os las componéis. (Vanse por la puerta izquierda.)

ESCENA II

EL MARQUÉS, el MAYORDOMO, luego el BARBERO y Cuadrillero por la derecha

MARQ.

Conque contadme, contadme todo. (Saliendo.)

MAY.

Pues nada, señor Marqués; que tras muchas fatigas dí con vuestro sobrino, que se ocultaba en un molino, y aquí le traen ya. (Entra el Barbero acompañado de los cuadrilleros.) Ahora le mato, le confundo, y el primer palo no hay quién se lo quite. ¡Granuja! (Al Barbero.) ¡De rodillas! (Se arrodilla.) ¡Y toma, bribón! (Le da un palo.)

BARB.

¡Ay! ¡Ay!

CUAD.

¡Silencio!

MARQ.

¡Habla, sobrino desnaturalizado! ¡Levanta esos ojos, descubre esa cara, y dí qué has hecho de Laura!

BARB.

Yo, nada. (Quitándose la capucha.)

MARQ.

(Asombrado.) ¡Ah!... ¡Cáscaras!

CUAD. Y

MAY.

¿Qué os pasa?

MARQ.

¡Que no es mi sobrino!

MAY.

(Estupefacto.) ¿Que no?...

MARQ.

¡Pues claro, imbécil!

BARB.

Sí ya se lo dije yo, señor Marqués, que no era pariente de vucencia.

CUAD. Y yo también se lo dije... porque á éste le conozco yo.
 BARB. El señor me conoce y dirá quién soy.
 MARQ. ¿Y quién es?
 CUAD. ¡Un terrible criminal que ha matado mucha gente!
 BARB. ¡Mentira! ¡No, no!
 MARQ. (Huyendo.) ¿Y por qué me traéis ese bicho?
 ¡Atadle, atadle! (Le atan.)
 BARB. ¡Señores, por Dios! ¡Que yo no soy criminal!
 CUAD. ¿Y qué hicistéis con aquella comunidad?..
 BARB. ¡Afeitarla!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, la SUPERIORA, DEMANDADERO, luego LAURA, LACER-
 DA, ~~monjas y educandas~~. Todos salen por el ~~convento~~

SUB. Señor Marqués, haced que desaten á ese pobre hombre.

DEM. (Al verle.) ¡Cielos!... ¡El de los disciplinazos! (Huye.)

BARB. Sí; y el barbero á quien delatasteis al capellán, tío de mi novia; (Le da un puntapié.) y por este bribón entré en el convento, y encontré á vuestro sobrino que me pidió ayuda para escaparse con la señorita Laura.

MARQ. ¿Y dónde está ella?

BARB. Aquí quedó.

MARQ. ¿Aquí?... (Asombrado.)

SUP. Sí, Marqués; yo os lo oculté hasta que se calmara vuestro enojo; pero Laura y Fernando, que vino luego implorando mi ayuda, desean vuestro perdón.

MARQ. ¡El también!

LAURA Y LAC. (Saliendo.) ¡Sí, tío; perdón!

MARQ. ¡Ellos!... ¡Ah! (Cayendo sobre el Barbero.)

SUP. Se ha desmayado el Marqués!

BARB. ¡Que se me cae La Crin! ¡Ayudadme!

MARQ. ¡Ah!... ¿Con que no habían huído?

LAURA No, tío; pero yo sin él no seré feliz.

LAC. Y yo sin ella... (Salen las educandas y monjas.)

MARQ. Puesto que el cielo lo permite, ¡cásaos! (Me he lucido.) Volveré á ser vuestro padre.
~~SUP.~~ (A Laura y Lacerda.) ¡Dios os hará felices!
BARB. ¡Que sea enhorabuena!
LAC. Gracias; serás mi barbero y el de mi tío, y le hablaré al capellán en favor tuyo.
BARB. ¡Qué situación para un barbero!... ¡Entre Lacerda y La Crin me hago rico!...

Música

A un tiempo.

LAURA y	}	No más clausura, mi bien amado, dicha y ventura voy } á gozar. ven }
LAC.		

¡Luciente aurora,
sueño dorado,
con quien me adora
voy al altar!

BARB. Un personaje
me considero,
y no un barbero
vulgar y ruín;
su rapabarbas
hoy me ha nombrado,
todo un Lacerda,
todo un La Crin.

MAY. Aunque se encuentra
muy achacoso,
darle otro esposo
llora el marqués.
¡Suerte traidora!
Pero más vale
que lllore ahora
que no después.

MARQ.

¡Tanta ternura
me ha conmovido!
Si con locura
se aman los dos,
que no se diga
que fui tirano:
¡Que los bendiga
desde ahora Dios!

CORO {
ELLAS
ELLOS

¡Ah!
¡Dichosa ella,
que ha conseguido
con un marido
salir de aquí!
¡Quién una esposa,
joven y hermosa,
tener pudiera
también así!

FIN

(Beilhae & Molévy.)

REPERTORIO DE LOS BUFOS ARDERIUS.

LA GRAN DUQUESA DE GEROLSTEIN,

ZARZUELA BUFA, EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON JULIO MONREAL.

Representada por primera vez en el teatro del Circo (Bufos Arderius) et 7 de
Noviembre de 1868.

Monreal
(Offenbach.)

(Don cambiado la representación)

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO. 18.
1868.

PERSONAJES.

ACTORES.

LA GRAN DUQUESA.	SRA. RIVAS.
WANDA.	STA. ALVAREZ.
FRITZ.	SR. CALTAÑAZOR.
EL PRÍNCIPE POL.	SR. CASTILLA.
EL GENERAL BUM.	SR. ARDERIUS.
EL CONDE PÜCK.	SR. ESCRIU.
EL BARON GROG.	SR. JIMENEZ.
AYUDANTE.	SR. CASTILLO.
Iza, dama de honor.	STA. CABEZAS.
OLGA, id.	STA. FONTFREDE.
AMELIA, id.	STA. GOMEZ.
Caballeros, damas, oficiales, soldados, cantineras, aldeanas, pajes, ugieres, etc.	

La accion se supone en un pequeño estado de Alemania,
por los años de 1720.

ACTO PRIMERO.

Campamento militar: tiendas á los lados: á la izquierda, en primer término, la del General Bum: fusiles en pabellones. En el fondo una colina con avenidas practicables.

ESCENA PRIMERA.

WANDA, FRITZ, SOLDADOS, ALDEANAS, CANTINERAS.

Las cantineras dan copas á los soldados.

MUSICA.

CORO. En tanto del combate
 no se oye la señal,
 cantemos y bebamos,
 que luego Dios dirá.

WANDA. ¡Oh mi bien, como me aflige
 que te obliguen á marchar!

FRITZ. Me voy á hacer mas famoso
 que Barceló por la mar.

Partir á la guerra
nos manda el deber,
y todos querrian
no marchar más bien,
mas ya que no sirve

temblar ni temer,
penas olvidemos,
siquiera esta vez.

Afliccion amarga
nos llenó de hiel,
al dar á estos sitios
el adios cruel,
amores dejamos
y paz y placer,
¡maldita la guerra
mil veces, amen!

¡Oh niñas bonitas,
soldados sin par,
valsad y reid,
reid y valsad,
y dulces placeres
no cesen jamás!

GORO.

Oh niñas bonitas, etc.

(Fritz toma á Wanda y cada soldado una cantinera ó aldeaña y emprenden un vals: cuando están mas animados, se presenta el General Bum en lo alto de la colina, haciendo gestos de cómica indignacion: deberá llevar un enorme penacho de colores chillones.)

ESCENA II.

DICHOS, el GENERAL, bajando: todos se detienen sobrecogidos á su voz.

GEN. ¡Mil bombas! ¡Mujeres en el campamento!

FRITZ. ¡Caspitina! ¡El General Bum! (Las mujeres huyen despavoridas, los soldados se cuadran precipitadamente.)

TODOS. ¡Viva el General!

GEN. ¡Rayos y truenos! ¡Bailecito teniamos! ¡Es así como se foguean los soldados de la Gran Duquesa, nuestra amada soberana?

TODOS. ¡Viva la Gran Duquesa!

- GEN. ¡Viva mil años! Pero... ¡mil bombas! Ya sé quién tiene la culpa de este jolgorio! Ese gznápiro de Fritz os desmoraliza!
- FRITZ. ¡Alabado sea Dios! ¡Ya sabia yo quién habia de llevarse las culpas!
- GEN. ¡Granadero Fritz, dos pasos al frente!
- FRITZ. ¡Presente! (Cuadrándose.)
- GEN. ¡Soldadillo del tres al cuarto!
- FRITZ. (¡Ya sé yo de dónde salen estas misas!)
- GEN. ¿Qué refunfuñas entre dientes?
- FRITZ. Digo, que ya sé yo de dónde salen estas misas... todo son cuentos de mujeres.
- GEN. ¡Cómo se entiende!
- FRITZ. Sí, señor, claro: porque vucencia trata de enamorar á mi cordera, á mi Wanda.
- GEN. ¡Mil bombas!
- FRITZ. ¡No hay más! Vucencia anda guiñándole el ojo, pero es ladrar á la luna, porque ella sólo está prendada de este cuerpecito! Porque las mujeres son tan bobaliconas, que prefieren un recluta buen mozo, á un general Matusalen.
- GEN. ¡Brr! ¡Me parece que dormirás en el calabozo!
- FRITZ. Con lo que nada se remediará.
- GEN. ¡Y te haré fusilar!
- FRITZ. Lo cual estará muy mal hecho.
- GEN. ¡Soldadillo de tres al cuarto!
- FRITZ. Eso no es del caso; lo cierto es que soy buen mozo, ahí llaman.
- GEN. ¡Silencio, deslenguado!
- FRITZ. Corriente... callaré... pero soy muy guapo.
- GEN. Jamás he dicho á ese arrapiezo: «por ahí te pudras.»
- FRITZ. Perdone vucencia, pero si estos alcornoques hablarán!...
- GEN. ¡Para qué más alcornoque que tú!... ¡Soldados, firmes!

MUSICA.

GEN. Sin cesar noche ni día
de pelear,
el valor mis pasos guía,
sin vacilar;
y al mirar este talante
bravo y gentil,
con terror todos delante
huyen de mí.
¡Y pif, paf, puf, y tara, pa, ta, pum!
yo soy, en fin, el General Bum.

CORO. Y pif, paf, puf, y tara, pa, ta, pum,
él es, en fin, el General Bum.

GEN. Al volver á nuestra patria,
triunfantes ya,
el amor nos dará goces
que disfrutar,
y las niñas más graciosas
se pirrarán,
por lograr una mirada
de un militar.
Y pif, paf, puf, etc.

CORO. Y pif, paf, puf! etc.

ESCENA III.

DICHOS y el AYUDANTE.

HABLADO.

AYUD. ¡Mi General! (Apresurado, por el foro derecha.)

GEN. ¡Mil bombas! ¿Qué quereis, señor Ayudante? ¿Se acerca el enemigo? ¿Dónde está el enemigo! ¡Á ver, mi ca-

- ballo! ¡Pronto, mi caballo! (Da grandes pasos y saca el sable.)
- AYUD. ¡Calme vucencia su entusiasmo bélico! Vengo con el solo objeto de comunicarle la próxima llegada de su alteza la Gran Duquesa, á fin de pasar revista á su regimiento!
- GEN. ¡Ya lo ois, muchachos!
- AYUD. Su alteza quiere que se arme una tienda para ella aquí mismo, entre sus bravos veteranos! (Váse por donde salió.)
- GEN. ¡Mil bombas! ¡Á ver, un centinela! ¡Granadero Fritz!
- FRITZ. (¡Dále bola!) Presente! (Avanza cuadrado.)
- GEN. ¡Aquí de centinela!
- FRITZ. ¡Caspitina! ¡Si hace un sol que aplasta!
- GEN. ¡Quién replica!
- FRITZ. Pero ¿qué demonios voy á hacer aquí de centinela?
- GEN. Guardar la tienda de su alteza.
- FRITZ. ¿Dónde está la tienda? ¡Á ver, que traigan esa tienda!
- GEN. Guardarás el sitio donde se ha de levantar.
- FRITZ. Para que no se lo lleven. ¡Pero dígame vucencia si eso tiene sentido comun!
- GEN. ¡Cómo se entiende!
- FRITZ. Lo dicho; la culpa la tiene...
- GEN. ¡Si no fuera porque estamos en vísperas de dar la batalla, y temo disminuir mi ejército, ahora mismo te hacia fusilar! (Redoble: los soldados toman las armas, y forman dos hileras de frente.) ¡Armas al hombro! ¡ar!
- FRITZ. Una palabra, mi general! ¡Adónde va vucencia ahora?
- GEN. ¡Majadero! ¿Qué te importa? Flanco izquierdo, contramarcha por la derecha. (Los soldados marchan, recordando la orquesta el aire del coro: el General se acerca á Fritz y le dice:) ¡Hum! ¡Soldadillo de tres al cuartol

ESCENA IV.

FRITZ, paseándose á lo ancho con el fusil á discrecion.

¡Mire usted qué gracia! Hacer muecas á un pobre soldado, á quien la disciplina prohíbe decir á su jefe cuán-

tas son cinco. ¡Caspitina! Y si no fuera mas que... Y ese gagnápiro es General, plagado de bandas y cruces... Pues con todo se fastidia, porque con las muchachas no sirven cintajos. ¡Caspitina! Más quieren ellas un chicarron como yo, aunque sea soldado raso, que un estafermo de General... ¿De qué le serviría á Wanda ese carcamal?... Yo... ¡Caspitina!... yo, ya es otra cosa!... Pues por eso me tiene envidia... ¡Toma! ¿Qué culpa tengo yo si á las muchachas les gusto más? Pero ¡qué veo! allí llega Wanda: me habrá estado esperando, y como no iba, es ella la que viene. ¡Hay qué gusto! ¡Si el General lo viese qué cara pondría! (Se queda inmóvil y tieso, arma al brazo.)

ESCENA V.

FRITZ, WANDA.

MUSICA.

WANDA.

Héme aquí, ya llegué;

(Aparece Wanda por el fondo corriendo: se detiene.)
gran carrera me he dado,
pero inútil á fe. (Se acerca un poco.)

¿No me amas, dí?

Me olvidas ya?

¿No soy tal vez la que ántes fui?

(Fritz, siempre tieso, indica por señas que no puede hablar.)

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Por qué pones á tu amor
ese gesto singular?

¿Por ventura enmudeció
el soldado más galán?

FRITZ.

No lo sé, pues la consigna (Inmóvil.)
no me permite hablar

ni chistar. (Pasa al otro lado.)
WANDA. ¿Por qué me obligas cruel (Le sigue.)
yanamente á súplicar?

¿Es que te cansa mi amor
ó que no me quieres ya?
FRITZ No lo sé, pues la consigna (Inmóvil.)
no me permite hablar,
ni chistar.

WANDA. ¿Por qué si mi amor te llama
no respondes á mi voz?
¿Por qué frio tu desden
dice que no?

—
¿Y si por fin,
loca de amor,
mi tierna fe
para probar,
me llego á tí,
con efusion,
y un dulce abrazo
te ofrezco dar?

FRITZ (Deja el fusil y corre hácia ella.)
Entónces sí
voy sin dudar,
pues la consigna
deja abrazar.

WANDA. Yo ya sabia,
buen militar,
que la consigna
deja abrazar.

FRITZ y WANDA. ¡Al diablo la consigna (Abrazándose.)
y viva el amor;
echémosla en olvido,
será lo mejor!

(Fritz vuelve á abrazar á Wanda, entónces se presenta el general
Bum.)

ESCENA VI.

WANDA, FRITZ, el GENERAL.

HABLADO.

- GEN. ¡Te pesqué!
- FRITZ. ¡Nos ha pescado!
- WANDA. ¡Fritz! ¿Qué nos hará?
- GEN. La guardia que estás haciendo, te la mandé para cogerte en el garlito y te he cogido ¡Desgraciado! (Se oy un tiro: Wanda se desmaya en brazos de Fritz.)
- WANDA, ¡Ah!
- FRITZ. ¡Pobrecita Wanda!
- GEN. Á ver qué es eso! yo, yo la sostendré.
- FRITZ. Perdonad, mi general, se ha desmayado: si me permitís la llevaré á casa de su madre: vive ahí cerquita. (Otro tiro.)
- GEN. Te lo consiento ¡pero mucho ojo!
- FRITZ. ¡Cuando digo que á vuecencia le hace tilin!
- GEN. ¡Largo, largo!
- FRITZ. Ánimo, Wanda: que esto no es nada... (Se oye otro tiro: entra el Conde despavorido por el fondo. Fritz se va con Wanda.)

ESCENA VII.

El GENERAL, el CONDE, por la izquierda, despues el AYUDANTE.

- GEN. Sosegaos, mi querido Puck.
- CONDE. (Asustado.) No es tan fácil, bizarro Bum.
- GEN. Pero ¿qué os ha pasado? Contadme, querido Conde, vuestro percance.
- CONDE. ¡Ay, Jesus! ¡Aún me tiemblan las carnes! Es muy sencillo. Me han echado el ¡quién vive!... Yo, que iba revolviendó en mi cabeza ciertos salchuchos diplomáticos, no he respondido, y...
- GEN. ¡Comprendo! ¡Pan, pan, rataplan!

- CONDE. (Asustándose.) ¡Ay! ¡Justamente, pan, pan, rataplan! ¡Me han soplado tres tiros!
- GEN. ¡Bravo! ¡Han cumplido con su deber!
- CONDE. Afortunadamente no me han tocado.
- GEN. ¡Mil bombas! No quedarán sin castigo.
- CONDE. ¡Canario! ¿Estais loco?
- GEN. Digo, que debieron acertaros.
- CONDE. ¡Hombre! ¿Luego queriais que?..
- GEN. Como general, ¿quién lo duda? Despues, como amigo, os hubiera llorado eternamente.
- CONDE. ¡Gracias, mi querido General! (Le da la mano.)
- GEN. Pero hablando de otra cosa, ¿a qué debo la honra?...
- CONDE. ¿De verine? ¡Oh! Es un asunto de la mayor trascendencia. Vos sabeis que, en vísperas de una batalla, no debe descuidarse en un ápice el entusiasmo del soldado.
- GEN. ¡Oh! ¡Ni un ápice!
- CONDE. Como yo soy perro viejo, en mi calidad de preceptor de la gran Duquesa, he inventado una ingeniosa treta: su alteza va á llegar.
- GEN. Estoy al cabo.
- CONDE. Quiere alojarse en medio del campamento. Pues bien; cuando haya llegado, le direis, como por via de agasajo, si quiere oir cierta cancion favorita del regimiento.
- GEN. Entiendo. (No alcanzo ni una jota.)
- CONDE. Entónces su alteza responderá: «General, esa cancion la sé yo de memoria;» y acto continuo la cantará.
- GEN. ¿Su alteza en persona?
- CONDE. Su alteza en persona; y vos, general Bum, la acompañareis á duo.
- GEN. ¡Yo! ¡qué honra tan disparatada! Pero ¿estais seguro de que su alteza la sabe?
- CONDE. Ya os he dicho que de memoria... es decir...
- GEN. ¡Nada, nada! Negocio concluido.
- CONDE. Pasemos á otro asunto. (Saca una tabaquera.) ¿Gustais, mi bravo General?
- GEN. Yo lo gasto más fuerte. (Se quita del cinto una pistola de dos cañones, la dispara al aire, y aspira el humo.) ¡Hé aquí mi

rapé! ¿Gustais?

CONDE. No: yo lo uso más flojo. Quería preguntaros si sabeis el motivo de la campaña que vamos á emprender.

GEN. ¡Mil bombas! ¡Qué pregunta!... Pues teneis razon, mi querido Conde, no sé ni esto. (Haciendo el ademán correspondiente.)

CONDE. Pues á eso voy. En mi calidad de preceptor y ayo de la gran Duquesa... (Se quita el sombrero.) ¡Canario! ¡Mirad querido General!

GEN. ¿Qué es eso? ¿Os le han roido los ratones?

CONDE. ¡Un demonio! Las balas de vuestros condenados centinelas.

GEN. ¡Rayos y truenos! ¡Veo que no tienen tan mala puntería!

CONDE. ¡Gracias á que lo llevaba puesto!... Pues por si acaso... (Se lo pone.) Decia, pues, que nuestra amada soberana y mi obediente discípula, hasta la fecha nos ha dejado gobernar en estos poderosos estados y entrar y salir como Pedro por su casa; pero hoy ha cumplido ya veinte años; ¿lo entendeis? Veinte años, y me parece que anda un poquillo preocupada. Al verla así, yo, que soy un diplomático de larga nariz, me he dicho: ¿preocupadilla la teneinos? Pues busquémosle una diversion; y he declarado la guerra.

GEN. ¡Ingeniosísima diversion!

CONDE. Aún hay más: discurriendo para proporcionarle otra diversion, mejor si cabe, he resuelto casarla.

GEN. Con nuestro vecino el príncipe Pol.

CONDE. ¿Quién os lo ha revelado? Justamente; con el príncipe Pol, que acá, para *inter nos*, será un modelo de maridos, un verdadero alcornoque. Va para ocho meses que le hace la rueda, y está tan adelantado como el primer dia. Su padre, el Elector de Baden-Beden-Biden-Boden-Buden-Steremburgo, envió hace ocho dias á uno de sus personajes de más campanillas, al egregio y honorable señor baron Grog, con objeto de tener una entrevista con nuestra soberana, la cual, hasta la fecha

se ha cerrado en no querer recibirle. Temo que su alteza tenga otros quebraderos de cabeza. El día en que esto suceda, General, nos envia más allá de donde fué el padre Padilla.

GEN. Pues es preciso que no suceda.

CONDE. Y no sucederá. (Redoble lejano: el Ayudante sale de prisa: el General va hacia él diciendo.)

GEN. ¿Se acerca el enemigo? ¿Dónde está el enemigo? ¡Á ver, mi caballo! ¡Pronto, mi caballo!

AYUD. Calme vucencia su entusiasmo bélico; vengo con el solo objeto de anunciarle la llegada de su alteza.

GEN. Está bien, caballero ayudante: ordenad que las tropas se pongan sobre las armas.

AYUD. Se hará, general (vase.)

CONDE. Llegó el momento de la cancion.

GEN. Y dentro de ocho dias la victoria.

CONDE. Y el poder para los dos.

GEN. ¡Para los dos solitos!

(Al compás de una marcha militar, viene por el foro derecha la Duquesa y su séquito: vestirá traje militar de amazona, como su damas. Durante el coro, inspeccionará las tropas, dejando conocers cuánto le choca Fritz: este presentará una tiesura marcial exagerada.)

ESCENA VIII.

DICHOS, SOLDADOS, FRITZ el primero, WANDA, ALDEANAS, CANTINERAS, la GRAN DUQUESA, DAMAS, ESTADO MAYOR de su alteza.

MUSICA.

CORO.

Formad ligeros,
sin par guerreros,
firmes, ¡arr! ¡valor, voto á san!
¡Qué vivan los militares
con su garbo y su valor,
y aquel talle seductor
que da á las niñas pesares

DUQ.

con ardiente afán.

Preparaos á marchar,
que la guerra os espera,
¡firmes! ¡arr! ¡valor, voto á tal!
y seguid vuestra bandera.

¡Ah! Que vivan los militares, etc.

No sé qué quisiera ser:
quisiera ser cantinera,
quisiera á la lid correr
y allí lidiar y vencer.
Y del combate al estruendo
ver la lucha con placer,
y oír las balas silbar.
Yo no lo sé... pero diré...
Pero dirá...

CORO.

DUQ.

Pero diré...

¡Qué vivan los militares! etc.

DUQ. y CORO.

Partid, partid
con decision,
que de los bravos
los triunfos son.

HABLADO.

GEN. ¡Viva la gran Duquesa!

TODOS. ¡Viva! (Los soldados descansan á una voz del General.)

DUQ. ¡Muy bien, General! (Mirando absorta á Fritz.) Estoy satisfecha, General!

GEN. ¡Señora!...

DUQ. ¿Quién es ese soldado?

GEN. ¿Ese?

DUQ. No.

GEN. ¿Ese otro?

DUQ. Tampoco; el de la punta.

- GEN. ¡Granadero Fritz, tres pasos al frente!
- DUQ. ¿Cómo te llamas?
- FRITZ. Fritz.
- DUQ. ¿Cuántas campañas has hecho? ¿Cuántas heridas has recibido?
- FRITZ. Campañas, ningunas; heridas... aguardad: no hace mucho, subiendo á una higuera, se me fué un pié, y ¡catapun! pero soy muy bestia y no me hice nada: por lo demas estoy sano como una manzana.
- DUQ. ¿Eres soldado raso?
- FRITZ. Soldado raso.
- DUQ. Te hago cabo.
- FRITZ. ¡Caspitina! (Corre hacia Wanda, que está cerca.)
- GEN. ¡Mil bombas!
- FRITZ. ¡Firmes!
- DUQ. ¿Adónde ibas?
- FRITZ. ¡Toma! ¡Á decir á mi novia que soy cabo!
- DUQ. ¡Ah! (¡tiene novia!) Entónces... entónces dile que eres sargento. (Que se retiren.) (Al general.)
- GEN. ¡Rompan filas! (Se van hácia el foro.)
- DUQ. ¿Por qué se van? ¿No son mis soldados, mis hijos?
- CONDE. (Muy bien, señora, perfectamente!)
- DUQ. Quedaos y charlarémos un rato. (Los soldados y aldeanas se acercan á la Duquesa, la cual se sienta sobre un tambor y mira á Fritz con seducción, pero ésta no lo comprende.)
- CONDE. (¿Habeis alvertido que su alteza no quita ojo de ese bárbaro?)
- GEN. (Si: pero ¿podeis sospechar?...)
- CONDE. (Cualquier cosa, general, cualquier cosa: soy el preceptor de su alteza, y sé muy bien dónde le aprieta el zapato; ademas que, á fuer de buen ayo de príncipes, la he dejado siempre hacer lo que le ha dado la gana, conque ¡mucho ojo!)
- DUQ. ¡Acércatel! (Á Fritz.)
- FRITZ. Señora...
- CONDE. (¡Digo, digo, digo!)
- GEN. (Ya, ya: tú me la pagarás.) (Por Fritz.)

- DUQ. Dime ¿ha quedado contenta tu novia?
- FRITZ. Yo diré á vuestra alteza; contenta... sí: pero eso va en genios.
- DUQ. ¿Os dan buen rancho?
- FRITZ. ¡Pché!... buen rancho... sí... pero... patatas por la mañana... patatas por la tarde... patatas por la noche... en fin... á todas horas patatas.
- DUQ. Los oficiales ¿son buenos con los soldados?
- FRITZ. ¡Pché!... buenos... tambien hay malos; el general es medianillo.
- DUQ. ¿De veras?
- GEN. Pero ¡serenísima señora!...
- DUQ. Déjale que hable!
- FRITZ. Como decia á vuestra alteza, el General, es algo climático: pero ya sé yo de dónde salen estas misas, y si no hubiera faldas en el ducado, con perdon de su alteza sea dicho, otro pelo me luciria.
- DUQ. ¡Hola, hola!
- GEN. ¡Yo haré entender á ese belitre!...
- DUQ. ¡General Bum, déjale hablar: yo lo mando! Sigue!
- FRITZ. Repito que el General me pone cara de herege, y todo por ciertos ojillos negros que yo me sé.
- DUQ. (¡No sé lo que siento!) ¿Te he dicho que eras oficial? (Se levanta.)
- FRITZ. No, serenísima señora.
- DUQ. Pues bien, lo eres.
- FRITZ. ¡Mil millones de gracias!
- CONDE. (¡Esto va por la posta, amigo mio, por la posta!)
- GEN. (No temais; á este flamante oficial ya le pondré yo mañana donde se bata el cobre de lo lindo.)
- DUQ. ¡Hace un calor que ahoga! ¿No teneis sed?
- GEN. Sí, señora.
- DUQ. Y yo.
- GEN. Todos tenemos sed.
- CONDE. ¡Á ver; refrescos para su alteza! (Con autoridad.)
- DUQ. ¿Á qué llamas refrescos? Yo beberé lo que beben mis soldados.

- GEN. Pero repare vuestra alteza que beben...
- DUQ. Ya lo sé: aguardiente de veinticinco grados. Venga una copa, cantinera; ¡hasta arriba! ¡Soldados, brindo á vuestra victoria y á vuestra vuelta! (Bebe.)
- TODOS. ¡Viva la gran Duquesa!
- CONDE. (Ya veis como se explica mi discípula.)
- GEN. (Me parece de molde la ocasion para echar la cancioncita consabida.)
- CONDE. (Opino lo mismo.)
- GEN. Señora; ya que estais entre vuestros bravos soldados, haré que os canten la cancion fovorita del regimiento.
- DUQ. ¡Hombre, sí! (Mirando al Conde, que la hace seña.) Pero... aguarda, esa cancion la sé yo de memoria.
- GEN. ¡Será posible!
- DUQ. Y tan posible. Lo vais á oir: principiemos.
- GEN. Ejem, ejem! (Haciendo contorsiones para cantar.)
- DUQ. ¿Vas á cantar conmigo?
- GEN. Si vuestra alteza es tan amable y bondadosa que se empeña en ello...
- DUQ. ¡Yo no!... ¡Cantar un general en jefe, con ese penacho!
- ¿Que dirian las naciones civilizadas?
- CONDE. ¿Qué dirian, General? (No estais en voz.)
- DUQ. Acércate. (Á Fritz.) Tú cantarás conmigo.
- GEN. Señora, yo no puedo consentir...
- DUQ. ¡Cómo se entiende!
- GEN. Un triste oficialillo, cantar con...
- DUQ. ¿Es poco un oficial? Le nombro capitan, ¿es bastante?
- GEN. ¡Señora!...
- DUQ. Cantemos, capitan.
- FRITZ. Cantemos, Duquesa.

MUSICA.

- DUQ. Es en bravura sin igual
este famoso regimiento.
- FRITZ. Yo soy su invicto capitan
y en mí no quepo de contento.

DUQ. Pues cuando salió vencedor
de los contrarios y el amor,
FRITZ. Se ve á las niñas bailar,
y á sus galanes rabiár.
DUQ. Mas al marcharse despues
las cosas pasan al revés;
FRITZ. Se ve á los galanes bailar
y á las muchachas llorar.
CORO. Suenen los clarines,
suene ya el tambor,
¡vivan los soldados
fieles al amor!

HABLADO.

AYUD. ¡Señora, señora! (Apresurado por el foro.)
GEN. ¡El enemigo! ¿Dónde está el enemigo? ¡Á ver, mi caballo! ¡Pronto, mi caballo!
AYUD. Calme vucencia su entusiasmo bélico, vengo con el único objeto de anunciar á su alteza, que el Príncipe Pol, y su embajador el señor baron Grog, esperan en las avanzadas la órden de su alteza, para presentarse una vez más.
DUQ. ¿Aún está aquí ese dichoso Príncipe?
AYUD. ¿Qué les digo?
DUQ. El Príncipe... puede pasar, pero en cuanto á ese posuma de baron, persisto en no querer recibirle. (Váse el Ayudante.) Capitan Fritz, ve á ponerte tu nuevo uniforme y no tardes, quiero ver si te sienta bien.
FRITZ. Pues no faltaba más. (Váse por la izquierda.)
DUQ. ¡Hijos míos! podeis retiraros un rato. Nos veremos ántes de la batalla. General, luégo examinaremos tu plan de campaña.
TODOS. ¡Viva la gran Duquesa! (Vánse los soldados por el foro: las aldeanas por la colina, las damas entran en la tienda del General, con este y el Conde.)

ESCENA IX.

LA GRAN DUQUESA, el PRÍNCIPE; este elegante, pero ridículamente vestido; en sus maneras y modo de hablar demostrará suma fatuidad; lleva en el ojal un ramo de azahar.

DUQ. ¡Este bobalicon se me hace más inaguantable cada día!

PRINC. Señora ¿habrá llegado por fin el anhelado momento?

DUQ. ¡Querido Príncipe, vais de punta en blanco!

PRINC. ¿Conque habeis advertido?... Es mi traje de boda... porque espero que hoy os resolvais...

DUQ. ¿A casarme con vos? ¡Ah! Príncipe, ¡estoy tan ocupada! Tengo que examinar un plan de campaña, que despedirme de mi ejército... en fin, absolutamente no tengo tiempo para pensar en nada; cuanto ménos para casarme.

PRINC. ¡Todos los días me dais un nuevo chasco!

DUQ. Pues os digo el Evangelio.

PRINC. Y es el caso que hace ocho meses estoy pasando el tiempo en flores. Esta mañana, sin ir mas lejos, el baron Grog, diligente mensajero de nuestro amor, cuyo mensaje, dicho sea entre paréntesis, aún no habeis querido recibir, ha tenido carta de papá.

DUQ. ¡Hombre! ¿Qué dice papá? ¿Está bueno?

PRINC. Le tengo bastante irritado, porque me como la renta que me pasa y no me caso.

DUQ. ¿Qué cosas tiene papá!

PRINC. El asunto es que yo podria dirigirme á otra Gran Duquesa.

DUQ. Tranquilizaos, Príncipe: sois muy impaciente.

PRINC. Ya, ya: pero todos los días me decís lo mismo, y el caso es que el mundo entero tiene sus miras fijadas en mí.

DUQ. ¡Eso es muy grave, Príncipe!

PRINC. Y no es eso lo peor.

DUQ. Pues ¿qué sucede?

- PRINC. Mirad ¿veis esto? (Saca del bolsillo un periódico enorme.)
DUQ. Perfectamente.
PRINC. Pues es un periódico holandés.
DUQ. ¿Y bien?
PRINC. Habeis de saber, que, de poco tiempo á esta parte, ha aparecido en el mundo, para mal de príncipes como nosotros, una raza de hombres, llamados periodistas, cuya única y exclusiva ocupacion, es meterse en nuestros asuntos, con el ridículo pretexto de ilustrar la opinion pública; pues bien, estas gentes han dado en ocuparse en nuestro casamiento y me ponen como chupa de dómine.
DUQ. ¡Já, já, já!
PRINC. ¡Tambien vos os reis! Oid, oid, lo que dicen.

MUSICA.

- PRINC. «Á buscar mujer hermosa,
Por marchó con tierno afán,
mas despacio va la cosa
y no consigue su plan.
Cada dia presuroso
se acicala con primor,
pero un chasco bochornoso
lleva el misero amator.
No desiste en la demanda
el amante baladí.»
Mirad lo que dicen de mí
en la *Gaceta de Holanda*.
—
DUQ. ¡Es grave lo que dice ahí
en la *Gaceta de Holanda*!
PRINC. (Hablando.) Pues eso es lo que me duele: aguardad que
aún falta.
(Música.) «Como prisa amor le mete
ávido se avalanzó,
mas el oso hace el pobrete

desde el punto en que llegó.

De aquel fuego que sentia
pavesas tan solo habrá,
porque ardiendo noche y día
se habrá consumido ya.

Pues la novia no se ablanda,
marcharse puede de allí.»

Mirad lo que dicen de mí
en la *Gaceta de Holanda*.

DUQ.

¡Es grave lo que dice ahí
en la *Gaceta de Holanda*!

HABLADO.

DUQ. Verdaderamente, Príncipe, eso es grave!

PRINC. Conque respondedme.

ESCENA X.

DICHOS, FRITZ, por la izquierda.

FRITZ. ¡Acá estamos todos!

DUQ. Príncipe, ¿qué os parecen mis granaderos?

PRINC. Para ser del país, no me disgustan... Pero ¿qué respondéis?

DUQ. Capitan Fritz, avisa al General. (Fritz entra en la tienda:
la Duquesa le mira fijamente.)

PRINC. Duquesa...

DUQ. ¡No me importuneis!

PRINC. Pero...

DUQ. En cuanto tenga un minuto para pensar en mí, yo le
aprovecharé; entre tanto esperad, Príncipe, esperad.

ESCENA XI.

DICHOS, el GENERAL, FRITZ, el CONDE.

Dos soldados sacan una mesa y cuatro sillas, que colocan dos á la derecha, una á la izquierda y otra de frente: el General trae un enorme plano, arrollado.

DUQ. Ahora examinaremos el plan de campaña del General Bum; cuento, Príncipe, con vuestros consejos.

PRINC. Como gustéis. (Con enojo.)

DUQ. ¡Qué mal me pareceis enfadado!

PRINC. ¡Nada más me llamais á los consejos!

DUQ. Es natural: sois mi futuro esposo.

PRINC. Para otras cosas quisiera yo esas distinciones.

DUQ. Príncipe, me parece que estais inconveniente. Sentémonos. (La Duquesa, á la derecha, el Conde, á la izquierda: el General en medio: el Príncipe al lado de la Duquesa.) Tú, Fritz, velarás por mí.

FRITZ. Nada temais. (Saca el sable y pasea por la izquierda: el General desarrolla el plano.)

GEN. Vais, pues, á oír mi plan: el arte de la guerra, señora, se reduce á dos grandes principios; cortar y envolver.

DUQ. ¡Entonces como quien hace empanadas!

GEN. Justamente.

PRINC. Parece un pastelero.

GEN. Para conseguirlo, hé aquí mi plan: divido el ejército en tres cuerpos.

CONDE. ¡Admirable!

GEN. El uno va por la derecha. (Señalando en el plano.)

PRINC. ¡Admirable!

GEN. El otro por la izquierda.

CONDE. ¡Admirable!

GEN. Y el otro por el centro.

PRINCIPE y CONDE. ¡Admirable!

GEN. Así distribuidos, toman tres caminos diferentes, pero en direccion de un punto determinado, en donde pien-

so que se reunan. Pero, ¿cuál es ese punto determinado? Eso es, precisamente, lo que yo no he pedido determinar; ¡pero es infalible que derrotamos al enemigo! (Entusiasmado.) ¡No tengais duda, lo derrotamos!

DUQ. Tranquilízate.

CONDE. Tranquilizaos.

GEN. ¡Cuando os digo que lo derrotamos!...

DUQ. Sí lo creo: tranquilízate.

GEN. ¡Es la gloria de mi patria! (Se levanta y saca el sable.) ¡El enemigo! ¿Dónde está el enemigo? ¡Á ver, mi caballo! Pronto, mi caballo! (El Conde le tranquiliza y le hace sentar. Fritz se rie á carcajadas.)

FRITZ. (Acercándose y con ironía.) ¿Y vos pensais ir á la vez por los tres caminos?

CONDE. Callaos, capitán.

FRITZ. ¡Tres caminos! Esa es muy gorda. ¡Tres caminos!

GEN. ¡Mil bombas! ¡Cómo se entiende!

FRITZ. Digo que es una barbaridad, como vuestra, la de los tres caminos.

GEN. ¡Voy á mandarle fusilar!

CONDE. ¡Decir eso al general en jefe!

DUQ. Calma, señores, calma: ¿dices, Fritz, que es una barbaridad la de los tres caminos?

FRITZ. Lo digo y lo pruebo.

CONDE. Observad, señora, que este hombre no tiene derecho á intervenir en nuestras decisiones.

GEN. Justo, no tiene derecho.

CONDE. Como que no es oficial general.

PRINC. Ni noble.

GEN. No tiene derecho. (Levantándose.)

CONDE. No tiene derecho. (Id.)

DUQ. Silencio, amigos míos, ó mando que os corten la cabeza. ¿Decis que su graduacion no le permite intervenir en estos asuntos? Pues bien, le hago general. ¿Es preciso que sea noble?... Corriente; le nombro baron de Bermut-Kirck-Grog-Coburgo-Gotta y conde de Bifteackantre-cott-steremberg. ¿Puede ahora tomar parte?

- GEN. Señora... (Se sientan.) (Conde, ¿qué me decis de esto?)
- CONDE. (Mala espina me da; ya hablaremos.)
- DUQ. Siéntate, mi querido general, y dinos lo que entiendas.
(Á Fritz.)
- FRITZ. En lugar de los tres caminos de mi colega Bum...
- DUQ. (Interrumpiéndole.) General, el cuello de tu casaca es demasiado grande, le sobra más de un dedo. ¡Sigue!
- FRITZ. Decía, que en lugar de los tres caminos de mi colega, yo iría por uno solo, hasta encontrar al enemigo, y en encontrándolo, se le cascaban las liendres de lo lindo... y cuento acabado.
- DUQ. ¡Excelente plan! Lo seguirás, general Bum.
- GEN. ¡Mil bombas! Perdone su alteza; pero no puedo pasar por eso!
- DUQ. ¡Cómo se entiende!
- GEN. Yo soy responsable de las vidas de mis soldados: con mi plan, estoy seguro de que la batalla no se hubiera efectuado nunca: con este no respondo de nuestro pellejo.
- DUQ. ¿Te niegas?
- GEN. ¡Redondamente! el señor Baron de... de qué sé yo cuántos...
- FRITZ. (Inclinándose.) Baron de Bermut-Kirck-Grog-Coburgo-Gotta y conde de Bifteack-antre-cott-steremberg. (Á la Duquesa.) Se acordaba al dedillo, pero ya os he dicho que me tiene tirria.
- GEN. Pues bien; el señor baron puede llevarlo á cabo si quiere.
- FRITZ. Con mucho gusto.
- DUQ. Y ¿batirás el cobre al enemigo?
- FRITZ. Ó el enemigo me batirá á mí el cobre.
- DUQ. Pues bien, baron, que el cielo bendiga tu empresa. ¡Te nombro general en jefe!
- (Todos se levantan: el Conde, al indicarlo, cambia los plumeros.)
- CONDE. Amigo mio, venga el plumero.
- GEN. ¡Mil bombas!
- FRITZ. ¡Soldadillo de tres al cuarto! (Remedándole.)

GEN. ¡Uff!

DUQ. (¡Qué buen mozo está!) General Jorge, voy á presentarte ahora mismo al ejército. Bum, haz que se forme al momento.

GEN. (¡Rayos! ¡Yo á las órdenes de ese belitre!)

CONDE. (General, esto se pone turbio.)

ESCENA XII.

DICHOS, WANDA, DAMAS, SOLDADOS, CANTINERAS, ALDEANAS, AYUDANTE.

MUSICA.

CORO. Ya van á partir á la guerra
al son del tambor,
con gran valor,
y al dar el adios á esta tierra
van sin temor.

DUQ. Escuchad, pues, la voz
de vuestra soberana.
Mirad el nuevo general,

CORO. ¡El nuestro general!

DUQ. Sí, ¡pardiez! y que es un bravo,
si no me han informado mal.

CONDE, PRINC. y GEN. ¡Valor pide la venganza,
valor y fé,
tres ansiamos la matanza,
ya somos tres!

WANDA. ¡Oh cielos, general!

FRITZ. Ya lo has visto, mi bien.

WANDA. ¡Olvidarás mi amor?

FRITZ. Nunca te olvidaré.

WANDA. Dímelo una vez más.

FRITZ. ¡Una vez y otras cien!

DUQ. Si al fin dejais los dos

(La Duquesa se pone en medio de ambos.)
un rato de arrullar,

podré yo sin temor
entónces continuar.

CONDE, PRINC. y GEN. ¡Qué miradas, gran Dios!

Su furor se ve ya.

DUQ.

(Mas reina soy, y es razon
que sepulte tal desaire
dentro de mi corazon.)

(Al Ayudante, que se va, y luego vuelve con un gran sable.)

Id á traerme sin tardar

aquello que os dí á guardar.

Todos.

¡Cielos, qué es aquello!

¡el sable! el sable! (Viendo venir al Ayudante.)

DUQ.

Toma el sable de mi padre
y á lidiar ve con valor;
yo sé bien que no eres manco
y que tiene corazon.

Al salir papá á la guerra,
de la lid gloriosa en pos,
mi mamá, que de Dios goce!
veces mil se lo ciñó.

Toma el sable de papá
y á lidiar vé con valor. (Le entrega el sable.)

FRITZ.

Bien podeis sin temor
esta espada fiar,
yo sabré con valor
la victoria lograr
ó morir con honor
si no puedo triunfar.

DUQ. y WANDA.

Con valor triunfará.

PRINC., CONDE y GEN. No podrá, no, triunfar.

FRITZ.

Yo voy á vencer,
bien seguro estoy;
con mi artillería,
mi caballería
no puedo temer,
y el contrario vil
correrá, caerá

morirá ¡pardiez!

DUQ., WANDA y CORO. Logrará vencer,
bien seguro está;
con su artillería,
su caballería,
no puede temer,
y el contrario vil
correrá, caerá,
morirá, ¡pardiez!

PRINC., CONDE y GEN. No podrá vencer,
bien seguro está;
con su artillería,
su caballería,
ya puede temer;
y el simplon allá,
correrá, caerá,
morirá ¡pardiez!

CORO. Al son de alegres ecos
á marchar!
y sin temor ni penas
á cantar!

DUQ. Toma el sable de mi padre
y á lidiar vé con valor,
en tí está la libertad,
en tí está la salvacion.

CORO. En tí está la libertad,
en tí está la salvacion.

(Grande animacion: los soldados parten entre las aclamaciones de todos: la Duquesa, sus damas y pueblo los despiden con ademanes cariñosos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Salon de Palacio: é
bitaciones de la
cha, puerta secr
Delante de la pue
dos pajes.

Las DAMAS de honor d

O de DAMAS. Y
lo
y
á

(Mirando por

El corr

que no:

(Viene por la

¿Q

Poi

DAMAS.

¡Hélas aquí!

AYUD.

Dejadme pasar—porque interesa,
servicio personal—de la Gran Duquesa.

(Los pajes que están en la puerta del foro le dejan pasar.)

CORO.

(Cada una con su carta, pero ántes de abrirla.)

¡Qué turbacion al mirar
lo que guarda este papel!
si sus frases son de amor
¡qué dichosa voy á ser!

OLGA.

(Leyendo.) «Aquel medallon—de amor prenda fiel,
nunca dejo aquí:

fué mi salvacion—cien veces y cien
cuando combatí.
Ya, gracias á él,
á tu lado al fin
vuelvo con la piel.»

—
¡Oh carta adorada, (La besa.)
me hiciste feliz,
y te besaré
mil veces y mil!

AMELIA.

(Leyendo.) «Si fuese verdad—lo que ayer oí,
marcharemos hoy.

Mi felicidad—vuelvo á conseguir,
pues á verte voy,
y en llegando allá
boda y bendicion
pido á tu mamá.»

—
¡Oh carta adorada, etc. (La besa.)

IZA.

(Leyendo.) «Entré á combatir—con mucho temor,
porque el ruido aquel—mortal me dejó:
mas tu amor al fin—me inspira valor,
y en la lid entré—con bélico ardor.»

OLGA, IZA, AMELIA.

Nuest

Hono

CORO.

IZA. Á ver, á v

OLGA. Cosas mu

AMELIA. ¡Si supies

IZA. ¡Enseñame

AMELIA. Corriente,

IZA. Ahí tienes

OLGA. ¡Jesus qué

IZA. ¡Vaya! ¡P

OLGA. ¡Mira qué

mas hacen

DICHAS, el PRÍNCIPE,

PRINC. Entrad, f
 que hoy s
 metida.

BARON. Dios quie
 cipe.

PRINC. ¡Llevais

BARON. En regla;

PRINC. Entonces
 nos dias,

TODAS. ¡Buenos

- IZA. ¡Pobre Príncipe! (Id.)
- OLGA. ¡Príncipe desventurado! (Id.)
- PRINC. (Ap.) (Baron, se me figura que están de bromita.)
- BARON. (Abundo en vuestro parecer.)
- PRINC. Perdonad, señoritas; tengo la honra de presentaros al señor Baron Grog, el enviado de papá.
- TODAS. ¡Señor Baron! (Saludando.)
- BARON. ¡Señoritas! (Id.)
- PRINC. El señor Baron Grog será hoy recibido en audiencia.
- IZA. ¿Hoy mismo?
- PRINC. Ya lo creo, hoy sin falta. ¿Seríais tan amables que me hicieseis el obsequio de anunciar á su alteza que el honorable señor Baron Grog está esperando?
- OLGA. Querido Príncipe, eso no nos corresponde.
- IZA. Para eso debéis buscar un ayudante.
- AMELIA. Ahí teneis uno. (El Ayudante se presenta por el foro.)
- AYUD. Noticia fresca: el general Fritz llegará dentro de pocos momentos y será recibido con toda pompa; viene vencedor, y su alteza está contenta... pero muy contenta... contentísima. (Á cada vez que dice contenta, avanza cuatro pasos, y al acabar, se va apresuradamente por la puerta de frente.)
- IZA. ¡Ay, qué gusto; ya están aquí! (Entran por el foro el General y el Conde.)
- CONDE. Señoritas, adentro pronto, la gran Duquesa os espera.
- GEN. Vamos pronto. ¡Rayos y truenos!
- DAMAS. ¡Oh carta adorada! etc. (Se van cantando.)
- PRINC. Señores, qué me decis de mi embajador?
- CONDE. Que está en candelero.
- BARON. ¡Cómo!
- GEN. Su excelencia quiere decir, que el señor Baron va á ser recibido. Ujier, conducid al señor Baron con las ceremonias consabidas. (Señalando á la puerta izquierda.) Señor Baron...
- BARON. Sin perder un momento. (Se dirige á la puerta.)
- PRINC. Baron, no me dejéis feo. (Le acompaña hasta la puerta, don

de se saludan profundamente, y se va el Baron precedido del
ujier.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos el BARON.

PRINC. ¡Ah señores! por fin voy á coger el fruto de mis afanes! (Con gozo extraordinario.)

GEN. Príncipe, hasta lo último nadie puede llamarse feliz.

PRINC. ¡Oh! ¡no podeis imaginaros la emocion que experimento! Ya me parece ver al Baron que atraviesa dilatadas galerías; despues entra en la antecámara de embajadores, tuerce á la izquierda, un sumiller de gran librea levanta la cortina... le anuncia... y cátales frente á frente de...

CONDE. Príncipe, me parece que contais sin la huéspedea. El Baron no ha torcido á la izquierda, si no á la derecha: despues, acompañado siempre del perdurable sumiller, encontrará una gran escalera, la bajará, cruzará otra vez, y volverá á subir, en seguida á bajar, y vuelta á subir...

GEN. Y á cruzar...

CONDE. Y á subir...

PRINC. Y á bajar...

CONDE. Etcétera, etcétera; hasta que llegando á una puertecita abierta de par en par, el señor Baron Grog, encontrará allí un carruaje, en el cual será invitado á subir, para que se largue con viento fresco hasta nueva orden.

C. ¿Este es el ceremonial?

Ni más ni ménos.

. ¿Y tendrá valor la Gran Duquesa?...

. Mi bella discípula, orgullo siento al decirlo, tiene valor para cualquier cosa.

Para cualquier cosa, amado Príncipe.

¿Sois tan mentecato que penseis que en el dia en que vuelve victorioso Fritz tenga la Gran Duquesa ojos ni oídos para otro que para ese...

:

- GEN. ¿Soldadillo de tres al cuarto?
PRINC. Ese Fritz me ha de causar muchos quebraderos de cabeza.
CONDE. ¡Oíd! el cañon zumba! (Se oyen cañonazos.)
GEN. ¡Mil bombas! ¡El enemigo! ¿Dónde está el enemigo? ¡Á ver, mi caballo, pronto, mi caballo!
CONDE. General, no es el enemigo, sino nuestro enemigo.
PRINC. Ya están aquí.
GEN. ¡Perdonad! Mi sangre hierve; hace quince días que no he salido á campaña. Siento la nostalgia de la guerra.
-

ESCENA IV.

DICHOS, damas, caballeros, precedidos de dos pajes de gran librea, á continuacion la GRAN DUESA, de córte; despues FRITZ y su estado mayor.

MUSICA.

- CORO. Despues de vencer
por fin ya vuelven á su hogar,
¡viva su valor!
¡viva su gran general!
- FRITZ. Señora, en cuatro dias
triunfamos en la guerra,
y llenos de laureles
volvemos á esta tierra,
y sano y salvo está
el sable victorioso
de vuestro papá.
- DUQ. Llévadle á mi museo (Al Ayudante.)
de artillería.
(Le toma el Ayudante y se va con él apresuradamente.)
Y tú, galan vencedor,
cuéntanos punto por punto
las glorias de tu valor.
- FRITZ. Al punto contaré, señora,
mi gran valor, sin vacilar,

escuchad por un rato ahora,
porque es muy largo de contar.

Fuimos hácia el enemigo
con arrojo y decision,
todos con cara *feroce*
reventando de furor.
Yo llevaba mil botellas
que el contrario me robó:
fué un ardid de mi talento
y aquí viene lo mejor.
Se achisparon de lo lindo.

¡Y allí beber!
¡allí cantar!
nadie se puede tener,
nadie nos puede atacar.

La batalla fué gloriosa,
ni un cartucho se quemó;
las culatas nos bastaron
para darles un jabon.
Su caudillo me acomete,

y de rondon,
el muy simplon,
quiso venir como un cohete

¡tumbos acá!
¡vuelcos allá!

Mas su turca soberana
no le deja echar un pié,
se cayó como una rana
y en el campo le dejé.
Nuestras sienes se han cubierto
de coronas de laurel,
el contrario está vencido,
la victoria nuestra fué.
Cuando el sol dejó en el cielo
nuestro campo de alumbrar,

en laureles y botellas
nos pudimos acostar.

CORO

Cuando el sol dejó en el cielo, etc.

HABLADO.

DUQ. ¡Bravo! invicto general Fritz! tu elocuencia es tan irresistible como tu valor! (¡Por qué no me ama, Dios mío!)

FRITZ. Aquello fué llegar y besar el santo; y aunque se ha derramado el vino generoso de vuestros vasallos, en cambio vuestro ejército no ha vertido una sola gota de su generosa sangre.

DUQ. ¡Oh! tu talento estratégico es tan irresistible como tu valor y tu elocuencia. ¿Qué os parece, general Bum?

GEN. ¡Mil bombas! ¡Me parece que eso, más que batalla, ha sido una borrachera!

FRITZ. Que no se os hubiera ocurrido con vuestros tres caminos.

GEN. (Al Conde y al Príncipe.) (Es preciso que conspiremos ó todo se ha perdido.)

CONDE. (¡Conspiraremos!)

PRINC. (¡Conspiraremos!)

DUQ. Señores: la ceremonia ha terminado: los asuntos del país, por quien, como sabéis,* tanto me desvelo, requieren que tenga una conferencia secreta con el general Fritz; por consiguiente podeis retiraros.

FRITZ. (¡Se van á quedar solitos!) (Al Barón.)

BARON. (¡Digo, digo, digo!) (Al General.)

DUQ. Señores, he dicho que os podiais retirar. (La corte se retira. El Príncipe, el Barón, el Conde y el General, salen cogidos del brazo, los ujieres los últimos: cantan el coro: «Después de vencer.» Los pajes salen, hacen una profunda reverencia y cierran.)

ESCENA V.

La GRAN DUQUESA, FRITZ.

DUQ. Ya estamos solos. (Observando.)

- FRITZ. Completamente solos.
- DUQ. ¡General! (Con coquetería.)
- FRITZ. ¡Gran señora!... (Afectada dignidad.)
- DUQ. No sabes tú bien el placer con que te veo.
- FRITZ. Lo mismo digo.
- DUQ. Gracias, Fritz! (Con emoción.)
- FRITZ. No hay de qué, señora, no hay de qué.
- DUQ. Estoy orgullosa de mi determinación: hace pocos días, cuando te vi por primera vez, eras un triste soldado raso.
- FRITZ. Mondo y lirondo.
- DUQ. Ahora eres general en jefe.
- FRITZ. Ya vereis cómo sé corresponder.
- DUQ. ¿De veras? Aún pueden ir más allá mis bondades.
- FRITZ. ¡Señora! ..
- DUQ. Mira: ahora te alojaré en mi palacio: lo he decidido así por consejo del General Bum!
- FRITZ. ¡Del General Bum!
- DUQ. Sí; es una ocurrencia que ha tenido... por orden mía. Y, á propósito; oye, has dicho que Bum...
- FRITZ. Me tiene tirria, señora, me tiene tirria.
- DUQ. ¿Quieres que le destierre? ¿que le haga fusilar?
- FRITZ. ¡No! al cabo todo es que me tiene celillos.
- DUQ. ¡Celillos! ¿Tú tendrás mucho partido con las muchachas?
- FRITZ. ¡Toma! Señora... ¡ya lo creo! de algo ha de servir á uno el ser guapo!
- DUQ. (Su sencillez me encanta.) ¡Cuán felices son las aldeanas! Cuando una de ellas se enamora, busca á su adorado, y sin rodeos le dice ..
- FRITZ. Mononito mio, me haces tilín.
- DUQ. ¡Oh, sí! Lisa y llanamente. En mi corte, sin ir más lejos, hay una mujer enamorada de tí.
- FRITZ. ¡En la corte! ¡de mí!
- DUQ. Pues bien, en lugar de decírtelo...
- FRITZ. Lisa y llanamente.
- DUQ. Ha venido y me lo ha contado en secreto.

- FRITZ. ¡Vaya! ¡já, já; eso es cosa de risa!
DUQ. ¡Cómo de risa!
FRITZ. No, no: pues no es cosa de risa. Y... decidme; ¿es guapita, es guapita?
DUQ. (Afectada modestia.) Mil veces he oído decir que no existe otra más bella.
FRITZ. ¡Caspitina! ¡caspitina!
DUQ. ¿No adivinas quién puede ser?...
FRITZ. (Cavilando un momento.) Aguardad, una palabra, una sola palabra y lo adivino.
DUQ. ¿Qué palabra? (Con ansia.)
FRITZ. ¡Decidme su nombre!
DUQ. ¡Su nombre! No puedo revelártelo, pero á ver si lo aciertas. (Con zalamería.)
FRITZ. ¡Caspitina! Eso de calentarse uno los cascotes... No!... sí!... Pero ¿no podeis decírmelo?
DUQ. Es un secreto de amor. Sin embargo, me ha dado licencia para contarte alguna cosilla.
FRITZ. ¿Conque alguna cosilla? ¡Hombre! oigamos, oigamos.

MÚSICA.

- DUQ. Te voy á contar en secreto,
porque tú debes ser discreto,
lo que dijo.
FRITZ. ¿Qué fué?
DUQ. Lo vas á oír.
Dile que me pareció
muy galán;
dile que su garbo me agrada;
dile que mi pecho latió
con afán,
y que estoy enamorada.
Y que si quiere añadir
á los triunfos los amores,
podrá pronto conseguir
otras victorias mejores.

Dile que apenas le ví,
me prendó:

dile que su amor me enagena;
dile que en el alma sentí,

pronto yo,
la pasión que me da pena.

Que si desecha mi emoción

y mi cariño desdeña,

ó no tiene corazón

ó será de bronce ó peña.

Dile que si ha de acabar
mi dolor.

(Esto lo digo por ella.)

Su cariño me ha de dar,

porque soy bastante bella.

¿Y bien? ¿qué le he de contestar?

¡Qué feliz ocasión

si tengo precaución!

¡Y bien y bien!

responde á todo presto.

¡Y bien, y bien!

sepamos qué contesto.

Le direis que me ha conmovido.

Yo se lo diré.

Le direis que me ha enternecido.

Yo se lo diré.

Le direis que en el alma mía...

Yo se lo diré.

Guardaré tal cortesanía.

Yo se lo diré.

Decidlo así, más que con todo

no entiendo yo muy bien

tal belén.

Y que el diablo me lleve en buen hora

si yo conozco á tal señora.

¡Y bien, y bien!

Le direis que me ha conmovido, etc.

DUQUESA.

FRITZ.

Me ha comprendido,
no hay duda, no,
porque gané
su corazón.

Vengo á sacar
lo que sacó
el negro aquel
en un sermón.

(La Gran Duquesa se sienta.)

HABLADO.

FRITZ. (Reflexionando.) Pues señor, cáteme usted hecho nada
ménos que general, con plumero y todo... lo mejor se-
rá dejarme querer ¡caspitina! (La Duquesa observa.)

DUQ. ¡General!

FRITZ. (Sin oír.) Pero esa Wanda... verdaderamente estoy muy
comprometido.

DUQ. General! (Alzando la voz.)

FRITZ. Señoral! (Volviéndose.)

DUQ. Acércate.

FRITZ. (Muy comprometido.) (Se acerca y trata de arrodillarse en un
taburete que habrá á los pies de la Duquesa.)

DUQ. (Con mimo.) No, no, mi querido general, siéntate. (Se
sienta en el taburete.) (¡Pero qué bonito es!) ¿Y esa mu-
jer, de quien me has hablado?... porque hasta ahora
sólo me has dicho generalidades.

FRITZ. Ya lo creo. ¡Caspitina! ¡Como que soy general!

DUQ. (Riéndose.) ¡Mucho, mucho! pero déjate de equívocos y
responde.

FRITZ. ¡Conque deseais que responda! Es decir, que esa da-
dama, ademas de la comision que os ha dado, quiere
que le lleveis la respuesta?

DUQ. ¡Justamente! Conque dime... (La Duquesa, sobrescitada, ju-
gnetea con el collar de una orden que lleva Fritz.)

FRITZ. ¡Ay! (Haciendo una mueca, como si le hubiese cogido un pe-
llico.)

DUQ. ¿Qué te pasa?

FRITZ. Nada, nada... sino que con el collar... ¡ay!

- Q. Perdóname.
RTZ. Perdonada.
Q. Conque responde; si tú estuvieras al lado de la mujer que te ama, mejor dicho, á sus pies, como ahora, por ejemplo; ¿qué le dirías?
TZ. ¡Caspitina!
Q. ¿Sabes que abusas demasiado de esa palabra? Pero no importa, la dices con gracia; y despues de exclamar: ¡caspitina! ¿qué añadirías?
TZ. ¿Qué añadiría? Añadiría... (Rascándose la cabeza.) Añadiría... ¡caspitina! Pues no sé lo que añadiría...

ESCENA VI.

- DICHOS, el AYUDANTE, por el foro, con un pliego cerrado.
VD. ¡Alteza serenísima! (Fritz se levanta.)
Q. (Levantándose rápidamente.) ¿Quién se atreve á interrumpirnos?
D. Señora, el intendente de vuestra policía secreta os espera.
Q. Ah... bien, que espere; tiempo tenemos.
D. Perdone vuestra alteza; segun me ha dicho, es urgentísimo.
Q. Venga. (Le entrega el pliego y se retira un poco.)
TZ. Si yo no estuviese comprometido con Wanda... ¡Bah! pero bien sé yo que estoy comprometido hasta las cachas.
(Despues de leer.) «Un escándalo público... mala conducta del general Fritz... una linda jóven llamada Wanda robada por él...» Es preciso averiguar .. ¡Ayudante! ¿has dicho que me espera el intendente de mi policía secreta?
Q. Sí, señora.
(¿Quién será esa Wanda?) General, dentro de poco estoy de vuelta, espérame.
TZ. Corriente.
Ayudante, sígueme.

ESCENA VII.

FRITZ,

Pues señor, estoy en un aprieto, pero aprieto verdadero, porque si yo digo á esa dama: «es imposible que os ame, porque mi corazón no me pertenece:» la dama se enojará, y sin razón. ¿No se reciben diariamente invitaciones para convites y se responde negativamente, á causa de otra invitación anterior? Pues la negativa no quiere decir que el convite sea malo, sino que otro nos ha convidado ántes. Nada, nada, yo diré, sin rodeos, á la Duquesa, que estoy ya convidado... la Duquesa lo participará á su amiga y ¡Cristo con todos!

ESCENA VIII.

FRITZ, el PRINCIPE, BUM, el CONDE, luego el AYUDANTE.

FRITZ. Hola, ya les tenemos aquí. (Viéndoles entrar.)

CONDE. Allí está. (Bajo á los otros.)

GEN. Este nos va á servir de estorbo.

AYUD. ¡General! (Entrando por el foro)

FRITZ. ¿Qué ocurre, caballero Ayudante?

AYUD. Su alteza, á quien los negocios impiden volver, me encarga os conduzca á vuestra cámara, el gabinete de de la derecha.

CONDE. (Al Príncipe.) (¿Habeis oído? ¡Al gabinete de la derecha!)

FRITZ. Cuando gusteis. (Resueltamente le digo que ya estoy convidado.) ¡Señores!... (Saludando á los otros.)

PRINC., GEN., CONDE. ¡General!... (Id.)

FRITZ. ¡Hum! Soldadillo de tres al cuarto! (Á Bum. Váanse Fritz y el Ayudante.)

ESCENA IX.

EL CONDE, el PRÍNCIPE, el GENERAL.

NDE. (Al Príncipe.) ¿Habeis oido? Le hace conducir al gabinete de la derecha.

N. (Al Príncipe.) Cosa que en ella no tiene nada de particular.

NDE. (Al Príncipe.) Nada absolutamente. Estoy seguro de que no entendeis una jota.

INC. Ni media.

NDE. Pues ahora lo entenderéis. ¿Veis aquel retrato? (Indicando el de la derecha.)

INC. Perfectamente.

NDE. Pues bien; aproximaos y oprimid un poco la bota izquierda de ese caballero.

INC. ¿Para qué?

N. No dudeis en apretar.

INC. (Se acerca, pero luego se detiene con temor.) ¿Me quereis jugar una bromita?

NDE. Palabra de honor. (Va otra vez y vuelve con recelo.)

INC. ¿Pensais que soy un bobo! Ahí debe haber algun resorte, y al tocarle, ¡pif! saltará un bichito y me morderá la mano.

N. No temais nada. (El Príncipe toca el resorte: el retrato desaparece, dejando ver una puerta abierta. Un clarinete imita ridículamente el chirrido de los goznes.)

INC. ¿Qué significa esto?

NDE. Allí hay gato encerrado. (Con misterio.) Pues, señor; hace doscientos años...

INC. Eso parece cuento.

N. ¡Pues es una historia sangrienta!

INC. Oigamos, oigamos.

NDE. La contaré con mucho gusto. ¿Veis ese lóbrego corredor?

INC. Perfectamente.

NDE. Pues ese lóbrego corredor tiene dos extremos.

PRINC. Como todos los corredores.

CONDE. Justamente. Uno de los extremos toca en este gabinete, el otro en el de la derecha... ese es el destinado al general.

PRINC. ¡Ah!!!

CONDE. Aquí habeis visto un retrato de hombre, allá hay otro de mujer. Aquí, para abrir, hay que oprimir la bota al caballero; allá, es preciso tocar la rodilla de la dama.

PRINC. ¡La rodilla!

GEN. Es un capricho del artífice. El original de este retrato, cuando vivía, se llamaba Max, y era conde de Sedlitz-Calambor. La mujer que habitaba en el otro gabinete se titulaba la gran duquesa Eduvigis, quinta abuela de nuestra graciosa soberana.

PRINC. Acabad.

MUSICA.

BALADA Y TRIO.

GEN. (Con tono pavoroso.)

Oid, oid contar—la historia más atroz.

CONDE. El vulgo guarda aquí—recuerdo aterrador.

GEN. Era Max aventurero,
 pero galán,
 de bigote retorcido,
 noble mirar.
 La duquesa, conmovida
 cuando le vió,
 con su amor le dió también
 habitacion;
 y en pos del amor ardiente
 de su Amadís,
 muchas veces, y de *ocultis*,
 fué por allí.

(Indicando la puerta secreta.)

NC., GEN. y CONDE.

Escuchad, raza futura,
escuchad, escuchad la siniestra aventura
y la historia de amor
del conde Max de Sedlitz-Calambor.

DE.

Oyó Max una velada
cierto rumor,
que de pasos parecia
según el son.

De su lecho pegó un brinco,
¡brinco fatal!

¡Era tarde, sin embargo,
para escapar!

Doce torvos asesinos,
gente ruin,

le clavaron sus puñales;
fué por allí!

C.

¡Doce asesinos!

¡Doce eran, sí!

C., GEN. y CONDE.

¡Fué por allí! (Señalando la puerta secreta.)

C. GEN. y CONDE.

Escuchad, raza futura, etc., etc.

(El General cierra la puerta y vuelve al lado del Príncipe.)

(Al Príncipe.)

¿Comprendeis cómo hay que obrar?

Lo comprendo; ¡cosa horrible!

¡Allí sin duda morirá!

¡Conque allí! ¿Será posible?

Que duerma, pues, el general (Baile acompasado.)

en aquella habitacion,

que duerma, pues, este galan

donde acaba el corredor.

Que duerma, pues, el general, etc., etc.

PRINC. Esta noche, á tu pesar,
cuando esperes á tu bien,
vanamente escucharás
los rumores de su pié.

GEN. Su pié,
su pié,
su lindo pié;
su pié,
su pié,
su lindo pié.

Todos. Que ya no lo oirás
jamás;
¡no, no!
que ya no lo oirás.
Su pié,
su pié,
su lindo pié;
su pié,
su pié,
su lindo pié.

—
Que duerma, pues, el General, etc.

(Con mayor alegría que ántes y con acompasado movimiento de baile)

—
GEN. Al forjar tus ilusiones,
«Duque soy,» pensarás tú
y en las sombras de la noche
verás á Pol, Bum y Puck.

—
PRINC. Verás á Pol.
GEN. Verás á Bum.
CONDE. Verás á Puck.
TODOS. Sí; Pol, Bum y Puck.

Que duerma, pues, el general.

(Danza todavía más viva.)

(Se presenta en el fondo la Gran Duquesa, y viéndoles se mantiene retirada)

ESCENA X.

DICHOS, la GRAN DUQUESA, en el fondo.

HABLADO.

- PRINC. ¿Conque tenemos una conspiracion?
GEN. Exactamente, una conspiracion.
PRINC. Dentro de una hora nos reuniremos en mi casa, ¿os parece bien?
CONDE. ¿Nos tendreis preparada alguna cosilla?
PRINC. Os tendré preparado lo que gustéis.
GEN. Por supuesto, nada de mujeres en la conspiracion.
DUQ. Un momento, General, una mujer habrá. (Adelantándose.)
CONDE, PRINC. y GEN. ¡Su alteza! (Sobrecogidos.)
DUQ. Yo soy.
CONDE. ¡Perdidos estamos!
DUQ. Nada temais. Por lo visto conspirabais contra el general Fritz, corriente; yo conspiro tambien.
GEN. ¡Vos tambien!
CONDE. (¡Qué quiere decir esto!)
PRINC. (Más vale así.)
DUQ. ¿Sabeis lo que ha hecho el general Fritz? Pues ha solicitado permiso para casarse con Wanda; yo se lo he concedido, ya están en la capilla... y desde allí... desde allí van...
PRINC., GEN. y CONDE. ¿Á dónde?
DUQ. Adonde vosotros le esperareis en acecho, al gabinete de la derecha.
PRINC., GEN. y CONDE. ¡Al gabinete de la derecha! (Con misterio.)

MUSICA.

Duo. Que duerma, pues, el general
 en aquella habitacion,
 que duerma, pues, este galan
 donde acaba el corredor.

—
Todos. Que duerma, pues, el general, etc., etc.
(Bailan todos como locos, con paso de can-cán. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

alcámaras rojas, antiguo salón gótico: puertas laterales: una secreta a la derecha, cubierta por un retrato de la Gran Duquesa Edugis. Ventana en el fondo. Los muebles y adornos de la escena serán encarnados.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA, BUM.

Al levantarse el telón la escena está vacía: la Duquesa entra por la izquierda con un paje con un quinqué, cuya bomba será de cristal encarnado: para se ilumina ligeramente. La Duquesa viéndose sola, exhala un grito de terror, al cual responde un golpe de bombo y se presenta Bum.

¡Alteza serenísima!

¿Qué hay, general?

Está bailando: cuando yo salí hacía el *solo*.

- DUQ. ¡Baila! y sin embargo, va á morir. ¿Tendrás tiempo de prepararlo todo? ¡Si viniese ahora!
- BUM. No temais: le he intimado la órden de vuestra alteza de no salir del baile hasta despues del último cotillon.
- DUQ. ¿Y qué le ha parecido la órden?
- BUM. Ha puesto cara de vinagre y ha dicho: «esto me fastidia soberanamente, en la noche de mis bodas.»
- DUQ. ¡Es decir que está enamorado! ¡Paciencia y barajar!
- (Queda inmóvil mirando al suelo.)
- GEN. ¿Qué mirais, señora?
- DUQ. Aquí, sobre estos mármoles, se ve todavía una gran mancharoja. Cuando los extranjeros visitan este palacio suelen decirles: «Aquí cayó el conde Max.» Yo no sé si fué precisamente aquí, pero así lo cuenta el conserje, lo que le vale buenas propinas.

MUSICA.

I.

- DUQ. ¡Breve pasa el tiempo á fe! (Con gravedad)
- GEN. ¡Gran leccion guarda la historia! (Id.)
- DUQ. ¡Aquí la tragedia fué!
- GEN. ¡Nos ilustra la memoria!

-
- DUQ. (Alegremente y con movimiento de baile.)
- Y pasados muchos años
el suceso al referir,
el conserje del palacio,
sus propinas gana aquí.

-
- Los dos. El conserje del palacio
sus propinas gana aquí.

II.

- DUQ. ¡Todo vuelve á suceder! (Con gravedad.)
- GEN. ¡Es el tiempo como noria! (Id.)
- DUQ. ¡Lo que dió al olvido ayer

GEN. Hoy nos vuelve á la memoria!

UQ. (Alegremente y con movimiento de baile.)

Y pasados muchos años,
estos cuentos al narrar,
el conserje y su familia
sacan gajes sin cesar.

OS DOS. El conserje y su familia
sacan gajes sin cesar.

HABLADO.

EN. Desde mañana se contarán dos historias: se enseñarán
dos manchas, y ganarán dos propinas los conserjes.

UQ. ¡Tal vez! ¿Y tus cómplices?

EN. Están aguardando en ese misterioso corredor.

UQ. Hazles entrar: yo voy á ocultarme en ese gabinete.

EN. ¡Me alegro mucho!

UQ. ¡Por qué!

EN. Porque de no estar vos faltarian mujeres en la conspiración.

UQ. ¡Cuidado con descubrirme! Yo saldré cuando lo tenga
por conveniente. A ver, pues, como os despachais á
mi gusto. (Vásé por donde salió.)

ESCENA II.

M, el CONDE, el PRÍNCIPE, el BARON, y el AYUDANTE, armados de
puñales.

N. Aquí está el retrato: hay que tocarle en la rodilla. (Lo
hace lleno de terror: la puerta secreta se abre: suena un ruido ex-
traño y entran el Conde, el Príncipe, el Ayudante y el Baron.)

DE. Uno, dos, tres, cuatro... ¿y los otros? (Se cierra la puerta.)
Á su tiempo vendrán: de otro modo hubiéramos dado
que sospechar.

N. Cierito.

- PRINC. Con todo, no será malo tomar nuestras precauciones.
GEN. ¿Tambien sois de los nuestros? (Al Ayudante.)
AYUD. Sí señor: porque sé que esto agrada á nuestra excelsa soberana.
PRINC. ¡Ah picaron!
AYUD. Señor, soy pobre y ambicioso.
BUM. ¡Venga esa mano!
AYUD. ¡Aquí está! (Se dan la mano.)
BUM. ¡Me gustan los valientes! Príncipe, ¿Tambien este es de los nuestros? (Señalando al Baron.)
PRINC. Sí, general.
TODOS. (Saludando.) ¡Baron!
BARON. ¡Señores!
CONDE. ¿El señor Baron está noticioso de este fregado?
BARON. Perfectamente: se trata de matar á un hombre. (Con indiferencia.)
PRINC. ¿Y es este el sitio?
CONDE. Precisamente.
GEN. Una palabra. (Saca el sable.)
CONDE. ¡Qué vais á hacer!
PRINC. ¡Envainad! (Con terror.)
TODOS. Sí, sí: envainad. (Id.)
GEN. Cuando uno se mete en estas cosas, es preciso no retroceder. ¡Al que intente retroceder lo divido!
CONDE. Pero si nadie intenta...
GEN. (Al Príncipe.) ¿Intentais vos?... ¡decidlo y os divido! (Amenazándole.)
PRINC. ¡Envainad! (Envaina.)
CONDE. Cuando os digo que nadie intenta... Es imposible entrar en razones con hombres como vos.
GEN. Lo dicho, dicho.

ESCENA III.

DICHOS, la GRAN DUQUESA.

- DUQ. Me felicito de hallaros tan resueltos. (Entrando.)
TODOS. ¡Serenísima señora! (Saludando.)

- DUQ. Os he oído, dispuesta para alentar vuestro valor, si preciso fuera, pero veo con placer que no es necesario.
- BUM. Seguramente.
- CONDE. ¡Oh, que venga!
- GEN. ¡Le divido en cuatro! ¡Brrr! ¡Voy á hacerle albondiguillas!
- DUQ. Una súplica...
- CONDE. Mandad.
- PRINC. Ordenad, señora; todos estamos á vuestra disposicion.
- DUQ. Sobre todo no le toqueis al rostro, mirad que no quiero que le pongais feo. ¿Lo ois?
- BARON. ¡Vaya, siendo tan guapito! ¿No os parece que seria una lástima? (Al Príncipe.)
- DUQ. ¿Quién ladra por ahí?
- BARON. Yo, señora... digo...
- DUQ. ¿Y quién eres tú? ¿Quién es este caballero? ¡Yo no le conozco!
- PRINC. Es mi embajador, el Baron Grog.
- CONDE. Es el Baron Grog.
- GEN. El Baron Grog; ¿no conoceis al Baron Grog?
- PRINC. ¡El señor Baron Grog!
- TODOS. ¡El Baron Grog!
- PRINC. Á quien por cierto no habeis querido dar audiencia.
- DUQ. ¿No? Pues os aseguro que hice mal. ¡Me gustas, Baron Grog! (Mirándole de hito en hito.)
- BARON. ¡Serenísima señora!
- DUQ. (No es feo este Baron...) Oye, General; vete á prepararlo todo y despues vuelve... ¡Ah! Vos, Príncipe, y tú, Conde, podeis retiraros tambien. . En cuanto al Baron, tengo que hablarle, que se quede... (Vaya si me gusta este Baron.)
- PRINC. (¡Baron, no perdais el tiempo!) (Váase.)

ESCENA IV.

La GRAN DUQUESA, el BARON.

- DUQ. (Despues de una pausa, en que le mira con seduccion.) Baron,

¿no tienes nada que decirme?

BARON. ¡Alteza serenísima!

DUQ. Déjate de cortesías y dime algo. ¿Oyes? algo que me agrade.

BARON. Si quereis, hablaremos del Príncipe mi amo.

DUQ. ¡Déjate estar de príncipes! y ante todo, permite que me dé la enhorabuena por haber conocido un hombre como tú.

BARON. ¡Señora!

DUQ. Eres del número de mis vengadores.

BARON. En cuanto á eso no me lo agradezcais. Como no queriais recibirme, estaba soberanamente aburrido: la cerveza no me distraía, y el vermouth me mareaba; así que he conspirado por pasatiempo.

DUQ. ¡Por pasatiempo!

BARON. Justamente: para los buenos conspiradores, eso es tan fácil como beberse un trago de kirsch.

DUQ. ¡Qué amena es tu conversacion! Tienes unas ocurrencias como tuyas, y tu figura no es desgraciadilla.

BARON. Señora, es efecto de la educacion. ¡De la educacion, la educacion!

DUQ. ¡Ah, la educacion!

BARON. Desde tiernecito, mi papá, que era un diplomático de la Vuelta de abajo, me destinó á la diplomacia, y me enseñó á tener un aire circunspecto.

DUQ. Pues ya habrá llovido desde entónces.

BARON. En efecto, señora, ya ha llovido. Pues como digo, cuando era tiernecito y papá no me hallaba circunspecto, solia zurrarme la badana.

DUQ. ¡Pobrecito!

BARON. ¡Ah, señora, la letra con sangre entra!

DUQ. Mira, voy á darte un consejo: cuando llegue el momento de caer sobre Fritz, ponte un poquito atrás, no te alcance algun chirlo en el rostro.

BARON. ¡Ah!

DUQ. Despues, cuando suene la hora de las recompensas, yo haré que te pongas en primera fila. (El Baron hace una

mueca con los labios.) ¿Qué te pasa? Acabas de hacer un gesto con los labios, así. (Le imita.) ¡Cualquiera diría que tratabas de reírte!

BARON. Así es.

DUQ. Veo que ya te he conocido. ¿Y qué es lo que te da risa? veamos.

BARON. No sé si me atreva...

DUQ. Anda, atrévete.

BARON. Pues bien: hace poco os inquietaba el rostro del general Fritz, y ahora el mío.

DUQ. Cierto. (Sonriendo.)

BARON. Si yo fuera presumido, si fuéramos á sacar consecuencias...

DUQ. ¡Chist! ¡Calla!

BARON. ¡Alteza serenísima!

DUQ. No hablemos de eso.

BARON. Justo; hablemos del Príncipe.

DUQ. Más tarde... Dime: ¿qué empleo tienes en la corte de tu amo? ¿Eres chambelán?

BARON. Sí, señora; y además tengo el grado de coronel, pero sólo dentro de palacio; yo no salgo jamás á campaña, por que me prueba mal.

DUQ. Yo te daría mucho más si quisieras permanecer en mi corte.

BARON. Desgraciadamente no puedo acceder.

DUQ. ¿Por qué?

BARON. Á no ser que consintais en uniros al Príncipe.

DUQ. ¡Bah, bah, bah!

BARON. Entónces sería cosa hecha.

DUQ. Baron, ¿vuelves á las andadas? ¿Me hablas de tu príncipe?

BARON. Yo creía que no habíamos hablado de otra cosa.

DUQ. Baron, te felicito; eres lo que se llama un verdadero diplomático.

BARON. ¡Alteza serenísima! Y bien; ¿qué decidís?

DUQ. ¿Quieres que te lo diga?... pues no sé qué hacer.

BARON. ¡Ah!

DUQ. Tengo la cabeza como una olla de grillos .. todo danza en mi alrededor; Fritz, el Príncipe, tú; y en segundo término el Conde y Bum. ¿Mataré? ¿no mataré? Y si mando matar á quién será? ¿Mataré á Fritz? ¿Te mata-á tí?

BARON. ¡Á mí!

DUQ. Yo no sé, no sé nada; absolutamente nada.

ESCENA V.

DICHOS, el PRÍNCIPE, el GENERAL, el CONDE, por la izquierda.

PRINC., CONDE y GEN. ¡Alteza serenísima!

DUQ. ¡Quién entra! ¡Ah! sois vosotros.

PRINC. (Corriendo hácia el Baron.) ¿Qué tenemos de aquello?

BARON. Vamos viento en popa.

PRINC. ¡Gracias, amigo mio!

DUQ. (Al General.) ¿Has prevenido á los conjurados?

GEN. Uno por uno.

DUQ. Pues corre y diles que se vayan á casa.

CONDE. ¡Cómo!

DUQ. Ya no se da el golpe.

GEN. ¡Rayos y truenos!

DUQ. ¿Qué dices?

GEN. ¡Alteza serenísima, ni esto! Pero si no estuvierais aquí...

DUQ. Se me figura que olvidas...

GEN. Señora, todo estaba dispuesto, admirablemente dispuesto, y ahora salimos...

PRINC. En efecto, tiene muy poca gracia.

CONDE. Ya habíamos hecho lo desagradable, y sólo faltaba lo placentero.

DUQ. Pues os repito, que ya no se da el golpe.

GEN. ¿Y por qué?

DUQ. Asesinar á un hombre en el día de mis bodas, no me parece conveniente. (Sorpresa general.)

CONDE. ¡En el día de vuestras bodas!

PRINC. ¡Lo habeis dicho, amada Duquesa!

- DUQ. Lo he dicho.
- PRINC. Es decir ¿que consentis?
- DUQ. Consiento y agradecédselo al Baron, cuya elocuencia me ha persuadido.
- PRINC. Baron: todos los años el día de mi santo, papá me consiente conceder una gran cruz... prefiere esto á darme dinero... Conque no os digo más.
- DUQ. ¿Qué dices, general? ¿Y tú, Conde?
- CONDE. Que vuestra alteza obra como quien es: el día en que premia con su amor los muchos merecimientos del Príncipe... no sería conveniente...
- GEN. No digo lo contrario, pero os aseguro... el tal Fritz, me ha jugado una tostada... Me usurpó el penacho de general... me robó la novia... ¡Oh, yo me vengaré! ¡El enemigo! ¿Dónde está el enemigo? ¡Á ver, mi caballo, pronto, mi caballo!
- DUQ. Cálmate! Si no es más que eso, te permito que te vengues, con tal que no te excedas.
- GEN. De ningún modo, no pasaré de ciertos límites.
- DUQ. Así me gusta.
- CONDE. Veamos si podemos jugarle alguna treta.
- DUQ. Me parece muy bien.
- GEN. ¡Oh, entónces! (Se oye victorear á Fritz.)
- DUQ. La suerte nos le trae. Ea, Príncipe, discurrid alguna cosa, porque os toca muy de cerca.
- PRINC. ¡Oh fiel amada mía!
- DUQ. Yo me retiro. Dentro de dos horas, á la capilla... no falteis. (El Príncipe la acompaña y va á besarle la mano.) Todavía no, Príncipe. Adios, señores. (Éntrase por la izquierda.)
- CONDE. Aquí le tenemos. ¿Qué vamos á hacer?
- GEN. Se me ha ocurrido una idea: turbaremos su noche de bodas. (Entran Fritz y Wanda, esta en traje de novia aldeana acompañados de damas y caballeros.)

ESCENA VI.

WANDA, FRITZ, el CONDE, el BARON, el GENERAL, el AYUDANTE, DAMAS, OFICIALES. Fritz y Wanda los primeros, cogidos de la mano: cada uno de los del acompañamiento trae una linternilla encendida.

MUSICA.

CORO. Aquí está la esposa bella
 de los labios de carmin,
 ¡Dios le dé feliz estrella,
 Dios le dé suerte feliz!

HABLADO.

UNOS. ¡Vivan los novios!

OTROS. ¡Vivan!

FRITZ. ¡Gracias, señores; gracias, amigos! Vuestra conducta conmigo, como general y como esposo, la tendré siempre grabada en mi corazón, y Wanda también; es decir, en su corazón. ¿No es así, esposa?

WANDA. Es así. El general, mi digno esposo, habla como un libro.

TODOS. ¡Gracias!

FRITZ. Repito que la tendré siempre grabada, pero en este momento, señores, desearia que me hicieseis el obsequio de dejarnos solos.

GEN. Vuestra advertencia está muy puesta en razón. Salgamos.

MUSICA.

CONDE, AYUDANTE. (El Conde, el Ayudante y parte del coro, rodean á Fritz, dándole las noches, sin dejar que se acerque á Wanda.)

Muy buenas noches,
id y dormir,

vais á pasar
noche feliz,
con vuestro amor
solito aquí.
¡Dichoso vos
mil veces, mil!
¡Á dormir!

(Cada vez que dice el coro ¡á dormir! sube y baja las linternas á compás.)

CORO. ¡Á dormir!

GEN., PRINC. (El General, el Príncipe y parte del coro, hacen con Wanda lo mismo que los otros con Fritz.)

Muy buenas noches,
id á dormir,
vais á pasar
noche feliz;
mas con rubor
os sonreis,
cuando escuchais
decir así.
¡Á dormir!
¡Á dormir!

CORO.

(Fritz y Wanda, que se reunen por fin, procuran echarlos, hasta que al fin lo consiguen. Fritz cierra la puerta)

ESCENA VII.

WANDA, FRITZ.

HABLADO.

FRITZ. ¡Gracias á Dios, que se han ido con mil legiones de demonios!

WANDA. ¡Gracias á Dios!

FRITZ. Ea, borreguita mia, ya somos marido y mujer.

WANDA. ¡Vaya si me alegro yo pcco!... pero... (Fritz va á darle un abrazo, y ella se retira.)

FRITZ. ¿Qué tienes, borreguita mía? Parece que desde que me ves con mi gran plumero y mis entorchados me tienes respeto.

WANDA. Pues mira... Es verdad.

FRITZ. ¡Caspitina! ¡No seas boba!... Yo ya veo que cuando una muchacha espera casarse con un soldado raso, buen mozo, eso sí, y de pronto se encuentra mujer de un general, que no por eso deja de ser buen mozo, hay para cualquier cosa.

WANDA. Tienes razón... al principio...

FRITZ. Pues ¡ea! hija, verás que pronto dejo de parecerte general, ya ves... (Se quita el sombrero, el sable y el cinturón.)

MUSICA.

WANDA. ¿Será posible, Santo Dios,
ese temor que siento al ver
su gran pompon de general
y su vestido de oropel,
cuando con tantos relumbrones,
si yo lo miro bien despues,
mi esposo es?

HABLADO.

WANDA. (Se oye un gran redoble de tambores.) ¡Dios mio! ¿que es esto?

FRITZ. Aguarda, no adivino...

VOCES. (Dentro.) ¡Viva el general Fritz!

WANDA. ¡Te victorean!

FRITZ. ¡Ah! ¡vamos!... Tranquilízate, es la banda del regimiento, que viene á felicitar me por mi doble victoria.

VOCES. (Dentro.) ¡Viva el general!

WANDA. ¡Mira que si están así toda la noche!...

FRITZ. ¡Caspitina! ¡Tienes razón! Aguarda, les arengaré y les

echaré unos reales, para refrescar: este último recurso de mi elocuencia, es siempre de mucho efecto. (Fritz se asoma: redoble y voces.) Mira, agarrame de los faldones. (Á Wanda al tiempo de asomarse.) «Camaradas: vuestras melodías me han conmovido; pero os agradecería en el alma, que os fueseis á romper la cabeza á cualquiera otro. Sabed, por si lo ignorais, que me acabo de casar, que esta es mi primer noche de novios... y en fin, ¡que desde lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os contemplan! Con que no digo más, y buenas noches! Entre tanto ahí va eso para echar un trago. (Cierra la ventana. Los vivos y tambores se alejan.) ¡Ea, cordera! ya estamos otra vez tranquilos.

WANDA. ¡Me temo que el haberte subido á mayores ¡entibie tu cariño.

FRITZ. ¿Eso temes?

WANDA. Eso.

MUSICA.

FRITZ. La valentía y el amor
siempre en el hombre sientan bien,
y aunque yo sea general
no tienes nada que temer;
pues este bravo, que te adora,
si tú lo miras bien despues,
tu esposo es.

(Se oye música militar en la calle.)

HABLADO.

FRITZ. ¡Caspitina!

WANDA. ¡Fritz, otra vez! ¡Bonita noche nos espera!

VOCES. Viva el general Fritz!

FRITZ. ¡Ah!... ya sé lo que es: la música del regimiento que

nos felicita; despues de los tambores la música era de cajon.

WANDA. ¡Ay, cómo desgarran los oídos! Vaya una noche en que han tenido esa ocurrencia!

FRITZ. Aguarda, les hablaré. (Al abrir la ventana cesa la música y arrojan una granizada de ramilletes.) Señores músicos, siento que no hayan encontrado á los tambores, porque os hubieran dicho que me acabo de casar, y que estoy ocupado, muy ocupado; conque así, abur y mandar. (Les tira dinero y cierra.)

VOCES. (Dentro.) ¡Viva el general! (Alejándose con la música.)

FRITZ. ¡Wanda, Wanda mia! (Al abrazarla se oye un confuso clamoreo de clarines, tambores y golpes en las puertas.)

VOCES. (Dentro.) ¡El enemigo! ¡Á las armas! ¡Traicion!

FRITZ. ¡Ya se armó la gorda!

ESCENA VIII.

DICHOS, luego el GENERAL, el CONDE, el PRÍNCIPE, el BARON, damas de honor, soldados, caballeros y damas de la corte, pajes, despues el AYUDANTE.

MUSICA.

CORO. (Dentro.) ¡Abrid! ¡abrid! ¡Pronto pardiez!
si no la puerta saltará!
¡abrid, abrid! Si no quereis
que vaya aquí todo á rodar!

WANDA. ¡No por Dios!
(Viendo que Fritz trata de abrir.)

FRITZ. ¿Temes, dí?

WANDA. La puerta cede ya.
¡muerta soy, ay de mí!

(Ábrense las puertas: por la derecha entran el Príncipe, el Conde, el General, el Baron, soldados, damas y caballeros de la corte: por la izquierda las damas de honor y pajes.)

PRINC., CONDE, GEN. y BARON.

¡Bendito sea Dios!
por fin dimos con él.

FRITZ y WANDA. Pero ¿qué busca este tropel?

CONDE. ¡Á montar! ¡Á montar!
al punto, al punto sin tardar!

(Se mete en medio de ambos. Wanda se pone otra vez junto á Fritz.)

CORO. ¡Á montar, á montar!
al punto, al punto sin tardar!

PRINC. (Se mete en medio de Wanda y Fritz.)

Sin momento que perder
á la lid hay que marchar;
otra vez el enemigo

CORO. nos provoca á pelear. (Vuelve Wanda junto á Fritz.)
Sin momento que perder, etc.

GEN. La Duquesa os ordena (El mismo juego.)
que voleis á combatir,
y esta vez será forzoso
ya triunfar ó ya morir. (Wanda vuelve junto á Fritz.)

CORO. La Duquesa os ordena, etc.
FRITZ. Amigos míos, no puedo á fe,
pues hace muy poquito

que me casé.
GEN. No importa nada,
fuerza es partir,
y bien triunfar
ó bien morir.

FRITZ. Pues mi mujer guardadme ahora.

(Pone á Wanda al lado del Conde.)

CONDE. Muy bien: os guardo la señora.
¡Pero partid,
sin treguas id!

FRITZ. ¿En dónde está mi cinturón?

CORO. ¿En dónde está su cinturón? (Buscando todos.)

FRITZ. Pues á marchar me decidí
yo necesito el cinturón.

(Segun va pidiendo los objetos el Baron se los da al Príncipe,

éste al Conde, el Conde al General, y éste le ayuda á ponérselo;
todo sin confusion.)

CORO. Ahí teneis el cinturon. (Mientras se lo pone Bum.)

FRITZ. Pero no tengo el tahalí.

CORO. ¡El tahalí! (El General se lo pone.)

FRITZ. ¿Mi pompon?

¡Dádmele acá sin dilacion!

(El general le pone el sombrero.)

¡Ya puedo marchar!

CORO. ¡Ya lleva el pompon!

AYUD. ¡Aguardad, aguardad! ¿Qué haceis?

(Á Fritz: trayendo el sable.)

yo traigo lo que sabeis.

FRITZ. ¡Aun el sable! (Esto hablado.)

No sabes, sable de papá, (Tomando el sable con ira.)

lo cargante que estás ya!

CORO. Hay que partir

¡Oh qué placer

es combatir!

Hay que partir

y bien vencer ó bien morir

¡Á montar, á montar!

al punto, al punto sin tardar

y bien vencer, ó bien morir.

¡Á montar, ¡á montar!

¡Tomad el sable y á partir!

¡á montar, á montar!

(Durante esto último el Conde pugna por llevarse á Fritz por la derecha: el General contiene á Wanda, que logra escapírsele y corre junto á Fritz, pero el General vuelve á separarlos, y Fritz sale arastrado por el Conde y todos los demas.)

FIN DEL PRIMER CUADRO DEL TERCER ACTO.

CUADRO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero: tres mesas con botellas y copas, una en el centro y las otras á los lados, colocadas un poco oblicuamente.

ESCENA PRIMERA.

EL PRINCIPE, el GENERAL, el CONDE, el BARON, el AYUDANTE, damas y caballeros de la corte, los dos ujieres, soldados, aldeanas. Al levantarse el telon figura que termina un gran almuerzo: el Príncipe, el Conde, el Baron, el General y el Ayudante, sentados en la mesa de en medio; las damas en las laterales; detrás de ellas los caballeros en pié: los ujieres sirven de beber, los soldados y aldeanas en último término.

MUSICA.

CORO. En la mesa y los combates,
 siempre firme el corazon,
 hoy cantemos y bebamos
 de los novios en honor.

(Acabado el coro levántanse el Príncipe, el Conde, el Baron el General y el Ayudante, y vienen al proscenio. Las damas se levantan tambien. Todos con copas.)

GEN. (Al Príncipe.) Nuestra linda Duquesa
 os dió su amante sí,
 por eso en vuestro honor

bebemos hoy sin fin,
el Rin.

CORO. Por eso en vuestro honor, etc.

PRINC. Es por cierto singular
lo que aquí me sucedió,
la que no me quiso ayer
hoy me tiene por señor,
de su amor.

CORO. De su amor.

En la mesa y los combates
siempre firme el corazón, etc.

(La Gran Duquesa baja por la colina, á la izquierda, seguida de sus damas de honor y pajes.)

ESCENA II.

DICHOS, la GRAN DUQUESA, damas de honor y pajes; las damas y los pajes se colocan delante de la mesa del centro.

DUQ. Señores, os saludo (Bajando á la escena.)

CONDE. Salud á la Duquesa.

PRINC. Presto, un vaso á la Princesa. (Dándole uno.)

GEN. Echemos por los novios
un brindis placentero.

DUQ. Muy bien, amigos míos,
brindar también yo quiero.

CANCION BÁQUICA.

I.

DUQ. Según cuenta la historia
cierto abuelo tuve yo,
que tuvo por gloria ser
muy famoso bebedor.

CORO. Que tuvo por gloria ser
muy famoso bebedor.

Duq. El vaso que siempre usaba
parecía un gran tonel
y un copero día y noche
le escanciaba de beber.

—
Coro. Y un copero día y noche
le escanciaba de beber.

—
Duq. Que fué mi abuelo un bebedor
(Movimiento de baile en todos.)
en el ducado nata y flor.

—
Coro. Que fué su abuelo un bebedor
(Id. más pronunciado.)
en el ducado nata y flor.

—
II.

Duq. Por fin el vaso famoso
por azar se le rompió,
y al verle partido así
grandemente se afligió.

—
Coro. Y al verle partido así
grandemente se afligió.

—
Duq. Nunca quiso consentir
otro vaso más que aquel
y despues que le vió roto
prefirió morir de sed.

—
Coro. Y despues que le vió roto
prefirió morir de sed.

Duq. Que fué mi abuelo un bebedor
en el ducado nata y flor.

—
(Movimiento de baile en todos.)

CORO. Que fué su abuelo un bebedor
 en el ducado nata y flor.

(El Príncipe toma la copa de la Duquesa y la deja en una de las
mesas: todos dejan las suyas.)

HABLADO.

PRINC. ¡Ah cara esposa mía!

DUQ. ¿Qué tenemos, esposo?

PRINC. Por fin ha lucido el día de nuestras bodas: ya somos el
 uno del otro.

DUQ. Verdaderamente. (Con indiferencia.)

PRINC. ¡Cuando pienso que todo lo debo al Baron! Dime,
 amada mía ¿no te parece que debíamos recompensarle?

DUQ. ¿Esa es tu opinion?

PRINC. Esa es mi opinion.

DUQ. No puedo negarte nada. (Mirando al Baron.) ¡Conde, Ge-
 neral.

CONDE, GEN. ¡Alteza serenísima! (Saludando.)

DUQ. ¿Qué se ha hecho de Fritz? Me digisteis que le hallaria
 en el campamento.

CONDE. El General Fritz no puede tardar: siguiendo el plan se-
 ñalado por vuestra alteza, y sin salirnos de él ni un
 ápice, el general y yo, le hemos jugado una bromita.

DUQ. ¿Conque una bromita?

GEN. Os la diré: tengo yo la costumbre, diez años hace, de
 visitar todos los martes á cierta señora, que no hace al
 caso nombrar.

DUQ. ¡Hola!

GEN. Ayer, martes, recibí una carta de la dama referida en
 que me decia: «No vengais esta noche... se ha sospe-
 chado de vos, y hay quien os espera con una tranca y
 unos cuantos amigos.» Esta carta me inspiró una ocur-
 rencia y dije á Fritz: partid sin demora al castillo de
 tal, donde vuestra presencia interesa al servicio de
 nuestra excelsa soberana.

DUQ. ¿Y fué al castillo?

- GEN. Cabalmente, y en lugar de lo que pensaba, habrá en-
contrado al que le aguarda y á sus amigos...
- CONDE. Armados de sendas trancas.
- GEN. Una hora para llegar á casa de la dama: media hora de
paliza, y dos para volver al campamento; de modo que
el general no puede tardar.
- VOCES. (Dentro.) ¡El General, el General!
- GEN. ¿No os lo decia yo?
(En este instante se presenta Wanda, corriendo por el foro y baja
al proscenio.)

ESCENA III.

MUSICA.

- WANDA. Mirad venir mi pobre esposo
en un estado bien lastimoso,
pues tras la gloria de aquí salió
y derrotado despues volvió.

- CORO. Y derrotado despues volvió.

(Llega Fritz por el fondo, derecha, en un estado lamentable, sin
charreteras, el penacho desplumado y el sable torcido y desen-
vainado.)

I.

- FRITZ. Ved aquí que llega ya
¡bueno val
á este infeliz como está,
¡bueno val!
Pues del combate á que fui
vuelvo así,
tened lástima de mí.
De aquel sable de papá : 3
esto sólo traje acá;
¡bueno está!
Y ¡pardiez! ved, señora, qué tal

vuelve á vos el novel general.

CORO. Y ¡pardiez! ved, señora, qué tal
vuelve á vos el novel general. (Burlándose de él.)

II.

FRITZ. Yo topé un marido allí,
cuando fui,
que me dijo «ven aquí:»
¡ay de mí!
Le contesto «bien está,
voy allá.»
Y tras él en casa entré.
Mas no sé por lo que fué,
pero apenas me cogió,
me majó.

CORO. Y ¡pardiez! ved, señora, qué tal
vuelve á vos el novel general.
Y ¡pardiez! ved, señora, qué tal
vuelve á vos el novel general. (Risa general.)

HABLADO.

DUQ. No tienes otra explicacion de tu conducta.

FRITZ. ¿Otra explicacion quereis?... pues me parece...

DUQ. ¡De modo, que en vez de ponerte al frente de mi ejército, como te habia mandado, te ocupaste en llevar el escándalo á una familia!

FRITZ. ¡No ha sido mal escándalo!

DUQ. ¿Cómo traes el sable de mi papá?

FRITZ. Ya lo veis, hecho un sacatrapos.

PRINC. ¡Es preciso juzgarle!

GEN. ¡Sí, sí! ¡Un consejo de guera!

FRITZ. ¡Poco á poco! Yo no respondo de mis acciones si no ante toda la nobleza del ducado. Soy baron de Bermut-Bitter-Brandi-Kirsk-Grog-Coburgo-Gota y conde de Beefsteack-entre-cott-Steremberg.

DUQ. ¿Conque no se te puede juzgar porque eres noble? Pues

bien. ¡Baron de Bermut-Britter-Brandy-Kirsk-Grog-Coburgo-Gota y conde de Beefsteack-entre-cott-Ste-remberg, ya no eres nada!

FRITZ. ¿No? ¡Pues que sea enhorabuena!

DUQ. ¿Te insolentas, coronel?

FRITZ. Antes era general.

DUQ. ¡Coronel he dicho!

FRITZ. ¡A ver cómo no decís capitán!

DUQ. ¡Pues sea, capitán!

FRITZ. Y si quereis, alférez.

DUQ. ¡Está bien, alférez!

FRITZ. Aún me podeis llamar sargento.

DUQ. Te daré gusto; ¡sargento!

FRITZ. ¡Muy bien! ¡caspitina! ¡muy bien!

DUQ. ¿Parece que no quieres llamarte cabo?

FRITZ. Lo mejor será soldado raso.

DUQ. Pues ya eres soldado raso.

FRITZ. ¡Ea! Pues muchas gracias. Ahora me quedo sólo con mi Wanda, esta no me la podeis quitar. (La toma del brazo.)

GEN. ¡Te has fastidiado, soldadillo de tres al cuarto! (Le hace muecas.)

FRITZ. Y tú te has divertido, porque me he casado con Wanda. (Id.)

DUQ. Ahora que he quitado al general Fritz sus honores, podré disponer de ellos.

GEN. (¡El corazón me palpita de esperanza!)

DUQ. Príncipe, me habeis aconsejado que premie los servicios del Baron Grog.

BARON. ¡Oh, por Dios, señora!

DUQ. Baron Grog, tuyo es el penacho de general. (Se lo pone.)

GEN. (¡Mil bombas!)

DUQ. Tuya es también la espada de mi padre. (Se la da.)

GEN. (¡Rayos y truenos!)

DUQ. Te confiero el supremo poder civil y militar.

CONDE. ¡Hemos quedado frescos, General!

BARON. Gracias, señora, mi esposa os colmará de bendiciones.

DUQ. ¡Tu esposa! (¡Está casado!) Entónces, Baron, vuélveme la espada y el plumero. (Se los quita.) Príncipe, en vos deposito estas sagradas insignias. (Se las da.)

PRINC. ¿Y qué hago yo con ellas? General, en vos deposito estas sagradas insignias. (Las entrega á Bum.)

GEN. ¡Rayos y truenos! ¡Por fin vuelven á mi poder!

MUSICA.

GEN. Ya que al fin de la jornada
soy general,
y que el sable y el plumero
vuelvo á lograr;
porque aquí nuestra ventura
sea cabal,
sólo falta una palmada
para final.
Y pif, paf, puf y tara, pata, pum,
lo pide al fin el general Bum.

GENO. Y pif, paf, puf y tara, pata, pum,
lo pide al fin el general Bum.

FIN DE LA ZARZUELA.

EL ANGEL GUARDIÁN

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

LETRA DE

MARIANO PINA DOMINGUEZ

MÚSICA DE LOS MAESTROS

NIETO Y BRULL

Estrenada con extraordinario éxito, en el TEATRO DE LA ZARZUELA,
la noche del 30 de Diciembre de 1893.

Amigo de "A l'aise au bleu"
Christ & Gurn

Noviembre 1893



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1894

PERSONAJES

ACTORES

ROSA.....	SRA.	NAYA.
AURORA.....	SRTA.	ORTIZ.
ENRIQUE.....	»	SOLER DI-FRANCO.
EL CONDE.....	SR.	SOLER.
DIEGO.....	»	BUESO.
LUCAS.....	»	GUERRA.
MATEO.....	»	SUÁREZ.
JEROMO.....	»	NAVARRO.
SOLDADO 1.º.....	»	SOLA.
NOTARIO.. ..	»	VALLS.
PERICO.....	»	PASTOR.

Coro general.

Año de 1669.—Cercanías de Madrid.—Regencia de
Carlos II.

Esta obra ha sido dirigida y puesta en escena, por D. Miguel Soler.

La señora Fabra representó también varias noches el papel de *Enrique*, substituyendo á la señorita Soler Di-Franco.

NOTA. *El derecho de reproducir los **Materiales de Orquesta**, pertenece á D. Florencio Fiscowich, á quien dirigirán sus pedidos las Empresas teatrales.*

ACTO PRIMERO

Plaza de una aldea, cerca de Madrid. Taberna, á la izquierda del actor.

A la derecha, una verja, que se supone da entrada á una alquería.

ESCENA PRIMERA

MATEO y HOMBRES DEL PUEBLO, bebiendo á la puerta de la
taberna.

MÚSICA

- CORO. Seca la garganta—de tanto calor,
 un vaso de vino—la sienta muy bien;
 la sangre refresca—é infunde valor.
 ¡Bebamos ahora—marchemos después!
- MATEO. ¡Eso es!
- CORO. ¡Bebed, compañeros—sin tregua bebed!
 El vaso en la mano—brindemos aquí
 por nuestro caudillo—el bravo don Juan,
 y pleito homenaje—prestemos así,
 al bravo patricio—y al buen capitán.
- MATEO. No es hora todavía—prudencia y decisión,
 que el Conde de Castriello
 ignora nuestra unión.

¡Marchemos, compañeros;
mas, antes, aguardad!
¡Alto! que ya olvidaba
mi objeto principal.
La verja de la quinta,
que allí clavada está,
es fuerza nos dé paso;
y, así, voy á llamar.

(Tira de un cordón, y se oye dentro una campana.)

Sonando la campana
avisa sin parar.
Cono. Repica, que al repique,
alguno acudirá.
¡Tan, tan, tan, tan!
¡Abrid, abrid sin vacilar!
¡Tan, tan, tan, tan!
¡Abrid la verja sin tardar!

ESCENA II

DICHOS; LUCAS, saliendo de la alquería

LUCAS. ¿Quién llama con tal prisa?
Mas, ¡calle! ¡Ah, qué placer!
¿Sois vos, mi buen Mateo?
MATEO. El mismo, ¡voto á cien!
LUCAS. Los bravos veteranos
que adoro siempre fiel.
Decidme: ¿por qué causa
mis ojos aquí os ven?
MATEO. En busca de mi ahijada,
de prisa vine yo;
la traigo una noticia,
que tiene gran valor.
LUCAS. Há rato, vuestra ahijada,
corriendo se marchó,
y va por esos campos

cantando sin temor.
Tenemos una vaca,
tan gorda como vos;
y Rosa coge yerba,
que luego la doy yo.
Por eso se ha marchado,
mas pronto volverá;
si ver queréis la vaca,
podéis todos entrar.
La oferta agradecemos
con firme voluntad.

CORO.

(Se oye cantar dentro.)

LUCAS.

¡Silencio! ¡Sil! ¡No hay duda!
¡Su voz! ¡Vedla llegar!

ESCENA III

DICHOS; ROSA, que trae sobre la cabeza un paquete de yerbas, que arroja al suelo.

ROSA. ¡Tralalá, tralalá!

MATEO. ¡Ahijada!

ROSA. ¡Padrino!

CORO. ¡La niña es gentil!

LUCAS. (¡Siempre que la veo,
siento un tipití!...)

MATEO. ¿Solita por el campo
te marchas sin temor?

ROSA. Ninguno me acobarda,
que so'a voy mejor.

I

Cuando despunta la mañana,
salgo mis flores á coger,
y nunca falta un atrevido
que me corteje por doquier.
Pero suspiros y miradas

no dejan nunca huella en mí,
que á las miradas y suspiros
yo les respondo siempre así
 din, don,
 guilindón;
Rosa, Rosita la bonita,
 din, don,
 guilindón,
para otro guarda su corazón.

II

Más de un osado caballero
me ofrece trajes y caudal;
pone á mis pies ricos tesoros,
y amarme jura con afán.
Pero á sus frases me sonrío,
y su intención comprendo al fin;
por eso, á todo cuanto jura,
yo le respondo siempre así:
 din, don,
 guilindón:
Rosa, Rosita la bonita,
 din, don,
 guilindón,
para otro guarda su corazón.

H A B L A D O

- MATEO. ¡Bravo, muchacha! Eso se llama contestar en regla.
LUCAS. (¡Por eso estoy siempre tranquilo!)
- ROSA. Pero, ¿queréis decirme, padrino, qué novedad os trae?
- MATEO. Una, importantísima para tí. Vengo de la Corte.
- ROSA. ¡Ah!
- MATEO. Y he visto al Notario, que debe cumplir la voluntad de tu difunta tía.
- LUCAS. ¿La que murió hace tres años, dejando una gran fortuna?

- MATEO. ¡Eso es!
- ROSA. ¡Adelante!
- MATEO. Y tu tía te deja seis mil ducados.
- ROSA. Ya lo sabíamos.
- MATEO. Pero lo que no sabes, es que los recibirás hoy mismo.
- ROSA. ¿De veras?
- MATEO. El Notario me lo aseguró hace dos horas.
- LUCAS. Pues entonces, no hay duda. Los Notarios nunca mienten.
- ROSA. ¿Será posible?
- MATEO. ¿De modo, que ya eres rica?
- LUCAS. ¡No es nada lo del ojo! ¡Seis mil ducados!
- ROSA. ¡Bah! ¡La riqueza no me seduce! Mejor que ese dinero, ambicionaría yo... (Bajando la voz y acercándose a todos con un ademán.) lo que ambicionamos todos. El triunfo de nuestra causa.
- MATEO. ¡Chist!
- LUCAS. ¡Cuidado con gritar!
- ROSA. ¿Qué hay de nuevo?
- MATEO. ¡La cosa hierva!
- LUCAS. ¡Pues no puede estar más caliente!
- MATEO. Todos nuestros compañeros se hallan decididos á dar el golpe. Ese imbécil de jesuita será expulsado de palacio, y don Juan de Austria ocupará victorioso su antigua privanza.
- LUCAS. ¡Cómo me gustan estos arreglos de familia!
- MATEO. Desde que nuestro bravo Capitán Juan de Pacheco, murió á manos de los sicarios de ese infame Nithard, juramos vengarle. ¡Tres años hace que conspiramos!
- LUCAS. ¡Si tendremos bien afilados los dientes!
- ROSA. ¡Es verdad! Tres años hace que el hermano menor de Juan, el último de la raza, abandonó esta alquería, marchándose á León no sé con qué pariente.
- LUCAS. Desde entonces, nosotros solos habitamos la casa.
- ROSA. ¡Y cuán dulces recuerdos encierra para mí!
- LUCAS. ¡Ya lo creo! Como que fué recogida desde chiquita, chiquirritita, por aquellos señores. ¡Es claro! Era

huérfana, y la querían como si fuera una hija. Ambos nos hemos criado en la finca, y ya veis, somos los únicos servidores consecuentes. Los demás... ¡ris! se dissiparon como el humo.

MATEO. ¡Oh! Si Enrique Pacheco habitase aún esa alquería, yo os juro que se pondría á la cabeza de nosotros, y que don Juan no sufriría á estas horas en el destierro.

ROSA. ¿Recordáis cuán bravo y valiente era?

MATEO. Bien denotaba ya á los quince años su carácter atrevido y emprendedor.

ROSA. Pero decid, ¿con qué medios contáis para triunfar?

MATEO. Tenemos amigos numerosos, y además, sobra el dinero.

LUCAS. Entonces, triunfamos.

MATEO. El Conde de Cifuentes nos protege.

LUCAS. ¡Calle! ¿Ese señorón que suele venir por aquí de vez en cuando?

MATEO. El mismo. Ya recordaréis que hace tiempo ayudaba á Pacheco contra el que hoy es favorito de nuestra Reina.

LUCAS. ¿Estáis seguro?

MATEO. ¡Bah! Tengo la prueba en el bolsillo.

ROSA. ¿La prueba?

MATEO. Escrita de su puño. Una carta dirigida á Juan, que tuve la dicha de hallar sobre su cadáver y que siempre me acompaña. Si esa carta cayese en poder del Presidente de la regencia, Castrillo, el Conde estaba perdido. Con que mucha esperanza, hijos míos.

LUCAS. Cuando llegue la hora de los linternazos, avisadme.

MATEO. ¡Adiós, muchachos! ¡En marcha, compañeros!

ROSA. ¡Adiós, padrino!

LUCAS. Que no dejéis de venir de vez en cuando. (Vase Mateo y el Cora.)

ESCENA IV

ROSA y LUCAS

ROSA. ¡Oh, si eso fuese posible!... Si Enrique volviera á la alquería, ¡qué felicidad!

- LUCAS. Nuestra existencia cambiaría por completo. Porque, en fin, no es muy agradable, para vos sobre todo, el vejetar dentro de ese caserón desierto y triste. A mí no me importa: estando vos en él, no lo cambio por el paraíso.
- ROSA. ¡Bueno, bueno; déjate de indirectas!
- LUCAS. ¡No, no son indirectas! Mi corazón, en cuanto os veo, se ensancha como si fuera de goma elástica. ¡Ay, si oyérais sus suspiros y sus...!
- ROSA. ¡Basta! ¡Ya sabes que me disgusta mucho oírte hablar así!
- LUCAS. Pero vamos á ver, tarde ó temprano tendréis que casaros, y yo también. ¿Qué hago yo soltero? ¡Nada! ¿Y vos, qué hacéis soltera? ¡Menos! ¡Luego el pensar en casarnos, no es ningún atropello!
- ROSA. ¡Dejemos esto, ó me incomoda!
- LUCAS. Corriente: ya está dejado. Sufriré en silencio hasta que os dé la gana. Pero conste, que solteros no hacemos nada, y que siguiendo así, nos vamos á secar como una caña.
- ROSA. ¡Eh! ¿Qué ruido es ese?
- LUCAS. Voy á ver. (Se acerca al fondo.) ¡Una litera se para! ¡Un viejo que descende en compañía de una señorita! ¡El viejo riñe con los criados! ¡Aguardad, sí: no me engaño! ¡Es el Conde de Cifuentes y su hija Aurora!
- ROSA. ¡Calla! ¡Pues es verdad!

ESCENA V

DICHOS; EL CONDE y AURORA

- CONDE. ¡Sois unos imbéciles! ¡Ven, hija mía! (Volviéndose otra vez al foro.) ¡Unos cernícalos! ¡Unos camuesos!... ¡Ven, hija mía!... ¡Un par de bárbaros!
- AURORA. ¡Cálmate, papá!
- CONDE. ¡Y si me dejase llevar de mi furor...!
- AURORA. ¡Papá!...

- CONDE. Aguarda. Voy á dominarme. (Hace un gesto.) Ya sabes que mando en mis nervios. (Lo repite.) Ya estoy dominado.
- ROSA. ¡Buenos días, señor Conde! ¡Felices, señorita!
- CONDE. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Y Lucas también?
- ROSA. ¿Parece que estabáis algo enfadado?
- CONDE. Sí; con esos ganapanes, que por poco nos hacen volcar. ¡Bárbaro! ¡Estúpido!
- AURORA. Pero, ¡papá!...
- CONDE. Ya estoy dominado. (Haciendo el gesto.)
- ROSA. Y á qué debemos el gran honor de tan agradable visita?
- LUCAS. ¡Justo! ¿Á qué debemos...? En fin, digo lo mismo, y me quedo corto.
- CONDE. ¡Cómo! ¿No sabéis la noticia?
- ROSA. ¿Qué noticia?
- CONDE. ¿Conque no sabéis que Enrique, vuestro joven señor, debe llegar aquí de un momento á otro?
- ROSA. ¡Cielos! ¿Qué decís?
- LUCAS. ¡Cielos! ¿Qué decís?
- CONDE. Precisamente, venimos á recibirle.
- ROSA. ¡Dios mío! ¡Qué dicha! ¡Qué felicidad!
- LUCAS. ¡Dios mío! ¡Qué dicha! ¡Qué...! (¡Ya lo ha dicho ella!)
- ROSA. Pero, ¿qué significa esto? ¿Cómo así tan de repente?...
- LUCAS. ¡Cabal! ¿Cómo así tan...?
- CONDE. La cosa es sencillísima. Enrique viene aquí, ni más ni menos, que para casarse con mi hija.
- ROSA. ¿Eh?
- LUCAS. ¿Lo veis? (A Rosa.) ¿Veis cómo se casa todo el mundo?
- ROSA. Para casarse con...
- AURORA. El asunto no está decidido.
- CONDE. ¡Completamente decidido!
- AURORA. Yo no conozco á ese joven, ni le amo.
- ROSA. ¡Ah!
- CONDE. No importa; te casarás.
- AURORA. Ó no me casaré.
- CONDE. ¿Cómo se entiende? ¿Te rebelas? ¿Te insurreccionas? ¡Desgraciada!

ROSA. ¡Señor!...

LUCAS. ¡Señor!...

CONDE. ¡Ya estoy dominado! (Haciendo el gesto.)

AURORA. Pero, ¿por qué razón os empeñáis en que debo casarme con ese Enrique?...

CONDE. ¡Te lo he dicho cien veces! ¿Pero vosotros no lo sabéis? Prestad atención: estoy seguro que aprobaréis mi conducta.

MÚSICA

El privado de la Reina
mis servicios despreció,
cuando no hay en toda España
un sujeto como yo.

Mi talento es conocido,
mi riqueza proverbial;
¡y el infame, me desprecia!
¿Quién ha visto cosa igual?

ROSA. ¡Que falta de tacto!

LUCAS. ¡Qué olvido, gran Dios!

LOS DOS. ¡Cuando no hay en toda España
un sujeto como vos!

CONDE. Como Enrique es su enemigo,
á su bando me alisté,

y le he escrito mis proyectos,
que hoy aquí le explanaré.

Contra el Conde me declaro,
pues ministro nunca fui,
cuando no hay en toda España
quien más genio tenga aquí.

ROSA. ¡Que falta de tacto!

LUCAS. ¡Qué olvido, gran Dios!

LOS DOS. ¡Cuando no hay en toda España
un sujeto como vos!

AURORA. Con vuestras ambiciones,
no tengo yo que ver.

Si vos no sois ministro,
yo, en cambio, soy mujer;
y no he de dar mi mano
sin dar mi corazón;
pues es un sacrificio
que hacer no quiero yo.
¡Tú harás lo que te mande!

CONDE. No he visto á ese doncel.
AURORA. Será, de fijo, un necio,
según imaginé.

ROSA. ¿Un necio? ¡Poco á poco!

LUCAS. ¡Mirad lo que decís!

ROSA. ¡Tan listo, no hay ningunos!

LUCAS. ¡Tan bravo, no lo vil!

ROSA. Contaba quince años
cuando de aquí salió.

LUCAS. Y hoy cuenta dieciocho:
ya es todo un mocetón.

ROSA. Sin verle, le adivino.

CONDE. Decidla cómo es.

ROSA. Así me lo figuro,
pensando lo que fué.
—Moreno de rostro,
ardiente mirada,
valiente apostura,
bizarra expresión,
audaz y atrevido,
finura extremada,
constante bravura
y un gran corazón.

LUCAS. El pelo rizado,
la frente espaciosa
y un par de bigotes
tan largos, así.
Nariz aguileña,
sonrisa graciosa,
bebiendo y matando

- más hombres que el Cid.
- ROSA. Así debe ser.
- LUCAS. De fijo será.
- CONDE. ¿Te gusta el retrato?
- AURORA. Me carga, papá.
- ROSA. (¡Qué presumida!
- LUCAS. ¡Vaya una necia,
cuando á tal mozo
loca desprecia!
¡Qué más quisiera,
que emparentar,
con un mancebo ilustre,
tan guapo y tan galán!)
- AURORA. ¡Vaya un retrato!
No soy tan necia.
¿Quién ese tipo,
quién no desprecia?
¡Un presumido,
tonto será!
Mi novio, estoy segura,
de fijo, vale más.
- CONDE. (¡Bello retrato!
¡Vaya una necia!
¿Quién tal futuro,
quién lo desprecia?
Como se case,
ya se verá,
si todos en la Corte
mi afrenta sentirán!)

H A B L A D O

- AURORA. ¿De modo, que me sacrificáis á vuestra ambición?
- CONDE. Pero señor, ¿qué te importa? ¿Amas acaso á otro?
- AURORA. Puesto que es preciso confesároslo...
- CONDE. ¡Cáspita!
- AURORA. ¡Amo á otro, sí señor!

- CONDE. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?
AURORA. Diego de Robles. ¡Clarito!
CONDE. ¿Diego? ¿Has dicho Diego?
ROSA. ¡Huy, qué ojos pone!
LUCAS. ¡Le volvió el vértigo!
CONDE. ¡El sobrino del Conde de Castrillo! ¡Un nithardista!
AURORA. ¡Papá!..
CONDE. ¡De ese tirano que ningún caso hace de mí!... ¡Vive Cristo!..
AURORA. ¡Calmáos, padre mío, calmáos, por piedad!
CONDE. ¡Ya estoy tranquilo! (Haciendo el gesto.)
LUCAS. ¡Pues vaya una mecánica que usa este hombre!
CONDE. ¡No se hable más de ello! Entra con Rosa en la alquería. Lucas y yo, vamos á salir al camino para recibir á Enrique.
AURORA. Como gustéis.
CONDE. ¡Andando! (A Lucas.) ¡Enlazarse con el sobrino de un inquisidor! ¡Si no me contuviese!..
LUCAS. ¡Contenéos, señor, contenéos!
CONDE. Es verdad. Mira cómo sonrío.
LUCAS. ¡Eso! ¡Ajaja! (¡Pero qué feo es de todas maneras!) (Vanse.)

ESCENA VI

ROSA y AURORA; luego DIEGO

- ROSA. ¿Conque amáis á otro? ¿Es cierto lo que habéis dicho á vuestro padre?
AURORA. ¡Amo á Diego, y sólo seré suya!
ROSA. ¡Magnífico!
AURORA. ¿Apruebas mi resolución?
ROSA. ¿Que si la apruebo? ¡Pues ya lo creo!
AURORA. ¡Chist!
ROSA. ¿Qué pasa?
AURORA. Diego nos ha seguido.
ROSA. ¡Hola!
AURORA. Y está oculto entre aquellos árboles.

- ROSA. ¡Pues que venga! ¿Queréis que le llame?
- AURORA. Aguarda: no es necesario. Mírale.
- ROSA. ¡Bravo! (¡Esto se complica!)
- DIEGO. ¡Aurora! ¡Bellísima Aurora! ¡Ah!... (Viendo á Rosa.)
- ROSA. No hagáis caso: estoy en el secreto. Continuad, continuad.
- AURORA. ¡Los momentos son preciosos! ¡Enrique debe llegar aquí cuanto antes, y...!
- DIEGO. ¡Y tu padre se empeña en que ha de ser tu esposo!
- ROSA. ¡Sí, señor! Por consiguiente, es necesario mostrar energía. Yo no debía meterme en esto; pero, en fin, continuad, continuad.
- AURORA. Acabo de confesarle que te amo.
- DIEGO. ¿Y qué dijo al saberlo?
- ROSA. ¡Se puso encendido, colérico! «¡Ese tunante de tío!— exclamó.» Vos tenéis un tío, ¿verdad?
- DIEGO. ¡Sí, sí!
- ROSA. «¡Entregarla al sobrino de ese tunante! ¡Nunca! ¡Imposible!» Y todo porque vuestro tío no le ha conferido un cargo en palacio. Yo creo que si lograrais emplearle, se arreglaría todo. Pero, en fin, á mí nada me importa. Continuad, continuad.
- DIEGO. ¿Y qué crees que debo hacer ahora?
- ROSA. Veamos, si sois de mi opinión.
- AURORA. Yo creo, que...
- ROSA. ¡Justo! Opinamos lo mismo. Debéis pedir su mano en seguidita. ¿No es eso?
- AURORA. ¡Eso, eso!
- DIEGO. ¿Pedir su mano? ¡Ni aun querrá escucharme!
- ROSA. Sí, tal; porque le prometeréis que vuestro tío va á conferirle en la Corte un cargo importante.
- AURORA. ¡Oh! Si pudieses alcanzarle, estoy segura que mi padre te aceptaba por yerno.
- DIEGO. ¿Sí? Pues nada más fácil. Precisamente hay una plaza de Consejero íntimo vacante, de la cual puedo disponer. Es un regalo que me hizo la otra mañana la favorita de mi tío.

AURORA. ¿Eh? ¿La favorita de tu tío te regala vacantes íntimas?

DIEGO. (¡Ah, torpe!) (Turbado.) No; quiero decir, que mi tío le dió el nombramiento en blanco, y ella, como no tenía á quien conferirlo... ¿comprendes?

ROSA. (¡Uff! ¡Malot! ¡Malot!)

DIEGO. Esto se hace con gran frecuencia en la Corte.

AURORA. ¡Ah!

DIEGO. De modo, que puedo llenarlo á mi antojo.

AURORA. Sólo así abrigo la esperanza de vencer.

DIEGO. Entonces, me decido. ¡Voy en busca de tu padre, antes que llegue ese maldito Enrique!

ROSA. No tenéis necesidad. Él viene hacia aquí.

AURORA. ¿Mi padre? Entonces, adiós. Vamos adentro, Rosa.

ROSA. ¡Sí, sí!

AURORA. ¡Adiós, y entereza!

ROSA. A mí, mal haya lo que nada de esto me importa. Pero continuad, continuad. (Vase.)

ESCENA VII

DIEGO; luego EL CONDE

DIEGO. ¡Mi lengua habladora, ha cometido una indigna torpezal... ¿Qué necesidad tenía yo de decir que la favorita de mi tío, me hacía dádivas ni mercedes?

CONDE. ¡Avísame en cuanto llegue. (Dentro.) Yo voy á inspeccionar las habitaciones que mi futuro yerno ha de ocupar. (Saliedo.)

DIEGO. (¡Aquí le tenemos!)

CONDE. ¡Más vale no fiarse de nadie para...!

DIEGO. Servidor vuestro, caballero.

CONDE. ¿Eh? ¿Qué miro? ¡Diego! ¡El sobrino de su tío!

DIEGO. El mismo, señor Conde.

CONDE. ¡Buenas tardes! ¡Estoy muy de prisal

DIEGO. ¡Un momento!

CONDE. (¡El tunante, nos siguió sin dudal) ¿Qué tenéis que decirme?

DIEGO. Pocas palabras. Mi tío, el señor Conde de Castrillo...
CONDE. ¡Basta! ¡No hablemos de quien me trata como al último de los súbditos!

DIEGO. Precisamente voy á deciros...

CONDE. ¡Vuestro tío! ¿Se acuerda de mí, acaso? ¿A que no piensa nombrarme Corsejero? Y ya sabéis que hay vacante una plaza. Pero la obtendrá el primer zascandil que se presente.

DIEGO. Sin embargo, debo advertiros...

CONDE. Por supuesto, que la Reina no sabe de lo que soy capaz. ¡Va me las pagarán todas juntas!... Sabed que tengo una hija, caballero.

DIEGO. Precisamente iba á tener ahora el honor de pedir su mano...

CONDE. ¿Su mano? Sí; ya me ha dicho que os amáis. Pero es inútil: mi hija se casará con otro, mañana mismo.

DIEGO. Con Enrique Pacheco, ¿no es cierto?

CONDE. ¡Caball! ¡Un joven de estirpe noble, valiente, atrevido, y con unos bigotazos enormes!

DIEGO. ¡El enemigo de mi familia!

CONDE. Pero, ¿qué me importa á mí vuestra familia?...

DIEGO. Permitid, sin embargo, que os advierta... (Ruido fuera.)

CONDE. ¡Callad!

ESCENA VIII

DICHOS y LUCAS

LUCAS. ¡Señor! ¡Señor! ¡Ya está ahí! ¡Acaba de llegar!

CONDE. ¿Mi yerno? ¿Ya lo veis! ¡Hemos terminado!

LUCAS. ¡El mismo! Todos los Aldeanos le han salido al encuentro... ¡Rosal! ¡Rosal! ¡Aquí le tenemos! (Llamando.)

ESCENA IX

DICHOS y ROSA

ROSA. ¿Dónde está? ¿Dónde?

LUCAS. ¡Por ahí abajo viene!

ROSA. ¿Lo has visto?

LUCAS. No; pero lo he olfateado.
CONDE. ¡Y mi hija? ¡Llamad á Aurora!
ROSA. Se está arreglando un poco. Dice que saldrá luégo.
(No quiere verle.) (A Diego.)
DIEGO. ¡Pues yo sí! Tengo interés en conocer á mi rival!
(A Rosa.)

ESCENA X

DICHOS; ENRIQUE y CORO GENERAL. El Coro sale primero.

MUSICA

CORO. ¡Corred, corred, muchachos!
Venid, venid acá,
y á nuestro joven amo
ansiosos saludar.

ROSA. (¡Mi pecho se estremece:
palpita el corazón!)

LUCAS. ¡Que viva nuestro amor!

CORO. ¡Viva nuestro señor!

(Enrique, que aparece vestido de abate, con aire tímido, y los
ojos bajos.)

ENR. *Dominus tecum,
ora pronobis.*
¡Muy buenos días
tengan, señores!

CORO. Es un abate
muy vergonzoso.
Tiembra al mirarnos:
¡qué pobre mozo!
Nunca esperaba
que fuese así;
no he visto joven
más infeliz.

CONDE. ¡Y aquel retrato
que de él me hiciste?

- DIEGO. (¡Vaya una facha!
¿Quién no se ríe?)
- CONDE. Ni es atrevido,
guapo, ni audaz;
y de bigotes,
está muy mal.
¿Vos sois Enrique?
- ENR. El mismo soy:
el que esperábais,
sin duda, hoy.
- CONDE. ¿Pero ese traje...?
No entiendo bien...
- ENR. Es el del Seminario,
en donde me educué.
- TODOS. ¿Del Seminario?—¡válgame Dios!
nadie tal cosa—nunca pensó.
- ENR. Há tres años, de estos sitios,
pequeñito me ausenté,
y un hermano de mi madre,
fué mi guía y mi sostén.
A León me condujeron,
sin pedirme mi opinión,
y en obscuro Seminario
vuestro Enrique se educó.
Hoy quiere mi tío
que salga de allí,
y yo le obedezco
contento y feliz.
—De mi raza nadie queda,
nadie queda sino yo,
y es preciso no se extinga,
pues mi tío lo mandó.
«Ve á casarte sin tardanza,
la ocasión no hay que perder:
¡un varón necesitamos!»
—Y aquí vengo yo por él.
Pues quiere mi tío,

no hay más que decir;
y yo le obedezco
contento y feliz.
Coro. ¡Difícil empresa!
Enr. ¿Difícil? no tal:
por mí vela un ángel;
su auxilio me da,
y cuanto deseo
lo puedo alcanzar.
Todos. ¿Un ángel? patrañas,
sin duda, serán,
que en el Seminario
la fe inventará.
Enr. Antigua leyenda
del Angel Guardián,
que por mi familia
veló sin cesar.
¿Queréis conocerla?
Pues bien, escuchad.

I

Las crónicas dicen
que, en fiero combate,
herido de muerte
Pacheco cayó;
y un ángel bendito,
batiendo sus alas,
con dulce sonrisa
así murmuró:
«Espera y confía,
tu estrella es feliz;
espera y confía,
yo velo por tí.»

II

Volviendo á la vida
por raro prodigio,

del caso asombrado
suspense quedó,
y el ángel, abriendo
sus alas de oro,
con rápido vuelo
de allí se alejó.
«Espera y confía,
gritaba al huir;
espera y confía,
yo velo por tí.»
Espera y confía,
tu estrella es feliz;
espera y confía,
yo velo por ti.

Todos.

HABLADO

- ROSA. (¡Su Ángel de la Guarda! ¡Oh! ¡No lo olvidaré!)
- DIEGO. ¡Já, já, já! ¡Y luego diréis que vuestro yerno no es un joven crédulo y confiado! Permitid que os felicite por la elección.
- CONDE. Gracias. (¡Se está burlando!) (Mirando á Enrique.) (Y el hecho es que no le falta razón. Este chico, es tonto de capirote.)
- ROSA. ¡Señor, permitid que nuestro querido amo se retire á descansar un momento! El viaje le ha fatigado mucho.
- CONDE. Bien, bien; que haga lo que guste. (Este hombre no podrá jamás triunfar de mi enemigo.) Señores, retirémonos para que Enrique pueda descansar. (Voy á preparar á mi hija. Es preciso que la sorpresa no sea todo lo grande que puede ser. ¡Qué aire tan paca! (Mirando á Enrique.) ¡Dios mío, cómo degeneran las razas! (Entra en la alquería. Vase el Coro.)
- DIEGO. (¡La batalla no está perdida! Voy por mi nombramiento de Consejero. Hay que aprovechar la ocasión.) (Vase.)

ESCENA XI

ENRIQUE, ROSA y LUCAS

ENR. ¡Uff! ¡Qué ganas tenía de que se marchasen!... ¡Rosa!
¡Mi fiel Lucas!... ¡Dejad que os abrace á mis anchas!

ROSA. ¡Si supiérais cuánto nos hemos acordado de vos!

LUCAS. ¡No ha pasado día ni noche sin acordarnos!

ENR. ¡Pero cuánto has crecido, y qué guapa te has puesto!

LUCAS. ¡Eso sí: nos hemos puesto muy guapos!

ROSA. ¡Pues, ¿y vos? No parecéis el mismo.

ENR. ¿Verdad que me he desarrollado mucho?

ROSA. ¡Bah! ¿Quién diría, al veros, que érais aquel muchacho travieso y decidor que corría por el parque?

ENR. ¿No habéis olvidado nuestras antiguas diabluras?

LUCAS. ¡Quiál! ¡Qué hemos de olvidar!... ¡Lo de cachetes que me tenéis dados!...

LOS DOS. ¡Já, já, já!

LUCAS. Me acuerdo que un día... un día me arrimásteis un puntapié, del cual guardo señal. ¿Y aquel pescozón que me levantó una ampolla como una nuez?

LOS DOS. ¡Já, já, já!

LUCAS. Pues, ¿y cuándo me dabáis de puñetazos, hasta ponerme la cara como un tomate?... No, la verdad es que nos divertíamos mucho.

ROSA. Y todos, al recordaros, creíamos que estudiábais la carrera de militar.

LUCAS. ¡Justo! ¡Que érais un oficial calavera, valiente, emprendedor...!

ENR. Ya os he dicho que mi tío quería dedicarme á la iglesia. Por fortuna, hace ocho días fué á visitarme al Seminario, y me dijo: «Sobrino mío, he cambiado de parecer. La noble raza de los Pachecos, no debe perderse: he decidido casarte: mañana sales para Madrid, en donde te aguarda tu futura.» Y dicho y hecho: aquí me tenéis.

ROSA. Pero, ¿no conocéis siquiera á vuestra novia?

ENR. No tal.

LUCAS. ¡Hombre, esto tiene gracia!

ROSA. ¿No sabéis que es Aurora, la hija del señor Conde de Cifuentes?

ENR. ¿Ese viejo tan feo que estaba ahí hace poco?

ROSA. El mismo.

LUCAS. ¡Pero si el padre es feo, la hija... de rechupetillo!

ENR. Y ¿en dónde está?

ROSA. Ahí dentro.

ENR. ¿Tan cerca?

LUCAS. ¿Os asustáis?

ENR. No; pero... francamente, como en el Seminario las mujeres no tenían entrada, eso de encontrarse de repente con una... ¡Vamos! Me estremece un poco.

LUCAS. Sí, os pasa lo que á mí cuando estoy cerca de alguna que yo conozco. (Mirando á Rosa.) Os da la muerte chiquita. Pero no tengáis miedo; eso pasa pronto.

ROSA. ¡Callad! Aquí viene.

ENR. ¡Cielos! (vacilando.)

ROSA. ¿Qué es eso?

LUCAS. ¡Canario!

ENR. ¡Encontrarme con ella tan pronto, cara á cara!...

LUCAS. ¡Pues así es como á mí me agradan más!...

ROSA. ¿Tembláis?

LUCAS. ¡Ya se le pasará, ya se le pasará!

ENR. Tiemblo, á pesar mío... porque... podéis creerme, no tengo nada de cobarde.

LUCAS. (¡Pobrecillo! ¡Pues digo si fuera yo!...)

ROSA. ¡Ánimo!... Sígueme, Lucas.

ENR. ¿Os marcháis?

ROSA. Naturalmente.

LUCAS. ¡Á ella! ¡Y nada de remilgos, ni de andróminas! ¡Pues digo si fuera yo!...

ROSA. ¡Andandol (¡Conviene que ella misma le desengañe!) (Vase.)

ESCENA XII

ENRIQUE y AURORA

AURORA. ¡Un abate! ¡Qué infamial! ¡Ah! ¡Aquél es, sin duda!

ENR. ¡Creo que me miral! ¡Me estoy poniendo más colorado que una guinda!

AURORA. ¡No, pues no me parece muy feo; pero el aire es de imbécil! ¡Ejém, ejém! (Tosiendo.)

ENR. ¡Señorita!... ¡Dios mío, qué guapa es! (Mirándola.)

AURORA. Según acaba de decirme mi padre, sois...

ENR. Enrique, servidor vuestro...

AURORA. Por muchos años. (Burlándose.)

ENR. Y vos, según me acaban de asegurar, os llamáis Aurora.

AURORA. Para serviros. (Burlándose.)

ENR. Para servir á Dios.

AURORA. Amén Jesús. ¡Já, já, já!

ENR. Y sois, á juzgar por mis noticias, hija de vuestro padre. Es decir... es claro... pero... en fin... que sois la... ó, mejor dicho, que yo voy á ser quien...

AURORA. Vuestra elocuencia me seduce.

ENR. Gracias, señora, muchas gracias. ¡Se está burlando!

AURORA. Y, á propósito: supongo que ya sabréis de lo que se trata.

ENR. ¡Ya lo creo que lo sé! (Mirándola embobado.)

AURORA. Y, francamente, ¿no tenéis nada que objetar contra este matrimonio?

ENR. ¿Que si no tengo nada que...?

AURORA. ¿Estáis dispuesto á casaros conmigo?

ENR. Completamente dispuesto.

AURORA. ¿Es decir, que me amáis?

ENR. ¡Uff! ¡Sudo más que en un examen!

AURORA. ¿Que no teméis más adelante nada que pueda seros desagradable?

ENR. En teniendo salud y buena voluntad...

AURORA. ¡Já, já, já! ¡Es un simple! ¡Más vale dejarle! ¡Adiós!

ENR. ¡(Cómo! ¿Se marcha?) ¡Aguardad!
AURORA. ¿Eh?
ENR. Digo que... ¡(Me daría de puñetazos!)
AURORA. ¿Decíais...?
ENR. Que, con vuestro permiso, voy á cambiar de traje.
AURORA. Como gustéis. ¡Bah! ¿Y era eso todo? ¡Andad, corred!
ENR. ¡(Oh, cuán ridículo debo parecerle! Lo mejor es huir.
¡Soy un mentecato!) (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XIII

AURORA; luego DIEGO

AURORA. ¿Y es éste el hombre que mi padre me destina para esposo?
DIEGO. Ya estoy de vuelta.
AURORA. ¿Eh?
DIEGO. Necesito hablar cuanto antes con tu padre.
AURORA. ¿Otra vez? ¡Está furioso! ¡Tu presencia aquí, le ha irritado en extremo!
DIEGO. ¡Bah!
AURORA. Mi prometido acaba de llegar.
DIEGO. Ya he tenido el honor de conocerle.
AURORA. ¡Y yo también! ¡Un necio! ¡Un idiota!
DIEGO. ¿Y serán capaces de sacrificarte?
AURORA. ¡Eso, nunca! ¡Yo no amo ni puedo amar á nadie más que á tí!
DIEGO. ¡Ángel adorador! (Besándola la mano.)

ESCENA XIV

DICHOS; EL CONDE, por el foro.

CONDE. ¡Caracoles! (Viéndolo.)
LOS DOS. ¡Ah!
CONDE. ¿Y os atrevéis á todo eso, casi en mis barbas?
AURORA. ¡Papá!

CONDE. ¡Si me dejase llevar de mi furor!...

AUROBA. ¡Silencio! ¡Pueden oiros! ¡Calmáos por la Virgen Santa!

CONDE. ¡Ya estoy dominado!

DIEGO. Entonces, permitid que...

CONDE. ¡Silencio! ¡Déjanos solos!

AURORA. Pero...

CONDE. ¡Que te marches!

AURORA. ¡Bueno! ¡Mas tened entendido, que no me casaré nunca con vuestro imbécil seminarista!

DIEGO. ¡Ya lo sabéis!

CONDE. ¡Caballero!

AURORA. ¡Nunca! ¡nunca! ¡nunca! (Vase por el foro.)

ESCENA XV

EL CONDE y DIEGO

CONDE. ¿Habrás visto insolencia igual? (Va á marcharse.)

DIEGO. ¡Un instantel

CONDE. ¿Eh?

DIEGO. ¡Vengo á hablaros en nombre de mi tío!

CONDE. Pero, señor, ¿querrán volverme loco? ¿No os he dicho ya que odio, que detesto, que abomino, á ese favorito imbécil?

DIEGO. Mi tío, caballero, ha reparado en vos.

CONDE. ¿Cómo es eso?

DIEGO. Os ha observado, os ha estudiado, y adquirió la certidumbre de que tenéis un talento superior.

CONDE. Eso es verdad.

DIEGO. Una inteligencia clarísima.*

CONDE. No puedo negarlo, aunque quisiera.

DIEGO. «Este es el hombre que necesito—ha dicho,—la lumbrera que puede iluminar la Corte.»

CONDE. ¿De veras? ¿El gran Castrillo ha dicho eso?

DIEGO. Y añadió todavía otra cosa.

CONDE. ¿Añadió?

- DIEGO.** Mi tío añadió: «Es necesario que á toda costa, Cifuentes sea mío.» Perdonad la familiaridad: es mi tío quien habla.
- CONDE.** ¡Bah! ¡Pues ya lo creo! Por dispensada. Pero... ¿no será todo esto una broma?
- DIEGO.** ¿Dudáis de mí?
- CONDE.** Hombre, yo no diré que dudo; pero, francamente, no os creo.
- DIEGO.** Aquí tenéis la prueba de cuanto acabo de decir. (Sacando un pliego.)
- CONDE.** ¿Qué es eso?
- DIEGO.** Vuestro nombramiento de Consejero íntimo. ¿No era ese el puesto que ambicionábais?
- CONDE.** ¿Qué decís? ¿Consejero? ¡A ver, á ver! (Viendo el pliego.) ¡Sí, no hay duda! ¡Está sellado y firmado, y...! ¡Ah, estos Castrillos...! ¡Confesemos que son unos ministros magnánimos!
- DIEGO.** Y no es esto sólo.
- CONDE.** ¿Hay más aún? ¡Uf! ¡Sudo de placer!
- DIEGO.** Muy en breve seréis condecorado.
- CONDE.** ¿Una placa? ¡Ministros gigantescos he visto; pero como como vuestro tío, ninguno!
- DIEGO.** ¿De modo, que ya no os parece tan inepto ni tan ingrato?
- CONDE.** ¿Inepto el Conde? Nunca dije eso. Su talento es notorio. Yo estaba herido, ¿comprendéis? Pero le amaba en el fondo.
- DIEGO.** Pues bien: en ese caso, vuelvo á tener el honor de pedir os la mano de vuestra hija.
- CONDE.** ¡Con mil amores, vaya! ¡El sobrino del ministro!... ¡Concedida, concedida! ¡Pero ahora recordad!... ¡El caso es que tenía empeñada mi palabra!...
- DIEGO.** La desempeñáis. La cosa es fácil.
- CONDE.** Nada más fácil. ¡Así, como así, mi futuro yerno es un imbécil!
- DIEGO.** Ya os lo dije hace rato.
- CONDE.** Es necesario romper abiertamente.

DIEGO. ¡Una idea!

CONDE. Debe ser buena. Los Castrillos siempre las han tenido.

DIEGO. Reunimos á todos los vasallos, amigos y convecinos, y delante de todos, para que llegue pronto á noticia de mi tío, declararéis solemnemente, que el verdadero futuro de Aurora, soy yo.

CONDE. ¡Justo! Y el otro se queda con un palmo de narices.

DIEGO. ¡Y se vuelve al Seminario, corrido como una mona.

CONDE. La verdad es, que, no siendo Consejero, estaba obligado á cumplir mi palabra; pero siéndolo, de ningún modo, sería el primer Consejero que la cumpliese. Venid. Supongo que hablaréis á vuestro tío de mi firmeza.

DIEGO. La conoca hace tiempo.

CONDE. Es natural. Hay pocos magnates de tanta penetración. Venid. No perdamos tiempo. (Vanse por el foro de la derecha.)

ESCENA XVI

ENRIQUE, en traje de caballero. Sale despacio, y como absorto en sus reflexiones. Luego ROSA

ENR. ¡Ni un momento su imagen se aparta de mis ojos! La veo sin cesar, riéndose de mi torpeza y burlándose de mi necia candidez!

ROSA. ¡Calle! ¿Habéis cambiado de traje? ¡Oh! ¡Qué bien estáis así! Pero, ¿qué es eso? ¿Qué tenéis?

ENR. ¡Tengo, que soy un mentecato, un tonto, un idiota! ¡Que hace un momento, esa mujer se ha burlado de mí; que sólo pienso en ella; que su recuerdo me fascina: en fin, que estoy enamorado!

ROSA. ¿Enamorado? (¡Dios mío!)

ENR. ¡Mi emoción ahogó mil frases de amor apasionado! ¡Oh, si hubieses tú ocupado su puesto, si hubieras sido tú...!

ROSA. ¿Qué la hubiérais entonces dicho?

ENR. Escucha.

MÚSICA

ENR. En el lóbrego retiro
que mi vida se encerró,
y una noche, en que soñaba,
ví una imagen como vos.

Al veros ahora,
mi pecho se agita,
que un sueño de amores
en vos se realiza.

Fantasma diviro,
que alienta en mi sér,
aún antes de veros,
con vos ya soñé.

ROSA. (¡Dulce lenguaje,
tierna ilusión;
de ella es, sin duda,
mi corazón:
porque esas frases
que absorta oí,
no se dirigen
todas á mí!)

ENR. Tú eres sólo mi esperanza;
vivo, ingrata, por tu amor:
si desprecias mi quebranto,
á tus plantas muero yo.

¡Imagen amada,
mi dicha querida,
ó dame tus brazos,
ó toma mi vida!
Así hubiera dicho,
sin necio temor,
si en vez de la otra,
tú fueses mi amor.

ROSA. (¡Dulce lenguaje,
tierna ilusión;
de ella es, sin duda,

su corazón;
porque esas frases
que absorta oí,
no se dirigen
todas á mí)

ENR. ¿Qué debo hacer ahora?

¡Malhaya mi torpezal

ROSA. Debéis, señor, portaros
con noble gentileza;
si en el convento fuisteis
tan tímido doncel,
preciso es en la Corte
dejar la timidez.

Con las damas atrevido
debéis ser,
y valiente con los hombres
demostrad vuestra altivez.
De una raza poderosa
descendéis,
y es preciso su fiereza
y su gloria sostener.

ENR. Yo te juro tus consejos
observar;
nuevo sér mi pecho siente,
ya soy otro, ¡voto val
de una raza poderosa
vengo yo,

y es preciso que conserve
su gloriosa tradición.

Los dos. Ya su poder—apareció.
Un nuevo sér—se reveló.
Vedle galán—fiero y gentil,
ella á su afán—se ha de rendir.

H A B L A D O

- ENR.** Sí, sí, dices bien. ¡Sería indigno y cobarde que el último de mi raza se volviera un colegial tímido y pazcuato!
- ROSA.** Además, no habréis olvidado que vuestro hermano era jefe de un gran partido, y que debéis ocupar su puesto. Vuestros amigos confían en vos para ayudarles al triunfo del bravo don Juan de Austria.
- ENR.** Les ayudaré, ¡voto al infierno! y ya veremos quién triunfa en Castilla, ¡mil pares de demonios!
- ROSA.** ¡Así me gusta! ¡Eso, tosed fuerte!
- ENR.** ¡Ejém, ejém!
- ROSA.** Y jurad cuanto queráis.
- ENR.** ¡Vive el cielo! ¡Rayos y culebrinas! ¡Truenos y relámpagos!
- ROSA.** ¡Bravísimo!
- ENR.** ¡Te adoro, Aurora; te amo, te idolatro!
- ROSA.** ¡Y yo que protegía sus amores con el otro! ¡Ah, nunca! ¡Es preciso hacerle dichosos!

ESCENA XVII

DICHOS; LUCAS, por el foro de la derecha.

- LUCAS.** ¡Por aquí! ¡Venid por aquí!
- ENR.** ¿Qué es eso? ¡Mil centellas!
- LUCAS.** ¿Eh?
- ENR.** ¡Habla pronto, ó te santiguo!
- LUCAS.** ¡Calla! ¡Qué cambio! ¿No sois el de antes?
- ENR.** ¡Imbécil!
- LUCAS.** ¡Me trata como en otro tiempo! ¡Una prueba más! Dadme una prueba de que sois aquel Enrique que conocíamos.
- ENR.** ¡Toma! (Dándole un bofetón.)
- LUCAS.** El mismo. ¡Cómo me voy á divertirl!
- ROSA.** Pero, en fin, ¿qué ocurre?

- LUCAS. Que el señor Conde se dirige á este sitio con todos los servidores, y me ha dicho que llamase á su hija y que os previniese á vos también. Creo que se trata de vuestra boda.
- ENR. ¿De mi boda? ¡Oh, felicidad!
- ROSA. ¿Tan pronto?
- LUCAS. ¡Miradlos, miradlos!—¡Señorita Aurora, salid, salid al punto!
-

ESCENA XVIII

DICHOS; AURORA, EL CONDE, DIEGO y CORO GENERAL

MÚSICA

- CONDE. Adentro, amigos míos.
- DIEGO. Seguidme sin tardar.
- AURORA. ¿Qué ocurre? ¿Quién me llama?
- ENR. (¡Cuán bella ¡ay Dios! está!)
- ROSA. (Si logro, al fin, su dicha,
¿qué importa lo demás?)
- CORO. Testigos de una boda,
venimos con afán,
aun cuando no sabemos
quién hoy se casará.
- ENR. El novio, amigos míos,
miradle bien, soy yo.
La novia, es esta dama,
que adora el corazón.
- AURORA. (¿Qué dice?)
- CONDE. (¡Pobrecillo;
buen chasco va á llevar!)
- CORO. Que viva nuestro amo.
Que viva su beldad.
- ENR. Dispuesto, señor Conde,
tenéis á Enrique ya.
Dejadme vuestras gracias

de hinojos admirar.
CONDE. Perdón, señor Pacheco.
Equivocado estáis.
ENR. ¿Qué decís?
CONDE. Que el marido,
señores, aquí está. (Señalando á Diego.)
ROSA. ¡Oh, cielos!
ENR. ¿Qué habéis dicho?
AVRORA. ¡Oh, dichal!
ENR. ¿Qué maldad!
ROSA. (No entiendo tal mudanza.)
LUCAS. (No he visto cosa igual.)
ENR. El vil que osó malvado
burlar mi ardiente amor,
no paga con su vida
la afrenta de mi honor.

(Concertante. La letra que canta cada cual se halla con la partitura.)

Señor, Conde, yo os suplico
que esto al punto me expliquéis.
CONDE. Eso es cosa de mi yerno.
DIEGO. Soy su esposo como veis.
Consolaros, pobre mozo,
y un consejo os voy á dar:
á la iglesia dedicaros
que os conviene mucho más.
AVRORA. Al convento, amigo mío,
regresad sin dilación.
CONDE. Y decidle á vuestro tío,
que esa es mi última opinión.
¡Adiós! ¡Adiós!
CORO. ¡Tal desaire á nuestro amo,
no debemos tolerar!
CONDE. ¡Consoladle, pobre mozo!
ROSA. ¡Yo su afrenta he de vengar! (Vase.)

(Vanse, Aurora, El Conde y Diego, por la izquierda. Enrique,
permanece en el centro de la escena avergonzado y confuso.)

CORO. ¡Alzad esa frente!
¡Castigo al tirano!
Vengar es preciso
la afrenta, señor.
¡El vil que es pariente
de un fiero tirano,
jamás de un Pacheco
burlarse debió!

ENR. ¡No, no; dejadme!
Un necio fui,
y yo soñaba
triste de mí.
Gracias, amigos;
gracias os doy;
dejadme á solas
con mi dolor.

(Se sienta abatido cerca de la mesa de la taberna, y se cubre el rostro con las manos.)

CORO. (Marchándose poco á poco.)
Su pena infunde
triste pesar;
que nadie turbe
su soledad.

(El Coro ha desaparecido, quedando Enrique solo en escena.)

ROSA. (Dentro.) Espera y confía,
tu estrella es feliz;
espera y confía,
yo velo por tí.

ENR. (Levantándose sorprendido.)
¡Oh, cielos! ¡Qué escucho!
¡Es mi Angel Guardián!
¡Oh, sí! ¡Ya no temo!
¡Su auxilio me da!
¡Bendita es mi estrella!
¡Valor! ¡Y á luchar!

(Vase corriendo por la derecha.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín á todo foro. Estatuas, jarrones y grandes arbustos. A la derecha, primer término, un pabellón con ventana practicable frente al público, y puerta en el costado. Debajo de la ventana, un banco de piedra. Es de noche. La luna ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA

ROSA; luego MATEO y CORO DE HOMBRES

MÚSICA

ROSA.. Ninguno me observa.
¡Soberbia ocasión!
En tanto ellos bailan,
conspiro aquí yo.

(Después de observar, se dirige al foro y hace señas.)

Entrad sin cuidado.
¡Silencio, por Dios!

(Mateo y el Coro salen por el foro de la derecha.)

MATEO. No hagamos ruido,
prestad atención.

Coro. ¡Prudencia y sigilo!
Ninguno nos vió.

El sitio exploremos
sin más dilación.

ROSA.

¡Silencio!

TODOS.

¡Silencio!

ROSA.

Bajemos la voz.

MATEO Y CORO.

Di pronto lo que pasa.

¿Por qué en este lugar
nos citas hoy á todos
con prisa sin igual?

ROSA.

La causa de la cita,
os voy á confiar.

—
¡Jardinera de palacio
su alto dueño me nombró,
y há tres meses aquí vengo
á cumplir mi obligación;
vigilante cual ninguno
cien secretos descubrí,
y el que á todos más importa
vais atónitos á oír!

—
Don Juan, del destierro
al fin se fugó,
y aquí se dirige
con ciego valor.

El pueblo le aclama,
y el padre Nithard
á todos la nueva
pretende ocultar.

MATEO Y CORO.

¡Cielos! ¿Qué dice?

Si eso es verdad,
la hora ha llegado
de pelear.

ROSA.

El Conde de Cifuentes
aquí una fiesta da,
y todos los ministros
muy luego acudirán.

El golpe es atrevido,
mas no hay que vacilar.
¡Prended á la regencia
y el triunfo asegurad!

MATEO Y CORO.

¡Idea soberbia!
¡Magnífico plan!
Cogedles á todos
en este lugar.

Sin guardias, ni gente
que amparo les dé,
tendrán que rendirse
á nuestro poder.

ROSA.

Á todos los amigos,
preciso es prevenir.
Que escalen á una seña
las tapias del jardín.
Atentos á mi aviso
sin tregua vigilad,
y cuando menos piensen,
cogidos se verán.

TODOS.

¡Idea soberbia!
¡Magnífico plan!
¿Quién lance tan serio
podrá sospechar?
El pueblo en seguida
la nueva sabrá,
y el bravo cau. lillo
al fin triunfará.
¡Silencio! ¡Silencio!
¡Já, já, já, já!
Ya me río, figurándome
la carita que pondrán,
cuando caigan en la cuenta
los amigos de Nithard.

HABLADO

- ROSA. ¿Qué os parece mi plan?
- MATEO. ¡Magnífico!
- ROSA. Estad preparados dentro de una hora cerca de la tapia, y yo os avisaré.
- MATEO. Pero, dime: ¿Qué fiesta celebran hoy en este palacio?
- ROSA. La boda de don Diego y de la señorita Aurora. La hija del Conde de Cifuentes.
- MATEO. Sí. Ese traidor antiguo partidario de don Juan, y hoy nuestro enemigo. Y todo, ¿por qué? ¡Por un simple enpleo!
- ROSA. Ahora se hallan todos los convidados en los salones contiguos al jardín; pero el Conde ha dispuesto que la verdadera fiesta se celebre aquí á la clara luz de esta hermosa noche de verano. Ahí dentro se ahogan de calor, y es mucho más poético casarse bajo los rayos de la luna.
- MATEO. Mejor que mejor. Les pescaremos aquí á todos.
- ROSA. Mucha serenidad y nada de vacilaciones.
- MATEO. ¿Vacilaciones nosotros?
- ROSA. Avisad á vuestros amigos.
- MATEO. Todos aguardaremos tu señal dentro de una hora, ocultos, cerca de la tapia.
- ROSA. ¡Pronto! ¡Partid!
- TODOS. (Marchándose.)

¡Idea soberbia!
¡Magnífico plan! etc.

ESCENA II

ROSA

Mi prudencia y mi voluntad alcanzarán un completo triunfo. Ahora, es preciso impedir esa maldita boda. Para ello cuento con armas poderosas. Este medallón,

que la casualidad me hizo encontrar aquí mismo, y esta carta que me dió mi padrino, y por la cual haré lo que quiera del Conde de Cifuentes. ¡Que Enrique sea dichoso! ¡Que se case con la mujer que adora, aún cuando su felicidad me destruya el alma! ¡Eh! Creo que vienen. Lo mejor será que no me vean. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

DIEGO; AURORA, por el foro de la izquierda.

MUSICA

DIEGO.

¡Mi bella futura!

AURORA.

¡Mi noble señor!

DIEGO.

Aquí entre las flores,
estamos mejor.

Dejemos del baile
la zambra infernal,
que aquí, retirados,
gozaremos más.

I

¡El cielo alegre me sonríe!

¡Bello aparece el porvenir!

Todas las rosas su perfume
dan para mí.

Como la luz de mi esperanza
nace brillante un nuevo sol,
y para mí, como las flores,
da su calor.

Los dos.

¡Bendita mil veces
mi dicha será,
y siempre á ti unida
mi fe vivirá!

II

DIEGO. Como la gota de rocío,
que nueva vida al campo da,
así tu amor, tesoro mío,
mi vida es ya.
Pronto mi dueña eternamente
ante los cielos vas á ser,
y yo tu esclavo solamente
luégo seré.

LOS DOS. ¡Bendita mil veces!... etc.

HABLADO

DIEGO. ¡Día venturoso para todos! Para tí, para mí, para tu padre, á quien el Conde de Castrillo colma de favores; para todo el mundo, en fin, que goza con nuestra felicidad.

AURORA. Existe, sin embargo, una excepción.

DIEGO. ¿Una excepción?

AURORA. Sí tal. Existe un hombre que no se alegrará de nuestra dicha. ¿Olvidaste, quizás, á mi exfuturo, el pobre seminarista?

DIEGO. ¡Verdad es!

AURORA. ¿Crees que podrá alegrarse cuando llegue á sus oídos la noticia de nuestra boda?

DIEGO. ¡Já, já, já!

AURORA. ¿Qué habrá sido de él?

DIEGO. Lo ignoro. Há tres meses desapareció de su antigua alquería, y nadie le ha visto de nuevo.

AURORA. De fijo, volvería á su Seminario.

DIEGO. ¡No fué mal chasco el que le dimos!

AURORA. ¡Aún recuerdo su cara, al recibir nuestro desprecio!

DIEGO. Por poco se echa á llorar.

ESCENA IV

DICHOS y EL CONDE

CONDE. ¡Inaudito, extraordinario, asombroso!

AURORA. ¿Qué ocurre, papá?

CONDE. Que uno de nuestros invitados acaba de promover un verdadero escándalo en los salones. ¡Todo el mundo está asombrado!

DIEGO. ¿Pero qué ha hecho?

CONDE. Empezó por ganar mil ducados, no sé á quién. Después, cantó y bailó con inaudita gracia. Y todo, en un momento. Apenas acaba de aparecer.

AURORA. ¿Le conocéis?

CONDE. No he podido verle. ¡Hallábase rodeado de tal modo...!

DIEGO. Pero, en fin, ¿cómo se llama?

CONDE. Nadie sabe su nombre.

DIEGO. ¡Es extraño,

AURORA. ¡Es original!

CONDE. Ahora mismo voy á buscarlo, y yo os prometo averiguar... ¡Porque alguien debe haberle invitado!

ESCENA V

DICHOS; ENRIQUE y CORO GENERAL

ENR. ¡No os engañáis, señor Conde!

CONDE. (Reconociéndole.) ¡Cielos!

DIEGO. ¡Qué veo!

AURORA. ¡El seminarista!

MÚSICA

ENR. (Mostrando un pliego.)

Ved aquí la invitación.

Firma y sello, mirad bien.

CONDE. (Viéndolo.) ¡Del ministrol
TODOS. ¡Del ministrol
ENR. Invitado fui por él.
¡Bella Aurora,
gran señora,
recibid mi parabién!
Vuestro enlace,
me complace,
y testigo quiero ser.
CONDE. (¡Se está burlando!)
AURORA. (¡Qué avilantez!)
ENR. (A Diego.) Y yo espero,
caballero,
sus favores alcanzar,
pues amigo
del testigo
vos seréis, á no dudar.
DIEGO. Si pensáis de mí burlaros,
no lo sufro, ¡voto á tall
ENR. ¿Burlarme yo,
qué atrocidad;
de una familia
tan principal?
CORO. Dice que no,
pero es verdad;
burlándose de todos
el mozo está.
—
ENR. Yo soy un pobre
seminarista;
otro tan tímido,
jamás se vió.
No existe ofensa
que él no resista,
como há tres meses
bien se probó.
Su futura le ha burlado

Todos. con ingenio singular,
y el pobrete, avergonzado,
tuvo el puesto que dejar.
¡Me sorprende su osadía!
¡Cara al fin le ha de costar!

II

Ena. Yo en mi retiro
de pena lloro,
y late... ¡oh, cándido!
mi corazón.
Mientras la ingrata
que tanto adoro,
se burla impávida
de mi pasión.
Porque al misero ha burlado
con ingenio singular,
y el pobrete, avergonzado, etc.

HABLADO

Diego. Señores; mientras llega la hora de firmar el contrato,
daremos un paseo por el parque. (A Enrique.) Esperadme aquí.
Ena. Con mucho gusto. ¡Adiós, mi prometida esposa! ¡No os ofendáis! Lo fuisteis un momento, pero me volví al Seminario. ¡No es verdad, señor Conde?
Conde. A mí no me mezcléis en nada. ¡Estoy furioso!
Ena. ¡Y yo también! ¡Tomadlo como queráis!
Conde. ¡Ni lo tomo, ni lo dejo! (¡Caracoles!) (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA VI

ENRIQUE; luego LUCAS y ROSA

Ena. ¡Já, já, já! Empiezo á saborear mi venganza. ¡Con cuánto placer acabo de confundir su necio orgullo!

LUCAS. (Saliento con Rosa, por la derecha; aquél, con un cesto lleno de flores.) ¿Conqué debo entregar estas flores al mayor-domo del señor Conde?

ROSA. Eso es. Anda ligero.

LUCAS. Volando. (Enrique se vuelve hacia Lucas; éste le reconoce, y ambos lanzan un grito de sorpresa.)

ENR. ¡Calle!

LUCAS. ¡Qué veo!

ENR. ¡Lucas!

LUCAS. ¡Nuestro querido amor!

ENR. ¡Y Rosa también!

ROSA. (Disimulemos.) ¡Pues es verdad! ¿Vos aquí? ¡Quién había de figurarse...!

ENR. ¿Pero cómo os encuentro en casa del Conde?

LUCAS. Muy sencillo.

ENR. ¡Calla tú, cernícalo!

LUCAS. ¡Es el mismo de siempre!

ENR. ¡Habla tú, Rosa!

ROSA. Somos jardineros de palacio.

ENR. ¡Ah! Por eso sin duda abandonásteis la alquería, dejándome en ella solo. Vuestro proceder ingrato, me llegó al alma.

ROSA. ¡Como digisteis que volvíais al Seminario!...

LUCAS. En cuanto á mí, ni pincho ni corto. Donde ella va, allá la sigo. Ella es el caldero y yo la soga.

ENR. Afortunadamente, velaba alguien por mí.

ROSA. ¿Quién, señor?

ENR. ¡Mi Angel Guardián! ¡Ah, Rosa! ¡Si supieras cuánto le debo!

ROSA. ¿Es posible?

ENR. ¿Recuerdas el día de mi llegada á la quinta?

ROSA. Hace tres meses.

LUCAS. ¡Caball! ¡Con aquella facha de doctrino!

ENR. ¡No habréis olvidado el desaire que sufrí del Conde y mi futura!

LUCAS. Todavía le tengo aquí clavado.

ENR. Pues bien; aquella noche me dormí presa de una es-

pantosa fiebre. De pronto me pareció oír una voz que decía: «Ve á la Corte; destierra esa timidez; sé audaz y atrevido, véngate de tal desprecio.» Abro los ojos, y veo deslizarse una sombra por la puerta.

LUCAS. Visiones de la calentura.

ENR. No, Lucas. Las visiones no dejan como aquella, bolsas de seis mil ducados á la cabecera de la cama.

LUCAS. ¡Cómo! ¿Os dejó seis mil ducados?

ENR. Añadiendo: ¡Acuérdate de tu Angel Guardián!

LUCAS. ¡Y no haber tropezado yo con el mío en toda la vida!

ENR. Siguiendo su consejo, me vine á Madrid. Durante estos tres meses, he tenido maestros de baile, de canto, de esgrima... en fin... ¡Ya soy otro!

LUCAS. Decídmelo: y vuestro Angel, ¿no ha vuelto á soltar la mosca?

ENR. ¡Oh! ¡Mi Angel no me abandona! Figuraos, que al saber hace dos días que hoy debía verificarse en este palacio la boda de mi prometida con mi necio rival, sentí una emoción profunda. ¡Hubiese dado la mitad de mi vida por poder asistir á la ceremonia!

LUCAS. ¿Y qué?

ENR. De pronto, mi ayuda de cámara, da un grito. ¡Señor! exclama: ¡Mirad lo que hay en este bolsillo!

LUCAS. ¿Otros seis mil ducados?

ENR. ¡No! ¡Una invitación á la boda, puesta á mi nombre, y firmada por el padrino, que es el ministro nada menos.

ROSA. ¡Asombroso!

ENR. Y además, un billete que decía: «Ve á la fiesta. Procura que se fije en tí todo el mundo. Allí estará dispuesto á protegerte, tu Angel Guardián.»

LUCAS. ¡Extraordinario!

ROSA. ¡Sorprendente!

ENR. Desde hace una hora aguardo nuevas ordenes, y busco ansioso á mi protector por todas partes.

ROSA. ¡Qué extraño es todo eso! Pero en fin, dispensadme si os dejo, señor. Voy á llevar estas flores. Lucas quedará á vuestro servicio.

ENR. ¡Adiós, mi bella Rosa!
ROSA. ¡Hasta después! (Pongamos en práctica mi proyecto.)
(Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA VII

ENRIQUE y LUCAS

LUCAS. ¡Pero qué linda y qué graciosa se está poniendo!
ENR. En efecto: ¡Hasta hoy no había reparado!...
LUCAS. ¡Pues nada! ¡Que no quiere casarse! ¡Y eso, que se presentarán pocos de mis condiciones!
ENR. ¡Ah! ¿Deseas casarte con ella?
LUCAS. Desde que nací, no pienso en otra cosa. ¡Si quisiérais interesaros haciéndole ver mi belleza física y moral!
ENR. ¡Bueno! ¡Me interesaré! Ahora sólo me preocupa la llegada de mi protector.
LUCAS. ¿Y si en vez de protector fuese protectora? Porque en los ángeles debe haber también sexo. ¡Apuesto á que es un ángel femenino!...
ENR. ¡Qué tontería! Dentro de poco firmarán el contrato, y entonces, ¡adiós, mi esperanza!
LUCAS. ¿Pero queréis casaros todavía con quien tanto os despreció?
ENR. ¡Quiero vengarme, Lucas!
LUCAS. ¡Ah! ¡Vamos! ¡Comprendo! Os casáis, y de cada paliza, la ponéis verde.
ENR. ¡Estúpido! ¿Crees que puede un caballero como yo, pegarle á una señora?
LUCAS. Cuando se va la mano, no hay caballería que la contenga.

ESCENA VIII

DICHOS; ROSA, disfrazada de vieja bohemía.

MÚSICA

ROSA.

Buenos señores,
por caridad.

Amparad, á la pobre bohemía,
que triste aquí implora
con necesidad.

LUCAS.

¿Quién permiso ha dado
para entrar así?

¡Fuera la mendiga!

ROSA.

¡Ay! ¡Pobre de mí!

ENR.

¡Aguarda! ¡Qué diantre!

ROSA.

¡Tomad y partid! (Dándole una moneda.)

Vago errante y solitaria
con entera libertad,
y en la mano que me tienden
yo descubro la verdad.
Es mi ciencia poderosa,
y adivino el porvenir.
Si queréis que os dé una prueba,
pronta estoy á darla aquí.

LUCAS.

¡Ay, qué bruja!

ENR.

¡Qué habéis dicho!

LUCAS.

Son patrañas, nada más.
Por ganarse con los tontos,
lo que nadie le dará.

ROSA.

Una prueba voy á daros
de la ciencia que adquirí.
Preguntadme á vuestro antojo.
La verdad, he de decir.
Vos, Pacheco, sois valiente,
noble, intrépido y leal.
Y tú, Lucas, francamente...

LUCAS. ¡Yo, qué soy?
ROSA. ¡Un animal!
ENR. ¡Já, já, já!
LUCAS. ¡Qué avilantez!
ENR. Esta jitana
dice muy bien.
LUCAS. Si no se marcha,
¡voto á Luzbell
con un garrote
la compondré.
ENR. ¡Sabe mi nombre!
Vamos á ver.
Tomad mi mano.
LUCAS. ¡Dios de Israel!
ENR. Decidme todo
lo que aquí veis.
ROSA. (Examinando la mano de Enrique.)
Amáis sin esperanza
á una doncella,
que se casa con otro
y que os desprecia.
ENR. ¡Ah! ¡No se engaña!
ROSA. Ya ve el señor de Lucas
que no es patraña.
ENR. Seguid diciendo
con claridad.
LUCAS. Pues ha acertado.
¡Qué atrocidad!
ROSA. Dentro de poco rato
casarla intentan,
y queréis impedirlo,
según mi cuenta.
ENR. ¡Cielos! ¡No hay duda!
ROSA. Ya veis que no es patraña,
señor de Lucas.
—
LUCAS. Siento escalofríos

y me dan sudores.
Esta es una bruja
de las superiores.
Aquí está mi mano.
¡Pronto! ¡Examinad!
Quiero de mi suerte
saber la verdad.

ROSA. (Viendo su mano.)

Tú eres un mastuerzo,
y ainas á una chica,
y explicarte quieres,
y ella no se explica.
Anda prevenido,
porque á no dudar,
unas calabazas
te ha de regalar.

ENR. También tus cuitas
adivinó.

LUCAS. ¡Qué porvenir tan lóbrego
pronosticó!

LOS TRES.

ENR. y LUCAS. De mi historia, sin ambajes,
aquí ha dicho la verdad.
Si no es bruja, lo parece,
y es su ingenio singular.

ROSA. Vuestra historia, sin ambajes,
he logrado adivinar.
Si queréis que hablando siga,
me podéis interrogar.

HABLADO

ENR. ¿Qué te parece?

LUCAS. Que eso de las calabazas, me ha dejado frío.

ROSA. Para impedir la boda que tanto os molesta, puedo da-
ros un talismán.

- ENR. ¿Vos?
LUCAS. Será cualquier ungüento; como si lo viera.
ROSA. Con este medallón, seréis dichoso. (Le da un medallón.)
ENR. ¡No comprendo!...
LUCAS. Decidme: ¿No podríais darme otro que secara toda la cosecha de calabazas?
ROSA. ¡Abridle! Leed á vuestro rival los versos que contiene, y hará cuanto queráis.
ENR. ¡Qué locura!
ROSA. (Marchándose.) ¡Adiós! Ten confianza y espera.
ENR. ¡Esas palabras! . . ¿Quién sois?
ROSA. ¡Tu Angel Guardián! (Vase corriendo.)
ENR. ¡Cielos!
LUCAS. ¡Caspitina!
ENR. ¡Aguardad! ¡Un momento! ¡No os marchéis! (Vase detrás.)

ESCENA IX

LUCAS

¡Y yo creía que los ángeles eran siempre jóvenes y guapos! De todos modos, mi señor le halló al fin, que es lo que deseaba. En cambio, mi porvenir es horrible. ¡Calabazas! ¡Á mi edad! No quiero pensar en ello. ¡Pero, sí! ¡Quiero pensar! Voy á hacerlo en ese pabellón. (Entra en el pabellón.)

ESCENA X

ENRIQUE

¡Nada! No he podido alcanzarla. Se evaporó como una sombra. ¿Qué hacer? Ante todo, cumplir sus órdenes. Veamos. (Examinando el medallón.) ¡Calle! ¡El retrato de mi rival! Y aquí dentro... (Lo abre y saca un papel.) Los versos que me indicó mi protectora. (Leyendo.) «A la bella Lucinda.» ¿Lucinda? Así se llama la favorita del ministro. (Lee para sí.) ¡Ah! ¡Comprendo! ¡Su sobrino la corteja!

ESCENA XI

DICHO; DIEGO, por el foro de la izquierda.

DIEGO. ¡Allí está!

ENR. (¡Él es!)

DIEGO. Veo, caballerito, que habéis cumplido mis órdenes esperándome á pie firme.

ENR. ¿Qué tenéis que mandar?

DIEGO. Poca cosa. Que salgáis de aquí inmediatamente.

ENR. ¿Cómo? ¿No queréis que asista á vuestra boda?

DIEGO. ¡Basta de burlas, y acabemos!

ENR. ¡Lo siento en el alma! Pero supuesto que no me lo permitís, voy á obedeceros.

DIEGO. (¡Es un infeliz!)

ENR. Mas, antes, permitidme una pregunta: ¿Amáis la poesía? Debéis amarla, porque sois joven y estáis enamorado.

DIEGO. ¿Eh?

ENR. Yo pensaba leer unos versos durante la ceremonia, y os suplico que lo hagáis por mí. Son muy bonitos, y creo gustarán mucho. Sobre todo, á vuestro tío.

DIEGO. Gracias: guardarlos para otra ocasión.

ENR. Oidlos vos siquiera.

DIEGO. ¡Vaya, vaya! ¡No puedo detenerme! (Medio mutis.)

ENR. (Leyendo.) «A la bella Lucinda.»

DIEGO. (Quedando parado de repente.) ¿Eh?

ENR. «Si hablase este retrato,
te diría, ¡oh, mujer! cuánto te adoro.»

DIEGO. (Acercándose á Enrique.) (¡Canario, mis versos!)

ENR. Puesto que no queréis oír, me los guardo.

DIEGO. ¿A ver, á ver?

ENR. ¡Hola! ¿Vais mostrando interés? ¡Oh! la poesía y la música, domestican á las fieras.

DIEGO. ¡Pronto, seguid leyendo!

- ENR. «Si hablase este retrato,
te diría, ¡oh, mujer! cuánto te adoro.
¿Por qué ese viejo imbécil, mentecato,
guarda el rico tesoro
que tu Diego ambiciona?»
- DIEGO. ¡Basta! (¡Son mis versos! Los que guardé en el medallón que ayer me devolvió Lucinda.)
- ENR. ¿El viejo imbécil y mentecato...?
- DIEGO. ¡Mi tío, ya lo sé!
- ENR. ¿Y este tu Diego que tanto se remonta...?
- DIEGO. ¡Soy yo! ¡Digo, no! Digo... ¿cómo habéis obtenido ese medallón? Alguien me lo robó, sin duda. ¡Devolvedme eso en seguida!
- ENR. ¿Sin condiciones?
- DIEGO. ¡De grado, ó por fuerza!
- ENR. ¿Sabéis que si esta joya cayese en poder de vuestro tío, su venganza sería espantosa?
- DIEGO. ¡Pero vos no os atreveréis!...
- ENR. ¿Y por qué no? ¿Acaso no os habéis atrevido vos á quitarme la novia?
- DIEGO. ¡Vive Cristo!
- ENR. Todo puede arreglarse. Renunciad á la boda, y rompo los versos.
- DIEGO. ¡Nunca!
- ENR. ¿No? Voy á ver al ministro.
- DIEGO. ¡Caballero!

ESCENA XII

DICHOS; EL CONDE, por el foro de la izquierda.

- CONDE. ¡Já, já, já!
- DIEGO. ¡Silencio! ¡Ni una palabra delante del Conde!
- CONDE. ¡Es lo más chistoso, lo más original!...
- DIEGO. ¿Qué ocurre?
- CONDE. ¿No sabéis la noticia? ¡Pues si ha caído como una bomba en el salón!

DIEGO. ¿Qué noticia?

CONDE. La que acaba de comunicar á vuestro amado tío, uno de sus más listos sabuesos, ¡já, já! ¡Lo más chistoso del mundo! Que la bella Lucinda... ya sabéis, la protegida de Castrillo...

DIEGO. (¿Qué?)

ENR. ¡Seguid!

CONDE. Se escapó anoche de Madrid con un oficial de la guardia.

DIEGO. ¿Eh?

ENR. (¡Demonio!)

CONDE. Teniendo la osadía de remitir al ministro una carta de despedida, en la cual le manda la lista de sus adoradores, ¡já, já! Y, á propósito, no me habíais dicho nada: vos figurá's con el número catorce.

DIEGO. ¡Aprieta! Luego, entonces, sabe mi tío que yo...

CONDE. ¡Ya lo creo! Y esto le hizo reir muchísimo.

DIEGO. ¿Le hizo reir?

ENR. (¡Mal haya la ocurrencia!)

CONDE. Buscad á mi sobrino, me dijo ahora el señor Conde, y dadle el pésame de mi parte.

DIEGO. (A Enrique.) Pésame que yo os transmito, mi apuesto doncel.

ENR. ¿Á mí?

DIEGO. Mandad los versos cuando queráis. No romperán ellos mi boda.

CONDE. ¡Eh! ¿Romper vuestra boda? ¿Quién osará atreverse...?

ENR. ¡Yo! Para qué negarlo.

CONDE. ¡Vive el cielo! ¡Si no me contuviese la...!

ENR. ¿El qué? ¡Vamos á ver!

CONDE. ¡Nada! ¡Ya estoy dominado!

DIEGO. Si en el término de cinco minutos, no habéis tomado la puerta, os echarán mis criados de palacio.

CONDE. Lo mismo digo.

ENR. (¡Oh, rabia!)

DIEGO. Decididamente, debéis volver al Seminario.

CONDE. ¡Justo! ¡Volved al Seminario!

LOS DOS. ¡Já, já, já! (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA XIII

ENRIQUE; después ROSA

- ENR. ¡Vencido! ¡Humillado! (Se sienta en el banco.) ¡Tengo que marcharme si no quiero que los criados me arrojen! ¡Mi ángel bueno me abandona!
- ROSA. (Asomándose á la ventana del pabellón.) Todavía, no. (Desaparece, y la cierra.)
- ENR. (Levantándose.) ¡Esa voz! ¡No hay duda! ¡Salió del pabellón! ¡Al fin voy á saber...! (Abre la puerta.) ¡Qué obscuridad! ¡Pero, allá en el fondo se distingue una forma humana! ¡Mi ángel debe ser! (Entra en el pabellón y saca á Lucas de la mano. Ésto sale medio dormido.)

ESCENA XIV

ENRIQUE y LUCAS

- ENR. ¡Salid! ¡Al cabo puedo demostraros la...! ¡Lucas! ¡Dios mío! ¿Eras tú?
- LUCAS. ¡Qué sueño tan pesado!
- ENR. ¡Y yo tan torpe que no lo adiviné!
- LUCAS. ¿Cómo?
- ENR. ¡Tú eres mi ángel!
- LUCAS. ¿Yo?
- ENR. (Abrazándolo entusiasmado.) ¡Ángel de mis entrañas!
- LUCAS. ¡Jesucristo! ¡Se ha vuelto loco!
- ENR. ¿Lo niegas?
- LUCAS. Pero, señor, ¿creéis que puedo ser ángel con esta cara?
- ENR. Entonces, ¿quién ha entrado allí?
- LUCAS. Lo ignoro. Yo dormía á pierna suelta. Habrían entrado por la chimenea... ó por la otra ventana.
- ENR. ¡Aguarda! (Fijándose en el sombrero de Lucas.) ¿Qué papel es ese que llevas en el sombrero?
- LUCAS. ¿Yo? (Se lo quita, y ve una carta que se halla dentro de la

cinta) Pues, es verdad. (Leyendo el sobre.) «Para Juan Pacheco.»

ENR. ¡Juan Pacheco? ¡Mi hermano! Dame, dame. (Abre y lee.)
«Disponed de cuanto dinero necesitéis para dar el golpe. Es preciso que el tirano Castrillo caiga del poder. Trabajemos todos por don Juan de Austria.—El Conde de Cifuentes.» ¡Gran Dios! ¡El Conde conspirando en otro tiempo contra el ministro que le protege!

LUCAS. ¡Ah, grandísimo pillol

ENR. ¡Y en mi poder, la prueba de su traición!

LUCAS. ¡Pero cómo ha brotado de mi sombrero?

ENR. ¡Es mi ángel, Lucas! ¡Mi ángel quien la envió!

LUCAS. ¡Caball ¡Y yo he sido el correo!

ENR. ¡Chist! Hacia aquí se dirigen todos. Sin duda vienen á arrojarne á la calle como me han prometido.

LUCAS. ¿Y qué pensáis hacer?

ENR. Divertirme un rato. Entra en el pabellón y observa desde allí.

LUCAS. Corriente. Nos divertiremos. (Entra en el pabellón, y á poco aparece en la ventana.)

ESCENA XV

DICHOS; EL CONDE y CORO DE HOMBRES

MÚSICA

CONDE. Allí está... No se fué.

CORO. Pues le haremos partir.

CONDE. Y de grado ó por fuerza,
lo echaremos de aquí.

ENR. Señor Conde, bien venido.

CONDE. Vuestra audacia es singular;
ahora mismo, y sin tardanza
de este sitio, salid ya.

CORO. Evitadnos la violencia.

CONDE. No insultéis mi autoridad.
ENR. Voy al punto á complaceros.
Permitidme que, al marchar,
una historia cuente al Conde
de infinita gravedad.
TODOS. ¿Una historia?
ENR. Seré breve,
yo os lo juro.
TODOS. Despachad.

I

ENR. «Érase un monarca
y érase un privado,
y érase un infante
pobre y desterrado.
No diré los nombres
por no divagar;
pero si es preciso,
luego se dirán.
TODOS. ¿Qué querrá decir?
¿Qué diablo será?
ENR. Esta historia tiene
mucho que contar.

II

Érase el privado
un Conde... ¿Lo digo?
que contra el monarca
fraguó su delito.
Y en pro del infante
falaz conspiró,
guardando en su pecho
constante ambición.
CONDE. (¡Zapel Habla de mí;
eso claro está.)
ENR. Esta historia tiene
mucho que contar.

Érase una carta
que escribió el privado,
ofreciendo en ella
arinas y caballos.
Carta que yo tengo
por extraño azar,
y que al buen Castrillo
puedo al punto dar.

CONDE. (¡Demonio!) ¿Y esa carta?

ENR. (Mostrándosela.)

Aquí la podéis ver.

CONDE. (¡La que escribí á su hermano!)

CORO. ¿Qué dice ese papel?

ENR. ¿Me marchó? Pues la leo.

CONDE. No, no. No hay para qué.

ENR. Entonces, no me marchó.

CONDE. (¡Me ha preso entre la red;
como hable, soy perdido:
no hay medio de vencer!)

Queridísimo Pacheco,

un abrazo, ¡vive Dios!

Todo ha sido pura broma:

¿quién en serio lo tomó?

CORO. No comprendo lo que pasa,
ni la historia entiendo bien.

CONDE. ¡Abrazadle! ¡Fué una broma!

No ofendamos su altivez. (Abrazándole)

Queridísimo Pacheco,

en mis brazos, y apretad,
apretad.

(¡Si pudiera reventarle,
cielos, qué felicidad!)

ENR. Señor Conde de Cifuentes,
agradezco la bondad;
y pues todo fué una broma,
como broma ha de pasar.

CONDE. Dadle todos pruebas
de vuestra amistad.
CORO. Ya que así lo quiere,
no hay que vacilar.
(Le abrazan con efusión.)
Queridísimo Pacheco,
en mis brazos, y apretad,
apretad.
Porque todo fué una broma,
según logro adivinar.
Apretad, apretad,
apretad, apretad.

HABLADO

CONDE. (A Enrique, aparte.) ¡Devolvedme esa carta!
ENR. Lo haré, si me concedéis la mano de vuestra hija.
CONDE. ¡Pero si va á casarse ahora mismo con otro!
ENR. Eso no me importa. Ó soy yo el marido, ó entrego al ministro esta prueba de vuestra traición.
CONDE. ¡Misericordia! ¡Me ahorcan, conozco á su excelencial!
ENR. ¡Elegid!
CONDE. ¡Oh, qué ideal! Voy á hablar con Aurora. Aguardad un instante. (Alto.) Señores, volvamos al salón. Es preciso que todo el mundo ignore lo que aquí acaba de pasar. Repito que fué una broma. Este joven merece toda mi consideración. ¡Maldito sea! Yo le profeso un gran afecto. ¡Así reviente! Marchemos, marchemos. (Hay que recuperar esa carta á cualquier precio.) (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA XVI

ENRIQUE; luego LUCAS

ENR. ¡Mi triunfo es seguro!
LUCAS. (Saliedo del pabellón.) ¡Já, já, já! ¡Bonita cara lleva!

ENR. ¿Lo escuchaste?
LUCAS. Todo.
ENR. ¡Hundiré á mi rival, y Aurora será mi esposa!
LUCAS. Gracias á vuestro ángel incógnito.
ENR. ¡Y no poderle pagar tantos favores!
LUCAS. ¡Bah! Los ángeles son desinteresados, y no practican la usura. Conque le recéis un Ave María, se quedará tan contento.

ESCENA XVII

DICHOS; EL CONDE, AURORA y DIEGO, aparecen por la izquierda, y se ocultan detrás de una estatua.

CONDE. (Aparto á Aurora.) ¿Has comprendido bien, hija mía?

AURORA. Sí, papá.

CONDE. Pues, anda, no te detengas.

AURORA. (Toso.) ¡Ejém, ejém!

LUCAS. Ahí la tenéis.

ENR. ¡Aurora, márchate!

LUCAS. ¡Sed atrevido! ¡Eso les gusta mucho! (Vase.)

AURORA. (Disimulemos.)

DIEGO. (Al Conde. Permanecen ocultos.) ¿Queréis explicarme lo que esto significa?

CONDE. Ahora lo veréis. Tengo un plan. ¡Silencio!

ENR. ¡Cómo! ¿Vos aquí?

AURORA. Buscaba á mi padre, á quien no encuentro por ninguna parte.

ENR. ¡Ah! ¿No habéis hablado con él hace poco?

AURORA. ¡No tal! ¡Permitidme que vaya...!

ENR. Un momento. Ya que la casualidad nos reúne en este sitio, donde podemos hablar sin testigos, dejadme decir, una vez siquiera, que os amo, que os adoro. Que desde hace tres meses aliento sólo para vos, y que daría mi vida por una esperanza!

DIEGO. (Al Conde.) ¡La está enajorando!

CONDE. Mejor.

- DIEGO. ¿Cómo mejor?
- CONDE. ¡Silencio! ¡Tengo un plan!
- AURORA. ¡Mucho ha cambiado el seminarista!
- ENR. Sólo por obtener vuestro cariño. Perdonad si pecho de orgulloso; pero creo valer hoy mucho más que vuestro antipático prometido.
- DIEGO. ¡Ah, tunante!
- CONDE. ¡Quieto!
- ENR. Ese hombre, es indigno de vos.
- DIEGO. ¿No veis cómo me insulta?
- CONDE. ¡Me alegro! ¡Me alegro!
- ENR. ¡Me parece imposible que le améis!
- AURORA. ¿Amarle? (Suspirando.) ¡Ah!
- ENR. ¿Qué decís?
- AURORA. ¡Para qué ocultároslo! Hace tres meses consentí en esta boda, que hoy quisiera romper.
- DIEGO. ¡Canario!
- CONDE. ¡Es el plan! ¡No hagáis caso!
- ENR. ¿Será cierto? ¿Y por qué consentir en sacrificaros?
- AURORA. Por complacer á mi padre. Él es quien á ello me obliga.
- ENR. En tal caso, bellísima Aurora, desterrad vuestro dolor. Os juro que poseo un talismán que obtendrá de vuestro padre todo cuanto yo quiera.
- AURORA. ¿Un talismán?
- ENR. ¿No me creéis?
- AURORA. Y ese talismán...
- ENR. Es sencillamente una carta.
- CONDE. ¡Llegó el momento! (Sale de puntillas, y se acerca poco á poco.)
- AURORA. ¿Una carta?
- ENR. Con ella triunfaremos.
- AURORA. ¿No me engañáis?
- ENR. (Sacando la carta.) ¡Aquí está!
- CONDE. (Cogiéndola de improviso.) ¡Ah, libertino!
- ENR. ¿Eh?
- CONDE. ¿Ofrecéis á mi hija cartas amorosas?

- ENR. ¡Señor conde!
- CONDE. ¡Mirad el caso que hace de ellas! (La rompe.)
- ENR. ¿Qué significa esto?
- DIEGO (Acercándose.) Castigar vuestra audacia, caballero.
- ENR. ¿Estábais ahí?
- CONDE. ¡Bien jugado! ¡Bien jugado!
- ENR. ¡Qué infame traición! (A Aurora.) ¿Y vos, sin duda, habéis sido cómplice? ¡Eso es indigno! ¡Yo me vengaré!
- CONDE. Mientras tanto, seréis testigo de su boda.

ESCENA XVIII

DICHOS; ROSA, LUCAS y EL NOTARIO

- ROSA. Aquí está el Notario.
- CONDE. No puede llegar más á tiempo.
- LUCAS. (¿Quién se casará al fin? ¿Mi amo ó el otro?)
- CONDE. ¡Adelante, señor Notario! ¡Adelante, señores! ¡No perdamos un minuto! (Mientras ese hombre no se marche, estoy temblando de miedo.)

ESCENA XIX

DICHOS y CORO GENERAL

MÚSICA

- ENR. Yo juro de esta afrenta
tomar fiera venganza.
- LUCAS. (Sus ojos echan chispas;
no es él el que se casa.)
- CORO. La ceremonia
va á comenzar,
y aquí el contrato
se firmará.
- CONDE. Señor Notario,
podéis leer.

NOT. Voy en seguida.
ENR. (Cogiendo el contrato.)
 ¡Voto á Luzbell!
 Há tres meses, vuestro ultraje
 tuve necio que sufrir.
 Ahora, insulto por insulto.
 este ultraje os hago aquí. (Rompe el contrato.)
ROSA. (¡Justo cielo!)
CORO. ¡Qué imprudencia!
DIEGO. Su conducta es criminal.
CONDE. ¡Que le prendan al momento!
CORO. Que le prendan sin tardar.
ROSA. (¡Un recurso sólo queda!
 ¡La fortuna hay que probar!) (Vase por el foro.)
TODOS. ¡De tal audacia,
 de insulto tal,
 debe al momento
 cuenta aquí dar!
DIEGO. La infamia de su torpe proceder,
 pronto vengar airado yo sabré.
 Fiera venganza
 de esa asechanza,
 juro que pronto tomaré,
 y su torpe injuria
 castigar sabré.
ENR. (Estoy perdido,
 ¡oh, Angel Guardián!
 ven en mi auxilio.)
TODOS. ¡Llebadle!

ESCENA XX

DICHOS, MATEO y CONJURADOS; á poco, ROSA

Aparecen por el foro de la derecha con el mosquete á la cara, formando un numeroso y compacto grupo, que hace retroceder á los cortesanos.

MATEO. ¡Atrás!
 El que se mueva,

sin remisión
pierde la vida.

CONDE.

¡Diablo, eso no!

MATEO.

¡Viva don Juan de Austria!

¡Abajo el opresor!

(A Enrique.)

Vos sois nuestro caudillo,
quien manda aquí sois vos.

ENR.

Acepto con orgullo
tan alta distinción.

¡Abajo la realeza!

¡Luchemos, vive Dios!

MATEO.

¿Y de esta gente,
qué hemos de hacer?

ENR.

¡Aquí encerrados
les dejaréis!

Mas esta señorita (Por Aurora.)

me quiso antes burlar,
y es fuerza que un castigo
sufra, su deslealtad.

¡Llevala prisionera!

DIEGO.

¿Llevarse la? ¡Jamás!

MATEO. (Apuntando á Diego.)

¡Si dais un sólo paso,
la vida os costará!

ENR.

¡Venid á rescatarla

si la queréis casar!

¡Que Rosa os acompañe

segura su honra está!

AURORA.

¡Salvadme, padre mío!

DIEGO.

¡Mi amor te salvará!

(Lucas y Mateo se llevan á Aurora, seguida de Rosa. Los Conjurados contienen á sus enemigos, apuntando siempre con los mosquetes, y formando un cuadro lo más teatral posible, según el gusto, si lo tiene, del Director de escena.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Posada en las cercanías de Madrid. Al foro, izquierda, escalera rústica, que conduce á un granero, cuya puerta practicable tiene en el centro una mirilla ó agujero de regular tamaño. Puertas laterales. Ventana practicable á la derecha. El fondo, completamente abierto, viéndose una campiña alegre y pintoresca. A la derecha, en último término, un carro cargado de forraje.

ESCENA PRIMERA

JEROMO, PERICO, MOZOS y MOZAS, con sus trajes más lujosos.

Se celebra una boda, y todos cantan y bailan con la alegría que en tales casos se acostumbra.

MÚSICA

Coro.

Hoy es día de jolgorio,
pues se acaba de casar,
la muchacha más bonita
y más lista del lugar.

¡Anda, Perico—qué afortunado,
vaya una chica—que te has llevado!
¡Y vaya un cuerpo—y vaya un pie,
tan chiquitito—que no se ve!

(Todos se dirigen á una ventana del piso superior de la derecha, por la cual se asoma Casilda, saludando con la mano á todo el mundo.)

¡Casilda! ¡Desposada!
No te hagas esperar,
que aguarda tu marido
con ganas de bailar.
Baja al momento,
no tardes más;
pues eres de la fiesta
la parte principal.

(Óyese dentro toque de tambor. Todos quedan suspensos un instante. Casilda desaparece de la ventana.)

¡Silencio! ¿Qué ocurre?
Soldados serán.
¿Quién diablo aquí los trae?
¿Por qué vendrán?

ESCENA II

DICHOS; DIEGO, EL CONDE y SOLDADOS

DIEGO. En esta posada—descansar podemos.
¡Adentro, muchachos!
CONDE. ¡Muchachos, adentro!
DIEGO. ¿Un vaso de vino—quién puede servir?
JEROMO. ¡Al punto!
CORO. ¡En seguida!
DIEGO. ¡Gran fiesta hay aquí!
CORO. Celebramos una boda;
y, como es muy natural,
todo el mundo canta y baila,
y un poquito alegre está.
DIEGO. ¿Una boda? ¡Ilusión mía
que no logro realizar!
¿Quién es el novio?

CORO. (Empujando á Perico.)

¡Este mastuérzo!

DIEGO. ¡Quién es la novia?

CORO. ¡Ya bajará!

La más guapa y sandunguera
de las chicas del lugar.

DIEGO. ¡Por su ventura—quiero brindar!

I

Brindando por la novia
mi corazón se agita,
pues un recuerdo plácido
en él tomó ahora vida.
Recuerdo de una imagen
que siempre vive aquí,
y que por suerte mísera
há tiempo, ¡ay, Dios! perdi.

Bebed y alegráos,
cantad y reid;
las penas del alma
son hoy para mí.

II

Brindando por la novia
renace mi esperanza,
y el cielo de mi dicha
aquí el reflejo halla.
Feliz será la novia,
feliz será el doncel,
la dicha que les une,
mi dicha pudo ser.

Todos.

Bebed y alegráos, etc.
Bebed y alegraos,
cantad y reid;
las penas del alma
no existen aquí.

H A B L A D O

JEROMO. ¡Muchachos, pasad allá dentro! Dejemos descansar á estos señores. Luégo seguirá el baile.

CORO. Adentro, adentro. (Vanse por la segunda de la derecha.)

ESCENA III

EL CONDE, DIEGO, JEROMO y SOLDADOS

JEROMO. Es mi hija, señor. Mi hija Casilda, la que acaba de casarse con Perico. Un mozo, como un trinquete, sin agraviar á nadie.

DIEGO. Bien, bien. No os ocupéis de nosotros... Id con vuestros amigos.

JEROMO. Si necesitáis algo...

DIEGO. Os llamaremos, descuidad.

JEROMO. (Por fortuna, los otros están bien ocultos. Vienen persiguiéndoles, no hay duda. ¡Quiera Dios que no tengamos que sentir!) (Vase por la segunda de la derecha.)

ESCENA IV

DICHOS, menos JEROMO

CONDE. ¡Estoy derrengado! ¡Cada hueso es una punzada! ¡Hace ocho días que corremos de un lado á otro, en busca del infame Pacheco! ¡Yo no puedo más!

DIEGO. Tres veces hemos estado á punto de cogerle.

CONDE. Y las tres se escurrió como una anguila.

DIEGO. Los aldeanos de esta comarca, adictos todos á la causa que Pacheco defiende, le protegen y le ayudan. Pero poco he de poder, si hoy mismo no logro darle caza. Confidencias de origen seguro, afirman que Enrique y los suyos, merodean por esta campiña. Es preciso dar una gran batida al momento.

CONDE. ¡Para batidas están mis riñones!

DIEGO. ¡Se trata de rescatar á Aurora! ¡De salvar á vuestra hija!

CONDE. ¡Ya lo sé! Pero mis años son muchos, y mis piernas poco.

DIEGO. ¿Qué pensáis hacer entonces?

CONDE. Pienso permanecer en esta posada mientras recorréis vosotros los alrededores. Si ocurre algo, avisadme, y si no ocurre nada, no me aviséis, porque estaré roncando como un bendito.

DIEGO. ¡Corrientel! Reposad aquí algunas horas.

CONDE. (Mirando á la derecha.) ¡Allí distingo un lecho, que está diciendo tendersel! Voy á ocuparlo antes que me lo birlen.

DIEGO. De todos modos, luégo volveremos. ¡Adelante, muchachos!

CONDE. ¡Eso! ¡Adelante! ¡Y no os desaniméis! ¡La cabeza de Enrique Pacheco, pregonada por todo el reino, bien merece que se la busque! ¡Valor, y...! Voy á dormir un rato. (Vase por la primera de la derecha.)

DIEGO. ¡Marchemos! (Música en la orquesta.)

ESCENA V

JEROMO, LUCAS, MATEO , CORO DE CONJURADOS

Jeromo sale por la derecha. Mateo aparece por el granero en lo alto de la escalera. Lucas sale de la cueva, levantando una trampa á la izquierda del prosconito.

JEROMO. ¡Ya se alejan!

MATEO. ¿Todos?

JEROMO. Todos.

LUCAS. ¿No hay peligro?

JEROMO. Ninguno.

MATEO. Entonces, la señal. (Suena un silbido, y el resto del Coro sale entonces por diferentes lados: de la cueva, del granero, etcétera. Todos armados con mosquetes, puñales, etcétera.)

JEROMO. ¡Mil mosquetes! ¡De buena hemos escapado!

LUCAS. Yo creí que nos cogían en la ratonera.

MATEO. Ya hubiéramos defendido el pellejo antes de entregarnos.

LUCAS. Naturalmente. Como que es el único traje que no puede uno quitarse.

JEROMO. Si os descubren, incendian la posada.

LUCAS. ¿Y qué? Nuestro capitán te la hubiera pagado.

MATEO. No hay que desmayar.

LUCAS. ¿Desmayar? Al contrario. Cada vez tengo más valor. Yo creí que era cobarde. El primer tiro me sobreccgió un poco, y el segundo también, eso sí; pero al llegar al quinto me volví un león, y eché á correr con una furia, capaz de devorar á cualquiera. ¿Y sabéis por qué me inflamo de este modo? ¡Por ella! Por vuestra ahijada. Por Rosa, que nos acompaña á todas partes, y á quien quiero más cada día.

MATEO. ¿La quieres mucho?

LUCAS. ¡Mucho! Y desde que he sabido lo que hizo por nuestro capitán, la adoro.

MATEO. ¡Silencio! Ya te he dicho que no quiere que se sepa. Si ella supiera que te había confiado su secreto, no me perdonaría.

LUCAS. ¡Perder cuidado! Seré una tumba.

MATEO. ¿Y nuestra prisionera?

JEROMO. En la mejor habitación de la posada. Rosa la acompaña. Ya lo sabéis.

LUCAS. ¡Y su papá que estuvo aquí hace un instante sin sospechar nada!

TODOS. ¡Já, já, já!

ESCENA VI

DICHOS; ROSA, por la primera puerta de la izquierda.

ROSA. ¿Qué decis? ¿Aquí su padre?

LUCAS. ¡Toma, toma! Y don Diego, y los Soldados...

MATEO. Por fortuna, uno de los nuestros nos avisó mucho antes que llegaran...

LUCAS. Y pudimos ocultarnos á tiempo.

ROSA. Pero, ¿se han marchado?

LUCAS. ¡Bah! Ya hace rato. Han ido á perseguirnos por esos mundos.

ROSA. ¡Dios mío! ¡Y Enrique salió esta mañana! ¡Si le hallaren, si cayese en poder de sus enemigos...!

MATEO. ¡Imposible!

LUCAS. ¿Prender á Enrique? Antes se los merienda á todos.

ROSA. Sin embargo, es preciso saber...

JEROMO. (Bajando desde el foro.) ¡El capitán!

TODOS. ¡Ah!

LUCAS. ¿No os lo dije? ¡Pues bonito es el mozo!

ESCENA VII

DICHOS; ENRIQUE, por el foro.

MÚSICA

ENR. ¡Felices, muchachos!

TODOS. ¡Viva el capitán!

ENR. Noticias importantes
os tengo que dar.

TODOS. ¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?

ENR. Que hoy mismo, ¡voto á cien!
don Juan, nuestro caudillo,
recobrará el poder.

TODOS. ¿Es cierto?

ENR. ¿Que si es cierto?

¡Pues vaya si lo es!

Por donde quiera
que va el infante,
el pueblo en masa
le aclama fiel.

Y la victoria
marcha delante,
rindiendo plazas
á su poder.
Lucida escolta
de caballeros,
sigue su paso,
con gran valor.
Y en aclamarle
son los primeros,
alzando al aire
rojo pendón.
Ya los Soldados
dudan, vacilan,
y por su causa
van á luchar.
Y ya sus armas
todos afilan,
para esgrimirlas
por su don Juan.

—
Esto sucede—no hay duda ya.
Madrid mañana—sucumbirá.

Todos. Nueva dichosa.—No hay duda ya.
Hoy triunfaremos.—¡Viva don Juan!

—
HABLADO

ENR. No hay que perder momento. Es preciso que ocupe cada cual su puesto de honor.
LUCAS. Colocadme en el sitio más alto. Yo creí que no era valiente, pero lo soy.
ROSA. Hace poco don Diego y el Conde, seguidos de muchos Soldados, han entrado aquí.
MATEO. Pero los burlamos lindamente.
ROSA. Ahora recorren los contornos. Hay que estar prevenidos.

ENN. Nada temas. Mientras Aurora se halle en nuestro poder, nada intentarán contra nosotros. Tú, Mateo, cólocate á la entrada del pueblo, y avísanos en cuanto descubras la vanguardia del infante. Tú, Lucas, á la puerta de la posada, por si don Diego vuelve otra vez con los suyos. Vosotros, ocultáos, y estad dispuestos para la primera señal. Hoy jugamos el todo por el todo.

LUCAS. ¡Ganaremos! ¡No hay cuidado!

MATEO. ¡Viva Enrique Pacheco!

TODOS. ¡Vival (Vase. Música.)

ESCENA VIII

ENRIQUE y ROSA

ROSA. Y yo, señor, ¿cuál es el puesto que debo ocupar?

ENN. Tú, Rosa, á mi lado. No quiero que te separes de mí. ¡Yo velaré por esa vida que te empeñas en sacrificar!

ROSA. ¿Mi vida? ¿Qué vale mi vida comparada con la vuestra?

ENN. Vale mil veces más, puesto que ninguna ambición te domina, ni para exponerla te guía otro sentimiento que el de la amistad. Óyeme, Rosa. Hace tres días que vivimos entre el peligro y el deber. Perseguidos por unos, amparados por nuestros amigos, riñendo escaramuzas y burlando reveses, sin que tus labios se hayan quejado una sola vez, ni una sola vez haya desmayado tu corazón. Y al contemplar tu arrojo, tu denuesto, tu cariño hacia mí, no sé qué afecto misterioso brota en el alma, ni qué clase de dulce sentimiento la invade cuando, como ahora, te miro frente á frente.

ROSA. ¿Qué decís?

MÚSICA

ENN. ¿Sabes, Rosa, vida mía,
que más bella cada día
me parece tu persona?

¡Por qué tanta simpatía
mis sentidos aprisiona!
Yo no sé por qué será.

ROSA.

¡Oh, señor, dejadme ya!
ENR. ¿Sabes, niña, que tus ojos
y tus labios, siempre rojos,
en mi pecho dulcemente,
ahora mismo mil antojos
despertaron de repente?

ROSA.

Yo no sé por qué será.
¡Oh, señor, dejadme ya!
ENR. ¡No te dejes, ven acá;
yo no sé por qué será!

—

LOS DOS. ¿Por qué mi alma entera
conmueve y altera?
¿Qué causa produce
tan grata ilusión?
¿Por qué su mirada
me turba y me agrada?
¿Por qué estos latidos
me da el corazón?

—

ROSA. Su voz mi alma entera
conmueve y altera,
y el alma renace,
con dulce ilusión.
Su tierna mirada
me turba y agrada,
y fuertes latidos
me da el corazón.

—

ENR. ¿Sabes, Rosa, que te miro,
y, al mirarte, así suspiro
sin saber lo que me pasa,
y esta mano que hoy admiro
quema tanto, que me abrasa?

- ROSA. Yo no sé por qué será.
¡Oh, señor, dejadme ya!
- ENR. ¿Sabes, niña, que por eso
de mis labios sale un beso,
que tu mano busca ansioso,
y al no dártelo, confieso
que jamás tendré reposo? (La besa.)
- ROSA. ¡No beséis, dejadme ya;
basta, basta, bien está!
- ENR. ¡No te dejo, ven acá;
ya sé yo lo que será!
-
- LOS DOS. ¿Por qué mi alma entera? etc.
Su voz mi alma entera, etc.
-

ESCENA IX
DICHOS y EL CONDE
HABLADO

- CONDE. ¡No puedo conciliar el sueño! ¡Esa maldita cama es de
piedra berroqueña!
- ENR. (Volviéndose.) ¡Qué miro!
- CONDE. ¡María Santísima!
- ROSA. ¡El señor Conde!
- ENR. ¿Vos aquí?
- CONDE. ¡(Cae en la ratonera! ¡Van á degollarme!) ¡No! ¡Digo,
sí! ¡No sé lo que digo!
- ENR. ¿Sin duda os ocultábais para espiarnos?
- CONDE. ¡Os juro que no! ¿Yo un espía? Sólo al pensarlo, se su-
blevan mis nervios, y...
- ENR. ¡Basta!
- CONDE. Ya estoy dominado.
- ENR. Entonces, ¿qué buscáis? ¿Por qué estáis aquí?
- CONDE. Buscaba, la...
- ENR. A vuestra hija, ¿no es verdad?

- CONDE. ¡Eso; á mi hija! Eso busco hace tres días.
ENR. ¿Y deseábais hablarme para tratar de su rescate?
CONDE. ¡Caball! (No me ocurrió tal cosa.) ¡Pero qué penetración!
ENR. ¿Cuánto ofrecéis por ella?
CONDE. ¿Por mi hija? Cuanto poseo: todo. (Así, de golpe.)
ENR. (A ROSA.) Ve en busca de Aurora, y condúcela aquí.
(Vase ROSA por la primera puerta de la izquierda.)
CONDE. (¡A que me coge la palabra!)
ENR. No tenéis que hacer sacrificio alguno. Llevaos á vuestra hija.
CONDE. ¿De balde?
ENR. Ya es libre desde ahora.
CONDE. ¡Oh, magnanimidad!
ENR. ¡Así se venga Enrique Pacheco del Conde de Cifuentes!
(Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA X

EL CONDE; luego ROSA y AURORA, por el foro de la izquierda

- CONDE. ¡Oh, gran señor! Acabáis de probarme que... ¡Me la devuelve gratis! ¡Y hasta parece que me la devuelve con gusto! ¡Uf! ¡Sudo como un pollo!
ROSA. Allí tenéis á vuestro padre. (Vase por la derecha.)
AURORA. ¡Padre mío!
CONDE. ¡Hija de mi corazón! ¡Hija mía de mi alma! Responde, responde en seguida. ¿Qué te ha ocurrido durante estos tres días? ¡Dímelo todo, absolutamente todo! ¿Fuiste acaso víctima de alguna asechanza cruel?
AURORA. ¿Yo? ¡Al contrariol
CONDE. ¿Eh?
AURORA. Me han tratado con el mayor respeto, con la más alta consideración.
CONDE. ¿De veras? (¡Ay! ¡Respiremos!)
AURORA. Yo temí que Enrique quisiera vengar mis repetidos ultrajes, encerrándome en negra prisión y obligándome

me á sufrir mil penalidades; pero lejos de eso, su conducta no pudo ser más noble ni más delicada. Es un joven dignísimo, valiente y de gran corazón.

CONDE. (¡Á que se ha enamorado de él ahora!) ¡Bien, bien! Más vale así. Lo importante, es marcharnos en seguida. Tu futuro anda buscándote como un loco por esos contornos.

AURORA. ¿Marcharnos?

CONDE. Sí. Ya eres libre. ¡Andad!

AURORA. Gracias, papá. Yo no salgo de aquí.

CONDE. (¡Dios mío! ¡Me lo figuraba!) ¿Por qué razón?

AURORA. Porque ni vos ni yo debemos abandonar hoy á Enrique Pacheco.

CONDE. ¡Parece mentir! ¡Interesarse así por un aventurero, por un conspirador condenado á muerte!

AURORA. Ese aventurero, ese conspirador será dentro de algunas horas señor poderosísimo, y entrará triunfante en Madrid.

CONDE. ¡Eh! ¿Cómo es eso?

AURORA. Don Juan se acerca con sus partidarios. Todos le aclaman. Hoy mismo derribará á la regencia, y ocupará el poder.

CONDE. ¡Entonces, mañana no seré Consejero!

AURORA. Ni Consejero, ni nada.

CONDE. ¡Quedémonos, hija mía! ¡La prudencia más elemental lo está aconsejando! ¡Ya sabes que siempre fui partidario de don Juan! ¡Le quiero con delirio! ¡Y se lo probaré! ¡Ya lo creo! Si abandoné su causa, fué sencillamente porque le creí hundido; pero desde el instante que vuelve á triunfar, renace mi entusiasmo. Esto le pasa á cualquiera. (Suena un tiro.) ¡Caracoles!

AURORA. ¿Qué ocurre?

ESCENA XI

DICHOS; ENRIQUE y CORO DE CONSPIRADORES,

por la segunda de la derecha.

ENR. ¿Es una señal? El enemigo, sin duda.

CONDE. ¿El enemigo? ¿Cuál? Porque ya no sé quién es el mío.

ENR. ¡Pronto! Conducid á esta joven á sitio seguro. (Vase Aurora por el foro de la izquierda.)

CONDE Yo me voy con ella.

ENR. ¡Aguardad! Encerradme al señor Conde arriba en el granero.

CONDE. ¡Encerrarme á mí! ¡A mí, que tanto os admiro y que tanto os amo! Yo combatiré también á vuestro lado. Yo os probaré ahora mismo... (Suenan varios tiros.) ¡Creo que deben encerrarme! ¡Sí! ¡Que me encierren en seguida! (Subiendo á escape al granero.) ¡Y echad bien el cerrojo! ¡Mirad, que soy capaz de lanzarme á la brecha! ¡Viva don Juan de Austria! (Le encierran en el granero.)

ESCENA XII

DICHOS y LUCAS; JEROMO y CONSPIRADORES, por el foro;

ROSA, por la segunda de la derecha.

LUCAS. ¡Capitán, capitán! Los Soldados de Castrillo, mandados por don Diego, cercan la posada.

ENR. ¡Mil bombas! ¡Así os dejáis sorprender?

CONDE. (Asomando la cabeza por la mirilla de la puerta.) (¿Qué ocurrirá?)

LUCAS. ¿Qué hacemos?

JEROMO. Ante todo, ganar tiempo. (A Enrique.) Subid y ocultaos en cualquier parte.

ENR. ¡Oh, ángel mío! ¡Sálvame una vez más! (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ROSA. ¡Se me ocurre una idea!

TODOS. ¡Habla! (Rodeándola y con mucho interés.)

ROSA. La hija de Jeromo, celebra aquí su boda. Que Enrique

ocupe el puesto de la novia, y que don Diego nos halle bailando y celebrando el casorio.

LUCAS. Pues, ¡es verdad! De ese mo lo podrá escurrirse sin que nadie sospeche.

JEROMO. Pero, ¿y el traje?

ROSA. El de vuestra hija, que permanecerá oculta en su habitación.

CONDE. (¡Hola, hola, hola!)

JEROMO. Corriente. Voy á prevenir á todo el mundo. (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XIII

ROSA y LUCAS; EL CONDE, avomado á la mirilla, y
CONSPIRADORES

ROSA. Es preciso salvarle.

LUCAS. ¡Como que si le pescan, le ahorcan en un verbo! ¡Bonito es don Diego, y buen animal está el Conde!

CONDE. (¡Ah, tunante!)

LUCAS. ¡Tengo unas ganas de retorcerle el cuello!

CONDE. (¡Hombre, qué gracial)

ROSA. ¡Silencio! (Va al foro.)

LUCAS. ¿Son los Soldados?

ROSA. Todavía no.

ESCENA XIV

DICHOS; JEROMO, y CORO GENERAL

JEROMO. ¡Pronto! ¡Venid corriendol! ¡Ya están avisados!

ROSA. ¿Sabéis de lo que se trata?

TODO. Sí, sí.

ROSA. ¡Mucha serenidad! ¡Vosotros en baile! Lucas y yo, tenemos que ocultarnos, porque don Diego nos reconocería, pero estaremos en acecho y dispuestos á prestaros ayuda. ¡Sígueme! (A Lucas.)

LUCAS. Eso estoy haciendo toda la vida. (Vanse por el foro de la derecha.)

ESCENA XV

DICHOS, menos ROSA y LUCAS

JEROMO. ¡Viva la novia!

TODOS. ¡Viva!

JEROMO. ¡A bailar, á divertirse! (Bajo.) y mucho ojo con los Soldados.

MUSICA

Coro. ¡Bailad, bailad, no sosegad,
y siga la fiesta con dulce placer;
la boda cantemos y aquí celebremos
del novio la dicha, que eterna ha de ser!

ESCENA XVI

DICHOS, DIEGO y SOLDADOS

DIEGO. ¿Qué algazara es esta?

CORO. ¡Ya lo hemos contado:

la bella Casilda
hoy emparentó,
y todos alegres
por su nuevo estado,
celebran su dicha
que bendiga Dios!
(¿Será una farsa?)
vamos á ver.

DIEGO.

¿En dónde está esa novia?
¿en dónde su doncel?

CORO. (Llamando.)

¡Casilda! ¡Casilda!
¡Perico! ¡Perico!
salid sin tardanza,
salid sin temor.

ESCENA XVII

D'CHOS; ENRIQUE, vestido de novia, y PERICO

- ENR. Aquí estamos todos,
 prosiga la danza.
- JEROMO. (A Diego.) ¿Ya disteis la vuelta,
 mi noble señor?
- DIEGO. ¿Es esta la novia?
- ENR. La novia soy yo.
- DIEGO. (¿Qué miro?)
- ENR. (¡Se turba!)
- DIEGO. (¡Es él, vive Dios,
 su rostro es el mismo!)
- ENR. (¡Mostremos valor!)
- ¿Por qué mirarme
 con tal fijeza?
- DIEGO. (¡Quizás me engañe;
 tendré prudencial)
- Admiro de ese rostro
 la gracia que noté.
 Lo estrecho de ese talle,
 lo chico de ese pie;
 y dudo lo que dudo,
 y qué pensar no sé;
 pues ser puede una cosa,
 y puede al fin no ser.
- CONDE. (Asomado á la mirilla.)
 (Que tú eres un bolonio,
 ¡eso sí que lo es!)
- DIEGO. Seguid vuestra fiesta,
 que cante la novia.
- ENR. (Cantar es preciso.)
- Con gusto lo haré.
- DIEGO. (¡Audacia increíble;
 es ella, no es él;
 de todas maneras,
 en guardia estaré!)

I

ENR. La mujer que no se casa,
no se puede resistir;
pues la vida entera pasa
dando á todos que decir.
El casarse es cosa llana,
y un marido hay que pescar,
y si el pez nos sale rana,
nos tenemos que aguantar.
¡Ay, mi serranito,
ya estoy muy contenta!
Con mi maridito
me salió la cuenta.
Pues si lo he hechizado
con mis labios rojos,
él me ha enamorado
con sus negros ojos.

Coro. ¡Ay, mi serranito, etc.!

II

ENR. Suele ser el matrimonio,
según dice cada cual,
ó una vida del demonio,
ó una dicha celestial.
Yo no sé la que me espera,
mas mi suerte quiero ver;
pues mejor que estar soltera,
casadita quiero ser.
¡Ay, mi serranito, etc., etc.!

H A B L A D O

JEROMO. ¡Vaya, vaya! Basta de bailoteo, que se hace tarde y
los novios tienen que marcharse á su casa.

DIEGO. ¿Marcharse los novios? ¡Imposible!

JEROMO. ¿Cómo imposible?

- DIEGO.** ¡De aquí no sale nadie hasta nueva orden!
ENR. ¿Y con qué derecho nos lo impedis?
DIEGO. ¿Eh?
ENR. (Muy amable.) Digo, señor, que debéis hacer una excepción en favor nuestro.
DIEGO. Aguardad un instante. Vamos á registrar la posada. Hay quien afirma que aquí se halla oculto Enrique Pacheco.
ENR. ¿Qué decís? ¿Pacheco? ¿Ese conspirador? ¿Ese grandísimo tunante? ¿Ocultarse en la posada?
JEROMO. ¡Imposible! ¡No lo creáis!
ENR. Registremos todos. Auxiliemos á los Soldados del rey. Si Pacheco se halla oculto, sufrirá su castigo. (Yo salgo, aunque sea por el tejado.)
JEROMO. ¡Sí! ¡Sí! ¡A registrarlo todo!
TODOS. ¡Registremos! (Echan á correr por la derecha.)

ESCENA XVIII

DIEGO, EL CONDE y SOLDADOS

- DIEGO.** ¡Poco á poco! ¡Aguardad! ¡Yo mismo voy á acompañaros!
CONDE. (En la mirlilla.) ¡Queridísimo yerno!
DIEGO. ¿Eh?
CONDE. ¡Abrid aquí!
DIEGO. (Mirando.) ¿Dónde estáis?
CONDE. ¡En esta ratonera!
DIEGO. ¡Calla! ¡Pues es verdad!
CONDE. ¡Abrid pronto!
DIEGO. ¡Le han encerrado! (Abre: el Conde sale lleno de paja.)
CONDE. ¡Apresuráos!
DIEGO. ¡Ya está! ¿Qué hacías ahí dentro!
CONDE. ¡Chist! (Dejan.) ¡Silencio!
DIEGO. ¿Qué ocurre?
CONDE. ¡Cosas gordas! ¡Se asegura que don Juan de Austria entrará hoy en Madrid!

DIEGO. ¡Qué disparate! Don Juan ha sido preso de nuevo á estas horas, y va camino del destierro.

CONDE. ¿Estáis seguro?

DIEGO. ¡Segurísimo!

CONDE. Entonces, no tengo por qué callar. Oídmelo bien.

DIEGO. Ya oigo.

ROSA. (Saliendo y escuchando, oculta.) ¡Qué hablarán!

LUCAS. (Asomando la cabeza por el carro.) ¡Si pudiera enterarme!

CONDE. ¡Sois un mentecato!

DIEGO. ¿Eh?

CONDE. ¡Un torpe, un inepto! ¡Esa novia, no es tal novia!

DIEGO. ¡Me lo figuraba! ¿Es Enrique?

CONDE. ¡El mismo!

LUCAS. ¡Sopla! (Esconde la cabeza.)

ROSA. ¡Ah, viejo tuno!

CONDE. ¡Y esos Convidados, sus partidarios! ¡Y esta posada, una madriguera de pillos! ¡Y en la madriguera, vuestra futura!

DIEGO. ¿Aurora?

CONDE. ¡Caballito!

DIEGO. ¿Dónde se halla? ¡Voy á pegar fuego á la casa!

LUCAS. ¡Qué bárbaro!

CONDE. ¡Aguardad! ¡Tengo un plan soberbio!

DIEGO. ¿Otro? Sois el hombre de los planes.

CONDE. Mientras buscáis á Aurora, yo me apodero de Enrique.

DIEGO. ¿De qué manera?

CONDE. Muy sencillo. ¿No querían irse de aquí los novios? Bueno. Pues doy permiso en vuestro nombre para que se marchen.

DIEGO. ¿Eh?

CONDE. ¡Chist! Tengo escondidos allí á los Soldados, y en cuanto Enrique asome por la puerta, le echan el guante, y sin que se entere nadie, lo conducen á Madrid, codo con codo.

ROSA. ¡Bueno es saberlo! (Vase.)

CONDE. ¿Qué tal?

DIEGO. ¡Sois un gran estratégico!

CONDE. No puedo negarlo. Aurora debe hallarse en una de aquellas habitaciones. ¡Corred en su busca y conducidla aquí mientras yo cojo al otro.

DIEGO. ¡Apresuráos! (Vase por la primera de la izquierda.)

CONDE. Así evito que haya gresca y que pueda tocarme alguna china. Voy por los Soldados. (Vase por el foro.)

LUCAS. (Asomando la cabeza.) ¡No hay duda! ¡Mi pobre amo va á caer en la trampa! ¡Si yo pudiera avisarle!... (Ve salir al Conde.)

CONDE. (Desde fuera.) ¡Entrad por aquí!

LUCAS. (Escendiéndose.) ¡Demonio!

ESCENA XIX

LUCAS, EL CONDE y cuatro SOLDADOS

CONDE. Oídme bien. (Bajo.) Vais á prestar un servicio de gran importancia. Ya habréis visto hace poco á esos novios, que celebraban aquí una fiesta. Bueno. Pues voy á dar orden para que se marchen. En cuanto asomen por allí, los cogéis presos, y sin ruido ni alboroto, los lleváis á la carretera, en donde estaré yo con el resto de la fuerza. (Si. Es mejor irse á la carretera. Si ocurre algo, puedo echar á correr por todas partes.) ¡Prudencia y decisión! ¡La novia es la que más importa! Porque... sabedlo de una vez. ¡La novia, es Pacheco!

Todos. ¡Pacheco!

CONDE. ¡Sí! Se disfrazó de mujer para burlarnos y poder escapar. ¿La recordáis bien?

SOLD. 1.º Pues, ¡ya lo creo! Como que iba vestida de blanco.

CONDE. ¡Caball!

SOLD. 1.º No se me despintará.

CONDE. Nada de alboroto, ¿eh? Ocultáos allí, que voy en seguida á llamarlos. (Los Soldados se ocultan en el foro de la izquierda.) ¡De esta vez, triunfo completo!

ESCENA XX

DICHOS; JEROMO, por la segunda de la derecha.

JEROMO. ¡Señor! ¡Señor!

CONDE. ¿Qué quieres?

JEROMO. Que hemos registrado la posada, y que no hay ni señales de ese traidor que buscaban.

CONDE. Ni señales, ¿eh? (¡Valiente tuno estás!)

JEROMO. Y los novios desean irse á su casa. Porque... en fin... como se han casado esta mañana... ya comprendéis...

CONDE. (¡Él mismo se entregal) Bueno. Que se marchen. Pero ellos solos, ¿eh? Los demás quedarán aquí.

JEROMO. ¡Corrientel

CONDE. Voy á dar orden para que los Soldados no los detengan.

JEROMO. (¡Oh, fortunal)

CONDE. ¡Que se marchen! ¡Su afán es muy natural! ¡Pobrecitos! (Vase por el foro.)

JEROMO. (Corre al foro. Observa, y se acerca rápidamente á la segunda puerta de la derecha.) ¡Salid, capitán, y marchad á escape!

ESCENA XXI

DICHOS; ROSA, vestida con el traje blanco de novia igual al de Enrique.

ROSA. ¿No hay nadie? ¿Estás seguro?

JEROMO. (Que mira al foro, sin reparar en ella.) ¡Nadie! ¡Escapad!

SOLD. 1.º (Sale á escena, y apuntan con los mosquetes.) ¡Alto!

ROSA. (Cubriéndose la cara con las manos.) ¡Ah!

JEROMO. (Cayendo al suelo asustado.) ¡Zape!

SOLD. 1.º ¡Al fin caiste en nuestro poder! ¡Pronto! ¡Prended á ese también! Y vos, (A Rosa.) marchad delante.

SOLD. 2.º ¡Vamos! (Vase Rosa por el foro.)

JEROMO Pero, considerad que yo...

SOLD. 1.º Si chistas, hago fuego.

JER. OMO. ¡No chisto! (Vase por el foro.)

SOLED. 1.ª ¡Andando! (idem.)

ESCENA XXII

LUCAS; luego ENRIQUE

LUCAS. (Bajando del carro.) *Consumatum est.* ¡Amo mío de mi alma! ¡Amo mío de mi corazón! ¡Le cortan la cabeza sin remedio!

ENR. (De hombre.) ¿Por qué lloras, muchacho?

LUCAS. ¡Cristo bendito!

ENR. ¿Qué te pasa?

LUCAS. ¿Pero sois dos, ó sois uno?

ENR. ¿Qué quieres decir?

LUCAS. Que acaban de prenderos ahora mismo, delante de mis ojos.

ENR. ¿A mí?

LUCAS. Vestido de novia.

ENR. ¿Qué dices? ¿Han preso á la novia?

LUCAS. Hace un instante. Y á Jeromo también.

ENR. Entonces... ¡Sí! ¡Sí! Por eso subió hace poco Rosa ha decirme que me habían descubierto, y se llevó mi disfraz.

LUCAS. ¿Cómo? ¿Fué Rosa?

ENR. Y ha ocupado mi puesto para salvarme.

LUCAS. ¡Sí! ¡Ella fué! ¡Vuestro Angel de la Guarda! (¡Uff! ¡Se me escapó!)

ENR. ¿Qué oigo? ¿Mi ángel?

LUCAS. ¡Perdón, señor! ¡Yo no quería decirlo!

ENR. ¡Responde! ¡Aquella sombra que apareció ante mis ojos en la alquería...!

LUCAS. ¡Era ella!

ENR. ¡El dinero que recibí...!

LUCAS. ¡Su dote íntegra!

ENR. ¡La gitana que me dió el medallón...!

LUCAS. ¡Ella! ¡Siempre ella! Lo sé por su padrino, á quien se lo había confiado, pero juré callarme.

ENR. ¡Era Rosa! ¡Rosa! ¡Y yo sin sospecharlo!
LUCAS. ¡Sin adivinar su pasión!
ENR. ¿Qué dices? ¿Rosa me ama?
LUCAS. ¡Toma, toma! ¡Pues eso es lo que á mí me revienta!
ENR. ¿Es posible?
LUCAS. ¿Que me revienta? ¡Ya lo creo!
ENR. ¡No, no! Que ella me quiera.
LUCAS. ¡Y tan posible! También me lo dijo el padrino. Me ha dado ese hombre unas noticias, que ¡ya, ya!
ENR. ¡Es preciso rescatarla! ¡Corramos en su busca!

ESCENA XXIII

DICHOS; DIEGO y AURORA, por el foro de la izquierda.

DIEGO. Te aseguro que han debido prenderlo. Y estará camino de Madrid.
AURORA. ¿Cómo prenderlo? Mírale. (Señalando á Enrique.)
ENR. ¡Oh!
DIEGO. ¿Él otra vez? ¡Soldados! (Llamando.)
LUCAS. (¡Sí! ¡Llama á los soldaditos!) (Gran ruido fuera.)
ENR. ¿Quién grita?
DIEGO. ¿Qué puede ocurrir?

ESCENA XXIV

DICHOS; EL CONDE, sale corriendo con el traje en desorden.

CONDE. ¡Favor! ¡Socorro! ¡Que me metan en el granero!
AURORA. ¡Padre mío!
DIEGO. ¿Qué tenéis?
CONDE. ¡Pues, nada! ¡Que acabamos de tropezar con la vanguarda del infante, que, á escape y triunfador, se dirige á la Cortel! Nuestros Soldados se han unido á los otros, gritando: ¡Viva don Juan! Y yo he vuelto aquí, corriendo como un gamo, para librar el pellejo.
DIEGO. Pero, ¿no llevábais preso al gran caudillo? ¿Al invicto Pacheco?
CONDE. ¡Eso creía yo! ¡Pero me han dado gato por liebre!
LUCAS. ¡Aquí están! ¡Nuestros amigos! ¡Y Rosa también! ¡Viva el capitán! (Voces fuera.) ¡Viva!

ESCENA XXV

DICHOS; MATEO y ROSA; SOLDADOS, ALDEANOS
y CORO GENERAL

ENR. ¡La victoria es completa!

CONDE. (Dando la mano á Enrique.) ¡Que sea enhorabuena! ¡Ya sabía yo que triunfaríamos! ¡Aquí tenéis á vuestra esposa! (Por Aurora.)

ENR. ¡Gracias, señor Conde! Soy tan generoso, que renuncio decididamente á su mano.

CONDE. ¿Qué decís?

ENR. Digo, que me casaré con la única á quien amo, con la que sacrificó por mí su vida entera. Con mi querida Rosa.

ROSA. ¡Conmigo, señor?

ENR. ¡Con mi *Angel de la Guarda*!

LUCAS. ¡Se casa con ella? ¡Bueno! ¡Yo seré el padrino del primer angelito que se presente! ¡Debo sacrificarme también por la patria!

MUSICA

ENR.

Viéndote dichosa,
mi alma se contenta;
siendo tú mi esposa,
me salió la cuenta.
En estrecho lazo,
siempre viviremos;
y en eterno abrazo,
nos arrullaremos.
Hoy es el gran día,
de felicidad;
siga la alegría,
siga sin cesar.

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DE PINA DOMINGUEZ

- ¡NO ME SIGA USTED!** Comedia original en un acto.
EL VIEJO TELÉMACO. Zarzuela original en dos actos.
SENSITIVA. Zarzuela original en dos actos.
EL VIOLINISTA. Zarzuela en un acto.
¡ADIOS MI DINERO! Zarzuela en un acto.
LA VIDA EN UN TRIS. Zarzuela en un acto.
LAS MULTAS DE TIMOTEO. Comedia en un acto.
DESCARGA DE ARTILLERIA. Comedia original en un acto.
POR HUIR DEL VECINO. Juguete cómico original en un acto.
PIRLIMPIMPIN 1.º Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
LOLA. Zarzuela en dos actos.
SE DAN CASOS. Zarzuela original en un acto.
UN NUEVO QUINTILIANO. Comedia original en un acto.
LA COPA DE PLATA. Zarzuela en dos actos.
LO SÉ TODO. Juguete cómico en dos actos.
FAUSTO. Parodia en dos actos (de la óp.)
LA CASA DE LOCOS. Zarzuela original en un acto.
DAR EN EL BLANCO. Comedia original en tres actos.
ME RES IGUAL. Juguete cómico original en un acto.
EL FORASTERO. Juguete cómico original en tres actos.
EL FOGON Y EL MINISTERIO. Juguete cómico en un acto.
¡VALIENTE AMIGO! Juguete en dos actos.
LA LEY DEL MUNDO. Comedia en tres actos.
LAS CEREZAS. Juguete cómico original en tres actos.
COMPUESTO Y SIN NOVIA. Zarzuela cómica en tres actos.
ARDA TROYA. Juguete cómico original en tres actos.
LA DULCE ALIANZA. Juguete cómico en tres actos.
LA GACETILLA DEL AÑO. Revista original en un acto.
LOS DOMINÓS BLANCOS. Comedia en tres actos.
EL AÑO SIN JUICIO. Revista original.
CAMBIAR DE COLORES. Comedia en un acto.

EL DOCTOR OX. Zarzuela en tres actos y seis cuadros.
LOS MADRILES. Zarzuela original en dos actos.
AMAPOLA. Zarzuela cómica en tres actos.
EL CHIQUITÍN DE LA CASA. Comedia en tres actos.
EL EMPRESARIO DE VALDEMORILLO. Zarzuela original en dos actos.
 (Segunda parte de los Madriles.)
EL DIABLO COJUELO. Revista original en tres actos.
ESTO, LO OTRO Y LO DE MÁS ALLÁ. Revista original en un acto.
EL DINERO EN LA MANO. Comedia en dos actos.
EL CABALLO BLANCO. Jugete cómico en dos actos.
HISTORIAS Y CUENTOS. Zarzuela original en dos actos.
LAS DOS PRINCESAS. Zarzuela en tres actos.
DIMES Y DIRETES. Jugete cómico en un acto.
EL PAÑUELO DE YERBAS. Zarzuela cómica en dos actos.
ÓDIEME USTED, CABALLERO! Jugete cómico en dos actos.
DOS HUÉRFANAS. Zarzuela en tres actos, siete cuadros.
¡¡YA SOMOS TRES!! Jugete cómico-lírico original en un acto.
¡A SANGRE Y FUEGO! Jugete cómico-lírico en un acto.
EL CORREGIDOR DE ÁLMAGRO. Zarzuela cómica en tres actos.
¡AQUÍ, LEON! Jugete cómico-lírico en un acto.
EL ESPEJO. Comedia original en tres actos.
ARMAS AL HOMBRO. Jugete cómico-lírico en un acto.
¡EH! ¡A LA ILAZA! Revista original en un acto.
LIBRE Y SIN COSTAS. Jugete cómico en un acto.
LAS TRES JAQUECAS. Comedia en tres actos.
VIAJE A SUIZA. Veraneo cómico-lírico en tres actos.
EL PAÍS DE LAS GANGAS. Revista original en un acto.
LAS MIL Y UNA NOCHES. Cuento fantástico original en tres actos.
CURARSE EN SALUD. Proverbio en dos actos.
LA MISA DEL GALLO. A propósito cómico lírico original en un acto.
ELLOS Y NOSOTROS. Cuadro cómico-lírico original en un acto.
MADRID-ZARAGOZA-ÁLICANTE. Jugete cómico en un acto.
LA TABERNA. Melodrama en tres actos.
LA COLA DEL GATO. Comedia de magia en tres actos.
PARA CASA DE LOS PADRES. Jugete cómico-lírico en un acto.
VESTIRSE DE LARGO. Jugete original en un acto.
LA DUCHA. Jugete cómico original en tres actos.
LA FERIA DE SAN LORENZO. Zarzuela cómica en tres actos.

AGUA Y CUERNOS. Apropósito en un acto original.
 EL MILAGRO DE LA VIRGEN. Zarzuela original en tres actos.
 LOS FUSILEROS. Zarzuela en tres actos.
 LA DIVA. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
 NINICHE. Opereta cómica en dos actos.
 ¡MÚSICA! ¡MÚSICA! Opereta en un acto.
 CASTILLOS EN EL AIRE. Zarzuela en dos actos.
 LA VIDA MADRILEÑA. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
 JUEGOS ICARIOS. Zarzuela cómica en un acto.
 Á CASA CON MI PAPÁ. Comedia en tres actos.
 EL TEATRO NUEVO. Pasillo en un acto.
 LA FIESTA DE LA GRAN VÍA. Revista cómica-lírica-original.
 YO Y MI MAMÁ. Apropósito en un acto.
 TIPLE EN PUERTA. Juguete cómico-lírico en un acto.
 20 CÉNTIMOS. Juguete cómico en tres actos.
 AGUAS AZOTADAS. Juguete cómico-lírico en un acto.
 MAM'ZELLE NITOUCHE. Zarzuela en dos actos.
 ODETTE. Drama en tres actos..
 EXPOSICION UNIVERSAL. Revista original en un acto.
 ¡MI MISMA CARA! Juguete cómico original en un acto.
 UN CRIMEN MISTERIOSO. Juguete cómico en un acto.
 20 CÉNTIMOS. Juguete cómico en dos actos y tres cuadros.
 LA DUCHA. Refundida en dos actos.
 EL COCODRILO. Zarzuela en dos actos.
 SIN EMBARGO. Juguete cómico original en un acto.
 ¿QUIÉN SE CASA? Juguete cómico en dos actos
 CRECED Y MULTIPLICÁOS. Juguete cómico en tres actos y en prosa.
 LOS TRES SOMBREROS. Juguete cómico en un acto.
 ¡MIL DUROS Y MI MUJER! Juguete cómico original en un acto y en prosa.
 EL CRIMEN DE LA CALLE DE LEGANITOS Comedia en dos actos.
 LOS BOMBONES. Juguete cómico en tres actos y en prosa.
 PARIS, FIN DE SIGLO. Comedia en cuatro actos.
 LOS COHETES. Juguete en un acto y en prosa.
 LA MUJER DE PAPÁ. Vaudeville en dos actos, prosa.
 RETOLONDRÓN. Opereta cómica en un acto y en prosa.
 MATRIMONIO CIVIL. Comedia en dos actos y en prosa.
 EL BOTICARIO DE NAVALCARNERO. Juguete cómico en tres actos y en prosa.

CORREOS Y TELÉGRAFOS. Juguete cómico original, en un acto y en prosa.

EL HÚSAR. Zarzuela en dos actos.

EL CHIQUITÍN DE LA CASA. Comedia en dos actos y en prosa.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ. Comedia en dos actos y en prosa.

EL ÁNGEL GUARDIÁN. Zarzuela en tres actos y en prosa.

EL VALLE DE ANDORRA.

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE MR. DE SAINT-GEORGES, Y ARREGLADA
A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

Don Luis Olona,

música del maestro

D. JOAQUÍN GAZTAMBIDE.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro del Circo el 5 de
noviembre de 1852.

DÉCIMA EDICION.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1885.

La propiedad de esta comedia pertenece a su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traducción, de impresión y de representación en el extranjero, según los tratados vigentes.

Los corresponsales de D. Francisco Rubio, dueño de la Administración general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representación en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

PERSONAS.

ACTORES.

EL CAPITAN ALEGRIA.....	D. FRANCISCO SALAS.
COLÁS, aldeano.....	D. VICENTE CALTAÑAZOR.
VICTOR, cazador.....	D. JOSÉ GONZALEZ.
MARCELO, pastor.....	D. FRANCISCO CALVET.
EL SARGENTO LIRON.....	D. JUAN CARCELLER.
EL SÍNDICO DEL VALLE DE ANDORRA.	D. LUIS RIVERA.
✓ LUISA.....	DOÑA JOSEFA RIZO.
✓ MARIA.....	DOÑA ANGELA MOREMO.
✓ TERESA.....	DOÑA MARIA SORIANO.
UN PASTOR.....	D. JOSÉ ARECES.
UN GUARDA.....	D. N. MOYA.
UN ALDEANO.....	D. N. DIAZ.
UN RECLUTA.....	D. N. PAVON.

Soldados, Reclutas, Aldeanos, Aldeanas, Jueces, Coristas, Músicos, Bailarines y Comparsas.

NOTA.

La dirección de escena de esta zarzuela se vende separadamente, con explicación de decoraciones, trajes, accesorios, colocación de comparsas, etc., etc. Las personas que quieran comprarla se dirigirán a los señores Salas, Helguero y Gaztambide, en el teatro de la Zarzuela.

Asimismo se vende la dirección de escena de la mayor parte de las zarzuelas representadas en dicho teatro.

ACTO PRIMERO.

Sitio pintoresco de los Pirineos en el Valle de Andorra. Á la derecha del actor, en primer término, la alqueria de Teresa; á la izquierda las dependencias de la alqueria: árboles, etc.: una subida á las montañas hácia la derecha: otra á la izquierda, y hácia el mismo lado una bajada al valle. Un puente practicable, que empieza en el centro de la escena y se pierde por el tercer bastidor de la derecha. Empieza el acto con las primeras y mas débiles tintas del alba: la escena está sola un momento: á poco se oyen campanillas, que se supone son del ganado que pasa muy cerca: un guarda-bosque está dormido profundamente al pié de un árbol con su escopeta: por detrás de un pico alto de la montaña asoma un pastor.—Se oye el canto de los pájaros.

ESCENA PRIMERA.

El PASTOR, un GUARDA, COROS, depues COLAS.

PASTOR. ¡Ah del valle! ¡El alba asoma!
 ¡Ah del valle!

GUARDA. ¡Ah del pastor!

PASTOR. Ya despunta el nuevo día.
 ¡Ya amaneció!

LOS DOS. ¡Ya amaneció!

PASTOR. ¡Del trabajo la hora es estal
 Cada cual á su labor,
 mi rebaño al monte llevo;
 — guárdeos Dios.

LOS DOS. ¡Guárdeos Dios!

(Se va el Pastor. El Guarda toca una campana que hay á la entrada de la alquería y se aleja por el valle. Sale el coro por varios lados; unos llevan carritos con instrumentos de labor, otros haces, otros cántaros de leche, etc., etc.; varios aldeanos cruzan el monte con instrumentos de labranza.)

CORO. Al campo marchemos,
la noche pasó
y el monte coronan
los rayos del sol.
De nuevo nos llaman
la espiga y la flor,
de nuevo trabajen
la esteba y la hoz.

(Se oye un toque de tamboril y flauta dentro. Todos los que están en escena se detienen y dicen escuchando.)

CORO. ¡Oid, oid!
¿Qué nos anuncian
los fieles ecos
del tamboril?

DENTRO. ¡Oid, oid!

CORO. ¡Oid, oid!

(Sale Colás con un aldeano que toca el tamboril y otro la flauta: los sigue un grupo de campesinos de ambos sexos: se detienen en el fondo y canta acompañado del tamboril y flauta, en ciertos momentos.)

COLAS. Pastores, zagalas,
llegó florido abril
y piden su reina
la rosa y el jazmin.
Volad mañana al prado,
mañana es fiesta aquí,
la reina de las flores
debemos elegir.

¡Venid!

¡Venid!

Venid mañana al prado,
mañana es fiesta aquí.

CORO. Pastores y zagalas,
llegó risueño abril,
la reina de las flores

COLAS.

debemos elegir.
Alegres, festivas,
al son del tamboril,
canciones y danzas
tambien habrá sin fin.
Volad mañana al prado,
mañana es fiesta aquí,
la reina de las flores
debemos elegir.

¡Venid!

¡Venid!

CORO.

Venid mañana al prado,
mañana es fiesta aquí.
Mañana al prado iremos,
mañana es fiesta aquí,
la reina de las flores
debemos elegir.

(El tamboril y la flauta se alejan tocando: el coro vuelve á coger sus instrumentos de labor y se dispersa lentamente en varias direcciones. Teresa, que se ha asomado á escuchar las anteriores coplas al balcon de su casa, sale de ella en este momento.)

ESCENA II.

TERESA, LUISA, despues COLAS.

TERESA. ¡La reina de las flores! ¡Oh, si yo fuese la elegida! Hoy mas que nunca lo ambiciona mi corazon. ¡Si, si! Yo la reina seré. ¿Quién podrá en el valle disputarme este honor?

LUISA. Buenos dias, señora Teresa. (Saliendo.)

TERESA. Luisa.

LUISA. ¿Sabeis ya la fiesta de mañana?

TERESA. Si. Segun antigua costumbre...

LUISA. Van á elegir la reina de las flores. ¿Creereis que anda ya mi nombre de boca en boca?

TERESA. ¿Vuestro nombre?... ¿Qué? ¿aspirais por ventura?...

COLAS. Como todas las muchachas bonitas del pais. (Saliendo.)

TERESA. ¡Ah! (Con desden.)

COLAS. Dios guarde á la bella Teresa, á la mas rica labradora y mas gentil viuda del valle de Andorra.

TERESA. Servidora vuestra, amigo Colás.

COLAS. ¡Caramba! qué buena cosa es hallarse en medio de dos mozas como verbo y gracia! (Señalando á Teresa y luego á Luisa.) ¡La primavera y el estio, el clavel y la violeta! ¡Ay! cuál será de estas dos flores la que retoñe en mi corazon!

TERESA. ¡Qué! ¿tiene corazon el señor Colás?

COLAS. Á veces lo dudo. El pobre sufre tanto, que se va haciendo pedacitos, pedacitos...

TERESA. ¡Va! si lo repartis entre todas nosotras. (Riendo.)

COLAS. Pues dadme un poco del vuestro, egoistas.

TERESA. ¡Calle! ¿os figurais que sois vos solo el digno de nuestro cariño? ¿que faltan jóvenes mas dignos que vos?...

COLAS. No tal. Nuestro valle abunda en buenos mozos. Y como somos tantos, nos hacemos casi siempre mal tercio. ¡Qué gran pais! Os aseguro que tengo á orgullo ser en él ciudadano. ¡Ciudadano del valle de Andorra! Una soberbia república de... de mil y quinientos habitantes, situado en el mas bello paraje de los Pirineos!... Un estado, en fin, libre, independiente... que tiene sin embargo que dar un contingente de hombres á España en tiempo de guerra... lo cual no es muy agradable que digamos, y una buena suma de francos á Francia todos los años... lo cual no es muy barato. Pero merced á esto, las dos naciones, nuestros dos vecinos de derecha é izquierda, nos dejan la libertad de gobernarnos á nuestro antojo... y esto es una cosa que no tiene precio.

TERESA. ¿Venís de parte de vuestro tio á cobrar los alquileres de mi granja? El dinero está pronto, señor Colás. Tres mil libras en buenos luses de oro tengo apartadas en mi cofre, y si gustais...

COLAS. ¡Cá! Mi tio no me ha enviado aqui. Hoy vengo yo por mi cuenta.

TERESA. ¿Á buscar el dinero?

COLAS. ¡Á buscar vuestro corazon, ingrata!

TERESA. ¡Eh! callad. Á todas decís lo mismo... sin exceptuar á Maria, á esa jóven que mi madre acogió por caridad en casa hace muchos años, á esa perezosa, que pasa su tiempo en coger flores y en mirar á las estrellas, en vez de ayudarme á vigilar mis campos. Asi son los hombres: siempre se prendan de lo mas extravagante.

Hasta el mismo Victor, el gallardo cazador de estos montes, me preguntaba el otro dia por ella con un interés...

LUISA. ¿Mi primo? Quién le hace caso? Victor es una especie de salvaje que solo se encuentra á su gusto en el seno de los bosques ó en la cima de las montañas.

TERESA. No hablarais de él asi á no estar reñidas vuestras familias.

LUISA. Os equivocais. Mi primo no me quiere mal á pesar de eso, y...

COLAS. Pues yo deseo que os aborrezca, que os abomine. Sin esto pudiera Victor reflexionar que vos sois un buen partido para un soltero y... y en fin, me urge casarme sin demora... mañana, hoy... al punto si es posible.

LUISA. ¡Dios mio y qué prisa!

TERESA. ¿Por qué os ha dado tan de repente?...

COLAS. Ese es mi secreto. Yo tengo mis razones... Aunque si escuchára los consejos de Marcelo, el viejo pastor que presume un poco de brujo... á vos sola debiera yo dirigir mis obsequios.

TERESA. ¡Cómo!

COLAS. ¡La bella Teresa te mira con buenos ojos! No seas testarudo, declárate, ¡zopenco!

TERESA. ¿Eso te ha dicho Marcelo?

COLAS. Como lo ois. ¡Oh! él asegura que conoce todos vuestros secretos muy bien... y los vuestros, Luisa.

LUISA. ¡Los míos! qué disparate!

COLAS. Ambas, me añadió; guardan en su pecho una pasion misteriosa.

TERESA. Marcelo es un loco.

LUISA. ¡Un visionario!

(Se oye el son de una zampoña. Orquesta.)

COLAS. Ahí le teneis .. oid los sonidos de su zampoña. Veremos ahora.

TERESA. Sí que veremos. Quiero confundirle.

LUISA. ¡Y yo!

ESCENA III.

DICHOS y MARCELO, que baja tocando la zampoña.

MARCELO.

Yo soy del valle de Andorra

(Al aparecer la escena.)

el viejo pastor,

el viento de sus montañas

mi cuna meció.

Mi frente reaniman

la nieve y el sol;

de plantas y flores

me duermo al amor;

ni envidia, ni nadie

jamás me envidió.

Mi libre pobreza

bendígala Dios.

Yo soy del valle de Andorra

el viejo pastor,

el viento de sus montañas

mi cuna meció.

COLAS. ¿Por aquí tan temprano, señor Marcelo?

MARCELO. Si... vengo á almorzar con vos, bella Teresa. Hoy son vuestros días...

TERESA. Me alegro en el alma. Y si vuestra protegida Maria se hallase aquí para servirlos... Pero antes que amaneciera partió como de costumbre á correr los campos y á tejer guirnaldas de flores.

MARCELO. ¡Vamos! Un poco de bondad para la pobre niña! Es tan joven!... Y luego ya sabeis cuánto la queria vuestra madre.

TERESA. Seguramente, y no olvido cómo me la recomendaba en los tristes días de su penosa enfermedad.

MARCELO. Pues bien, perdonad á sus pocos años... Vos que sois jóven tambien... Yo la diré... yo la aconsejaré... y si fuese posible vivir á su lado...

TERESA. Ya sabéis que solo depende de vos. Varias veces os he ofrecido un asiento en mi pesa y una habitacion en mi alqueria, y siempre habeis rehusado...

MARCELO. ¡Una habitacion á mí! Oh! no, Teresa. Yo tengo algo mejor que eso... Yo tengo un palacio inmenso con un techo azul sembrado de brillantes, y para dormir un fresco lecho de flores que Dios hace renacer diariamente... Toda la tierra, en fin, y el cielo por techumbre. He ahí el palacio que yo habito.

COLAS. Pues á buen seguro que os moleste el casero.

TERESA. Y así, además, teneis la ventaja de vivir independiente, de poder murmurar á vuestro antojo de los demas.

MARCELO. Eh?... qué decis?

LUISA. De suponer en ellos sentimientos ocultos, secretos amores...

MARCELO. ¡Colás, eres un zopenco!

COLAS. ¡Yo!... tío Marcelo, no hay que poner motes á nadie.

MARCELO. Eres un hablador.

COLAS. Ya eso varia de especie. No niego que he dicho algo de lo que vos y yo tratamos ayer.

MARCELO. ¡Á propósito de tus deseos de casarte! ¿Y no os ha explicado por qué tiene tanta prisa?

COLAS. ¡Ese es mi secreto, señor Marcelo!

MARCELO. Pero yo, que soy adivino, como sabéis, lo conozco y voy á revelarlo.

LAS DOS. ¡Sí, sí, veamos!

COLAS. Nada hay que ver: yo me caso porque el amor me mete prisa. Por eso no mas.

MARCELO. Añadid que se habla de una quinta extraordinaria que se verifica para reforzar el ejército del Rey de España nuestro aliado, y que se asegura que los oficiales reclutadores no estan lejos... Y como los casados únicamente se hallan libres del sorteo, el buen Colás quiere cuanto antes elegir esposa...

TERESA. ¡Por precaucion! (Riendo.)

COLAS. ¡Teresa!

LUISA. ¡Por entusiasmo militar! (Riendo.)

COLAS. ¡Luisa!

LAS DOS. ¡Já! ¡já! ¡já!...

COLAS. ¡Vamos! ¿Quereis no hacerme rabiár, caramba? Digo y repito que me quiero casar por amor, por verdadero amor, por amor apasionado, ea! (Acabando por llorar.)

MARCELO. Bien, hombre, no te aflijas por eso.

COLAS. Es verdad, y si contra lo que el señor Marcelo dice, entrambas no teneis una pasión oculta, y alguna de las dos me quiere por marido...

MARCELO. ¡Oh! yo no me engaño, Colás. Yo veo claro. Esos dos corazones aman en secreto.

TERESA. ¡Calle! (Riendo.)

LUISA. ¡Qué extravagancia!

TERESA. ¿Y... el señor Marcelo, conoce también el objeto de este tan callado amor?

LUISA. ¿De esta pasión tan escondida?

MARCELO. Dejadme examinar un poco esas dos lindas manos... y yo prometo decíroslo fijamente...

TERESA. ¡Apelais á la brujería! (Riendo.)

COLAS. Alargad las manos para que yo conozca mi suerte. No, eso es poco, las cuatro. Verdad, tío Marcelo?

MARCELO. Con dos bastan.

COLAS. Pues señor... Ahora sí que voy á saber hasta lo que sueñan.

MUSICA.

MARCELO.

Cual en el claro seno
de limpio rio
la fina blanca arena
mis ojos ven:

Tal al través del velo
que fiel le oculta,
amor en vuestras almas
miro también.

Á UN TIEMPO.

TERESA y LUISA. (Ap.)

Sin duda loco está,
pues juzga conocer
misterios del amor,
secretos de mujer.

MARCELO.

Dadme las manos
y os mostraré
la dulce imágen
de vuestro bien.

COLAS. (Ap.)

Asi me gusta, asi,
prendiolas en la red;
todito lo dirá,
todito lo sabré.

LAS DOS. Empiece el buen Marcelo.

MARCELO. Al punto. (Teresa presenta su mano.)

COLAS. ¡Si, por Dios!

MARCELO. Ya en esta línea miro
(Examinando la mano de Teresa.)
un jóven...

TERESA.

¿Rubio? (Sonriendo.)

MARCELO.

No.

Sus negros cabellos el viento acaricia,
su rostro colora la lumbre del sol,
gallardo su talle, de fuego sus ojos,
mas bella figura no pinta el amor.

(Teresa se retira confusa.)

¿Es esto asi? (Sonriendo.)

LUISA.

Turbada está. (Mirándola.)

COLAS.

Ya una cayó. (Ap. contento.)

No empieza mal.

LUISA.

Burlarme de vos quiero. (Sonriendo.)

Hablad; mi vez llegó.

(Le presenta su mano, que Marcelo examina.)

MARCELO.

En esta línea miro...
un jóven...

LUISA.

¿Rubio?

MARCELO.

No.

Sus negro cabellos el viento acaricia,
su rostro colora la lumbre del sol, .

gallardo su talle, de fuego sus ojos,
mas bella figura no pinta el amor.
¿No es esto así? (Luisa se retira confusa.)

LUISA.

No puedo hablar. (Ap.)

COLAS.

¿A entrambas dió
la señal igual.

TODOS Á UN TIEMPO.

TERESA y LUISA (Ap.)

MARCELO. (Á todos.)

En vano intento
disimular.

Nada á mis ojos
oculto está.

COLAS. (Reflexivo y ap.)

¿Quién ese amante,
gran Dios, será?

MARCELO.

Oid ademas.

En el campo, en la alqueria
vuestro amante ansiais hallar.

DOLAS.

¡Calle! ¡calle! Noche y día (Ap.)
yo las hallo aqui y allá.

MARCELO.

Él ignora su ventura;
muy ajeno de ella está;
y por último, es su nombre...

LAS DOS.

¡Oh! no, no. ¡Callad, callad!

COLAS.

¡Ah! ¡Ah!

(Ap. y como asaltado de una idea repentina.)

¡Aaah!

Moreno, agraciado,
tostado del sol,
de bella figura,
de alegre expresion,
de negros cabellos,
galan, seductor,
buen mozo... ¡Ya caigo!
Sin duda soy yo.

MARCELO.

¡Donosa idea! ¡Pasmoso ingenio!
¡viva el instinto del buen Colás!
Tú la acertastes: por tí suspiran,
por tí de amores penando estan.

¡Já, já, já, já! (Ap.)

¡Qué chasco el pobre
se va á llevar!

LAS DOS.

¡Donosa idea! ¡Pasmoso ingenio!
¡viva el instinto del buen Colás!

Si así penetra los corazones,
para marido no tiene igual.

¡Já, já, já, já! (Ap.)

Qué chasco al necio
le voy á dar.

COLAS.

Ya puse el dedo sobre la llaga. (Ap.)

Las dos me quieren, bien claro está!

La una me mira, la otra sonríe,
no sé cuál tome ni cuál dejar.

Já, já, já, já!

De amor las pobres,

se mueren ya. (Cesa la música.)

MARCELO. Fáltame ahora publicar el nombre del galán afortunado...

COLAS. ¿El nombre? ¡Jé, jé! pues no dice que falta publicar el nombre?

MARCELO. Pero antes diré al oído á cada una, quién es el que la otra ama y si las dos consienten, en seguida...

TERESA. Sí, sí, decídnoslo...

LUISA. Hablad.

COLAS. ¡Jé, je, jé! (Las mira con malicia.)

LAS DOS. ¿Qué?

COLAS. ¡Chis!... Ya nos arreglaremos. (A las dos) ¿Eh? ¿Me explico? Ya nos arreglaremos.

MARCELO. (Lo separa y pasa al lado de Teresa, á quien dice al oído.)

¿Sabeis quién es el hombre á quien Luisa ama?

TERESA. Decid. (Bajo.)

MARCELO. ¡Victor el cazador! (Bajo.)

TERESA. (¡Victor!)

COLAS. ¡Calle! ¡Se ha puesto pálida!

MARCELO. (Lo separa y pasa al lado de Luisa, á quien dice al oído.)

¿Sabeis quién es el adorado objeto de Teresa?

LUISA. ¿Quién, quién? (Bajo.)

MARCELO. ¡Victor el cazador! (Bajo.)

LUISA. ¡Cielos!

COLAS. ¡Y esa se pone colorada!

MARCELO. ¡Oh! ¡no será esposo de ninguna de ellas! (Ap.)

TERESA. ¿Por qué tan pensativa, bella Luisa? Tranquilizaos. Yo sé que vuestro galán ha dicho...

COLAS. ¿Eh? ¿Qué?

MARCELO. ¡Chis!

TERESA. Me gusta. ¡Luisa es muy guapa! ¡es muy graciosa! Yo le daría mi mano si fuese menos coqueta.

COLAS. ¿Sí? ¡me decido por la otra. (Se pone al lado de Teresa.)

LUISA. ¡Qué casualidad! También decía de vos el que amais... Teresa es bonita, rica, gentil; yo me casaría con ella... ¡pero tiene tanta presunción! Es tan vanidosa, tan impertinente...

COLAS. ¿Eh?... Pues prefiero á aquella. (Se vá al lado de Luisa.)

TERESA. Y sin embargo, él será mi marido.

COLAS. Sí, no diré yo...

LUISA. Aun no se ha hecho la boda.

COLAS. Cierto; aun no se ha hecho...

TERESA. ¿Me desafiáis por ventura?

COLAS. Sí.

TERESA.. ¿Sí? Allá veremos, beldad presuntuosa.

LUISA. ¡Lo veremos, invencible rival!

COLAS. Pero si aun no me he decidido... (A Teresa.)

TERESA. ¡Dejadme! (Entra en su casa furiosa.)

COLAS. Quiere decir que yo pensaré. (Volviendo á Luisa.)

LUISA. Idos en paz. (Enfadada y yéndose.)

COLAS. ¡Si vos hallarais un medio de... (Á Marcelo.)

MARCELO. ¡Quita, majadero! (Dándole un empuellón.)

COLAS. (Muy colérico.) ¡Caramba! Es que yo aquí toco el pito principal, y... No, pues me ha de oír aunque no quiera. (Váse corriendo tras de Luisa.)

ESCENA IV.

MARCELO, después MARÍA.

MARCELO. Me parece que lo que es mi almuerzo se frustró aquí

por hoy. No importa. En cambio he logrado el objeto que me proponia, y mañana. ¡ sí, mañana es el día que he esperado con tanta impaciencia; mañana podré tal vez labrar la ventura de la pobre huérfana á quien amo como un padre, á quien consagro todos mis desvelos. Pues señor... apelemos, pues no hay otra cosa, á los restos de mi cena. (Buscando en el zurrón.) Algo quedó.

(Se sienta al pie de un árbol.) ¡Qué día tan hermoso!...

¡Bendito el Señor que envia este ambiente suave, este fresco vientecillo perfumado con el aroma de los valles, y sobre todo, este sol que me dá la vida y que alegra mi vejez!

(Se ve á Maria bajar lentamente de la montaña. Trae en la mano un ramo de rosas, en las cuales fija su vista. Se adelanta á la escena sin ver á Marcelo.)

MARIA.

Blanca rosa.
flor galana,
de los prados
la mejor;
dime, dime,
si conoces
á la prenda
de mi amor.

Dime, dime
si algun día
por tu valle
atravesó:
si dió al viento
algun suspiro,
si mi nombre
murmuró.

Ven á ornar mi seno,
pura blanca flor.
Ven, sabrás en cambio
cuánto le amo yo.

Ven y el vivo fuego
de esta mi pasión,
el halle en tus hojas
y en mis labios no.

(Marcelo, que al principio del canto ha reparado en Maria, se ha ido, acercando á escucharla sin ser visto y lentamente. Cuando Maria concluye, se presenta delante de ella.)

MARCELO. ¡Maria! Mi hermosa Maria!

MARIA. ¡Cielos!

MARCELO. ¡Eh! ¿Qué es eso? por qué te asustas?

MARIA. ¿Estabais ahí?

MARCELO. ¡Aquí? No: mas allá, al pié de ese árbol. Te he visto en este momento... (¡Pobrecilla! se ha turbado!)

MARIA. ¿Ahora mismo?

MARCELO. Si. Almorzaba; y como no tenía vino, me hallaba sumido en cierta especie de meditacion...

MARIA. ¿De meditacion?...

MARCELO. Justo. Reflexionaba que... que cuando no hay vino... que cuando no hay vino debe uno contentarse con el agua. Ya lo ves, estaba muy distraído, y no te he visto llegar.

MARIA. ¡Oh! Voy á servirlos de beber. Traeré una botella...

MARCELO. No; mil gracias. Prefiero antes... Acércate: ¿de dónde vienes? Con franqueza (La coge de la mano.)

MARIA. ¿De dónde vengo?... de... de la labor, señor Marcelo.

MARCELO. Tú me engañas.

MARIA. Y ademas de... de la orilla del rio. ¡Hay tan hermosas flores!

MARCELO. Tú me engañas, repito.

MARIA. ¡Cómo! Dudais.

MARCELO. Si. Vamos, vamos. ¡La verdad! Tú vienes de la montaña, donde no te ocupas desde la aurora mas que en mirar hácia la llanura!

MARIA. Estas espigas prueban...

MARCELO. Lo que prueban esas espigas es que las has venido cogiendo aquí y allí para engañar mejor á Teresa... Pero yo veo mas claro que ella y... y no debias ocultar nada

á tu viejo amigo! Á tu segundo padre!

MARIA. ¡Ah! Perdonadme, señor Marcelo. Hay cosas...

MARCELO. ¿Qué?... prosigue.

MARIA. ¡No, jamás podré!...

MARCELO. (¡Cómo! ¿Te turbas? ¡Bah! ¡bah! ¡Hija mia! ¡No hay que sonrojarse cuando se abriga en el alma un amor puro, inocente!

MARIA. ¡Cielos! ¡Vos sabeis!...

MARCELO. ¡Pobre niña! Sí, sí. Yo lo sé todo. ¡Yo sé que amas á Victor, á ese bravo y leal mancebo que te salvó la vida el día en que caíste al río, y cuando todos te juzgaban presa de la corriente!...

MARIA. "Pues bien, si señor. Desde aquel día mi solo pensamiento es verle... ¡verle á todas horas! Cuando esta ausente me pongo tan triste que casi me dan ganas de llorar y... ¡al mismo tiempo me turbo de tal modo, me siento tan abatida cuando le veo! ¡Ah! ¿Yo no debía amárle, no es así? Una pobre jóven sin familia, que no posee nada en el mundo..."

MARCELO. ¡Maria, Maria!... Escúchame. Una promesa, un juramento solemne, me ha hecho callar hasta ahora este secreto.

MARIA. ¿Qué quereis decir!

MARCELO. ¡Tu madre!...

MARIA. ¡Mi madre!... ¡Vos la conoceis! ¡La conoceis y no me lo habeis dicho!... ¡Oh! responded... ¡Dónde está! ¡dónde está! (Marcelo señala al cielo.)

MARIA. ¡Oh! (Bajando tristemente la cabeza.)

MARCELO. Confidente de sus pesares como de sus alegrías durante el tiempo que viví á su lado, me hizo jurar que yo velaría por tí, y que sólo el día en que debieses dar tu mano á un esposo, te revelase y le revelase á él, el misterio de tu vida. Maria, Victor es un jóven que merece tu amor; si él lo comprende, si él lo siente por tí, mañana mismo...

MARIA. ¡Mañana!

MARCELO. Mañana lo sabrás todo, y mañana serás dueña de tres mil libras que te pertenecen, que estan depositadas en la villa inmediata.

MARIA. ¡Cielos! ¡Yo poseo tres mil libras! ¿Es posible, señor Marcelo? Yo podré ofrecer á Victor...

MARCELO. Repara que echas á rodar mi pan... ¡mis manzanas!... Estas jóvenes en cuanto se les habla de un marido, despiertan de su letargo de tal modo...

MARIA. ¡Un marido!... ¡Ay! no me atrevo á esperar... Y sin embargo, Victor es tan bueno para mí...

MARCELO. Vamos... ¿y qué mas? No has notado algo que te indique...

MARIA. No sé. Algunas veces me mira de un modo...

MARCELO. Ese modo ya es algo, prosigue.

MARIA. Me saluda muy risueño y... cuando ha pasado, vuelve la cabeza para mirarme otra vez.

MARCELO. ¡Hola! Y cómo sabes tú que vuelve la cabeza si ambos lleváis un camino opues... ¡Ah! Ya entiendes, porque tú también vuelves la tuya para mirarle á él.

MARIA. Señor Marcelo...

MARCELO. Es verdad. No debo penetrar todos esos misterios de ¡corazón. Pero... no hay que entregarse á una ciega confianza. Existen obstáculos...

MARIA. ¿Cómo?

MARCELO. Si. Tienes dos rivales.

MARIA. ¡Dos rivales!

MARCELO. La primera, Teresa.

MARIA. ¡Cielos!

MARCELO. La otra, Luisa, la prima de Victor. Pero yo sabré desbaratar sus intentos. Ahora mismo voy á partir á la villa inmediata. Voy á recoger tus tres mil libras, y mañana, quizá esta misma noche, hablaré á Victor, y todo se hará como tú desees.

MARIA. ¡Ah! ¡padre mio!

MARCELO. ¡Eso! ¡eso! Llámame así, porque Dios sabe, hija de mi alma, cómo te ama este viejo. ¡Ea! tranquilízate... y hasta la tarde. ¿Si?

MARIA. ¡Hasta la tarde!

(Marcelo la abraza: Maria le acompaña hasta el pie de la montaña, por donde se vá Marcelo.)

ESCENA V.

MARIA y TERESA.

TERESA. ¡Gracias á Dios que pareceis!

MARIA. Señora Teresa...

TERESA. ¿Os parece justo que no haya yo podido ir á visitar la alqueria que tengo á una legua de aqui, porque vos sois una descuidada que solo pensais en pasearos por la orilla del rio ó por las sendas de la montaña? (Maria va á hablar.)

No trateis de disculparos. Abusar de ese modo de la hospitalidad que mi madre os concedió, cuando segun me contaba os halló abandonada al pié de un árbol, sin abrigo, sin mas recomendacion que vuestra infantil edad... ¡Qué! ¿Llorais?... (Ap.) He ahí como acaba siempre por desarmar mi cólera. (Alto.) Vamos, Maria, venid acá. Yo no quiero humillaros; bien sabeis que os amo sinceramente. Ea, vos os enmendareis... y... no hablemos mas del asunto.

MARIA. ¡Oh! ¡señora!

TERESA. ¡Tomad! Es muy posible que durante mi ausencia venga el tío de Colás... ya le conoceis, á cobrar el año de arriendo de mi alqueria, y no quiero que se vuelva sin su importe. Esto podría infundir inquietud. Aquí teneis la llave de mi cofre de ebano. Dentro de él hay tres mil libras en oro. Pagad al tío de Colás, si viene, y recoged el recibo. Eh? ¿Qué es eso?

(Música y rumor dentro)

MARIA. (Victor.)

TERESA. Creo que son cazadores que vuelven del bosque. Adios, no quiero detenerme.

MARIA. (¡Se vá!)

TERESA. Pero... no me engaño, Victor viene con ellos! ¡Oh! me aguardaré... Deseo ver qué tal les ha ido en su expedicion y...

MARIA. (¡Dios mio!)

ESCENA VI.

DICHAS, VICTOR y CAZADORES. Victor trae un morral de cazador colgado de los hombros y una escopeta: los Cazadores bajan el monte cantando.

CAZAD. Retorna á tus hogares,
 retorna, cazador,
 y premie tus fatigas
 el lauro vencedor.

 Tu valor,
 cazador,
 premie el lauro vencedor.

VICTOR. Hijo fiel de esta montaña,

(Ya en la escena con los demas.)

 mas que pompa y vanidad,
 yo prefiero mi cabaña
 y mi santa libertad.

CAZAD. Hijo fiel de esta montaña,
 mas que pompa y vanidad,
 él prefiere su cabaña,
 y su santa libertad.

VICTOR. De noche y de día,
 por valle y altura,
 la liebre y el ciervo
 persigo tenaz;
 ni breñas, ni rocas,
 ni negra espesura,
 mi activa carrera
 detienen jamás.

CAZAD. ¡Jamás, jamás?
 su activa carrera
 la liebre y el ciervo consiguen burlar.

VICTOR. Del bosque en el seno
 la indómita fiera
 con sordo rugido
 revuélvese audaz.
 Mas pronto en su pecho
 mi bala certera
 la vida le quita

CAZAD.

y el triunfo me da.
¡Jamás, jamás!
su bala certera
la muerte á los bosque dejó de llevar:
valor y destreza
fortuna le dan,
ni fiera le burla
ni fiebre fugaz.

(Cesa la música.)

VICTOR. Á descansar, muchachos. Adios, adios. (Despide á los Cazadores; que se alejan por distintos lados.) ¡Hola! Sois vos, señora Teresa.

TERESA. Muy bien venido, Victor. Ya os echaban por aqui de menos vuestros amigos... ¡Dios mio! ¡Qué fatigado estais! ¡Cubre el sudor vuestra frente!... Sentaos. Victor, sentaos. (Le acerca una silla.)

VICTOR. Bien lo necesito. Corriendo desde que amaneció tras de un maldito venado... ¡Ya tenia piernas el dichoso animal! De las rocas saltando á los precipicios, de estos á los torrentes, á los... Por fortuna mis balas iban mas de prisa que él, y ya, gracias á Dios, descansa en paz en la cocina del señor síndico de Andorra, que me lo ha pagado muy bien por mas señas. ¿Tres escudos, eh? No ha sido malo el dia.

TERESA. Pero sentaos. Maria, trae una botella de vino añejo... (Victor se sienta.)

VICTOR. ¡Calle! estaba aqui... y yo no... Adios, Maria, adios.

MARIA. Victor...

TERESA. Despachaos. ¿No me habeis oido? Traed al punto esa botella. (Maria baja la cabeza y entra en la casa.)

VICTOR. ¡Vamos, no tengais el genio tan vivo!

TERESA. Es que deseo que bebais cuanto antes.

VICTOR. Mil gracias, Teresa, mil gracias.

TERESA. ¿Por qué? ¿No sois un amigo, un vecino? Ademas os veo muy cansado y quiero que recobreis vuestras fuerzas...

VICTOR. Y bien que necesito conservarlas. Yo no poseo otra

cosa que mi escopeta para buscar con que mantener á mi pobre madre!... ¡Una buena y santa anciana, de quien soy el único apoyo... y de quien no me separaría aunque de ello dependiese mi felicidad y hasta mi existencia.

TERESA. Y sin embargo, si lo que dicen es cierto... podría llegar para vos el terrible caso...

VICTOR. ¿Cómo?

TERESA. Si, se habla de los soldados que acaban de llegar al país, de una quinta en nombre del Rey de España.

VICTOR. ¿De una quinta? (Se levanta.)

MARIA. ¡Cielos! (Saliendo lo oye.)

TERESA. Nuestra república está obligada á contribuir con quin-ce hombres en tiempo de guerra y... pero... os poneis pálido!

VICTOR. ¡No de miedo, vive Dios!

TERESA. Calmaos, Victor: los reclutadores no han llegado afortunadamente y... en todo caso... si vos os decidierais á adoptar un medio de salvacion...

VICTOR. ¿Un medio? ¿Cuál?

MARIA. ¡Cielos!

TERESA. Un matrimonio, por ejemplo. Los casados estan libres de...

VICTOR. ¿Teneis razon!

MARIA. ¡Dios mio!

VICTOR. Todo, antes que abandonar... Maria, sírvenme un vaso á la salud de mi futura, (Maria se acerca temblando y le sirve.) ¡Calle! ¡Cómo tiembblas! ¿Por ventura no deseas prosperidades á la que sea mi mujer?

TERESA. ¡Apartad! es tan torpe... (Quitándole la botella á Maria y sirviendo á Victor.)

VICTOR. ¡Diablo! ¡Pues á vos tambien os tiembla la mano!

TERESA.. ¿Á mí? No lo creais. Bebed, Victor, bebed.

VICTOR. Con mil amores. ¡Hola! qué trae el buen Colás que tan furioso viene?

ESCENA VII.

DICHOS, COLÁS.

COLAS. Traigo que... que... que no traigo nada... ¡Pero si! Algo traigo... y he de... no, no traigo nada... mas vale callar.

VICTOR. ¿En qué quedamos? Vaya, siéntese el amigo Colás y diga...

COLAS. Desde luego, lo que tengo que decir es que yo no soy vuestro amigo, señor caza-conejos. Y en cuanto á mi furor... mi furor es legítimo!... Y aun tengo poco para lo que el caso requiere.

TERESA. ¿Pero qué os pasa?

COLAS. Me pasa... ¡Eh! Ya no quiero callar. Me pasa que soy víctima de las hechicerías del tío Marcelo, que se ha burlado de mí como de un mono, que me ha hecho creer que era yo amado de dos mujeres, en tanto que un rival... ¡Ese! El lindo cazador, que se está riendo de mí con una cara... ¡Vaya un gesto gracioso que pone!

VICTOR. ¡Colás, tú estás loco!

COLAS. ¡No señor! Yo sé lo que me digo, y la prueba es que sé tambien los nombres de las dos que os aman.

TERESA. (¡Silencio!)

COLAS. No quiero. Luisa ha sido franca y me lo 'ha confesado todo. ¡Si! Me ha dicho que ama á su primo Victor. Cata la una.

VICTOR. ¿Luisa? Pues bien, lo siento en el (Se levanta.) alma; pero despues del pleito que nuestros padres han tenido, no me puedo casar con ella. Creerian que con su mano buscaba yo la herencia que me ganaron... y yo tengo demasiado orgullo para contraer semejante enlace.

MARIA. (¡Oh, respiro!)

COLAS. ¡Bien!... Apartemos esa á un lado.

VICTOR. ¿No dijiste que eran dos?

COLAS. Si. ¡Qué demonio! Y no es fácil adivinar... ¡Mírala!

VICTOR. ¿Teresa?

COLAS. ¡Ajá! Cata la otra.

VICTOR. Teresa, yo creo que Colás no sabe lo que se dice.

TERESA. Colás es un hablador.

COLAS. ¡Toma! Yo cuando me pinchan...

VICTOR. Una arrendadora rica, viuda como vos... no puede pensar en mí.

TERESA. (~~Ah!~~) Con efecto, Victor; Colás se ha engañado... ó mas bien le han engañado á él... Yo... (No sé lo que me pasa!)

MARIA. ¿Seria posible?

TERESA. No hablemos mas de esto. Al menos por ahora... Adios, Victor, tengo que marchar á mi otra alqueria y no quiero que me coja la noche á mi vuelta. Adios, adios!

VICTOR. Hasta la vista.

TERESA. ¡Oh! si él amase á otra!... (se vá.)

COLAS. Con que... con que en limpio y en claro sacamos... ¡Ay! ¡Victor! tú no sabes la espina que me has quitado de aqui, (Señala la garganta.) porque yo las amo!... ¡Á las dos! Y me voy á casar con las... digo, no! me casaré con una.

VICTOR. Tú?

COLAS. Si. Yo necesito una mujer, y sea la que fuere. Hace algunas noches he dado en soñar con la milicia y doy unos vuelcos en la cama... Á veces me despierto creyendo que llevo á cuestras el fusil y me encuentro con que he cargado en sueños con la almohada. Otras veces se me figura oír el toque de un tambor!... (Suena dentro marcha.) ¡Ay! ¡San Francisco, pues ahora si que es de veras!

MARIA. ¡Con efecto!

VICTOR. Y tocan una marcha militar. (Escuchando.)

COLAS. (Cayendo en un banco.) ¡Ya estan ahí! ¡Son ellos! ¡Los soldados del Rey de España!... ¡Decid que no existo! ¡Que me he muerto! ¡Y si esto me dura no direis mas que la verdad!

VICTOR. ¡Tranquilizate! Quizá sea solo algun regimiento que atraviesa el valle.

MARIA. ¡Ah! Victor, si vinieran á reclutar...

VICTOR. Dios nos libre, Maria.

MARIA. El tambor suena mas lejos.

VICTOR. Espera. Corro á la cabaña sobre el collado. Desde allí se vé toda la campiña, y... Adios, Maria, y el cielo ha-

ga que sea vano nuestro temor. (Vase corriendo.)

COLAS. Yo tambien quisiera correr, pero se me han aflojado las piernas de un modo... Y siento un hormigueo...

MARIA. Ya no se oye nada.

COLAS. ¡Ay! ¡Bendito sea Dios!... Ya respiro. (Se levanta.)

MARIA. ¡Cielos, ellos son!

COLAS. ¡Ya me muero! (Con terror se cae en el banco.)

ESCENA VII.

DICHOS, el CAPITAN ALEGRIA, el SARGENTO LIRON y SOLDADOS.

MUSICA.

CAPIT. Bellísimo paisaje, (Al Sargento en el fondo.)
magnífica alqueria:
descanse unos instantes
aqui la compañía,
en tanto yo á estas gentes
me acerco á saludar. (Bajando á la escena.)
Amigos... ¡Oh! qué linda!
Señor... (Saludándole con humildad.)
¡Y qué cintura!
¿Quién sois?... ¿Qué os trae?
No temas, donosa criatura,
que nunca Marte á Venus
su culto ha de negar.

MARIA.

CAPIT.

MARIA.

CAPIT.

Del Rey de las Españas
marcial embajador;
soldado á quien Cupido
triumfante coronó;
ese soy yo.
Y al par que recluto
guerrera legion,
engancha mi garbo
placeres y amor.
Que no existe mas lindo galán
desde el valle de Andorra al Genil,

y al mirarme las niñas pasar
todas, todas se mueren por mí.
Yo... tan, plan, rataplan, rataplan,
sigo y muestro mi talle gentil,
¡y ellas, ay! con su ardiente mirar,
tuya, dicen... ¡ó tuya ó morir!
No, no existe mejor capitán,
desde el valle de Andorra al Genil...
Inflexible á la voz militar
rataplan
¡voto á!... (Hablando.)
Pero blando al amante gemir.
¡Eso sí!
¡rataplan, rataplan, raaam!
¡Militar!...
Pero siempre galán y gentil.

- CAPIT. Este, bella aldeana, es mi retrato,
COLAS. Pues no se alaba, que digamos, el muy...
CAPIT. ¡Calle! ¡Voto al chápíro! ¡Yo conozco esa cara! ¡Si!
COLAS. No señor: ¡estais equivocado! (Se vuelve.)
CAPIT. ¡Ca! no por cierto; yo te he visto...
COLAS. En ninguna parte.
CAPIT. ¿Cómo no? El año pasado al atravesar este hermoso valle.
COLAS. ¿Eh? Con efecto... Yo tambien creo reconocer... Perdonad... Estoy algo turbado y no es fácil que recuerde... Vos os llamais...
CAPIT. El capitán Alegria.
COLAS. ¿Si? (Maldita la que me has dado con haber venido.
¡Ah! ¡Ya caigo! ¡Alegria! ¡Alegria!
CAPIT. ¡Pues! Nombre que me han puesto las bellas, cuya conquista hace por do quiera mi carácter jovial y festivo.
COLAS. Si, si, vos sois muy festivo y muy... (Riendo.) ¡Jé! ¡jé!...
(¡Que no te llevarán los demonios!)
MARIA. Y... ¿sois por ventura reclutador?...
CAPIT. Justo.
MARIA. (¡Ah! ¡ya no hay la menor duda!)

- CAPIT. Mi empleo es enganchar héroes para la guerra. Pero en estos momentos, soy ante todo capitán del ejército de España, encargado por el rey de sacar á la suerte y reunir á mis banderas los quince hombres que vuestra república está obligada á presentar. ¡Cosa agradable y fácil, en razón á que este país abunda en gallardos mozos... (Riendo.) Como se vé por esa linda muestra. (Señalando á Colás.)
- COLAS. Pues la muestra, señor Capitan, no tiene vocacion para la milicia.
- CAPIT. ¡Tú, tú, tú!
- COLAS. ¡Repito que no!... Os lo digo en confianza, creedme. Mis nervios son muy sensibles, y solo con oír un tiro... (El sargento Liron ha bajado poco antes al proscenio y se ha quedado en pié dormido.)
- SARG. ¡Qué necio, hombre! (Medio dormido.)
- COLAS. (Volviéndose.) ¡Eh? Vaya un sargento mal criado. ¡Calle, y cómo se balancea!
- CAPIT. Sargento Liron... Vuestra reflexion es estúpida y tan oscura como vuestros sentidos, á los cuales entorpece el sueño.
- COLAS. Bien dicho.
- CAPIT. Este jóven no es necio. Es cobarde tan solo. Pero ya le curaremos de esa enfermedad, á menos que no esté alistado en las tropas ligeras de himeneo.
- COLAS. Todavía no, Capitan... Pero no tardaré mucho... y antes de ocho dias...
- CAPIT. Pues amigo, justamente serán los ocho dias que debiais haber adelantado.
- COLAS. ¡Cómo!
- CAPIT. Lo siento por la hermosa de quien sereis el adorado objeto: pero en calidad de soltero, asistireis con los demas mozos, á quienes he convocado de acuerdo con el señor Síndico, que vendrán aqui dentro de pocos minutos, al acto solemne del sorteo!
- MARIA. ¡Gran Dios!
- COLAS. ¡Al sorteo!
- CAPIT. Si, querido amigo, y con vuestra linda mano sacareis

del sombrero del sargento Liron la bola blanca ó negra que decidirá de vuestro destino; concluido lo cual, si es blanca, os quedareis al lado de vuestra futura, y si es negra os vendreis en nuestra amable compañía.

COLAS. (Reniego de tú amabilidad.)

MARIA. ¿Cómo, señor Capitan, todos los jóvenes del pais van á entrar sin excepcion en el sorteo?

CAPIT. Sin excepcion, graciosa aldeana. Alerta, sargento Liron, y no os durmais de ese modo sobre las piernas como si fuerais una grulla, por mas que tengais de ella algo de lo físico y moral.

SARG. Está bien, Capitan. Pero despues de correr durante ocho dias por montes y vericuetos... os confieso que estoy destornillado... y que me vendria de perlas viajar en compañía de un caballo.

CAPIT. Compañía muy digna de vos, señor Sargento. Ea, pues, vuestros deseos serán cumplidos. Desde hoy viajareis en compañía de un caballo que yo montaré, y vos me seguireis pédibus andando y á todo galope.

SARG. Como el señor Capi...

CAPIT. ¿Eh?

SARG. Que la comp...

CAPIT. ¡Calle!

COLAS. Se durmió como un bestia: ¡jé! ¡jé!

CAPIT. ¡Sargento Liron! ¡Voto al demonio! Despertad. Ya creo que viene nuestra gente y los mozos para el sorteo!

COLAS. ¡Pero esto es una iniquidad! ¿Y si nos reveláramos?...

CAPIT. Os veriais la cara con mis soldados... que tienen buena pinteria y firme corazon. ¡Vamos, ánimo! Esto no es nada.

COLAS. ¡Nada!

MARIA. ¡Mi sangre se hiela!

ESCENA IX.

DICHOS, soldados, mozos del valle de Andorra, aldeanos, VICTOR entre ellos, el SINDICO del valle. El Capitan se coloca junto al Síndico en una mesa que el Sargento dispone: los soldados se forman al lado: á otro los aldeanos y las aldeanas, que no entran en suerte, enfrente los mozos.

MUSICA.

CORO.

Tributo de sangre
nos mandan pagar:
la suerte decida,
preciso es callar.

CAPIT.

Del rey que aqui me envia
la voluntad suprema
acate el valle entero
con ciega lealtad.
Y alienten los que á España
la suerte llevar debe,
que en pos de mi bandera
la gloria alcanzarán.

(Mientras esto se canta, el Sargento, recibe de manos del Síndico una lista y vá revistando los mozos y colocándolos en fila.)

MARIA.

(Ap.) ¡Al bien que idolatro
salvad, oh Dios mio!
mi humilde plegaria
se eleve hasta vos.
¡salvad, oh Dios mio,
salvad á mi amor!

VICTOR.

(Ap.) No el bélico estruendo
de fiero combate,
no el plomo homicida
me infunde temor.
Por tí, madre mia,
me falta el valor.

COLAS.

(Ap.) ¡Salvadme, Dios mio,
la guerra me espanta,
yo soy un gallina
de marca mayor,
mi culpa confieso,
salvadme, Señor.

(El Capitan recibe del Sargento la lista y coloca sobre la mesa el sombrero de este, con las bolas para el sorteo.)

CORO.
De nuestras montañas
la suerte enemiga
pretende alejarnos
con duro rigor.
Suframos la suerte,
no falte el valor.

(Á una seña del Capitan el tambor dá un redoble prolongado.)

CAPIT.
Principio dá el sorteo,
amigos, escuchad.
Avancen uno á uno...
¡no tiemblen, voto á San!

(Se acerca un aldeano, mete la mano en el sombrero y saca una bola blanca.)

CAPIT.
¡Es libre!

(El aldeano dá un salto de alegría echando su gorra al alto y abrazando á sus compañeros.)

CORO.
¡Libre el ¡viva!
¡Que viva, libre está!

(Durante lo anterior otro aldeano ha sacado una bola negra.)

CAPIT.
¡Soldado!

CORO.
¡Oh Dios! ¡Soldado!

CAPIT.
¡Su suerte es de envidiar:
muy pronto habeis de verle
volver de general!

(Otro aldeano sacó bola negra tambien.)

¡Soldado!

CORO.
¡Pobre amigo!

CAPIT.
Tambien este vendrá,
lo menos de sargento,
si escapa vivo allá.

(Sonriendo á Colás.)

Á vos gentil mancebo,
llegó la vez.

COLAS.
¡San Blas! (Temblando.)

¡Las fuerzas me abandonan!

(Se dirige á la mesa, al llegar á ella vacila, tiembla.)

¡No puedo ni aun mirar!

(Cierra los ojos, vuelve la cabeza á otro lado, mete la mano en el sombrero y saca una bola que guarda sin mirarla.)

¿Es blanca?... ¡Ay Dios! ¿Es negra?

¡Decid!

(Escucha ansioso.)

CAPIT.

Es blanca.

(Cae de placer en los brazos del Capitán: este lo arroja en los del Sargento, este en los de los soldados, hasta que brincando de gozo se queda entre los aldeanos.)

COLAS.

¡Ah!

CORO.

¡Que viva! ¡Es libre! ¡Es libre!

¡Salvóse al fin Colás!

CAPIT.

¡La vez es vuestra ahora: (Á Victor.)
al punto aquí avanzad!

(Victor se acerca lentamente y conmovido.)

MARIA.

¡Salvadle, oh Dios! ¡Salvadle! (Ap.)

(Victor saca una bola.)

¿Y bien? (Con ansiedad.)

CAPIT.

¡Soldado!

TODOS y CORO.

¡Ah!

(Victor con desesperacion y cogiendo de la mano á Maria, se adelanta con ella al proscenio y le dice aparte.)

VICTOR.

La fiera horrible suerte
se ensaña contra mí;
mas no será, que aun puedo
luchar y resistir.
Deserto á la montaña,
armado espero allí,
¡ay de ellos! si atrevidos
me osaren perseguir.

(Le hace una señal de despedida y sube corriendo la montaña. Mientras esto van sorteando á los demas mozos.)

MARIA.

¡Ah! ¡desdichado!
en su furor,
tras de la muerte
corre veloz.
¡Tú que mis lágrimas
ves, justo Dios,
salva su vida,

COLAS. salva su honor!
Libre he salido, (Bailando.)
no hay duda, no,
viva la bola
que me libró.
¡Ay! del contento
mi corazón
baila en el pecho
que es un primor.

CAPIT. Brávos reclutas,
fuera temor:
de nuestra marcha
la hora llegó.
Pronto á sus gentes
den el adios,
que á España vamos
sin dilación.

CORO. De nuestra patria
nos separó
suerte funesta,
duro rigor.
Ya de la marcha
la hora llegó,
que á España vamos
sin dilación.

(Cesa la música. Todos se van menos los de la escena siguiente.)

ESCENA X.

MARIA, el CAPITAN, el SARGENTO, SOLDADOS.

CAPIT. Dos pasos al frente, sargento Liron... y retened bien lo que voy á deciros. Si alguno de esos gallardos mozos que acaban de tener la dicha de incorporarse á nuestra bandera, pretendiese librarse mediante una cantidad razonable... podrá hacerlo, siempre que sea antes de abandonar este país. Avisadme en seguida si tal acontece, porque yo soy capitán del ejército por amor á la gloria, y reclutador por mi provecho.

- MARIA. ¡Cielos! ¿Qué dice? (Ap.)
- SARG. Quedo enterado, Capitan.
- CAPIT. Y que no se hagan esperar mucho esos manebos, que hay bastantes leguas que andar hoy.
- SARG. Perded cuidado. (Vase con los soldados.)
- MARIA. Señor Capitan...
- CAPIT. ¿Qué teneis que mandarme, hermosa niña?...
- MARIA. Hace poco habeis hablado, si no me engaño, de que si alguno de esos jóvenes quisiera librarse...
- CAPIT. ¡Hola! ¿Tendrá por ventura la linda paloma algun tier-
no pichon cogido en las redes de la milicia?
- MARIA. Un pobre joven, á quien amo como á un hermano... Y si hubiese medios de salvarle...
- CAPIT. ¡Ya lo creo! Por el fácil arbitrio de una cierta cantidad de bellos luises, yo lo eximiria inmediatamente de ser soldado... ¡Con franqueza!... ¿Pensais destinar para el objeto parte de vuestra dote... si es que la teneis?
- MARIA. ¡Oh! Sí que la tengo, señor Capitan. El pastor Marcelo me la ha dado, y Marcelo no miente nunca, poseo una suma de tres mil libras, que él mismo va á traerme de la villa inmediata, y con este dinero podré salvar á ese pobre joven; se quedará con nosotros y... Ah, señor Capitan, qué feliz me haceis, y cómo guardaré siempre en mi corazon la memoria de este inmenso favor!
- CAPIT. En ese caso desquitemos de las tres mil libras la mitad, en razon á vuestro agradecimiento, y no me dareis mas que mil quinientas.
- MARIA. ¡Oh! gracias, señor, gracias! En cuanto Marcelo esté aqui de vuelta, tendreis esa cantidad; os lo prometo, os lo juro, y esta noche misma...
- CAPIT. ¿Eh? ¿Esta noche? Ya es imposible el negocio.
- MARIA. ¡Dios mio! ¿Por qué?
- CAPIT. Porque, hija mia, esta noche estaremos ya lejos de aqui con los reclutas... y una vez fuera de vuestro territorio, una vez inscrito vuestro protegido en el libro del regimiento... no se admite reemplazo alguno. Ademas, vamos á partir dentro de diez minutos para la frontera...
- MARIA. ¡Diez minutos!

CAPIT. ¡Sin falta! Ya oireis el tambor en cuanto suenen las tres.

MARIA. Pero, señor Capitan, yo no puedo daros hasta esta noche ese dinero; antes me es imposible y... y vos no tendreis la crueldad de llevaros á ese jóven...

CAPIT. ¡Oh! me agraviais. Yo me le llevo sin crueldad... sobre eso podeis estar tranquila. Y me lo llevaré irremisiblemente, porque tal es mi deber... tal mi consigna... y los soldados no jugamos con ella... porque es una señora de muy severos principios.

MARIA. ¡Pero esto es horroroso! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

CAPIT. Bella aldeana... me enterneceis de todas veras y hasta tal punto, que siento la necesidad de distraer mi melancolia con un vaso de vino, que no me negareis bajo ese techo hospitalario.

MARIA. Señor Capitan...

CAPIT. Adios... Si esas monedas llegan á tiempo... Yo soy siempre el protector de los tiernos sentimientos, y el amigo de las niñas que lloran por sus novios! (Entra en la alqueria.)

ESCENA XI.

MARIA sola.

¡Oh, Dios mio! ¡Yo podria salvarle esta noche, devolverle su libertad!... y sin embargo esta noche será ya tarde!... ¿De qué me servirá entonces ese dinero que Marcelo ha de traerme? ¡Oh, si yo encontrara quien me prestase esas mil y quinientas libras! Si yo tuviese á quien dirigirme... ¡Pero qué idea! Ese oro que la señora Teresa me ha confiado... Aqui tengo la llave del cofre de ébano, y con poner luego en él la cantidad que tome... ¡Oh, qué digo! ¡Yo estoy loca! ¡Eso seria indigno, seria un robo! ¡No, jamás! (Se oye una campana que dá las tres.) ¡Las tres! ¡la hora en que deben partir!... (Se oye un redoble de tambor.) ¡Y ya vienen hácia este sitio! ¡Ah, no hay remedio!

ESCENA XII.

MARIA en un lado, el CAPITAN que sale de la alquería, el SARGENTO LIRON, soldados y reclutas con su equipaje á la espalda.

CAPIT. Asi, muchachos, firmes. Dos, cuatro, ocho, catprce, uno falta. ¿Qué es esto, sargento Liron?

SARG. Que hay un desertor, mi Capitan. Ved su nombre en la lista.

CAPIT. ¡Victor!

SARG. Le acaban de ver huyendo por la montaña.

CAPIT. Pues marchemos en su busca, y que la ley caiga sobre él.

MARIA. Señor Capitan.

CAPIT. ¡Nada! Con los rebeldes no tengo compasion, y la ley está terminante: si cae en nuestro poder, será fusilado. (Varios soldados se van en busca de Victor.)

TODOS y MARIA. (Aterrada.) ¡Fusilado!

MARIA. (Con suma agitacion.) ¡Y aun vacilo! ¿aun dudo? (Resuelta.) No.

MUSICA.

Nada importa, si le salvo,
que por él me pierda yo.

(Se lanza resueltamente á la puerta de la alquería y entra en ella.)

CAPIT. Nosotros en marcha:
la tarde convida,
feliz la jornada
se anuncia por Dios!
Á marchar,
valerosos mancebos;
de triunfos y glorias
corramos en pos.

CORO. ¡Á marchar!
Su bandera sigatnos;
y triunfos y glorias
alcance el valor.

(Se ponen en marcha; en este momento sale Maria de la casa,

MARIA. pálida y agitada y dice al Capitan con voz trémula.)
¡Un instante! ¡Deteneos!

(Se separa de las filas y viene á un lado con Maria.)

CAPIT. ¡Alto! ¿Y bien?

MARIA. Del desertor

(Ap. y brevemente al Capitan.)

libertad y vida compro.

Ved la suma. (Mostrándole un saquito con dinero.)

CAPIT. ¡Brava accion!

MARIA. ¿Me jurais guardar secreto?

CAPIT. ¡Os lo juro por mi honor!

Venga el oro y libre sea

quien el alma os cautivó. (Cogiendo el saquito.)

(Maria da el dinero al Capitan, y casi sin poder sostenérse y en un grande estado de abatimiento, se apoya en la mesa. El Capitan vuelve á las filas y dice contento.)

Amigos en marcha,

la tarde convida;

feliz la jornada

se anuncia por Dios.

CORO y CAPITAN, á un tiempo.

A marchar,

valerosos macebos,

de triunfos y gloria

corramos en pos.

A marchar,

su bandera sigamos,

y triunfos y glorias

alcance el valor.

(Esto lo dicen marchando y alejándose. Á lo último Maria cae de rodillas, exclamando á su vez.)

MARIA. ¡Ya es libre! ¡Dios mio!

¡Perdon!

¡Perdon!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon presenta la escena el cuadro animado de una fiesta campestre. Aldeanos tocando tamboriles, zampoñas y flautas. Campesinos ancianos con cayados revestidos de flores. Jóvenes aldeanos con un ramo en la gorra y largas varas revestidas tambien de flores y cascabeles. Otros con instrumentos de labor adornados de césped. Otros con ramas de árboles. COLÁS con el tamboril. Jóvenes aldeanas con panderetas y flores en la cabeza. LUISA con una corona de rosas y un cetro de flores en la mano, en pie, debajo de la encina y rodeada de los ancianos y los jóvenes. Otros asomados en el puente.

MUSICA.

VOCES DE ALEGRIA.

CORO.

¡Viva! ¡viva!
Viva la reina
de las flores,
viva Luisa
bella y gentil.
Canten zagalas
y pastores,
canten la alegre
fiesta de abril.

COLAS. (Tocando el tamboril y gritando.)

¡Viva Luisa!

CORO.

¡Viva! ¡Viva!

TODOS.

Viva la fiesta de abril.

COLAS.

Ya el prado se viste
de verde tapiz,
ya el ave sus trinos
entona feliz,
murmura en los bosques
el aura sutil,
y el cielo y la tierra
saludan á abril.

(Coro y baile, panderetas y tamboriles.)

Ved á abril, pastores,
vedle ya sonreír.
prados y bosques visten
sus galas mil y mil.

COLAS.

Ya visten las niñas
colores de abril,
y corren alegres
de aquí para allí.
Palpita su pecho,
las cubre el carmin
y el cuerpo y el alma
les bulle feliz.

CORO Y BAILE.

Ved al abril, pastores,
vedle ya sonreír,
prados y bosques visten
sus galas mil y mil.

LUISA. (Hablando.) Ahora, amigos míos, debemos terminar la fiesta de la pradera. Allí os aguardan la barra y el blanco. Veamos, pues, quién es el que alcanza hoy la victoria.

COLAS. Si, si, marchemos.

(Todos se van siguiendo á los tamboriles, etc., se van tocando delante. Los aldeanos cantan yéndose.)

Viva la reina
de las flores,
viva Luisa
bella y gentil.
Canten zagalas
y pastores,

canten la alegre
fiesta de abril. (Se van.)

ESCENA II.

COLÁS, que al ver que LUISA se queda, vuelve.

LUISA. ¿Qué quereis? Por qué no os vais como los demas á la pradera?

COLÁS. ¡Os quedais vos aqui!

LUISA. Aqui me quedo. (¡Qué fastidio! Yo quisiera buscar á Victor y este no va á dejarme libre en todo la tarde.)

COLÁS. ¿Pero cómo no venis á presidir los juegos?

LUISA. Despues. Id á esperarme allá.

COLÁS. ¿Qué me vaya? Hé ahí lo que es la ingratitud. Despues que me habeis hecho intrigar para que sin aguardar á mañana se eligiese la reina de las flores, aprovechando la ausencia de Teresa.,.

LUISA. Y qué tiene que ver eso?

COLÁS. Tiene qué ver. Ya habeis sido nombrada reina, debierais haberme hecho á mí vuestro paje.

LUISA. A vos! A vos, que esta misma mañana haciais tambien la corte á Teresa.

COLÁS. Porque estaba resentido de vuestros rigores; porque llegué á temer que amabais á Victor. Pero ya que esto ha partido á servir al Rey de España...

LUISA. No tal: Victor se ha quedado en el pais.

COLÁS. ¡Qué oigo!

LUISA. Acaban de asegurármelo.

COLÁS. Eso es imposible. ¿Cómo haber podido librarse... él, que no tiene otro patrimonio que su escopeta?... ¡Bah! ¡bah! Sin duda han querido burlarse de vos...

LUISA. ¿Y qué extraño seria?... Victor tiene muchos amigos, y tal vez alguno de ellos se ha puesto en su lugar. En fin repito que está aqui!... ¡aqui!... y... ¡que me dejeis, ea.

COLÁS. ¿Qué os deje? ¡Voto á!... Cuando yo creia que el otro habia partido, ¡hum! ¡hum!

(Tocando con rabia el tambor.)

LUISA. ¿Se os ha vuelto el juicio?

- COLAS. No lo sé: estoy bufando de ira, de celos...
- LUISA. (Si hallara un pretexto para alejarle...) ¡De celos! ¡Acaso os he dicho aun que renunciéis á mí?
- COLAS. ¿Eh? ¿Sería posiblé? Vos... ¿vos no me dáis calabazas?
- LUISA. ¡Jesús! ¡al contrario!
- COLAS. ¡Cielos! .
(Tocando el tambor con alegría.)
- LUISA. Pero volved en vos.
- COLAS. ¡Ah! repetidme que... *entre tanto*
- LUISA. Veremos, veremos. ~~En el interior...~~ id á hacerme un ramo de pensamientos. Ya sabéis lo que me gustan; y si al volver de los juegos, lo llevo en mi pecho en vez de estas rosas... será señal de que acepto vuestro cariño y que será vuestra mi mano.
- COLAS. ¿De veras? ¡Oh! ¡Corro á desbastar todo el valle á traerlos los pensamientos y... con la ayuda del amor, no pierdo la esperanza de verlos lucir luego en vuestro pecho.
- LUISA. Bien, bien, ¡adios!
- COLAS. ¡Pss! (Se vuelve de lejos)
- LUISA. ¿Eh?
- COLAS. ¡Herraaosísima! (Váse.)
- LUISA. ¡Oh! Gracias al cielo que hallé un medio de que me dejara en paz por algunos instantes. Busquemos ahora á Victor. (Váse.)

ESCENA III.

MARIA, saliendo por el foro izquierda.

¡Nadie todavía! Marcelo no vuelve y en vano le he estado esperando largas horas en lo alto de la montaña! En vano alguna vez mis ojos creían verle caminar hacia aquí con el dinero que me ha prometido, que espero con una impaciencia cruel. (Pausa.) ¡Dios mío! Á cada instante me parece que alguno conoce mi falta... que todas las miradas se fijan en mí como acusándome de... Ah! ¡Esta situación no puede prolongarse por mas tiempo! ¡Y... si la señora Teresa volviese antes que yo pu-

diera poner el dinero que he tomado! ¡Siento ruido!
¡Victor! ¡Oh! si sospechara lo que he hecho sin que yo
pudiese reparar mi falta... El tan honrado, tan leal...
me despreciaría y entonces... ¡Oh! ¡entonces mas val-
dria morir!

ESCENA IV.

MARIA, VICTOR, que viene por el puente.

VICTOR. ¡Maria, mi querida Maria! ¡Oh! Cuán dichoso soy en volverte á ver!

MARIA. Victor...

VICTOR. ¡Soy libre, Maria, libre! Me quedo en nuestro valle. Una mano desconocida, una mano bienhechora, ha comprado mi libertad, me ha vuelto á los brazos de mi madre... y á tu lado, Maria; á tu lado; donde me siento ahora tan dichoso.

MARIA. ¡Cielos! Esta es la vez primera que me habláis así.

VICTOR. Es que... Es que hay momentos de tanta felicidad, que no se puede ocultar en ellos lo que nuestra alma siente.

Esta mañana, en el instante en que iban á separarme de tu lado... creí que mi corazón se destrozaba... despertaron en mi alma sentimientos que yo desconocía y... Pero no, ahora no puedo... quizá mas tarde podré confesarte... Ahora no quiero tener mas que un pensamiento, el de saber á quién debo la vida y la libertad.

Maria, mi vida pertenecerá á quien me haya vuelto al lado tuyo. ¿Quién es? ayúdame á penetrar este misterio. Sabes tú por ventura?...

MARIA. ¿Yo?... No, Victor: no sé nada: creedme.

VICTOR. Y no hallar un medio para descubrir... Imposible. Un solo hombre podría haber dicho la verdad.

MARIA. ¿Quién?

VICTOR. El Capitan reclutador; pero... partió esta mañana y ya sin duda estará muy lejos de estos sitios.

MARIA. (¡Oh, respiro!)

VICTOR. ¡Qué no daría yo por encontrarle! ¡Por saber de su boca...

ESCENA V.

DICHOS, el CAPITAN.

CAPIT. ¡Hola! Buenos amigos.

VICTOR. Es él.
MARIA. ¡Cielos! (A un tiempo.)

CAPIT. Si. Yo soy, que vuelvo por algunas horas mas á este delicioso pais.

VICTOR. Me alegro, Capitan. No sabeis con cuánto placer os veo. Yo que os hacia lejos de nuestros hogares...

CAPIT. No estaba ya muy cerca, amigo cazador. Y si he de deciros la verdad; no sin algun sentimiento recordaba la hospitalidad de estas montañas y sobre todo el dulce néctar de sus viñas. Pero... ahí vereis lo que es el mundo. Vos sois la causa de mi nueva visita á estos lugares.

VICTOR. ¿Yo, Capitan?

MARIA. ¿Qué decís?

CAPIT. Cuando atravesaba vuestras endiabladas montañas... perdonad la expresion, pero vuestro pais es un pais de cabras, en el cual es fuerza ir dando saltos siempre... Digo pues, que al atravesar por vuestras montañas, me encontré de pronto con un oficial que venia á traerme de parte del coronel la órden expresa de no presentarme sin el completo número de mis reclutas en atención á que la guerra iba en aumento y el consumo de hombres era mayor cada dia. Así, pues, y como vos os habeis librado, gracias á la mano bienhechora... etc., vuelvo á ver si hallo por aqui un valiente que quiera engancharse aunque para ello pierda yo la mitad de lo que gané por vuestro rescate.

MARIA. ¡Dios mio! Cómo evitar que le diga...

VICTOR. Pues bien, Capitan. Antes de emprender vuestras gestiones, descansad un poco, y bebamos un trago á vuestra salud. Maria... vino para el Capitan y para mí, Teresa no lo llevará á mal cuando vuelva.

MARIA. ¡Oh! (Vase.)

CAPIT. Bravísimo. ¡Tocad esos cinco! Lástima que no lleve yo

en mi compañía un mancebo de vuestro rumbo.

VICTOR. Gracias, Capitan, sentaos. Mientras bebemos, quisiera merecer de vos un favor.

CAPIT. ¡Ciento! El que bebe conmigo es para mí un hermano.
(Maria sale con botella y vasos y les sirva de beber.)

VICTOR. Enhorabuena. (Al fin voy á saber...)

MARIA. (Rápidamente al Capitan,) (Recordad que me habeis jurado el secreto.)

CAPIT. ¡Eh? (Volviéndose.)

VICTOR. ¿Qué decis?

CAPIT. Nada. Á beber.

MUSICA.

CAPIT. Los vasos nos esperan.

VICTOR. ¡Bebamos!

CAPIT. Si por Dios.

VICTOR. ¡Yo brindo á vuestras glorias!

CAPIT. ¡Yo brindo á vuestro amor!

VICTOR. ¡Á la gloria!

CAPIT. ¡Al amor!

MARIA. (Ap.) ¡Pendiente de sus labios
oh cielo! ¡está mi honor!

VICTOR. Milagro es sin duda,
señor Capitan,
el vermè yo libre
de ser militar.

CAPIT. ¡Pues ya!

¡Pues ya!

¡Pero el milagro
bien claro está!

VICTOR. Decidme á quien debo
merced tan cabal.

El nombre decidme...

CAPIT. ¿El nombre?

MARIA. (Callad.) (Al Capitan.)

CAPIT. ¡Pues ya!

(Mirando al uno y al otro.)

VICTOR. ¡Pues ya!
¡Dígalo al punto!
Pronto, acabad.
CAPIT. Los secretos de una niña (Sonriendo.)
descubrir quiere un galán,
y á un amigo que los sabe
se los tiene á preguntar.

VICTOR y MARIA. ¡Ah!
CAPIT. Dime, le dice,
di la verdad!
y el otro exclama
sin vacilar.

(Se detiene un instante y mira á Maria. Esta le hace señas de que calle.)

No, no,
no, no, no.
Pues que de mí se fían,
¡oh!
este secreto nunca,
nunca de mí saldrá.
¡Jamás!

MARIA.

¡En vano mi temor
procuro dominar!

VICTOR.

¡Yo debo á una mujer
honor y libertad!

(Á un tiempo ap.)

Ese nombre diga luego;
acabemos, Capitán.

CAPIT.

Yo con gusto lo diré...

VICTOR.

¿Qué os detiene?

CAPIT.

El que quizá
puesta la niña
en mi lugar,
tal vez responda
sin vacilar...

No, no, no.
Pues que de mí se fían,
¡oh!
este secreto nunca,
nunca de mí saldrá.

MARIA. En vano, etc.
VICTOR. ¿Qué noble corazón
me pudo así salvar? } (Á un tiempo ap.)
¿Por qué, por qué de mí
oculto quedará?

VICTOR. Yo siempre á un soldado
sincero creí,
mas hoy...

CAPIT. ¡Voto á cribas!
¿Qué osáis proferir?
Jamás el engaño
lugar tuvo aquí, (Señala su pecho.)
Probadlo.

VICTOR. Ahora mismo.
CAPIT. (¡Qué escucho!) (Con temor.)
MARIA. Decid.
VICTOR.

CAPIT. Diré que la jóven
es bella y gentil.
Que os ama, que es rica,
según lo que vi,
y aquesta doncella
si quiere seguir,
bien puede contaros
la historia hasta el fin.
(¡Gran Dios!)

MARIA. Tú sabías...
VICTOR. Responde...

MARIA. (¡Ay de mí!)
VICTOR. ¿Quién pudo salvarme?
CAPIT. ¡Já! ¡Já! ¿Quién?
VICTOR. Decid.

MARIA. ¡Ah! no.
VICTOR. ¿Quién?
MARIA. Miradla.

(Señalando á Luisa que sale.)

VICTOR. ¡Luisa!

MARIA. ¡Sí!... ¡Sí!... (Haciendo un esfuerzo.)

(El Capitan suelta una carcajada y se deja caer en una silla junto
á una mesa. Victor queda sorprendido y luego dice á Maria, des-

pues de una pausa: se ve venir á Luisa por el fondo.)

VICTOR.

¡Esto es un sueño!

¡Luisa! (Va á correr á su encuentro.)

MARIA.

Callad. (Ap. á Victor.)

Ella el secreto

quiere guardar.

VICTOR.

¿Quiere guardar? (Sorprendido.)

No importa, no; el silencio.

La gratitud sabrá

pagarle con mi vida

mi cara libertad.

CAPIT.

(¡El pobre lo ha creído! (Riendo.)

¡Magnífico en verdad!

Por Dios que no comprendo

mentira tan audaz.)

MARIA.

¡Destino que te gozas

en verme así penar,

acaben tus rigores:

ten, ¡ay! de mí piedad! (Cesa la música.)

ESCENA VI.

DICHOS, LUISA.

LUISA. ¡Hola! ¡señor primo!

MARIA. (Ni una palabra por Dios... luego sabreis por qué.) (Á Victor rápidamente.)

VICTOR. Enhorabuena.

CAPIT. Cáspita y que ojos se crían por esta tierra de Dios...

LUISA. Mil gracias.

VICTOR. Luisa. Un instante: ¿quieres estrechar mi mano?

LUISA. Con mucho gusto. (Lo hace.) ¡Pero qué cambio es éste! Vos que estais reñido con mi familia y hasta conmigo segun yo sospechaba...

VICTOR. No hablemos mas de ello, Luisa: ¡desde hoy olvido cuantas quejas tenia de vosotros, desde hoy quiero ser vuestro amigo, tuyo, tuyo sobre todo!

MARIA. (¡Oh!)

LUISA. ¿Es posible?

- VICTOR. ¡Te lo juro con toda mi alma!
- MARIA. ¡Dios mio!
- LUISA. ¿Eh? ¿qué teneis, Maria?
- MARIA. Nada. Os aseguro... (Se va á ir.)
- VICTOR. ¿Te vas?
- MARIA. Sí. Deseo ver si Marcelo ha vuelto de la villa inmediata: tengo que hablarle...
- VICTOR. Y yo á tí, Maria, luego nos veremos. (Bajo.)
- MARIA. ¡¡Ah! en vano podria contener...) (Yéndose)
- CAPIT. (Á Maria) ¿Eh? Parece que el primo y la prima...
- MARIA. Por piedad, no reveleis...
- CAPIT. Lo dicho, dicho; perla...
- LUISA. Qué feliz soy, Victor, de volveros á hallar como en otro tiempo: ¡como en los dias de nuestra infancia!
- VICTOR. Dias que nunca olvidaré, Luisa.
- LUISA. ¿De veras? ¿Oh? Dadme otra vez vuestra mano en señal de eterna amistad, de verdadero afecto.
- CAPIT. ¡Chis! ¡Una opinion! ¿No seria mejor que os dierais un abrazo?
- VICTOR. ¿Un abrazo?
- LUISA. Si el señor Capitan lo manda...
- VICTOR. Sea. Entre parientes... (Se abrazan.)

ESCENA VII.

DICHOS, COLAS, saliendo con un enorme ramo de flores.

- COLAS. Aqui traigo el mejor ramo de... (Viéndolos.) ¡Cielos! ¡Como dos pichones!
- CAPIT. ¡Adios, camarada! (Va abrazarle.)
- COLAS. ¡Brrr! (Pasando furioso al otro lado.)
- VICTOR. ¡Qué diablos tienes?
- COLAS. ¡Hay valor para esto, Dios mio! ¡Con que cuando me separé de vos lleno de alegría y esperanza, y en tanto que me dedico á coger pensamientos y claveles y tulipanes... vos... vos me reservábais esta especie de enredadera!
- LUISA. Nos hemos reconciliado, Colás...
- CAPIT. Colás, se han reconciliado.

COLAS. Però...

LUISA. Ya somos amigos, Colás.

CAPIT. Colás, ya somos amigos.

COLAS. ¡Sí, no soy sordo! ¿Pero, y vuestras querellas de familia y vuestro pleito? Yo me vuelvo loco.

VICTOR. Terminaron, amigo mio. Renuncio á todos mis derechos.

LUISA. Pero, primo, semejante cambio... confieso que...

VICTOR. No debe sorprenderos, Luisa. Con un corazon como el vuestro, todos los nobles sentimientos se comprenden, se adivinan...

COLAS. (¡Si, buenas y gordas!) (Afligido.)

LUISA. ¿Qué decis? (Bajando los ojos.)

VICTOR. Y lo que yo siento hácia vos, lo que yo guardo en mi pecho...

LUISA. Tal vez habria un medio de conciliarlo todo, sin que por ello se perjudicasen completamente vuestros intereses, Victor... Y... mi tutor, que es un hombre entendido, se encargaria de...

VICTOR. Teneis razon; y desde luego le autorizo para que arregle vuestras diferencias.

LUISA. ¿Si? entonces venid, primo mio, seguidme.

COLAS. ¿Cómo, Luisa! ¿De ese modo me dejais? ¿Y mi ramo de bodas?

LUISA. ¿Un ramo de bodas... á mí? ¡Vos delirais, Colás!

CAPIT. ¡Colás, vos delirais!

LUISA. (Á Victor.) Primo; os ruego que no creais... Colás no tiene ningun derecho para hablarme así.

COLAS. ¿Cómo es eso? Cuando vos me permitisteis que para agradaros fuera á buscar...

LUISA. Pues bien. Seguid buscando enhorabuena.

CAPIT. Eso, Colás: ¡busca!

COLAS. ¿Quereis vos entornar el pico?

LUISA. Marchemos, primo mio. (Se va con Victor.)

COLAS. Por el alma de mi abuelo... (Cruzando el teatro deseperado.)

CAPIT. ¡Eh, muchacho! detente: ¿qué vas á hacer?

COLAS. A sentarme. (Lo hace.) ¡La emocion me quita las fuer-

zas! la... (Deshojándolas.) ¡pobres flores! ¡Tan hermosas! ¡Mirad, mirad qué rosa! Un pinchazo me dí por cogerla que me hizo ver las estrellas. ¡Derramad vuestra sangre por ingratas! por...

CAPIT. ¡Ay hijo mio! El bello sexo es pérfido y variable... La sola mujer que yo conozco fiel es Belona.

COLAS. ¿Eh? Belo... ¿adónde está esa señora?

CAPIT. La diosa Belona, hombre: esta promete á sus amantes gloria sin límites y piernas rotas... y nunca falta á su palabra.

COLAS. Pues buen provecho os haga vuestra diosa. Yo prefiero á Luisa. Pero si en efecto me engaña, si se casa con otro...

CAPIT. Os arrojaeis en los brazos de mi amistad... y haremos de vos un vencedor de los enemigos de España.

COLAS. ¿Eh? Teneis razon. Seré soldado. ¡Huiré de estos sitios! Iré á buscar la muerte...

CAPIT. ¿Palabra? (Teresa sale.)

TERESA. Palabra.

CAPIT. ¡Chis! ¿Quién es esa guapa hembra?

COLAS. Dios os guarde, señora Teresa.

TERESA. Buenas tardes, Colás. ¡Cielos, qué conmovido estais!

COLAS. Aun estoy poco para lo que...

CAPIT. Si. Percances, disgustos de familia...

COLAS. ¡Ah! A propósito de familia, señora Teresa. Mi tio me ha encargado de venir por los alquileres.

TERESA. Al instante. Voy... Pero ahora recuerdo que no tengo las llaves, Se las di á Maria esta mañana y... Luego me pasará yo misma por casa de vuestro tio...

COLAS. Iba á proponéroslo. Tengo el ánimo tan turbado, que ni podría contar ni...

CAPIT. Venid, querido amigo. Vamos á dar una vuelta por el valle y hablaremos de la diosa Belona... (¡Diantre! yo preferiria servir á esta moza.) Andando.

COLAS. Como gustéis...

CAPIT. ¡Qué gran bocado! (Se van.)

ESCENA VIII.

TERESA, MARIA.

TERESA. Estoy decidida. La escena de esta mañana me ha hecho tomar una resolución. ~~Hablaré hoy mismo con Víctor, y si me ama, si no prefiere á Luisa... ¡Oh! no. No quiero creer que triunfe mi rival.~~

MARIA. (Saliendo presurosa.) Me han dicho que Marcelo ha llegado, y vuelvo... ¡Cielos! (Se detiene turbada.)

TERESA. Maria ¿ha venido alguien durante mi ausencia?

MARIA. No, señora... Nadie á...

TERESA. ¿Qué teneis? ¡Estais conmovida, turbada!

MARIA. ¡Yo no tengo nada, nada! Os aseguro...

TERESA. El tio de Colás acaba de enviarme á pedir el importe de los alquileres, y como es hombre que no espera jamás... Por fortuna tengo el dinero reunido y... Dadme las llaves.

MARIA. ¿Las... las llaves, señora Teresa?

TERESA. Si.

MARIA. Las llaves... yo no las tengo. (Muy turbada.)

TERESA. ¿Eh? ¿Pero estais en vos? (Cogiéndolas.) Hélas aquí... pendientes de vuestra cintura. Esperadme, vuelvo al momento. (Entra en la casa.)

MARIA. ¡Oh, desdichada! ¿qué va á ser de mí?

ESCENA XI.

MARIA, MARCELO.

MARCELO. ¡Maria! ¡Maria!

MARIA. ¡Ah, Marcelo, sois vos! ¡En nombre del cielo! (Corriendo á él.) ¡Ese dinero que habeis ido á buscar, dádmele pronto! ¡Al instante por Dios!

MARCELO. ¡Ese dinero!

MARIA. ¡Si, si! ¿No me habeis prometido una suma de tres mil libras? ¿Una dote que, segun decís, me pertenece?

MARCELO. Si, hija mia... Esas tres mil libras eran tuyas. Eran mis economías de veinte años! Las economías del viejo soldado...

MARIA. ¿Y bien, Marcelo, y bien?

MARCELO. Yo habia confiado ese dinero á un camarada establecido en la villa...

MARIA. ¡Acabad!

MARCELO. ¡Y el miserable me ha robado! ¡Ha huido con él!

MARIA. ¡Gran Dios!!!

MARCELO. ¡Figúrate cuál seria mi amargura, mi dolor! Yo que me habia privado de todo en el mundo por reunirte esa cantidad!

MARIA. ¡Ya no me queda esperanza, Marcelo! ¡ninguna!

MARCELO. ¿Qué estás diciendo?

MARIA. ¡Os digo que no me queda ninguna esperanza! ¡Que estoy perdida! (Con desesperacion.)

MARCELO. ¡Perdida!

MARIA. ¡Si, perdida! Porque... voy á decíroslo todo; porque... ¡Victor! (Al verle aparecer.) ¡Confesar delante de él? No. Antes morir. Huyamos.

ESCENA X.

DICHOS y VICTOR.

VICTOR. ¡Maria, Maria! (La coge la mano.) Un instante no mas. Se trata de la felicidad de toda mi vida, y necesito explicarme contigo de una vez.

MARCELO. ¿Cómo?

VICTOR. Maria, segun me dijiste hace poco, yo debo á Luisa mi libertad, y por pagarle tan inmenso bien no habrá sacrificio que yo no haga en el mundo. Luisa, yo lo sé, me ama, y su noble accion puede ser recompensada por medio de...

MARCELO. ¡Por medio de tu boda con ella!

VICTOR. Si, Marcelo.

MARCELO. ¡Oh! ¡Ahora comprendo por qué la infeliz lloraba, por qué me decia que no habia esperanza para ella!

VICTOR. ¡Nada me decis!

MARCELO. ¡Victor!

VICTOR. Marcelo, ¿habeis creido por ventura que daria yo á Luisa mi mano antes de saber si era amado de Maria?

MARIA. ¡Cielos!

MARCELO. ¡Es posible!

VICTOR. Si. Marcelo, si. La gratitud no me llevará hasta el punto de ahogar en mi pecho el cariño que siento hacia la que desde mi niñez ha sido mi mas fiel compañera. Maria, pronuncia una sola palabra y yo daré á Luisa mi vida si es preciso, pero mi amor... mi amor será para tí únicamente.

MARIA. (Ap.) ¡Y es ahora, Dios mio! ¡En este momento!... ¡Oh! no, yo no le haré participar de mi oprobio, yo no mancharé su nombre!

MARCELO. ¡Ah Victor! ¡no sabes el placer que me causas! que nos causas, diré mejor. Si, porque ella te ama; ella... Maria! (Viéndola llorar.).

VICTOR. ¿Qué es eso?

MARIA. ¡Oh! ¡Dejadme... dejadme por piedad!

VICTOR. ¡Cómo! Cuando yo esperaba oir de tus labios...

MARCELO. Habla, Maria, responde: ¿por ventura... por ventura rechazarias hoy el amor que anhelabas ayer?

MARIA. Victor: cumplid el deber. que la gratitud os impone. Yo... yo no puedo... no quiero ser esposa vuestra... No lo merezco. Adios. (Váse apresuradamente.)

MARCELO. ¡Maria!

VICTOR. ¡Oh!

MARCELO. ¡Victor!

VICTOR. ¿Qué vais á decirme en su defensa?

MARCELO. No lo sé, hijo mio, no lo sé. Pero te juro que ella te amaba. Sí. Yo no me puedo explicar ahora... yo no me acostumbraré nunca á la idea de que al morir no os deje unidos y felices.

VICTOR. ¡Unidos! ¡Oh! El deber me aconseja dar á otra mi mano, y Maria no me ama. Quiera Dios que no se arrepienta de su desden, porque ya seria tarde! (Váse.)

MARCELO. ¡Escúchame!... ¡Pero qué es esto, cielos! Pormas que...

ESCENA XI.

MARCELO, TERESA, saliendo de la alqueria sumamente conmovida.

TERESA. ¡Apenas puedo creerlo!... Y sin embargo la prueba está

clara! ¡es evidente! ¡Oh!... (Se deja caer en una silla)

MARCELO. (Acudiendo á su lado.) ¡Cómo! ¿Qué teneis, Teresa? Os poneis mala? Esa palidez...

TERESA. (Se levanta.) ¡Ah, Marcelo! Apenas tengo fuerzas para decíroslo.

MARCELO. ¿El qué?

TERESA. ¡Un suceso increíble! ¡inaudito! ¡criminal!

MARCELO. Explicaos.

TERESA. Marcelo... me han robado...

MARCELO. ¿Qué decis?

TERESA. Me han robado... y aqui, en mi casa, en mi mismo cuarto! ~~En el cofre de ebano, en fin, dentro del cual guardo todo el dinero que poseo.~~

MARCELO. ¿Pero... cuándo ha sido eso?

TERESA. Esta tarde sin duda.

MARCELO. ¿Esta tarde?

TERESA. ¡Sí! porque al marchar de aqui ésta mañana, habia guardado yo misma en ese cofre una suma de tres mil libras en oro, que destinaba para pagar el año de mis arrendamientos.

MARCELO. ¿Y bien?

TERESA. Y desde esta mañana ha desaparecido la mitad de la suma! ~~Me han quitado mil y quinientas libras.~~

MARCELO. ¡Justo cielo! Y... podeis acusar á alguien...

TERESA. ¿Acusar? (Pausa.) No: sospechar... (Pausa.)

MARCELO. (Con ansiedad.) ¿De quién, Teresa?

TERESA. De una persona en quien yo tenia toda mi confianza y á quien yo nunca hubiera creído capaz... Esta mañana le entregué al partir mis llaves... ahora acaba de dár-melas y... (Pausa. Se queda mirando á Marcelo, que la comprende al fin.)

MARCELO. ¡Maria! ¡Gran Dios!

TERESA. ¡Sí, Marcelo, Maria!

MARCELO. ¡Y es de ella de quien sospechais!... (Con indignacion.)

TERESA. De quién si no pudiera...

MARCELO. ¡De todo el mundo! (Con energia.) De mí mismo, ¡sí! De mí antes que de esa pobre criatura, cuyo honor y cuya virtud son los únicos bienes que en el mundo le que-

dan! (Llorando.)

TERESA. ¡Pero esas llaves, Marcelo, esas llaves!

MARCELO. Yo no sé lo que esas llaves prueban: lo que yo sé es que es preciso que guardéis esa horrible sospecha! Lo que yo sé es que... ¡Oh! ¡calladla Teresa! Vos no podéis comprender lo que os arrepentirías de haberla abrigado.

TERESA. Yo no acuso, Marcelo; mas...

MARCELO. ¡Oh! Callad, callad. ¡Voy á buscar á Maria, á traerla aquí! Á desvanecer al instante tan horrible duda. Y vos hareis justicia á su inocencia! á su acrisolada virtud. (Váse precipitadamente y dando muestras del mas amargo dolor)

ESCENA XII.

TERESA, despues el CAPITÁN.

TERESA. ¿Qué teme de mí Marcelo? ¡Ah! Aun cuando se probase el crimen de Maria, no sería yo nunca quien la deshonorara ni perdiera. ~~¡A Dios gracias, mi corazón no es tan cruel! .. Hoy sobre todo. La idea de que Victor quiera ser mi esposo me hace tan feliz, que olvido cuantas penas pudieron atormentarme!~~

CAPIT. (Saliendo.) ¡La bella arrendadora! ¡Atencion!... Seamos galantes y seductores por honor de las milicias del Rey de España.

TERESA. (En vano me pierdo en conjeturas. Si no ha sido Maria, quién puede haber...)

CAPIT. Me permitireis, hermosa, que os invite para la primera danza de la fiesta de esta noche?

TERESA. ¡Una fiesta! ¿aquí? ¿Con qué motivo?

CAPIT. En celebrad de la boda que va tener lugar mañana en este valle afortunado!

TERESA. ¿Una boda? (Sorprendida.) Tened la bondad de decirme quién se casa, porque no adivino...

CAPIT. ¿Quién? ¡Nada menos que el mas gallardo mozo del pais! Victor el cazador.

TERESA. ¿Victor? ¡Victor se casa!... Hablad, señor oficial, hablad.

- ¿Quién os ha dicho... por dónde sabeis?...
CAPIT. Toma! ¡Ya no es un misterio! Y aunque la interesada ha hecho por ocultarlo cuanto ha podido... mejor diré por dilatarlo, atribuyendo á otra el favor que hizo al inancebo... Al fin, lo sabe todo el valle. Ahora mismo he oído á un aldeano que decia á otro: ¡Con que ya se ha descubierto quién es la que salvó á Victor de ser soldado! ¡Con que se casa con ella!
- TERESA. Luego... una mujer le ha salvado...
CAPIT. Si: yo me lo iba á llevar en mi compañía...
TERESA. ¡Ha sido una mujer!
- CAPIT. ¡Y bien linda por cierto! La gentil Maria... que por mas señas debe poseer muy buenos cuartos...
TERESA. ¡Cómo! ¿Qué decís? ¿Maria ha comprado su libertad? ¿Dónde? ¿Cuándo? Responded.
- CAPIT. ¡Por mi nombre! ¡Esta misma mañana! ¡Á la puerta de esta alqueria! En el momento que íbamos á partir.
- TERESA. Y decís que os ha dado...
CAPIT. Mil y quinientas libras en soberbios luises de oro. Y no es mucho pagar por el querido objeto de su...
TERESA. ¡Mil y quinientas libras! ¡Ah! ¡Todo lo adivino! ¡Ya no tengo la menor duda! (Con violencia.) ¡Miserable! ¡Y Marcelo que la defendia! que juraba...
CAPIT. ¿Eh? ¿Qué os sucede, amable arrendadora?
- TERESA. (Ap. y con grande indignacion.) Si: eso es. Ella le ama; le ha vuelto la libertad para ser en seguida su esposa. ¡Oh! ¡no! ¡Jamás! (Se vá precipitadamente.)
- CAPIT. ¡Se me figura que va á estallar por aqui alguna tormenta! Pues señor, buscaré otra pareja para el baile, porque esta á lo que veo...

MUSICA.

ESCENA XIII.

DICHOS, aldeanos y aldeanas. COLÁS.

- COLAS. ¡Adios, esperanza mia! ¿No hay quien me ahorque de un árbol?

- CAPIT. ¿Calle? ¿Qué traéis con esa cara de Jeremías?
- COLAS. ¡Que me quedé sin novia! ¡Que la pérfida se casa con Victor!
- CAPIT. ¡Eh! ¡no! Consolaos. Quien se casa es Maria.
- COLAS. ¡No tal! ¡Es Luisa! ¡Vedlos! ¡Vedlos! como el olmo y la hiedra!
- CAPIT. Voto á... (Dándole un empellon.) Pues entonces, por qué me han hecho creer lo contrario?
- COLAS. ¡Caramba! ¡Y yo qué culpa tengo! ¡A que he cometido alguna imprudencia!) (Salen los aldeanos.)

ESCENA XIV.

ALDEANOS y ALDEANAS. VICTOR trae de la mano á LUISA. *Maria*

- ALDEANS. ¡Que vivan los novios!
- TODOS. ¡Vivan!
- LUISA. ¡Oh! ¡Qué feliz soy, primo mio!
- VICTOR. Quiera el cielo, Luisa, que todos lo seamos en este día.
- MARIA. (Saliendo entre un grupo de Aldeanos y Aldeanas que la traen de la mano.) Dejadme, yo os lo ruego.
- ALDEANS. Ven, ven.
- VICTOR. ¿Qué es eso?
- ALDEANO. Maria que se niega á tomar parte en nuestra fiesta.
- VICTOR. Maria. (Cogiéndola de la mano y trayéndola cariñosamente al proscenio.) Tú has desdeñado mi amor, mi ternura; y á la dicha que hoy esperaba al lado tuyo, reemplaza el deber que la gratitud me impone. Pero... ya que no tu esposo, Maria, siempre seré tu mejor amigo, tu hermano.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, TERESA, despues MARCELO.

- TERESA. ¡Cielos, no me habian engañado! Van á casarse... ¡Oh! amigos, oid... Apoderaos de esa mujer. (Señalando á Maria.)
- MARIA. ¡Ah!

VICTOR. } ¿Qué decis?

LUISA. }

TERESA. Que voy á revelaros un secreto odioso, un secreto que habia resuelto ocultar en el fondo de mi alma; pero puesto que la culpable se atreve á presentarse á vuestros ojos, á desafiar mi venganza... lo diré todo, sí.

TODOS. Hahlad.

TERESA. Esta mañana al partir confíe á esa mujer las llaves y el dinero de mi casa. ¡Pues bien!... esa mujer... me ha robado.

MARIA. ¡Ah!

TODOS. ¡Oh!

TERESA. Casaos con ella ahora.

FINAL CANTADO.

VICTOR. ¡Maria, Maria!

MARIA. ¡Ay, cielos!

CORO. ¡Qué horror!

VICTOR. No, no.

¡Yo rechazo esa impostura;
su inocencia aclamo yo!
Con mi labio y con mi acero
defender sabré su honor.

(Marcelo apareciendo y poniéndose al lado de Maria.)

MARCELO. Si de entrambos, hija mia,
te defiende aqui la voz,
cubra eterno vil oprobio
á quien hoy te calumnió.

CORO. Cubra eterno, etc.

MARCELO. Hija del alma,
pobre Maria,
alza tu frente
pura sin par:
Dios tu inocencia
vé desde el cielo,
Dios la impostura
castigará.

CORO, LUISA y VICTOR. Alza tu frente,

- pobre Maria,
Dios tu inocencia
protegerá.
- MARIA. Á tantas penas
el alma mia
pronto, muy pronto
sucumbirá.
- MARCELO. Dios tu inocencia
vé desde el cielo,
Dios la impostura
castigará.
- VICTOR. Tan pérfida calumnia
confunde sin temor.
- MARCELO. Defiéndete, hija mia,
responde á nuestra voz.
- CORO. Responde, di.
- MARIA. (Abatida.) No puedo.
- VICTOR. ¿Qué escucho?
- MARCELO. ¿Por qué no?
- LOS DOS. ¿Y bien?
- CORO. ¿Y bien? responde.
- MARIA. ¡Ah! no, no sé.
- (Cae desfallecida en los brazos de Marcelo.)
- TODOS. ¡Gran Dios!
- MARIA. Dolor, deshonra y lágrimas
me esperan solo aqui.
¡Oh Dios! la muerte acabe
tan bárbaro sufrir.
- Ni dicha ni esperanza
ya existe para mí.
¡Oh Dios! la muerte acabe
tan bárbaro sufrir.
- MARCELO. Dolor, deshonra y lágrimas
la esperan solo aqui.
¡Piedad, oh justo cielo,
tened de la infeliz!
La dicha y la esperanza
murieron para mí.

VICTOR. ¡Piedad, oh justo cielo,
tened de la infeliz.
Dolor, deshonra y lágrimas
la esperan solo aquí.
¡Oh Dios! piadoso alivia
su bárbaro sufrir.
¡La dicha y la esperanza
perdió ya la infeliz!
Dolor, deshonra y lágrimas
la esperan solo aquí.

CORO. Baldon de estas montañas,
por siempre huye de aquí;
no hay ya en nuestras montañas
abrigo para tí.
Pues de ellas hoy empañas
el claro honor así,
baldon de estas montañas,
aléjate de aquí.

VICTOR.

MARCELO.

¡Maria!
No: detente,
Tu puesto es otro; allí:

(Señalando al lado de Luisa.)

¡aqueste solo es mío!

Huyamos, infeliz. (Á Maria con fuerza.)

CORO.

Baldon de estas montañas, etc.

(Todos los aldeanos rechazan indignados á Maria. Marcelo sube por el puente sosteniéndola casi desmayada. Los aldeanos la amenazan desde la escena. Victor procura calmarlos. En medio del puente Maria cae sin fuerzas en los brazos de Marcelo, que se la lleva casi arrastrando. La luna aparece en este momento.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el Valle de Andorra, rodeado de colinas, cuya base está entapizada de verde. Un inmenso panorama al fondo. Se baja al valle por muchos senderos, de los cuales algunos están abiertos en las peñas. A la derecha, hacia el fondo, se ven algunas ruinas de parte de una capilla, cuya puerta se descubre en medio de plantas salvajes.

ESCENA PRIMERA.

El capitán ALEGRIA, el sargento LIRON y SOLDADOS. Los reclutas rodean al Capitán con gran atención: los soldados también, apoyados en sus fusiles.
El sargento Liron duerme en pte.

CAPIT. Continuación de la historia del joven Radamante, hijo de un molinero, y como llegó con el tiempo á ser esposo de una princesa.

TODOS. ¡Á ver, á ver? (Acercándose mas.)

CAPIT. El joven Radamante servía de soldado. Así como vosotros, y fué con su regimiento á conquistar las Indias. Al atravesar el país de... ahora no me acuerdo, pero es igual. Al atravesar el país que he dicho, la hija del rey que allí dominaba, se prendó tanto del uniforme de nuestro joven, que estuvo á punto de morir de amor. Brindó con su mano á Radamante, y este se la acordó por unanimidad. Por supuesto, lleno de sentimiento por tener que dejar el pan de munición, su hermoso uniforme y la profesión de soldado, que era su mayor gloria y felicidad.

UN RECL. ¿Decid, señor Capitán, y nos podrá suceder á nosotros lo mismo?

- CAPIT. Infaliblemente. No hay ejemplo de que un soldado deje de casarse con una princesa. Los mas desgraciados toman por esposa á una marquesa ó condesa... pero esto es lo menos frecuente. ¿Verdad, Sargento Liron? ¡Eh! ¡Qué demonio! Despertad, con cien mil de á caballo.
- SARG. Mi Capitan. (Despertando y con voz soñolienta.) Vuestra narracion es interesante... y sobre todo, muy verídica; pero eso no impide que hayamos pasado una noche de perros en esas ruinas... expuestos á la intemperie... sin cenar... y sin dormir, que es lo peor.
- CAPIT. Señor Sargento... os habeis vuelto muy regalón. Y tenéis mucho apego á las cuatro comidas y tres siestas que soleis hacer al dia. Eso es ya lujo... con una naturaleza como la vuestra. Sabed, pues, que no he dejado sin misterio la aldea despues del acontecimiento de ayer tarde. Tengo mis recelos de que sin querer he contribuido en algo á la desgracia de aquella pobre jóven, acusada por su ama y... no me siento muy dispuesto á ser llamado como testigo.
- SARG. Dicen que los ancianos de la república de Andorra van á reunirse para juzgar á la culpable.
- CAPIT. Razon de mas para continuar nuestro camino en el instante en que venga el jóven Colás para partir á España con nosotros.
- SARG. ¿Colás? Lo dudo, tiene demasiado apego á su individuo para ir á la guerra. ¡No vendraaaa! (Durmíendose.)
- CAPIT. Sargento Liron, si vuestro corazon no fuese tan duro como la tapa de vuestra cartuchera, sabriais lo que es un amante desesperado.
- SARG. ¡Aaaaah! (Bostezando.)
- CAPIT. ¿No os lo dije? Ved ahí á Colás. Ya es nuestro.

ESCENA II.

DICHOS, COLÁS, trayendo un lio al hombro en la punta de un palo.

COLAS. Buenos dias, señor capitan. ¡Buenos dias, camaradas!

CAPIT. Salud al jóven héroe ~~que viene á compartir nuestras~~

glorias. Abrámosle nuestros brazos y dispongámonos á beber en su honor.

COLAS. Sois muy amable, Capitan. Pero no hay de qué...

CAPIT. ¡Cómo que no hay de qué! ¡Voto á mil y quinientas bombas! Cuando vais á ser sargento, teniente, capitan general, en cuanto tengamos la primera ocasion.

COLAS. ¡Por lo que hace á eso no me importa un rábano! Yo he concebido otro proyecto.

CAPIT. ¿Otro?

COLAS. Si. Muy sencillo. El de hacerme matar.

CAPIT. ¡Cómo! ¡vos! Pero amigo mio...

COLAS. Quiero hacerme matar. Si. ¿Á vos, qué os importa? quiero que me maten... Y como con que me sople un poco la fortuna puedo conseguirlo, estoy seguro de salirme con mi intento. ¡Oh! ¡Y vaya si me saldré! Además, me conozco demasiado, y si no me mata una bala de cañon, me he de morir de miedo á la primera batalla; con que ya veis...

CAPIT. ¡Bah! Nadie se muere de miedo, mi tierno amigo. Yo conozco muchas gentes que han llegado á viejos con esa enfermedad, y en cuanto á haceros matar... el enemigo no tiene balas para todo el mundo. Sois muy ambicioso, y es preciso dejar que cada uno se lleve lo que sea suyo.

COLAS. ¡Ay! Luisa iba á ser mia, y sin embargo se casa hoy con mi rival!

CAPIT. Vaya, vaya. El amor turba vuestra mente; ~~ese Dios travieso os ha puesto su venda en los ojos y...~~ Ea, yo tengo un elixir que vá á calmar vuestras ideas y á entonar vuestro estómago.

COLAS. ¿Si? Creeis...

CAPIT. Respondo de su eficacia. ~~Las cepas del priorato no lo han producido mejor muchos años hace.~~ ¡Sargento Lirón! (Lo despierta.) ¡Vamos, hombre! Servidnos de ese licor benéfico; y vos... (Á Colás.) ¡Qué diantre! Un poco de energia y cantad con nosotros nuestra canción guerrera.

COLAS. ¡Cómo!... yo cantar, cuando...

CAPIT. ¿Por qué no? Vaya, arriba. (Le dá un vaso.)

COLAS. Oh pasion desvent... (Apura el vaso.)

(Los soldados se forman en ala, los tambores á la derecha..)

MUSICA.

CANCION.

CAPIT. La española infanteria
por lo brava y lo gentil,
en combates y en amores
sabe el triunfo conseguir.
Arma al brazo, compañeros,
glorias hay en toda lid,
y luchemos, donde quiera,
la victoria es nuestra allí.

¿Nuestra, sí?

(Los tambores acompañan con los palillos solamente.)

Tambor, tu claro redoblar
suene ya.

En pos de tí la militar,
hueste vá.

Enciende al bélico rumor
su valor,
y corra al campó del honor
con ardor.

CORO. (Acompañado de tambores.)

Tambor, tu claro redoblar
suene ya.

En pos de tí la militar
hueste va.

Enciende el bélico rumor
su valor,
y corra al campo del honor,
con ardor.

CAPIT. Si el amor nos dá el quién vive,
no sabremos resistir,
mas si asoma el enemigo
cruja el fuego del fusil.

¡Abra paso al regimiento,
que marchando van aquí
milicianos españoles
que son buenos porque sí!
Tambor, tu claro redoblar
suena ya.

En pos de tí la militar
hueste vá.

Enciende el bélico rumor
su valor,
y corra al campo del honor
con ardor.

Soldado, escucha la señal
militar.

Y al son del bélico marcial
redoblar,
acude al campo del honor
con ardor.

CORO. (Marchando en ala al toque de los tambores.)
Tambor, etc.

(Cesa la música.)

COLAS. (Un poco mareado.) Quereis creer, Capitan, que vuestra
cancion guerrera y vuestros tambores me han dado....
asi... un especie de ardor...

SARG. Eso es el vino que habeis bebido.

CAPIT. Sargento Liron, no seais envidioso.

SARG. Mi capitan...

COLAS. (¡Pues creo que tiene razon el Sargento! ¡veo unas es-
trellitas; y un... Ay! ¡Hé aqui los (Afogado.) estragos que
hacen las peñas!)

CAPIT. Ahora, mi jóven héroe... (Presentándole un papel.) apro-
vechad vuestro noble entusiasmo, y pues el corazon os
dice, ahí me espera un precioso documento de engan-
che, firmad al pié... y sois de los nuestros.

COLAS. ¡Ciertamente! Y (Tomando el papel.) con muchísimo
gusto. (Lo guarda en el bolsillo.)

- CAPIT. ¡Eh! ¿Qué es lo que haceis?
- COLAS. Metémelo en el bolsillo. Le guardo para firmar-le luego, porque en este momento... (Creo que estoy un poco chispo.)
- CAPIT. ¿Y eso qué importa?
- COLAS. Nada, pero quiero firmar con pleno conocimiento... y...
- CAPIT. Aun dudas... ¿Eh? ¿Qué es eso? (Al Sargento, que le presenta un papel que acaban de traerle.)
- SARG. Para vos, mi Capitan.
- CAPIT. ¿Á ver? Leamos. (Lee) «Los magistrados del valle de Andorra, únicos y exclusivos jueces de todos los delitos que se cometen en la república, invitamos al Capitan Alegria, actualmente de paso en el pais, para que prenda y conduzca á nuestro tribunal de familia á la aldeana Maria, acusada de robo doméstico hecho á su ama...» ¡Vaya al diablo semejante comision! Como si para prender á esa pobre jóven fuese necesario el auxilio de mi compañía ni de... ¡Vive el cielo! Firmes (Á los soldados.) Cumplamos, mal que nos pese, nuestro deber. Amigo Colás, espero que me devolvéis firmado ese papelito, ¿eh?
- COLAS. Si, luego cuando vayamos á marchar.
- CAPIT. Seguidme vosotros. (Se va el Capitan con los soldados y recitatas. El Sargento Liron queda en la escena dormido y sin notar que se han ido sus compañeros.)
- COLAS. ¡Calle! ¡Este Sargento es un guardacanton! Da una vuelta alrededor de él mirándole dormir.) ¡Qué bárbaro, válgame Dios! ¡Jé! ¡Á las armas!
- SARG. ¿Quién vive? (Despertando.)
- COLAS. Que se ha ido la compañía.
- SARG. ¿Se ha ido? ¿Por dónde? (Yéndose aturdido.)
- COLAS. Por allí, hacía la aldea. (Vuelve la cara y vé á Luisa, que aparece por la derecha.) ¡Cielos! ¡aquí la ingrata!
- LUISA. Buenos dias, Colás.
- COLAS. Servidor vuestro. (Alzando la voz como si hablara con el Sargento que se ha ido.) Si, señor Sargento; al instante soy con vos para ir á la guerra... á esa guerra sangrienta contra los... Pues... contra esos que sabeis... (¡Y no

me entiendes!) Yo ardo en deseos de batirme, de exponer mi pecho á las balas.

LUISA. ¿Vos? (Acercándose.)

COLAS. Yo, si, señora. (Luisa le vuelve la espalda.) Mil gracias por la atencion! ¿Ya no soy yo nadie, eh? me volveis la espalda como si oyerais el zumbido de un tábano, y no la voz de un ser racional, dicho sea sin modestia.

LUISA. Es que he venido á coger flores para mi ramo de novia y tengo que perder tiempo.

COLAS. Hum. (Dándose un pescozon.) Bestia de mí, que aun la hablo para oir insultos de esa especie. (Cogiendo su paño y el lio de ropa.) ¡Adios, Luisa! ¡Hasta que nos veamos en el otro mundo!

LUISA. ¡Adios, Colás! ¡Pero qué! (volviendo.) ¿Os vais enojado? ¿Partireis acaso con odio hácia mí porque no he correspondido á vuestro amor?

COLAS. ¡Ah! Luisa, Luisa! Yo hubiera sido la nata de los maridos!

LUISA. No lo dudo. Pero... ya veis, yo amo á mi primo desde la infancia...

COLAS. Si; pero su amor en cambio data de ayer tarde.

LUISA. ¿Qué importa?

COLAS. Y luego, vaya un novio, un galante; ausente de vos desde anoche... ¿Por dónde anda?

LUISA. ¡Estará ocupado! ¿Qué os importa á vos? Tal como él sea me agrada, y... en vano tratareis de indisponernos. ¡Ah, miradle! Sin duda viene en busca mia. Decid ahora...

ESCENA III.

DICHOS, VICTOR.

VICTOR. ¿Mi prima aqui?

LUISA. Venid, Victor, venid. Quiero que se sepa que me buscáis, que deseabais encontrarme. ¿No es verdad?

VICTOR. ¿Por qué me lo decís?

LUISA. Porque Colás se atreve á suponer que vuestro cariño no es sincero, que no me amais como yo os amo.

COLAS. ¡Chis! ¿Quereis buscarme una pendencia?

LUISA. Pero yo no creo semejante suposición, primo mío. Colás es un envidioso, un... Y sin embargo, una sola cosa de las que me ha dicho, me ha hecho reflexionar...

COLAS. ¡Toma!... Yo he dicho sencillamente...

LUISA. Que vuestro amor hacia mí es demasiado repentino.

VICTOR. Luisa, yo era vuestro amigo desde la infancia. Cuestiones de familia nos separaron. Mas desde que he sabido que me habeis librado de la milicia, comprando mi libertad. .

LUISA. ¿Yo, primo mío?

VICTOR. Lo he callado hasta aquí porque lo habia prometido; pero ya seria un ingrato si os ocultara por mas tiempo mi gratitud.

LUISA. Os han engañado, Victor. Creed que no he sido yo... os lo juro, quien os ha librado de la milicia.

VICTOR. ¡Cielos! ¿Qué oigo! ¿No habeis sido vos? ¡Pues quién, decidme! Responded, Luisa, responded.

LUISA. ¡Lo ignoro completamente!

VICTOR. ¡Lo ignorais! ¡Y decís que vos no habeis sido! ¡Esto es inconcebible! ¡Oh! Yo necesito aclarar este misterio. Yo quiero averiguar de una vez... preguntar á todo el mundo, al punto, ahora...

LUISA. ¿Adónde vais?

VICTOR. ¡No sé: dejadme, Luisa, dejadme. (váase.)

LUISA. ¡Y se va!

COLAS. ¡Cá! ¡No: andando!

LUISA. ¿Quereis hacerme rabiar por ventura? ¡Dios mío! ¿Qué será esto?

COLAS. ¡Uf! ¡Ya la cogí!

LUISA. ¿Cómo?

COLAS. ¿Sabeis por qué Victor os brindó con su mano? Porque creia que vos habiais comprado su libertad.

LUISA. ¿Cómo?

COLAS. ¡Nada mas que por eso! Hé ahí explicado su repentino amor. Cuando yo decia...

LUISA. ¡Imposible! ¡Oh! si así fuese... Por fortuna soy demasiado orgullosa para aceptar una boda que... ¡Y dema-

siado bonita! Colás, ¿no os parezco bonita? Decid.

COLAS. ¡Ay! lo mismo que la luna.

LUISA. Venid. Corramos á alcanzar á Victor, á obligarle á...
venid, amigo mio.

COLAS. ¡Si, si! ¡Hace de mí lo que quiere!

LUISA. Vamos.

COLAS. ¡Ah, Luisa! Por vos iria yo á la Meca si fuese necesario.
(Vánse.)

ESCENA IV.

TERESA, que baja de la montaña.

¡Gracias á Dios que me hallo sola! ~~que no podido oírme de todos esos importunos que sin cesar solicitaban les repitiese la narracion del delito de Maria... de esa pobre jóven á quien mi generosidad habia perdonado, y á quien, creyéndola mi rival, acusé sin embargo celosa y vengativa! ¡Qué noche, Dios mio! ¡Pensando sin cesar en la infeliz, que dentro de poco será juzgada severamente! ¡Oh! ¡Quién me lo hubiera dicho! ¡La que mi madre amaba tanto, la que yo habia hecho dueña de mi confianza y de mi afecto!~~ ¡Increíble parece lo que me sucede, y apenas puedo desecharlo... (Se oye la zampoña del pastor.) ¡Cielos, ese sonido!... ¡Oh, no me engañé! ¡Es Marcelo! ¡Y va á encontrarme aqui! No; su presencia me seria dolorosa! No puedo verle... no quiero... ¡Ah! (Se oculta en la capilla.)

ESCENA V.

MARCELO sale triste y abatido y se sienta en un banco, soltando su zampoña como quien renuncia á una esperanza. Despues VICTOR.

MARCELO. ¡Nada! Allí está inmóvil, muda... Sentada al pie de esa montaña, donde ha pasado la noche, sin que mis ruegos hayan podido conseguir que me siga. ¡Victor! ¡Victor! ¡Tú aqui!

VICTOR. (Saliendo.) Si, Marcelo. Os buscaba por todas partes. Luisa acaba de volverme mi palabra!... Luisa no ha sido quien me ha salvado de la milicia. Soy libre y vengo

á reunirme á vos para defender, para proteger á la pobre Maria.

MARCELO. ¡Ah! ¡Hijo mio! Bien esperé de tí tan nobles sentimientos.

VICTOR. ¡Y ella, Marcelo! ¡Maria!

MARCELO. Sumida en un fatal silencio, nada he podido saber de sus labios! ¡Nada! ¡Pero, y qué? Acaso dudo yo de su inocencia! ¡Oh! No. ¿Verdad, Victor? ¿Verdad que ella no ha podido cometer un delito semejante?

VICTOR. ¿Pero dónde está? ¿Dónde?

MARCELO. Allí, ¡al pié de esa montaña, sin querer separarse de aquel sitio!

VICTOR. Dejádme ir allá.

MARCELO. No, no. Tu presencia le produciria una impresion terrible. Al menos déjame prepararla á verte. Déjame antes...

VICTOR. ¡Allí está! ¡Derrama en derredor su vista! ¡Sin duda os echa de menos! ¡Se levanta! Ya viene. Yo espero aquí oculto la ocasion... (Se esconde detrás del monte al fondo.)

ESCENA VI.

DICHOS, MARIA, que viene lentamente con la cabeza inclinada sobre el pecho y los vestidos en algun desórden. Baja á la escena y mira vagamente en torno suyo. MARCELO se acerca y la coge una mano.

MARCELO. ¡Maria, soy yo! ¿No me conoces?

MARIA. ¡Marcelo! (Tristemente.)

MARCELO. ¡Si! ¡El pobre viejo que tanto te quiere, que tan desconsolado está por tí.

MARIA. ¡Por mí!,

MARCELO. Si. Vamos, hija mia. Vuelve de ese estupor. Mira, mira qué hermoso está el valle! ¡Qué alegre el cielo! Recobra tu tranquilidad, dime en fin... (Maria cae sentada sobre el banco.) ¡Maria!

MARIA. ¡Oh! El valle está hermoso, si. Como los dias de mi infancia... como los dias felices... que ya no volverán.

MARCELO. Si, si, hablemos de ellos; ¡esto te volverá tal vez tu alegría! ¿Te acuerdas?... ¿te acuerdas? ~~cuando me espera-~~

bas todas las tardes en el valle?... ¿cuando yo volvía de apacentar mi rebaño, y me hacías cantar á la fresca sombra de las encinas, ó al pié de las montañas? ¡Oh! ¡Vuelve en tí! ¡Hija! ¡Maria! ¡Oh! ¡Por piedad! ¡Habla! ¡Es preciso!... Confíamelo todo á mí; á mí que no te acuso, que te defiendo. ¿Lloras? ¡Sin duda de vergüenza, de indignacion, no es así? ¡Pero tú rechazarás esa calumnia, tú nos ayudarás á defenderte!... ¡Cómo! ¡ni una palabra! ¡Considera que ese es un silencio horrible! Que con él harás que todos te condenen y te desprecien... hasta Victor, Victor, que te amaba tanto, y que te ama todavía. (Maria se levanta súbitamente.)

MARIA. ¡Victor! ¡Oh! él no podrá maldecirme.

MARCELO. Pero dime al menos que eres inocente.

MARIA. No, Marcelo, no; ¡soy culpable!

VICTOR. ¡Cielos! (Ap. desde el fondo.)

MARCELO. ¡Culpable! (Á la vez y Marcelo continúa.) ¡Tú! ¡La que yo llamo mi hija! Tú... No, no; ¡eso es imposible! eso no puede ser.

MARIA. ¡Si, Marcelo, culpable! Pero yo fiaba en el dinero que debiais traerme. Pero lo que hice fué por salvarle á él... ¡Por comprar su libertad!

VICTOR y MARCELO. ¡Oh! (Dando un grito. Victor baja vivamente al lado de Maria.)

MARIA. ¡Victor! (Viéndole.)

VICTOR. ¡Maria! ¡Tú te has perdido por mí, ángel de amor y de bondad! ¡Has sacrificado mas que la vida! has comprado mi libertad á precio de tu infamia.

MARIA. ¡Perdon! ¡Victor! ¡Perdon! Yo queria morir con mi secreto... Pero el dolor me ha hecho revelarlo.

MARCELO. ¡Oh Dios mio!

VICTOR. ¡Y me dejabas unirme á otra cuando era tan verdadero tu amor! cuando... (Se oyen toques de trompas dentro.)

MARIA. ¿Chis? ¿No ois?

VICTOR. Esa señal...

MARCELO. Esa señal es la que convoca á los ancianos del pais que han de absolverte ó condenarte! ¡Cielos! (Mirando á la derecha.)

ESCENA VI.

DICHOS, el CAPITAN, el SARGENTO, SOLDADOS.

CAPIT. Héme aquí, bella jóven, que vengo á cumplir un penoso deber. Tengo órden de prenderos.

MARCELO. ¡De prenderla!

CAPIT. Y de conduciros á la alqueria próxima hasta que comparezcais ante el tribunal que debe reunirse en este mismo sitio dentro de muy breves instantes. Vamos, vamos. ¡No lloreis así! Reparad que uno no es de piedra, y que la... (Dominando su enternecimiento.) Soldados, firmes! (A su gente.) Voto á quince mil granadas...

MARIA. ¡Victor! ¡padre mio!

MARCELO. ¡Oh! ¡Te seguiremos á donde quiera que vayas!

CAPIT. Lo siento mucho; pero no te lo puedo permitir. Tales son las órdenes que...

MARCELO. ¡Cómo! No podré acompañar á la que llamo mi hija, á la que quiero tanto...

MARIA. No, padre mio. ¡Quedaos! ¡Dejadme sufrir á mí sola lo que la suerte me prepare!

CAPIT. Apoyaos en mi brazo, (A Maria.) pobre niña. El deber militar no le impide á un soldado ser amable y compasivo. Seguidme. (El Capitan se lleva del brazo á Maria y se va con ella seguido de los soldados.)

MARCELO. ¡Oh! ¡Victor! ¡Victor! Yo no puedo consentir por mas tiempo su desgracia: Yo no puedo consentir ya... Esa acusacion en los labios de Teresa, es una cosa horrible! y aun cuando tenga que quebrantar el juramento que hice á su madre moribunda, lo diré todo. ~~Si lo diré, vive el cielo!~~ Pues tambien le juré velar por Maria, y este juramento vale tanto como el otro.

VICTOR. No os comprendo.

MARCELO. Pues bien. Sabe que la madre de Teresa, quedó viuda cuando esta contaba solo dos años. Engañada por un hombre de alto nacimiento en un viaje que hizo á España, tuvo allí una hija de aquellos secretos cuanto desdichados amores, y halló medio despues de conservarla aquí á su lado, pretestando que Maria era una

huérfana abandonada á quien habia recogido por compasion.

VICTOR. ¡Cielos! Entonces Maria...

MARCELO. Maria es hermana de Teresa.

TERESA. ¡Ah! (En las ruinas.)

VICTOR. ¿No habeis oido?

MARCELO. Si. Un grito. Alguien sin duda nos escuchaba. ¿Pero qué importa?

VICTOR. ¡Oh! nada, continuad... ¿Y Teresa ignora?...

MARCELO. Si. Su madre no tuvo valor para hacerle una confesion semejante. Pero al morir me hizo depositario de ese secreto. Ahora, Victor, ya comprenderás que no puedo callarlo. Que es preciso que Teresa lo sepa! Que este es el único medio...

VICTOR. Si, si. Busquémosla cuanto antes. ¡Corramos!

MARCELO. ¡Ah! Ya es tarde.

ESCENA VIII.

DICHOS, una multitud de aldeanos de ambos sexos, que con la cabeza desnuda preceden á varios ancianos, magistrados de la república. Con ellos viene COLÁS y LUISA. Por otro lado sale el CAPITAN con MARIA y soldados. Los magistrados se sitúan debajo de una gran encina y en pié. Preceden á la comitiva tres ó cuatro trompetas campestres. VICTOR y MARCELO acuden al lado de MARIA, que se apoya desfallecida en los hombros de entrambos.

CORO.

La ley severa cúmplase,
vindique nuestro honor
y dicte la justicia
la pena ó el perdon.

SINDICO. Maria. Nos, los magistrados de la república de Andorra, te hacemos comparecer ante nuestro tribunal para responder á la acusacion fulminada contra tí. ¿No se halla Teresa presente?

TERESA. ¡Si, señor magistrado! (Abriéndose paso y presentándose.)

MARIA. ¡Cielos!

SINDICO. (Á Teresa.) Declarais que acusásteis ayer á esta jóven de haber abusado de vuestra confianza?

TERESA. (Pausa.) Si.

SINDICO. De haber abierto en ausencia vuestra un cofre que contenia dinero, y de haber extraido de él una suma de mil y quinientas libras?

TERESA. Sí.

SINDICO. ¿Qué teneis que añadir á vuestra acusacion?

TERESA. Nada.

SINDICO. ¿Os manteneis en ella?

TERESA. No. (Rumor general.)

SINDICO. ¿Cómo?

VICTOR.

MARCELO. } ¡Ah!

MARIA. }

SINDICO. ¡Por ventura habeis mentido! ¿No habeis declarado la verdad?

TERESA. La verdad... la verdad la diré ahora, delante de todos. Esa jóven no es culpable.

MARIA. Teresa...

MARCELO. ¡Ay, por Dios. (Bajo á Maria.)

SINDICO. Pensad bien lo que decis. Pensad que si así fuera habiais atentado indignamente contra el honor y la reputacion de esa jóven.

TERESA. Pues bien. (Duda y luego dice.) Sabedlo. Yo he querido vengarme de ella en un acceso de celos. No por otra causa. Confieso mi culpa y la declaro.

MARIA. Pero padre mio...

MARCELO. Silencio.

SINDICO. El cielo perdone tu delito. La ley, sin embargo, no puede dejarlo impune. (Los soldados forman círculo alrededor de la encina. Los magistrados deliberan. Los aldeanos se apartan á un lado. Maria se dirige á Teresa seguida de Marcelo y Victor.)

MARIA. Teresa! Yo no consentiré nunca tan sublime generosidad, yo...

MARCELO. ¡Oh! este sacrificio me prueba que vos sabeis el secreto... que vos sabeis que vuestra madre...

TERESA. Silencio, Marcelo. Yo no sé, yo no quiero saber nada mas, sino que mi madre me bendecirá hoy desde el cielo.

SINDICO. Teresa. Nuestro tribunal de familia, queriendo dar un

severo ejemplo, decide que aquella á quien has calumniado, pronuncie tu sentencia, y que su labio dicte tu pena ó tu perdon.

MARIA. ¡Perdon! el suyo...

MARCELO. Tente. (Conteniéndola.)

MARIA. ¡Mis brazos y mi amor! (Arrojándose en los brazos de Teresa.)

CORO. ¡La amarga desventura
en dicha se trocó!

COLAS y LUISA. Y el novio con la novia

(Adelantándose asidos de la mano y presentándose á Maria y Victor.)

reconciliados ya,
alegre enhorabuena
y plácemes os dan.

CAPIT. ¡Se casan todos! ¡Bravo!

(Mirando á unos y á otros.)

Ya estoy aqui de mas.
Adios, niñas hermosas,
memoria conservad
de aqueste que os saluda,
gallardo Capitan. (Volviéndose á su compañía.)
Tambor, tu claro redoblar
suena ya:
en pos de tí la militar
hueste vá.

Enciende al bélico rumor
su valor,
y corra al campo del honor

TODOS, CAPIT., CORO. (Acompañado de tambores.)

Tambor, tu claro redoblar
suena ya,
en pos de tí la militar
hueste vá,
etc., etc. (Cae el telon.)

FIN DE LA ZARZUELA.

DON BENITO PANTOJA,

ZARZUELA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. CARLOS OLONA DI-FRANCO

MÚSICA DEL MAESTRO COMPOSITOR

DON MANUEL NIETO.

Estrenada con éxito extraordinario en el Teatro de APOLO la noche del
25 de Mayo de 1885.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ

Calvario, 18, principal.

1885.

PERSONAJES.

ACTORES.

ISABEL.....	SRAS. LEYDA.
JUANA.....	PERLÁ (D.).
MÓNICA.....	RIVAS.
HERMANA CAMILA.....	PERLÁ (M.).
COLEGIALA 1. ^a	ALONSO.
DON BENITO.....	SRES. CARCELLER.
CÁRLOS.....	SALA-JULIEN.
VALENTÍN.....	MIÑANA.
EL CONDE	JIMENO.
EL MAYORDOMO.....	GONZÁLEZ.
EL DÓMINE.....	MORÓN.
BEDEL 1. ^o	SUAREZ.
BEDEL 2. ^o	LÓPEZ.
Colegialas, hermanas, estudiantes, seminaristas, alguaciles, criados del Conde.	

La acción, en el primer acto, junto á Sevilla.—En el segundo, en Sevilla.

Época: siglo XVIII: Carlos III.

Tómense las indicaciones de derecha é izquierda, las del actor.

NOTA. El señor Morón, por deferencia á los autores y á la empresa, se ha encargado del papel de «*El Dómine*.»

OTRA. En las compañías que no haya dos tenores cómicos, el papel de «*Valentín*» se repartirá á juicio de la *Dirección*, pudiéndolo hacer un tenor sério, ó un segundo barítono, para lo cual está ya apuntada la parte musical.



ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala baja de una casa de campo cerca de Sevilla. Puerta al foro que dá al camino. Dos puertas laterales á la derecha del público y dos á la izquierda. Sobre cada una de las de primer término de derecha é izquierda, una ventana pequeña practicable. Á la derecha de la puerta del foro un fogón grande con chimenea de campana. En la parte de la izquierda una mesa con un armario. Á la derecha otra mesa, y sobre ella un velón encendido y dos palmatorias con vela, un canastillo con hilo, agujas, tijeras, dedal y una prenda blanca, sillas y un sillón de la época.

ESCENA PRIMERA.

D. BENITO, VALENTÍN, MÓNICA.

CORO, DENTRO.

Al levantarse el telón Mónica de pié junto á la mesa con unos anteojos puestos, le cose á Valentín (que está vestido de estudiante) un botón de la manga del brazo izquierdo. Valentín de pié y de frente al público con el brazo extendido, se mueve sin cesar de un lado á otro hablando, ya con Mónica, ya con D. Benito, que estará sentado en una silla en el proscenio á la derecha, llevando el compás con la cabeza del coro que se oye dentro.

MÚSICA.

CORO, DENTRO.

¡Vivan las trianeras

que por Sevilla
van derramando gracia
con su mantilla!...
¡Vivan los estudiantes
que por Triana
dan hasta los ribetes
de su sotana!
¡Ay, trianera,
por ir á verte
la vida paso
pasando el puente!
Si en esa orilla
tu amor me das,
¡quién de Triana
me sacará!

HABLADO.

Con la música que se oye dentro y al mismo tiempo.

MÓNICA. (Á Valentín.) ¡Pero estése usted quieto, hombre de Dios! ¿Cómo quiere que le cosa el botón de la manga?

VAL. (Que se mueve mucho y mira á la puerta del fondo con ganas de reunirse á los que cantan.) ¡Olé! (Á Mónica.) Afírmelo usted bien, ¿eh? Y muchas gracias por el favor. (Da dos pasos hacia D. Benito, éste sigue distraído moviendo la cabeza.) Oiga usted, don Benito.

MONICA. (Cosiendo.) ¡Jesús! ¡Ya se hizo un desgarrón!

VAL. (Llamándole.) ¡Don Benito!

BENITO. (Volviendo de su distracción.) ¿Eh? ¿Qué?

VAL. ¡La que anda por ahí fuera!...

BENITO. (Alegre.) Son tus compañeros, ¿eh?

VAL. ¡Sí, señor! ¡Y qué música!

BENITO. De lo fino. (Movládose en la silla.) ¡Como que se me bailan las piernas!

MONICA. (Cosiendo.— Ap. Con enojo.) ¡Miren el!...

BENITO. (Á Valentín.) Y... dime... ¿Te espera también alguna chica?

VAL. ¡Cál! La que yo quiero no sale tan fácilmente de su casa. ¡Qué moza! Con una cintura y un...

BENITO. (Riendo y frotándose las manos.) ¡Jé! ¡jé! ¡jé! ¡jé! ¡jé!

VAL. (Vivamente.) ¡Ya le echan á usted los ojos chispas!

MONICA. (Mirando en seguida á D. Benito.) ¿Cómo?

BENITO. (De pronto se pone serio para disimular.) ¡Mentira! ¡Embustero!

MONICA. (En tono de reconvencción.) ¡Ay, señor don Benito!

BENITO. (Desde la silla, alargando el cuello, dice bajo á Valentín.) ¡No me comprometas, hombre! (Repite el coro dentro.)

VAL. (Inquieto al oír el canto.) ¡Por vida del desgarrón!... ¡Y digo! ¡Esta noche que vamos de jarana y baile. (Mo-
viéndose)

MONICA. (Cosiéndole la manga y siguiéndole.) ¡Uf! ¡qué molino!

VAL. ¿Quiere usted venir con nosotros, don Benito?

BENITO. Hombre, casi me dan tentaciones...

MONICA. (Enfadada.) ¡Cómo! ¿Qué dice usted?

BENITO. (Vivamente.) ¡Nada! ¡No!... Si es este que se empeña...

VAL. (Por los de dentro.) ¡Viva! ¿No oye usted eso?

BENITO. (Entusiasmado.) ¡Olé! (Valentín tararea la melodía que está sonando, moviendo como un bolero el brazo derecho y casi bailando. Mónica cosiéndole el desgarrón se ve obligada á dar las mismas vueltas.)

VAL. ¡Tarará... lá, lá!... ¡Tarará... lá, lá!

BENITO. (Se levanta entusiasmado é imita á Valentín.) ¡Tiriri... tí, tí!... ¡Tiriri... lí, lí!

MONICA. (Aturdida.) ¡Pero no de usted vueltas! (D. Benito pasa bailando por delante de Valentín.)

VAL. (Le toma la cara á D. Benito.) ¡Viva ese cuerpo!

BENITO. (Enfadado, le golpea la mano.) ¡Chíst! ¡Quita, muchacho!

VAL. (Siempre bailando se vuelve á Mónica y la coge de la cintura.) ¡Huyuyí!

MONICA. (Grita.) ¡Ah!

BENITO. (Amoscado á Valentín.) ¡Oye, oye! (Acercándose á ellos.)

MONICA. (Separándose de Valentín.) ¡Jesús! ¡Ya está cosido!...

VAL. ¿Sí? Pues que Dios se lo pague á usted, y... Ah, luego vamos á venir toda la panda. (Yendo hacia el foro.)

MONICA. ¡Hágame usted el favor de no parecer por aquí esta noche!

BENITO. (Fingiéndose apoyar á Mónica.) ¡Cabal, dejadnos por hoy de ruido! (Sin que lo vea Mónica le hace señas á Valentín de que vengan.)

VAL. Hasta luego.

BENITO. (Fingiéndose enfado.) ¡Te digo que no vuelvas! (Por detrás de Mónica le hace señas de que sí.)

VAL. (Á Mónica, yéndose.) Y ténganos usted preparado unos bizcochitos, ¿eh? Adios. (Se vá alegremente por la puerta del foro.)

MONICA. (Siguiéndole.) ¡No, señor, aquí no hay nada que! (Llega á la puerta, cierra, y en seguida se dirige á D. Benito que se está riendo aparte.) ¡Usted es la causa de que estos atolondrados no nos dejen en paz un momento!

BENITO. Pero mujer, si son amigos de mi sobrino. Él los asiste como médico del Seminario, y...

MONICA. ¡Si es usted! ¡Usted, quien los ha metido en venir aquí y quien anda con ellos al retortero!

BENITO. ¿Yo?

MONICA. Usted, que ha sido un calavera toda su vida, y que no se acuerda de que ya tiene sesenta años.

BENITO. (De prisa y enfadado.) ¡No los cumplo hasta Carnestolendas!

MONICA. Lo mismo da... (Mirándolo.) ¡Húm! Quien le conoció entonces...

BENITO. (Animándose.) ¿Verdad que sí?... Me acuerdo que una gitanilla me decía todas las tardes al pasar por mi puerta,.. ¡Adios! ¡Cara de pitiminí!

MONICA. ¿Quién era esa bribona?

BENITO. ¡Y yo... mi capa terciada, mi sombrero de medio lado!

MONICA. Si, pues ahora no debe usted pensar más que en rezar el Rosario.

BENITO. ¿Sermón tenemos?

MONICA. ¡Y dejar de ser el maestro de música de toda la es—

tudiantina de Sevilla!

BENITO. ¡Cómo! ¡Dejar á mis discípulos!...

MONICA. ¡Qué ninguno le paga!

BENITO. (Ap.) (Es verdad.)

MONICA. ¿Le parece á usted bien, que durante las vacaciones tengamos jarana y baile cada día?

BENITO. No me parece mal.

MONICA. ¡Claro, como usted vá siempre al frente de la fiesta!...

BENITO. Pero mujer, no vé usted que yo hago de bastonero?

MONICA. ¡Jesús! Tener que presenciar yo esas cosas... ¡Cuánto mejor hubiera sido, que en mi juventud me hubiese cobijado en un convento!...

BENITO. ¡Calle! ¿Usted monja?

MONICA. ¡Sí, señor! Yo hubiese vivido entonces lejos del mundo. Libre de las asechanzas del amor, de los mentidos alhagos, (D. Benito vuelve rápidamente la cara á otro lado. Mónica, se le pone en frente.) de las engañosas promesas. (El mismo juego.) ¡de los hombres!...

BENITO. (De pronto.) Pues señor, hablando de otra cosa...

MONICA. (Continuando.) ¡De los hombres que dan palabras de matrimonio para no cumplirlas jamás!

BENITO. (Queriendo disimular.) ¿Se sabe qué hora es?

MONICA. (Lo mira con aire de reconvención y suspira.) ¡Ay!

BENITO. (Dá de pronto media vuelta.) Conque hasta mañana.

MONICA. ¿Dónde vá usted?

BENITO. Á acostarme. Tengo que madrugar.

MONICA. ¡No hay peor sordo que el que no quiere oír! (D. Benito se dirige á la primera puerta derecha.) ¡Y quién aguarda á don Carlos? (D. Benito se detiene.) Yo me estoy cayendo de sueño y no puedo... (Suenan dos golpes en la puerta del foro.)

BENITO. Él es...

MONICA. ¡Loado sea Dios! (Yendo á abrir.)

ESCENA II.

DICHOS, CÁRLOS con aire triste y abatido.

CARLOS. ¡Buenas noches, Mónica! (Entrando.)

MONICA. Ya le echábamos á usted de menos.

CARLOS. (Bajando.) Querido tío... (Le estrecha la mano y sigue andando hasta sentarse junto á la mesa. Queda pensativo. Mientras tanto Mónica dice á D. Benito.)

MONICA. Yo me voy á acostar. No olvide usted mañana venir á llamar á la puerta de mi cuarto, que yo también quiero levantarme temprano.

BENITO. (Afectando grande amabilidad.) ¡Será usted servida! ¡señora doña Mónica? (Le hace cortesías, acompañándola hasta la puerta primera de la izquierda.)

MONICA. (Yéndose.) ¡Húm!... ¡Quién diría que es el mismo hombre!... ¡Húm! (Entra y cierra la puerta. D. Benito vuelve al centro de la escena y coge, pasando por detrás de Carlos, la palmatoria cuya vela enciende en el velón y dice á Carlos.)

BENITO. Ea, hasta mañana, sobrino. (Echa á andar hacia la puerta primera derecha, pero al ver á Carlos que no le contesta se detiene, vuelve la cabeza y repára en el abatimiento de su sobrino, que en este momento se enjuga una lágrima. Entonces se dirige á él apresuradamente, pone la palmatoria sobre la mesa y dice inquieto.) ¡Carlos!... ¡Carlos! ¿Qué es eso? ¿Estás llorando?

CARLOS. (Queriendo fingir serenidad.) No, querido tío, (Se levanta y vá hacia la derecha.)

BENITO. (Deteniéndole.) ¡Sí, tú estás inquieto! ¡Triste! Algo te ha sucedido! (Le coge de la mano.) Mirame cara á cara. Vamos, ¿qué niñería es esa? (Le hace volverse.) ¡Voto al chápíro! ¿Pues no tiene los ojos hinchados de llorar? ¿Pero, qué le ha sucedido á este chico?

CARLOS. Recójase usted, tío; ¡déjeme usted con mi dolor!

BENITO. ¡Eso es! ¡Pues no faltaría más! Vamos, dí, ¿qué te pasa?

CARLOS. ¡Que estoy desesperado! ¡loco! ¡Que hace tres noches no veo á la que amo!

BENITO. ¡Adios, mi dinero! ¡Luego esas escapatorias que hacías al anochecer!... Debí sospecharlo. Yo también elegía siempre esa hora... (Mirando el cuarto de Mónica.) ¡Qué diferencial! (A Carlos.) Vamos, explícate... ¿Quién es esa joven?

CARLOS. Lo ignoro.

BENITO. Sí, pues no me des más señas. Pero, su nombre al menos...

CARLOS. Se llama Isabel. Vive en la más estrecha clausura, en una quinta á una legua de aquí, y bajo la vigilancia de no sé que viejo mayordomo...

BENITO. ¿Qué tal? ¡Fíese usted de las vigilancias!

CARLOS. ¡Oh! ¡si usted supiera las precauciones de que teníamos que rodearnos! Yo oculto detrás de los árboles, ella desde su ventana... Pero, hace tres noches que llego como de costumbre, doy la señal convenida y ni la ventana se abre, ni nadie responde á mis ecos. Siempre el mismo silencio, la misma incertidumbre... Digo mal, hoy mi dolor y mi desesperación no tienen límites!

BENITO. ¡Chico, chico... ¡Pues no lo tomas poco fuerte que digamos!

CARLOS. Ah, usted no comprende...

BENITO. Es verdad. Yo en amores... he profesado siempre la doctrina del movimiento.

CARLOS. Usted.

BENITO. Sí, pero ya me paré.

CARLOS. ¡Oh! ¡En vano tratará usted de consolar mi amargura!

BENITO. ¡Vamos, hombre, vamos! ¡Qué sensibilidad!

CARLOS. ¡Es que... Isabel es huérfana; en su existencia hay cierto misterio impenetrable y temo!... ¡Oh, Dios mío! ¡Si no la volveré á ver más?

BENITO. ¡Y yo tan ajeno de todo cuanto te sucedía! ¡Diantre!... Si ese amor fuese un imposible... cuenta con hacer nada que labre tu desdicha y la de esa joven. Mira que yo he visto ejemplos dolorosos que no olvidaré nunca... uno sobre todo...

CARLOS. ¡Pero, no saber lo que es de Isabel! No poder averiguar...

BENITO. Ya veremos, hombre, ya veremos. Ea, tranquilízate un poco. Estos negocios requieren cierto aplomo... Yo voy á acostarme, ¿estás? Empecemos por ahí. Mañana más tranquilos pensaremos, reflexionaremos, y quien sabe. .

CARLOS. ¡Ah! ¡querido tío! (Le estrecha la mano.)

BENITO. Sí, tu tío que te quiere como un padre... y que tiene mucho sueño. Conque... (Bosteza.) buenas noches y procura tú también dormir. Adios.

CARLOS. ¡Dormir cuando he perdido á Isabel!

BENITO. Pues bien, hombre. (Cogiendo la palmaria y marchándose.) ¡Sueña que la encuentras! Vaya. ¡Adios! (Junto á la puerta y bostezando.) Sueña que la encuentras. (Se vá.)

ESCENA III.

CÁRLOS solo y triste.

¡Que la encuentre! ¡Y si ella me hubiera olvidado? Si esa sola fuera la causa... ¡Qué pronto han muerto mis ilusiones! ¡Qué veloces pasaron aquellas horas de placer!... Oh, el corazón me dice que para mí no hay esperanza. (Se oye ruido de lluvia y tormenta lejana. Empieza la orquesta.) ¡Ah! ¡mi espíritu decae! (Se sienta.) ¡Siento una fatiga!... (Se empieza á dormir.) ¡Sí, sí! ¡el sueño será una tregua á mis dolores. ¡Mañana... mañana quizá!... (Se vá durmiendo. La orquesta continúa. Se oyen truenos y el zumbido del viento. Pausa. Mientras la orquesta ejecuta algunos compases. Al cabo de ellos se oyen golpes y voces á la puerta del foro.)

MÚSICA.

CORO.

¡Ah de casa!
¡Abrid la puerta!
Ah de casa.
Despertad.

(Golpes á la puerta.)

¡Abrid!
¡Que la lluvia
en torrentes
se desata!
Abrid, (Otros golpes.)
que en el bosque
ruje fiera
tempestad!

¡Abridnos ya!
¡Abridnos ya!

BENITO. (Asomándose por la ventana de la derecha con gorro de dormir y una palmatoria en la mano.)

¿Quién?

MONICA. (Asomándose á la ventana izquierda con gorro de dormir y un farol encendido en la mano.)

¡Qué alboroto!

CARLOS. (De pie dirigiéndose á ambos.)

Gente llama
á nuestra puerta.

BENITO.

¿Quién es?

MONICA.

¡Ay, qué miedo!

BENITO.

¡No responden!

CARLOS.

¡Chist! ¡Callad!

BENITO.

Chitón. (Escuchando.)

MONICA.

Chitón. (Idem.)

CARLOS.

Chitón. (Idem.)

LOS TRES.

¡¡Chitón!! (Muy piano y prestando oído.)
¡Nada se siente ya!

(Pausa. De pronto suena un golpe muy fuerte.)

BENITO. (Asustado.) ¡Cáscaras! (Hablado.)

Á UN TIEMPO unidos y combinándose los de afuera con los de la escena.

LOS DE FUERA.

¡Abrid!
¡que la lluvia
en torrentes
se desata!
¡Abrid!
¡que en el bosque
ruje fiera
tempestad!

—
Rudo el viento
va silbando,
la tormenta
va aumentando.
Llueve y truena
sin cesar!
¡Abridnos ya!
¡Abridnos ya!

MONICA, CARLOS, BENITO. Quién es?

Chito, chito,
escuchemos
callandito!
¿Quién es?
No, no hay duda.
gente suena.
¿Qué será?

—
Vámonos con tiento,
muchas precauciones.
¡Si serán amigos,
si serán ladrones!
Conceder es fuerza
la hospitalidad!
¡Allá van!

¡Alla van!

(Cárlos abre la puerta del foro.)

ESCENA IV.

DICHOS el CONDE, el MAYORDOMO, ISABEL y JUANA.

Estas cubiertas con espesos velos que no permiten ver sus rostros. Dos criados.

HABLADO.

CONDE. Mil gracias por la hospitalidad, buen amigo.

CARLOS. Hidalgo, caballero.

CONDE. Perdone usted si ignoro donde me encuentro, y á quien debo el favor...

BENITO. (En voz alta desde la ventana.) Á don Benito Pantoja; maestro de música y tío de ese jóven.

CONDE. (Levantando la cabeza y mirando á D. Benito.) ¡Cielos! ¡Don Benito Pantoja!...) (Ap.)

BENITO. No extrañe usted que le hable desde aquí. Ya me había acostado y mi traje es demasiado vaporoso para... (Gritándole á Mónica que continúa en la ventana.) Mónica, baje usted, y... (Mónica le hace señas de que no puede.) ¡Ah! ¡Sí comprendo, usted también estará... en traje vaporoso... Cárlos, obsequia á esos señores, enciende el fogón... (Al Conde.) Al instante soy con ustedes. (Desaparece de la ventana así como Mónica.)

CARLOS. (Dirigiéndose á las jóvenes que continúan cubiertas.) Estas señoras tal vez deseen tomar algún alimento.

CONDE. (Interponiéndose.) Gracias. La tempestad nos ha obligado á pedir á ustedes un abrigo. Es cuanto por ahora necesitamos.

JUANA. (Suspirando.) ¡Ay! (El Conde la mira con severidad.) ¡Ni áun suspirar nos deja!

CARLOS. (Ap.) (Tienen todos un aire de tristeza y misterio...)

BENITO. (Saliendo con viveza concluyendo de arreglar su traje.) ¡Eh! Ya estoy á la disposición de... de... (Repara en las jóvenes.)

y las hace muchas cortesías exageradas.) ¡Oooh! ¡Jó, jó, jó!
¡Tengo el honor!... (Va hacia ellas.)

CONDE. (Se adelanta, coge pausada y gravemente la mano á D. Benito y llevándolo un poco al lado, le dice en voz baja.) Puede usted excusar cumplimientos.

BENITO. (Lo mira sorprendido.) ¿Sí? como usted quiera. (Vuelve á encaminarse hacia las jóvenes y les dice con aire más franco y con ganas de hablar mucho.) Qué mala noche ¿eh? ¡Y vaya si llueve! ¡Pero quítense ustedes los velos! ¡Nada de ceremonias!... como ha dicho este caballero.

CONDE. (Interrumpiéndole y cogiéndole como antes.) Están bien así.

BENITO. (Estupefacto.) ¡Ya! (Pausa. Lo mira.) ¡Conque están bien así! (Mira á las jóvenes y luego al Conde.) ¡Ya! Pues... ¡que continúen! (Ap.) (Este señor me carga.)

MONICA. (Saliendo.) Voy á encender lumbre en un santiamen y... (Á las jóvenes y al Conde.) Con el permiso de ustedes. (Se pone á encender lumbre en el fogón.)

BENITO. (Volviendo á las jóvenes con su manía de hablar.) ¿Y qué tal el viaje? ¿Vienen ustedes de muy lejos?

CONDE. (Impaciente le interrumpe.) ¿Tendría usted un paraje donde colocar el coche?

BENITO. (Algo amostazado, pero con cierto respeto.) ¡Sí, señor! Y al cochero.

CONDE. En ese caso... (Señala á los criados.)

BENITO. (Mirando á los criados.) ¡Ah! ¡Bien! Con mil amores... (Ap. y marchándose.) ¡Demonio de gesto! ¿Quién será este Caifás? (Se va con los criados por el foro.)

CARLOS. (Que durante lo anterior ha estado ayudando á Mónica se dirige al Conde.) Si usted, caballero, quiere descansar un poco... allá dentro hay habitaciones. (Señalando la segunda puerta de la derecha.)

CONDE. Enhorabuena. (Á Mónica.) Usted también tendrá la bondad de guiar á estas señoras á un cuarto donde puedan estar solas y tranquilas.

MONICA. ¡Oh! en cuanto á eso... aquí (Señalando la puerta de la izquierda.) en la sala de al lado...

CONDE. (Á Carlos.) Si usted gusta, veremos la habitación que

se me destina... (Á las jóvenes.) Pronto vuelvo. (Se vá con Carlos y el Mayordomo por la segunda puerta de la derecha.)

ISABEL. (Ap. mirando á Carlos.) (Y no poder advertirle...)

MONICA. (Á las jóvenes.) Si ustedes me permiten arreglaré antes un poco la habitación...

JUANA. (Con mucho desenfado y muy de prisa.) Sí, sí. Vaya usted, vaya usted. Ya nos avisará cuando esté lista, que mientras tanto estamos aquí perfectamente, y maldito el interés que tenemos en cambiar de domicilio. (Se sienta con soltura.)

MONICA. (Que la ha escuchado asombrada. Ap.) (Tá, tá, tá, tá. ¡Qué turbión de palabras! Parece que han descargado un fusil.) (Alto.) Pronto vuelvo (Ap. y marchándose por la primera puerta de la izquierda.) (Húm! ¡Esta gente me da mala espina!)

ESCENA V.

ISABEL y JUANA.

Al verso solas se levantan los velos. Juana se quita el suyo como quien se libra de un gran estorbo y se pone á pasear precipitadamente con desenvoltura y naturalidad hablando de prisa.

JUANA. ¡Buff! ¡No me interrumpa usted, señorita! ¡Déjeme usted hablar! ¡Déjeme usted pasear! ¡Déjeme usted respirar á mi gusto! ¡Déjeme usted desquitar las horas mortales que he pasado sin poder decir esta boca es mía! ¡Buff! ¡Jesús y qué sofoco! ¡Ay! ¡mentira me parece que estoy á mis anchas! ¡Aire! (Se lo hace con el pañuelo) ¡Bendito sea el aire, y bendito sea Dios que me ha dado esta lengua tan expedita, (Más de prisa por grados.) y bendita sea la libertad y la alegría y la franqueza, y mal fin tenga la pena! ¡Amén! (Esta última palabra con fuerza y parándose.)

ISABEL. ¡Ay, Juana!

JUANA. ¡No me aflija usted, por Dios, más de lo que estoy! ¡Cuando pienso que su tutor de usted se nos presen-

ta en la quinta de la noche á la mañana, y nos manda seguirle para llevarnos primero á un colegio y luego á un convento!... ¡Á un convento! ¡Qué horror! ¡Como si no fuese bastante la reclusión que sufríamos bajo la vigilancia de ese vejestorio de Mayordomo!

ISABEL. Sí, con efecto. ¡Pero... si yo te dijese que esa reclusión había llegado á ser para mí tan agradable, tan dichosa que... el perderla es mi mayor desventura!

JUANA. ¿Y á mí que me sucede lo mismo? ¡Ay! Es verdad que no me faltan razones...

ISABEL. Tal vez no me faltan á mí tampoco.

JUANA. (Con sorpresa.) ¡Calle! ¡calle! (Con gravedad cómica.) Señorita. ¡Confesión general! Hable usted.

ISABEL. No, no; empieza tú.

JUANA. ¡Hola! ¡Hay pecadillos ocultos! Pues bien, allá voy. Yo le daré el ejemplo.

MÚSICA.

JUANA. (Coge de la mano á Isabel, mira á un lado y á otro por si alguien escucha, y con Isabel se adelanta al proscenio, diciéndole confidencialmente.)

Cuando de noche
usted dormía,
yo mi ventana
con tiento abría,
cierto mancebo
rondaba al pie...
y yo allí pelaba
la pava con él.

ISABEL. (Haciendo el mismo juego.)

Pues yo fingiendo
que me dormía,
al verme sola
mi reja abría. (Sorpresa en Juana.)
Rondaba un joven

del muro al pie...
Y hasta la alborada
yo hablaba con él.
Yo quedito le llamaba.

JUANA. Yo le hacía... Chist... ¡Jem!
LAS DOS. Y á mi seña respondía
su seña también.

ISABEL. Yo quedito le llamaba.

JUANA. Yo le hacía... Chist... ¡Jem!

Á UN TIEMPO.

ISABEL. Y una noche y otra noche
hablaba con él.

JUANA. Y hasta el día allí pelaba
la pava con él.

—
Vaya un belén
particular.
¡Las dos hacíamos
muy lindo par!
¿Y quién es él?

ISABEL. ¡Triste de mí!
¡Há poco, ay, Juana!
estaba aquí.

JUANA. ¡Cómo! ¿Ese joven?

ISABEL. ¡El mismo! ¡Sí!
¡Turbada y sin aliento
al verle me sentí...

—
¡De su voz al dulce acento
conmovióse el alma mía
recordando en un momento
de otras horas la alegría!
¡Y con tímido suspiro
mi angustiado corazón;
aun te guardo, le decía.
todo el fuego de mi amor!
¡Buenas estamos!

JUANA.

ISABEL.

JUANA.

ISABEL.

JUANA.

¡Suerte fatal!
Y bien, ¿qué hacemos?

¡Sólo llorar!

¿Llorar?

¿Llorar?

(Con aire picaresco y gracioso.)

¡Eso sí que no!

¡Eso sí que no!

No echaré á perder

mis ojitos yo.

No faltaba más

sino que un tutor

dispusiere así

de este corazón. (Señala al suyo.)

¿Monja yo? ¡Jesús!

¡Quite usted, por Dios!

¡Yo con el sayal!

¡Yo sin ver el sol!

¡Yo tener que huir

de la tentación!...

¡Eso sí que no! (Con malicia.)

¡Eso sí que no! (Muy resaca.)

ISABEL.

¡Que yo quiera ó no!

¡que yo quiera ó no!

¡Debo renunciar

á mi dulce amor!

Ay, querido bien,

para siempre adios.

¡Mi felicidad

al nacer murió!

Á LA VEZ.

JUANA.

¿Monja yo? ¡Jesús!

¡Quite usted, por Dios.

¡Yo con el sayal!

¡Yo sin ver el sol!

¡Yo tener que huir
de la tentación!
¡Eso sí que no!
¡Eso sí que no!
ISABEL. ¡Resistir no sé,
fáltame el valor!
Resignada iré
á una reclusión.
¡Pero imaginar
que le olvide yo!
¡Eso sí que no!
¡Eso sí que no!

HABLADO.

JUANA. ¿Y usted renunciará á ser esposa del que ama? ¿Usted se resignará á que la encierren en un convento?

ISABEL. ¿Y qué he de hacer? ¡Sola en el mundo! Sin haber conocido á los que me dieron el ser... sin que mi tutor mismo haya nunca contestado á las preguntas que le he hecho acerca de mis padres...

JUANA. ¿Pero con qué derecho se niega?

ISABEL. Lo ignoro. Tú sabes que deja pasar meses enteros sin verme; que nada puede contrariar su voluntad de hierro, y que mi existencia es un misterio que en vano he pretendido averiguar. ¡Creeme, Juana, preciso es que me entregue á mi adverso destino; que yo olvide á don Carlos! ¡Oh! ¡qué pensará de mí! ¡Tres noches sin haberme visto!

JUANA. ¿Pues y qué diremos de mi novio?

ISABEL. ¿Es honrado? ¿Tiene bienes de fortuna?

JUANA. Ay, señorita. El pobre no posee más que el latín... Pero en cambio me quiere tanto... Nada, creame usted, si mi padrino... ó lo que es lo mismo, su tutor de usted quiere condenarnos á un perpétuo encierro, medios hay... ¡Oh! y los pondremos en práctica para librarnos.

- ISABEL. ¿Estás loca?
- JUANA. ¡Pues qué! ¡Usted estará toda la vida sin conocer á sus padres! Usted será tan confiada.. porque la verdad es que usted puede ser muy bien víctima de alguna intriga...
- ISABEL. ¡Oh!... ¡Esa idea me hace temblar!
- JUANA. Pues nada, ánimo; una vez que su tutor se niega á todo, salga el sol por Antequera. Su amante de usted será un hombre de honor... y puesto que se halla aquí, avisémosle de lo que ocurre, y...
- ISABEL. Si, que sepa al menos que debe olvidarme.
- JUANA. ¿Olvidar?
- ISABEL. Y que recobre este retrato suyo (Mostrándolo.) prenda de mi amor!
- JUANA. ¿Á ver? ¿Á ver? (Mirándolo.) No ha tenido usted mal gusto. Es un jóven muy guapo. Ya me lo pareció á mí cuando llegamos.
- ISABEL. ¡Qué! ¿Reparaste?...
- JUANA. ¡Toma! El mirar no cuesta dinero.
- ISABEL. ¿Por qué le conocí?
- JUANA. (Mirando á la puerta de la derecha.) ¡Chíst! ¡Ahí está!
- ISABEL. (Guarda el retrato y se cubre el rostro con el velo.) ¡Cielos!
- JUANA. ¡Al contrario! Descúbrase usted y dígame... (Isabel permanece cubierta.)

ESCENA VI.

DICHAS, CÁRLOS por la segunda puerta derecha, MÓNICA á su tiempo por la primera izquierda.

- CARLOS. (Deteniéndose respetuoso en la puerta.) ¡Ah! Dispensen ustedes si he venido á turbar... Creí que ya estarían en la otra habitación...
- JUANA. Es que mientras la disponen...
- CARLOS. ¡Y sin duda hace rato que esperan!... Vey... (Se dirige á la izquierda.)
- JUANA. (Llamándolo.) Caballero (Cárls se vuelve desde la puerta de la izquierda.)

- ISABEL. (Ap. á Juana.) ¿Qué haces?
- JUANA. (Id., á Isabel.) ¡Toma! si no se aprovecha esta ocasión, ¡á cuándo aguardamos?
- CARLOS. (Á Juana.) Creí que me había usted llamado.
- JUANA. ¿Yo? Con efecto. Es decir. (Ap. y deprisa á Isabel.) ¡Por Dios, señorita!... ¡Hable usted lo que quiera que sea y despachemos!
- CARLOS. (Acercándose á ellas.) Puedo saber, señoras, lo que... (Isabel se adelanta para hablarle y en este momento sale Mónica por la primera puerta de la izquierda; Isabel retrocede al verla y exclama.)
- ISABEL. ¡Ah! (Movimiento de extrañeza en Carlos y de impaciencia en Juana.)
- MONICA. (Saliendo.) Cuando ustedes gusten...
- JUANA. (Ap.) (¡Nos hemos lucido!) (Las dos jóvenes entran en el primer cuarto de la izquierda. Carlos las mira sin darse cuenta de lo que todo aquello ha querido decir, quedando inmóvil mirando a la puerta por donde entraron, Mónica se vá por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

CÁRLOS mirando á la puerta, D. BENITO entra por el fondo, después el MAYORDOMO.

- BENITO. Pues señor. Ya he dejado al cochero y las mulas cenando en amor y compañía. El otro Holofernes, de seguro ya se habrá acostado. (Bosteza.) ¡Aaaah!
- CARLOS. (De pronto vé á D. Benito y vá hacia él.) ¡Tío! ¡tío!
- BENITO. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?
- CARLOS. (Despacio.) No ha observado usted en nuestros huéspedes cierto aire sombrío y misterioso.
- BENITO. (Con sorpresa.) Misterioso y sombrío?
- CARLOS. Esas damas, de las cuales una no se ha descubierto el rostro, y que apenas pronuncian una sola palabra...
- BENITO. ¡Pues es verdad! Ni siquiera me han dicho: tenga usted buenas noches.

CARLOS. Hace un instante una de ellas manifestó como deseos de hablarme, se acercó á mí...

BENITO. (Con mucha curiosidad.) ¡Hola! ¿Y qué te dijo?

CARLOS. Nada.

BENITO. (Sorprendido.) ¡Demonio!

CARLOS. Cambió de repente de intención y se marchó allá dentro con la otra.

BENITO. (Con importancia y misterio.) ¡Uff! ¡Aquí debe haber algún arcano impenetrable! Esas dos mujeres... Vamos atando cabos. Esas dos mujeres... Desde luego yo no las conozco: ni tú tampoco, ¿eh?

CARLOS. Seguramente.

BENITO. (Como quien vá á adivinar. Con resolución.) Entonces... Vamos atando cabos. Entonces son dos mujeres... desconocidas. (Á Carlos.) Sigue. Dos mujeres desconocidas... Sigue, hombre. Dos... (De pronto.) En fin, no está claro.

CARLOS. (Ap., mirando á la puerta de la izquierda.) (¿Qué me querían decir?) (El Mayordomo aparece con muchas precauciones en el umbral de la segunda puerta de la derecha, desde allí llama á D. Benito.)

MAYORD. ¡Chist!

BENITO. (Que está reflexionando sólo, se sorprende.) ¿Eh? ¿Quién anda ahí? (Vuelve la cara algo inquieto y ve al Mayordomo. Carlos no ve nada.) ¡Calle! (Se queda inmóvil mirándole. El Mayordomo lo llama haciendo señas con la mano. D. Benito mostrándose receloso va al lado de Carlos y le da un golpecito en el hombro. Carlos vuelve la cara. En voz baja.) Oye, creo que aquel hombre me llama. (Indicándole con la cabeza al Mayordomo. Carlos lo mira. El Mayordomo vuelve á llamar por señas.)

CARLOS. ¡Cosa más singular!...

BENITO. (Á Carlos.) ¿Crees tú que debo ir?

CARLOS. (Id. á D. Benito.) ¿Por qué no? Así sabremos...

MAYORD. ¡Chist! (Como antes, con precaución.)

BENITO. (Al Mayordomo.) Allá voy. (Ap.) (Esto es que el otro está durmiendo y no quiere despertarle.) (Se dirige ha-

cia él de puntillas.) ¡Allá voy! (Cárlas se sienta observando.)

D. Benito llega hasta el Mayordomo.)

MAYORD. (En voz baja sin eco.) Usted perdone.

BENITO. (En el mismo tono.) No hay de qué.

MAYORD. Es preciso que se quede usted solo. (D. Benito receloso echa hacia atrás la cabeza.)

MAYORD. ¡Solo! (En voz muy baja, marcado. D. Benito con los ojos muy abiertos retrocede con miedo.) ¡Chíst! ¡No se vaya usted! (Don Benito como dominado por el Mayordomo dá hacia este unos pasos.)

CARLOS. (Ap.) (¿Qué le estará diciendo? Creo que mi tío se ha conmovido.)

MAYORD. (A D. Benito.) Mi amo quiere hablar á usted en secreto.

BENITO. (Muy bajo.) ¡Aaaah! Quiere...

MAYORD. Va á venir á esta sala... Aleje usted á su sobrino.

BENITO. (Muy bajo.) Bueno... Dígale usted que... que bueno: que... (De pronto y en tono familiar.) ¿Quiere usted hacerme el favor de decirme cómo se llama su amo?

MAYORD. Chitón. (Muy bajo.)

BENITO. ¿Eh? ¿Se llama Chitón?

MAYORD. ¡Chíst! Digo que calle usted y que le espere. (Se entra. D. Benito queda muy parado mirando por donde se marcha el Mayordomo. Pasa al lado de Cárlas y le dice confidencialmente.)

BENITO. Tú decías bien. ¡Aquí hay misterio!... ¡y gordo! Por de pronto ya sabemos una cosa. Que ese es criado del otro; que el otro le ha dicho á ese que quiere hablarme á solas, y que ese no me ha dicho siquiera cómo se llama el otro... (De pronto en voz alta.) ¡Hombre, qué demonio! ¡Antes no chistaba ninguno y ahora todos quieren hablarnos!

CARLOS. ¿Pero qué gente es esta?

BENITO. ¿Nos estarán armando alguna celada?

CARLOS. Oh, no lleve usted tan lejos sus sospechas.

BENITO. (Mirando á la puerta segunda de la derecha.) ¡Chíst! Allí viene nuestro hombre. Déjanos: si ocurriese algo daré una voz...

CARLOS. Créame usted. Lo mejor será que yo salga á ver si ha cesado la tormenta. Y que en ese caso se pongan los

huéspedes en camino. (Váse por el fondo.)

BENITO. Sí, mejor es. (El Conde aparece precedido del Mayordomo, el cual se retira por el fondo á una señal del Conde.) Aquí está.

ESCENA VIII.

D. BENITO, el CONDE.

Éste se adelanta pausadamente y mira á todos lados hasta convencerse de que no hay nadie más que D. Benito, éste sigue con la vista todos los movimientos del Conde.

BENITO. No, no hay nadie. (El Conde coge una silla y se sienta, Don Benito se dirige hacia él con respeto.) ¿Podré saber, caballero?... (El Conde le hace señas para que se sienta.) ¿Eh? (Comprendiéndole) Ah, ¿qué me siente? (Ap.) (Esta gente lo hace todo por mimica.) (Se sienta con miedo al lado del Conde.) ¡Ajá! Ya le escucho

CONDE. (Pausadamente.) Usted se llama don Benito Pantoja.

BENITO. Sí, señor.

CONDE. ¿Es usted maestro de música y ejercía usted su profesión en Madrid hace diez y ocho años?

BENITO. (Lo mira sorprendido.) ¡Calle!

CONDE. Le conozco á usted perfectamente.

BENITO. (Á medida que habla vá acercando su cara á la del Conde para ver si lo conoce.) Entonces... celebro...

CONDE. Esta mañana supe que habitaba usted en los alrededores de Sevilla.

BENITO. (Acercándose más á la cara del Conde.) Sí, señor. Aquí... aquí, en... (Ap.) (Pues no lo he visto en mi vida.)

CONDE. No hubiese tardado en encontrarle á usted. Y ya que esta noche la tempestad me ha obligado á entrar aquí...

BENITO. ¡Ya! Conque usted pensaba... (De pronto.) ¡Caballero, cuánto deseo que me diga usted lo que se le ofrece!... (El Conde se levanta. D. Benito asustado se levanta también. El Conde le coge la mano y lo lleva un poco hacia el proscenio.)

CONDE. (En voz baja.) Hace diez y ocho años daba usted leccio-

nes de música en Madrid á una joven de ilustre nacimiento... y que fué después muy desgraciada.

BENITO. (Asaltado por el recuerdo de lo que el Conde le dice.) Calle, la marquesa de...

CONDE. (Rápidamente.) ¡Chist! ¡No hay que pronunciar su nombre!

BENITO. (Con franca melancolía.) Está bien. Conque, usted sabe... ¡Pobrecita! ¡Seducida, engañada por un amante que no acudió á reparar su falta!

CONDE. ¡Silencio!...

BENITO. ¡Por un pícaro que merecía!...

CONDE. (Con ira é impaciencia.) ¡Vive Dios!

BENITO. ¿Qué?

CONDE. ¡Acabemos!

BENITO. ¿El qué?

CONDE. El día en que el padre de la Marquesa volvió de Nápoles y supo por uno de sus criados la grave falta de su hija, ésta, bastante generosa para no arrastrar en su perdición á su amante, confió las cartas que revelaban su nombre en poder de usted que se hallaba allí en aquellos momentos, y en cuya honradez fiaba.

BENITO. Si, señor. Aun me parece verla en el instante mismo de entregarme... ¿Pero, quién le ha dicho á usted?

CONDE. Y esas cartas debía usted devolverlas un día á la persona que le trajese una orden escrita de mano de la Marquesa. (Saca un papel doblado y se lo da.) Vea usted la orden. Entrégueme usted esos papeles.

BENITO. (Leyendo para sí la orden.) Con efecto, reconozco su letra. (Se guarda la carta.) ¿Y podré saber, caballero, qué ha sido de la infeliz?...

CONDE. (Con pena reconcentrada.) ¡Ya no existe!

BENITO. (Indignado.) ¿Y no han ahorcado al bribón que la sedujo?

CONDE. (Impaciente.) Acabemos.

BENITO. Enhorabuena. Voy á darle á usted... (Da algunos pasos hacia la izquierda y vuelve.) Pero, al menos podría usted decirme lo que fué de la criatura inocente que nació de...

CONDE. (Secamente.) ¡Á usted no le toca averiguar secretos ajenos!

BENITO. Es verdad. (Ap. yendo hacia el armario.) Quien había de creer que al cabo de tanto tiempo... (Abre el armario, saca una cajita, y vuelve al lado del Conde, enseñándosela.) Aquí dentro tengo guardadas las cartas del amante de la Marquesa, tales como ella me las confió. (Pone la caja sobre la mesa y la abre.) Véalas usted. (Sacando un paquete de cartas.)

CONDE. (Cogiendo rápidamente el paquete.) ¡Oh!

BENITO. ¡Pobre Marquesa! He ahí las consecuencias de un amor imposible... (Mirando dentro de la caja.) ¡Calle! (Cogiendo un papelito liado.) ¡Qué será esto? (Lee lo que tiene escrito.) «Peio de la boticaria.» (Recordando.) ¡Ah! ¡Ya! (Rie.) ¡Já! ¡Já! ¡Já!

CONDE. (Volviéndose.) ¿Qué?

BENITO. ¡Nada! Fragmentos de historia antigua.

CONDE. Excuso recomendarle á usted que nadie sepa...

BENITO. ¡Oh! ¡Caballero! Yo juro que... (Dentro la voz de Juana.)

JUANA. (Confidencialmente.) ¡Le digo á usted que no me descubrirán!

BENITO. (Mirando á todos los lados.) ¿Eh?

CONDE. (Reconociendo la voz de Juana.) ¿Qué oigo?

JUANA. (Dentro.) Si todos se han recogido. (El Conde apaga la luz quedando la escena á oscuras.)

CONDE. (Apagando.) ¡Ah!

BENITO. ¡Buenas noches!

CONDE. (Conduciendo á D. Benito al fondo. En voz baja.) Silencio.

BENITO. (Dejándose llevar.) ¡Pero, qué?

CONDE. (Bajo.) ¡Silencio, ó vive el cielo!

BENITO. (May bajo.) Bien, hombre, bien.

ESCENA IX.

DICHOS, JUANA, después MÓNICA, en seguida el MAYORDOMO
y CÁRLOS.

JUANA. (Sale de puntillas por la primera puerta izquierda con una carta

en la mano. ¡Qué oscuridad! (Escucha.) Y no se siente una mosca. (Con extrañeza.)

BENITO. (Ap. al Conde muy bajo.) Dice que no se siente una mosca...

CONDE. (Interrumpiéndole.) ¡Chito!

JUANA. ¿Será que nuestro joven se ha ido á otro cuarto?... Yo le ví hace poco por la cerradura de la puerta... ¡Ya se vé!... ¡la señorita Isabel ha tardado tanto en decidirse á escribirle!... (Con enfado.) ¡Hum! Todo lo que no se hace pronto...

BENITO. (Ap. al Conde.) Cómo charla.

CONDE. (Id. á D. Benito.) ¡Chist!

JUANA. (Poniéndose á escuchar.) ¿Eh? Creí haber oído... Sí, debe ser él. Acabemos. (Llamando en voz baja.) ¡Pss! Caballero. (Pausa.) ¡Caballero!

BENITO. (Ap. al Conde.) ¿Sabe usted si es sonámbulo?

JUANA. No responde.

CONDE. (Á Benito rápidamente.) ¡Traiga usted una luz!

BENITO. ¡Calle! ¿Ahora quiere usted luz? Y por qué apagó usted la otra.

CONDE. (Con imperio.) ¡Una luz! ¡Pronto!

BENITO. (Bajo.) Hombre, no se enfade usted. (Se va de puntillas hacia la puerta primera derecha.) Pues, señor, que el diablo me lleve si comprendo... (Se vá.)

JUANA. Está visto, perdimos también esta ocasión. (Busca á tientas.) ¡Anda! Ahora no encuentro la puerta. (El Conde se ha ido corriendo poco á poco pegado á la pared hasta ponerse delante de la primera puerta izquierda.)

CONDE. (Ap.) (¿Qué misterio se encierra aquí?)

JUANA. ¡Siento pasos! (Alto.) ¿Quién vá? (Ap. con sobresalto.) ¡Ay, Dios mío! (Alto.) ¿Quién vá? (Su susto crece.) Señorita. (Llamando.) Señori... (El Conde la coge la mano.) ¡Ay!

CONDE. (En voz baja y con imperio.) ¿Quién es el hombre á quien buscas?

JUANA. (Ap.) ¡Cielos! ¡El Conde!

CONDE. ¡Esa carta, al momento!

- JUANA. ¿Qué carta?
- CONDE. ¡La que ha escrito Isabel!
- JUANA. (Dándosela.) ¡Perdón, señor, perdón!
- BENITO. (Saltando con una luz.) ¡Calle! (Se acerca al Conde.)
- CONDE. (Leyendo la carta.) Van á encerrarme en un convento...
(Mira el sobre y lee.) Á Don Carlos de Pantoja.
- BENITO. (Sorprendido.) ¡Á mi sobrino!
- CONDE. En dónde está el miserable. (Con ira.)
- BENITO. (Asustado apaga la luz. Oscuridad.) ¡San Francisco! (Procura irse á tientas, Juana lo mismo.)
- CONDE. (Furioso.) ¿Qué ha hecho usted?
- BENITO. (Queriendo huir.) ¡Esto sí que es sério!
- CONDE. ¡Voto á!... ¡Hola! ¡Una luz! ¡una luz! (Juana desaparece por la puerta donde salió.)
- BENITO. (Ap.) ¡Vaya un huésped que se me ha entrado por las puertas!
- MONICA. (Dentro.) ¡Allá voy! (Sale con una luz por la segunda puerta de la izquierda.) Allá... (D. Benito que se halla cerca da un soplo y apaga la luz de Mónica. Oscuridad.)
- MONICA. (Asustada.) ¡Ay!
- CONDE. (Ap.) ¡(Por vida de!...) (D. Benito se dirige al foro á tientas.)
- MAYORD. (Saliendo por el foro con luz.) ¿Llamaba usía, señor? (Don Benito apaga la luz del Mayordomo. Todo esto con naturalidad y ligereza pero sin barullo.) ¿Quién ha apagado la vela?
- CONDE. ¡Voto á mi nombre!
- MONICA. (Con susto.) ¿Pero qué hay por aquí?
- BENITO. (Ap.) ¡(Mucho miedo!... ¡Ay!) (Grita porque el Conde le coge la mano.)
- CONDE. (Bajo.) ¡No grite usted!
- BENITO. (Alto.) A... (Bajo.) ¡aaay! (Temblando. (Carlos sale por el foro con un farol encendido.)
- MONICA. (Yéndose á él.) ¡Carlos!
- CONDE. (Ap. á D. Benito.) ¡(Si le dice usted la menor palabra cuéntese usted por muerto!)
- BENITO. (Aterrado.) ¡Pero!...
- CONDE. (Ap. á D. Benito.) Disimule usted. ¡Oh!... (Carlos se vá

acercando.)

BENITO. (Mirando á Carlos y riendo á carcajadas para disimular.) ¡Jé, jé, jé, jé, jé!

MONICA. (Á D. Benito.) ¿Pero qué ha sucedido? (El Conde habla bajo con el Mayordomo que se va por el foro.)

BENITO. (De pronto muy sério.) ¡El aire! ¡El aire que ha apagado las luces!... ¡Hace mucho aire! (Á Carlos.) ¿No es verdad? (Ponderando.) ¡Mucho aire!!!

CARLOS. No. El tiempo ha serenado.

BENITO. ¿Serenado? (Mira al Conde.) ¿Serenado? (Ríe de pronto.) ¡Jé, jé, jé, jé, jé!

MONICA. ¿Pero de qué se ríe usted tanto!

CARLOS. Con efecto, ¿de qué?

CONDE. (Á Carlos.) Celebro que la tormenta haya cesado. Ya he mandado enganchar los caballos y...

MONICA. ¡Cómo! ¿se va usted tan pronto?

BENITO. (La tira del vestido.) ¡Chís! (Alto para disimular.) Pues es verdad, tan pronto. (Ap.) ¡Que no estuvieras á setecientas leguas de aquí!

CONDE. (Ap. á D. Benito.) ¡Del secreto de cuanto ha pasado me responde usted con su cabeza!

BENITO. (Ap. al Conde y moviendo mucho la cabeza.) ¡Pues respondo!

CONDE. (Bruscamente.) ¡Está bien! (Entra en el cuarto primero de la izquierda.)

ESCENA X.

D. BENITO, CÁRLOS, MÓNICA, después VALENTÍN. Después
CORO DE ESTUDIANTES.

BENITO. (Cayendo en una silla.) ¡Agua y vinagre!

MONICA. (Acudiendo.) ¿Se pone usted malo?

CARLOS. ¿Tío, qué le sucede?

BENITO. (En la silla desfallecido.) ¡Qué me pongan dos sinapismos! (Levantándose de pronto.) ¡No, que no me los pongan! (Se patea agitado.)

MONICA. (Apurado.) ¡Jesús!

CARLOS. (Deteniéndole.) ¡Pero hable usted! ¡Hable usted!

BENITO. (Atolondrado.) ¡No tengo nada que decir! No sé nada.
(Mira por donde se faé el Conde y grita.) ¡No sé nada!

MONICA. (Tapándose los oídos.) ¡Uf!

CARLOS. ¿Por qué esos gritos? ¿Por qué esa turbación?

VAL. (Por el foro, apresuradamente. Muy agitado.) ¡Don Benito!

BENITO. (Se vuelve asustado.) ¡Eh!

VAL. (Al lado de ellos.) ¡Al fin he llegado! (Mostrando cansancio.)

CARLOS. ¡Calle! Á estas horas... ¿Qué te pasó también á tí?

VAL. ¡No lo sé!

MONICA. ¡Hoy ninguno sabe lo que le pasa!

BENITO. (Mirando á Valentín.) ¡Y viene chorreando!

VAL. (De prisa.) ¡Como que me ha caído toda la lluvia encima! ¡Don Benito, por Dios! ¡Un caballo al instante!

LOS TRES. ¿Cómo?

VAL. ¡Por favor! ¡Pronto! ¡No tiene usted caballo?

BENITO. (Con resolución.) Sí, voy á darte mi burra.

VAL. (Impaciente.) ¡Eh! ¡No me sirve! Yo necesito correr! Yo quisiera tener alas!

MONICA. Dios mío, ¿qué le sucede?

BENITO. (Declamando.) ¡Oh, noche de tribulación y de acontecimiento!... (En este momento Valentín, que se ha quitado el manto, lo sacude con viveza salpicando de agua á D. Benito y Mónica, estos se apartan limpiándose la cara y haciendo gestos.)
¡Tup! ¡Tup! ¡Chico!

MONICA. ¡Uf!

CARLOS. ¡Acabará cada uno de explicarse?...

VAL. (Poniéndose el manto.) No, eso me detendría... y harto tiempo he perdido viniendo á pié hasta aquí desde la quinta de San Juan!

CARLOS. (Con interés.) ¿Eh? ¿Tú vienes de la quinta de San Juan?

VAL. Sí. ¡Allí habitaba mi novio!

CARLOS. ¡Y allí habita la que yo amo! (Valentín se sorprende.)

MONICA. (Sorprendida.) ¡Eh!

BENITO. (Ap.) ¡Adios! ¡Otro lío!

- VAL. ¡Cáspita! Entendámonos. Mi novia se llama Juana.
CARLOS. ¡La mía Isabel!
VAL. ¡Su señora! (Sigue hablando bajo y vivamente.)
BENITO. (Ap., mirando al cuarto de las jóvenes.) ¡Pues son ellas dos!...
- VAL. ¡Juana hace tres noches que no acude á mi cita!
CARLOS. ¡Ni Isabel tampoco!
BENITO. (Ap. dudando.) (¡Si yo les digera.)
VAL. Esta noche he vuelto, sin embargo. Su ventana estaba cerrada, pero en cambio pendía de un cordón atado á los hierros este billete (Enseña un papel.) que sin duda se colocó así para que yo lo pudiera coger.
- TODOS. ¡Un billete!
CARLOS. Léelo. Él tal vez nos explique...
VAL. Él lo revela todo. (Vá á leerlo.) Escuchad. (Empieza la orquesta.)
BENITO. (Interrumpiéndole.) Espera. (Vá á la puerta por donde se marchó el Conde y mira por la cerradura. Vuelve de puntillas y muy ligero al lado de los jóvenes diciendo:) Léelo al instante.

MÚSICA.

- VAL. (Leyendo.) «Dueño mío
de mi corazón:
hoy nos llevan
á una reclusión.
Si me quieres
tú me sacarás,
y con esto
no te canso más.»
- BENITO. El billete es corto,
pero sustancial.
- CARLOS. Á una reclusión.
¡Eso no! ¡Jamás!
- VAL. ¡Á una reclusión!

¡Nunca! ¡Voto á San!
MONICA. (En un lado.) ¡Cuánta agitación!
¡Qué les pasará?

BENITO. (En medio de los dos.)
¡Ay, sobrino mío!
¡Ay, mi Valentín!
Este es un gran lío,
que tendrá mal fin.
Y por libertarlas
puede suceder
que á los dos os cueste...

(Vá á decir algo importante y se detiene cambiando de tono.)

¡Vaya usted á saber!
CARLOS y VAL. ¡Si usted algo sabe
dígalo todo!

¡Sáquenos pronto
de esta ansiedad!
BENITO. Yo no sé nada;
pero conviene
que á vuestras novias
dejeis en paz.

—
VAL. ¡Eso jamás!

CARLOS. ¡Eso jamás!

LOS DOS. ¡Eso jamás!

—
(Se oye en el fondo voces de alegría de los estudiantes y sonido
de panderetas.)

MONICA y BENITO. ¿Eh? ¿Qué es eso? (Volviéndose.)
(Contrariados.) Mis amigos

que me vienen á buscar
para el baile de esta noche.
¡Pero yo no he de bailar!

(Durante estos cuatro versos aparece el Coro de estudiantes en la
puerta del fondo. Llevan guitarras, castañuelas y panderetas.)

CORO. (Señalando á Valentín.)
¡Vedle allí! ¡Vedle allí!

¡Aquí está! ¡Aquí está!
(Llamándolo.) ¡Valentín! ¡Valentín!
¡Vamos ya! ¡Vamos ya!

VAL. (Á los estudiantes.)

Por esta noche, amigos,
teneis que dispensar.
No puedo acompañaros.

CORO. ¿Qué dice? (sorprendidos.)

BENITO, CARLOS, MONICA. La verdad.

CORO. Sin tí no hay baile y fiesta,
por fuerza tú vendrás!

VAL. No puedo, no.

BENITO, CARLOS, MONICA. No puede.

Dejadle ya.

CORO. ¡No tal!

Por vez primera, amigos,
nos quiere abandonar.

BENITO, MONICA. (Ap.) ¡Al diablo vayan todos!

CARLOS, VAL. (Ap.) (Nos vienen á estorbar.)

CORO. (Entre ellos.) Aquella copla nueva
tal vez lo animará.

¡Cantemos, compañeros!

BENITO. (Mirando asustado al cuarto de la izquierda.)

¡Por Dios! ¡Callad! ¡Callad!

CORO. ¡Cantad! ¡Cantad!

BENITO. ¡Callad! ¡Callad!

(Los estudiantes preludian la canción llevando el compás con las panderetas, castañuelas y guitarras; pero haciendo mucho ruido. D. Benito se apura mirando con ansiedad al cuarto donde está el Conde. Mónica aturdida se tapa los oídos. Carlos y Valentín se impacientan.)

CANCIÓN.

CORO. Estudiantes que vais á la tuna
con vosotros se vá la fortuna.
Tristes quedan Sevilla y Triana
sin los ecos de vuestro cantar.

¡Y es verdad!
Es verdad!
Vuelva, pues, á Sevilla y Triana
vuestra alegre y festiva sotana.
¡Vuelva allí
sin tardar!
¡Á lucir!
¡á reinar!
Que las muchachas
tienen deseos
de que las ciñan
nuestros manteos.
¡Vamos allá!
¡Vamos allá!
Que nos aguardan
con ansiedad!

BENITO. (Después de mirar por la primera puerta izquierda vá á los
estudiantes haciéndolos callar.)

Chist.

(Hablado.) ¡No canteis ahora, condenados!

ESCENA XI.

DICHOS, el CONDE, ISABEL y JUANA.

Se abre la primera puerta izquierda y sale el Conde, Isabel y Juana.
Éstas con los velos echados. Los estudiantes miran sorprendidos. El
Conde mira con desconfianza á los estudiantes.

CONDE, ISABEL, JUANA. De partir llegó la hora
Buenas gentes, guárdeos Dios.

BENITO, CARLOS, MONICA. Guárdeos Dios, guárdeos Dios.

CORO. (Con curiosidad entre ellos.)

¿Quiénes son? ¿Quiénes son?

VAL. (Ap.) (¡Dos tapadas!)

JUANA. (Viendo á Valentín. Ap. con alegre sorpresa.)

(¡Jh, qué miro!

- ¡Si es mi novio!
¡Valentín!
- VAL. (Acercándose hacia ella.)
(Ap.) (Si no hay duda,
ya otras veces
ese talle
yo lo ví!)
Señorita (Á Isabel.)
- JUANA.
VAL. ¡Oh! ¡Ese acento!... (Sorprendido.)
- ISABEL. (Á Juana con dolor.)
Para siempre
le perdí!
VAL. (Ap.) (Si esta es Juana,
vive el cielo!
¡Yo saberlo
quiero al fin!)
CARLOS, BENITO. Guárdeos Dios. (Al Conde y las jóvenes.)
TODOS. ¡Guárdeos Dios!
¡Guárdeos Dios!
- (El Conde hace una indicación á las jóvenes y se dirigen á los
tres á la puerta del foro. Valentín les interrumpe el paso.)
- VAL. Perdonad.
Galante rendir quiero
tributo á la beldad,
y es fuerza que estas damas
nos hagan ver su faz.
CONDE. ¡Su faz!
ISABEL. ¡Oh! ¡Dios!
BENITO. (Ap.) Pues esto viene
la fiesta á coronar!
- VAL. (Dando un paso hacia ellas.)
Señoras...
- CONDE. ¡Insolente! (Interponiéndose.)
¡Abridnos paso!
- VAL. ¡Atrás!
- CORO. ¡Sus rostros ver es fuerza!
Sí, sí, ¡no hay que tardar!

CARLOS, BENITO, MONICA. ¿Qué haceis?

VAL. (Á los estudiantes.) ¡Cerrad el paso!

(Los estudiantes se colocan en la puerta del fondo detrás de Valentín.)

CONDE. Mi espada lo abrirá. (Desnuda la espada.)

TODOS. ¡Ah!

CARLOS. (Dirigiéndose con dignidad á Valentín y estudiantes.)

¡Hollando imprudentes

sus fueros así,

quereis á estas damas

tributo rendir!

¡Ya basta, señores,

que estando yo aquí,

jamás tal agravio

podré consentir!

Á UN TIEMPO.

CONDE. Mi acero me basta.

Jamás yo temí!

Su extraña osadía

sabré reprimir.

ISABEL, JUANA. Su misma hidalguía
le impide; ¡ay de mí!
que al verme descubra
su suerte infeliz.

BENITO. Si Dios no lo evita
sospecho que aquí
la culpa de todo
será para mí.

VAL., CORO. Sin que antes las vea
no salen de aquí

Y en vano } ^{mi} } intento
 } ^{su} }

querrás combatir.

CARLOS. ¡El paso libre al punto!

VAL. (Queriendo hablarle.)

Escúcha al menos...

CARLOS. ¡No!

¡Mi casa les dió asilo
y amparo les doy yo!

(Los estudiantes se separan pausadamente á derocha é izquierda dejando la puerta libre.)

Venid, nobles damas

(Coge á Isabel de la mano. El Conde coge la de Juana.)

Venid sin temor
su loca porfia

del todo cesó. (Se dirigen á la puerta.)

BENITO. (Ap.) (El pobre no sabe
que escolta á su amor!)

ISABEL. (Ap.) (¡Terrible momento!
Fatal situación.)

CORO. Abrámosle paso
su amparo les dió.

CARLOS. (En la puerta y á punto de soltar la mano de Isabel.)
Que os gurdén los Cielos.

ISABEL. (Poniendo un retrato en la mano de Carlos.)
¡Don Carlos, adios!

(Se vá deprisa trás del Conde y Juana.)

CARLOS. ¿Qué es esto? (Sorprendido.)

TODOS. ¿Qué tienes?

CARLOS. ¡Es esa su voz!

CORO. ¿De quién?

CARLOS. (Bajando al proscenio mira lo que Isabel le ha dado.)

¡Mi retrato!

¡Es ella! ¡Mi amor!

CORO. ¿Tu amor?

VAL. ¡Por tu culpa
se escapan las dos!

CARLOS. ¡Corramos tras ellas!

VAL, CORO. ¡¡Corramos!!

(Correa hacia el foro deteniéndose en la puerta al oír los chas

quidos del látigo y los cascabeles que suenan figurando que parte un coche.)

TODOS. ¡Ah! ¡Partió! (Se adelantan al proscenio con impetú.)

Á UN TIEMPO.

VAL. ¡Do quiera que á mi Juana
esconda ese caimán

ó se ha de arder Sevilla
ó yo la he de encontrar!

CARLOS. En vano de estos sitios
la alejan sin piedad,
seguirla y libertarla
mi ardiente amor sabrá.

BENITO. En vano el viejo quiso
sus rostros ocultar.
Y es fácil que estos chicos
las logren alcanzar.

CORO. ¡Do quiera que á esas damas
esconda ese caimán
con ánimo y astucia
las hemos de encontrar!

(Se van corriendo precipitadamente hacia la puerta del foro, Mónica arrimada á un lado de la escena so santigua. Cuadro animado. Telen rápido.)

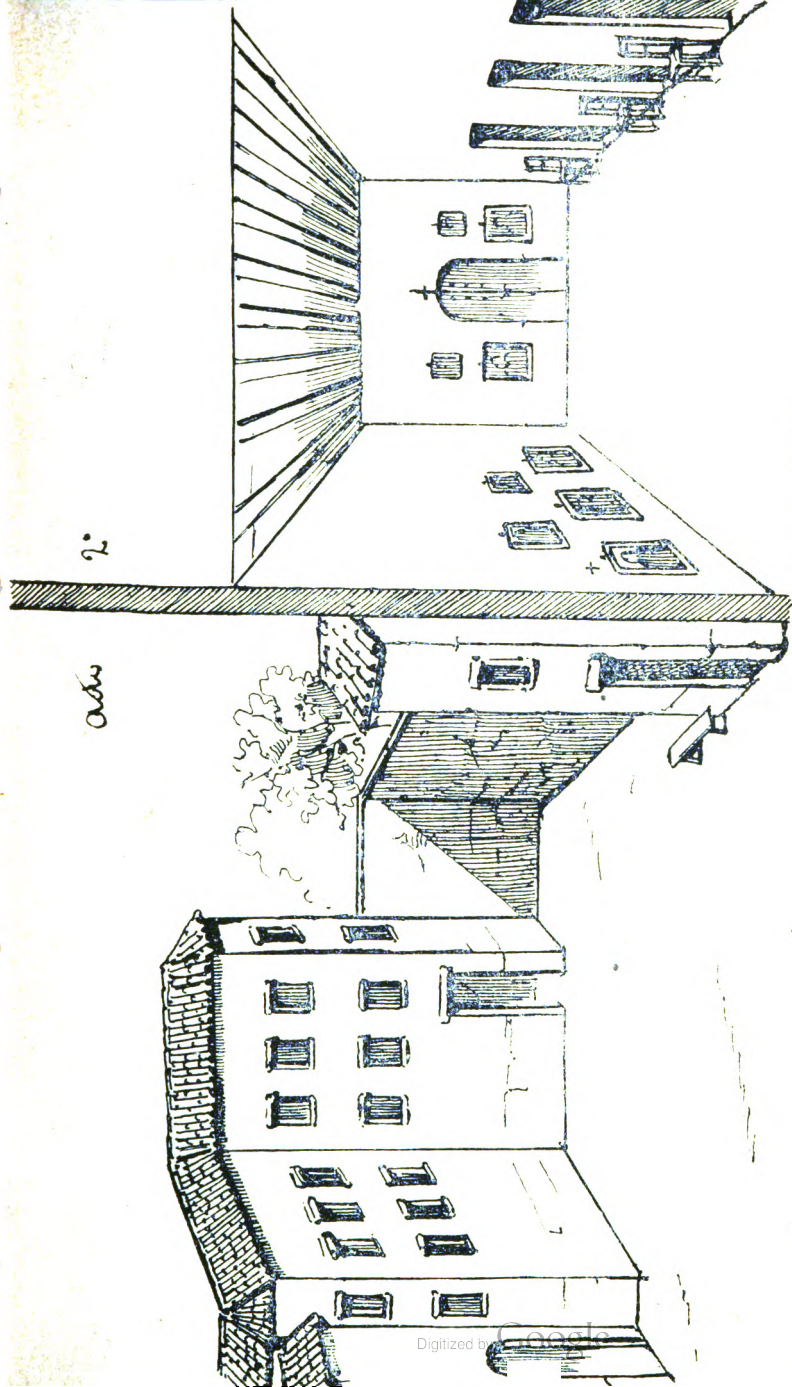
FIN DEL ACTO PRIMERO.

NOTA IMPORTANTE.

Se recomienda á los directores que pongan esta obra que en las escenas VIII y IX del primer acto debe estar muy á tiempo el gasista; para lo cual, si es posible, debe haber en la misma concha del apuntador una llave para dar y quitar luz á su debido tiempo.

2.

actu



+ Centro de L. Ocasio

ACTO SEGUNDO.

La escena está dividida en dos secciones. La sección de la derecha, representa una parte del Seminario, en Sevilla: Desde el primer término derecha, en donde hay una puerta grande, empieza un cuerpo de edificio que continúa hacia el foro y dá luego frente al público hasta ocupar dos terceras partes de dicho frente. Más allá de este primer fondo, hay otro segundo que lo forma una tapia bastante alta que se corre hacia abajo uniéndose á otro cuerpo de edificio que hay en la izquierda, primer término. Este cuerpo de edificio tiene una puerta pequeña. Otra puerta pequeña también en la parte de edificio que dá frente al público. En toda la derecha, y primer fondo, hay dos pisos de ventanas pertenecientes á los cuartos de los Seminaristas. Dichas ventanas están á bastante altura y dominando la tapia del segundo fondo é izquierda, por la cual asoman las copas de algunos árboles. Varios bancos junto á las paredes de todo el edificio.—La sección de la izquierda, es una sala baja del Colegio de la Anunciación. Puerta grande al foro. Á la izquierda tres puertas. En la pared de la derecha, que está pegando al Seminario, hay colgados varios cuadros grandes que representan imágenes de santos. El cuadro que está en primer término y que se eleva del suelo dos palmos nada más, representa á *San Benito*. Hay otros cuadros al lado y á la misma altura de éste. Sillas de la época. Hacia la derecha una mesa, y sobre ella varios objetos de costura y labor pertenecientes á las Colegias.

ESCENA PRIMERA.

EL BEDEL 1.º, luego el DÓMINE. Música en la orquesta. Al levantarse el telón, todas las ventanas del Seminario están abiertas y en cada una se vé á un Seminarista de *beca*, con el bonete puesto, estudiando silenciosamente. En el colegio no hay nadie. Después de algunos compases en la orquesta sale el Bedel 1.º por la puerta derecha con una bandeja y en ella dos bizcochos, una servilleta arrugada y una jicara en la que ha habido chocolate.

BEDEL 1.º ¡Dos bizcochos... y le llevé más de una libra! ¡Lo que engulle ese Dómine! (Mirando á las ventanas.) ¡Hola! Ya están estudiando los Seminaristas. (Se oye dentro por la parte del Colegio, pero muy lejos, para que se oiga lo habiado, un coro religioso de las Colegiales.) Y las Colegiales de aquí al lado entonando su salve! ¡Y qué bien se las oye!

CORO. (Dentro.) ¡Reina de los cielos
Santa Virgen pura!
¡Astro de esperanza!
¡Fuente de ventura!
Sol de mi alegría,
luz de todo bien
con el nuevo día
en mi amparo ven!

BEDEL 1.º ¡Húm! Mala vecindad para este seminario donde hay tanta gente *non sancta*! Con razón la Directora vá á trasladar el colegio á otro barrio. Desde esas ventanas se dominan los jardines, y cuando se tienen cerca tan lindas muchachas, al más santo se le ocurre... (Cambia de tono.) Me comeré este bizcocho. (Cogiendo uno de la bandeja.) ¡Eh? (Mirando á la derecha.) Ya sale el Dómine á dar su paseo. Bien lo necesita para digerir.

DOMINE. (Con sotana y bonete. Es hombre grueso. Sale por la puerta de la derecha con ademán grave. La caja del rapé en la mano, y murmurando palabras latinas.) ¡Húm, húm, húm! (Levan-

tando la voz.) *Prevenenum...* (Bajando la voz.) ¡Húm, húm, húm! *Apropincuaverunt...* (Vá por detrás del Bedel que lo contempla respetuoso con el bizcocho en la mano.)

BEDEL 1.º Eso sí, tiene un aire de majestad...

DOMINE. (Acercándose.) ¡Húm, húm! (Le quita el bizcocho al Bedel, se lo come y sigue andando hacia la puerta del foro.) *Panem nostrum!*....

BEDEL. (Separándose.) ¡No! ¡no! *Bischochum meum!* ¡Caramba, todavía no está harto!

DOMINE. (Entrando.) *Qui corporis nostri!*...

BEDEL. (Marchándose por la puerta de la derecha.) ¡Pues no hay más, aunque se lo pida el cuerpo! (Se vá comiéndose el otro bizcocho. Crescendo en la orquesta.)

ESCENA II.

LOS SEMINARISTAS en las ventanapas, COLEGIALAS dentro.

Después el BEDEL 1.º

Se oye por detrás de las tapias una alegre algazara femenil. Los Seminaristas, que hasta este momento han estado estudiando, levantan la cabeza, prestan oído y manifiestan inquieta alegría.

SEM. (Levantándose y asomándose á las ventanas, miran á los jardines del Colegio y se dicen unos á otros.)

¡Chito! Son ellas.

Vedlas allí.

¡Qué alegres corren
por el jardín!

(Se colocan á estilo galante los bonotes é inclinándose sobre los antepechos dirigen su voz á las Colegialas que se supone están en el jardín de adentro.)

(Tosiendo.) ¡Ejem! ¡Bellas vecinitas!

¡Chiss! ¡chiss! ¡Cuatro palabritas!

¡Olé!, ¡Huí, qué rebonitas!

¡Ejem! Niñas, por acá.

COLEG. (Dentro.) ¿Eh? ¿Qué?

SEM. Ya que no otra cosa.

¡Chiss! ¡chiss! ¡Échame una rosa!
Y aquí (El corazón.) pura y amorosa
mi fé la conservará!

COLEG. (Riendo. ¡Já, já, já!

SEM. De tu huerto niña...

COLEG. ¡Já, já, já!

SEM. ¡Quiero yo una flor! (Poniendo los bonetes.)

COLEG. ¡No, no, no!

SEM. ¡Ay, no me la niegues,
hechicera mia,
por amor de Dios!

COLEG. (Tarareando en son de bromas.)

¡La, lará!

¡La, lará, lará! (Siguen.)

SEM. ¡Una no más!

¡Solo una flor!

¡Échamela aquí! (Poniendo los bonetes.)

¡Échamela aquí
por amor de Dios!

Á UN TIEMPO.

COLEG. Laralá, etc.

SEM. ¡Ejem! ¡Bellas vecinitas!
¡Chiss! ¡Chiss! ¡Cuatro palabritas!
¡Olé! ¡Huí. qué rebonitas!
¡Bien haya salero tal!
¡Ay, niñas, las del jardín,
quién fuera vuestro galán!
¡Ay, *domina, domina, domina!*
¡Yo muero por tu beldad!

COLEG. Laralá, laralá, etc.

(Al tiempo de terminar el coro se ven caer por el aire muchas flores en dirección á las ventanas de los Seminaristas. Voces de alegría de éstos. Cesa la música.)

BEDEL 1.º (Grita dentro.) ¿Qué es eso? ¿Qué sucede? (Los Seminaristas entran en sus cuartos cerrando de prisa las ventanas. El Bedel sale asustado y mirando á todos lados.) Nadie respi-

ra. ¿Pues de dónde salió tal baraun?... ¿Eh? (Mirando á la puerta de la derecha.) ¿Quién llega? Sin duda algún nuevo Seminarista. Como estamos aún en los días de matrícula...

ESCENA III.

DICHO, D. BENITO, CÁRLOS, éste muy triste.

BENITO. Ave María.

BEDEL. *Gratia plena.* ¡Calle! Es don Cárlos y su tío.

BENITO. Á vuestras órdenes, señor Bedel.

BEDEL. Ha recibido don Cárlos el recado...

BENITO. Sí. Y como médico del Seminario viene... ¿Quién está enfermo?

BEDEL. El padre Teófilo. Dice que siente dolores en la espina dor...

BENITO. (Interrumpiéndole.) ¡Mi sobrino se la sacará!

BEDEL. (Asustado.) Hombre, ¿qué dice usted?

CÁRLOS. (Al Bedel. Interponiéndose.) Pasadle recado. Aquí espero.

BEDEL. (Ap. Marchándose escandalizado.) ¡Sacarle la espina dor-sal! (Váse por la puerta de la derecha.)

BENITO. (Á Cárlos que está abatido con los brazos cruzados.) ¿Pero vas á estar así toda tu vida?

CÁRLOS. (Animándose.) Vos comprendéis que eso sería imposible, ¿no es cierto? ¡Que el vivir sin saber de Isabel y habiéndola perdido para siempre es un suplicio insostenible!... ¡Oh, cuando pienso que hace un mes yo mismo sin saberlo la separé de mi lado!...

BENITO. Bien, no te acuerdes de eso. Piensa un poco en tí... en que aún puede ser...

CÁRLOS. ¡No me dé usted esperanzas inútiles!

BENITO. ¿Olvidas que Valentín te ha escrito para que vinieras á verle con urgencia?

CÁRLOS. ¡Valentín es un loco!

BENITO. ¿Quién sabe? Vaya, ánimo. ¿No te causan alegría estos sitios en donde has pasado tus primeros años?

CÁRLOS. ¡Me entristecen, querido tío!

BENITO. ¿Te entristecen?

CARLOS. Sí. ¿La felicidad de aquellos días ya perdidos aumenta más con sus reflejos mis presentes amarguras!...

BENITO. ¡Bah! ¡Bah! Según eso, el reflejo de lo pasado debe ser para cada hombre un fantasma... (Aparece Mónica en la puerta de la derecha. D. Benito al verla se pone serio.) ¡Sí! ¡Lo comprendo hijo, lo comprendo!

ESCENA IV.

DICHOS, MÓNICA con un cesto al brazo y manto puesto.

MONICA. Ya podía estarme yo en la puerta espera que te esperara. (Cárlos se separa y se sienta en un banco quedando muy pensativo.)

BENITO. ¡Pero señora! ¡Entrar aquí donde hay tanto estudiante!

MONICA. ¡Toma! ¿Y á mí qué?...

BENITO. ¡Ciertos! Usted pasó ya al estado de reflejo...

MONICA. ¿Qué dice usted?

BENITO. Nada.

MONICA. ¿Pero hemos venido á Sevilla para perder toda la mañana, ó para acompañar á Cárlos y hacer nuestras provisiones? Luego querrá usted que le tenga á las dos en punto el estofado.

BENITO. ¡Tenemos hoy estofado! (Ap.) ¡Esta mujer me domina! (Alto.) Vámonos.

MONICA. (En voz baja á D. Benito y señalando á Cárlos.) ¡Qué! ¿se queda él aquí?

BENITO. Sí, tiene que arreglarle al padre Teófilo una espina...

MONICA. (Bajo y afligida.) ¡Ay, don Benito! ¡No le deje usted solo! ¡Si usted supiera!...

BENITO. (Impaciente y en voz baja.) ¿Qué? ¡Vamos! ¿Qué?

MONICA. Como él venía con nosotros no se lo he podido contar á usted por el camino, pero...

BENITO. Aparte usted el cesto. (Mónica se lo pasa al brazo derecho.) Siga usted.

MONICA. ¡Anoche... por la cerradura de su cuarto... ví que cargaba una pistola!

- BENITO.** (Sobresaltado.) Una pistola. (A Mónica que se le ha acercado de frente.) Aparte usted el cesto. (Mónica impaciente se lo pasa al otro brazo.) ¡Adelante!
- MONICA.** Y según ciertas palabras que pude entender (Con terror.) ¡quiere matarse!
- BENITO.** (Aterrado da un grito.) ¡Cielos!
- CARLOS.** (Levantando la cabeza.) ¿Qué?
- BENITO.** (Con turbación, disimulando.) ¡Nada! la... (Mónica se ha acercado á D. Benito para contemplar á Carlos. D. Benito impaciente.) ¡Aparte usted el...
- MONICA.** (Irritada.) ¿Pero cómo quiere usted que me lo ponga? (Carlos vuelve á sus meditaciones.)
- BENITO.** (Ap. Reflexionando y mirando á Carlos.) ¡Y todo por una mujer! (Volviéndose de pronto á Mónica con acento y gesto amenazadores.) ¡Ah, sexo! (De pronto con naturalidad.) Esto no vá con usted. (Con fuerza.) ¡Sí! ¡También vá con usted!
- MONICA.** (Admirada sin comprender.) ¿Eh?
- BENITO.** (Ap., reflexionando y volviendo á mirar á Carlos.) ¡Á los veinticinco años! ¡Cuando el alma está alegre y el corazón sano... se aparece una chiquilla cualquiera... y adios paz! ¡Adios porvenir!
- MONICA.** (Afligida y en voz baja.) ¡Don Benito! ¡No todas son lo mismo! Y usted que conoce mis cualidades...
- BENITO.** Es verdad. (Ap.) (Al menos esta sabe hacer bien un estofado. (Dirigiéndose á Carlos que se levanta.) Por supuesto... ¡Nos volveremos juntos á casa!
- CARLOS.** No, tío. (Algo turbado.) Yo iré más tarde... mañana. Tengo una consulta...
- BENITO.** (Conmovido le coge de la mano.) Mira Carlos. ¡Hijo mío! (Con ternura.) Nadie te puede querer en el mundo más que yo, ¿entiendes? ¡Nadie! ¡Por Dios!... ¡mira que si tu sombra me faltara me caería muerto de penal!
- CARLOS.** (Conmovido.) ¡Tío!
- BENITO.** (Con emoción creciente y sin soltarle la mano.) No. ¡Yo soy más que tu tío! El hijo de mi pobre hermano es hijo mío también, y yo te he mecido en mis brazos, ¿oyes?

¡Yo te he educado para que seas un hombre de talento! ¡un buen hijo! un buen cristiano!... (Con más fuerza.) Un buen cristiano, ¿estás? ¡Que se resigna á lo que Dios dispone; que no hace llorar á los que le aman, á los que!... (Le ahoga un sollozo y de pronto le dice á Mónica que se ha acordado enternecida.) ¡Señora, aparte usted el cesto!)

CARLOS. (Ap.) ¡Oh! ¡Sin duda ha adivinado!)

BENITO. ¡Cárlos! ¡Confíamelo todo!

MONICA. ¡Desahogue usted su corazón!

BENITO. ¡Y alienta, voto al draque!

MÚSICA.

CARLOS. ¡Penas de ausencia llorando
triste recorro la vida
tras mi ilusión más querida
que nunca logro alcanzar!
¡En vano quiero al olvido
dar su recuerdo querido!
Nunca mis ojos la vieran
si ausente la han de llorar!
Su talle breve,—su risa leve,
y el dulce fuego—de su mirar;
Hízome esclavo dichoso de amores
que al ver sus cadenas las quiere besar.

MONICA. ¡De oírle mi corazón
recuerda con ansiedad
un tiempo que ya pasó
y ya no veré jamás!

BENITO. ¡Caramba, si lo tomó
con toda formalidad!
El chico se inflama ¡oh Dios!
lo mismo que un alquitran!

CARLOS. ¡Aurora de un pecho amante!

¡rayo de luz peregrina!
Al contemplarla un instante. . .
¿cómo poderla olvidar?
¡Flor de la tarde, que apenas
viste del sol los fulgores,
noche de eternos dolores
en sombra te envuelve ya!
¡Honrosos suspiros de mi agonía,
id á contarle mi triste afán!
¡ay, adorada gentil prenda mía!
¡cobarde mi alma se rinde al pesar!...

Á UN TIEMPO.

MONICA. ¡Quién lo creyera!—¡Quién lo diría!
 ¡Calma, don Carlos,—por caridad!
 ¡Á vuestros años,—¡Virgen María!
 si una se fuere—ciento vendrán!
BENITO. ¡Quién lo creyera!—¡Quien lo diría!
 ¡Calma, sobrino,—por caridad!
 Como tú tengas filosofía
 en dos semanas la olvidarás.
CARLOS. Que es el vivir—sin su beldad,
 solo morir me resta ya.

ESCENA V.

HABLADO.

DICHOS, el BEDEL 1.º, después el CONDE y BEDEL 2.º y el
DÓMINE.

BEDEL 1.º (Saliendo.) El pobre Teófilo aguarda á don Carlos.
(Váso.)

BENITO. Pero, oye. Carlos. ¿Hasta tal punto te domina esa
pasión?...

CARLOS. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha.) ¡Déjeme usted, tío,
déjeme usted!..

BENITO. (Queriendo seguirlo.) ¡Escucha! ¡Una palabra!

CARLOS. ¡No puedo! Adios. (Váase.)

MONICA. ¡Se vá! ¿Lo vé usted? ¡Ha perdido la razón, y será capáz!...

BENITO. ¡No! ¡No! ¡Para eso estoy yo aquí! ¿Pero qué resolver? qué inventar para que este chico... (Se quedan los dos pensativos junto á la puerta de la derecha.)

CONDE. (Saliendo con el Bedel 2.º por la puerta del foro.) Decid al señor Rector que no olvide la cita que le he dado para mañana.

BENITO. (Ap.) (Esa voz...)

BEDEL 2.º Está bien.

MONICA. (Ap. á D. Benito viendo al Conde.) ¡Ay, don Benito! ¡Es, él!

BENITO. (Viéndole.) ¡Qué miro!

BEDEL 2.º (Al Conde.) Si el señor Conde desea que le guíe.

BENITO. y MONICA. (Ap.) ¡Un Conde!

CONDE. No, ya sé el camino. (El Bedel 2.º saluda y se vá. El Conde se dirige á la puerta de la derecha. D. Benito le sale al encuentro.)

BENITO. Caballero, tengo el honor...

CONDE. (Reconociéndolo.) ¿Eh? ¿Vos aquí, buen hombre?

BENITO. ¡Sí, señor, yo aquí, hecho un mar de confusiones... y sin otra esperanza que usted!

MONICA. ¡Ay, si señor! ¡Sin otra esperanza!...

BENITO. (Á Mónica.) ¡Chiss! Ya lo ha oído. Cállese usted.

CONDE. No comprendo... Ahora estoy de prisa, permitid...

BENITO. (Poniéndose en frente.) No, caballero. ¡El caso es muy urgente!

MONICA. ¡Muy urgente!

BENITO. (Llevando á Mónica á la derecha, haciéndola sentar por fuerza en un banco.) ¡Que se calle usted!

CONDE. ¡En fin, buen hombre! ¿Qué significa?...

BENITO. Significa, señor Conde. (Movimiento del Conde.) Sé que es usted un Conde. ¡Significa que mi sobrino está desesperado, loco! Que se quiere pegar un tiro. ¡Y que usted vá á causar su muerte y la mía! ¡Porque

seremos dos, caballero! ¡Dos! ¡los que usted sacrifique con su crueldad!

MONICA. (Desde el banco.) ¡No! ¡Seremos tres!

CONDE. ¿Y me detiene usted para eso?

BENITO. ¡Calle! ¿Se le figura á usted una friolera?

CONDE. Se me figura que á su edad debería usted dar menos importancia á los desvaríos de su sobrino.

BENITO. ¡Es que mi sobrino ama con pasión á vuestra pupila! ¡Es amado de ella!

CONDE. Usted se atreve... (Con enojo.)

BENITO. (Enojado también.) ¡Amado de ella! ¡Sí, señor! ¡Y enfádese usted, todo lo que quiera!

CONDE. ¡Don Benito!

BENITO. (Con gravedad cómica.) ¡Servidor de usted!

CONDE. (Dominándose.) Sepa usted, para terminar, que yo no soy árbitro de la suerte de mi pupila; que sus padres... por medio de una carta sin firma, me rogaron que me encargase de ella y la hiciese entrar en un convento cuando su edad lo permitiera. Este caso ha llegado y yo debo cumplir...

BENITO. (De pronto.) ¡Caballero, todo eso es música!

CONDE. ¡Insolente!

BENITO. (Acercándosele y en voz baja.) ¡Eh! ¡Qué demonio! ¡Diga usted la verdad, y!... Todos hemos tenido nuestras... ¡Ejém! ¡Usted me entiende!

CONDE. ¡Pruebas al punto de esa acusación, ó vive el Cielo!...

BENITO. Pruebas, ¿eh? (Ap.) (¡Oh, qué idea!) (Alto.) Pues bien, yo las tengo.

CONDE. ¡Usted!

BENITO. ¡Yo! (Bajo.) ¡Del paquete de cartas que le entregué á usted hace un mes, se había, sin yo notarlo, desprendido una, la más importante quizá!

CONDE. (¡Cielos!) (Ap.)

BENITO. (Ap.) (¡Se ha conmovido!) (Alto.) Y puesto que la madre de Isabel murió, el padre debe...

CONDE. (Cogiéndole del brazo.) ¡Silencio, desdichado! ¡El padre de Isabel no puede darse á conocer! ¡Casado con una

mujer de alto nacimiento, tiene que emplear todos los medios para ocultar su falta!

BENITO. ¡Y sacrifica á su hija!

CONDE. ¡Si usted calla, la fortuna para usted y su sobrino!...

BENITO. ¡Dinero! Jamás! (Ap.) (¡Y eso que me hace buena falta!)

CONDE. (Irguiéndose con severidad.) ¡Pues bien! ¡Si dice usted la menor palabra!... Si no me devuelve usted esa prueba... ¡ambos irán ustedes á un perpétuo encierro!

BENITO. (Ap., asustado.) (¡Zápe!)

CONDE. En el entretanto... Isabel tomará el velo hoy mismo... Y como el Rector será uno de los testigos... por él sabrán ustedes que no les queda ya esperanza alguna.

BENITO. (Queriendo detenerlo.) Señor Conde...

CONDE. Elija usted. (Se va por la puerta de la derecha.)

BENITO. ¡Elijo que mi sobrino no se mate, que es lo que á mí me importa!

MONICA. ¡Dios mío! ¡Ese hombre será capaz de ponerle á usted en una mazmorra!

BENITO. ¡Sí, Mónica, sí!

MONICA. (Abrazándolo.) ¡Ay, pobre don Benito!

BENITO. (Apartándola.) ¡Basta! No hay necesidad.

MONICA. ¡Húm! ¡Desagradecido!

BENITO. ¡Ay! ¡Yo no sé qué hacer! ¡La cabeza me da vueltas! (De pronto.) Vamos á buscar á Valentín.

MONICA. ¿Á ese trонера? ¿Y para qué?

BENITO. ¡Para que no se separe de Cárlos, para que le consuele, para que le engañe si es preciso! Yo quiero verle.

MONICA. ¡Sí, señor, sí!

BENITO. Buscaré su cuarto... ¡Ah! (Se dirige al Bodel que viene por la puerta de la derecha.) Usted me hará el favor... Deseo hablar con un Seminarista llamado Valentín.

BEDEL 1.º ¡Valentín! ¡Buena pieza! Él solo trae revuelto el Seminario... No puedo complacer á usted. Se necesita el permiso del Inspector...

BENITO. Bien, hombre. Se lo pediremos. ¿Quién es?

- BEDEL. (Señalando la puerta del foro.) Ahí viene precisamente. ¡Un pozo de ciencia! Enseña el latín, la filosofía, la moral, la .. ¡y come! ¡y ronca!...
- BENITO. Qué interesante señor. ¿Le puedo hablar?
- BEDEL. Sí, pero antes que suene la campana del almuerzo, porque en oyéndola no conoce á nadie y sale escapado. (Suena una campana dentro.) ¡Adios! ¡Ya no es tiempo...
- MONICA. Ahí viene.
- DOMINE. (Sale por la puerta del foro muy de prisa y penosamente como á quien le pesa el vientre.) ¡Maducabam! ¡Húm! ¡húm!
- BENITO. (Queriéndolo detener.) ¡Tenga usted la bondad! ¡Chiss! ¡En seguida despacho!
- DOMINE. (Andando de prisa.) ¡*Abundantibus!* (Se va por la puerta de la derecha.)
- BENITO. (Marchándose detrás gritando.) ¡Eh! ¡señor! (Desaparece.)
- BEDEL. Sí, échale un galgo! (Se oye dentro un gran ruido.)
- MONICA. (Asustada.) ¡Ay! ¿qué es eso?
- BEDEL. Los Seminaristas que bajan al refectorio! ¡Aquí en tocando á comer no queda títere con cabeza!
- MONICA. (Inquieta.) ¡Yo me quiero quitar de enmedio!
- BEDEL. Por aquí no pasan, pero si usted gusta esperar á su marido en la portería. .
- MONICA. ¡Mi marido! (Ap.) ¡Ay!
- BEDEL. Yo voy á almorzar también.
- MONICA. ¿Es usted casado, buen hombre?
- BEDEL. Si, señora, con cuatro hijos.
- MONICA. ¡Ha hecho usted muy bien! Sí que ha hecho usted muy bien! (Se vá por la puerta de la derecha.)
- BEDEL. ¡Toma! Ya sé yo que he hecho muy bien! Me lo vendrá ella á decir á mí! (Se vá por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

En el colegio suena una campana, dentro se oyen voces de alegría de las COLEGIALAS. Se abren todas las puertas y salen con gran animacion y movimiento. Después JUANA.

MÚSICA.

COLEGS. Ya ha sonado la alegre campana
que nos deja cantar y reir!
Con placer sin igual disfrutemos
de este grato momento feliz!

¡Á cantar!

¡Á reir!

(Se adelantan todas al proscenio con misterio y dicen en voz baja.)

Son tan breves—los instantes
de alegría—y libertad,
que no pasa—ni un momento
sin coser—y sin rezar!
Mil cuidados—dan al alma,
para el cuerpo—no los dan.
Es que ya—la superiora
se figura,—¡claro está!
que es mi cuerpo—como el suyo
viejo y feo—nada más!

(Asustadas de lo que dicen, miran á su alrededor imponiéndose silencio.)

¡Chis! ¡Chis!

(Cambian de tono para disimular.)

¡Á cantar!

¡Á reir!

¡Á reir!

¡Á cantar!

(Se cogen de las manos formando corros, y se ponen á dar vueltas.)

¡Es la dicha que aquí se disfruta
más completa, más puray feliz!
No dejemos ni un solo momento
de bailar y cantar y reir!

(Juana aparece en la puerta del foro. Las Colegiales se detienen al verla.)

JUANA. (Desde el Foro.) Silencio, compañeras.

COLEGS. Juanilla, ven acá.

JUANA. Os traigo un misiva
de nuestra autoridad.

(Con gasmoñería.)

¡La madre superiora
me manda aquí llegar,
y os diga de su parte
que no podeis jugar,
pues dice que el bullicio
la puede molestar!
¡Y manda que una salve
vayamos á rezar!

COLEGS. (Muy contrariadas.)

¡Más rezos todavía!

JUANA. (Con hipocresía.)

¡Con mucha devoción!

COLEGS. ¡Pues eso es muy difícil!

JUANA. (De pronto con naturalidad.)

¡Lo mismo creo yo!
Y la verdad (Animándose.)
voy aquí á decir...

(Todas rodean á Juana con curiosidad.)

¿Su enfermedad...
que me importa á mí?

UNAS. (Con gran convicción.)

¡Ni á mí!

OTRAS. ¡Ni á mí!

TODAS. ¡Ni á mí!

JUANA. ¡Silencio, muchachas,

nos pueden oír!

TODAS.

¡Chiss! Chiss!

(Se adelantan como antes al proscenio con gran misterio.)

¡Si á la madre—superiora
la llegaran—á informar,
que nos tienen—sin cuidado
sus dolencias—y su mal!...
¡Con ayunos,—penitencias
y vigiliass—y demas,
siete veces—cada día
nos haría—confesar...
todo el tiempo—que durara
su penosa—enfermedad!

Así pues

precaución...

que si escuchan fácil es
que nos echen un sermón!

¡Disimular
hay que saber!
Á murmurar
hay que aprender.
Y así lograr
con afición,
perfeccionar
la educación.

HABLADO.

ESCENA VII.

DICHAS, ISABEL, después LA HERMANA CAMILA.

COLEGS. (Viendo á Isabel en el foro.) Isabel, Isabel. (Van hacia ella.)

ISABEL. (Muy triste.) ¡Amigas mías!

JUANA. ¿Qué pasa? ¿Cómo está usted tan triste?

ISABEL. (Apurada.) ¡Ay, Juana!

COLEGS. (Con gran curiosidad.) ¿Qué es? ¿Qué es?

JUANA. (Con mal modo.) ¡Nada, bachilleras! ¡Dejadnos!

COLEGS. ¡¡Eech!! (Con gesto de mal humor.)

ISABEL. (Á las Colegiales.) Sí, dejadme; yo os lo ruego! ¡Tengo que hablar en secreto á Juana!

JUANA. ¡Ea, ya lo habeis oido! ¡Fuera! ¡Fuera! (Las Colegiales se retiran al foro de mala gana.) Vamos, hable usted, señorita!

ISABEL. ¡Ay, Juana! ¡La Hermana Camila me acaba de decir que hoy mismo vendrá el Conde para conducirnos al convento!

JUANA. ¡Horror! ¿Hoy mismo?

ISABEL. ¡Sí, Juana, todo se ha perdido!

JUANA. ¡Aún no!

ISABEL. ¡Cómo!

JUANA. ¡Olvida usted aquel papel que hace cuatro días tiró Valentín desde el seminario al jardín de este colegio?

ISABEL. ¿Y qué?

JUANA. Que en ese papel decía: «¡Valor y esperanza! ¡Trabajo hace días para franquear una oculta salida; tuyo hasta la muerte! Valentín.» Ya ve usted, señorita, no hay que perder el único medio de...

ISABEL. (Con agitación.) ¡Sí; pero ya llega tarde, porque hoy mismo, dentro de un rato quizá!...

JUANA. (Con resolución.) ¿Dentro de un rato? ¡Cál! ¡De ninguna manera! ¡Imposible!

ISABEL. ¿Cómo imposible?

JUANA. ¡Imposible, porque usted se pondrá hoy enferma, muy enferma!... y eso bastará para que el señor Conde no se atreva á llevarnos al Convento... Por lo menos mientras usted no esté bien.

ISABEL. ¡Ah! ¡Muy buena idea!

JUANA. Y eso nos dará tiempo para esperar los proyectos de mi novio.

ISABEL. ¡Es verdad! Pero yo no sabré fingir.

JUANA. ¿Cómo qué no? ¡Para una mujer eso es muy fácil!

COLEG. 4.^a (Desde el foro en voz baja.) ¡La Hermana Camila!

ISABEL. ¡Ah!

JUANA. Disimulemos... y manos á la obra. (Entra la Hermana por el foro.)

COLEGS. (Bajando la cabeza con humildad.) ¡Hermana!...

HERM. (Saludándolas.) Señoritas... (Se adelanta.) Vengo á que cumplan ustedes un deber de cortesía.

COLEG. 1.^a (Á las demás.) ¿Qué será?

HERM. Es preciso que se despidan ustedes de dos amigas que mañana tomarán el velo...

COLEGS. ¡Ah! (Ap. y juntando las manos con aire de compasión.)

HERM. Isabel y Juana. (Las señala.)

COLEG. 1.^a (Á las demás.) Por eso está tan triste Isabel.

HERM. (Á Isabel.) ¡Cómo! ¿Triste con tal motivo, señorita?

ISABEL. (Algo turbada.) No, Hermana... solamente que... ¡El mismo recogimiento y!...

HERM. Ah, vamos; eso es distinto. (Se dirige á Juana que está con la cabeza baja.) ¿Y la hermanita Juana, también siente recogimiento y tristeza?

JUANA. (Levanta la cabeza riendo y muy alegre. De prisa.) ¡Sí, señora, mucho recogimiento!

HERM. (Escandalizada.) ¡Cómo!

JUANA. (De pronto llorando fuerte.) ¡Y... y mucha tristeza! (Las Colegiales detrás de la Hermana hacen señas con las manos de que NO.)

HERM. ¡Ah! Ya (Tranquila.) No habrán ustedes olvidado, señoritas, la milagrosa tradición de este bendito santo. (Señalando al cuadro de San Benito. Todas lo miran.) ¡Cuéntan, y es muy cierto, que hace muchos años, una de nuestras Colegiales iba á cometer el delito de profesar sin vocación!... ¡Y en el mismo instante de partir para el convento, la imagen de este glorioso San Benito se animó, dando dos pasos hacia la Colegiala, que confundida declaró su falta!

ISABEL. (Ap.) ¡Dios mío!

HERM. Yo estoy segura de que todas profesarán ustedes con devoción... Pero si no fuera así, ¡San Benito se ade-

- lentaría como aquella vez hacia la culpable!
- JUANA. (Ap. Con malicia é incredulidad.) ¡Ay!... Si eso fuera verdad ..
- HERM. ¡Quiera Dios que no llegue nunca ese caso! (Retirándose lentamente hacia el foro.)
- TODAS. ¡Amén!
- JUANA. (De prisa y ap. á Isabel.) ¡Cuándo empieza usted á ponerse mala, señorita?
- ISABEL. (Ap. á Juana.) ¡Ay, no me atrevo!
- JUANA. (Ap.) ¡Por vida de!...
- HERM. ¡Ah! (Volviendo al lado de las Colegiales.) ¡Tengo que comprender á ustedes rigurosamente! Esta mañana, sabiendo que la Superiora no lo permite, han jugado ustedes en el jardín! ¡Y los Seminaristas!... (Movimiento de las Colegiales.) ¡Silencio! ¡Por fortuna la Superiora trasladará muy pronto el colegio á otro sitio!
- JUANA. (Con naturalidad.) Qué lástima.
- HERM. (Horrorizada..) ¿Qué?
- JUANA. (Con gazmoñería.) ¡Que no se haya trasladado ya! (La Hermana se tranquiliza.)
- HERM. ¡Es verdad, hija mía! ¡Usted piensa como es debido! (Á las Colegiales.) Ahora, señoritas, para dar cuenta á la Superiora, debo examinar las labores que se les han encomendado.
- JUANA. (Ap., á Isabel vivamente) Y luego se pondrá usted mala, ¿eh?
- ISABEL. (Ap. á Juana.) ¡Chiss! ¡Prudencia! (Las Colegiales cogen las labores que hay sobre la mesa y las van enseñando una á una á la hermana Camila, mientras tiene lugar la escena siguiente.)

ESCENA VIII.

DICHAS, en el colegio, VALENTÍN en seguida, D. BENITO en el seminario.

VAL. (De boca, asoma la cabeza por la puerta del foro. Lleva un lío

- de ropa.) ¡No hay nadie! (Se adelanta mirando con precaución.)
- BENITO. (Saliendo de la puerta de la derecha.) Pues señor...
- VAL. (Ap. y bajo.) ¡Calle! ¡Es don Benito!
- BENITO. (Sin ver á Valentín.) En este seminario cuando comen, no hay manera de... Me he tenido que salir del rectorio porque ese Dómine me amenazaba con un cucharón!... ¡Qué furia de Dómine! ¡Allí se ha quedado ladrando en latín!
- VAL. (Qué ha estado mirando la escena por si venía alguien. Desde cierta distancia y en voz baja, llama á D. Benito.) ¡Don Benito!
- BENITO. (Volviéndose.) ¿Eh? (Vé á Valentín y vá hacia él corriendo y muy agitado.) ¡Calle! ¡Valentín! (Toda esta escena muy viva.)
- VAL. ¡Chiss! ¿Y Carlos? (Bajo.)
- BENITO. Ha venido. ¡Ay, Valentín, ayúdame á salvarlo! ¡Se quiere matar! ¡No puede vivir sin Isabel!
- VAL. ¡Vivirá!
- BENITO. ¡Qué dices!
- VAL. Digo que Isabel y Juana están en el colegio de la Anunciación.
- BENITO. ¡Aquí al lado!
- VAL. ¡Las ví hace muchos días desde mi ventana!
- BENITO. ¡Oh, gozo!
- VAL. Yo he estado una semana en ese cuarto (Señala la puerta de la izquierda.) á pan y agua, por orden del Rector.
- BENITO. ¿En ese cuarto? (Mirándolo.)
- VAL. Es el que destinan para castigar á los alborotadores. ¡He descubierto que sólo lo separa del colegio un simple tabique, y!... (Le habla al oído.)
- BENITO. (Grito de alegría.) ¡Oh, feli!...
- VAL. (Tapándole la boca.) ¡Chiss!
- BENITO. (Continúa en voz baja.) Ciudad! ¡Pues mira, Valentín, no hay que perder tiempo, porque hoy mismo van á llevarlas á un convento!
- VAL. ¡Hoy mismo! ¿Cómo lo sabe usted?

- BENITO. De muy buena tinta, hijo: ¡de la más negra!
- VAL. ¡Pues ea, don Benito, valor! ¡Tiene usted que escamotear á las chicas!
- BENITO. ¡Caramba! ¿Y si me escamotean á mí un hueso?
- VAL. (Empujándole hacia la puerta suavemente.) ¡Vamos! ¡Pronto!
- BENITO. (Con triste resignación.) ¡Ay, sobrino! ¡Bien sabe Dios que por tí lo hago!... (Á Valentín.) ¿Pero por qué no entras tú?
- VAL. ¡Porque notarían mi falta en la clase!
- BENITO. ¡Ah, ya! (Ap.) (¡Virgen Santa, qué lío!...)
- VAL. Tome usted. (Dándole el lío de ropa.)
- BENITO. ¿Qué es esto? (Lo toma.) ¡Otro lío!
- VAL. ¡Dos trajes para ellas!
- BENITO. (Ap.) ¡Horror!
- VAL. (Empejando á D. Benito.) ¡Adentro!
- BENITO. ¡Ay! ¡Válgame San Benito! (Entra por la puerta de la izquierda.)
- VAL. ¡Ahora busquemos á Carlos! (Se vá corriendo por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

ISABEL, JUANA, HERMANA CAMILA y COLEGIALAS,
en el colegio.

Durante las últimas palabras las Colegialas han dejado las labores sobre la mesa.

- HERM. Muy bien, hijas mías. Ya es la hora de dar la clase de religión. Siganme ustedes. (Se dirige al foro y detrás las Colegialas.)
- JUANA. (Ap. á Isabel.) ¡Señorita, por caridad! ¡Quéjese usted de algo.
- ISABEL. (Ap. á Juana.) ¡Pero!...
- JUANA. (Ap. á Isabel.) ¡Que va á venir el señor Conde!
- ISABEL. (Decidida á callar.) ¡Ay, Juana, tengo miedo!
- JUAN. ¿Miedo? (Con decisión.) ¡Pues usted se quejará! ¡Húm! (Dándole un pellizco muy fuerte. Desde aquí muy de prisa la escena.)

- ISABEL. (Quejándose.) ¡Ay! (La Hermana y las Colegiales se vuelven sorprendidas.)
- JUANA. (Vivamente á Isabel.) ¡Desmáyesse usted, por Dios! ¡desmáyesse usted! (Isabel se apoya sobre Juana cerrando los ojos.)
- COLEGS. (Acercándose.) ¡Se ha desmayado!
- HERM. ¡Pero cómo ha sido? (Asustada.)
- JUANA. (Fingiendo apuro.) ¡No lo sé, Hermana Camila, no lo sé!
- HERM. ¡Pronto! ¡Agua! ¡Vinagre! (La Hermana y las Colegiales se mueven á distintos lados aturridas mientras Isabel le da á Juana un pellizco.)
- JUANA. (Se queja dominando la voz.) ¡Ayyy! (Ap. á Isabel.) Ya estamos en paz, señorita. (En alta voz.) ¡Una silla! ¡una silla! ¡Que se pone peor! (Ap. á Isabel.) ¡Póngase usted peor! (Isabel da un respingo.)
- HERM. (Muy apurada.) ¡Virgen María! (Sientan á Isabel en una silla.)
- JUANA. (Llevándose la mano al brazo pellizcado por Isabel. Ap.) ¡Cómo me escuece!
- HERM. ¡Pero Dios mío! ¿Qué será? ¿Qué le habrá dado?
- JUANA. No es la primera vez. ¡Y le suele durar dos ó tres días!
- HERM. ¡Jesús! (Aterrorizada.) ¡Que la acuesten! ¡Que la...!
- JUANA. ¡No, de ninguna manera! Nos dijo un médico que si la acostábamos en ese estado... ¡se moriría!
- HERM. ¡Virgen Santal! ¿Qué hacemos entonces?
- JUANA. ¡Salir de aquí, buscar un médico! ¡En seguida!
- COLEGS. ¡Un médico! (Haciendo aire á Isabel.)
- HERM. ¡Sí, sí, al momento!
- JUANA. ¡Y dejarnos solas, porque el bullicio la pone peor!
- HERM. ¿Sí? ¡Pues fuera, fuera de aquí, niñas! ¡Todas al oratorio! (Á Juana.) Usted se quedará mientras yo voy... (Las Colegiales se van.)
- JUANA. ¡Sí, si, vaya pronto, Hermana, vaya pronto!
- HERM. ¡Ahora mismo! (Váse corriendo por el foro. Juana queda haciéndole aire á Isabel para disimular.)

ESCENA X.

ISABEL, JUANA, luego D. BENITO.

Juana va á mirar á la puerta del foro y vuelve al lado de Isabel.

JUANA. ¡Se fueron! ¡Arriba! ¡Vuelva usted en sí!

ISABEL. (Levantándose.) ¡Ay, Juana!

JUANA. ¿Qué?

ISABEL. ¡Presiento que todo se va á descubrir!

JUANA. ¿Y por qué? Continuando bien nuestra farsa...

ISABEL. (Con miedo.) ¡Es que nos escucha San Benito!

JUANA. (Mira al cuadro y se aparta con cierto temor.) ¡Ay! ¡Es verdad! (Tranquilizándose.) Pero no, señorita, eso no puede ser cierto.

ISABEL. ¿Cómo que no?

JUANA. ¿No ve usted que todas las Colegiales son capaces de hacer lo que nosotras?

ISABEL. ¿Y qué?

JUANA. Que entonces el Santo estaría siempre fuera del marco. (En este momento se levanta un poco el cuadro del Santo y asoma la cabeza D. Benito.)

BENITO. (Asomándose. Ap.) ¡Me colé!

ISABEL. (Á Juana.) ¡Sin embargo, Juana, yo temo que llegue el momento fatal, y que adelantándose hacia mí, me diga!...

BENITO. (Á media voz.) Buenos días.

LAS DOS. (Ven á D. Benito y asustadas corren hacia la izquierda gritando.) ¡Ah! ¡San Benito! ¡San Benito!

BENITO. (Ap., sorprendido.) ¡Calle! ¡Me han conocido!

LAS DOS. (Arrodillándose atemorizadas y juntando las manos.) ¡Perdón! ¡Perdón!

BENITO. (Con extrañeza.) ¿Perdón? (Á media voz.) ¡Señoritas, soy una persona honrada!

LAS DOS. (Sorprendidas sin comprender.) ¿Eh?

BENITO. (Á media voz.) ¡Vengo á salvar á ustedes!

LAS DOS. (Incorporándose, más tranquilas.) ¡Cómo!

BENITO. (Marcando mucho y bajando más la voz.) ¡Vengo de parte de Valentín!

JUANA. (Con alegría, levantándose.) ¡Cielos!

ISABEL. (Haciendo lo mismo.) ¡De Valentín! (Empieza la orquesta.)

BENITO. (Con voz natural.) ¡Digo! ¡Cómo se han animado! (D. Benito entra del todo en la escena. Isabel y Juana, después de mirar con precaución á todas partes, van rápidamente al lado de Don Benito diciéndole con precipitación.)

CANTO.

ISABEL, JUANA.

¡Hable ya!
¡Díganos
la verdad
por favor!
¡Diga usted,
por piedad,
qué hay que hacer
sin tardar!
¡Corazón
tengo á fé!
¡Decisión
la tendré!
¡Yo temblar
no sabré!
¡Diga usted!
¡Diga usted!

BENITO.

¡Valentín (Entre las dos.)
derribó
la pared
con valor!
¡Y por él,
claro está,
penetré
sin chistar!
¡Aquí estoy
por mi fé!
¡Por quien soy

venceré!
Yo de aquí
me saldré.
Con usted. (Á Juana.)
Con usted. (Á Isabel.)

Á UN TIEMPO.

LAS DOS. ¡Hable ya!
 ¡Díganos
 la verdad
 por favor!
 etc., etc.

BENITO. ¡Valentín
 derribó
 la pared
 con valor!
 etc., etc.

LAS DOS. Yo no sé donde,
 pero recuerdo
 que antes su cara
 la he visto yo.

BENITO. Soy Don Benito,
 tío de Carlos,

(Alegre sorpresa en ellas.)

 que con su amigo
 mueren de amor
 por dos hermosas
 niñas galanas,
 puras, graciosas...

LAS DOS. ¡Esa soy yo!

(Cogen á D. Benito de la mano y lo llevan á un lado.)

¡Don Benito! ¡Don Benito!
¡Don Benito, por piedad!
¡Don Benito de mi vida
sálvenos por caridad!

BENITO. ¡Don Benito, muy quedito
su proyecto diga ya!
Prometer no necesita
que su plan se acatará.
Don Benito, señoritas,
tiene un miedo colosal
á ese Conde condenado
que no esconde su maldad!
¡Si me viera con ustedes!...
¡No lo quiero ni pensar!
¡Me cogía y dividía
sin tener de mí piedad!

Á LA VEZ.

LAS DOS. ¡Don Benito! ¡Don Benito!
¡Don Benito, por piedad!
etc., etc., etc.

BENITO. Don Benito, señoritas,
tiene un miedo colosal,
etc., etc., etc.

JUANA. No hay que perder un solo instante.

ISABEL. ¡Partamos pues!

BENITO. ¡Marchemos ya!

LAS DOS. La fé nos guia de un amante.
No hay que temer ni hay que temblar.

BENITO. (Después de recorrer la escena con la mirada.)

De estudiante regular
dos disfraces tengo yo.
¡Hay con ellos que escapar
y salvarlas á las dos!
¡No vayamos á perder
de la fuga la ocasión!
¡Que nos pueden sorprender,
vamos, pues, sin dilación!

Á UN TIEMPO.

LOS TRES. ¡No vayamos á perder
de la fuga la ocasión!
¡Que nos pueden sorprender,
vamos, pues, sin dilación!
 ¡Corazón
 y tesón!
 ¡Precaución!
 ¡Atención!
 ¡Qué ocasión!
 ¡¡Qué emoción!!
 ¡Vamos, pues, sin dilación!
 ¡No perdamos la ocasión!

ESCENA XI.

DICHOS, la HERMANA CAMILA.

HABLADO.

HERM. (Entrando de prisa por el foro.) Hermanitas, aquí viene
el... (Se detiene sorprendida al ver á D. Benito.) ¡Cielos!
 ¡Un hombre!

BENITO, JUANA, ISABEL. (Asustados.) ¡Ay! (D. Benito da media vuel-
ta rápidamente para marcharse, pero Juana se detiene cogiéndole
por un faldon.)

JUANA. (Ap. á D. Benito.) ¡Quieto!

HERM. (Asustada.) ¡Qué significa esto? ¡Quién es ese hombre?

BENITO. (Atolondrado.) ¡Soy!... ¡Un!... ¡la!... ¡pero!...

JUANA. (De pronto.) Es... el médico que han mandado venir
para Isabel.

BENITO. (Con extrañeza.) ¿Yo?

ISABEL. (Ap. á D. Benito presentándole la mano.) ¡Chiss! ¡Tóme-
me usted el pulso!

BENITO. ¡Pero!... (Tomándose lo maquinalmente.)

ISABEL. ¡Silencio!... (D. Benito mira con recelo á la Hermana.)

HERM. (Mas tranquila.) ¿El médico? ¿Pero señor, por dónde ha entrado?

BENITO. (Ap. asustado.) ¡Ay! ¡Ay!

JUANA. Dice que ha venido hasta aquí sin que nadie le impidiera el paso.

HERM. ¿Es posible? (Á D. Benito.) ¡Ah, perdone usted, caballero, si no se le ha conducido como era regular... pero se ha armado tal desórden en el colegio con el desmayo de Isabel, que!... (Mirando á Isabel.) Pero á lo que veo ya está mejor, (Á D. Benito.) verdad?

BENITO. (Con miedo.) Si... (Soltando el pulso de Isabel.)

ISABEL. (Ap. á D. Benito.) ¡No!

BENITO. (De prisa.) ¡No! no! no está mejor! (Vuelve á cogerle el pulso.)

HERM. ¡Cómo!

ISABEL. (Con desfallecimiento.) Á pesar de haber vuelto en mí siento un malestar y una opresión!...

BENITO. (Ap.) (¡Y yo también!)

ISABEL. Que no comprendo lo que será, Hermana!

BENITO. (Ap.) (¡Ni yo tampoco!)

HERM. (Á D. Benito con mucho interés.) ¡Ay, doctor! Diga usted! ¿Qué tiene?

BENITO. (Apurado.) ¿Qué tiene? (Mira á Isabel, luego muy fijamente á la Hermana. De repente se dirige á Isabel diciéndole.) Y qué es lo que usted tiene, vamos á ver? (Juana se impacienta.)

ISABEL. Ya lo he dicho, doctor. Esa opresión, esa...

BENITO. (Distruido.) Sí, vamos, como yo. (Soltando la mano de Isabel.)

HERM. (Extrañada.) ¿Usted?

BENITO. (Atolondrado.) ¡No! Digo... sí! Yo... me posesiono tanto de las enfermedades... que... todo lo que duele á los enfermos me duele á mí!

JUANA. (Ap.) (Ave María Purísima!)

HERM. Eso prueba que es usted un santo varón, que sufre usted por los demás.

- BENITO. (Con mucha convicción.) ¡Ah, mucho, sí señora!
- HERM. Y usted por las señas debe ser don Carlos de Pantoja.
- ISABEL, JUANA. (Ap. sorprendida.) ¡Cielos!
- BENITO. (Ap.) (¿Mi sobrino?) (Alto.) Hermana, cómo?... cómo sabe usted que...
- HERM. Porque cuando he salido en busca del médico, una mujer que estaba en la portería del contiguo seminario me ha dicho: «No se apure, Hermana, yo conduciré al colegio á don Carlos de Pantoja, médico excelente.» Por eso supongo que usted...
- BENITO. ¡Ah, sí, sí, sí! Yo soy (Ap.) (Quién le habrá mandado á Mónica meterse?...) (Se oye dentro hablar á varias Colegiales.)
- HERM. (Mirando.) ¿Eh? ¿Qué es eso? (Vá al foro.)
- ISABEL. (Ap.) ¡Cielos! ¿Será el Conde?
- MONICA. (Dentro.) Por aquí, verdad?
- BENITO. (Sorprendido é inquieto.) ¿Esa voz?
- JUANA. (Ap. á D. Benito.) ¿Qué le pasa á usted?
- BENITO. (Ap. á Juana.) ¡Que viene la vieja!
- ISABEL, JUANA. ¿Cómo?
- BENITO. (Muy de prisa á ellas.) ¡No hay que dejar hablar á esa vieja!
- ISABEL, JUANA. ¿Pero cuál?

ESCENA XII.

DICHOS, MÓNICA, COLEGIALAS.

Aparece en la puerta del foro seguida de las Colegiales, después Colegiala 1.^a

- MONICA. ¿Me permitís, Hermana?
- HERM. Adelante, adelante.
- MONICA. Vengo á deciros que el médico del seminario...
- BENITO. (Tose con estrépito para ahogar la voz de Mónica.) ¡Ejem! jem, jem!
- ISABEL, JUANA. (Tosen también.) ¡Jem, jem, jem!
- MÓNICA. (Mirándolos.) ¡Eh! (Se fija en Juana. Ap.) (Calle! Yo he

visto á esta Colegiala en otra parte. (D. Benito está de espaldas.)

HERM. Puede usted continuar.

MONICA. Pues bien, el médico del seminario...

JUANA. (Pasando cerca de Mónica le dice aparte.) ¡Ni una palabra!

MONICA. (Sin comprender.) ¿Eh?

ISABEL. (Lo mismo que Juana.) ¡Silencio!

MONICA. (Ap.) (¿También ésta!)

HERM. El médico del seminario, Hermana, ya ha venido.

MONICA. (Muy extrañada.) ¿Que ha venido?

BENITO. (Ap.) ¡Aquí fué Troya!

HERM. Si por cierto. Y aquí está. (Señalando á D. Benito.)

BENITO. (Siempre de espaldas.) ¡Ay!

MONICA. (Mira á D. Benito.) ¿Este? (Vá hacia él.) Pero si me ha dicho que hasta dentro de un rato no podría... (Vé la cara á D. Benito y se sorprende sin gritar.) ¡¡Qué miro!!

BENITO. (Ap.) (¡Se vá á armar la gorda!)

MONICA. (Á D. Benito.) ¿Estoy soñando?

BENITO. ¡Sí, señora!

MONICA. (Con ira.) Usted entre tanta mujer, hombre inmoral!

BENITO. (Bajo á Mónica.) ¡Chiss! Cállese usted!

MONICA. (Ap. á D. Benito alarmada y celosa.) También esas me han dicho que callara. Esto es un enjuague de amor!

BENITO. ¡Señora!

MONICA. (Ap. furiosa á D. Benito.) ¡Ah! ¡Pérfido! Hablaré, vaya si hablaré!

BENITO. (Ap.) (¡Horror ¡Aquí de mi ciencial!) (En alta voz á Mónica y tomándola el pulso. Con tono enfático.) ¿Á ver? ¿Á ver? ¿Á ver?

TODOS. (Acudiendo.) ¿El qué? El qué?

MONICA. (Queriendo soltarse.) Déjeme usted, hombre aleve!

BENITO. ¡Este pulso está muy agitado!

MONICA. ¡Que me deje usted, digo!

BENITO. (Muy serio le pone la mano en la frente.) Y la cabeza está mal! (La Hermana y las Colegialas se sorprenden con extrañeza.)

MONICA. (Con ira.) ¡Pero qué embust!!...

BENITO. ¿Y la lengua? ¡A ver la lengua!

MONICA. (Se aparta furiosa.) ¡Descarado!

HERM. ¿Pero qué significa?

BENITO. Hermana, esta buena mujer... no está buena!

MONICA. ¿Cómo que no?

BENITO. ¡Sufre alucinaciones!

HERM. ¿Es posible?

MONICA. ¿Yo?

BENITO. ¡Y le vá á dar un ataque!

MONICA. (Fuera de sí.) ¡Sí! ¡De bilis!

BENITO. ¿Lo ven ustedes? ¡Muy mala! ¡Está muy mala! ¡Que se la lleven al momento! (Las Colegiales rodean á Mónica para llevársela.)

MONICA. (Á las Colegiales.) ¡No lo crean ustedes! ¡Estoy muy buena!

BENITO. ¡Nada, nada! ¡Y que la acuesten inmediatamente!

MONICA. (Sobresaltada.) ¿Á mí? ¡Se guardarán ustedes.

JUANA. (Empujando á Mónica y las Colegiales hacia la izquierda.) ¡Á la cama!

MONICA. (Retrocediendo á la fuerza y manoteando furiosa.) ¡Esto es un atropello!

JUANA. ¡Silencio!

MONICA. (Pugnando.) ¡Pero!...

BENITO. ¡Á la cama!

JUANA, COLEGS. (Llevándola.) ¡Á la cama! (Mónica y las Colegiales desaparecen por la puerta segunda de la izquierda, oyéndose los gritos de Mónica y las Colegiales.)

BENITO. (Ap. sofocado.) ¡Buff! ¡De buena me he librado!

HERM. (Aturdida.) ¡Dios mío! ¡Qué voces! ¡Qué baraunda!

BENITO. Perdone, Hermana, pero hay enfermedades tan terribles que...

HERM. ¡De todos modos creo que ha estado usted muy...

BENITO. ¿Exagerado? Sí, es posible... ¡Pero, esa mujer está grave; muy grave!

HERM. ¿De veras? (Isabel y Juana rien á escondidas.)

BENITO. ¡Y lo peor es que no tiene cura!

HERM. ¿Pues qué tiene la infeliz?

BENITO. Una nueva enfermedad... que suele atacar ahora á las mujeres...

HERM. (Sobrecogida.) ¿Á las mujeres?

BENITO. Sí. ¡Figúrese, Hermana, que empiezan por hablar mucho!... Y disparatar... ¡Y hasta maldecir!

HERM. ¡Jesús!

BENITO. Y concluyen por querer arañar á todos los hombres. (Movimiento de horror en la hermana Camila.) ¿Y ésta de seguro me hubiera arañado, créalo usted? ¡de seguro!

HERM. ¡Ave María Purísima!

COLEG. 1.^a (Asoma por el foro.) ¿Hermana Camila?

HERM. ¿Qué hay?

COLEG. 1.^a El médico que habian mandado llamar. (D. Benito se sobrecooge.)

HERM. ¿Otro?

JUANA. (Ap. á Isabel.) ¡Será don Carlos!

ISABEL. (Ap. con alegría.) ¡Ah!

COLEG. 1.^a Dice que viene del seminario.

HERM. (Mira extrañada á D. Benito.) ¿Del seminario?

BENITO. Ah, sí. ¡Es mi sol... Mi... mi colega. Que pase. (La Colegiala 1.^a se marcha.)

HERM. ¿Qué pase? ¿Y para qué?

BENITO. Para tener una consulta sobre...

JUANA. Sobre la enfermedad de Isabel.

HERM. ¿Enfermedad? ¡Cualquiera diría que se está muriendo!

BENITO. ¿Y quién sabe?

HERM. (Ap.) ¡Jesús! ¡No me fiaría yo de este médico!

ESCENA XIII.

DICHOS, CÁRLOS, después MÓNICA en el seminario: después los Seminaristas en las ventanas. COLEGIALAS, VALENTÍN.

CÁRLOS. (En la puerta del foro.) ¿Dais licencia?

ISABEL y JUANA. (Al verlo.) ¡Él!

BENITO. (Va al encuentro de Carlos con cierto aire doctoral.) Adelante, colega, adelante.

CARLOS. (Ap. sorprendido.) ¡Calle! ¡Mi tío!

BENITO. (Ap. y de prisa á Carlos.) ¡No soy tu tío! ¡Disimula!

CARLOS. (Ap.) (¿Cómo? (Vé á Isabel y se sorprende con gran alegría.)
¡Qué miro! ¡Isabel!)

BENITO. (Ap. á Carlos.) ¡Chiss! ¡Calla! ¡Ó la pierdes para siempre!

CARLOS. (Ap.) (¡Dios eterno!)

HERM. (Á Carlos.) Siento mucho que se haya usted molestado; pero ya es inútil la...

COLEG. 1.^a (En la puerta del foro.) El señor Conde aguarda en el locutorio.

ISABEL, JUANA y BENITO. (De pronto, muy asustados. Ap.) (¡Ah!)

CARLOS. (Sin comprender. Ap.) (¿Eh?)

HERM. (Á la Colegiala.) Decidle que voy al instante. (Á Isabel y Juana.) Sin duda viene para llevar á ustedes al convento.

ISABEL. (Ap. á Juana.) ¡Estamos perdidas!

CARLOS. (Á la Hermana.) ¡Cómo! ¿Ese señor Conde?...

HERM. Es el tutor de... (Indicando á las jóvenes.)

CARLOS. (Ap.) (¡Dios mío!)

BENITO. Piense usted, Hermana, que la dolencia de esta señorita no le permite...

HERM. Así se lo haré presente al señor Conde... Pero mejor será que usted, como médico, se lo diga ahora mismo.

BENITO. (Sobresaltado.) ¿Yo?

HERM. Sin duda. Y eso me librá de responsabilidades que... (Á Carlos y D. Benito.) Siganme ustedes. (Se dirige hacia el foro. Todos hacen un movimiento para seguirla, menos D. Benito.)

BENITO. (Ap.) (¡Horror! ¡Si el Conde me vé! ¡Huyamos!) (Mientras la hermana Camila se dirige al foro, desaparece por el cuadro. Carlos lo vé y se sorprende.)

CARLOS. ¡Ah! (Isabel y Juana le hacen señas de que calle.)

HERM. (Volviéndose.) ¿Qué sucede?

JUANA. (Muy turbada.) ¡Nada! La...

CARLOS. (Lo mismo.) ¡Sí! ¡La!

MONICA. (Saliedo por la primera puerta de la derecha del seminario

con el cesto.) ¡Buff! ¡Me libré de esas endemoniadas que me querían acostar!

HERM. (Mirando los con desconfianza.) Me ha parecido oír una exclamación... (Recorre con la vista la escena.)

MONICA. ¡Y el muy bribón se ha quedado allí!

HERM. (Sorprendida de no ver á D. Benito.) ¡Pero!...

ISABEL, JUANA y CARLOS. ¿Qué?

HERM. (Mirando siempre.) ¿Dónde está?

JUANA. ¿Quién?

BENITO. (Saliendo por la puerta de la izquierda del seminario.) ¡Me salvé!

MONICA. (Viéndolo.) ¡Ay! ¡Él!

BENITO. (Ap.) (¡Mónica!)

MONICA. ¿Pero, por dónde ha entrado?

HERM. ¿Pero, por dónde ha salido?

ISABEL. (Acobardada.) ¡Puedo jurar, Hermana!

MONICA. (Abalanzándose á D. Benito.) ¡Infame! ¡Traidor! (Los Seminaristas se empiezan á asomar á las ventanas.)

BENITO. (Sujetándola por los brazos con violencia.) ¡Chiss! ¡Cállese usted!

MONICA. (Quejándose.) ¡Ay! (Luchan Mónica y D. Benito.)

HERM. (Yendo furiosa hacia el foro.) ¡La superiora y el mismo señor Conde, sabrán averiguarlo todo!

ISABEL, JUANA, CARLOS. ¡Hermana!...

HERM. (Severa y grave.) ¡Ni una palabra! (Se va de prisa por el foro. Carlos llega hasta la puerta y vuelve al lado de Isabel y Juana. Al mismo tiempo D. Benito se lleva á la fuerza á Mónica por la primera puerta derecha del seminario.)

BENITO. (Llevándose á Mónica.) ¡Venga usted conmigo!... (Empieza la orquesta.)

MONICA. (Chillando.) ¡Ay! ¡Ay!

SEM. (Desde las ventanas.) ¡Já, já, já, já! (Burlándose de Mónica y D. Benito.)

CANTO.

SEM.

¡La vieja gruñona

lo quiere arañar!
(Rton.) ¡Já, já, já, já!
Y el viejo no puede
su furia cortar!
Já, já, já, já!
UNOS. ¡Que te muerdo!
OTROS. ¡Que te araño!
TODOS. ¡Que te voy á destrozar!
UNOS. ¡Tú eres viejo!
OTROS. ¡Tú eres vieja!
TODOS. ¡Tú de fijo lo eres más!
UNOS. ¡Que te pego!
OTROS. ¡Que te zurro!
TODOS. ¡Háse visto cosa igual!
UNOS. ¡Que te calles!
OTROS. ¡Pues no quiero!
TODOS. ¡Ya sufrir no puedo más!

(Mientras cantan los Seminaristas lo antedicho, Carlos señala á Isabel y Juana el cuadro de San Benito. Ellas exclaman ¡Ah! comprendiendo la idea. Las Colegiales se asoman en este momento por las puertas de la izquierda y ven como desaparecen Isabel y Juana. Carlos, después de marcharse ellas, vuelve á la puerta del foro y observa si alguien viene, seguro de lo contrario, se dirige al cuadro para marcharse, encontrándose con las Colegiales, que lo cogen por la espalda y lo rodean.)

COLEGS. ¡Decidnos al punto,
decid la verdad!
¡Decidla ya!
¿Por ese boquete
á dónde se va!
¡Decidlo ya!
SEM. ¡Y el viejo y la vieja
no saben callar!
¡Já, ja, já, já!
¡Y entrambos la lucha
no cesa jamás!
¡Já, já, já, já!

CARLOS. Señoritas.
 ¡Por la Virgen,
 tengan todas discreción!
 ¡Yo suplico
 que no digan
 lo que han visto! ¡por favor!

COLEGS. Por el sitio
 que se han ido
 tambiénirme quiero yo.
(Se dirigen al cuadro, Carlos se opone.)

CARLOS. ¡Por la Virgen!
 Señoritas.
 Tengan todas discreción.

COLEGS. ¡Tambiénirme quiero yo!
CARLOS. ¡Tengan todas discreción!

(Lucha y gran movimiento entre las Colegistas y Carlos.)

VAL. (Saliendo por la puerta de la derecha del seminario.)
 ¡Ni vuelve don Benito!
 ¡Ni á Carlos pude hallar!
(Recorre la escena.)

SEM. (Señalando á Valentín.)
 Es Valentín, miradle,
 en busca de algo va.

BENITO. (Saliendo de la puerta de la derecha del seminario, con mucha alegría y frotándose las manos.)

 ¡Á Mónica en un cuarto
 la acabo de encerrar!

CARLOS. (Ap.) ¡Concluye mi paciencia!

COLEGS. (Á Carlos.) ¡Queremos escapar
 por ese mismo sitio!

VAL. (Que ve á D. Benito se acerca á él, con gran interés.)
 ¡Sois vos? ¡Por Dios! ¡Hablad!

CARLOS. (Á las Colegistas, yendo con ellas á un lado.)
 Oídme un sólo instante.

BENITO. (Á Valentín.) ¡La cosa va muy mal.

(En la puerta del foro del colegio aparece el Conde con la hermana Camila y dos hermanas más, y se quedan escuchando.)

Á UN TIEMPO.

BENITO.

(Á Valentín.) Carlos está allí.
ya con ellas dos.

¡Yo me vine aquí
con un miedo atroz!

Pero yo no sé.

¡Ay, mi Valentín,
si de aquel belén
se han librado al fin!

CARLOS.

(Á las Colegiales.) ¡Para huir de aquí
de un amor en pos!

¡Juntas por allí
fuéronse las dos!

¡Hay en la pared
un boquete atroz,

(El Conde y las Hermanas se retiran de la puerta del foro.)
pero yo no sé
quien lo descubrió!

(Repiten lo anterior. D. Benito y Carlos con los Seminaristas
y las Colegiales que dicen.)

VAL.

¡Veis á Valentín
que agitado está!

¡Hay misterio aquí!

¿Qué sucederá?

¡Se ha de descubrir,

¡Se ha de averiguar!

¡Nada hay que decir,
chito y escuchad!

COLEGS.

Para huir de aquí
de un amor en pos.

Juntas por allí
fuéronse las dos.

Hay en la pared

un boquete atroz.
Él no sabe á fé
quién lo descubrió.

(Sale Juana vestida de estudiante con beca y bonete, por la puerta de la izquierda del seminario. Los Seminaristas al verla muestran animación. Valentín exclama con alegría.)

SEM. ¡Mi Juana!

JUANA. ¡Silencio!

¡Salgamos de aquí!

BENITO. (Ap.) (De esta hecha los cuelgan á ellos y á mí.)

Á UN TIEMPO TODOS.

JUANA. ¡Ay, mi Valentín,
tiemblo á mi pesar
se descubra aquí
todo nuestro plan!
¡No me siento bien,
no sé qué me da,
temo que el belén
mal acabará!

BENITO. (Ap.) (¡Ay, qué frenesí,
tiemblo á mi pesar,
van á descubrir
todo nuestro plan!
¡No me siento bien,
no sé qué me dá,
temo que el belén
mal acabará!

VAL. ¡Juana, ven acá,
ven, mi serafín,
que de amor está
ciego Valentín!
¡Ven, mi puro eden,
nada temas ya,
juro que el belén

SEM. bien acabará!
Veis á Valentín,
etc., etc., etc., etc.
COLEGS. Para huir de aquí,
etc., etc., etc. etc.

(Mientras cantan las Colegiales la última nota, Cárlos echa á correr, levanta el cuadro y desaparece. Las Colegiales se precipitan hacia el cuadro peleando unas con otras por querer salir primero. En el seminario al mismo tiempo ha salido Mónica por la puerta de la derecha corriendo desesperada tras de D. Benito, que á su vez corre por la escena huyendo de ella. Los Seminaristas gritan desde las ventanas. Valentín contrariado va de un lado á otro con Juana de la mano. Todo esto con música en la orquesta.)

MONICA. (Saltando furiosa.) ¡Asesino! ¡Traidor!

SEM. ¡La vieja! ¡La vieja!

BENITO. (Huyendo.) ¿Pero quién la habrá soltado? (Sale Cárlos con Isabel vestida de estudiante como Juana antes por la puerta de la izquierda, y detrás de ellos algunas Colegiales que han conseguido pasar. En el seminario.)

VOZ. (Dentro.) ¡En nombre de la ley!

TODOS. ¡La ley! (Todos se quedan parados mirando la puerta primera de la derecha.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el CONDE, el DÓMINE, BEDELES, la HERMANA CAMILA, ALGUACILES, HERMANAS, etc.

CONDE. (Después de mirar á todos con severidad.) ¡Grande será el castigo de los culpables!

HEM. (Ap.) ¡Dios mío! ¡Todas se han pasado aquí!

CARLOS. (Queriendo hablar.) ¡Señor Conde!

CONDE. (Con imperio.) ¡Ni una palabra! (Va á Isabel y á Juana vestidas de estudiantes.) ¡Qué miro! ¿Después de burlar la vigilancia de estas religiosas toman ustedes tan inícuo disfraz? (Las Hermanas se horrorizan.)

ISABEL, JUANA. (Arrodillándose delante del Conde.) ¡Señor!

- CONDE. ¡Basta! ¡Ahora mismo serán ustedes conducidas al convento!
- CARLOS, VAL. (Ap.) ¡Cielos!
- CONDE. (Mirando á los demás.) ¡Y en cuanto á los culpables!... (Habla bajo con los alguaciles.)
- BENITO. (Sujetando á Carlos que ciego de ira quiere ir hacia el Conde.) ¿Qué vas á hacer, desgraciado?
- CARLOS. ¡Á matarle ó á morir!
- VAL. ¿Morir? ¡Nunca!
- CARLOS. ¡Para qué quiero la vida!
- BENITO. (Como á quien se le ocurre una idea.) ¡Ah, pues bien, espera! (Aún queda el último recurso.)
- BENITO. (Va al lado del Conde y le dice aparte conduciéndolo al proscenio.) ¿Señor Conde?
- CONDE. ¿Eh? ¿Aún se atreve usted?...
- BENITO. ¡Por favor, señor Conde, piense usted que si ella profesa morirá de dolor... (El Conde se conmueve.) y entonces mi sobrino!...
- CONDE. Mucho lo siento, pero... yo cumplo la voluntad del padre de Isabel. Y además, ¡aquí se ha cometido una falta que es preciso castigar!
- BENITO. (Bajo.) ¡Pues bien, yo conozco á ese padre inhumano que por salvar su honor abandona á su hija!
- CONDE. ¡Silencio!
- BENITO. ¡Yo diré que la madre es la difunta Marquesa del!...
- CONDE. ¡Silencio, desgraciado! (D. Benito calla dominado por la mirada del Conde. Éste se vuelve á Isabel y Juana, é indicándoles la puerta.) ¡Partamos! (Todos hacen movimiento de partir menos D. Benito.)
- BENITO. (Luchando entre sí.) ¡Voto á mi nombre!
- ISABEL. (Va hacia la puerta.) ¡No hay esperanza!
- CARLOS. (Ap.) ¡Todo concluyó!
- BENITO. (Colocándose en la puerta con decisión.) ¡Deteneos! (Todos se detienen.) ¡Isabel... no profesará! (Sorpresa de todos.)
- CONDE. ¡Y con qué derecho!...
- BENITO. ¡Con el más sagrado!
- CONDE. ¡Cómo!

BENITO. Isabel... ¡es hija mía!

TODOS. ¡Ah!

MONICA. (Ap.) (¿Pero se ha vuelto loco?)

BENITO. ¡Motivos poderosos me obligaban á callarlo; pero mi corazón que en este momento la perdía para siempre, no ha podido resistir!

MONICA. (Ap.) (¡Ah, tuno!)

CONDE. ¡Cómo! ¿Usted declara?...

BENITO. ¡Declaro que soy su padre, el que la depositó hace diez y ocho años en casa del señor Conde, que magnánimo y generoso me la devuelve hoy!

CONDE. Bien... pues entonces su madre... ¿quién es?

BENITO. (Sorprendido.) ¿Su madre? (Después de una pausa mira á Mónica.) ¡Ah! ¡Ésta! (Señalándola.)

MONICA. (Sorprendida y furiosa.) ¿Yo? ¡Insolente! ¡Faltar así á mi honor!

BENITO. (Á Mónica con fuerza.) ¡Silencio, por Cristo!

CONDE. ¿Y usted certificará con su firma?...

BENITO. ¡Todo! ¡Si señor!

CONDE. (Ap. Tranquilo.) (¡Ah, me he salvado!) (Alto á D. Benito.) Ahora sólo falta que dé usted la mano de esposo á la madre desgraciada. (Indicándole á Mónica.)

BENITO. (Con un movimiento rápido vuelve la cara mirando á Mónica casi embozado.) ¿Eh?

MONICA. ¡Á mí!

CONDE. Así podrá Isabel ostentar su nombre honrado.

BENITO. (Ap.) (¡Caf en el garlito!)

CONDE. ¿Duda usted por ventura?

BENITO. ¡No, no! Será mi... (Suspira.) ¡Ah! ¡Será mi mujer!

MONICA. (Con gran expansión y alegría y como quitándose un peso de encima.) ¡Ay! ¡Don Benito! ¡Ya era hora!

ISABEL. (Con alegría.) ¡Oh! ¡Dios mío!

CARLOS. ¡Pero esto es un sueño!

BENITO. ¡No, es la realidad!

CONDE. (Bejo á D. Benito.) ¡Usted ha salvado mi honor! Desde hoy corre de mi cuenta la fortuna de todos... con tal que nunca revele usted...

BENITO. ¡Ah! ¡Lo juro! (El Conde y los alguaciles se van por la puerta derecha.)

VAL. ¿De modo que?...

BENITO. Sí, todos felices. Mañana se verificará la boda de Isabel.

JUANA. Y la nuestra.

BENITO. También.

MONICA. (Á D. Benito.) ¡Y la nuestra!

BENITO. Es verdad. (Ap.) ¡Después dirán que el hacer bien tiene su recompensa.

MONICA. (Á D. Benito con amabilidad y acercándosele mucho.) ¿Que dice usted?

BENITO. ¡Nada! ¡Aparte usted el cesto!

MÚSICA.

Motivo del primer coro de este acto.

TODOS. ¡Dió fin esta zarzuelita,
 otórgale tu piedad!
 ¡Ay, *dómini, dómini, dómini*,
 aplaudan por caridad!

(Telon.)

FIN DE LA ZARZUELA.

LA CLAVE,

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

LETRA DE LOS SEÑORES

RAMOS CARRION Y CAMPO-ARANA,

MÚSICA DEL

MAESTRO CABALLERO.

Estrenada en el TEATRO DEL PRÍNCIPE ALFONSO el 26 de Junio
de 1875.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.

ACTORES.

EL CRAN DUQUE.....	SRA. RAGUER.
LA GRAN DUQUESA.....	SRA. FERNANDEZ.
MARGARITA.....	SRA. CIFUENTES.
EL CONDE.....	SR. ARDERÍUS.
EL DOCTOR.....	SR. ROSELL.
UN CRIADO.....	SR. GUZMAN (C.).

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

À NUESTRO AMIGO Y COMPAÑERO
CÁRLOS COELLO,
en prenda de afecto invariable,

Miguel y Pepe.

ACTO PRIMERO.

Sala del palacio ducal. Cuatro puertas laterales. Otra al foro con cortinajes. Mesa con recado de escribir. Sillon, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE DAMAS y CABALLEROS.

MÚSICA.

El Duque está de caza
mas pronto volverá,
pues hay, segun parece,
alguna novedad.
Segun buenos informes
se trata de su union,
y quiere la Duquesa
que él dé su aprobacion.
Y en tanto que de caza
va por ahí,
pescarle para siempre
quieren aquí.
Si el pobre no varía
de modo de pensar,
la vida de casado

le va á sentar muy mal.
Pues si él tener no logra
mayor autoridad,
casado ha de pasarle
lo que le pasa ya.

Que en tanto que de caza, etc.

(Se oyen dentro trompas de caza.)

¡Oid! Oid!

Ya suenan las trompas...

El Duque está ahí.

Hoy es buen día de pretensiones,
que cuando caza trae buen humor;
aprovechemos las ocasiones
en que es más fácil lograr favor.

ESCENA II.

DICHOS; PAJES, CAZADORES, MONTEROS, ATRAÍLLADORES.

Despues, el DUQUE.

PAJES.

Hermosa cacería,
magnífico botín
Las piezas á millares
traemos hoy aquí.

DUQUE.

¡Viva la caza, noble placer!
No hay en el mundo dicha mayor;
goce y aliento da á nuestro sér
y de la mente borra el dolor!
Aun el recuerdo de la partida
el pecho mio llena de ardor.
Los cazadores llegan ligeros,
inquietos pisan ya los corceles,
y entre las voces de los monteros
se oye el ladrido de los lebreles.

¡Hála! hála! hála!

En marcha ya.

La luz del día
brillando va.

CORO.

¡Hála! hála! hála!

En marcha ya.

DUQUE.

De la espesura cruge el ramaje,
se oyen los gritos de la jauría,
despierta el eco rumor salvaje
que ensancha el pecho con su alegría.

¡Hála! hála! hála!

Vuela corcel,
que ya rendida
gime la res.

¡Hála! hála! hála!

Vuela corcel.

CORO.

Muy bien venido

Su Alteza sea.

Hoy se ha mostrado
gran tirador.

Es, según todos
los que le han visto,
de la batida

suyo el honor.

DUQUE.

(Mis cortesanos piensan

que el goce para mí,

es recorrer el monte

buscando una perdiz.

No saben que en el campo

prefiero perseguir

á alguna muchachita

que tenga buen perfil...

¡Lo malo es que algunas veces

cazando así,

el tiro por la culata

suele salir!)

CORO.

No, no hay duda que la caza

le hace feliz;

sólo cuando vuelve de ella

se le ve así.

DUQUE.

(Mis cortesanos dicen

que soy gran cazador;
mas yo, aunque me lo juren,
no soy de su opinion;
y basta á convencerme
de su fatal error,
que ayer tirando á un corzo
fué un galgo el que cayó.

—
Pero respecto á muchachas
no yerro, nó;
que sé cazarlas al vuelo
como el mejor.)

—
CORO. Es su afición predilecta,
no hay duda, nó;
siempre al volver de la caza
trae buen humor.

DUQUE. ¡Viva la caza, noble placer!
No hay en el mundo dicha mayor;
goce y aliento da á nuestro ser
y de la mente borra el dolor!

CORO. ¡Viva la caza, noble placer! etc.

ESCENA III.

DICHOS; el CONDE y el DOCTOR.

HABLADO.

CONDE. ¡Señor!... (Saludando.)

DOCTOR. ¡Señor!... (Id.)

DUQUE. Adios, señor Conde; adios, señor Doctor.

DOCTOR. (¡Doctor! No puedo conseguir que me llamen Cham-
belan!)

CONDE. Yo felicito á Vuestra Alteza por el buen éxito de su
cacería.

DOCTOR. Siempre, donde Su Alteza pone el ojo...

CONDE. Pone la bala.

DOCTOR. (Menos cuando la pone en otro sitio.)

DUQUE. ¡Gracias! (Al Coro, que se va.) Señores, podeis retiraros.

CONDE. Si Vuestra Alteza quiere despachar ántes algunos negocios urgentes...

DUQUE. Dejádme; luégo despacharé... ¡Negocios, siempre negocios! ¡Qué demonio de negocios! (Váase.)

ESCENA IV.

EL CONDE y el DOCTOR.

DOCTOR. Y despues de esto, decidme que desea empuñar el timon del Estado.

CONDE. Os digo que sí, señor Doctor.

DOCTOR. Señor ministro, ¿no os sería lo mismo llamarme Cham-belan?

CONDE. Teneis razon. Soy muy olvidadizo, señor Doctor.

DOCTOR. ¡Sí, ya lo veo!—Conque, decis que el Duque...

CONDE. Noto en él ciertos síntomas que me tienen inquieto y receloso. Ántes firmaba sin oponer resistencia: ahora firma de mala gana.

DOCTOR. Lo cual prueba que ya le fastidia hasta firmar.

CONDE. Lo que yo creo que prueba eso es que se cansa de firmar lo que disponemos nosotros.

DOCTOR. ¡Cómo!...

CONDE. ¡Sí, Doctor, sí!

DOCTOR. (¡Dale con el Doctor!) ¡No os comprendo!

CONDE. Sospecho que le incomoda la tutela directa de su augusta tia.

DOCTOR. Pues ella no parece hallarse dispuesta á ceder las riendas del gobierno.

CONDE. Y no seré yo quien le indique la conveniencia de hacerlo. ¡Pobre del que se atreviera!

DOCTOR. ¡Infeliz del que lo pensára!

CONDE. ¡Como acompañaba á su esposo en las campañas, se acostumbró á los hábitos militares!

DOCTOR. Sí, la verdad es que, más que una gran Duquesa, parece un tambor mayor.—¡Ah! ántes de que se me olvide... ¿qué habeis decidido del nombramiento de mi sobrino?

CONDE. Aquí está para la firma.

DOCTOR. ¿Y creéis que no pondrá el Duque algun reparo?

CONDE. Procuraremos que pase inadvertido. Ya sabéis que Su Alteza no tiene por vuestro sobrino las mayores simpatías.

DOCTOR. Pero ¿y si se fija en su nombre?

CONDE. Distraedle para que no se fije. Yo haré lo mismo y conseguiremos que suceda lo de siempre. Tenemos la suerte de tratar con un chiquillo...

DOCTOR. ¡Silencio; aquí está!

ESCENA V.

DICHOS y el DUQUE.

DUQUE. (Distraído.) (Sí, hoy se lo digo; ¿por qué no he de decíselo?)—Ah! ya no recordaba que estabais esperándome. Perdonad; ¿de qué queriais hablarme?

CONDE. Si Vuestra Alteza tiene á bien firmar... (Le presenta unos papeles.)

DUQUE. ¡Todo eso?

CONDE. Como hace tantos dias que Vuestra Alteza no firma...

DOCTOR. Como Vuestra Alteza no firma hace tantos dias...

DUQUE. Dejémoslo para mañana. Ahora estoy preocupado.

CONDE. (Al Doctor.) ¡Está preocupado!

DOCTOR. (Al Conde.) Alguna tontería!

CONDE. Yo siento molestar á Vuestra Alteza; pero el bien del Estado reclama ciertas medidas urgentes.

DUQUE. Bueno, bueno; firmaré! (El Conde le pone la pluma en la mano.)

CONDE. Piensa Vuestra Alteza disfrazarse esta noche?

DUQUE. Veremos... Segun... (Firmando.)

DOCTOR. ¡El baile estará brillantísimo!

DUQUE. ¡Sí, eh?

- CONDE. ¡Brillantísimo; sí, señor, brillantísimo! (¡Pasó el impuesto!) Vuestra augusta tía ha hecho decorar los salones con un gusto verdaderamente régio, y creo que Vuestra Alteza quedará sorprendido. (Al Doctor.) (Ahora va el nombramiento de vuestro sobrino. ¡Distraedle!)
- DOCTOR. Sí, señor, Vuestra Alteza se sorprenderá. ¿No ha de sorprenderse? ¡Vaya si se sorprenderá! Las damas de la corte preparan una mascarada originalísima.
- DUQUE. (Dejando la pluma.) ¿De veras? ¿De qué?
- DOCTOR. (¡Dejó la pluma!) (Presentándole la pluma.) Si, señor, originalísima!
- DUQUE. Pero ¿de qué?
- DOCTOR. De... de... No sé precisamente de qué es; pero de seguro será muy original; mucho!
- CONDE. ¡Muchísimo!
- DUQUE. Pues me alegro de que mis servidores se diviertan... ¡Felices ellos, que no tienen que pensar en todo esto! (Coge la pluma.)
- DOCTOR. (¡Gracias á Dios!)
- DUQUE. (Leyendo.) «Tengo á bien nombrar...»
- DOCTOR. (¡Dios mio!) Pues la mascarada...
- CONDE. ¡Oh, la mascarada....
- DUQUE. ¿Eh? «Tengo á bien nombrar...» ¿Á ver á quién tengo á bien nombrar?
- DOCTOR. (Al Conde.) (¡Que no lo vea!)
- CONDE. ¡Ah! (Vierte el tintero sobre el papel que lee el Duque.)
- DUQUE. ¡Demonio!
- CONDE. ¡Tomé el tintero por la salvadera!
- DOCTOR. ¡Já, já! ¡Es gracioso!...
- CONDE. ¡Soy lo más distraído!... ¡Jé, jé! (Yendo á coger el papel.)
- DUQUE. Dejadlo. Vais á mancharlo todo.
- DOCTOR. (¡Qué suerte tan negra tiene mi sobrino!)

ESCENA VI.

DICHOS y MARGARITA.

MARG. ¡Ah! ¿estais ocupado?

DUQUE. No; pasad. Son cosas de poca importancia, asuntos de Estado... Despues continuaremos.

CONDE. Entónces, con permiso de Vuestra Alteza... (Yendo á coger los papeles.)

DUQUE. No, dejad eso; yo os llamaré luégo. Ahora dejadme. (Los dos saludan y se retiran.)

CONDE. (Al salir.) (El nombre de vuestro sobrino ha quedado sin borrar!

DECTOR. Felizmente, ni siquiera volverá á mirar los papeles.)

ESCENA VII.

EL DUQUE y MARGARITA

MÚSICA.

DUQUE. (Yá estamos solos
y pasará
lo que sucede
tres meses há.
Yo que con otras
soy tan audaz,
delante de ésta
no sé ni hablar.)

MARG. (Con él á solas
me encuentro ya
y lo de siempre
sucederá.
Con otras dicen
que es tan audaz;
¿por qué conmigo
no lo será?

Para que hablemos algo
tendré que darle pie.)

Dedidme: en la partida,
¿qué tal, señor, os fué?

DUQUE. Muy bien; y á relataros

un episodio voy
que sin querer yo mismo
aun recordando estoy.

Yo solo vagaba
por verde sendero,
del sol alumbraba
el rayo postrero,
y al ver cuán serena
la tarde moría,
mi alma estaba llena
de melancolía.

Oculto en los árboles
cubiertos de flor,
lanzaba una tórtola
gemidos de amor.

MARG.

(¡Jesús, qué poético
viene hoy el señor!)

DUQUE.

En vano su queja
doliente decía;
la amante pareja
allí no acudía.

El dulce reclamo
en vano sonaba;
decía ¡te amo!

y un eco no hallaba.

Y oyendo su cántico
de pena y amor,
sentí melancólico
su mismo dolor.

MARG.

(Sin duda esa tórtola
que en vano arrulló,
llamaba á algún tórtolo
que conozco yo.)

DUQUE.

(Mi dulce metáfora
no sé si entendió,
mas ¡ay! que escuchándola

MARG. parece que nó.)
Como, por desgracia,
yo no sé cazar,
esas emociones
no puedo apreciar;
y si conocerlas
quiere alguna vez,
cazaré de fijo
con lazo ó con red.

DUQUE. Cierto que es desgracia
no saber cazar
quien tantas victorias
podría lograr;
pues si por la caza
os diera una vez,
á cientos querrian
caer en la red.

MARG. No creo tal cosa.

DUQUE. Yo no sé por qué.

MARG. Porque hay quien ve el lazo
y se asusta de él.
Pajarillo hay que descubre
la mejor cubierta red,
y del cazador se burla
no dejándose coger.
Si esto pasa con los unos
de los otros no hay que hablar,
que los pájaros sin pluma...
buenos pájaros están!

DUQUE. (Fascina el dulce encanto
de esta mujer.
¡Feliz quien en sus redes
logre caer!
Yo preso por el lazo
de su beldad,
alegre perdería
mi libertad.

Yo juro que muy poco
he de poder,
ó pronto ya en mis redes
has de caer!)

MARG.

(Si tímido no vences
tu cortedad,
sabrás vencerla al cabo
mi habilidad.)

HABLADO.

MARG. (¡Ah!... He de saber al ménos si ama á otra mujer.)
¡Me había olvidado de daros la enhorabuena!

DUQUE. ¿Por qué?

MARG. Por vuestro próximo enlace con la princesa Carlota.

DUQUE. ¿Cómo?...

MARG. ¿No lo sabíais?

DUQUE. ¿Yo? ¡Ni una palabra!

MARG. La corte toda habla en voz baja de este proyecto, y á mí, por ciertas conversaciones que casualmente he oído, me consta que se trata de que ese enlace se efectúe al momento.

DUQUE. ¡Eso es imposible; no se hará!

MARG. (¡Ah!) No comprendo qué razón podeis tener para no aceptar la mano de una princesa ilustre, y segun las noticias, muy bella.

DUQUE. ¿Qué me importa que sea bella ó nó?

MARG. (¡Ama á otra!) Ciertamente, si otra os ha cautivado ántes...

DUQUE. (¿Cómo ha de suponer que es ella?)

MARG. (¡Se calla! ¡Ama á otra, no hay duda!) En ese caso, comprendo que la noticia os moleste. Siento habérsela dado.

DUQUE. ¡Amar á otra... Á otra!...

MARG. (Creo que es á mí: me lo dice con los ojos... Pero, señor, ¿por qué no me lo dirá claro?)

DUQUE. (¡No me comprende!)

MARG. ¿Y afirmáis que no os unireis á la princesa?

- DUQUE. De ningún modo.
- MARG. Os lo impondrán como razon de Estado.
- DUQUE. Yo os juro que en eso no consentiré imposiciones.
- MARG. Ya era hora de que una vez mostrárais energía.
- DUQUE. ¡Oh! la tendré!
- MARG. Permitid que os lo diga; sois un poco egoista. Si obráseis siempre lo mismo y no guardárais esa fuerza de voluntad para vuestros asuntos personales...
- DUQUE. No comprendo lo que quereis decir.
- MARG. ¿No? Pues aún á riesgo de que os enojeis, voy á hablaros con toda franqueza.
- DUQUE. Qué, ¿hay algun otro proyecto?
- MARG. ¡Hay tantos que ignorais!
- DUQUE. ¡Cómo!
- MARG. ¡No sabeis lo que os rodea! ¡No os ocupais de los asuntos públicos!
- DUQUE. ¡Bah! para eso tengo á mi tia y al ministro. Yo no necesito...
- MARG. ¡Manera cómoda de reinar! ¡Cómo conquistareis el cariño de vuestros súbditos, cuando ni siquiera teneis conocimiento de sus quejas?
- DUQUE. ¿De sus quejas!... ¿De qué pueden quejarse?
- MARG. (Viendo los papeles manchados.) ¿Qué es esto?
- DUQUE. ¡Nada! El conde vertió el tintero casualmente.
- MARG. Sin embargo; se lee claro. Leed. (Dándole un papel.)
- DUQUE. «Tengo á bien nombrar coronel de mis guardias al vizcondé de Blomberg.»
- MARG. Sobrino del gran Chambelan, que empezó su carrera hace seis meses. Ved este otro. (Le da otro papel.)
- DUQUE. Un impuesto extraordinario sobre las primeras materias!
- MARG. ¿No deciais que de qué podía quejarse el pueblo?
- DUQUE. ¡Esto es un abuso!
- MARG. Seguid leyendo. (Le da otro papel.)
- DUQUE. «Orden de destierro contra Struz.» ¡Mi amigo!
- MARG. Que se ha permitido escribiros dándoos consejos muy oportunos.
- DUQUE. ¿Que me ha escrito?

- MARG. Pero ¿la carta no ha llegado á vuestras manos? Lo comprendo.
- DUQUE. ¡Vive Dios! que ya se acaba mi paciencia!
- MARG. ¿Qué intentais?
- DUQUE. ¡Demostrar que soy el que manda aquí! He de hacer un escarmiento!
- MARG. No os dejéis arrebatar por la cólera. Obrad con calma. El escándalo es siempre perjudicial.
- DUQUE. ¡De modo que me aconsejais que continúe como hasta aquí, tolerando semejantes abusos?
- MARG. No es eso. Podeis evitarlos.
- DUQUE. ¿Cómo?
- MARG. Teniendo un consejero hábil y prudente.
- DUQUE. ¿Dónde encontrarle?
- MARG. ¿Dónde encontrarle! Ya veo que no saldréis de la tutela. ¿Dónde encontrarle! ¡Pues vaya una dificultad! ¡Aquí mismo, sin salir de esta sala!
- DUQUE. ¡Ah, ya comprendo! ¡Vos!
- MARG. ¡Yo!... ¡Qué disparate! (Riendo.)
- DUQUE. ¿Pues quién?
- MARG. Vos mismo.
- DUQUE. ¿Yo? ¡Es imposible! ¿Cómo sustraerme á la influencia del primer ministro, á la del Doctor... y sobre todo á la de mi tia?
- MARG. ¡Muy sencillo! ¿No decis que si tuvierais un buen consejero lo haríais?
- DUQUE. ¡Ya lo creo!
- MARG. Pues decid que lo teneis, y punto concluido.
- DUQUE. ¡Ah! ¿Conque yo...—Es cierto.. pero se me ocurre una dificultad.
- MARG. ¿Cuál?
- DUQUE. Que verán que no existe tal consejero.
- MARG. Si teneis suficiente fuerza de voluntad para hacer que se cumplan vuestras órdenes, no dudarán un momento que alguien influye poderosamente en vuestras resoluciones. Os creen harto débil para suponer que obráis por vuestra propia iniciativa.

DUQUE. ¿Sí, eh?

MARG. Además, el no darse á luz el consejero es muy conveniente: lo misterioso impone siempre más... Pero si os resolvéis á hacerlo, pensad que, una vez en ese camino, no podreis retroceder.

DUQUE. ¡Retroceder! ¡Nunca!

MARG. Yo os ayudaté en cuando pueda.

DUQUE. Ayudándome vos, estoy tranquilo.

MARG. ¡Gracias! Con vuestro permiso, os dejo; estoy de guardia en la cámara de vuestra augusta tia.

DUQUE. ¿Os marchais ya?

MARG. ¡Es preciso!

DUQUE. ¡Lo siento! Cuando estais á mi lado me siento tan... tan...

MARG. (Nunca sale del tán tán!) ¡Adios, señor Duque!

DUQUE. Adios, Margarita; seguiré vuestro consejo al pie de la letra. He de probar á cuantos me rodean que soy todo un hombre!

MARG. (Difícil me parece que lo consiga.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE.

¡Sí señor; no más debilidad! (Rompe los decretos.) Basta de abusos! ¡Desde hoy mando yo! ¿Tendré decision?... Sí; ayudándome Margarita...—¡Qué hermosa es... y qué talento tiene!...—¡Nada, está dicho: seré el Duque, el verdadero Duque, y no me casaré con esa princesa á quien no conozco, sino con Margarita... sie lla me ama.

ESCENA IX.

EL DUQUE; la DUQUESA, el CONDE y el DOCTOR.

DUQUESA. Buenos dias, sobrino.

DUQUE. Felicísimos, señora. (Le besa la mano.)

DUQUESA. Ya sé que os ha ido muy bien por el campo: me alegro mucho. ¿Quereis un polvo?

DUQUE. Ya sabeis que no lo uso.

DUQUESA. No comprendo que estornude un hombre cuando toma tabaco! (Sorbiendo rapé.) ¡Conde, Doctor! (Les presenta la caja y los dos toman.)

DUQUE. ¡Decididamente doy el golpe!

CONDE. ¡Qué empeño en que me atapone las narices!) Cómo os componeis para no estornudar?

DOCTOR. Tirando el rapé y oliéndome los dedos.

CONDE. ¡Ah!... achís! ¡Ya la solté!

DUQUESA. Cuando yo hice la campaña con mi esposo, despues de cada victoria se obsequiaba á los soldados con una onza de rapé por cabeza.

CONDE. ¡Bonito estaría el ejército estornudando!

DOCTOR. No; seguiría mi sistema.)

DUQUESA. ¡Qué tiempos aquellos! .. ¡Entónces se vivía! ¡Siempre en el campo; vida agitada! ¡Hoy una marcha, mañana una batalla, al otro día una retirada gloriosa! ¡En verano, un sol de mil demonios; en invierno, caminar sobre dos varas de nieve!

CONDE. ¡Oh, eso es delicioso!

DUQUESA. ¡Y nó esta vida de córte .. Todos los días lo mismo, sin emociones, sin peligros... ¡Aborrezco la paz!

CONDE. ¡Por eso está riñendo siempre!)

DUQUESA. (Reparando en el Duque.) ¡Este jóven anda distraído! — ¡Duque!

DUQUE. Señora...

DUQUESA. ¿Cómo no habeis entrado, segun costumbre, en mis habitaciones?

DUQUE. (Ella me da el pretexto.) Me lo impidieron graves asuntos de Estado... tuve que despachar con el Conde.

CONDE. (Viendo los decretos rotos.) ¡Dios mio! ¡Les decretos hechos pedazos! ¡Mirad!

DOCTOR. *Malórum.*)

DUQUESA. Sin embargo, hace tiempo que el Conde es dejó y debíais haber pasado por mis habitaciones, aunque no fuera más que por cortesía.

CONDE. ¡Ni uno ha quedado sano!)

DUQUE. Perdonadme, pero un suceso, para mí muy grato, me lo ha impedido.

DUQUESA. Sepamos cuál es.

DUQUE. La llegada de un íntimo amigo mío.

CONDE. ¡Un amigo!

DUQUESA. ¡Alguno de los calaveras que formaban vuestra corte en París!

DUQUE. Todo lo contrario. Es un hombre de peso, un gran político.

DUQUESA. Sí, ¿eh? ¿Y quién es?

DUQUE. No puedo decíroslo. Mi amigo es un hombre muy original, y lo primero que me ha suplicado es que oculte su nombre.

CONDE. (¡Doctor, aquí hay algo! ¿No os decía yo?)

DOCTOR. (¡Dale con el Doctor! ¡No sé para qué me han hecho Chambelan!)

DUQUESA. Pero... (¡Un hombre de peso!) ¡Eso es imposible! ¿Cómo queréis que le recibamos en la corte ignorando su nombre?—Señor Chambelan.

DOCTOR. (¡Por fin hay uno!) ¡Señora!

DUQUESA. ¿Se ha dado nunca un caso semejante? Decídselo á mi sobrino, que parece haber olvidado las leyes elementales de la etiqueta!

DOCTOR. No hay precedente alguno, y yo, como gran Chambelan, creo muy en su lugar la observacion de Vuestra Alteza. ¡Esto, como gran Chambelan!

DUQUE. (¡Qué apuro!) Pero es que mi amigo no ha de presentarse á la corte. Viaja de incógnito.

CONDE y DOCTOR. (A un tiempo, volviéndose el uno hácia el otro.) ¡De incógnito!

DUQUESA. Pero le verán...

DUQUE. Como su único objeto ha sido pasar unos dias conmigo, no saldrá probablemente de mis habitaciones.

CONDE. (¡Esto se complica!)

DUQUESA. Pero aun así, los criados de vuestra servidumbre... Alguien le verá... y preguntará quién es.

DUQUE. Pues... si eso ocurre, aunque no lo creo, porque tengo

bien tomadas mis precauciones .. podeis contestar que es...

DUQUESA. ¿Quién?

CONDE. ¿Quién?

DOCTOR. ¿Quién?

DUQUE. Mi consejero privado.

DUQUESA. ¡Vuestro consejero!

DOCTOR. ¡Privado!

DUQUE. (Por fin me decidí.) Sí, es un hombre de un tacto especial, que conoce perfectamente el estado de las córtes de Alemania.

CONDE. ¿Sí?

DUQUE. Sí. Al llegar, me ha dado la cuenta de un asunto verdaderamente importante.

DUQUESA. ¿Cómo?

CONDE. ¿Qué?

DOCTOR. ¿Cuál?

DUQUE. Relativo á cierta negociacion pendiente entre esta córte y la de Viena, de que yo no tenia la menor noticia.

CONDE. (¡Estoy en áscuas!)

DUQUESA. ¿Qué decís?

DUQUE. ¿Será verdad que quereis evitarme hasta el trabajo de buscar esposa?

DOCTOR. (¡Uf!)

DUQUESA. ¿Acaso os disgusta?

CONDE. ¿Le disgusta á Vuestra Alteza?

DOCTOR. ¿Á Vuestra Alteza le disgusta?

DUQUE. Yo... no os puedo decir... Segun... mi consejero, la princesa Carlota es muy linda.

CONDE. ¡Lindísima!

DOCTOR. ¡Oh!

DUQUESA. Y de un talento nada vulgar; ¡una mujer varonil

DUQUE. Eso mismo me ha dicho á mí...

DUQUESA. Sí, vuestro consejero. (Picada.)

CONDE. (¡Esto se complica!)

DUQUESA. De modo que aceptais... Vuestra negativa sería un paso impolítico. Pensad que de vuestra decision pende la

felicidad de un pueblo, y que...

DUQUE. (Tiene razon... pero Margarita...) Lo pensaré... Como decís muy bien, el asunto es muy grave!... Y... perdonad que os abandone. Me espera mi amigo.

CONDE. Si le parece bien á Vuestra Alteza, entraré á ofrecerle mis servicios.

DOCTOR. Yo tambien desearía...

DUQUE. Ya os he dicho que desea no ser visto...

CONDE. Sin embargo, yo como primer ministro...

DOCTOR. Y yo, como Chambelan y médico de cámara...

DUQUE. ¡Ah! no temais; ¡tiene una salud á toda prueba! (Váase.)

DOCTOR. (¡Así le dé un tabardillo!)

ESCENA X.

LA DUQUESA, el CONDE y el DOCTOR.

DUQUESA. ¡Vamos á ver! ¡Explicadme esto! ¿Quién es ese hombre? ¿Cómo ha venido? ¿Por dónde ha entrado? ¡Responded pronto!

CONDE. Señora... yo... no sabía ..

DOCTOR. (¡*La tempésta é vicina!*)

DUQUESA. Mi sobrino necesita no escuchar más que nuestros consejos, y precisamente ahora se interpone ese amigo misterioso ¡tal vez á sugerirle ideas de independencía! —¿Quién es ese amigo?—¿No lo sabeis?—¡Es preciso averiguarlo!

CONDE. ¡Señora! ... procuraremos...

DUQUESA. ¿Qué es eso de procurar? Es preciso saberlo al punto!

CONDE. ¡Pues lo sabremos!

DUQUESA. Ya habeis visto que el primer golpe de ese consejero ha sido enterarle del proyecto de casamiento, que aún no convenia que supiera.

CONDE. ¡Es cierto!

DOCTOR. ¡Es verdad!

DUQUESA. Si de todo le entera lo mismo, acaso termine mi benéfica influencia sobre él, y en ese caso perdereis vues-

tros puestos. ¿Qué sería del ducado el día que yo dejára de regirle?

CONDE. ¡Todo se perdería!

DOCTOR. ¡Oh!

CONDE. ¡Solo Vuestra Alteza...

DOCTOR. ¡Vuestra Alteza solamente... (La Duquesa se pasea agitada por la escena; cada vez que pasa por detrás del Conde ó el Doctor, éstos vuelven la cabeza con recelo.)

DUQUESA. ¡Un amigo! ¿Quién será ese amigo? ¿De dónde diablos ha venido ese amigo? (Parándose de pronto frente del Conde.) ¿De dónde ha venido?

CONDE. ¿Quién?

DUQUESA. ¡Pareceis atontado algunas veces!...—Lo repito; como no lo averigüéis, yo hallaré quien me ayude.—¡Ah! ¡Si yo fuera hombre, si yo fuera hombre!... (Váse.)

DOCTOR. (Yo creo que lo es.)

ESCENA XI.

EL CONDE y el DOCTOR.

CONDE. Bien os decía que notaba en el Duque ciertos síntomas...

DOCTOR. ¡Eso digo yo!

CONDE. ¿Qué va á ser de nosotros si no averiguamos quién es el consejero privado de Su Alteza?

DOCTOR. ¡Eso digo yo!

CONDE. ¡La Duquesa parece decidida á todo!

DOCTOR. ¡Eso digo yo!

CONDE. ¡Es necesario averiguar, cueste lo que cueste, quién es ese hombre!

DOCTOR. ¡Eso digo yo!

CONDE. ¡Entónces decimos lo mismo!

DOCTOR. ¡Insto; eso digo yo!

CONDE. Pero observo que estais anonadado... Hay que tomar una resolucion. Reflexionemos.

DOCTOR. ¡Reflexionemos! (Los dos reflexionan.)

CONDE. ¡Ah!

DOCTOR. ¿Qué? ¿os ha ocurrido algo?

CONDE. No... ¡nada! (Pausa.)

- DOCTOR. ¡Hay que reflexionar!
- CONDE. ¡Va en en ello nuestra suerte!
- DOCTOR. Vos dejareis de ser primer ministro...
- CONDE. Y vos dejareis de ser el gran Chambelan. Pero no llegará ese caso. Antes será capaz...
- DOCTOR. ¿Y si no parece el sujeto?
- CONDE. Si no parece...
- DOCTOR. ¡Se me ocurre una idea!
- CONDE. ¿Qué?
- DOCTOR. ¿Si no será consejero?
- CONDE. ¿Pues qué ha de ser?
- DOCTOR. ¡Consejera! (Atraviesa la escena un Criado con una bandeja cubierta por una servilleta.)
- CONDE. ¡Calle! ¿Qué es eso?
- CRiado. Un almuerzo para el cuarto de Su Alteza.
- DOCTOR. (¡Conde, si ha almorzado ya!
- CONDE. ¡Será para el otro!)—¡Espera! (Se dirigen ambos donde está el Criado y cada cual levanta una punta de la servilleta.) Jamon con patatas! ¡Es un hombre! ¡Es un hombre!
- DOCTOR. ¡Una trucha! ¡Es mujer! (Váse el Criado.)

MUSICA.

- CONDE. (El asunto se enreda,
yo tengo miedo;
¿quién será ese demonio
de consejero?
Hay que saber
pronto y á toda costa
quién puede ser!)
- DOCTOR. (Se confirma la causa
de mis sospechas
de que no es consejero,
que es consejera.
No hay más que ver;
adivino la mano
de una mujer!

Si yo consigo
averiguar
por cualquier medio
quién es el tal,
cuanto ambiciona
mi vanidad
de la Duquesa
podré alcanzar.

Y en pago de un servicio
tan capital,
quién sabe si ministro
me nombrará.)

CONDE.

(Sin que me ayude
el Chambelán,
saber quién sea
quiero lograr,
y así la silla
ministerial
eternamente
podré ocupar.

Y luego la Duquesa
me premiará
con el seguro apoyo
de su amistad!)

DOCTOR.

¡Amigo querido!

CONDE.

¡Querido Doctor!

DOCTOR.

¡La cosa es muy grave!

CONDE.

Igual pierdo yo.

DOCTOR.

Unirse es preciso.

CONDE.

Conmigo contad.

DOCTOR.

La union es la fuerza.

LOS DOS.

Unámonos ya.

Por cuantos medios hábiles
podamos emplear,
quien sea el tal incógnito
es fuerza averiguar.

CONDE.

La union es la fuerza,

¡unámonos ya!
(Este es un enemigo
muy solapado,
y tirarme al degüello
ya está pensando;
mas yo lo sé
y en el caso presente
lo evitaré.)

DOCTOR. (Como yo lo descubra
de cualquier modo,
ni una sola palabra
diré á este bobo.
Pues harto sé
que él haría en mi caso...
lo que yo haré.)
Amigo querido.

CONDE. ¡Querido Doctor! etc.

DOCTOR. Que en palacio está no hay duda;
mas por dónde se ha metido,
si es que el diablo no le ayuda,
no lo puedo adivinar.

CONDE. Si no doy con su persona,
no hay remedio, ya está visto,
que me birla la poltrona
sin poderlo remediar.

¡Ojo alerta, que esto es grave!

DOCTOR. ¡Mucho pulso, mucho tino!

LOS DOS. ¡Quién dijera, quién pensara
que esto había de pasar!

CONDE. ¡Vaya! Vaya!

DOCTOR. ¡Qué demonio!

CONDE. ¡Carambita!

DOCTOR. ¡Qué diablura!

CONDE. ¡Caspitina!

DOCTOR. ¡Caracoles!

LOS DOS. ¡Quién lo había de pensar!

ESCENA XII.

EL CONDE; despues el DUQUE.

HABLADO.

- CONDE. ¡Mi poder está en un tris! Esos decretos rotos demuestran evidentemente la influencia que el tal consejero ejerce en el ánimo de Su Alteza. ¿Pero por dónde puede haber entrado este hombre?—¡Ah! el Duque!
- DUQUE. ¡Adios, señor ministro!
- CONDE. Deseaba una entrevista con Vuestra Alteza.
- DUQUE. (¡El consejero empieza á hacer efecto!) Ya sabeis que no quiero ocuparme de los asuntos de Estado.
- CONDE. No es un asunto de Estado el que quería confiar á Vuestra Alteza. Es un proyecto relativo á una persona, que de seguro interesa á Vuestra Alteza; proyecto que, hasta hoy, es un secreto.
- DUQUE. ¿Secreto?... (Fingiré indiferencia.) Acaso no es tan secreto como vos pensais.
- CONDE. ¡Cómo!... ¿Vuestra Alteza sabe...
- DUQUE. Sí; sé que se trata de una persona que me interesa. Mi consejero acaba de hablarme del asunto.
- CONDE. (¡Dios mio!) ¿Y cree Vuestra Alteza que su prima Margarita accederá?
- DUQUE. ¿Margarita?... Tal vez... Acaso... (¿Cómo podré saber lo que es?)
- CONDE. Vuestra señora tia se interesa tanto por ella como por el sobrino del Doctor; y este matrimonio...
- DUQUE. ¿Qué?... ¿Casarla con... (Reponiéndose.)—No me parece mal.
- CONDE. ¿Lo aprueba Vuestra Alteza?
- DUQUE. Eso dependerá...
- CONDE. Sí, de la voluntad de ella...
- DUQUE. Nó: del parecer de mi consejero.
- CONDE. (¡Siempre lo mismo!)
- DUQUE. ¿Y para esto deseábais una entrevista? Ya veis que era

- innecesaria, y que vuestros secretos no lo son para mí.
- CONDE. Ya lo veo, señor, ya lo veo; y juro á Vuestra Alteza que no ha sido culpa mia el ocultarle... algunos actos... algunos proyectos... Pero mi obediencia á la señora Duquesa .. Luégo... como Vuestra Alteza no quería ocuparse de nada... (¡Este es un buen golpe!) Yo no le he dado cuenta algunas veces... pero aseguro que en lo sucesivo...
- DUQUE. No os canseis en disculparos. En lo sucesivo, obrad como hasta aquí, pues no habeis de poder decirme nada que yo ignore.
- CONDE. Sin embargo, hay precisamente ahora pendiente un asunto político, que de seguro ignora Vuestra Alteza, y del cual yo quiero enterarle. Me refiero al tratado con la corte de Berlin, cuyas bases llevo aquí. Es un asunto reservadísimo.
- DUQUE. Á pesar de lo cual no me es desconocido. (¿Qué será?)
- CONDE. ¿De veras sabe Vuestra Alteza...
- DUQUE. Sé que es un tratado con la corte de Berlin, y que lo llevais en el bolsillo.
- CONDE. (¡Lo sabe!)
- DUQUE. Sin embargo, dádmelo... Quiero recordar la base primera... (¡Así sabré lo que es!)
- CONDE. ¡Tomad, señor! (Le da unos papeles.) tomad! (Estoy trastornado!... Siento un volcan en la cabeza!)
- DUQUE. (¡Este tratado es indigno! ¡Eh! aquí hay (Viendo otro papel.) otro papel. ¡Veamos! «Medios hábiles para el empréstito sobre los bienes del patrimonio.» (¡Hola!) Sí, lo mismo que yo recordaba... todo lo que me dijo mi consejero. Tomad, guardadlo; no necesito leerlo. (Le devuelve los papeles.)
- CONDE. ¿Y qué opina Vuestra Alteza?
- DUQUE. No puedo contestar hasta que trate de ello con mi consejero. En tanto voy á haceros una advertencia.
- CONDE. ¡Señor!
- DUQUE. Desistid del empréstito sobre el patrimonio, porque, según mi consejero, no debe llevarse á cabo.

CONDE. ¡Eh! . . ¿cómo?... ¡Señor!... ¿Sabía Vuestra Alteza?... Yo le aseguro que...

DUQUE. ¡Ahora dejo caer el parte y doy el golpe de gracia!

CONDE. Mi intencion era...

DUQUE. ¡Adios, señor Conde! (Váse dejando caer un papel.)

ESCENA XIII.

EL CONDE.

¡Ah! todo, todo lo sabe!... hasta ese proyecto del cual no había dado cuenta á nadie! Ese consejero es sin duda un espía... Voy á creer que no estoy nunca solo!... Pero ¿cómo sabe hasta lo que yo pienso? Es indudable que está cerca de mí. Estoy bajo la vigilancia de alguien que no me deja nunca! (Reparando en el papel que dejó caer el Duque.) ¿Qué es esto? «Para Su Alteza el gran »Duque.» Se le ha caído sin duda del bolsillo. «De su »consejero.» ¡Oh! firma así! Yo debo ver esto; la suerte lo trae á mis manos.—¿Eh? (Volviéndose asustado.) ¡Cree que entraba alguien! (Tranquilizándose.) «Parte correspondiente al día once.» Es de ayer. ¡Veamos! «Día doce á »las cuatro, estanque patos.» ¡Esto es una cita sin duda! Iré, le conoceré... Sí, á las cuatro en el estanque de los patos... Allí nos veremos frente á frente, invisible consejero! «Lo que hay que hacer con el gran Cham— »belan.» ¡Está cifrado!... ¿Eh? ¿qué es esto? «R—3— »S—T—A—C—Y—T.» ¡Aceite!... ¿Qué será esto? ¿Lo irán á freír? ¿Cómo podría yo encontrar la clave? «Lo »que es preciso hacer con el primer ministro.» ¿Conmigo? ¡Dios mío! «D—P—K—3 y 6—P—Q—Q.» ¡Cu cú! Yo procuraré demostrarte que no soy rana!— «X—Y—Z—sin remision.» ¡Y no dice más! D—P—Q—3 y 6... 3 y 6—son catorce, digo no, quince... digo... ¡no sé lo que me digo! Nada, X—Y—Z—sin remision! ¡Oh! ¡Esto es demasiado! ¡La clave! ¡Cómo encontraré la clave!

ESCENA XIV.

EL CONDE, la DUQUESA y MARGARITA.

DUQUESA. Si, Margarita, ese enlace me parece muy conveniente.

CONDE. D—P—K. (Para sí y en voz alta.)

DUQUESA. ¿Qué decís, señor Conde?

CONDE. ¡Nada, señora!

MARG. ¡Me parece que el parte ha hecho efecto!

CONDE. ¡Esa clave maldita!

DUQUESA. ¡Cómo!

CONDE. No... nada... nada... ¡Sin remision!

DUQUESA. ¡Estais preocupado! ¿Habeis logrado saber algo? ¿Ocurre alguna cosa grave? ¡Vamos, contestad!

CONDE. ¡Ah, señora! ¡una cosa horrible!

DUQUESA. ¡Dios mio! (¿Sabeis acaso ya quién es ese hombre?)

CONDE. ¡En el estanque de los patos!

DUQUESA. ¿Qué decís?

CONDE. ¡Ah! ¡La clave, la clave es lo que necesito!

DUQUESA. ¿Qué! ¿acaso alguna conspiracion?...

CONDE. ¡Tres!

DUQUESA. ¿Tres?

CONDE. ¡Tres y seis!

DUQUESA. ¡Nueve conspiraciones!

CONDE. ¡No, no, señora! X—Y—Z. (Suenan las cuatro en un reloj.)

¡Una!... dos!... tres!... cuatro!... ¡Ah! al estanque!

(Echa á correr.)

DUQUESA. ¡Detenedle! ¡Se va á arrojar al estanque! ¡Sin duda está loco! (Aparece el Coro, que se apodera del Conde.)

ESCENA XV.

DICHOS; DAMAS, CABALLEROS, luego el DUQUE y despues el DOCTOR.

MÚSICA.

CORO. ¡Loco el ministro!

¿Qué sucedió
que tan de pronto
se trastornó?

¡Mucho cuidado!
¡furioso está!

Su Alteza lo asegura
y debe ser verdad.

CONDE. ¡Soltadme, señores!
¡Soltadme! Dejad!

Son más de las cuatro
y se marchará.

CORO. ¿Quién se marchará?

Todo esto es un delirio;
no hay duda, loco está!

MARC. ¡Ay! qué atrocidad!

Le ha trastornado el parte;
no hay duda, loco está!

DUQUESA. ¡Ay, qué pasará?

¡se opone y forcejea!

¡No hay duda, loco está!

CONDE. Señora Duquesa,
mandadles, por Dios,
que al punto me dejen,
que loco no estoy!

Ved que es un abuso

tenerme aquí ya,

y que este atropello

no puedo aguantar!

CORO. ¡Todo esto es un delirio!

¡No hay duda; loco está!

DUQUE. (Saliendo.) ¿Qué pasa, qué ocurre?

CORO. ¡Cuidado, señor!

El Conde da muestras
de enajenacion.

CONDE. ¡Soltadme, soltadme!

CORO. ¡Ya veis cómo está!

CONDE. ¡Soltadme, señores,

dejadme marchar!

DOCTOR. (Saliendo.) ¿Dónde está el ministro?

TODOS. ¡Aquí está el Doctor!

DOCTOR. ¡A ver ese pulso!

CONDE. ¡Soltad, vive Dios!

DOCTOR. Sus ojos inquietos, su rostro alterado,
y sus ademanes y su exaltacion,
indican bien claro, si no me equivoco,
que un grave suceso turbó su razon.

MARG. (La idea sin duda del tal consejero,
ó el parte cifrado turbó su razon;
tan triste suceso deploro á fe mia,
que loco volverle no fué mi intencion!)

DUQUE. (No hay duda que el Conde buscando la clave
del parte cifrado, entró en confusion,
y se ha trastornado queriendo encontrarla
ó viendo algo grave en su solucion.)

DUQUESA. (Lo que ántes me dijo, sus frases cortadas
y su inexplicable determinacion,
sin duda ninguna demuestran bien claro
que el pobre no tiene cabal su razon.)

CONDE. (Si el tiempo se pasa va á ser imposible
que logre de verle hallar ocasion.
Me toman por loco, y á fuerza de oirlo
voy casi creyendo que tienen razon.)

CORO. ¿Qué habrá sucedido, qué habrá aquí pasado
que nadie del caso se da explicacion?

Pensemos, señores; que es cosa muy rara
que pueda un ministro perder la razon.

CONDE. ¡Si al ménos pudiera
dar yo con la clave!
Pero es imposible,
pues nadie la sabe,
ni á cuál de las cifras
podrá estar sujeta,
ni qué será aquello
de X—Y—Z,

- X—Y—Z!
- TODOS. No hay duda, no hay duda,
perdió la chaveta;
por eso repite.
D—X—Y—Z.
Mas en su locura,
harto singular,
le da la manía
por deletrear.
- CONDE. Tres y seis
nueve son!
- CORO. En eso tiene razon.
- CONDE. D—Q—Q—D—P—K.
- CORO. No hay duda, no,
demente está.
- CONDE. A—B—C—D—F
con X—Y—Z.
- CORO. No hay duda, no hay duda,
perdió la chaveta.
- CONDE. P—Q—Q—D—P—K.
- CORO. No hay duda, no,
demente está!
- CONDE. ¿Quién dice que estoy loco?
- DOCTOR. ¡Calmaos, por piedad!
- (Con misterio.)
- ¡Lo ha dicho el consejero!
- CONDE. ¡Jesús! no puedo más! (Cae desmayado.)
- CORO. Ya no cabe duda
de que loco está;
pero es su locura
muy particular!
- (Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio, espléndidamente adornado é iluminado para un baile.
Galería al fondo, á través de cuyos arcos se ve el jardin.

ESCENA PRIMERA.

DAMAS, PAJES y CABALLEROS.

MUSICA.

UNOS.	¡Noticias, señores!
	¡Señores, noticias!
OTROS.	¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?
	Decidlo en seguida.
UNOS.	Oid, que es el caso
	de gran importancia.
OTROS.	Pues díganlo pronto.
	¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?
UNOS.	Despacio, despacio,
	que ya se os dirá
	la extraña noticia,
	la gran novedad.
	Sabed que no es, de cierto,
	lo que hoy ha de admiraros,
	ni el baile, ni el concierto

- que pronto empezará...
¡Va á ser la Gran Duquesa!
¡Sabad que al baile viene!
- OTROS. ¡Si la noticia es esa
sabiámosla ya!
—¡Bah! bah! bah! bah!
- UNOS. ¡Quía! quía! quía! quía!
—Es esa, mas no es esa.
- OTROS. ¡Pues explicadlo ya!
- UNOS. Tal vez el disfrazarse
juzgando inoportuno,
en vez de presentarse
de córte nada más,
se ha puesto, amigos míos,
el traje de campaña
con todos sus avios,
y pronto llegará.
- OTROS. ¡Ah! ah! ah! ah!
- TODOS. ¡Buena estará!
- Sospecho que la pobre...
—¡Silencio, que ahí está!

ESCENA II.

DICHOS y la DUQUESA, con traje militar.

- CORO. Salud á la Duquesa,
que junta en sí á la par,
el aire cortesano
y el brío militar.
(Sus bélicos instintos
debemos elogiar.)
- DUQUESA. (Produce buen efecto
mi aspecto militar.)
Sobre un corcel brioso,
con este mismo traje,
acompañé á mi esposo
ardiendo de coraje.

É igual que un veterano
en más de una ocasion,
prendió mi propia mano
la mecha de un cañon.

Y el cielo es testigo
que viéndome así,
huyó el enemigo
delante de mí!

CORO.

(El caso es probable,
pues juzgo por mí,
que escapa cualquiera
en viéndola así.)

DUQUESA.

El bélico calor
en mí siento brotar
si escucho del tambor
el fuerte redoblar.

CORO.

¡Rataplán!

DUQUESA.

Y el toque del clarín.

CORO.

¡Aaararín!

DUQUESA.

Y el trueno del cañon.

CORO.

¡Bon! bon!

DUQUESA.

Mi esfuerzo no halla fin
y aun late el corazon.

¡Aaararín!

¡Bon! bon!

Recuerdo bien el dia
en que este mismo brazo
mató con bazarria
seis hombres de un sablaço!
Y el Duque, en el momento
que tal hazaña vió,
el grado de sargento
allí me confirió.
Entrambos galones
bien poco luci,
que en otras acciones
veloz ascendí.

CORO. (Mal hizo su esposo
premiándola así,
que siendo sargento
debiera seguir.)

DUQUESA. El bélico calor, etc.
¡Aaararín!
¡Bon! bon!

CORO. El bélico calor, etc.

ESCENA III.

DICHOS y el DOCTOR.

HABLADO.

DOCTOR. ¡Señora!

DUQUESA. Adios, Doctor.

DOCTOR. Veo con satisfacción que Vuestra Alteza luce un traje
lazo de gloriosos recuerdos.

DUQUESA. Señores, el baile va á empezar; podeis pasar á los salo-
nes. (Vase el Coro.)—Sepamos qué es lo que habeis ave-
riguado á estas horas del asunto que nos preocupa.

DOCTOR. ¡Señora!...

DUQUESA. ¡Cómo! Es posible! ¿Aún no sabeis nada?

DOCTOR. (Le diré que sí para que se calme.) ¡Me parece que
tengo el hilo!

DUQUESA. ¿Qué hilo?

DOCTOR. El del consejero.

DUQUESA. ¡Explicaos!

DOCTOR. (¿Qué diré yo?) (Con importancia.) Pues bien, por ciertas
señales, me han ocurrido ciertas sospechas, y voy cre-
yendo, ó mejor dicho, me estoy figurando que al reunir
ciertos antecedentes, podrá averiguarse casi de seguro...
¿Eh? ¿Comprende Vuestra Alteza?

DUQUESA. Veo, Doctor, que no teneis el hilo, sino una madeja
muy enredada.

DOCTOR. Os diré, señora; me fijo en que este caso no puede ser

el primero ni mucho ménos, pues como dijo el sabio:
nihil novum sub sole!

DUQUESA. ¡Basta ya!

DOCTOR. (¡Ni en latin se convence á esta señora!)

DUQUESA. ¡Sepamos qué disposiciones habeis adoptado para descubrir á ese hombre!

DOCTOR. ¡Oh! ¡Disposiciones, disposiciones! ¡Todas las que podía, señora! En primer lugar, he dado orden para que dejen entrar con máscara en los salones á cuantos presenten billete, pero que no dejen salir cubierto á nadie. De esta manera, acaso el consejero se atreva á venir, y mis gentes detendrán al primer desconocido que intente abandonar el baile ántes de la hora señalada por la etiqueta para descubrirse.

DUQUESA. ¡Bien; eso me agrada!

DOCTOR. Vuestra Alteza, supongo que nada habrá conseguido averiguar...

DUQUESA. ¡Nada! y esto me tiene fuera de mí! El Duque se obstina en guardar el incógnito de su amigo, y yo no puedo en esta ocasion buscar un rompimiento con mi sobrino.

DOCTOR. ¡Oh, es claro! ¡Eso sería anti-político!

DUQUESA. Y el Conde, ¿cómo se halla?

DOCTOR. He ido diferentes veces á su habitacion y no ha permitido que le vea.

DUQUESA. ¿Ni como amigo?

DOCTOR. Ni como amigo.

DUQUESA. ¿Ni como Doctor?

DOCTOR. ¡Ni como Chambelan! (¡Nunca se ha de acordar de lo que soy!)

DUQUESA. Yo he enviado á preguntar por su salud y ha contestado que ya se encuentra bien. Pero el arrebato de esta tarde...

DOCTOR. Puede ser grave. Indica una perturbacion en los sentidos.

DUQUESA. Creo que no debemos tener gran cuidado. Aún no he conocido ningun ministro que se vuelva loco!

DOCTOR. Dispensad, señora; yo he conocido á varios que hau

perdido la cabeza.

DUQUESA. Volvamos á lo más interesante. Si esta noche logramos apoderarnos del consejero, ¿qué pensáis hacer?

DOCTOR. Vuestra Alteza resolverá.

DUQUESA. Lo tengo ya resuelto. Es necesario á todo trance quitar ese obstáculo para en adelante.

DOCTOR. ¿Cómo?

DUQUESA. Cuando le preguntéis con qué derecho se presenta en el baile, engreído con su autoridad sobre el Duque, os contestará con altanería.

DOCTOR. ¿De seguro!

DUQUESA. Vos le direis que no consentís que nadie os hable así.

DOCTOR. ¿Cómo?

DUQUESA. ¿Como os hable, hombre!

DOCTOR. Pero ¿y si me habla con buenas formas?

DUQUESA. Sea como quiera, buskais pretexto para un lance.

DOCTOR. ¿Un lance!

DUQUESA. ¡Justamente; un lance!

DOCTOR. (¡Pues la proposicion tiene pocos lances!)

DUQUESA. Os batis con él esta misma noche y le matais.

DOCTOR. ¡Señora!

DUQUESA. ¡Nada, le matais!

DOCTOR. ¿Y si me mata él á mí?

DUQUESA. Ya comprendereis que yo procuraríá vengaros por mi propio interés.

DOCTOR. No, si yo no soy vengativo... Y además, me parece que ese modo es inconveniente á todas luces.

DUQUESA. ¿Es posible que digais eso? ¿Sereis capaz de no atreveros!... ¡Ah! si yo fuera hombre!... ¡La naturaleza se equivocó!

DOCTOR. (¡Sí, se equivocó indudablemente!)

DUQUESA. Si yo fuera hombre, no necesitaríá de vos. Esta misma noche... (Sacando una pistola.) ¡pin!

DOCTOR. ¡Ay! señora, que puede estar cargada!

DUQUESA. ¡Es decir que no os atreveis á matarle!

DOCTOR. Me parece que no encontrándonos completamente seguros de su culpabilidad, matar así á un hombre!...

DUQUESA. ¡Habreis matado á tantos, Doctor!

DOCTOR. Tal vez, señora; pero habrá sido con todas las reglas de la ciencia! Si, el duelo fuese á píldoras, no titubearia un momento.

DUQUESA. ¡Basta! Ya veo que no puedo contar con vos.

DOCTOR. ¡Pero señora!...

DUQUESA. Basta, no hablemos más. Si esta noche no conseguimos, por lo ménos, averiguar quién es ese hombre, mañana me presentareis la dimision del cargo de Chambelan! ¡Oh! si yo fuera hombre! ¡La naturaleza se equivocó! (Váase.)

ESCENA IV.

EL DOCTOR y luego el CONDE.

DOCTOR. ¡No hay un hombre más infeliz que yo en el mundo!

CONDE. (Preocupado.) ¡Si yo le encontrára, mi venganza sería horrible! Pero... ¿á quién? ¡Si no sé cómo se llama!... ¡Un sér sin cara y sin nombre! ¡Este es el colmo de la desesperacion!

DOCTOR. ¡Ah! Señor Conde, ¿vos aquí?

CONDE. ¿Qué os extraña?

DOCTOR. No debíais haber abandonado el lecho.

CONDE. ¡Es claro; para llevarse él la gloria del descubrimiento!) No, Doctor, no; me hallo perfectamente, y aunque no fuera así, mi deber me obliga á sacrificarme. Por otra parte, sé que ha corrido la voz de que estoy loco y necesito probar que eso es una calumnia!

DOCTOR. ¡No os exalteis! ¡Qué ojos echa!

CONDE. ¡Estoy cuerdo, aunque no me faltan motivos para perder el juicio!

DOCTOR. Vuestro delirio de esta tarde, dió origen...

CONDE. Aquí teneis la causa de mi arrebató. ¡Leed!

DOCTOR. ¡Un papel firmado por el consejero! «Lo que hay que hacer con el Gran Chambelan.» ¡Caracoles! ¿Qué irán á hacer conmigo?—«S—T—A—C—Y—T.» ¡Aquí parece que dice aceite!

- CONDE. ¡Eso dice!
- DOCTOR. Esto me huele mal... «R—3—S—T.»
- CONDE. ¡No leais más! ¡Escarmentad en cabeza ajena!
- DOCTOR. ¡Esto es horrible!
- CONDE. (¡Ya habla solo!) ¡Doctor!...
- DOCTOR. ¡Dejadme! «R—3.»
- CONDE. ¡Así empecé yo!
- DOCTOR. Pero ¿y la clave?
- CONDE. ¡La clave! Conque ¿quereis saber la clave?
- DOCTOR. ¡Es necesario! ¿La sabeis vos?
- CONDE. ¿Yo? ¡Qué más quisiera!
- DOCTOR. Y entónces, ¿qué hacemos?
- CONDE. Renunciar á saber lo que eso significa.
- DOCTOR. Os advierto que la Duquesa acaba de decirme oficialmente que si esta noche no descubro este misterio, le presente mi dimision. Y con vos hará lo mismo.
- CONDE. ¡De seguro!
- DOCTOR. ¡Ah!
- CONDE. Es preciso, pues, unir todos nuestros esfuerzos.
- DOCTOR. Averiguar quién es ese hombre.
- CONDE. Poner en claro esta babel.
- DOCTOR. ¡Oh!
- CONDE. ¡Ah!

ESCENA V.

DICHOS y MARGARITA con dominó.

MÚSICA.

- MARG. Esperad un momento,
señor Chambelan.
- DOCTOR. No estoy para bromas,
dejadme marchar.
- MARG. Si ois, de seguro
que no os pesará;
yo soy mensajero
de aquel que buscáis.

DOCTOR.

¿De quién?

MARG.

No es preciso

que yo os diga más.

DOCTOR.

Habeis ya picado
mi curiosidad.

CONDE.

¿Qué os dice esa máscara?

MARG.

(Al Conde.) Amigo, aguardad,
que á vos tambien luégo
os tengo que hablar.

MARG.

(Al Doctor.) (Para alejarle
de nuestro lado,
porque es asunto
muy reservado,
dije que tengo
qué hablar con él;
despues veremos
qué le diré.

DOCTOR.

Hablad al punto,
que interesado
con el principio
me habeis dejado.
Sois mensajera
no sé de quién,
y aun no comprendo
qué me quereis.

MARG.

El consejero misterioso
que á vos y al Conde desde ayer
tiene sin calma y sin reposo,
vais esta noche á conocer.

DOCTOR.

¿Cómo! ¿es posible?

MARG.

¡Calma tened!

Deciros esto
me encarga él.)

DOCTOR. (Para sí.) (Quién es ¡Dios mio!

esta mujer,
que la averiguado
lo que no sé!)

MARG. (El esta noche disfrazado
á hablar con vos aquí vendrá;
un capuchon color morado
y cintas blancas llevará,

Id á poneros
un traje igual,
y en cuanto os vea
se acercará.

DOCTOR.

Pero...

MARG.

¡Chiton!

¡Chiton! Chiton!

¡El asunto es muy grave!
muchísima circunspección!

Que no trasluzca el Conde
nuestra conversacion.

¡Chiton! Chiton!

MARG.

—(Oid, señor Conde,
os tengo que hablar.

CONDE.

No estoy para bromas,
dejadme ya en paz.

MARG.

Buscando un pretexto
hablé al chambelan,
y fué ciertamente
de broma no más.

Á vos es distinto;
os hablo formal,
porque es un asunto
de mucha entidad.

CONDE.

Pues bien, hablad pronto.

Podeis empezar.

MARG.

Silencio, silencio,
y atento escuchad!

El consejero misterioso
que os tiene loco desde ayer,
volveros quiere ya el reposo
dándose á vos á conocer.

CONDE.

¡Cielos! qué escucho!

MARG.

¡Calma tened!
Deciros esto
me encarga él.

CONDE. (Para sí.)

(¿Será posible
que esta mujer
sepa del caso
más que yo sé!)

MARG.

Él esta noche disfrazado
á hablar con vos aquí vendrá;
un capuchon color morado
con cintas blancas llevará.

Id á poneros
un traje igual,
y en cuanto os vea
se acercará.

CONDE.

Pero...

MARG.

¡Chiton!

¡Chiton! chiton!

El asunto es muy grave:
prudencia y prevision,
que no se entere el otro
de la conversacion.

¡Chiton! chiton!

¡Adios, amigos míos!
Oidme!

CONDE.

DOCTOR.

LOS DOS.

MARG.

No os marcheis

Quién sois?

¿No lo estais viendo?

Yo soy... ¡una mujer!

CONDE.

(Esto una broma,
no puede ser,
pues el asunto
conoce bien.
¡Es indudable!
la manda él,
á quién al cabo
conoceré.)

DOCTOR. (El consejero,
como pensé,
es de seguro
una mujer...
y aun esta misma
será tal vez.
Pronto la duda
resolveré.)

MARG. (Flojo bromazo
van á correr
cuando ambos crean
que el otro es él.
Pero lo bueno
será despues,
cuando la burla
conozcan bien.)

CONDE y DOCTOR. ¡Oid!

MARG. ¡Chiton!
¡Chiton! Chiton!
(¡El asunto es muy grave!
prudencia y prevision:
que no sospeche el otro
nuestra conversacion.)
¡Chiton!

LOS DOS. ¡Chiton!

TODOS. ¡Chiton! Chiton!

ESCENA VI.

EL DOCTOR, el CONDE y luego la DUQUESA.

HABLADO.

DOCTOR. ¿Qué os decía esa máscara?

CONDE. Nada, bromas. ¿V á vos?

DOCTOR. Lo mismo. (¡Si él supiera!...)

CONDE. (¡Estoy seguro! Le pesqué!)

DOCTOR. ¡Y parecía bonita!

CONDE. Doctor, ¡a vuestra edad os fijais todavía...

LOS DOS. (Para sí.) (¡Dominó morado con cintas blancas!)

DOCTOR. ¡La Duquesa! (Viéndola salir.)

CONDE. ¡Señora, tengo el honor!...

DUQUESA. ¡Cómo! ¿Vos aquí?

CONDE. Me encuentro ya restablecido de mi indisposición.

DUQUESA. ¿Lo creéis vos así, señor Doctor?

DOCTOR. Sí, señora, sí, muy bien! (¡Mejor de lo que yo quisiera!

CONDE. (¡Si estuviésemos solos la indicaría algo!)

DOCTOR. (Si yo pudiera indicarle...)

DUQUESA. ¿Os ha dicho el Doctor la resolución que he tomado?

CONDE. ¡No, señora!

DUQUESA. Que si esta noche no sabe quién es el consejero, me presente su dimisión de chambelán.

DOCTOR. (Á tí te lo digo, chambelán; entiéndelo tú, ministro!)

CONDE. Sin necesidad de eso, creo que el Doctor hará cuanto esté en su mano, como yo...

DUQUESA. No basta prometerlo, es necesario conseguirlo.

CONDE. (Me marcharé á ver si el otro la deja, y vuelvo!) Yo, señora, con vuestro permiso!... Me consta que han corrido rumores alarmantes acerca de mi salud, y quiero desvanecerlos presentándome.

DUQUESA. Id con Dios.

DOCTOR. (Por fin se va.) (Vase.)

ESCENA VII.

EL DOCTOR, la DUQUESA y luego el CONDE.

DOCTOR. ¡Señora, señora!

DUQUESA. ¿Qué hay?

DOCTOR. ¡Grandes nuevas! Esta noche misma sabré quién es ese hombre.

DUQUESA. ¿Estais seguro?

DOCTOR. ¡Segurísimo!

DUQUESA. ¿De qué medios os valeis?

DOCTOR. Permitidme que guarde el secreto hasta que tenga el

gozo de noticiar á Vuestra Alteza el resultado de mis investigaciones. ¡No en balde me ha honrado con el cargo que desempeño! ¡Yo probaré muy en breve que soy digno de él!

DUQUESA. Contad con mi apoyo para todo.

CONDE. (Asomando.) ¡Todavía está aquí!

DOCTOR. No indiqueis nada de esto al Conde; podría frustrarse mi proyecto.

DUQUESA. ¡Descuidad!

CONDE. (Bajando al centro de la escena.) Señora, vuelvo únicamente para preguntar á Vuestra Alteza por el Gran Duque, á quien desearía ofrecer mis respetos.

DUQUESA. Hace un momento estaba en los jardines.

CONDE. ¡Gracias! (Muy vivo y aparte.) ¡Voy á saber quién es el consejero!

DUQUESA. ¿Eh?

CONDE. ¡Que no se entere el Doctor! ¡Estoy á vuestros piés (Voy á buscar el dominó.) (Vase.)

ESCENA VIII.

LA DUQUESA y el DOCTOR.

DUQUESA. ¡Pues señor, el demonio que lo entienda!) ¡Doctor!

DOCTOR. ¡Señora!

DUQUESA. ¿Sabéis si el Conde abriga esperanzas de descubrir lo que tanto nos interesa?

DOCTOR. ¡No le es posible, me consta! Sin mí no lo lograria nadie en este asunto; pero os repito que esteis tranquila, que lo sabré todo esta misma noche.

DUQUESA. Y yo os repito que conteis en ese caso con todo lo que queráis. Y para daros una prueba de mi afecto, os anuncio que el matrimonio de mi ahijada Margarita con vuestro sobrino, se hará apenas me descubrais quién es el consejero.

DOCTOR. Pero ella ¡ha consentido ya?...

DUQUESA. Ella ¡qué tiene que ver?

DOCTOR. Yo creía...

DUQUESA. ¡Lo mando yo, y basta! No hace falta su consentimiento.

DOCTOR. Pero si ella...

DUQUESA. ¡Obedecerá! Aquí viene. Quiero hablarla delante de vos y os convencereis...

ESCENA IX.

DICHOS y MARGARITA.

DUQUESA. ¡Margarita!

MARG. Señora.

DUQUESA. Muchas veces os he hablado del baron de Blomberg y del gusto con que vería vuestro enlace. Quiero saber si estais dispuesta á realizarlo en un breve plazo.

MARG. Señora...

DOCTOR. (¡Uf! qué cara ha puesto!)

DUQUESA. Creo que nada podeis oponer...

MARG. Yo... señora... (¡Dios mio!)

DUQUESA. ¡Parece que vacilais!

MARG. ¡No quisiera disgustar á Vuestra Alteza!...

DUQUESA. ¿Cómo!... Rechazaríais mi proposicion? ¡Vamos, responded!

DOCTOR. (¡Qué desgraciado es mi sobrino!)

DUQUESA. ¿No decis nada?

DOCTOR. Dicen que quien calla, otorga.

DUQUESA. No; ¡quien calla no dice nada!—Vamos, contestad pronto!

MARG. Perdonadme, señora; ¡pero no puedo acceder á los deseos de Vuestra Alteza!

DUQUESA. ¿Por qué?

DOCTOR. Eso es, ¿por qué?

DUQUESA. ¡Callad! (Al Doctor.) ¿Amais á otro acaso?

MARG. Sí, señora, amo á otro; amo... ¡al consejero del Duque!

DUQUESA. ¡Ah!

DOCTOR. ¡Jesús!

DUQUESA. ¿Y quién es ese hombre? ¡Decidlo! Vos lo sabeis y lo ignoro yo! Esto es indigno! Decidme quién es!

MARG. No lo sé.

DUQUESA. ¡Cómo!

MARG. Me ha declarado su amor por cartas, sin descubrirse, y ha logrado conquistar el mío!

DUQUESA. ¡Es posible!

DOCTOR. ¡Su Alteza el Duque!

ESCENA X.

DICHOS y el DUQUE.

DUQUESA. ¡Venid aquí! Esto necesita terminar de una vez. Es preciso que vuestro consejero se presente en la corte, ó que salga inmediatamente del ducado!

DUQUE. ¿Por qué razón, señora?

DUQUESA. ¿Por qué razón!... ¿Pues qué, no veis la agitación de la corte, la perturbación del Estado?... ¿Qué más? Ahí teneis á Margarita...

MARG. Yo os suplico que nada digais...

DUQUESA. ¡Basta de fingimiento! Ahí teneis á Margarita, que rehuye un matrimonio concertado por mí, porque...

MARG. ¡Por Dios, señora!...

DUQUE. Hablad, querida tía, ¿por qué?

DUQUESA. ¡Porque está enamorada de vuestro consejero!

MARG. ¡Ah! (Cubriéndose el rostro con las manos.)

DUQUE. ¡Ah!—¿Será cierto?

DUQUESA. Así pues, es imposible que el escándalo continúe por más tiempo. Elegid: ó presentais vuestro consejero á la corte, ó me destierro del ducado voluntariamente!

DUQUE. ¡Señora!

DUQUESA. ¡Todo es inútil! Estoy decidida á ello. (Esto creo que le ha hecho efecto.)

DOCTOR. ¡Sí, mucho!

DUQUESA. Si así no logro nada, soy capaz... hasta de dar un golpe de Estado!

DOCTOR. ¡De costado me parece que lo vamos á dar!) (Váase.)

ESCENA XI.

EL DUQUE y MARGARITA.

MÚSICA.

DUQUE.

¿Es cierta, Margarita,
la frase que escuché?
Mi corazón se agita
dudando si soñé.

Si amais al consejero,
decidlo por favor,

¡que yo anhelante espero
la prueba de ese amor!

MARG.

¡Me irrita ya y me hiere
su falta de valor!

¡Sin duda este hombre quiere
que le haga yo el amor!)

DUQUE.

¿Amas al consejero?

¿Es cierto lo que oí?

MARG.

Decid, señor, primero,
si es que él me quiere á mí.

No creo que quiera
que me eche á sus piés;
que hacerlo así, fuera
el mundo al revés.

DUQUE.

Es cierto, justo es;
mas duda de su suerte
y quiere hablar despues.
Hablad vos primero.

MARG.

Justo es que habéis vos.

DUQUE.

Pues bien... ¡yo te quiero!

MARG.

¡Ay! Gracias á Dios!

DUQUE.

¡Y yo cobarde
no me atrevía
á descubrirle
el alma mía,

porque temiendo
glacial desden,
lograr dudaba
tan dulce bien!

MARG. Tambien cobarde
el alma mia,
martirizaba
la duda impía.
Mi amor callaba,
que yo tambien
lograr dudaba
tan dulce bien!

DUQUE. Libre ya, mi amor
puedo confesar:
¡cese mi dolor,
cese mi pesar!
¡Ese dulce sí
vuelva yo á escuchar!
¡Sólo para tí
quiero respirar!
Y yo cobarde, etc.

MARG. Tambien cobarde, etc.

HABLADO.

DUQUE. ¡Ahora sí que no dudo conseguir mi independencia! Me
siento capaz de todo!

MARG. ¡Así os quiero ver!

DUQUE. Pero... ¿es de véras? No me engañais?

MARG. ¿Dudais de mí?

DUQUE. ¡Ah! no: ¿cómo es posible? (Cogiéndole una mano y besán-
dosela.)

MARG. ¿Qué haceis, señor!

DUQUE. ¡Señor!... Llamadme Federico... ¡Vuestro Federico! (¡Y
qué monísima está!)

MARG. ¡Soltad, Federico!

DUQUE. ¡Perdonad! Como ántes me tachábais de poco decidido, he querido daros una prueba de...

ESCENA XII.

DICHOS y el **CONDE**, disfrazado, en la puerta.

MARG. ¡Silencio! Ahí está! (En voz baja.)

DUQUE. ¿Quién?

MARG. El Conde ó el Doctor; no lo sé. Venid y os contaré la broma que les he preparado.

CONDE. (¡El Duque! Si me conociera!...)

DUQUE. ¡Apoyaos! Os adoro! (Ántes no me atrevía á decírselo una sola vez, y ahora me parece tan sencillo decírselo mil veces!) (Vánse.)

ESCENA XIII.

EL CONDE y luégo el **DOCTOR**; ambos llevan capuchon morado con cintas blancas.

CONDE. Felizmente, se van... ¡Un primer ministro vestido de máscara! Qué dirían si me vieran! He atravesado los salones buscando al consejero, y no he visto á nadie con este disfraz. Volveré por si acaso. ¡Ah! ya está ahí! ¡Qué disgusto se va á chupar el Doctor cuando sepa que he tenido una conferencia con él!

DOCTOR. (¡Me estaba esperando!)

CONDE. (Yo no debo acercarme.)

DOCTOR. (Yo debo esperar á que él me hable.) (Pausa.)

CONDE. (¡Pues no viene!)

DOCTOR. (¡Pues no me habla!)

CONDE. Lo mejor será afrontar la situacion.)

DOCTOR. (¡Creo que es preferible romper el silencio!) (Se acercan.)

LOS DOS. ¡Caballero!... (Pausa.)

CONDE. (¡No dice más!)

DOCTOR. (¡Se calla!)

CONDE. (Querrá que me dé ántes á conocer.)

DOCTOR. (Deseará que hable yo primero.)

LOS DOS. ¡Caballero!... (Pausa corta.)

DOCTOR. Mi traje os indica que soy la persona á quien buskais.

CONDE. (¡Esta voz no me es desconocida!)

DOCTOR. (¡Yo conozco esa voz!) Pues bien, aquí me teneis á vuestras órdenes.

DONDE. (¡Es muy galante!) Os doy gracias y me ofrezco como un humilde servidor...

DOCTOR. (¡Qué diplomático es este hombre!)

CONDE. ¡Yo comprendí la necesidad de tratarnos desde que supe que el Duque tiene en vos la más completa confianza!

DOCTOR. ¡Me honrais mucho! (¡Y yo que dudaba del Duque!)

CONDE. ¡Como os profesa la mayor estimacion!...

DOCTOR. (Sin duda es el Conde contra quien va el tiro.) Su Alteza me ha demostrado efectivamente su aprecio, y por lo visto, somos vos y yo las únicas personas á quienes honra con él.

CONDE. (¡Y yo dudaba de mi influencia con el Duque!)

DOCTOR. Unidos ambos...

CONDE. ¡Eso digo yo! Unidos los dos...

DOCTOR. (¡Busca una alianza!)

CONDE. (¡Quiere que nos unamos!)

LOS DOS. ¡Creo que nos hemos comprendido!

CONDE. ¡Debo haceros una advertencia importantísima! Una alta persona ha jurado haceros ahorcar.

DOCTOR. Sí, ¿eh? ¡Pues otra ha prometido en mi presencia hacer con vos otro tanto!

CONDE. (¿Quién será este hombre?)

DOCTOR. Yo tengo que haceros revelaciones importantes.

CONDE. Me encuentro en el mismo caso.

DOCTOR. Pero el sitio no me parece oportuno.

CONDE. ¡Al contrario! La mejor manera de no llamar la atención es hablar donde puedan oírnos; así, ni aun repararán en nosotros.

DOCTOR. Verdad es que ahora no creo que podamos temer la presencia de los importunos. Está toda la gente en la fiesta.

CONDE. Por eso voy á descubrirme. El antifaz me sofoca!

- DOCTOR. (¡Oh placer!) Yo voy á hacer lo propio.
- CONDE. (¡Por fin voy á verle!)
- DOCTOR. (¡Al fin sabré quién es!) (Se quitan la careta mirando ántes alrededor, de modo que se encuentran frente á frente al mismo tiempo.)
- DOCTOR. ¡Ah!
- CONDE. ¡Ah!
- DOCTOR. (¡El Conde!)
- CONDE. (¡El Doctor!)
- DOCTOR. (¡Era este el consejero!)
- CONDE. (¡El consejero este hombre!)
- DOCTOR. (¡Y Margarita está enamorada de este avechucho!)
- CONDE. (¡Pues señor, le adularé hasta que pueda hundirle!)
- DOCTOR. (¡Me conviene adularle!)
- CONDE. ¡Creo que al elegir el Duque su consejero, no ha podido estar mas acertado!
- DOCTOR. ¡Seguramente; no podía hallarle mejor!
- CONDE. (¡Al Doctor, por lo visto, se le ha muerto su abuela!)
Decidme: ¿quién es la persona que ha prometido hacerme ahorcar?
- DOCTOR. Por lo visto, vos mismo.
- CONDE. ¡Cómo!
- DOCTOR. ¡Es claro! ¿No habeis dicho delante de mí que haríais ahorcar al consejero del Duque?
- CONDE. (¡Maldita lengua!) ¿Sí?... Pues... no recuerdo... (¿Cómo lo compondré?) Ya comprendereis que si lo dije fué en broma.
- DOCTOR. Ya comprendo que no podía ser. Pero tiene gracia eso dicho por vos! ¡Já, já!
- CONDE. (¡Se ríe!) ¡Sí, tiene muchísima gracia! ¡Já, já, já!
- DOCTOR. (¡No es malo que lo tome á broma!) ¿Y querríais explicarme ahora aquello de las letras?
- CONDE. ¡Cuál?
- DOCTOR. El parte cifrado.
- CONDE. ¿Quereis que yo os le explique?
- DOCTOR. Si no teneis inconveniente....
- CONDE. Pues iba á deciros lo mismo.

- DOCTOR. ¡Cómo!
- CONDE. Sí, que me lo expliqueis.
- DOCTOR. ¡Yo!
- CONDE. Vos, que lo habeis escrito.
- DOCTOR. ¡Si aquello es del consejero!
- CONDE. ¡Pues por eso!
- DOCTOR. ¡Pues por eso es vuestro!
- CONDE. ¿Mio?
- DOCTOR. Pero entendámonos. ¿Sois vos el consejero ó nó?
- CONDE. ¡Un demonio! ¡Qué he de ser yo el consejero!
- DOCTOR. Entónces, ¿por qué me habeis citado?
- CONDE. ¡Quien me ha citado sois vos!
- DOCTOR. ¡Esto es para perder el juicio!
- CONDE. ¿Entónces todo ha sido una burla?
- DOCTOR. ¡Indudablemente!
- CONDE. ¡De álguien que está enterado del asunto!
- DOCTOR. ¡Del mismo consejero sin duda!
- CONDE. ¡Oh! esto clama venganza! ¡Hay que tomar una resolución suprema!
- DOCTOR. ¡Soy de vuestro parecer!
- CONDE. Siempre sucede lo mismo.
- DOCTOR. Lo cual prueba que se nos ocurre lo propio.
- CONDE. Lo cual prueba que no se os ocurre nunca nada.
- DOCTOR. ¡Gracias!
- CONDE. ¡No hay de qué!
- DOCTOR. Oid, señor Conde; con incomodarnos nosotros, no lograremos seguramente hallar á ese hombre.
- CONDE. ¿Y qué podemos hacer?

ESCENA XIV.

DICHOS y el DUQUE, que lleva el mismo traje que el Conde y el Doctor y se aproxima lentamente hasta colocarse detrás de ellos.

- DOCTOR. ¡Tranquiliémonos! Meditemos!
- CONDE. ¡Está bien; meditemos!
- DOCTOR. El consejero está en el baile
- CONDE. ¡De fijo!

- DOCTOR. ¿Quién sabe si nos estará viendo!
- CONDE. ¡Tal vez!
- DUQUE. ¡Señores!...
- CONDE. ¡Ah!
- DOCTOR. (¿No lo dije?)
- DUQUE. Supongo que me esperábais.
- CONDE. ¡Caballero!
- DOCTOR. ¡Ignoramos quién sois!
- DUQUE. Soy el consejero de Su Alteza.
- DOCTOR. (¿Será un nuevo chasco?)
- CONDE. Asegurémonos! ¿Y quién nos prueba que, en efecto, sois el que decís?
- DOCTOR. Descubríos, y entónces...
- DUQUE. No es necesario. Ved este documento. (Da un papel al Conde.)
- CONDE. «Autorizo para resolver todos mis asuntos al portador de ésta, mi consejero privado. *El Gran Duque.*»
- DOCTOR. (¡Todos sus asuntos!)
- CONDE. (¡Todos!)
- DUQUE. ¿Es bastante?
- CONDE. Es demasiado.
- DUQUE. ¿Cómo?
- CONDE. Quiero decir... que... es demasiado... Que no había necesidad de enseñar ese importante documento. (No me conviene ponerme de frente con este hombre.)
- DOCTOR. Cierto!...
- CONDE. Lo que ahora deseo saber es, si deseais conferenciar con el Doctor ó conmigo á solas.
- DUQUE. Con los dos,
- DOCTOR. (¡Chúpate esa! Ya quería alejarme.)
- DUQUE. ¡Oid, señor Conde.—Con vuestro permiso, señor Chambelan.
- DOCTOR. (¡Me ha llamado Chambelan! ¡Es simpático este hombre!)
- DUQUE. Es preciso que indiqueis al Doctor inmediatamente, que haga renuncia de su cargo. No me parece delicado decirselo yo mismo.

CONDE. Haré cuanto gustéis. (¡Pobre Doctor, no hay más remedio que sacrificarle!)

DUQUE. Con vuestro permiso. (Al Conde.) (Voy á prepararle.)
¿Me dispensais el favor de escucharme un momento?
(Al Doctor.)

DOCTOR. (¡Qué fino es este hombre!) ¡Con mucho gusto!

DUQUE. Decid al momento al Conde que presente esta misma noche su dimision.

DOCTOR. (¡Es posible! ¡Querrá que yo le sustituya, cuando me da este encargo!)

DUQUE. Por delicadeza, no se lo digo yo mismo.

DOCTOR. (¡Lo dicho; este hombre es finísimo!) ¡Conde!

CONDE. ¡Doctor! (Los dos se retiran á un lado.)

LOS DOS. Tengo el sentimiento de deciros que...

CONDE. ¿Cómo?

DOCTOR. ¿Eh?

CONDE. ¡Seguid!

DOCTOR. ¡Continuad!

CONDE. (Á un tiempo con el Doctor.) El consejero exige de vos que hagais dimision inmediatamente.

DOCTOR. (Id.) ¡El consejero me ha encargado deciros que hagais en el acto dimision!

LOS DOS. (Volviéndose hácia el Duque.) ¡Caballero!

DUQUE. ¿Qué contestáis?

CONDE. ¡Que esto es una broma indigna!

DOCTOR. ¡Indigna!

DUQUE. No tiene nada de broma. Así pues, contestadme al punto si estais dispuestos á presentar la dimision.

CONDE. ¡Pues ahí es nada! Hacer yo dimision!—Yo no sé hacer esas cosas!

DOCTOR. ¡Ni yo!

DUQUE. En ese caso, me verá precisado á destituiros.

CONDE. ¿Vos? ¿Con qué derecho?

DOCTOR. ¡Eso es! ¿Con qué derecho?

CONDE. ¿Con qué atribuciones?

DOCTOR. ¡Justamente! ¿Con qué atribuciones?

DUQUE. ¡Olvidais, sin duda, que estoy autorizado por Su Alteza

- para todo?
- CONDE. ¡Ah! es cierto! ¡Pero veo que entráis en el poder de un modo muy poco digno!
- DOCTOR. ¡Muy poco!
- CONDE. ¡Y si os ciega la confianza del Duque, contad con que no durará mucho!
- DOCTOR. ¡No durará mucho!
- DUQUE. ¿Por qué?
- CONDE. Su Alteza es un chiquillo variable, que se mueve por la voluntad de cualquiera.
- DOCTOR. ¿De cualquiera!
- CONDE. ¡Ayer le dominaba la Duquesa, hoy vos; mañana acaso sea yo mismo!
- DOCTOR. ¡La cuestion es coger la cuerda!
- DUQUE. (¡Me parece que alguien se va á ahorcar!) ¡De todas maneras, yo os exijo las dimisiones inmediatamente!
- CONDE. ¡No os reconozco para nada!
- DOCTOR. ¡No os reconocemos!—¡La Duquesa se acerca!
- DUQUE. (¡En buena ocasion!)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS; la DUQUESA y MARGARITA.

- CONDE. ¡Señora!
- DUQUESA. ¿Qué hay?
- CONDE. Aquél es el consejero. Exige nuestras dimisiones en nombre de Su Alteza.
- DUQUESA. ¿Cómo? (¡Aún mando yo!) ¿Quién sois? ¡Descubrílos!
- MARG. (¡Valor, que estoy yo aquí!)
- DUQUESA. ¡Descubrílos inmediatamente!
- DUQUE. ¡Pues que así lo quereis, vedme! (Se descubre.)
- DOCTOR. ¡Su Alteza!
- CONDE. ¡El Duque!
- DUQUESA. ¡Federico!
- CONDE y DOCTOR. ¡Señor!...
- DUQUE. Ahora probaré que no soy tan variable como suponeis.
- LOS DOS. ¡Señor!...

DUQUE. ¿Soy un chiquillo sin voluntad propia, eh!...

DUQUESA. ¿Pero qué es esto? ¡Explicámelo!

DUQUE. ¡Esto es que, desde hoy, quiero ser Gran Duque algo más que de nombre!

DUQUESA. ¿Qué decis?

DUQUE. Y que mi primer acto de autoridad es destituir á estos señores.

DUQUESA. ¡Federico!

DUQUE. Perdonad, querida tia; yo escucharé vuestros consejos...

DUQUESA. ¡Ah! ¡¡Vamos!

DUQUE. Y los seguiré... si le parecen oportunos á mi consejero.

DUQUESA. ¿Qué desengaño! (¡Qué ingratitud, querido Chambelan!)

DOCTOR. (¡Ahora que no lo soy, es cuando me lo llama!)

DUQUE. Os anuncio, al mismo tiempo, mi próximo matrimonio.

DUQUESA. ¿Con la princesa Carlota?

DUQUE. No; con Margarita. (Presentándola.)

DUQUESA. ¡Qué horror!

CONDE. ¡Doctor, ahora sí que hemos encontrado la clave!

MUSICA.

DOCTOR y CONDE. (Al público.)

Al llegar á este punto,
sabad, señores,
que el aplauso es la clave
de los autores.

Y en el final
el problema pendiente
resolverán
si resuena un aplauso
para acabar.

FIN.

EL HERMANO BALTASAR

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ ESTREMER

MÚSICA DEL MAESTRO

FERNANDEZ CABALLERO

**Estrenada en el Teatro de Apolo el 8 de Noviembre
de 1884**



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1884

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción .

Los comisionados de la Administración Lirico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley .

AL SR. D. MIGUEL SOLER



Como amigo debo á V. mucho cariño, como actor, muchos aplausos y como Director de escena mucha gratitud, pues su inteligente iniciativa ha tenido no pequeña parte en el éxito de esta zarzuela. Reciban V. y sus compañeros, á quienes tambien quedo muy obligado, este público testimonio del sincero agradecimiento de su afectísimo amigo

José Estemera.

REPARTO

DON JUAN.....	<i>Srta. Nadal.</i>
INÉS.....	» <i>Torres.</i>
ANGUSTIAS.....	<i>Sra. Baeza.</i>
EL HERMANO BALTASAR.....	<i>Sr. Constantí.</i>
CORREGIDOR (1).....	» <i>Soler.</i>
DON BRAULIO.....	» <i>Subirá.</i>
EL ADMINISTRADOR DEL SEMINARIO...	» <i>Gonzalez.</i>
NOTARIO.....	» <i>Zaldívar.</i>
CAPITAN.....	» <i>Navarro (L).</i>
ALGUACIL 1.º.....	» <i>Toscano.</i>
IDEM 2.º.....	» <i>Sainz.</i>
SEMINARISTA 1.º.....	<i>Sra. Sola.</i>
IDEM 2.º.....	<i>Srta. Polín.</i>

Alguaciles, hombres y mujeres del pueblo, madamas
lechuguinos y seminaristas.

La accion en Madrid año 1790.

(1) En las compañías en que no haya dos primeros bajos, debe repartirse este papel al primer baritono.

ACTO PRIMERO

Una plaza. A la izquierda, primer término, una casa vieja que hace esquina y presenta una parte de fachada frente al público, con ventana practicable. En la fachada que dá á la plaza, la puerta de entrada, y sobre ella otra ventana. Junto á la casa, y haciendo ángulo con ella, una capillita.

ESCENA PRIMERA

GENTE DEL PUEBLO

Música

Por su vida de desvelos,
por su mucha santidad,
no hay un hombre comparable
al hermano Baltasar.

Él consuela en las desdichas
y en las penas dá valor,
y yo aquí vengo á adorarle
con cariño y devocion.

UNOS
OTROS
UNOS
OTROS

—
¿Es verdad que es santo?
¡Vaya si es verdad!
¿Y es verdad que cura?
Cuanto hay que curar.
—

Todos

Es un hombre tan grande
y extraordinario,
que saldrá en las columnas
del Calendario.

Por él hablan los mudos
y oyen los sordos
y se quedan delgados
los que están gordos.

Por eso mismo,
no hay que dudar
que es asombrosa
su santidad.

Con la gracia del cielo
que Dios le envía,
lleva por todas partes
paz y alegría.

El dá á las doncellitas
mozos garridos,
y suele dejar viudos
á los maridos.

Por eso mismo,
no hay que dudar
que es asombrosa
su santidad.

(Acercándose á la puerta de la casa.)

Hermanito, hermanito del alma,
ábranos la puerta por amor de Dios,
que aquí todos venimos á verle
para que nos cure con su bendición.

Ábranos por Dios la puerta;
ábrala, por caridad;
mire que se lo pedimos
con mucha necesidad.
Abra ya.

HERMANO (Dentro.) Allá vá.
No alboroten, por Dios santo,
la vecindad.

ESCENA II

DICHOS—HERMANO

CORO Viva, viva el hermanito.
HERMANO Agradezco yo infinito
 el amor que me teneis.
 Mas si armáis estos motines,
 sin que aprecien vuestros fines,
 en la cárcel me vereis.
CORO ¿Él en la cárcel?
 ¡No puede ser!
HERMANO Pues lo que ocurre
 vais á saber.

—
Yo no soy santo, ni mucho ménos:
soy un humilde siervo de Dios;
pero hay algunos que no transigen
con mi envidiable reputacion.

Los reverendos andan celosos
y á la justicia vanse á quejar
porque las órdenes no he recibido
y hábito visto siendo seglar.

Cuatro frailes Franciscos,
cuatro del Cármen,
cuatro de la Victoria
dan en buscarme;
y siendo tantos,
fácil es que me encuentren
al fin y al cabo.

CORO Cuatro frailes Franciscos,
 cuatro del Cármen,

cuatro de la Victoria
son doce frailes;
pero entre tantos,
no hay tan santo ninguno
como este santo.

HERMANO Como en la corte me quieren todos
y á mi defensa suelen salir;
como se dice que ya ha ocurrido
por causa mia más de un motin;
es muy posible que con el celo
de nuestro amado Corregidor,
para evitarse tantos conflictos,
me quite un dia la luz del sol.

TODOS Cuatro frailes Franciscos, etc.

ESCENA III

DICHOS.—ALGUACILES

ALG. (Dentro.) La justicia, caballeros
HERMANO La justicia, ya está aquí.
CORO Pues no hagamos resistencia
y no demos qué decir.

ALG. (Saliendo.) Nuestro señor Corregidor
manda esta plaza despejar.
Hágannos todos el favor
de retirarse sin chistar.

CORO Pues el señor Corregidor
manda esta plaza despejar,
con mucho gusto, sí señor,
nos retiramos sin chistar.

ALG. ¡Esto es un asombro!
Yo no vi jamás

CORO

que se resignaran
á irse sin chistar.
Aunque los echamos
cien veces y cien,
hoy nos obedecen
por primera vez.
Pues así lo manda
nuestra autoridad,
vamos poco á poco,
vamos sin chistar.

HERMANO

Porque el buen hermano
libre siempre esté,
todos velaremos
con amor y fé.
¡Cómo me obedecen
todos sin chistar
por la fé que guardan
á mi santidad!
Todos me protejen
y me quieren bien.
¡En meterme á santo
cómo la acerté!

(Váse el CORO poco á poco seguido por los ALGUACILES. Estos, cuando desaparece la gente, vuelven á bajar al proscenio.)

ESCENA IV

HERMANO.—ALGUACILES

Alg.

Pues el campo libre nos deja la gente
que humilde se fué,
al santo bendito nosotros podremos
consultar también.

—

Oigamos, hermano,—un solo momento.
Somos alguaciles—del corregimiento;

pues cumplir queremos—nuestra obligacion,
aquí nos llegamos—por su proteccion.

HERMANO

Díganme qué cosa
me quieren pedir,
y veré si acaso
les puedo servir.

ALG.

De guardar el órden
tenemos encargo,
y anda siempre todo
muy desordenado.
Si junto á nosotros
hay una paliza,
todos nos volvemos
muy cortos de vista.
Y despues ocurre
¡qué casualidad!
que hallamos los palos
y no á quien los dá.

Hermanito, hermanito,
hacednos el milagro
de que siempre el culpable
se nos venga á las manos;
y vereis como espuma
vuestra fama crecer,
pues de todos los milagros
este es el que dudan
que podais hacer.

Cuando ocurre un robo
volamos al sitio;
pero los ladrones
nunca son habidos.
Si hay conspiraciones

vamos en seguida
á prender á todos...
los que no conspiran.
Si á los criminales
queremos prender,
en vez de correrlos
nos hacen correr.

Hermanito, hermanito, etc.

Haga ese milagro—hágalo por Dios
y un santo de cera—mandaré hacer yo.
Porque el enemigo—guerra no me dé,
lo he de colocar—junto á mi mujer.

Hablado

HERMANO Está bien, hermanitos; puesto que ya estoy advertido, id con Dios, que con su ayuda conseguiré proveer á todo. En el nombre del Padre...
(Les echa la bendicion.—Vánse los alguaciles.)

ESCENA V

HERMANO

Pues, señor; si no llegan á conocerme las marullas y me dejan ejercer esta santa profesion, me armo en poco tiempo. Yo no seré santo, pero es lo cierto que desde que me he metido á este oficio, me ha venido Dios á ver. Dirán que soy un grandísimo bribón... y dirán bien. Cierta amigo asegura que como yo diera con él lección de gramática seis ó siete años y me metiera en estudios mayores, podría tomar órdenes y saber más teología que un boticario; pero, ¿quién me mete en eso cuando sin órdenes ni licencias me rio yo del sub-prior más estirado? Con esta mistica que

profeso, tengo un arcazon lleno de oro, plata y chocolate. ¿Podríairme mejor, aunque hubiera estudiado los nominativos y el libro cuarto, ni aún cuando fuera doctor en sùmulas?

Música

Aunque pese á los del Cármen
y á los frailes Dominicos
y me vea calumniado
por los grandes y los chicos,
con muchísimo fervor
siempre me encomendaré
al bendito San Damian
y al señor Santo Tomé.

(Acompañando la accion del doble sentido de las palabras.)

Y cuando en perspectiva
vea un bolson,
rezaré humildemente
el *venga á nos.*

Tenga yo quietud
y paz y salud
y dineros que gastar,
y ande la gaita por el lugar.

—
Yo con órden, como es justo,
he de ser caritativo:
caridad bien ordenada
siempre empieza por mí mismo.

No inventaron para mí.
hacer vida conventual,
aunque yo, viviendo así,
vengo á ser padre guardian.
(Accion de guardar.)

Si alguno me hace daño
con intencion,

rezaré humildemente
el vénganes. (Como amenaza.)

Tenga yo quietud, etc.

(Sale D. BRAULIO por la derecha y tropieza con el
HERMANO.)

RSCENA VI

HERMANO.—D. BRAULIO (1)

D. BRAU. Perdone V., señora.

HERMANO ¡Eh! Cómo señora!

D. BRAU. Perdone V., pero soy algo corto de vista y además una mujer me costó un ojo de la cara.

HERMANO ¿Gastaba mucho?

D. BRAU. No, señor, es que soy tuerto. Diré á V.: yo amaba á una chica muy guapa, se enteró su padre, tuvimos pendencia y de un puñetazo me saltó este ojo. Por eso digo que me costó un ojo de la cara.

HERMANO ¡Ah!

D. BRAU. ¿Podría V. decirme dónde está por aquí la casa del célebre hermano Baltasar?

HERMANO El hermano soy yo.

D. BRAU. Perdone V. que no le haya conocido por este defecto... Pues yo soy D. Braulio el Perulero. He estado en el Perú muchos años y he perdido la pista de mis antiguos conocimientos de Madrid; y como V. es hombre que entra y sale por todas partes y conoce á todo el mundo, tal vez pueda darme algunas noticias... Le advierto, ante todo, que no perderá su trabajo.

HERMANO Yo nada tomo para mí.

D. BRAU. Entonces...

(1) Este personaje es tuerto del ojo izquierdo.

HERMANO Las limosnas que me dan las buenas almas las reuno para edificar un templo en honor del santo rey Baltasar, mi patron.

D. BRAU. Pues yo le prometo poner la veleta de oro si llega á sacarme de la perplegidad en que me encuentro.

HERMANO Diga el hermano, y con la ayuda de Dios, veremos.

D. BRAU. Ay, ¿veremos? ¿Yo tambien veré?

HERMANO No, veremos lo que puede hacerse.

D. BRAU. Creí. ¡Como dicen que es V. santo y dá vista á los ciegos!..

HERMANO Sí, pero no se dice que se la dé á los tuertos.

D. BRAU. Despues de la del ojo encontré una vizcaina muy guapa, con quien tuve relaciones cinco meses; pero la abandoné porque no nos entendíamos.

HERMANO ¿No se entendían por los génios?

D. BRAU. No nos entendíamos porque yo no sé vascuence. Durante nuestras relaciones tomé un criado de San Sebastian que nos servia de intérprete.

HERMANO ¿Y se entendía con ella?

D. BRAU. No sea V. malicioso. Ya comprende V. que este amor en terceto no habia de hacerme mucha gracia.

HERMANO Pero ¿V. la queria?

D. BRAU. ¡Ay! La queria como á la niña de mi ojo; pero por el inconveniente de la lengua la dejé. En vano dictó cartas al intérprete prometiéndome que aprenderia el castellano. Me fui al Perú, hice dinero, volví á Madrid, me gustó la hija del Corregidor y decidí casarme con ella.

HERMANO Dícenme, sin que esto sea murmurar, de cuyo vicio me guarde Dios, que esa madama es coqueta y un tantico alegre de cascos.

D. BRAU. Tiene ese lado malo; pero al mismo tiempo es hermosa y discreta; y como yo no tengo más que un ojo, no la veo más que el lado bueno.

HERMANO Volvamos á la vizcaina.

D. BRAU. Pues bien, es el caso que cuando ya está decidido mi casamiento, he tenido ciertas noticias vagas de que Marta Loigorrearreburrea, que así se llamaba la vizcaina, vive.

HERMANO Y eso, ¿qué importa?

D. BRAU. Es que tambien me han dicho que tiene un recuerdo mio.

HERMANO ¿Alguna prenda que le dejó al marchar?

D. BRAU. No, una prenda que tuvo unos meses despues de irme.

HERMANO ¡Ah, ya. A pesar del intérprete!

D. BRAU. Ya vé V. que mi situacion varía, porque habiendo prenda de por medio...

HERMANO Tiene mil razones.

D. BRAU. Como V. conoce á mucha gente y entra y sale, he querido valerme de V. para que averigüe si es cierta la noticia.

HERMANO Yo encontraré á esa mujer, aunque no sea más que porque mi santo patron tenga la veleta de oro. ¿Con que lo que V. quiere es encontrar á esa mujer?

D. BRAU. Precisamente... todo lo contrario; porque, si la hallara, podria descomponer mi boda.

HERMANO Entonces lo mejor es no buscarla.

D. BRAU. Lo mejor es que ella no me busque. Por eso quisiera que si V. la hallaba la desorientase.

HERMANO Para eso es menester que V. me oriente dándome algunas señas.

D. BRAU. Es morena, tiene un lunar en la barba y responde al nombre de Marta. Además hay un dato fidedigno.

HERMANO ¿Y es?

D. BRAU. (Sacando un pendiente.) Un dia que vinimos á las manos, me dejó entre las mias este pendiente. Ella debe tener el otro.

- HERMANO Venga. Con esto todo se arreglará. (Se guarda el pendiente.)
- D. BRAU. No crea V., que era muy guapa y además decía con una gracia lo único que aprendió del castellano!
- HERMANO ¿Y qué era? Con eso tendremos otro dato.
- D. BRAU. Me decía: «Sinsorguito de mi vida.»
- HERMANO Bueno, pues quedo en el encargo. Ahora me dispensará el hermano que me retire, pero es la hora de entregarme á mis oraciones.
- D. BRAU. No quiero distraer á V. un solo momento. Ya volveré por aquí á saber noticias. (Al irse por la izquierda tropieza en una esquina.) Usted dispense.
- HERMANO Dios le haga un santo. ¡Perulero, y no has de encontrar á esa mujer! Yo la sacaré de las entrañas de la tierra. (Entra en la casa.)

ESCENA VII

DON JUAN

Música

Al diablo el seminario,
yo de la vida
quiero gozar.
No quiero más breviario,
ni más vigiliás,
ni más rezar.

—
Cómo estudiar para fraile
cuando me muero de amor
por una cara de cielo,
por unos ojos de sol!
Y tan remononos
que son los malditos,
que yo me mareo

su gracia al mirar.
Y cuando me miran
así entornaditos,
siento un cosquilleo
muy particular.
Dios me perdone
por la intencion,
pero me muero
por el amor.

Cuando usaba yo la beca
nunca supe la leccion,
porque me hizo incorregible
la hija del Corregidor.

Cuando las campanas
tocaban á coro,
siempre me ponía
en ella á pensar.
Y entre mí decía:
«ay, cuánto la adoro»
y el Ave-Maria
solía olvidar.
Dios me perdone
por la intencion,
pero he nacido
para el amor.

Alma del alma,
prenda querida,
tú eres mi encanto,
tú eres mi vida.
Solo en tus brazos
quiero vivir,
porque sin ellos
he de morir.

Hablado

¡Inesilla de mi alma, cómo estarás sin mí y condenada á casarte con ese viejo de Perulero, que Dios confunda! Inútil es esperar que acuda á mi cita, cuando la tienen encerrada en su casa con veinte llaves, sin que halle medio de burlar la vigilancia paterna! Pero la chica tiene ingenio y travesura, y tal vez pueda escaparse. ¿No me he escapado yo del seminario, sin temer la cólera de mi tío el Provisor? Bueno se pondrá cuando lo sepa! Pero yo sabré ocultarme, mientras mi tía la oidora me proteja.

ESCENA VIII

D. JUAN.—ANGUSTIAS

(ANGUSTIAS lleva en el brazo un hábito igual al del HERMANO.)

ANGUST. Señor D. Juan, á V. le ando buscando. Gracias á Dios que le encuentro.

DON JUAN ¿Qué hay, respetable Sra. Angustias?

ANGUST. Muchas son las que paso con los amorios de V. y Doña Inesita la hija de mi señor el Corregidor de la villa.

DON JUAN ¿Trae V. alguna buena nueva?

ANGUST. Tan buena y tan nueva, que de seguro me da usted en albricias cien ducados.

DON JUAN ¿Qué es? que muero de impaciencia.

ANGUST. (Alargando la mano.) Yo también.

DON JUAN (Sacando una bolsa.) Explíquese.

(ANGUSTIAS coge la bolsa sin que la haya soltado DON JUAN.)

ANGUST. Pues es que la Inesita, ¡travesura como ella! va á venir á verle á V.

DON JUAN (Levantando los brazos de pronto, con cuyo movimiento hace soltar la bolsa á Angustias.) Cielos! Y ¿cómo puede ser eso?

ANGUST. Nada ménos que delante de las narices de su padre, mi señor. (Vuelve á apoderarse de la bolsa) Diré á V., yo he salido con el pretexto de concluir unas novenas aquí á la Victoria, y la niña me ha dicho que la esperara en aquella esquina. El Corregidor debía mandar hoy regalo á los padres Capuchinos de hábitos para toda la comunidad, y la buena de mi señora, con ayuda de un paje, ha mandado la ropa sin cesto, con ánimo de salir ella de casa en vez de la ropa, á espaldas de un ganapan comprado al efecto.

DON JUAN Oh, gozo! (El mismo juego.) De modo que me ama?

ANGUST. Muchísimo! no hace más que hablar de su don Juan, y está siempre tan triste que hace cinco dias que se está manteniendo con agua de aloja y suplicaciones.

DON JUAN Dios la bendiga! (Mirando hácia adentro.) Ah, un ganapan con un cesto... Es ella... Al fin se escapó. (Váse, guardándose el bolsillo.)

ANGUST. Al fin se escapó. (Vase tras él)

ESCENA IX

DICHOS, INES

Música

Un corto preludio para dar lugar al mutis. Vuelven á salir.

DON JUAN Mi tesoro.

INÉS Mi alegría.

DON JUAN Mi consuelo.

INÉS Vida mia!

LOS DOS Pues al fin te vuelvo á ver,
es inmenso mi placer.

DON JUAN Qué desdicha verte agena!

INÉS
LOS DOS

Cuánta angustia, cuánta pena!
Halle alivio mi dolor
en los brazos de mi amor.

ANGUST.

Pues, señor;
en verdad que estoy haciendo
un papel encantador.

—
Mientras andan en tales
ocupaciones,
yo rezaré aquí aparte
mis oraciones.
(Saca un rosario y reza.)

DON JUAN

—
Sin tí, prenda querida,
no hay gozo, luz ni vida;
tu amor es mi ventura
tan solo pienso en tí.
Amor que el alma siente
es santo, puro, ardiente,
es vaso de dulzura
que guardo para mí.

INÉS

Tus frases cariñosas
que á mi llegan gozosas
en mi alma dulcemente
teniendo asilo van.

Feliz en tal momento,
celeste gozo siento,
feliz el pecho siente
un dulce y tierno afán.

LOS DOS

Si horrible tiranía
pretende el alma mía
del alma que me adora
celoso separar,
amor constante y fuerte
te juro hasta la muerte;
tu amor, que mi alma implora,

jamás podré olvidar.

(El quiere abrazarla y ella se retira.)

INÉS. Vé que estamos en la calle

DON JUAN Déjame, por caridad,
otra vez ceñir tu talle.

ANGUST. (Rezando.) Hágase tu voluntad.

(Ella se deja abrazar.)

INÉS Bien de mi vida!

DON JUAN De mi alma gozo!

INÉS Alma del alma!

DON JUAN Luz de mis ojos!

INÉS Dueño querido!

DON JUAN De mi alma norte!

INÉS Mi bien!

DON JUAN Mi encanto.

ANGUST. *Ora pro nobis.*

DON JUAN Aunque tu padre nunca me quiera,
su vigilancia sabré burlar;
pues que te quiero con mi alma entera,
nadie mis dichas me ha de robar.

INÉS Aunque mi padre nunca te quiera,
su vigilancia sabré burlar;
pues que me quieres con tu alma entera,
nadie tus dichas te ha de robar.

ANGUST. Estos amores me dan dentera
y no lo puedo ya remediar.
Ay! si encontrara yo quien quisiera
con esta pobre matrimoniar!

Hablado

INÉS He salido de casa para que concertemos un medio de que no se verifique ese matrimonio con el Perulero, que mi padre ha dispuesto para esta misma semana.

DON JUAN El mejor es que te vengas á casa de mi tia hasta que se concierte lo que ha de hacerse.

- INÉS No; eso sería dar escándalo y hay que evitarlo á toda costa.
- ANGUST. Si Vds. quisieran oirme...
- INÉS Habla.
- ANGUST. Yo creo que lo mejor sería consultarlo con ese hermano Baltasar, que goza tanta fama de milagroso y que precisamente vive aquí.
- DON JUAN No dice mal.
- INES Creerás tú en esas patrañas!
- DON JUAN No; pero como tu padre es muy dado á cosas santas, pudiera creerle.
- INÉS Ha de llegar mi padre hasta creer en esos milagros!
- DON JUAN No le hago esa injuria; pero figúrate que éste se diera buena maña para aconsejarle y que él atendiera á súplicas que venían de hombre que vive poco menos que en olor de santidad.
- INÉS Tienes razon.
- DON JUAN Llamemósele
- ANGUST. No es preciso, que él sale.

ESCENA X.

DICHOS, el HERMANO.

- ANGUST. Hermanito.
- HERMANO Dios les guarde.
- ANGUST. Si no le molestamos, estos jóvenes quisieran consultar con su reverencia...
- HERMANO (¿Jóvenes? Amoríos tenemos.) Quisieran consultar conmigo algo de sus amores?
- ANGUST. Veis? Ya lo ha adivinado. Si nada puede ocultársele á este sante varon.
- HERMANO Estos mozos querran casarse?
- ANGUST. Sí, señor; pero se opone...
- HERMANO Su padre, de seguro.

ANGUST. Justamente. Qué prodigio! Esta niña es hija del Señor Corregidor.

HERMANO El cual quiere casarla con un D. Braulio, Peruero, hombre de edad y que tiene un ojo sí y otro nó.

ANGUST. Me hago cruces! Cuando yo digo que este santo es el demonio!

HERMANO No nombre esas cosas, hermanita. (Santiguándose todos.)

ANGUST. Podría vuestra reverencia conseguir?..

HERMANO Apee el tratamiento, hermanita, y sepa que me dedico al servicio de Dios sin haber recibido las órdenes... Pues algo podríamos hacer.

DON JUAN Ah, si así fuese, yo le daría á V...

HERMANO Una limosnita para la iglesia del Santo Rey Baltasar, mi patron.

ANGUST. (A Don Juan é Inés.) Hablen Vds. sin cuidado; yo arreglaré el asunto con el hermanito. (Don Juan é Inés se retiran hácia el fondo y hablan aparte sumamente cariñosos.) Ante tado, hermanito, consienta usted que le haga un pobre obsequio.

HERMANO Cuente V. con mi permiso.

ANGUST. Mi amo, el señor Corregidor, en cumplimiento de cierta promesa, ha regalado á la comunidad de los Capuchinos, hábitos que nosotras hemos hecho.

HERMANO Ya.

ANGUST. Y yo, con la tela sobrante, he sacado este para V. (Dándole el hábito.)

HERMANO Bien venido sea.

ANGUST. Ahora bien, hermanito, á mí me falta algo.

HERMANO Qué?

ANGUST. Eso.

(Señalando á los muchachos sin volverse hácia ellos. En este momento D. Juan abraza á Inés.)

HERMANO (Viéndolos.) Eso?

ANGUST. (Vo. viéndose.) No, no tanto. Quiero decir que necesito...

sito un novio; un hombre que me saque de penas. Como V. hace milagros!...

HERMANO Yo... (Con humildad.)

ANGUST. Usted pensará que he sido jóven.

HERMANO Lo supongo.

ANGUST. Y no fea.

HERMANO Lo creo.

ANGUST. Pues aquí me tiene V. *sicut erat in principio*.

HERMANO *Per omnia secula...*

ANGUST. No diga V. tal cosa! Este desvio de los hombres, por un lado, y por otro mi falta de recursos, me han reducido á esta condicion, de la cual me voy cansando ya.

HERMANO Lo creo.

ANGUST. Por eso he acudido á V...

HERMANO Yo haré lo que pueda.

ANGUST. Si V. colma mis deseos, yo no tengo nada, pero todo lo que tengo será poco para pagar...

INÉS Dios mío! (Asustada.)

LOS TRES Qué?

INÉS Mi padre.

ANGUST. Virgen de las Angustias, San Antonio bendito! Buena la hemos hecho!

INÉS Si nos ve... No podemos escapar.

HERMANO Vengan, entren en mi casa, que yo les salvaré. No, en mi casa no pueden entrar mujeres. Ustedes aquí.

(Entranse todos. D. Juan y Hermano en casa de éste. Inés y Angustias en la capilla.)

ESCENA XI

CORREGIDOR, ALGUACILES. Dos hombres con una litera.

CORREG. Alguaciles de mi corregimiento, estoy altamente descontento de vuestros servicios. Os prohibí que hubiera nuevos escándalos con este que han

dado en Madrid en llamar santo, y hoy ha habido otro.

(Aparecen en la ventana lateral el Hermano y D. Juan.)

HERMANO Vienen contra mí. (Aparte con D. Juan.)

CORREG. Para que esto no se repita, he decidido hacer entrar al Hermano en un convento.

HERMANO Caracoles!

CORREG. Y tenerle en él recluido hasta consultar con las autoridades eclesiásticas.

HERMANO (Bien me quieren ellas!) Ya no podré servirlos.

DON JUAN Cómo escapar!

HERMANO Ah, qué idea! (Habla bajo con D. Juan.)

CORREG. Acercad esa litera á la puerta, haced que entre en ella y conducidle á la Victoria, con el debido respecto.

HERMANO No me conoce!

DON JUAN Magnífica! Pongámosla en práctica. (Desaparecen de la ventana.)

ALGUACIL (Llamando á la puerta.) Hermanito.

HERMANO (Dentro.) Va enseguida.

ALGUACIL Abra V.

HERMANO Qué ocurre?

ALGUACIL Abra al Señor Corregidor.

HERMANO Qué me quiere S. E.?

ALGUACIL Manda que entre V. en esa litera.

HERMANO Mi deber es la obediencia. Voy enseguida. (Sale D. Juan con el hábito que sacó Angustias, y entra en la litera. El Hermano dice dentro:) Cúmplase la voluntad del Señor... Corregidor.

CORREG. A la Victoria. (Vánse los de la litera y alguaciles, menos dos.) Vosotros quedaos guardando esa puerta y cuidad de que nadie entre ni salga en la casa. Ahora, si es santo, que haga el milagro de escapárseme de entre las manos.

ESCENA XII

CORREGIDOR.—CORO.

Algunos del coro llevan trabucos y fusiles, otros puñales, navajas, etc.

UNOS (Saliendo por un lado.) Dicen que al santo
 quieren prender,
 y eso en mis dias
 no puede ser.

OTROS (Saliendo por el lado porque se llevaron á D. Juan.)
 Al pobre santo
 se llevan ya,
 que lo ha dispuesto
 la autoridad.

TODOS Pues no será;
 ó aquí la sangre correrá.

CORREG. Si esta canalla
 viene hácia acá,
 de fijo un susto
 me quiere dar.

TODOS Ved al ilustre Corregidor.
 Quiere escurrirse el buen señor.
 Al pobre santo, pronto nos da,
 ó no le vale su autoridad.

CORREG. Oh, Dios piadoso! Dios de bondad!
 por mi pellejo, quién velará?

CORO. Señor Corregidor,
 al punto y sin tardar
 Usía ha de poner
 al santo en libertad.
 Señor Corregidor,
 si al santo no nos dá,
 si no le suelta á él
 la vida soltará
 Temed la furia del pueblo airado,
 soltad al preso sin dilacion

ó habrá castigo tan señalado,
que espanto sea de la nacion.

CORREG.

(Si gusto al cabo
les llevo á dar,
lucida queda
mi autoridad!)

—
No os puedo complacer
y tengo harto dolor;
prenderle es menester
por orden superior.

CORO

Muera el golilla;
fuera navajas,
bravos chisperos
del Avapiés,
guapos manolos,
majos y majas,
en el infierno
demos con él.

(Vánse acobardados los alguaciles.)

Pincha, pincha; raja, raja,
no des paz á la navaja;
para gozo de la villa
muera, muera ya el golilla.
Daca, daca pronto, viejo,
para criba tu pellejo,
pague, pague su rigor
el Señor Corregidor.

CORREG.

(Le acorralan junto á la puerta del Hermano.)

(Si es verdad que eres santo,
hermano Baltasar,
librándome del riesgo
lo puedes probar.)
Por piedad. .

CORO

Muera ya.

(Aparece el Hermano en la ventana y les hace señas de que se vayan en silencio. El coro se detiene y guarda las armas.)

CORREG.

Ah!

CORO.

Ah!

CORREG.

Su furia se contiene!
Qué gran milagro!
Si será al cabo cierto
que el santo es santo!
Qué atrocidad!
ya me va preocupando
su santidad.

CORO

El santo ya está libre,
qué gran milagro!
Habrá alguno que dude
que es santo el santo?
Qué atrocidad!
Es á fé prodigiosa
su santidad.

(Retirándose poco á poco, burlándose del Corregidor.)

Dejemos al señor

Corregidor.

El santo preso está

ja, ja, ja, ja!

Es grande su valor

y su rigor.

Ya el santo cobrará

su libertad.

Ja, ja, ja, ja!

ESCENA XIII

CORREGIDOR.

Esto es prodigioso, es inaudito! Y yo que no quería comulgar con ruedas de molino, casi, casi voy creyendo en los milagros de ese... No le in-

sultemos, por si acaso. Y tengo yo recluido á un hombre así... Pero no importa. (Preocupado.) Si él fuera santo caería sobre mí toda clase de calamidades.

ESCENA XIV

CORREGIDOR, UN ALGUACIL

ALGUACIL Señor! (Muy alarmado.)

CORREG. Qué ocurre?

ALGUACIL Perdona Usía.

CORREG. Habla.

ALGUACIL No se asuste Usía.

CORREG. (Asustadísimo.) Que no me asuste! Algo grave pasa.

ALGUACIL Muy grave, pero no se alarme Usía.

CORREG. Dile á Usía con mil santos lo que ocurre.

ALGUACIL Que mi señora doña Inés, la hija de Usía...

CORREG. Pobre hija mía! Yo bien decía que algo sucedería!... Qué?

ALGUACIL Ha desaparecido.

CORREG. Jesús mil veces! Pero si yo la dejé encerrada en mi casa! Habrán forzado las puertas?

ALGUACIL Ninguna.

CORREG. Estas son las calamidades que echaba yo de menos. Corro al punto en busca del Hermano Baltasar, á ver si él me da noticias.

ALGUACIL No se incomode Usía. El Hermano vendrá aquí.

CORREG. Cómo!

ALGUACIL Mi compañero ha ido á buscarle para conjurar el peligro en que estaba Usía hace un momento.

CORREG. Ah!

ALGUACIL Y he mandado á otro á buscar la guardia. Aquí está el Hermano.

(Sale D. Juan con hábito, conducido por un Alguacil.)

ESCENA XV

DICHOS, DON JUAN, ALGUACIL

DON JUAN (Bueno va á estar el lance! Si el pueblo me reconoce y se descubre el enredo! .)

CORREG. Hermano Baltasar.

DON JUAN Qué tiene V. que mandarme?

CORREG. (Bueno es alejar á estos; no sean testigos de mi debilidad.) Dejados solos. (Vánse los Alguaciles.) Yo no sé si es V. santo. (Y es mozo el hermanito.)

DON JUAN (Que ocurrirá.)

CORREG. Pero es lo cierto que aquí ocurren cosas muy extrañas, de las que no me doy cuenta clara.

DON JUAN (Pues á buena parte vienes.)

CORREG. Mi hija ha desaparecido de mi casa apesar de que yo la tenía encerrada para que no viese á cierto chichisveo, un barbilindo... en fin, un solemne majadero.

DON JUAN (Gracias!) No tanto como V. imagina.

CORREG. Que trataba de pegármela.

DON JUAN Y que se la pega á V. en este momento.

CORREG. Cómo?

DON JUAN Lo sé todo, señor Corregidor.

CORREG. Todo? Sabe V. tambien dónde está mi hija?

DON JUAN Sé que acudiría ahora mismo á mi voz si la llamase.

CORREG. Véala yo y daré á V. la libertad y cnanto me pidiere.

DON JUAN Observe V.

(Dirigiéndose hácia la puerta de la capilla)

Música

Si la justicia humana (En tono solemne)
depone su rigor,

hasta nosotros vuelva
la gracia del Señor.
Pues el padre arrepentido
de su culpa se ve ya,
á los brazos de su padre
la doncella volverá.
Inés, Inés, Inés.

ESCENA XVI

CORREGIDOR, DON JUAN, INÉS, ANGUSTIAS

INÉS { Pasó el peligro yá. (Salen de la capilla, y al ver al
ANGUST. { Corregidor, se quedan asombradas.)

INÉS

ANGUST.

CORREG.

Ah!

CORREG. Yo no me explico tal maravilla;
no será cierta su santidad,
más por lo ménos es indudable
que tiene pacto con Satanás.

DON JUAN Como se explique tal maravilla
y se descubra mi santidad,
que no me metan á mí en lo oscuro
será una rara casualidad.

INÉS { Ver en ^{su} padre me maravilla
{ inexplicable tranquilidad.

ANGUST. { No le sorprende la escapatoria.
{ Es una rara casualidad.

CORREG. (A Inés) Besa la mano
de este señor,
que nos dispensa
su proteccion.
NÉS Es la obediencia
mi obligacion;

la mano beso
con gran fervor.
Se ha vuelto loco
este señor,
ó yo no encuentro
la explicacion.

ANGUST.

CORREG. (A Don Juan) No temais persecuciones
de la envidia y el poder.
Si quereis honrar mi casa,
á mi casa os llevaré.

INÉS

DON JUAN { A su casa! (Sorprendidos.)

ANGUST.

CORREG. Sí, á mi casa.

LOS TRES ¡Es posible! (Salen los guardias con un Capitan al frente.

CORREG. Pues, ¿qué pasa?

(Yo no pierdo la ocasion,
pues mi suerte es tan escasa,
de obtener su proteccion.)

A mi casa.

(Hace seña al Capitan de que le siga con sus soldados).

LOS TRES

A su casa. (Decididos.)

CORREG.

A mi casa vamos ya.

La guardia española,
por si algo nos pasa,
escolta nos dará.

(Vánse escoltados por la guardia. Don Juan lleva á Inés
de la mano. Apenas desaparecen, sale el Coro dividido
en grupos por diferentes lados y el Hermano de su casa.)

ESCENA XVII

HERMANO.—CORO

HERMANO {
Y CORO { (Saliedo poco á poco.)

Ya se vá!—Bueno está.

¡Qué engañado el hombre vá!

Já, já, já—já, já, já.

¡Qué tranquilo quedará!

CORO

¡Viva el hermano Baltasar!

—
(Levantán en hombros al Hermano.—Vitores y aclamaciones.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Sala en casa del Corregidor. Al fondo dos grandes balcones con balaustrada corrida, por los cuales se verá la calle. Puertas laterales. Entre las dos de la izquierda un armario con celosías en la parte superior de las hojas.

ESCENA PRIMERA

CRIADAS

Música

Este santo que el amo ha traido
y que en casa se entró de rondon,
es muy jóven y bien parecido,
mas no creo que es santo varon.
Tiene cara de burla y de chanza,
tiene un modo gachon de mirar.
No parece de gran confianza;
muy alerta debemos estar.

Mirarnos le gusta
y hacerse de miel,
y poco se asusta
si estamos con él.

—
Aquí viene el hermanito,
mirad, mirad.
Vamos á poner á prueba
su santidad.

ESCENA II

DON JUAN, con hábito, CRIADAS

CORO Hermanito.
DON JUAN Qué se ofrece?
 (Son constante tentacion
 las criadas de la casa
 del señor Corregidor.)
CORO Aquí quieren muy contritas
 imploraros proteccion,
 las criadas de la casa
 del señor Corregidor.
 Somos pecadoras.
DON JUAN Bien lo creo yo.
CORO Y alcanzar queremos
 vuestra absolucion.

—
UNAS Yo me acuso, hermanito,
 —y es lo de menos—
 de querer á los rubios
 y á los morenos.
 Y diré, sin ambajes
 y sin rebozos,
 que me gustan los viejos
 cuando no hay mozos;
 pero confieso
 que me gustan los mozos
 mas que los viejos.

—
DON JUAN En todo eso
 no hay ningun mal,
 que manda amar al prójimo
 la caridad.

OTRAS

Todos quieren amores,
que es dulce cosa,
y yo tengo la falta
de ser golosa.
Yo no puedo evitarlo,
pero me muero
por un sastre, un usía
y un carpintero,
y aun hago caso
á un doctor, á un corchete
y á un boticario.

DON JUAN

En todo eso
no hay ningun mal,
que manda amar al prójimo
la caridad.

Ay, estas cosas
pecaminosas
á uno le quitan
la santidad.
No seais esquivar,
niñas hermosas;
caritativas,
venid acá.

CORO

(Queriendo abrazarlas.)
(Retirándose.) Quiá, quiá!
qué los hermanitos.
no son de fiar.

DON JUAN
CORO

Me enamoré de un fraile
por el silencio,
y al instante lo supo
todo el convento.
Venid acá,
Quiá, quiá!

que los hermanitos
no son de fiar.

DON JUAN No huyais de mí, niñas mías,
que podreis participar,
pues que dicen que soy santo,
algo de mi santidad.

CORO Quíá!
Yo me arrimé á un hermanito
por téner algo de Dios,
á él se le llevó el diablo
y á mí poco me faltó.

DON JUAN Venid todas á mi lado
que yo no he de hateros mal:
por lo manso y lo bendito
soy un cordero pascual.

CORO Quíá!
Será usted un *agnus Dei*
por su mucha mansedumbre,
pero yo soy, por si acaso,
qui tollis peccata mundi.

DON JUAN (Si á menudo me he de ver
entre tanto serafín,
los milagros que yo haga
que me los claven aquí.)

CORO (Este es santo como yo;
bien me dió el olor á mí;
los milagros que tu hagas
que me los claven aquí.)

Hablado

CORO ¡Ay! el amo. (Con fingida compuncion.) Dios guarde
al hermanito.

DON JUAN El os haga unas santas... que buena falta os
hace.

ESCENA III

DICHOS.—CORREGIDOR

CORREG. ¿Qué haceis aquí, mnchachas? ¡Cierto que es día de descanso! Dentro de poco vendrán los convidados á ver la procesion y nada hay preparado todavía. A ver, á poner las colgaduras en los balcones. Toda la calle está colgada ya y en esta casa nadie se acuerda de eso. ¡Qué se dirá de mí! Vosotras, á prevenir el agasajo; que no se pegue el chocolate y que la limonada esté fresca.

(Vánsè las criadas; algunas de ellas ponen colgaduras en los balcones.)

ESCENA IV

DON JUAN.—CORREGIDOR

CORREG. Yo quisiera saber, hermano, qué poder sobrenatural es el que V. tiene, que se nos ha entrado la ventura en esta casa desde que está V. en ella.

DON JUAN Usted me humilla con sus bondades.

CORREG. En primer lugar, mi niña, que por momentos se me moria de tristeza, desde que está V. aquí está rebotando alegría.

DON JUAN Suelo distraer sus melancolias con cuentecitos inocentes y ejemplos sacados de mis libros de devocion.

CORREG. Antes no hacía más que pensar en su Don Juan.

DON JUAN Dios la bendiga.

CORREG. ¿Qué dice V.?

DON JUAN ¡Uf! Digo que Dios la bendiga. ¿Acaso no quiere V. que la bendiga Dios?

CORREG. Tiene V. mil razones. Pues ya no se acuerda del Don Juanito para nada.

DON JUAN ¡Para nada!

CORREG. Ahora poco le decia yo:—Parece que ya no evocamos la memoria de ese mequetrefe.

DON JUAN Favor que V. le dispensa.

CORREG. Y me respondió:—Ya no necesito pensar en él.

DON JUAN ¡Es claro, teniéndole en casa!..)

CORREG. Si viera V. con qué conviccion y con qué candor lo decia!

DON JUAN Lo creo.

CORREG. Y añadió:—El hermano Baltasar me ha hecho olvidar á Don Juan. No sé qué encanto tiene para mí ese santo varon, que me estaría oyéndole toda mi vida.

DON JUAN ¡Pobre inocente!

CORREG. Así es que yo le suplico que siga V. con ella como hasta aquí.

DON JUAN Como V. quiera.

CORREG. Pero que no vaya V. muy lejos.

DON JUAN ¡Eh?..

CORREG. Quiero decir que temo que se aficione demasiado á la vida de penitencia, porque hace poco me ha dicho que ántes que casarse con el novio que le destino, entraria en un convento. Yo,—no es esto que no respete y aplauda la vida conventual, ciertamente—pero no quisiera que los consejos de V. la encaminaran á ese extremo.

DON JUAN Yo le aseguro á V. que mis consejos no han de encaminarla á que se haga monja.

ESCENA V

DICHOS.—DON BRAULIO

D. BRAU. (Sale por la primera puerta de la derecha andando de puntillas.) (Si yo pudiera hallar sola á la niña.)

(Tropieza con el Corregidor.) ¡Demonio! ¡Que siempre han de dejar los muebles por en medio!

CORREG. Cuidado, Sr. D. Braulio.

D. BRAU. (¡Mi suegro! ¡Y le llamo mueble!) Dispénsese usted, pero ya sabe que estos ojos...

CORREG. Ahora se le presenta á V. una buena ocasion para curarse.

D. BRAU. ¿Cuál?

CORREG. Tenemos en casa al célebre Hermano Baltasar.

D. BRAU. ¿Aquí? (Alarmado.)

CORREG. Aquí.

D. BRAU. ¿En esta casa?

CORREG. En esta casa.

DON JUAN (Este me descubre.)

D. BRAU. (¡Si cuenta lo de la vizcaina!.. Desacreditémosle.)
¿Y V. se fia del Hermano Baltasar?

CORREG. ¿Por qué no?

D. BRAU. Porque es un farsante.

CORREG. (Aparte.) Chist, que está aquí.

D. BRAU. (¡Pum! ¡Te luces, Braulio!)

CORREG. (A Don Juan.) Dispénsele V.

DON JUAN (Bajo.) No importa.

D. BRAU. No creo que tenga nada de particular que le llame farsante.

CORREG. (Bajo, como reprendiéndole.) ¡Hombre!

D. BRAU. Si eso de farsante lo digo yo de las personas á quienes aprecio. Digo «es un farsante» como si dijera «es un picaron.» Es una frase muy usada en el Perú.

CORREG. Ah.

D. BRAU. Por lo demás, yo acato y reverencio al hermanito, y en prueba de ello... (Pasa al centro y va á besar la mano á Don Juan, que está á su izquierda, y le dice aparte,) No diga V. nada de la vizcaina.

DON JUAN (¡De la vizcaina! Ah, pilló! algún enredo...) (Aparte al Corregidor.) Y este es el novio que vá usted á dar á la niña?

CORREG. Ese defecto de la vista se le quita en cuanto se case. (Don Braulio ha ido á dejar el sombrero sobre una silla.)

DON JUAN ¿Sí?

CORREG. Ya verá V. como entonces abre el ojo.

D. BRAU. (¡Si el hermanito me descubre!.. Bueno será darle algun anticipo para que calle.) (Vá al sitio donde antes estaba Don Juan y que ahora ocupa el Corregidor, y cuidándose más de que no le vean el juego que de mirarle, le dá á este una bolsa, creyéndole el Hermano.) Tome V.. para la veleta.

CORREG. ¡Qué me dá V. aquí!

D. BRAU. (¡Horror! ¡le equivoqué!)

CORREG. ¿Ni qué veleta es esa?

D. BRAU. He querido decir, para la niña.

CORREG. ¡Eh!

D. BRAU. Yo á las niñas las llamo las veletas.

CORREG. ¡Sí!

D. BRAU. Costumbre del Perú.

CORREG. Pero, de todos modos, ¿vá V. á darme dinero para la niña?

D. BRAU. (¡Es verdad!) ¡Pche! Costumbre del Perú. Pero si aquí no se usa, dispense V., me la guardo.

CORREG. (¡Ay, si no fuera por tu dinero!) Con permiso, voy á echar un ojo á esos criados, que todo lo descuidan. (Váse segunda izquierda.)

ESCENA VI

DON JUAN.—DON BRAULIO

(Don Braulio sigue al Corregidor hasta la puerta para cerciorarse de que se vá.)

DON JUAN (Este hombre tiene alguna trapisonda que tal vez nos fuera favorable.)

D. BRAU. (Ya se ha ido.)

DON JUAN (¡Si pudiera hacerle hablar! Pero ya que su vista no le ha permitido reconocerme, si hablo...)

ESCENA VII

DICHOS.—INÉS

Música

INÉS (Saliendo por la primera puerta de la izquierda sin ver á Don Braulio.) Mi bien, mi solo dueño.

D. BRAU. (¡Lo dice eso por mí!)

DON JUAN (Aparte á ella.) Silencio, por Dios santo, que está Don Braulio aquí.

D. BRAU. (Idem.) Prudencia, madamita, que está el hermano aquí.

INÉS (Bueno ha estado el chasco! cree que es por él; pues así ha venido, lo aprovecharé.)

El amor que mi alma siente
es constante y es ardiente;
á la faz del mundo entero
yo lo quiero confesar.
Como es puro y es sincero
nada tengo que ocultar.

D. BRAU. (Tomándolo por sí. á Don Juan como disculpándola.)
Perdonad;
estos son efectos
de la poca edad.

INÉS {
D. JUAN { (¡Já, já, já!
Cómo se lo cree,
qué gozo le dá!

D. BRAU. (Aparte á ella.) Más prudencia, que en secreto estas cosas son mejores;
á tan cándidos amores
yo sabré corresponder.

Mas habiendo espectadores,
¿qué he de hacer?

INÉS Al amor que en mi alma siento
 estallar en tal momento
 no hay prudencia que lo venza,
 no lo puedo remediar.
 Como nada me avergüenza
 nada tengo que ocultar.

D. BRAU. (Como ántes.) Perdonad.
 Es muy disculpable
 su sinceridad.

D. JUAN }
INÉS } Já, já, já.
 Es muy disculpable
 mi su sinceridad.

D. BRAU. (Ay, ¡cómo me quiere,
 pobrecita mía!
 Ay, ¡qué remonona!
 ¡me la comería!
 Hoy se ha declarado
 su pasión por mí;
 de hoy en adelante
 voy á ser feliz.)

INÉS (Ay, ¡cómo le gusta,
 cómo se extasia!
 Es incomparable
 su majadería.
 El todo en sustancia
 lo ha de convertir.

 ¡Qué buen desengaño
 vá á llevarse al fin.)
DON JUAN (Ay, ¡qué travesura!
 muero de alegría.
 ¡Ay, Inés del alma,

te me comería!
Si tu linda mano
llego á conseguir,
no habrá en todo el mundo
hombre tan feliz)
D. BRAU. ¿Juras que siempre
me has de querer?
INÉS Por estas cruces
lo juraré.
(Coge las manos de Don Juan, las cruza y vá besan-
do todos los nudillos. Cada beso equivale á una
sílabas puesta ántes de cada verso.)
Al hacer juramento
siento inmenso placer.
Que jamás me arrepiento
lo podreis al fin ver.
(Ay, qué feliz juramento!
D. BRAU. ay, qué inefable placer!
D. JUAN ay, cuán dichoso me siento!
ay, qué feliz he á ser!
LOS TRES Tal ventura en amor
nunca pude esperar;
esto sí que es querer,
esto sí que es amar!

ESCENA VIII

DICHOS.—CORREGIDOR (por la segunda izquierda.)

CORREG. Anda, niña, que has de sacar el chocolate.
INÉS Voy, señor. (Vase.)
D. BRAU. Ay, amigo mio,
CORREG. ¿Qué hay?
D. BRAU. Grandes novedades. La chica ya me quiere.
CORREG. ¿Sí? (Alegre.) Parece mentira.
D. BRAU. Cómo que parece mentira!
CORREG. Digo que parece mentira cómo cambian estas

niñas. Yo creí que nunca podría reducirla á la obediencia en este punto. Esto es un milagro!

D. BRAUL. Milagro?

CORREG. Como que todo es obra del Hermano Baltasar, y á él debe V. agradecérselo.

DON JUAN (Ya lo creo!)

D. BRAUL. Ah, con que V. es el que... (Dirigiéndose á D. Juan, sin verle.)

CORREG. Sí, él es el que...

D. BRAUL. (Idem.) Pues ya que la lleva V. por tan buena senda, siga V. adelante.

CORREG. Yo tambien se lo suplico, y seguro estoy de que seguirá. Es mucho hombre este! Desde que está en mi casa, está la felicidad en ella. No obstante, por el bien de mi hija, si cuando Vds. se casen quisiera V. llevársele...

D. BRAUL. Todo pudiera suceder.

CORREG. Vaya, venga V. al estrado que hay algunas gentes que quieren conocerle. Y V. (A D. Juan.) no me deje á la chica de la mano.

DON JUAN (Ay, en cuanto pueda pescársela...!)

D. BRAUL. (Creo que este hombre me puede servir de mucho.) (Vánse segunda derecha.)

ESCENA IX

DON JUAN, luego INÉS.

DON JUAN Este enredo no va á poder sostenerse. Los padres del Seminario habrán escrito á mi tío mi escapatoria y andarán buscándome.

INÉS D. Juan de mi vida! (Alarmada.)

DON JUAN Qué pasa?

INÉS Que he averiguado que el sarao que da hoy aquí mi padre, con pretexto de que vean la procesion...

DON JUAN Qué?

INÉS Tiene por objeto firmar el contrato de matrimonio con D. Braulio.

DON JUAN Diablo!

INÉS Dentro de poco vendrá el notario...

DON JUAN Hay que evitar eso á toda costa.

INÉS Cómo?

DON JUAN No lo sé. Tal vez el Hermano Baltasar, que nos ayuda, haya encontrado algun medio. Lo principal es que tú me quieras.

INÉS. Puedes dudarlo!

DON JUAN Monísima. Me quieres?

INÉS Muchísimo. (D. Juan quiere besarla.) Deja, que estoy violentísima. (El la besa.)

ESCENA X

DICHOS, HERMANO

HERMANO (Entrando por la primera derecha, y como saludando.) Ave María purísima. (Santiguándose al verlos abrazados.) Ave María purísima! Siento incomodar. (Quiere irse.)

DON JUAN Qué hay de nuevo? (Deteniéndole.)

HERMANO Grandes cosas. Yo trato de servirle á V. y para evitar la boda de Inesita, he hecho correr la voz entre los asistentes al sarao de esta tarde de que D. Braulio está arruinado.

DON JUAN Magnífica idea. Es el mejor medio de hacer desistir al Corregidor. Pero tal vez no haya tiempo.

HERMANO Porqué?

DON JUAN Porque los esponsales se firman esta tarde.

HERMANO Hay otro medio.

DON JUAN Cuál?

HERMANO D. Braulio tiene cuentas atrasadas de ciertos laberintos.

DON JUAN Lo sospechaba. Digámoselo al Corregidor.

HERMANO No hay pruebas; pero ya las buscaremos.

DON JUAN Alguien viene.

INÉS Ay, escóndase V.

HERMANO Donde?

INÉS En este armario.

HERMANO Está cerrado.

INÉS Yo sé abrirlo; me ha hecho falta muchas veces.

(Abre el armario metiendo una cuñita por debajo de la puerta. El Hermano se oculta en el armario.)

DON JUAN Adentro. (Váse con Inés, segunda izquierda.)

ESCENA XI

ANGUSTIAS, que sale por la primera derecha.

ANGUST. Niña, su merced la llama... No hay nadie. Cref que estarían juntos como suelen. Qué dichosos son estos muchachos! Siempre juntos. Se me ponen los dientes de á vara. Si el Hermano Baltasar me cumpliera la palabra de darme marido... Día y noche se lo ruego llena de fervor. En fin, vamos á sacar la ropa de mesa de este armario.

ESCENA XII

ANGUSTIAS, HERMANO

Música

(Va á abrir el armario.)

Qué es esto, Dios mío!

Un hombre!

HERMANO

Chiton.

ANGUST.

Qué miro! El Hermano!

Milagro de Dios.

Pues hasta mí vinisteis

HERMANO guiado por mi voz,
 dejadme que os adore
 con grande contricion.
 (Milagro es para ella;
 no estuvo el lance mal.
 La suerte me proteje;
 la debo aprovechar.)

ANGUST. Yo en mi retiro tu voz oí,
 y en tu socorro volé hasta aquí.
 Ay de mí!
 No sé que me sucede
 al verle aquí.
HERMANO Decid sin miedo
 lo que quereis.
ANGUST. (Pobre hermanito,
 qué amable es!)

Desde chiquirrita
tengo aficiones,
mucho más que á las hembras
á los varones.
Y por más que yo hago,
no se me quita
esta aficion que tuve
desde chiquita.
Este mal que yo senti
lo quisiera desechar,
pero, ay Dios, si soy así,
no lo puedo remediar.

HERMANO Ni vigiliás, ni ayunos,
 ni privaciones,
 en el mundo nos libran
 de tentaciones.
 Y no bastan cilicios

ni agua bendita,
para el mal que usted tuvo
desde chiquita.
Yo quisiera darle aquí
un remedio singular,
pero usted es tan... así
no lo puede remediar.

—
ANGUST. Y si os casara!
Válgame Dios!
Será posible!
casarme yo!...

—
ANGUST. Ay qué alegría! Con esa idea
me hago jarabe, me hago jalea;
me desencajo, me despepito
y baila todo mi cuerpecito.
Me vuelvo loca... Pero... perdon
por esta irreverente profanacion.
HERMANO Virgen María, con esa idea
se hace jarabe, se hace jalea!
Ay, es gracioso su meneito;
cómo le baila su cuerpecito!
Se vuelve loca. Doy mi perdon
por esa irreverente profanacion.

Hablado

HERMANO Con que V. quiere casarse?
ANGUST. Ay, sí; pero no caerá esa breva.
HERMANO (Esta puede ser la vizcaina del Perulero. Des-
compongo la boda; arreglo la de los muchachos...
Si el tuerto no se casa con ésta, dará lugar...)
ANGUST. (Debe estar rezando las oraciones preliminares
para el milagro.)
HERMANO (El Corregidor riñe con el tuerto...) Oiga V.

- ANGUST. Qué? (Ya vino el novio.)
- HERMANO Le gustan á V. los tueritos?
- ANGUST. Hombre, como regla general, los tueritos... sí me gustan; pero tal pudiera ser el que V. me propusiera, que... me gustara más.
- HERMANO Qué me dice V. de D. Braulio, el Pernlero?
- ANGUST. Que está tan bueno.
- HERMANO No; como marido.
- ANGUST. Ay, entonces sí que estaria bueno!
- HERMANO Le caso á V. con él.
- ANGUST. A mí?
- HERMANO Sabe V. vascuence?
- ANGUST. Vascuence! Estuve una vez en Bilbao sirviendo á unas monjas y algo se me pegó de lo que ellas decian.
- HERMANO Magnífico. En la conversacion ¿podria V. intercalar algunas palabras?
- ANGUST. Algunas sí; sé, por ejemplo: *Domine labea mea aperies.*
- HERMANO Eh!
- ANGUST. Y *benite adoremus.*
- HERMANO Y eso es vascuence?
- ANGUST. De las monjas lo aprendí.
- HERMANO Hermana, si esos son latines!
- ANGUST. Latines! Pues eso creí yo que era...
- HERMANO No importa; yo le daré á V. algunas lecciones de vascuence.
- ANGUST. Vengan.
- HERMANO Lo primero es suprimir la c.
- ANGUST. Bueno; suprimida.
- HERMANO Hable V. siempre con s.
- ANGUST. Con quién?
- HERMANO Con la letra s.
- ANGUST. Ah!
- HERMANO No, ese.
- ANGUST. Ya sé.
- HERMANO En lugar de decir, por ejemplo, zapatilla...

ANGUST. Ya sé; digo zapatillas. (Marcando mucho la s.)

HERMANO No, mujer; sapatilla.

ANGUST. Ya, ya lo he entendido: sapatilla, sapato, sacamuelas. Sí, sí.

HERMANO Luego dice V. disparates de concordancia.

ANGUST. Eso de disparates sí que sabré.

HERMANO Dice V.: Hombre buena, mujer tonto.

ANGUST. Ah, sí! Poco que me reía yo en Bilbao cuando decían mirándome: «Mochacha lindo como este nunca te has visto.»

HERMANO Eso; así hay que hablar. Habla V. con ese.

ANGUST. Con s en lugar de c.

HERMANO No, con D. Braulio.

ANGUST. Ya!

HERMANO Y le dice V.: «Sinsorguito de mi vida,» y le enseña V. este zarcillo. (Dándole el que le dió don Braulio.)

ANGUST. Muy bien.

HERMANO «Yo te soy tu viscaína.»

ANGUST. Entendido.

HERMANO Le preguntará á V. por su hijo.

ANGUST. Tiene un hijo!

HERMANO Usted le dice que se lo enseñará cuando se case.

ANGUST. Y si se casa?

HERMANO Entonces que acuda á Poncio Pilatos.

ANGUST. Es verdad. Yo con marido! Ay (Muy alegre. Alargándole la mano con gravedad.) Escarrिकासco. Pero no hay que perder tiempo, porque el notario vendrá de un momento á otro para firmar el contrato. Alguien viene.

HERMANO Que no me vean. (Escóndese en el armario.)

ESCENA XIII

ANGUSTÍAS, CORREGIDOR, INES, D. JUAN, madamas y lechuguinos. Parte del coro por un lado, el resto por otro.

Música

CORO Pues nos ha invitado á ello
el Sr. Corregidor,
aquí todos acudimos
para ver la procesion.
Buenos días, Inesita;
buenos días, D Gaspar;
celebramos verles buenos
y que no haya novedad.

INÉS (Besando á las señoras.)
¿Cómo va?

CORREG. (Dando la mano á los hombres.)
¿Cómo va?

—
Siéntense todos sin cumplimiento;
como en su casa pueden estar.
Aquí, señores, aquí hay asiento. (Siéntanse.)
Mucho sentimos incomodar.

CORO

(Pausa con música.)

UNO Qué hay de bueno, D. Silvestre?

CORREG. Gran noticia les daré:
hoy se firman los contratos
de D. Braulio con mi Inés.

MUJERES Ay doña Inesita, sea enhorabuena.

HOMBRES Ay D. Braulio amigo, sea para bien.

D. BRAULIO. Muchas gracias.

INÉS Muchas gracias.

MUJERES (Quién fuera ella!)

HOMBRES (Quién fuera él!)

CORREG.

Mientras llega el momento,
estas niñas querrán
un poquito de baile.

TODOS

A bailar, á bailar.

(Algunos caballeros sacan parejas y se colocan en posicion de baile. Comienza la *gavota* con la gravedad y tiesura de los bailes de la época, y despues del último acorde, los hombres besan á las mujeres la mano que ellas abandonan, tapándose con la otra la cara que vuelven al otro lado como ruborizadas.)

Hablado

UNA MAD. Y ahora, qué hacemos?

CORREG. El amigo D. Braulio, que tantos países ha corrido, podría cantarnos alguna cancion de por allá.

TODOS Sí, sí, que cante.

D. BRAU. Señores, por el amor de Dios...

CORREG. No vale excusarse.

D. BRAU. Pero si yo...

CORREG. Sí, hombre, todos se lo ruegan.

D. BRAU. Pero si yo...

CORREG. Ruégale tú, hija mía.

D. BRAU. De veras que me dá mucha vergüenza.

INÉS Yo se lo ruego.

D. BRAU. Entonces no hay remedio. Pero ya verán ustedes cómo me corto. Ya que ustedes se empeñan, venga la guitarra. (Le dan la guitarra y le ponen una silla. Se sienta y empieza á templar.) Cantaré «La caña de Veracruz». ¿Harian ustedes el favor de darme otra silla? (Le dan otra y vuelve á preludiar.) (Canta.) A buscar caña de azúcar....

Esta es demasiado baja. ¿No hay otra? (Le dan otra. El mismo juego.)

A buscar caña de azúcar...

¿No habrá una banquetilla para apoyar el pié? (Le dan la banquetta.) ¡Aja. já!

A buscar caña de azúcar...

Ahora...

CORREG. ¿Qué?

D. BRAU. Ahora estoy muy bien. (Mientras él canta el CORREGIDOR habla con otros.)

Música

A buscar caña de azúcar
me entré en un cañaveral,

ay!

porque el azuquitar
nunca sienta mal.
Y encontré una muchachita
de rumbo y de *cañá*.

Ay...

ay qué morenita,
era todo sal.

Y al ver sus ojillos negros
y su modo de mirar,
me quedé extasiado
y dicen... a... (Estornudando.)

Achís, Jesús María,
esta es la caña que yo quería.

Achís, Jesús, Jesús,
esta es la caña de Veracruz.

Achís, etc.

CORO

D. BRAU.

Ay morenita del alma
me matas con tu mirar.

Ay!

no me mires tanto,
que me siento mal.
Dame si tienes azúcar
un poquito, por piedad,

ay,

que ese es el remedio
de mi enfermedad.

—Toma niño, toma azúcar,
si es que así te has de curar,
Yo no he visto azúcar
que me endulce a...

Achís, Jesús María, etc.

CORO

Achís, etc.

Dame hermosa,
dame más.

Qué sabrosa,

niña, está. (Oyese la música de la procesion.)

Hablado

TODOS La procesion. (Agolpáanse todos á los balcones, quedando en escena D. Juan é Inés.)

UNOS Vamos á verla.

OTROS Tomemos sitio.

INÉS Don Juan! (Durante esta escena se oyen á intervalos la música y los cantos de la procesion, pero lo suficientemente piano para dejar oír el diálogo.)

DON JUAN Mi Inés!

INÉS Estamos perdidos. Vendrá el notario y tendré que firmar el contrato.

DON JUAN Hay un medio de evitarlo.

INÉSCuál?

DON JUAN La fuga... con un disfraz...

INÉS Eso no; por mi dignidad, por la tuya misma...

DON JUAN Luego hemos de perder toda esperanza?

INÉS Si el Hermano nos sacara del apuro!...

DON JUAN Ah, que está aquí todavía. (Señalando al armario.) Pero ¿cómo abrimos?

INÉS. Mientras están distraídos... NÓ. ¿Mi padre?

CORREG. (Bajando á la escena.) ¿Qué hablan ustedes?

DON JUAN Estoy persuadiéndola de que debe amar á don Braulio.

CORREG. Sí?

DON JUAN Y creo que ya va queriéndole.

CORREG. Sí? Pues ya es inútil.

INÉS Qué, no me casa usted con él?

CORREG. No te alegres, porque en todo caso no sería para consentir tus amores con ese D. Juan que Dios confunda.

DON JUAN (Igualmente, gracias)

CORREG. Oiga usted, hermanito (Llevándole aparte.) Acaban de decirme que D. Braulio está arruinado. (Inés sube hacia el fondo.)

DON JUAN (Surtió efecto el enredo del Hermano.)

CORREG. Estando arruinado, ¿cómo condeno á mi hija á la miseria?

DON JUAN Es claro que nó. Hay que desistir de esa boda.

CORREG. ¿Cómo le doy un feo á ese hombre?

DON JUAN Prefiere usted darle el feo á su hija?

CORREG. Cómo?

DON JUAN Si le da usted á D. Braulio en matrimonio ¿puede usted darle algo más feo?

CORREG. Cómo lo arreglaríamos?

DON JUAN Diciéndole:—Amigo mío, no hay nada de lo dicho.

CORREG. No puede ser. Los convidados están aquí; el notario está avisado. ¿Cómo doy semejante campanada? Él viene.

D. BRAU. (Saliendo de uno de los balcones.) (Si encontrara á la niña sola. Aquí está.) ¡Hermosa de mi vida! (La abraza.

CORREG. ¡Señor D. Braulio!

D. BRAU. (¡El padre aquí!) Usted dispense, creí que... estábamos solos.

CORREG. ¡Ah, conque estando solos!...

D. BRAU. (Es verdad! Bruto de mí...) Que quiere usted, costumbres del Perú. Pero puesto que va á ser mi mujer, no hay nada perdido.

CORREG. (Aparte á Don Juan.) Ve usted qué hombre! Permítirse abrazar á la niña estando arruinado!

DON JUAN Aproveche usted la ocasión.

CORREG. Es imposible. No tengo otra esperanza que la de que usted haga un milagro.

DON JUAN (Si en eso fias, lucidos estamos.) Yo haré lo que pueda.

CORREG. Usted puede mucho.

D. BRAU. Amado suegro, el notario espera. Pase usted, D. Melquiades. (Entra el notario. En este momento se oye fuerte la música de la procesion. Las fachadas que se ven por los balcones se iluminan por el reflejo de las luces. Suenan campanillas y vése el humo del incienso. Todos se arrodillan.)

CORREG. (A DON JUAN.) Pronto, el milagro.

DON JUAN Si yo pudiera!

Música

Coro Señor de cielo y tierra,
conceda tu piedad
que encuentren los esposos
la dicha conyugal.

CORREG. { Señor de cielo y tierra,
INÉS { concede en tu piedad,
DON JUAN { que nunca el matrimonio
se llegue á efectuar.

D. BRAUL. Señor de cielo y tierra,
permita tu piedad,
que encuentre en mi futura
la dicha conyugal.
(Las campanillas se alejan. Todos se levantan.)

D. BRAUL. Vengan, señores,
vengan acá:
la ceremonia
va á comenzar.

Coro Vamos, señores,
vamos allá:

la ceremonia
va á comenzar.

(Colocan una mesilla con recado de escribir.)

NOTARIO
D. BRAUL.
INÉS
CORREG.
DON JUAN

Se da lectura al acta?
La conocemos ya.
{ Ya no hay ningun remedio;
qué instante más fatal!

ESCENA XV

DICHOS, ANGUSTIAS.

ANGUST. (Oh, Dios! aún llego á tiempo.)
NOTARIO Que firme el novio aquí. (Le da la pluma.)
D. BRAUL. Jamás tuve en mi vida
momento más feliz.
ANGUST. (Aparte á D. Braulio.)
Qué te hasas, sinsorguito?
Yo siempre misma soy,
que nunca te se olvidas
y que te quiere atos.
CORREG. Por Dios, ese milagro. (A D. Juan.)
DON JUAN (Qué más quisiera yo!)

ANGUST. No te hagas disimulo,
ó escándalo te doy.
D. BRAUL. Quién eres? (Cielo santo!)

ANGUST. Toma esta prenda. (Le da el pendiente.)
D. BRAUL. (Queda petrificado con la pluma en una mano y el
pendiente en la otra.)

Horror!

(Qué desgracia! en tal momento
esta prenda llego á hallar;
del apuro en que me pone
yo no sé cómo escapar).

CORREG. (El hermano es poderoso,
no lo puedo ya dudar;
el milagro que esperaba
hoy mi dicha ha de labrar).
(Yo no sé lo que sucede,
INÉS pero empiezo ya abrigar
DON JUAN esperanza de que al cabo
un remedio se ha de hallar).
ANGUST. (No mentía el hermanito,
es atroz su santidad.
Un esposo al fin alcanzo.
Oh, qué gran felicidad!)
Coro (Yo no sé lo que sucede,
yo no sé lo que será.
Se ha quedado hecho una estatua.
Algo grave pasará).

ESCENA XVI

DICHOS, CRIADOS. Luego la guardia.

CRIADOS (Entran precipitadamente.)
Que huya presto, que huya al punto
el Hermano Baltasar,
que la guardia está á la puerta
y le vienen á buscar.
Todos Qué nuevo embrollo
este será?
CORREG. (A Don Juan.) Pronto un milagro
que os salve aquí.
DON JUAN Yo por de pronto
me escondo allí. (Métase en el armario.)
(Entran el Capitan y los soldados.)
CAPITAN Ténganse, señores,
á la autoridad.
Coro ¿Qué será? ¿Qué será?

CAPITAN Nuestro Rey ordena y manda
sobre toda autoridad,
que se dé á prision al punto
el Hermano Baltasar.
CORREG. (Confío que un milagro
sabr  salvarle al fin.)
Yo os aseguro
que no est  aquí.
CAPITAN La casa, sin embargo,
debemos registrar. (D  órden de que registren.
D. BRAU. En tanto del apuro
me puedo yo escapar. (V se.)
CAPITAN Abrid ese armario
con gran precaucion.
TODOS Ay, pobre hermanito,
ay, válgame Dios.
Pobre señor,
fatalidad,
que dió con él
la autoridad.

—
CAPITAN D se el Hermano
pronto   prision.
(Sale el Hermano del armario, con la capucha echada. La gente quiere rodearle, pero la guardia impide que se acerquen   él. Se lo llevan por la primera puerta de la derecha.)
HERMANO (Ya me pescaron,
válgame Dios.)
TODOS Ya le pescaron,
fatalidad.
Pobre hermanito,
con Dios marchad.
Como le coja—la Inquisicion,
pobre hermanito,—se divirtió!
Adios, hermano—adios, adios.

(Quedan todos agolpados á la puerta por donde se fué el Hermano.)

DON JUAN (En el armario.) Vuelva la calma,
ya me salvé.

(Al oír la voz de Don Juan todos se vuelven. Don Juan abre el armario de par en par y sale.)

TODOS ¡Es él, es él!

Es milagroso,—no hay más que ver.

CORREG. No es el hermano el que se llevan.

TODOS Pues el milagro claro se está.

CORREG, Este es el santo á quien adoro
por su indudable santidad.

(Se arrodilla ante Don Juan.)

Que viva el Hermano
que es santo bendito
y yo necesito
de su santidad.

Humildes, rendidos,
aquí le adoremos
y todos tendremos
la felicidad.

TODOS Que viva el Hermano, etc.

¡Viva el Hermano Baltasar!

(Todos se arrodillan á los piés de Don Juan, que echa bendiciones con ambas manos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Jardín del Seminario.

ESCENA PRIMERA

SEMINARISTAS, que salen por la derecha, formados de dos en dos

Música

La paz sea en esta casa.
El paseo ya acabó;
ya volvemos al encierro.
Válganos Dios!

Cuando salimos á paseo
somos ejemplo de humildad,
y nuestros ojos pecadores
mirando al suelo siempre van.
Y muchas veces conseguimos,
con devocion mirando así,
ver unos bajos tentadores
y más de un pié chiquirritin.
Aunque caminamos
tras la santidad,
somos pecadores

cuando hay que pecar.
Porque, aunque pensamos
en servir á Dios,
bajo la sotana
late el corazon,
tipitipitin, tipitipiton.

Como pensamos en el cielo
al ir al coro y al rezar,
nos acordamos de las chicas,
porque eso es cosa celestial.
Y más de un padre de una hermana
al conocernos la intencion
suele decir: «Estos muchachos
van á ser padres como yo.»
Aunque caminamos, etc.

Hablado

SEMI. 1.º Mirad; ahí viene Lara.
TODOS Y es verdad!
SEMI. 2.º Al fin salió del encierro.
SEMI. 1.º Pobre chico! Dos dias sin salir.
SEMI. 2.º Ya los habia cobrado por adelantado.

ESCENA II

DICHOS, D. JUAN de seminarista

SEMI. 1.º Lara, Lara; hombre, ven aquí. ¿Por qué estás tan triste?
DON JUAN Si os parece que no tengo motivo despues de dos dias de encierro!
SEMI. 1.º Pero bien te habrás divertido mientras has estado fuera del Seminario.

DON JUAN Eso sí, no se ha perdido el tiempo.
SEMI. 1.º Cuéntanos lo que has hecho.

Música

DON JUAN

Yo tengo novia.

CORO

Qué feliz es!

DON JUAN

Y es tan bonita
como no hay tres.

—
Parece por la calle,
si va de prisa,
pajarita de nieve
que anda y no pisa;
y tiene unos ojitos
adormilados,
que es preciso quererlos
á ojos cerrados.

Y tiene un pié chiquirritin,
y un no sé qué tan remonon,
que me parece un serafín
y late al verla el corazón.
Y tiene un pié chiquirritin, etc.

CORO

DON JUAN

La nieve por su cara
pasó diciendo:
donde yo no hago falta
no me detengo.
Manojos de alfileres
son sus pestañas,
y los tengo clavados
dentro del alma.

Y tiene un talle chiquitin
y un cuerpecito tan gachon,
que me parece un serafín,
y late al verla el corazón.
Y tiene un talle chiquitin, etc.

CORO

Hablado

DON JUAN Pues, admiraos; desde que me escapé de aquí, he estado en su propia casa.

SEMI. 1.º Qué atrevido!

DON JUAN Qué quereis? Yo soy así! Y aún estaria si no hubiera cometido la imprudencia de salir de allí para buscar á una parienta mia que nos protege. Pero tuve tan mala suerte que al revolver la primera esquina me vió mi tío y cogiéndome de una oreja, me trajo otra vez á este maldito seminario. Y el caso es que al bueno de mi tío no le convencen mis razones. Para qué viene el hombre al mundo? (Dirigiéndose al seminarista 2.º)

SEMI. 2.º Ay, yo no sé! (Asustado.)

DON JUAN El hombre se ha hecho para la mujer. ¿Y la mujer?

Todos. Para nosotros.

SEMI. 1.º Qué más quisiéramos! (Aprobacion.)

SEMI. 2.º Ay, pues si yo viera á mi lado una mujer!...

DON JUAN Qué harías?

SEMI. 2.º Morirme de miedo. (Risas.)

DON JUAN Pues yo, al contrario: nunca soy más valiente que cuando las veo. No hay nada tan lindo como una basquiña corta llena de randas y faralaes, que con el aire de su dueña se mueven como hojitas del árbol, y que yendo de acá para allá, ya descubren, ya tapan un piececito de pitiminí que se asoma y vuelve á ocultarse como avergonzado ó como si quisiera avivar el deseo; nada como una carita de cielo medio oculta en el rebocillo como el sol entre nubes; nada como acercarse á una mujer de esas señas y decirle:—Bendito sea tu padre, tu madre, tu garbo y tu salero y la sandunga y el zaracatronqui de ese cuerpecito de mírame y no me toques. (Aprobacion.)

SEMI. 1.º Y tú te atreves á tanto?

DON JUAN A tanto? Pues si no fuera más que á eso! Os parece que mi persona se ha criado para decir misa? Son otras misas las que yo pienso decir, que esas no son para este cura. (Suena una campana.)

SEMI. 1.º Vamos, que llaman.

SEMI. 2.º Qué lástima! Me gustaba tanto esta conversacion.

DON JUAN Y tener que estar aquí... Maldita sea mi suerte (Váanse por la izquierda.)

ESCENA III

ANGUSTIAS.—INES. Por la derecha. ANGUSTIAS lleva manto y sobre su falda otra, que deberá ser la que sacó INÉS en el acto primero. INÉS va vestida de seminarista, con traje igual al de D. JUAN y el coro.

INÉS Ya estamos.

ANGUST. (A un portero que las acompaña.) Bien; aquí esperamos hasta que el señor rector nos llame (Váase el portero por la izquierda.) Ay Inesita de mis pecados!

INÉS (Mirando á todos lados.) Dónde estará?

ANGUST. Usted va á ser la causa de mi perdición. Si llegan á saber que ando en estos enredos!...

INÉS Si no corres ningun riesgo.

ANGUST. Friolera!

INÉS Yo he de estar aquí pocas horas. Mi padre creará que las monjas me entretienen como suelen hasta anochecer; tú me esperas en la iglesia del seminario, salgo y nos volvemos tan tranquilas.

ANGUST. Y si no puede usted salir?

INÉS Crees que me detendrán sabiendo quién soy?

ANGUST. Pero lo ha de decir usted?

INÉS Si fuera necesario... Aquí tienes los papeles de mi primo. Trabajo me ha costado sacárselos, porque como es tan meticuloso... Pero al cabo.

con cuatro mimos, le convencí y puedo ocupar su puesto por esta tarde. Se te olvidará la lección?

ANGUST. Bien aprendida la traigo para que no nos cojan en un renuncio.

INÉS Ya sabes que eres viuda de mi tío el que fué consejero de Indias.

ANGUST. Aquel que se murió de un sofocón que le dió su mujer.

INÉS Precisamente. Que tenías á tu hijo, es decir á mí, en el seminario de Alcalá, de donde me trasladas á este por no estar satisfecha de aquel establecimiento.

ANGUST. Muy bien. Si no se me olvida! Pero lo que no comprendo es qué va usted á hacer aquí, ni para qué ha hecho que me pusiera esta falda de usted sobre la mia.

INÉS Esta es la que ha de ponerse D. Juan para escaparse de aquí.

ANGUST. Y no podia haberla traído en un pañuelo?

INÉS Nó, porque nos hubieran registrado al entrar.

ANGUST. Diablura como ella! En fin, yo accedo porque nada puedo negar á usted (y porque aquí podré ver al Hermano Baltasar y pedirle noticias de mi tuerto.)

ESCENA IV

DICHAS.—ADMINISTRADOR. Por la izquierda

ADMINIST. ¿Es usted la señora que busca al señor rector?

ANGUST. Para servir á usted.

ADMINIST. Pues no está; pero yo soy el administrador y puede usted entenderse conmigo. Qué se le ofrecía?

ANGUST. (Aparte á Inés.) (Verás como no me se ha olvidado

la lección.) Yo soy viuda de un consejero de Indias que se murió de un sofocón que le dió su mujer.

INÉS (Que eres tú!) (Aparte á Angustias llamándola la atención sobre el disparate que ha dicho.)

ANGUST. Que soy yo. (Sin comprender el aviso.)

ADMINIST. Usted le dió un sofocón?

ANGUST. Yo? Cómo! (Comprendiendo su indiscreción.) (Ah, sí!) Bueno, eso no importa al caso. Me quedé sola en el mundo con este hijo y le puse en el seminario de Alcalá á estudiar... fisonomía.

ADMINIST. Filosofía querrá usted decir.

ANGUST. (Aparte á Inés.) (Qué es lo que quiero decir, hija?)

INÉS (Idem á ella.) (Eso.)

ANGUST. Eso... Perdone usted, yo no estoy fuerte en matemáticas.

ADMINIST. Ya, ya!

ANGUST. En aquel seminario no estaba el chico contento y ha querido trasladarse á este. Aquí tiene usted los papeles que la ha dado su primo. (Dándoselos.)

INÉS (Mujer!)

ADMINIST. Su primo?...

ANGUST. (Um!) Sí, los papeles que le ha dado .. su... su primo decir quién, porque ahí está la firma.

ADMINIST. Ah!

ANGUST. No me dejó usted concluir.

ADMINIST. (Mirando los papeles.) Sí, el pase del rector de Alcalá. Bien, y en qué año está?

ANGUST. Está en los diez y ocho.

ADMINIST. Eh?

ANGUST. Para Enero los cumple.

ADMINIST. En qué año de adelantos en los estudios?

ANGUST. En qué año? No sé, pero está muy adelantado.. (Con intención.)

INÉS Estoy en segundo de humanidades.

ANGUST. (No están malas las humanidades que tú estudias!)

ADMINIST. Pues bien, puede quedarse desde ahora.

ANGUST. Diga V. ¿Y es verdad que está en este seminario el hermano Baltasar?

ADMINIST. Sí, señora. Las autoridades eclesiásticas han dispuesto que estudie teología y reciba órdenes, si quiere continuar la profesión que había emprendido, so pena de meterle en la cárcel.

ANGUST. (Si pudiera verle!) Si V. no se opone, como yo no tengo conocimientos en la corte y no puedo ir á ninguna parte hasta que vuelva el coche á Alcalá, me quedaré aquí. (Así podrá preguntarle por el Perulero.)

ADMINIST. No hay inconveniente. V. puede quedarse acompañando á su señora madre. Yo me retiro porque tengo visita. (Váse por donde salió.)

ESCENA V

ANGUSTIAS, INÉS

INÉS. Ves como todo sale bien?

ANGUST. No mucho.

INÉS. Pues qué más podemos pedir?

ANGUST. V. no sé; yo un tuerto.

INÉS. Voy á ver si encuentro á D. Juan. Ay, Angustias, si le hallo y consigo mi plan, te daré...

ANGUST. Qué?

INÉS. Un millon de abrazos. (Váse corriendo.)

ESCENA VI

ANGUSTIAS

Buena dádiva! Guárdesela V.... que ya le hará falta. Estos chicos me comprometen. Pero vea yo al Hermano y todo lo doy por bien empleado.

¿Cómo es posible dudar de su santidad? Qué efecto surtió lo que él me dijo! Ya se disponía mi Perulero á firmar, cuando le hablé y... como mano de santo, los dejó á todos plantados. Lo malo es que despues no ha parecido.

ESCENA VII

ANGUSTIAS, HERMANO (1)

ANGUST. El Hermano! Hermanito.
HERMANO Quién? Ah, V. por aquí? (a)
ANGUST. Pero es posible que le tengan aquí encerrado?
HERMANO Parece que sí.
ANGUST. Y por qué no se escapa V? •
HERMANO Cómo?
ANGUST. Haciendo un milagro.
HERMANO Eso no es para todos los dias; hoy no me toca.
ANGUST. (Ay, pues en mal dia he venido.)
HERMANO Qué la trae á V. por aquí?
ANGUST. Venia á ver si me daba V. noticias del Perulero.
HERMANO V. quiere verle?
ANGUST. Ya lo creo!
HERMANO Pues ya le verá V.
ANGUST. Cuándo?
HERMANO Cuando menos lo piense.
ANGUST. Entonces no voy á verle nunca.
HERMANO Por qué?
ANGUST. Porque siempre estoy pensando en eso. (Mirando hácia la izquierda.) Ay, gracias, gracias.
HERMANO Qué!
ANGUST. Aquí viene con el Administrador.
HERMANO No me hable V.; que sospechan de mí .. (Se retira.)
Está visto que he de hacer milagros aunque no quiera.

(1) Para facilitar los ensayos, se expresa por medio de notas la colocacion de los personajes en el órden en que los vé el espectador.

(a) Angustias, Hermano.

ESCENA VIII

DICHOS, DON BRAULIO y ADMINISTRADOR, por la izquierda

ADMINIST. Está terminantemente prohibido hablar al Hermano, pero basta que sea V. quien es...

D. BRAUL. Gracias, gracias. (Tropieza con algo.)

ADMINIST. Cuidado.

D. BRAUL. No, cuidado no necesito, lo que necesito es vista (b).

ADMINIST. Ahí tiene V. al Hermano.

D. BRAUL. Es este? (Señalando á Angustias.)

ADMINIST. No; esa es una señora que ha venido á traer á un hijo suyo al seminario. Allí está. Con permiso de V. me retiro, que estoy ocupadísimo. (Váase foro izquierda.)

D. BRAUL. (Saludando con la mano al primer termino izquierda.)
Gracias, vaya V. con Dios.

ESCENA IX

DON BRAULIO, ANGUSTIAS, HERMANO

D. BRAUL. (Le voy á dar al Hermano lo que quiera, con tal de que ponga á la vizcaina á cien mil leguas de mí. Ella se cree que me va á pescar, pero buen chasco se lleva!) (Durante este apart., Angustias y el Hermano hablan bajo.) Hermanito.

ANGUST. (Saliéndole al encuentro.) Hermano buscas? Notisias mías quieres, sinsorguito? (Con acento vizcaino.)

D. BRAUL. (Diablo!)

ANGUST. Qué me quieres?

D. BRAUL. (Huyendo del perejil...)

ANGUST. En tus brazos tienes; tiempo no pierdes.

(b) Hermano, Angustias, lejos de D. Braulio y Administrador.

D. BRAUL. (Y ha venido aquí á traer á su hijo... Es decir, al mío!... María santísima! Yo padre .. y de un muchacho de. . (Recordando) Justo, diez y ocho años hace que me fui al Perú... Yo padre de diez y ocho años! Y el chico aquí! Con decir una palabra podría verle, abrazarle...) Con que es cierto que soy padre?

ANGUST. (Aparte al Hermano.) ¿Le digo que sí?

HERMANO (Indiferente.) Bueno.

D. BRAU. ¿Con que tengo un hijo?

ANGUST. Hijo tienes.

D. BRAU. (Una de dos: ó me enternezco y le llamo á mis brazos... ó escapo á correr.) ¿Y lo has traído aquí?

ANGUST. Lo he traído aquí. (Aparte al Hermano.)

D. BRAU. Me lo ha dicho el Administrador.

ANGUST. (Ah, ya comprendo.) (Al Hermano.) ¿Todo esto lo ha dispuesto V?

HERMANO Sí, todo. (No entiendo.)

D. BRAU. Díme, díme, y ¿es guapo el chico?

ANGUST. Hermoso, hermoso... todo á su padre.

D. BRAU. ¿Todo á su padre? ¡Ay, pobrecito; tan jóven y ya tuerto!

ANGUST. Tuerto no te es. Ojasos hermosos, hermosos.

D. BRAU. (¡Ay, ojos hermosos!.. Me enternezco.) Aparte al Hermano.) Díga V., Hermano, ¿no me habia usted prometido?... (Siguen hablando bajo.) (c)

ANGUST. (Pero, ¡qué perfectamente lo ha arreglado todo este hombre! Claro, ahora estará convenciéndole...)

ESCENA X

DICHOS.—DON JUAN, por la izquierda (d).

DON JUAN ¡Una mujer! ¡Qué veo! ¡Angustias!

ANGUST. (Don Juan.) Chist, silencio.

(c) Hermano. D. Braulio, Angustias lejos de ellos.

(d) Hermano, D. Braulio, Angustias, D. Juan.

DON JUAN (Bajando la voz.) ¿Y mí Inés?

ANGUST. Está aquí.

DON JUAN ¿Aquí?

ANGUST. Sí, yo la he traído.

DON JUAN Dios se lo pague. (Abrazándola con gozo.)

ANGUST. Chist, que está ahí Don Braulio.

DON JUAN No importa, no me conoce. (Siguen hablando bajo.)

D. BRAU. Pues nada, me he enternecido y voy á que me presente á mi hijo... (¡Yo padre de un seminarista!)

DON JUAN (Aparte con Angustias.) ¡Sí? Deje V. que vuelva á abrazarla.

D. BRAU. (Volviéndose y viendo á Angustias y á Don Juan abrazados.) Con que... (Ah, aquí están. Hijo y madre abrazados. ¡Qué cuadro tan conmovedor!)

HERMANO (A que tambien he traído yo al chico! Que se las arreglen como puedan.) (Váse.)

ESCENA XI

DICHOS, ménos HERMANO

D. BRAU. (Cogiendo á Angustias y Don Juan de las manos.) Venid aquí (e).

DON JUAN ¿Qué es esto?

ANGUST. Chist. (Imponiéndole silencio)

D. BRAU. Lo sé todo.

DON JUAN ¿Qué?

D. BRAU. (Mirándole con el lente.) (¡Y es muy guapo! No le abandono.) ¿El no sabe nada? (A Angustias.)

DON JUAN No sé nada.

ANGUST. (Pero, ¡qué bien lo ha dispuesto el Hermano.) (f)

D. BRAU. ¿No te dice nada el corazon?

DON JUAN ¿De qué?

(e) Angustias, D. Braulio, D. Juan.

(f) Don Braulio, D. Juan, Angustias.

D. BRAU. ¿Tú no tienes padre?

DON JUAN Lo perdí hace tiempo.

D. BRAU. No hay tal cosa.

DON JUAN ¡Cómo!

ANGUST. (Chito.)

DON JUAN (Convendrá al plan de Inés.)

D. BRAU. Tu padre... (Se lo diremos poco á poco para que no le haga mucha impresion.) Tu padre... vive.

DON JUAN Bueno.

D. BRAU. Y vá á venir á verte... y ya está en camino... y ya llega... y ya está aquí.

DON JUAN Qué!

D. BRAU. Tu padre soy yo. ¡Hijo de mi alma! (Le abraza.)

DON JUAN (Sigamos el plan.) (Se deja abrazar.)

D. BRAU. Desde hoy tienes un padre que te querrá mucho. Serás mi ojito derecho, es decir, izquierdo, que es el que me falta. (A Angustias.) Ven conmigo. (A Don Juan.) Tú, espéranos aquí. Vamos á decir al Rector que te llevas al chico.

ANGUST. (¡Dios mio, si será verdad que lo he pescado!)
(Vánse por la izquierda.)

ESCENA XII

DON JUAN, luego INÉS

DON JUAN No entiendo una palabra. Esto debe obedecer á algun plan tramado por Inés para sacarme de aquí. ¡Ella!

INÉS ¡Don Juan!

Música

DON JUAN

Oh, gozo, vida mia,
que al fin te vuelvo á ver!

INÉS

Inmensa es mi alegría.

DON JUAN

Inmenso es mi placer.

INÉS
DUN JUAN

Aquí y en ese traje!
Por verte lo vestí.
Qué dicha tan inmensa
verse querido así!

INÉS

Lejos de tí, mi bien querido,
latió sin calma el corazón:
hallar ansiaba el alma mía
los puros goces del amor.
Tú eres mi vida y mi consuelo,
sin tí moría de ansiedad,
pero ya vuelvo á ver mi cielo,
ya todo es felicidad.

DON JUAN

Lejos de tí, mi bien amado,
ni hallé quietud, ni paz hallé.
Sólo pensaba en tu hermosura,
que enamorado contemplé.
Tú eres mi vida y mi consuelo;
santo placer al alma das.
Siempre á tu lado estar anhelo,
que no hay mayor felicidad.

INÉS
DON JUAN
INÉS
DON JUAN

Si consigo tu mano...
Yo lo espero, mi bien.
Y ¿quién ha de ayudarnos?
El amor y la fé.
Es verdad, es verdad,
el amor nos guiará.

Los DOS

El amor que nos guía
nuestro amparo será;
nuestros dos corazones
para siempre unirá.
Tú serás mi alegría,
tú mi amor, tú mi bien,
y por tí, vida mía,
imposibles haré.

Hablado

DON JUAN ¿Qué proyectos son los tuyos?

INÉS Hacerte escapar.

DON JUAN ¿Cómo?

INÉS Con un traje mío que trae Angustias.

DON JUAN Ah! ¿Y debo pasar por hijo de Don Braulio?

INÉS ¡Por hijo de Don Braulio! De mi futuro?

DON JUAN Ya no, puesto que tu padre le cree arruinado.

INÉS Si ha descubierto que era engaño.

DON JUAN Pues Don Braulio acaba de decirme que es mi padre.

INÉS No entiendo una palabra. Pero lo que ahora importa es escapar.

DON JUAN Sí, vamos... Por aquí...

ESCENA XIII

DICHOS, CORREGIDOR, por la derecha.

INÉS Alguien viene.

DON JUAN Tu padre.

INÉS Dios mío. Sabrá...

DON JUAN No temas; escondete aquí. (Se ocultan tras unas matas.)

CORREG. Será posible ó me habrá engañado mi sobrino... Pero él, tan timorato, no es capaz de mentir. Quién hubiera creído que mi hija tuviera la osadía de venir con el traje de su primo á traer á su D. Juan uno de mujer para que se escapase disfrazado!... Vengo decidido á llevármela á un convento, de grado ó por fuerza. A ese D. Juan quisiera yo conocerle para... En fin, si es verdad como dicen, que el Hermano Baltasar está aquí, él me ayudará, de fijo.

ESCENA XIV

DICHOS, DON BRAULIO, ANGUSTIAS, por la izquierda.

D. BRAUL. Pero dónde se ha metido ese chico?

CORREG. D. Braulio?

ANGUST. El Corregidor. (Se echa el manto.)

D. BRAUL. Nada te importe, puedes presentarte con la cara descubierta.

ANGUST. (Un demonio.)

CORREG. Señor D. Braulio.

D. BRAUL. Muy señor mío.

CORREG. Qué conducta es la de V? Dejarnos plantados cuando se iba á firmar el acta!...

D. BRAUL. Que quiere V., costumbres del Perú.

CORREG. (Ese vestido es el de mi hija, luego ese es D. Juan disfrazado.)

D. BRAUL. Conque, con permiso de V. (Quiere irse.)

CORREG. De modo que la precipitada fuga de V. fué por estar de acuerdo con D. Juan?

D. BRAUL. Quién es D. Juan?

CORREG. No se haga V. de nuevas; lo sé todo.

D. BRAUL. Qué sabe V?

CORREG. Que á quien lleva V. del brazo no es una mujer, sino D. Juan disfrazado con un vestido de mi hija.

D. BRAUL. (Rechazando á Angustias.) Caracoles! Pero no puede ser; esta señora es la que yo he elegido para mi esposa.

CORREG. En ese caso, ¿por qué no se descubre?

D. BRAUL. Ya lo creo que se descubrirá. Descúbrete; convence á este señor. (Angustias hace señas de que no.)

CORREG. Dice que no.

D. BRAUL. (Si como de este lado no veo, me la habrán cambiado?)

CORREG. Ea, señor D. Juan, salgamos.

ANGUST. (Ay, quien pudiera salir de este apuro!)

D. BRAUL. Vamos, acabe V.; señora, es V. D. Juan?

CORREG. Ya ve V. que persiste en su mutismo.

D. BRAUL. Pues si es D. Juan, tambien tiene que habérselas conmigo; que no aguanto la burla.

ANGUST. (Buena voy á salir de todas maneras!)

CORREG. Concluyamos. V. es cómplice de los amores de mi hija con D. Juan.

D. BRAUL. Yo!

CORREG. A qué ha venido V. aquí si nó?

D. BRAUL. A buscar á mi hijo.

CORREG. Su hijo! V. tiene un hijo?

D. BRAUL. Sí, señor.

CORREG. Y esas son tambien costumbres del Perú.

D. BRAUL. Esas son costumbres de todos los paises.

ANGUST. Viscaina te soy. (Aparte á él.)

D. BRAUL. Por qué no te descubres?

ANGUST. (Idem.) Si dices que hijo tengo, me hases ruboriso.

D. BRAUL. Es verdad.

ANGUST. (El Hermano me llama. No dejes que me siga.)
(Váse por la izquierda.)

CORREG. No consiento que se marche.

D. BRAUL. Poco á poco, señor Corregidor. Esa mujer es cosa mía y no permitiré. .

ESCENA XV

CORREGIDOR, DON BRAULIO, INÉS, DON JUAN,
ADMINISTRADOR

(Sale por el foro izquierda y al ver á D. Juan é Inés ocultos, los saca de su escondite.)

ADMINIST. Qué hacen Vds. aquí, caballeritos?

INÉS (Dios mío!)

DON JUAN (Estamos perdidos.)

CORREG. (Viéndolos.) Inés y el Hermano! Evitemos el es-

cándalo. El Hermano tal vez... Oiga V. (Coge á

D. Juan y se lo lleva aparte hácia la derecha.) (g)

ADMINIST. (A Inés.) Su madre de V. le buscaba.

D. BRAUL. Es este el hijo de esa señora?

ANGUST. Sí.

D. BRAUL. Ven aquí. (Coge á Inés de la mano.) (h) Señor Corregidor.

CORREG. Qué?

D. BRAUL. Tengo el gusto de presentar á V. á mi hijo. (Presentándole á Inés.)

CORREG. Su hijo?

D. BRAUL. Sí, señor.

CORREG. Pero V. lo ha mirado bien?

D. BRAUL. Pues qué? (La mira con el lente.) Cielos, si este muchacho es mi novia! Cómo es esto? Entonces mi hijo será este. (Por D. Juan.)

CORREG. Este? Si es el Hermano Baltasar!

ADMINIST. No, señor; ese es Don Juan de Lara.

DON JUAN. (¡Dios nos coja confesados!)

CORREG. Usted es Don Juan.

D. BRAUL. (Mirando á Don Juan con el lente.) No, señor; este es mi hijo!

ADMINIST. Y éste otro? (Por Inés.)

CORREG. Esa es mi hija.

ADMINIST. Su hijo! su hija! Don Juan! El Hermano!.. Están ustedes locos ó qué embrollo es este?

CORREG. Entonces, esa señora que habia aquí...

ADMINIST. Esa señora es la madre del hijo de V., que es hija de este señor.

D. BRAUL. Poco á poco, entendámonos. Yo soy padre.

CORREG. Bueno.

D. BRAUL. Pero, ¿de quién soy padre, del Hermano Baltasar, de mi hijo ó de la hija de V.?

ADMINIST. A ver si logramos entendernos. (i)

(g) Don Juan, Corregidor, D. Braulio, Administrador, Inés.

(h) Don Juan, Corregidor, D. Braulio, Inés, Administrador.

(i) Don Juan, Inés, Corregidor, Don Braulio, Administrador.

D. BRAU. } A ver.
CORREG. }

ADMINIST. Aquí ha venido una señora á traer á su hijo.

INÉS Era Angustias, que me traía á mí.

D. BRAU. No, señor; era Marta, que traía á mi hijo.

ADMINIST. No, porque el hijo era de un Consejero de Indias
que murió de un sofocón...

D. BRAU. ¡Adios, ya salió otro padre! Esa Angustias,
¿quién es?

INÉS ¡Mi aya!

D. BRAU. Qué, ¿es vizcaina?

CORREG. Sí, vizcaina de Navalcarnero!

SEMIN. (Dentro.) Ay, una mujer, una mujer.

CORREG. ¿Qué es eso?

ADMINIST. (Mirando hácia adentro.) Los colegiales, que persi-
guen á esa señora.

ESCENA XVI

DICHOS.—HERMANO.—SEMINARISTAS

CORREG. Pronto, que llamen á mis alguaciles y que le den
cincuenta palos.

HERMANO (Que sale rodeado por los Seminaristas con la falda que
ánte llevaba Angustias, y con gran manto, se descubre y
cayendo de rodillas ante el Corregidor, dice:—Perdon,
señor.

ADMINIST. }
INÉS } El Hermano!
DON JUAN }

HERMANO El Hermano, que pensaba escapar con este dis-
fraz. Me confiese, pero juro cesar en mis bella-
querías si se me perdona.

CORREG. No entiendo.

HERMANO Además explicaré todo lo que pasa.

D. BRAU. Hable V.

HERMANO (Al Corregidor.) El Hermano que tuvo V. en su

casa era Don Juan, el novio de su hija; con que si quiere V. evitar escándalos, cáselos V. enseguida. (El Corregidor habla aparte con Don Juan é Inés.)

D. BRAU. ¿Y la vizcaina?

HERMANO Era el aya de la niña, de la que me serví para deshacer una boda que era un anacronismo.

CORREG. (A Inés y Don Juan.) ¿De modo que me la han pegado ustedes?

INÉS
DON JUAN { Sí, señor. (Hablan con él.)

D. BRAU. Pero, ¿y el zarcillo que ella me dió?

HERMANO Es el mismo que V. me habia dado ántes. Pero ya vé V. que debe agradecérmelo, porque de haberse casado con esa niña...

D. BRAU. Es verdad, V. me ha abierto los ojos.

CORREG. (Continuando su conversacion con Inés y D. Juan.)
Puesto que no hay otro remedio...

INÉS Oh, gracias, padre mio!

ESCENA ULTIMA

DICHOS.—ANGUSTIAS, por la izquierda

HERMANO Venga V., que ya está arreglado todo.

ANGUST. Ay! sí? (A D. Braulio.) Tu viscaina quieres, sinsorguito?

D. BRAU. (Imitándola.) Sinsorguito? Ruboriso? (Rechazándola.)
Vaya V. de ahí, dueña del infierno.

CORREG. (A Angustias.) Tú no vuelves á pisar mi casa, y ese hermanito de pega, irá á cumplir tres años de destierro á donde se le mande.

HERMANO Me salvé de milagro; este es el primero que he hecho de veras.

Música

DON JUAN	Es el amor, gentil rapaz que al cabo el triunfo consiguió; milagros siempre lograrán la travesura y el amor.
Tonos	Es el amor, etc.

FIN DE LA ZARZUELA

NOTA

La direccion escénica ha estado confiada á D. Miguel Soler, á quien pueden dirigirse en consulta las Empresas de provincia en cuyo teatro se represente esta obra.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Pruebas de fidelidad, juguete en un acto y en verso.

Noticia fresca, id. id. (1)

Falsos testimonios, id. en prosa.

Mártes y Miércoles, id. en verso.

Fuerza mayor, id. id.

Hay entresuelo, id. en prosa.

El demonio que lo entienda, id. en dos actos, y en prosa (2)

El otro yo, id. en un acto, y en prosa.

La vendetta, id. en verso.

La venta del pillo, tonadilla, música de los maestros Valverde y Chueca.

Ni visto ni oído, juguete en un acto y en verso.

Tentar al diablo, comedia en dos actos y en verso.

Lo de anoche, juguete en un acto y en prosa.

A tontas y á locas, comedia en un acto y en verso.

Los trapos de cristianar, juguete en tres actos y en prosa (3)

Amor, parentesco y guerra, ó *El Medallón de topacios*, drama burlesco en un acto y en verso (1)

Ganar tiempo, juguete en un acto y en verso.

La de San Quintín, id. id. en prosa.

Música clásica, disparate cómico-lírico en un acto y en prosa, música del Maestro Chapí.

Solitos, juguete en dos actos, y en verso.

(1) En colaboración con el Sr. D. Vital Aza.

(2) Id. con el Sr. D. Constantino Gil.

(3) Id. con el Sr. D. José Campo-Arana.

Nada entre dos platos, entremés lírico y en prosa, música del maestro Chapí.

Tomasica, comedia en dos actos y en verso.

Tu dueño te vea, proverbio en un acto y en verso.

Escuela de medicina, juguete en un acto y en verso.

La serenata, ópera en un acto, música del maestro Chapí.

De confianza, juguete en un acto y en verso.

Perros y gatos, id. id.

Pares ó nones, id. id.

Como Pedro por su casa, id. en prosa.

Los tiranos, comedia en un acto y en prosa.

La cruz de fuego, zarzuela en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

San Franco de Sena, drama lírico en tres actos y en verso, (refundición) música del maestro Arrieta.

Juan y Pedro, juguete en un acto y en verso.

La flor de lis, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Chapí.

Guldnara, ópera en un acto, música del maestro Brull.

El Hermano Baltasar, zarzuela en tres actos y en prosa, música del maestro Fernandez Caballero.

LAS PARRANDAS

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

FRANCISCO FLORES GARCÍA Y GABRIEL BRIONES

MÚSICA DEL MAESTRO

APOLINAR BRULL

**Estrenada en el TEATRO DE PARISH la noche del 11 de
Marzo de 1901**



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1901

A los señores

Don Miguel Ramos Carrión

y Don Tomás Luceno

Sus buenos amigos y admiradores

Francisco Flores García

Gabriel Briones

Apolinar Brull

Sr. D. Miguel Soler:

Nuestro querido amigo: Cumplimos con gusto el deber de hacer pública manifestación de agradecimiento al director inteligentísimo y actor incomparable que tanto ha contribuido, en su doble labor, al éxito de esta obra.

Un literato eminente, amigo muy querido de todos nosotros, dice que es usted de los pocos Directores de escena á quienes se les puede entregar una obra sin que los autores tengan necesidad de preocuparse de los ensayos.

Con LAS PARRANDAS, hemos podido comprobar que aquella afirmación no es un elogio inspirado por la amistad, sino un tributo de justicia al Director laborioso, de claro entendimiento, que con el mayor entusiasmo y las poderosas energías de su voluntad, pone singular empeño en que sea reflejado fielmente y de la manera más artística el pensamiento de los autores.

Rogamos á usted que transmita la expresión de nuestra profunda gratitud á sus dignos compañeros los notables artistas que han interpretado LAS PARRANDAS, y al distinguido maestro D. Arturo de Isaura, cuyo celo cariñoso iguala á su competencia indiscutible.

Reciba usted, querido Soler, con estas líneas, el firme testimonio de nuestro más sincero afecto.

Francisco Flores García

Gabriel Briones

Apolinar Brull

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ANGELA.....	SRTA. DOMINGO.
MARCELA.....	SANTÉS.
ANASTASIA	SRA. GALÁN.
UNA PESCADORA.....	ROIG.
PEPE LUIS.....	Sr. FIGUEROLA.
DON FÉLIX.....	SOLER.
EL TÍO VELETA.....	GONZÁLEZ (V.)
FRASQUITO.....	HERVÁS.
TOÑICO	GAMERO.
UN PESCADOR.....	ZALDIVAR.

Marineros, pescadores, campesinos, parrandas y niños. Banda de bandurrias y guitarras y banda militar

La acción en Fuengirola. Siglo XIX, año 1830

Derecha é izquierda, las del actor

El derecho de reproducir los *materiales de orquesta* de esta obra pertenece á *D. Florencio Fiscowich*, á quien dirigirán sus pedidos las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.



ACTO PRIMERO

La playa de Fuengirola. Al fondo el mar, viéndose algunas lanchas pescadoras. A la izquierda la casa del Tío Veleta, con puerta y ventana practicables. A la derecha, árboles. En la plazoleta, delante de la casa y á la derecha, arcos de ramaje con banderas, escudos y farolillos venecianos.

ESCENA PRIMERA

PESCADORAS, NIÑOS, PESCADORES

Música

PESC es (Dentro.) Sobre la espuma
 marcha ligera,
 barca velera
 del pescador.
 Vuelve á la playa
 donde mi esposa
 me espera ansiosa
 con dulce amor.
 Vé á las arenas
 de aquella orilla,
 pobre barquilla
 á descansar,
 que yo contento
 con dulce anhelo
 á mi chicuelo
 voy á besar.

PESC.^{as}

Sopla la brisa,
hincha la vela
y ya ligera
viene hacia aquí.
Pobre barquilla
de pescadores,
cuántos temores
siento por ti.
Cuántas zozobras,
cuántas angustias
por tu tardanza
mi alma pasó.
Gracias, bendita
Virgen amada,
que mi plegaria
á ti llegó.

NIÑOS

Pobre barquilla,
ven hacia acá,
trae á mis brazos
á mi papá.

PESC.^{es}

(Dentro y más cerca)

Pescador afortunado
que á tus playas vuelves ya,
encontrándote á tus hijos
que te esperan con afán,
y á la dulce compañera
que por tí rezando está,
y tu barca traes cargada,
y los tuyos tendrán pan,
bendice á la mar tranquila
que te devuelve á tu hogar.

(Desembarcan los Pescadores.)

PESC.^{as}

Por fin en mis brazos
te estrecho otra vez.

PESC.^{es}

¡Qué dicha tan grande
volveros á ver!...

NIÑOS

Papá, tu muñeco
te quiere abrazar.

PESC.^{es}

¡Benditos muchachos,
qué guapos están!...

PESC.^{as}

Buena pesca la de hoy,
las barquillas vienen llenas
de sabalos, pescadillas,
boquerones y lampreas.

PESC.es Coged las cestas á escape
y marcharos á venderlas;
nosotros vamos á casa
para reparar las fuerzas.
(Vanse los chicos por la izquierda. Detrás algunos Pescadores con las cestas del pescado.)

Todos Pescador afortunado,
etc.

PESC.es } Pescadora salada
PESC.as } Pescador resalado
como el agua del mar,
si me miran tus ojos
voy á naufragar.
(Vanse todos por la derecha.)

ESCENA II

TÍO VELETA, ANASTASIA y TOÑICO, que salen de la casa

Hablado

VEL. Ese y toos jarán lo que yo mande: si no, lo meto preso ó mando que le den una puñalaita traperera al golver de una esquina... y adevina quien te dió.

ANAS. ¡A este lo encierro... á aquel mando que le den una puñalaita!... ¡Qué hombre más primitivo!...

VEL. ¿Primi... qué? Nastasia, no seas bestia, que te la vas á ganar.

ANAS. Por ser bruto, eres alcalde hasta con tu familia. Tratas á las personas como si fueran mulas de tiro.

ToÑ. (Y él debía tirar de un carro.)

VEL. Y ni asina me jasen caso. ¿Qué jarían si los tratara como á presonas? En fin, yo jago lo que me da la gana: pa eso soy arcade. Armenistro como me paece. Si lo quién asina ¡malegro!, y el que no esté conforme que se vaya á vivir á otro pueblo.

ANAS. ¡Jesús María!

ToÑ. (A Anastasia.) (Dele osté por su carta ó se va á encontrá argo que no se la perdío.)

VEL. Basta e pamplinas y tratemos de lo que mos importa... Toñico... (A Anastasia.) (Voy á jablarle de eso.)

ANAS. Me marchó.

VEL. Quéate.

ANAS. Pero... (1)

VEL. Que te quees te igo. Toñico, ya sabes que soy tu tutor y curaor.

TOÑ. Sí, señor: lo sé.

VEL. Que te armenistro, muy bien por cierto, los cuartitos que te ejaron tus padres.

TOÑ. Sí señor: lo sé.

VEL. Pos bien. Como tutor, como curaor y como arcarde...

ANAS. (¡Ya salió el alcalde!)

VEL. Voy á isirte lo que he pensao sobre tí. Sabes que mi hermana, aquí presente...

ANAS. (¡Se me colorean las mejillas!)

VEL. Estuvo casá con un hombre de cencia: un jerraor.

ANAS. ¡Veterinario!

VEL. Lo mesmo da. Y que por mor de haberse muerto el marío, está viuda. Ella no se siente bien en ese estao... y yo he pensao en casarla contigo.

TOÑ. (¡Qué mal pensamiento!) ¡Señor arcardel...

VEL. Ella está toavía mu jacarandosa.

ANAS. ¡Por Dios!

TOÑ. (¿Y qué jago yo con este fenómeno?)

VEL. Ma dicho que le paeces mu simpático.

ANAS. ¡Ay, qué vergüenza!

VEL. ¡Las viudas no tién vergüenza!

TOÑ. (Güeno es saberlo.)

VEL. Casándote con ella, te cuelas en mi familia, y cuando me muera, pueo ejarte...

TOÑ. ¿El cortijo de la Viñuela?...

VEL. No: la vara.

TOÑ. ¡Ah!... (¡Qué generoso!)

VEL. Esto, si quiés por la güena; que si no, como soy tu tutor, y á más arcarde, te caso por la mala... porque estoy convencio de que si tú

(1) De derecha á izquierda (del actor): Anastasia—Tío Veleta—Toñico.

- ó el albeitar no cargais con ella, no hay en el pueblo quien satreva á meterle el diente.
- TON. El albeitar está loco perdío por la señá Nastasia.
- VEL. Pero ella no le pué ver ni pintao.
- Tcñ. El albeitar es muy bruto, y al saber que yo le quito la novia me pué pegar una paliza.
- VEL. ¿Pegarte á ti siendo yo arcarde? ¡Tendría que ver! Descartao el jerraor número dos, ella temía declararse á ti, y yo le ije, igo... Como arcarde, pueo jacerlo too; yo me aclaro por ti, y ten la seguriá é que á mí no me ice que no. Tú no podías pensar esto, ¿eh?
- TON. ¡Nunca, señor arcarde, nunca!
- VEL. Pos ya lo ves.
- TON. ¿Y cómo le doy calabazas al arcarde?)
- ANAS. ¡Es tímido como una tórtola!
- VEL. Decíete pronto. Esto e casarse es como ar que le dan un trabucazo. Si se está con er deo en er gatillo pensando isparar... no se jace.
- TON. Es que... como osté ice... ¡esto es un trabucazo!
- ANAS. ¡Qué efecto le ha hecho!
- TON. La verdá, señor arcarde... yo... yo...

Música

- TON. Yo soy mu pusilánime,
soy demasiado tímido,
la lengua me se trava
y no le puedo contestar.
Es esta la primera
mujer que me declara
que por mí arde en amores,
y lo tendré que meditar.
- VEL. Comprendo que estés loco
pensando que mi hermana
en ti se haiga fijao
y por ti tenga tal pasión.
No es cosa mu corriente
que mujer de sus prendas
y hermana del arcarde
jaga á un mozo tal honor.

ANAS. (Yo estoy colorada,
yo estoy sofocada.
¡Qué vergüenza tan grande
si me dice que no!
No habrá hombre tan necio
que me haga un desprecio,
y puede envanecerse
de que le quiera yo.)

VEL. Ella es mu jacendosa
y mu jacarandosa,
y aunque no es una chica
está de mu güen ver.
Es mujer elustrada,
ella no iznora nada,
y es una zalamera
que se deja querer.

TOÑ. Me parece precicsa,
la mujer más hermosa
y de más cercunstancias
que pude imaginar.
Estoy entusiasmao
de que en mí haiga pensao:
pero antes de casarme
lo tengo que pensar.

ANAS. Gracias por tus piropos,
guapísimo Toñuelo:
eres fino y galante
como buen malagueño.

TOÑ. (1) Perdón, señora,
si fui tan torpe
y tan zoquete
que nunca vi
en esos ojos
tan hechiceros
una mirada
de amor por mí.
Me parecía
un disparate
y una locura
pensar en vos:
tanta ventura

(1) Tío. Velela—Anastasia—Toñico.

no sospechaba
ni tanta dicha.
(¡Libreme Dios!)

VEL. ¡Ay, qué trance tan duro,
no me podré escapar,
y tendré que casarme
con este carcamal.
Es la endina mu fea,
sabijonda además,
y más que mi señora
puede ser mi mamá.
Es un trance muy duro,
pero se casará,
que el arcarde lo manda,
y no ha de protestar.
La novia no es mu fea,
lleva dote, además;
y aunque no es una niña,
no tiene mucha edá.

ANAS. ¡Ay, qué trance tan duro!
Mi corazón está
que se sale del pecho
de angustia y ansiedad.
No dirá que soy fea,
llevo dote, además;
y aunque soy talludita,
no tengo mucha edad.

Hablado

VEL. Güeno: esto ya es cosa rematá.
TON. (Rematá de mala.) Yo creo...
VEL. Se asperará er tiempo preciso pa que lle-
guen de Málaga argunas cosillas que encar-
garemos: los dos estais mal de ropa de lujo.
Y no me paece bien que os caseis desnúos.
TON. Estaría mu mal visto.
ANAS. ¿Qué dirían en el pueblo?
TON. Que habíamos perdío la vergüenza.
VEL. (1) Ahora que vas á meterte en mi familia, ja-

(1) Anastasia—Tío Veleta—Toñico.

- rás caso de lo que yo te mande. Sé que, no estante mis advertencias, vas toas las noches en la parranda de Pepe Luis.
- TOÑ.** Pepe Luis es mu güeno y mu fino, y lo quiero como á un hermano.
- VEL.** Pero es un Ramos y sabes el odio que le tiene don Félix, el amo der pueblo, por quien tengo esta vara... y la tendré hasta que me muera, ¡porque yo muero de arcadel!
- TOÑ.** (Otros mueren de purmonía.) Pepe Luis no es enemigo de naide.
- VEL.** Las dos familias se han aborrecio siempre por culpa de una mujer. Un escendiente... ¿No se ice asina, datora en fisolcía?
- ANAS.** Sí, licenciado en gramática parda.
- TOÑ.** (¡Güerve por otra!)
- VEL.** Un escendiente del padre de Pepe Luis estaba enamorado de la moza más juncal de Fuengirola, y también la quería uno de la familia de don Félix Aguado. Una noche, cuando don Pedro Aguado hablaba con su novia por la reja, llegó la parranda de Ramos. Entre las coplas de los mozuelos y los sonos de las guitarras, se oyó un grito de muerte y Aguado cayó pa siempre al pie de aquella reja. Ramos murió también años después en el presidio. Desde entonces las dos familias se han odiao, se han prejudicao en sus intereses, han trasmitio el odio á sus hijos, y allí viven los Aguado en su manífica casa llamando á Pepe Luis hijo de asesinos, y enfrente, á la orilla del mar, Ramos, llamando á don Félix escendiente é pillos y ladrones. Ya ves er daño que jizo una cara bonita... Por una mirá de sus ojos se perdieron dos hombres, se han separao dos familias...
- TOÑ.** Y el pueblo entero sufre las consecuencias de su odio.
- VEL.** Por eso nunca me ha gustao á mí la mujer demasiao bonita, y me casé con una, Dios la tenga en gloria, que tenía cara de pocos amigos.
- TOÑ.** (Y de perro de presa.)

VEL. Si quies ser feliz en er matrimonio, cástate con un espantajo.
ANAS. ¡Hermano, por Dios!
VEL. No lo igo por tí. Tú, aunque agraciá, no eres una de esas mujeres que tiran de espartadas.
TOÑ. Eso lo ice usté porque no sa fijao bien en ella.
ANAS. (¡Qué indirecta tan delicada!)
VEL. Por consiguiente, que no sepa yo que hablas con Pepe Luis.
TOÑ. Pos usté habla con él.
VEL. Yo pueo jacerlo too, porque pa eso soy arcarde.
ANAS. ¿Otra vez? ¡Estoy de alcaldía hasta el pelo!

ESCENA III

DICHOS, FÉLIX y FRASQUITO, por la izquierda

FRAS. Ahí tiene usté al arcarde.
FÉLIX A la paz de Dios. ¡Hola, Toñico! ¿Se estaba de conferencia con el tío Veleta?
TOÑ. Charlando un rato.
VEL. (¡Veleta!... A este no tengo más remedio que aguantárselo.) ¡Tanto güeno por aquí!...
FRAS. Está too muy bien arreglao pa la fiesta.
VEL. No sa podio jacer más, porque con los pocos fondos que tenía er Municipio, ha habío que vestir al secretario y á dos regiores que estaban mal de ropa.
ANAS. (A Félix.) ¿Cómo va de la neuralgia?
VEL. ¿La... qué?
ANAS. ¡Jaqueca, hombre, jaqueca!
VEL. No estás tú mala jaqueca.
FÉLIX Sigo lo mismo.
VEL. Y el méico no acertará. Yo tuve romatismo en las piernas, llamé al méico y ná. Entonces me vió el jerraor, veterinario, como ice ésta, maplicó unos parches, y ar día siguiente... güeno.
FÉLIX Eso pende del natural de cada uno. En mi familia no usamos veterinario.
TOÑ. (Han llamao cuadrúpedo al arcarde.)

VEL. Pos dá güen resurtao: úselo y verá.
FÉLIX Tenemos que hablarle de un asunto importante.
VEL. Pasen ustedes.
FÉLIX Dentro hace calor.
FRAS. Aquí estamos más frescos
VEL. Nastasia, Toñico: don Félix y Frasquito
quién jablarme en reserva. Creo que me
entenderéis ustedes.
ANAS. ¡Ni que fuéramos tontos! Ven, Toñico, que
voy á darte una arropía y una cañita.
ToÑ. Ahora voy...
VEL. ¡Ahora mesmo!... Yo te lo mando.
ToÑ. (Como tutor y como arcarde.) Vamos á to-
mar la arropía... Y premita Dios que se le
ponga en pie en la barriga como si fuera la
solitaria.)
(Vanse por la casa Anastasia y Toñico.)

ESCENA IV

TIO VELETA, FÉLIX y FRASQUITO

VEL. Ya estamos solos.
FÉLIX (1) Tío Veleta... Usté no se percata de que se
rien de su autoridad.
VEL. ¿Quién se ríe de mí?
FÉLIX Usté ha mandao que las lanchas de Pepe
Luis no amarren en el lao derecho del puer-
to, porque perjudican á las de Frasquito,
que tien que amarrar en el lao izquierdo...
y too sigue como antes.
VEL. Es que él me ijo...
FÉLIX La de siempre. Van á tener razón los que
aseguran que es usté del último que llega.
Eso no está bien, tío Veleta.
VEL. (¡Y dale con tío Veleta!)
FRAS. Usté consiente que el bergantín *Malagueño*
y las lanchas de ese tunante amarren á la
vera del Castillo pa que puean abrigarse del
temporal mientras las barcas mías, que soy

(1) Frasquito—Félix—Tío Veleta.

- amigo de usted y de don Félix, los días de mucha mar se rompen contra las piedras. Y eso...
- FÉLIX. Déjame: esto es cosa mía. Quiero que se haga eso y quiero también que la casucha que hizo ese pillo en la playa se derribe.
- VEL. Pero si está firme...
- FÉLIX. Aunque esté como una roca. Quita la vista del mar á la casa de Frasquito.
- VEL. Se derribará...
- FRAS. ¿Y las lanchas?
- VEL. Amarrarán en el otro lao.
- FRAS. Yo no guervo á hablar de esto. Si usted no lo hace, yo me encargo de too. Tengo la sangre mu caliente y estoy harto de encontrarme á ese hombre en mi camino. Como la vera es estrecha, uno de los dos tendrá que apartarse pa que puea pasar el otro.
- VEL. Se jará lo que se puea... y argo más. Entren ustedes á tomar una cañita.
- FRAS. Gracias. Yo me voy porque la parranda se reúne mu temprano, pa darle á usted serenata y cantarle las coplas que ha compuesto Currito.
- VEL. Pa hoy no he organizao más que er baile. Mañana es la fiesta gorda y echaremos la casa por la ventana.
- FRAS. Hasta luego, señor arcarde. (Vase por la izquierda.)
- VEL. Anda con Dios y vive tranquilo.

ESCENA V

TIO VELETA y FÉLIX

- FÉLIX. Frasquito va á casarse con Angela. No le digo á usted más.
- VEL. ¿Este mocito es el que va á llevarse á esa rosita trepana?
- FÉLIX. Antes de que yo falte, quiero que las dos muchachas esten casás.
- VEL. Tié osté razón. Ar día siguiente de que se casen, pue osté morirse tranquilo.

- FÉLIX ¡Hombre, no sea usted tan material!
VEL. Quiero ir que...
FÉLIX Tío Veleta...
VEL. ¡Machaca con tío Veleta!)
FÉLIX Yo quiero que Angela se case con Frasquí-
to; pero ella no sabe nada.
VEL. Por el pueblo se corre que está enamorá;
pero naide sabe de quién.
FÉLIX Yo tampoco, aunque algo me figuro. Hace
tiempo está triste, pensativa... y cuando sigo
la dirección de su mirada y veo que la fija
en una casa maldita donde vive el único
bombre que odio, siento una ira que me
abrsa el alma y una pena que me parte el
corazón.
VEL. Eso será una figuración de usted.
FÉLIX Es que si fuera verdá que mi hija... mi An-
gela... (Transición.) Tiene usted razón, tío Veleta... debe ser una figuración. ¡Lo otro sería
para volverme loco! .
VEL. No se ocupe más de esas cosas, y vamos a re-
mojar la garganta. Ya sabe que en Fuengirola
no se jace más que lo que osté disponga,
mientras yo viva; y cuando me muera tam-
bién... porque entonces será arcarde Toñico.
FÉLIX Eso si los partidarios del tío Lenteja no
consiguen quitarle á usted la vara.
VEL. (Alarmado.) ¿Sabe usted algo?
FÉLIX Sé que han escrito á Málaga, diciendo que
le llaman á usted tío Veleta, porque se in-
clina del lao que sopla el viento y que muda
de opinión como de camisa.
VEL. ¡Habrá embusteros! Hace veinte años que,
manden los unos ú los otros, yo siempre es-
toy con el Gobierno... ¿Pué haber naide de
ideas más fijas? Yo, ni moderao ni pogre-
sista. ¡Siempre arcarde, y na más que arcar-
del... ¡A ver si hay quien tenga más conse-
cuencia, más tesón!...
FÉLIX No tenga usted miedo mientras yo le sos-
tenga.
VEL. Gracias por mí. y por el pueblo. ¿Qué se-
ría de esta recua de bestias si yo no fuera
delante con el esquilón? (Vanse por la casa.)

ESCENA VI

PEPE LUIS por la izquierda

Música

P. LUIS No se encuentra, aunque se busque
 en la tierra y en el cielo,
 un ángel como el que á mí
 me roba los pensamientos.

 Malagueña preci sa
 de ojos de fuego,
 de labios de carmín,
 de pelo negro,
 de pies como piñones,
 de talle esbelto...

 Tu retrato en el alma
 siempre le llevo.

 Tan sólo con mirarte
 feliz me siento,
 y en estar á tu lado,
 mi vida, sueño.

 Malagueña encantadora,
 luz que alumbra mi camino
 como estrella del destino
 del que vive por tu amor.
 no te apartes de mis ojos,
 que es sin ti la vida mía
 como la noche sombría,
 llena de angustia y dolor.

 Prisionero me tienes
 el corazón;
 pero dulces cadenas
 las tuyas son.

ESCENA VII

EL MISMO y TONICO, que sale de la casa

Hablado

Toñ. Pepe Luis, ¿ya de vuelta?
P. Luis Ya sabes que el *Malagueño*
es ligero como un ave.
En Marbella me dijeron
que hoy da el alcalde una fiesta
pa regocijo del pueblo.
Como está la mar tranquila
y mi barco es tan ligero,
en menos que canta un gallo
nos pusimos en el puerto.
Vengo á cantar una copla;
si hay baile, á mover el cuerpo;
y si hay algo más que hacer,
á todo vengo dispuesto.

Toñ. Desde el lunes, que te fuiste,
han pasao graves sucesos.

P. Luis ¿Ha muerto alguna persona?

Toñ. Peor que si hubieran muerto
toas las personas y burros
que estamos en este pueblo.

P. Luis ¡Revienta! ¿Qué es lo que pasa?

Toñ. Que ese bruto que tenemos
por arcarde, se ha empeñado
en largarme al estafermo
de su hermana, y me previene
que de toas maneras tengo
que cargar con la pantasma,
porque él quiere; y si me niego
es capaz de enchiquerarme,
de quearse con mi dinero...

P. Luis Y si no te hace otra cosa
peor, date por contento

Toñ. Yo no he querido decirle
que no necesito perro
pa que me guarde la casa.

P. Luis Y entonces, ¿qué es lo que has hecho?
Toñ. Callarme, decir amén,

y mientras, á ver si pienso
algún plan pa escabullirme
y dejarle ahí er mochuelo.

P. Luis ¿Y Marcela?

Toñ. Tan hermosa.

P. Luis ¿Y Angela?

Toñ. Como un lucero.

Toavía no sabe mi novia
que hay quien le disputa el puesto.
Por cierto que ahí está el padre
conferenciando en secreto
con el arcarde.

P. Luis Tendrán

alguna infamia en proyecto.
Cuando los dos se reúnen,
hay que temblar en el pueblo.
O es pa procesar á alguno,
ó pa rajarle el pellejo,
ó pa quitarle la honra,
ó pa robarle el dinero.

Toñ. Mal los quieres.

P. Luis Correspondo

á lo que me quieren ellos.
El tío Veleta es un tuno;
va pa donde sopla el viento
y ayuda á los que le ayudan.
Por sostenerse en su puesto,
deja que roben y roba;
matan y finge no verlo;
y es señor de horca y cuchillo
de esta gente y de este pueblo.
El otro es toavía más malo.
¡Es su padre!

Toñ.

P. Luis Sí; y lo siento.

Pero padres muy canallas,
pueden tener hijos buenos.
Por ese hombre sin conciencia;
por ese infame, no tengo
de la fortuna tan grande
que dejaron mis abuelos,
más que la casa en que vivo
y nueve ó diez barquichuelos.

Lo demás, los naranjales,
el bosque de limoneros,
los olivos y las viñas,
las casas y los dos huertos,
se lo ha comido la curia,
él lo tiene ó está en pleito.
Dicen que ha pagado gentes
para que le peguen fuego
á lo poco que me queda...
y alejarme de este pueblo.
¡Dime si hay hombre mas malo
bajo la capa del cielo!
Pero es su padre.

Toñ.
P. Lurs

Es verdad;
y eso causa mi tormento.
Por ser hija de quién es
la odiaba desde pequeño
y ella también, por su parte,
me tenía un odio ciego.
El odio aquel de muchachos
de jóvenes fué creciendo;
y una tarde, al regresar
de la ermita, junto al puerto,
la ví en pie sobre una roca
mirando al mar á lo lejos.
Cuando pasé, se volvió;
sus hermosos ojos negros
se clavaron en los míos
y su mirada de fuego
me llegó hasta el corazón,
haciéndome tal efecto,
que no he podido olvidar
los rizos de sus cabellos
ni su graciosa figura
perfilándose en el cielo
á los pálidos fulgores
del sol, que en aquel momento
se hundió en el mar, ¡envidioso
de aquellos ojos tan bellos!...
Después procuré olvidarla,
arrancarla de mi pecho,
pero estaba aquí clavá,
estaba dentro, ¡muy dentro!..
Y sin querer la buscaba;

y cuando iba de paseo
mi parranda, por las noches,
me paraba ante los hierros
de su ventana, y allí
lanzaba una copla al viento
para decir que por ella
estaba vivo y muriendol...
Así pasaron dos años,
y una mañana, aquí mesmo,
al pasar cerca de mí,
de las trenzas de su pelo
dos rosas de Jericó
junto á mis pies se cayeron.
Angela quiso cogerlas;
yo, sin darme cuenta de ello,
entre mis manos las suyas
apreté con loco anhelo
y bajito, muy bajito
y bebiéndome su aliento...
¿Me quieres?—le pregunté—
y ella me dijo:—Te quiero!...
¡Y dos lágrimas ardientes
por sus mejillas corrieron!...
Sé que su padre me odia,
que este amor es un veneno
que abrasa nuestras entrañas,
mas á pesar de tóo esto,
yo no puedo remediarlo;
¡la quiero... porque la quiero!
¿Y el padre no sabe?...

Toñ.
P. LUIS

Nada:
ni él ni ninguno del pueblo.
Cuento contigo.

Toñ.

Ya sabes
que hasta que pierda el pellejo
puedes disponer de mí;
pero con tu ayuda cuento,
á ver si los dos pensamos
cómo sarvo mis cuartejos
pa casarme con Marcela,
dándole al arcarde un quiebro
y otro á su hermana, y asina
librarme de ese esperpento.
Ya sabes que soy tu amigo.

P. LUIS

TON. · Jasta la muerte. ¡Choquemos!
 (Se dan la mano y salen por la izquierda Marcela y An-
 gela.)
MARC. (que ha oído la última frase)
 ¡Pos no estais poco chocantes!...
TON. ¡Bendito sea tu salero!

ESCENA VIII

DICHOS, ANGELA Y MARCELA

Música

TON. Son graciosos tus ojos
 y tu mirada,
 es graciosa tu boca
 y hablas con gracia.
 Tíes gracia en los andares,
 gracia en la cara;
 que eres, Marcela mía,
 la mujer más graciosa
 de Andalucía.

MARC. (1) No soy yo tan graciosa
 si se repara,
 ni mis ojos la tienen,
 ni la mirada.
 Eso es que tú me miras
 con mucha gracia;
 que eres tú, sin porfía,
 el mozo más salao
 de Andalucía.

P. LUIS Vé si es grande mi querer,
 que sólo por verte vivo;
 quiero morir cuando mueras
 y que me entierren contigo,
 pa que teniéndome cerca
 no puedas darme al olvido.

ANG. Este amor que odio engendró
 pué ser pa nuestro castigo;
 pero aunque así sucediera,
 amor mil veces bendito,

(1) Angela—Pepe Luis—Toñico—Marcela.

no es posible que te olvide
si por tí muriendo vivo.

P. Luis
Ang.

Te quiero tanto
como te odiaba
y no es posible
quererte más.
Si mi desdicha
con ello labro,
nada me importa
por tí penar.

Ang.

No sé cómo pudo ser,
que un odio tan africano
se transformara en cariño
tan grande y tan soberano.
Como un malquerer constante,
como una sombra maldita,
se convirtió en un momento
en una imagen bendita.
Como un desprecio profundo
en amor se convirtió.
¿Por qué misterio tan grande
nació del odio el amor?
Y tu nombre en las arenas
sin querer escribía,
y tu imagen en los ojos
siempre tenía.
Y con tanta fijeza
aquí quedó,
que no habrá quien la arranque
del corazón.

P. Luis

El calor de una mirada
de esos ojos hechiceros,
convirtió un odio tan grande
en amor mucho más ciego.
Que es tan pura la belleza
de esos ojos y e. a cara,
que al mirarlos una vez
prisionera queda el alma.
Y aunque pase muchas penas
y sufra muchos tormentos
¿qué me importan los pesares
si me quieres y te quiero?
Bendita malagueña
de ojos de fuego,

tu imagen hechicera
llevo en el pecho.
Y con tanta fijeza
aquí arraigó,
que no habrá quien la arranque
del corazón.

TOÑ.

Se empeñan en que me case
con esa agüela,
que en vez de enamorarse
debe hacer media.
Si ese borrico,
que es más cuadrúpedo
que los que llevan
puesto el ronzal,
sigue empeñao
en que me case
con la más fea
de too el lugar,
cojo á la novia,
le ato una piedra
y la zambullo
dentro del mar.

MARC.

¡Já, já, já, já!
qué guapo vas á estar;
de bracete con la agüela
qué bien irás.
Já, já, já, já!
qué mujer vas á tener
y qué luna, ¡ay qué luna,
qué luna... de miel!
¡Já, já, já, já!
qué cositas le dirás.

TOÑ.

¡Y ella, que es tan inocente,
qué encarnada se pondrá!
Sabes tú que estos ojitos
que se ha de comer la tierra,
están sólo pa mirarte
y pa que en ellos te veas.

ELLOS

Bendita malagueña
de ojos de fuego, etc.

ELLAS

Gallardo malagueño
de ojos de fuego, etc.

Hablado

- MARC.** ¿Qué vas á jacer, Toñico
con una jembra tan guapa?
- TOÑ.** No premita Dios que nunca
quíá jaser con ella nada.
Se la dejare al arcarde
pa que le guarde la casa.
- MARC.** ¡Ay, ni que fuera un chusquel!
- TOÑ.** Pos de eso tiene la estampa.
Es su cara propiamente,
la de una perra de lanas;
y el albeitar, que la adora,
es el que debe lograrla,
y hasta pué jaser con ella
experiencias pa enseñanza
de la cura de animales
en sus diferentes castas.
- ANG.** Por Dios, Pepe Luis, te ruego,
con las veras de mi alma
que no vengas esta noche.
- P. LUIS** ¿Por qué?
- ANG.** Puede haber jarana,
y voy á estar intranquila.
- P. LUIS** Volveré con mi parranda
para cantar una copla
y ver si algun gallo canta...
Con retorcerle el pescuezo
verás que pronto se calla.
- ANG.** No busques n̄uevos disgustos.
- P. LUIS** Me han dicho que hay un calandria
que quiere bailar contigo...
y contigo nadie baila.
Además, hay que acabar
con situación tan extraña,
y que sepan que te quiero,
y que sepan que me hablas,
para que no haya ninguno
que en tí fije sus miradas.

ESCENA IX

DICHOS: FÉLIX, tío VELETA y ANASTASIA, que salen de la casa

ANG. (Al ver á su padre.)
¡Vete, por Dios, te lo ruego!
P. LUIS Me iré... si tú me lo mandas.
(Félix intenta avanzar hacia Pepe Luis y Angela y Marcela le detienen. Toñico empuja á Pepe Luis, el cual se va por la izquierda.)
FÉLIX ¿Qué quería ese tunante?
ANG. ¡Padre, por Dios!
MARC. Que... pasaba.
FÉLIX Pero... ¿no se ha detenido?
MARC. Pasó..
ToÑ. Pasó...
VEL. (1) (Esta no pasa)
ToÑ. Como iba de un lado al otro...
Es natural que cruzara.
VEL. Hay que verte la cabeza;
la tendrás echando ascuas.
¡Lo que cavila este mozo!
ANG. ¡Protéjele, Virgen Santa!)
FÉLIX ¡Es que si hablara contigo,
si tan sólo te mirara,
por tu vida, que es mi vida,
te juro que lo mataba!
¡Un pariente de ese tuno;
hundió su infame navaja
en el pecho del tío Pedro
á traición, no cara á caral...
Si ese á traición quiere echar
á mi apellido una mancha...
ANG. ¡Padre, por Dios!
FÉLIX ¡Yo también
sé á traición cómo se mata!...
Ten presente si lo miras,
que una mirada fué causa
de que el tío Pedro cayera
al pie de aquella ventana.

(1) Angela—Félix—Marcela—Anastasia—Toñico—Tío Veleta.

- ANAS. No se hable más del asunto,
ya le han dicho que pasaba.
Hoy es día de regocijo.
- VEL. De fiesta y de bienes danzas.
- TOÑ. ¡Que términos!
- VEL. (A Anastasia.) Pa que veas
que también tengo palabras
oscuras y enrevesás.
- ANAS. Y una oratoria que aplasta. (1)
(Empieza á oscurecer... Salen unos criados de casa
del alcalde y encienden los farolillos. Se oye dentro
una parranda con guitarras.)
- FRAS. (Cantando dentro al son de las guitarras.)
Queremos que sea este arcoarde
el que nos gobierne siempre:
aquí las leyes nos sobran
que él gobierna como quiere.
- MARC. Tié gracia la copla.
- VEL. Tié gracia y es verdá. Yo armenistro como
me dá la rial gana.
- ANAS. Y el que no esté conforme que se vaya á
vivir á otro pueblo: ya lo sabemos, como
también que eres alcalde, porque lo dices
treinta veces al día, y me quedo corta.
- ANG. (A Toñico.) (Ya has oído á mi padre. Si vinie-
ra Pepe Luis...)
- TON. (Vendrá. No ha faltao quien le sople á la
oreja que Frasquito quíe bailar contigo. Con
esta custión y la de mi boda, estoy que me
se ajoga con un pelo)

ESCENA X

DICHOS: FRASQUITO y la parranda con bandurrias y guitarras

Música

- PARRANDA Queremos que sea este arcoarde, etc.
- TODOS ¡Viva el señor arcarde!... ¡Viva!...
- FRAS. Como Toñico
tié mucha gracia
y es el mocito

(1) Toñico—Angela—Marcela—Félix—Anastasia—Tío Veleta.

que mejor canta,
él dirá la canción
que Currito ha compuesto
en su honor.
Toñ. (Estoy de humor
para cantar
y decirle piropos
a este animal.)

—
Tengo mala la memoria
y me puedo equivocar,
si cometo alguna falta
me tendrán que perdonar. (1)

—
No he visto arcarde
más animal...
Todos ¿Eh?
Toñ. Más ideal.
Todos ¡Ah!
Toñ. Es el más bruto..
Todos ¿Eh?
Toñ. Es el más culto
de too el lugar.
Todos ¡Ah!
Toñ. Todos jacemos
su voluntá,
y está todo er vecindario
que no puede rabiarse más.
Todos ¿Eh?
Toñ. Y está todo er vecindario
que no pue quererle más.
VEL. Ten memoria, mia Toñico
que el garrote se me va.

—
CORO Ten memoria, mia Toñico
que el garrote se le va.
Toñ. Ya he dicho que me equivoco
con mucha facilidad.

(1) Angela—Marcela—Frasquito—Toñico—Anastasia—Félix—Tío
Veleta.

Hablado

- VEL. Basta é coplas, que no quiero pegarle á uno un palo en día tan señalao.
- TOÑ. Er señalao sería er que lo recibiera. (Me desajogué..)
- VEL. ¡Venga vino, y que haiga alegríal
(Se oye dentro la banda municipal, y sale Pepe Luis por la izquierda. Félix y Veleta no le ven, por hallarse detrás de un grupo de mozos.)

ESCENA XI

DICHOS, PEPE LUIS, CORO y la BANDA, por la izquierda

(El tío Veleta, Félix, Angela, Marcela y Anastasia se sientan delante de la casa en sillas que han sacado los criados del Alcalde. Toñico permanece en pie cerca de Marcela. Sale primero la banda y detrás las muchachas vestidas con los trajes de día de fiesta y con flores en la cabeza y desfilan por delante del Alcalde)

Música

CORO Salú, señor arcarde,
tenga felicidad,
que viva muchos años
pa podernos convidá.
Esta es noche de alegría,
hoy celebra Fuengirola
la fiesta que da su arcarde
y el santo de su patrona.
Hoy bailan las mozas
con garbo y salero.
mientras que los mozos
las dicen requiebros,
y en estas arenas
vierten tanta sal,
que la mar mañana
está más salá.

(Forman grupos, dejando en el centro espacio para que puedan bailar. Un grupo de mozos con guitarras se sube en unos bancos detrás de las mujeres.)

VEL. Traer vino hasta que se ajoguen,
piñonate y alfajor,
que también yo soy rumboso
cuando llega la ocasión.

Comience la fiesta,
cantar y bailar,
y venga una copla
con gracia y con sal.

(Los criados del alcalde reparten vino, piñonate y alfajores.)

TOÑ. Voy á comprar un fanal
y voy á meterte dentro,
pues te quiero con tal ansia
que del aire tengo celos.
Tengo celos de las flores
que te pones en el pelo.

(Bailan dos parejas. Las mujeres acompañan con las castañuelas.)

CORO No hay tierra mas bella
de más alegría,
ni mozas más guapas
que en Andalucía.
Con ojos de fuego
de tan viva luz,
cual rayos ardientes
del sol andaluz.

ANG. Mujer que al dolor se abate
y de su amor tiene miedo,
no sabe lo que es querer
ni tiene en el pecho fuego.
Por eso yo soy su esclava,
que él reina en mi pensamiento.

CORO No hay tierra más bella, etc.

(Frasquito invita á bailar á Angela: ésta se detiene, y Fepe Luis se pone delante de ella.)

P. LUIS Esta mujer es tan solo
para el dueño de su amor,
y no hay quien baile con ella
estando delante yo.
Si para abrazar su talle
hay alguno con valor,
ya sabe lo que le cuesta,
pues se juega el corazón.

CORO Los padres se odiaban

con fiero rencor,
los hijos se quieren
con viva pasión.
El que baile con ella
se juega el corazón.
FÉLIX (1) ¿Cómo has podido creer
que hija de padres honrados
pudiera nunca querer
al hijo de unos villanos?

Quita, infame, de mi vista,
que no vuelva á verte más;
si repites que la quieres,
la lengua te he de arrancar.

P. LUIS

En lucha terrible
en mi corazón,
vencido fué el odio
por más fiero amor.
Si me humillo en tu presencia
y tus agravios tolero,
es que á mis fieros rencores
mis amores ponen freno.
Es que la amo con locura,
es que se abrasa mi pecho;
me insultas, y no te mato,
considera si la quiero.

ANG. y P. LUIS

Un amor que ha germinado
al calor de un odio ciego,
será causa de desdichas,
de penas y de tormentos.

MARC., TOÑ.
VEL., ANAS.
y CORO

Es un mozo muy valiente,
no ha tenido nunca miedo;
si tolera sus insultos,
es que amor le pone freno.

FRAS.

Es canalla y es cobarde;
es traidor, y tiene miedo;
si la quiere, yo también
por su amor me estoy muriendo.

(1) Frasquito — Toñico — Pepe Luis — Angela — Félix — Marcela —
Anastasia — Tío Veleta.

FÉLIX

Arrancarla de mis brazos,
la vida te ha de costar;
pa que esta mujer sea tuya,
antes me tiés que matar.

P. LUIS

Pués hacer que no la mire,
pués hacer que no la vea,
mas nunca podrás lograr
que á otro mire y á otro quiera.
No podrás romper los lazos
que ha anudado nuestro amor,
ni borrarás mi retrato,
que lleva en el corazón.

FÉLIX

Si es verdad, como dices,
que ella te ama,
con mis manos te juro
que la mataba.
Pero ella te desprecia,
igual que yo.

ANG.

P. LUIS

ANG.

No quiere á ningún pillo.
¡Padre, perdón!

Si de ti me apartan,
Aunque de él me aparten, }
en el alma llevo
de un sueño dichoso
la dulce visión.

Mientras tenga aliento,
mientras vida tenga,
él } es mi esperanza
ella }
y mi solo amor.

ANG.

P. LUIS

MARC.

VEL.

TOÑ.

ANAS.

CORO

FRAS.

Aunque de él me aparten, etc.
Si de ti me apartan, etc.

Aunque de él la aparten, etc.

Aunque no me quiera,
en el alma llevo
de un sueño dichoso
la dulce visión.

Y pues él la quiere
mientras vida tenga,
allí le persigue
mi fiero rencor.

ANG. y P. LUIS Y mi solo amor.

CORO Y su solo amor,

FRAS. y FÉLIX Mi fiero rencor.

(Toñico y Tío Veleta sujetan á Pepe Luis, Marcela y
Anastasia á Félix y á Frasquito. Angela cae de rodillas,
implorando perdón. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

A la derecha, la casa de Angela con puerta, ventana y balcón practicables. En la ventana, macetas, y una con dos claveles. Encima de la puerta un emparrado. A la izquierda, palmeras y otros árboles, y al foro, el mar, en el cual flotan algunas barcas cerca de la orilla. Al foro izquierda, la proa del bergantín "Malagueño", viéndose parte de la arboladura. Al levantarse el telón, un grupo de mujeres cose velas de barcos, y otro de hombres trabaja en las lanchas y en el "Malagueño". Pepe Luis se asoma por encima de la borda del barco. Cables, velas, redes, cadenas, capachos, cabos de cuerda, cubos, esponjas grandes sueltas y otra á la punta de un palo largo.

ESCENA PRIMERA

PEPE LUIS y CORO

Música

CORO

Marinero que á tu lancha
cuidas con prolijo afán,
libre Dios á tu barquilla
de las furias de la mar;
que igual en la mar que en tierra
los vientos de tempestad
cuando estamos más dichosos
nos llevan á naufragar.
Nada temas, marinero,
nada temas de la mar,

P. LUIS

que si el mar hace traiciones
en la tierra se hacen más.

Dicen que sin corazón
no hay nadie que vivir pueda,
y yo he vivido en la mar
y mi corazón en tierra.

Que á traición me lo robaron
los ojos de una morena.

Nada temas, marinero,
nada temas de la mar,
que si el mar hace traiciones
en la tierra se hacen más.

CORO

Nada temas, marinero,
nada temas de la mar,
que si el mar hace traiciones
en la tierra se hacen más.

Hablado

MARINERO Vaya, recoger, muchachos,
y dejemos la tarea.

Mañana será otro día.

MUJER Con verdades como esa
se acreditó Pero Grullo.

¡Nos da usted noticias frescas!

MARINERO Como estamos en verano
son las que mejor nos sientan.

MUJER ¡Anda con Dios, adevino!

MARINERO ¡Que descanses, bachillera!

TODOS (Cantando.)

Nada temas, marinero,
etc., etc.

(Vanse por derecha é izquierda.)

ESCENA II

TOÑICO por la izquierda y ANASTASIA de casa de Angela

TOÑ.

Si me sale bien el plan
estamos de noragüena;
pero como no me sarga
voy á ganarme una felpa;

(1) de ...

- comprometo á Pepe Luis,
me quedo sin mi Marcela
y me casan con la bruja.
ANAS. (Que sale distraída de la casa.)
La dejo como una seda.
¡Ay, un hombre! (Tropieza con Toñico.)
ToÑ. ¡Qué animal!
ANAS. ¡Toñico!
ToÑ. Perdona, prenda,
pero al pisarme el juanete
me has hecho ver las estrellas.
ANAS. No tengo yo el pié tan grande
para que tanto te duela.
ToÑ. Es que aunque sea pequeño...
ANAS. Es verdad... lo que sustenta
no es ningún costal de paja,
que estoy llena... ¡y muy rellena!
ToÑ. (Como los calabacines,
pero tengo inapetencia.)
¿Tamién eres presumía?
(¡Qué lástima de escopeta!)
Y dime, retepreciosa,
y perdona la franqueza,
¿que te trae por estos sitios?
ANAS. Me han encargado reserva,
mas yo no tengo secretos
que de mi esposo no sean.
ToÑ. (Rectificándole con gravedad cómica.)
Esposo foturo, ¿estamos?
¡Ah! Te alvierto que el albéitar
está muy serio conmigo
y quié buscarme quimera.
ANAS. ¿Y qué? Puedes despreciarle.
Ni has de calzarte en su tienda
ni él tiene en mi corazón,
como tú, la preferencia.
Pero sigo mi relato.
Desde el día de la fiesta
sabes que aquí no hoy sosiego,
que las parrandas se enredan,
que ha habido varios heridos,
y que no hay ya quien se atreva
á salir por Fuengirola
en cuanto el Angelus suena.

- TOÑ.** Por las novias hubo siempre
jaranas y peloteras.
- ANAS.** Pero como estas de ahora,
tan fuertes, no se recuerdan.
Don Félix, que está estos días
convertido en una fiera,
dice que Frasquito tiene
que ser su yerno por fuerza,
y que matará á su hija
si la mocita se empeña
en querer á Pepe Luis.
Ella es una niña terca
y parece que no cede.
Frasquito busca pendencia
con Pepe Luis, su rival,
y en esta marimorena,
las parrandas forman bandos
y el pueblo está siempre en guerra.
- TOÑ.** Si son esas las noticias
que me ibas á dar...
- ANAS.** Espera.
Mi hermano, el alcalde, supo
que alguien de este pueblo, intenta
hacerle alguna perrada.
- TOÑ.** (¡No es trompá la que me esperal)
- ANAS.** Y me dijo: tú eres lista,
diplomática y discreta...
- TOÑ.** Eres más que eso entoavía...
- ANAS.** Pero... sigue con tu tema.
Vete á casa de don Félix,
dile que el mozo se niega
á salir de Fuengirola;
que haga con él lo que quiera.
Y á esa niña testaruda,
causa de tantas quimeras,
le dices que ese mocito
pretende burlarse de ella.
Y he cumplido su mandato.

ESCENA III

DICHOS y MARCELA en el balcón

- MARC. (¡Ay, Toñico con la vieja!)
- ToÑ. Y... ¿te has podido enterar de lo que con Luis intentan?
- ANAS. No; pero debe de ser alguna cosa tremenda.
- ToÑ. ¿Y á Angela le has dicho?... Todo
- ANAS. lo que en el pueblo se cuenta. Que Luis finge que la quiere por tomar venganza fiera de los odios y rencores que contra ellos alimenta. ¡Jesús, qué hombres tan *banales*! Os mira una niña necia que carece de atractivos y carece de belleza, y carece... de otras cosas que me callo por prudencia, y hay tiros y puñaladas por saber quién se la lleva. Y si os quiere una mujer hermosa, fina, discreta y de peso...
- ToÑ. (No, de libras.)
- ANAS. La despreciáis, y por ella no hay quien se pegue dos tiros ni puñaladas siquiera.
- ToÑ. También por tí pue haber tiros y puñalás... (Por no verla.)
- ANAS. ¿De modo que tú has venio á soplarle en las orejas?
- ToÑ. ¡Resulta que eres chismosa, presumia y embusteral!
- ANAS. ¡Toñico! ¿estás en tu juicio?
- ToÑ. (¡Nos está viendo Marcela!)
- ANAS. ¿Así insultas á tu novia?
- MARC. (¿Su novia dice?)
- ToÑ. Me quema

la sangre que las calunias
que Frasquito, er tío Veleta
y otros tunos han lanzao
pa que el pueblo se las crea,
vengas á contarlas tú
pa que se aumente la gresca.

ANAS. Yo he dicho lo que mi hermano
me mandó que le dijera,
porque teme que su vara
peligre en estas pendencias.

TOÑ. (Con gravedad cómica.)
Por fortuna, lo que has dicho
lo sabe la Providencia
que ve todo lo que hacemos.

MARC. (Y que ha de tomarlo en cuenta.)

ANAS. ¡Tú me has llamado chismosa,
presumida y embusteral!
Presumida, porque digo
que aunque gorda, soy esbelta;
y chismosa, porque cuento
lo que mi hermano me cuenta.
Yo hablo por boca de ganso.

TOÑ. (Por boca der tío Veleta.)

ANAS. Si de novio así te portas,
¡qué de casada me espera!

MARC. (¿Otra vez?)

TOÑ. (Puede ayudarme

y hay que tenerla contenta.)
Si te ofendo es sin querer,
con la intención de que puedas
corregir tus defectillos
y que quedes tan perfeta
como perfeta tu cara
jizo la naturaleza.

(Mirando al balcón.)

¡De estas cosas que te digo
perdone la Providencia!...
Eres joven... eres guapa...
tienes garbo, gentileza,
mucho gancho y mucho *aqué!*
¡Ay, yo gancho!

ANAS.

TOÑ.

ANAS.

¡Sí, tú mesmal!
Conque tú estés enganchado,
me doy yo por satisfecha.

MARC. (Si una vieja se enamora
pierde el pesqui y la vergüenza.)
ANAS. ¡Sé que en el fondo me quieres!
TOÑ. (En el fondo de una alberca.)
MARC. (Si sigue así la echo agua.)
ANAS. Ven... que mis brazos te esperan.
(Marcela hace señas para que no la abrace.)
TOÑ. Nastasia... ¡no me violentes!...
ANAS. Pero... ¿es que me dejas fea?
TOÑ. ¡No!... (Te dejo como estás.)
Pero si en ello te empeñas,
puesto que no hay más remedio,
¡Perdone la Providencia!
(Se abrazan.)

Música

ANAS. Yo quiero un marido
que sea cariñoso,
amante muy firme
y un hombre de bien.
Que como el palomo
quiere á su paloma,
me arrulle con mimo
y á mi lado esté.
TOÑ. Quiero á una morena
gallarda y salada,
por ella suspiro
y de ella seré.
Y como el palomo
quiere á su paloma,
con mucho cariño
yo la arrullaré.
MARC. Cuando las viejas
salen de quicio,
no hay quien las pueda
contener.
Miren la paloma
con su palomito...
y mientras se pican
me pico también.
ANAS. Yo siempre á tu lado,
tú siempre conmigo,
mentira parece

tanto bien gozar.
No temas, Toñico,
que tu palomita
sólo á ti tan sólo,
á tí arrullará.

Toñ. No temas, morena,
si á alguna otra abrazo,
que igual que á mi agüela
la puedo abrazar.
Tan solo á tí quiero,
y tu palomito
sólo á su paloma
le puede arrullar.

MARC. A mí las palabras
y á la vieja abrazos,
mira que el reparto
es muy desigual.
Si á mí los diriges
no aprietes, Toñico,
que ya estoy cansada
de verte abrazar.

MARC. { A mí las palabras, etc.
ANAS. { Yo siempre á tu lado, etc.
Toñ. { No temas, morena, etc.

ESCENA IV

DICHOS y el tío VELETA por la izquierda

Hablado

VEL. (Al verlos abrazados.)
¡Que les jaga buen provecho! (1)

Toñ. Osté perdone.

ANAS. Dispensa.

VEL. Yo no, la vindita pública.

Toñ. (Va á creer... ¡Mardito seal)

VEL. El abrazarse en la calle
es sólo de sinvergüenzas.
(Marcela echa un jarro de agua sobre el empujado
debajo del cual está Anastasia.)

(1) Anastasia—Tío Veleto—Toñico.

- ANAS. ¡Ay! ¿Qué es esto?... ¡Es el diluvio!
TON. (Sin poder contener la risa.)
(¡Una ducha por sorpresa!)
- MARC. (En tono de burla.)
Usted perdone, señora.
Como la parra está seca
y hace aquí mucho calor,..
le estaba echando agua fresca.
- VEL. (A Anastasia)
(Es la hija de don Félix
y hay que aguantarse por fuerza)
- MARC. Si estaba usted acalorada
sentiré que caiga enferma.
- VEL. ¡Quí! ¡Si esto no es na!...
- ANAS. (Parece
que ha presenciado la escena.)
Pos que no sea de cudiado.
- MARC. Adiós, graciosa Marcela.
TON. (Desaparece Marcela del balcón.)
Voy á mudarme de ropa.
- ANAS. (Si ahora la viera el albéitar...)
TON. (Tío Veleto da con la vara á Anastasia.)
VEL. Jasta que no estéis casaos,
te mando que te contengas;
porque el riego de la parra...
es aviso ú indireta.
- ANAS. ¡Ay, qué caras expansiones!
¡Amor qué caro me cuestas!
(Vase por la derecha.)

ESCENA V

TONICO y el tío VELETA

- TON. ¡Güena la ha puestol
VEL. Se ha refrescao. Lo cual que sienta bien en
este tiempo. A otra cosa... ¡Y cosa seria!
TON. (Me tiemblan las carnes.)
VEL. Sé que se trabaja pa quitarme la vara. ¿Tú
sabes algo?
- TON. ¿No se enfadará usted?
- VEL. ¡No, hombre, no!

- TOÑ. Acuérdese que ma dicho que no se enfadará.
- VEL. No seas pesao.
- TOÑ. (Vamos á ver el partío que saco de este mulo.) En el pueblo se habla mu mal de usté y dicen que si no cambia de conduta va á perder la arcardia.
- VEL. ¡Repíte eso y verás el varazo que te ganas!
- TOÑ. Ma dicho usté que no se enfadaría.
- VEL. Tíes razón. Sigue.
- TOÑ. Esta mañana se ecía en la plaza: La culpa de too lo que pasa, la tié er tío Veleta.
- VEL. (Amenazándole.) No me llames tío Veleta, miá que te eslomo.
- TOÑ. No lo igo yo, lo icía er que hablaba. Es un pillo, añidió. Pero lo que no sabe er tío Veleta...
- VEL. Oye, quita la Veleta, ó te rompo er campanario de una trompá, y aluego va á dolerme.
- TOÑ. Sería curioso que yo me llevara la trompá y á usté le doliera. Güeno: pos ecían: No sabe el...—aquí er mote que tanto le enfada—no sabe que por mediación de Pepe Luis, que en sus viajes á Málaga ha trabao amistá con gente gorda, se trata de nombrar arcarde al tío Lenteja.
- VEL. (Muy enfadado.) Son unos... (Transición.) Sigue.
- TOÑ. Er tío Lenteja, añidió: ¿qué se pué asperar de un hombre tan bruto, que se negó á mercarlo al Ayuntamiento er derecho armenistrativo?
- VEL. No lo merqué, porque había quince duros de sobrante y al Secretario le jacia farta un borrico que era más útil. Pa derecho, yo, Mientras que pa borrico, no iba á ponerme á tirar del carrol...
- TOÑ. Uno ijo que don Félix y usté, á los que no son de su cuerda, les roban lo que tienen, y si arguno les estorba, encargan á las parandas de Frasquito y sus amigos, que le den una puñalá al golver de una esquina.
- VEL. ¡Eso es mentira! Y respeto á que se maten yo he leío, no se en dónde, que los pueblos

- deben gobernarse ellos mismos. Si sus en-
deviduos se matan unos á otros... ellos sa-
brán por qué.
- TON. Y siguió iciendo: Es tanta la tiranía der tío...
—aquí er mote—que quíe casar á los mozos
con quien le parece, y sacrifica al probe
Toñico pa que cargue con el espantajo de
su hermana. (¡Toma canela fina!)
- VEL. ¿Y qué jicistes al oir eso?
- TON. Me dió rabia; y como eran muchos, me se
puso la carne de gallina.
- VEL. De gallina la ties tú siempre.
- TON. Yo defendiendo á Pepe Luis—ijo un mozo.—
Y nosotros tamién—añidieron los demás.—
¡Hay que acabar con la tiranía der tío Vele-
ta!... ¡Ay, perdón, se me escapó!
- VEL. ¿Ices que Pepe Luis tié en Málaga amigos
enfluyentes?
- TON. Pero de mucha enfluencia.
- VEL. Toñico... tu eres avisao y espabilao, que por
argo te tengo predestinao á que seas mi cu-
ñao. A mí no me gusta estar mal con naide
que tenga enfluencia. Y si Pepe Luis la tie-
ne... y se la trae...
- TON. (Este tío suena en cuanto se le toca la tecla
de la arcardía.)
- VEL. Cuando veas á Pepe Luis, dile, ejándote
caer y como quien no quíe la cosa, que en lo
que yo puea no se le ocasionará daño mayor.

ESCENA VI

DICHOS y PEPE LUIS por el foro izquierda.

- TON. ¡Hola, Pepe Luis!
- P. LUIS Buenas tardes.
- TON. Te estábamos mentando. El arcarde icía que
le eras mu simpático.
- P. LUIS Sé que me aprecia mucho. (1)
- VEL. Si lo ices con segunda porque no ta gustao

(1) Pepe Luis—Toñico—Tío Veleta.

- lo que te ije esta mañana, te alvierto que esa es una prueba de aprecio. Mientras menos andes por estos sitios, mejor.
- P. LUIS ¿Quién puede impedírmelo?
- VEL. Sé que eres valiente; pero .. hazme caso; vete de Fuengirola y no te comprometas por ninguna mujer, que toas juntas no valen tres ochavos.
- TOÑ. (¿Cuánto valdrá entonces la señá Nastasia, ella sola?)
- VEL. Porque ta precio te doy este consejo. Ahora tú pués jacer lo que quieras; pero, entiéndeme bien, si ocurre alguna esgracia, no podrás icir que yo no soy un hombre honrao. (Vase por la casa de Angela.)
- P. LUIS Mejores los hay en presidio.

ESCENA VII

DICHOS, menos el TIO VELETA

- P. LUIS ¡Me iré, sí; pero será cuando deje tendío á mis pies á uno de esos tunantes!
- TOÑ. No trates de pelear con ellos cara á cara... Son más fuertes y hay que cogerlos con trampa. Ya has visto que el tío Veleta está amable contigo; es que ha cambiao el aire... la trampa está puesta. Ahora si ellos no caen, nos caemos nosotros.
- P. LUIS ¿Luego tú?..
- TOÑ. Yo pongo en práctica el refrán que ice: «Más vale maña que juerza.» Ahora con el achaque de acompañar ar tío Veleta, entro ahí, y estaré un rato con mi novia: mientras que si me hubiera endispuesto con él, á estas horas me había ya dao una de esas trompás que tanto me anuncia. Hay que saber vivir. (Vase por la casa de Angela.)

ESCENA VIII

PEPE LUIS y ANGELA, que sale de la casa

Música

ANG. Si amores fingen los hombres
y engaño en amor envuelven,
si amores fingen los ojos
y los labios también mienten...

P. LUIS Pero el amor verdadero
distinguirse bien se puede,
que es como el sol que ilumina,
como lágrimas ardientes.
No atormente la duda
tu corazón,
que no hay nada mas firme
que nuestro amor.

ANG. Dicen que finges amores
pero que amor no me tienes,
que es tu cariño fingido
para que caiga en tus redes
y satisfacer venganzas
de los pasados desdenes.
Duda que aparto del alma
porque con crueldad me hiere,
pero que én mis soledades
con tanta furia me muerde,
que me pregunto con pena,
si son mentidos quereres,
pues en los lances de amor,
cómo averiguarse puede
quiénes hablan con verdad
y quiénes son los que mienten.

P. LUIS ¿Quién es el infame
que pudo creer
que fuera á vengarme
en una mujer?
Tengo pecho y tengo brío,
tengo fe y tengo valor,
para combatir de frente
y no luchar á traición.

No es combate el que ha empeñado
quien sus armas entregó,
pues para luchar contigo
te he entregado él corazón.
Mis ojos no mienten,
no miente mi voz,
que eres por quien vivo
y mi solo amor.
Fingen amores los hombres,
et., etc , etc.

Los dos

Hablado

P. Luis Porque saben que es matarme,
 tu amor me quieren robar.
Ang. Si á veces llego á pensar
 en que puedes engañarme,
 al oír tu voz sincera
 renace mi confianza,
 que no sueña en la venganza
 quien siente de esa manera.
P. Luis Anoche, cerca de aquí,
 mi parranda se encontró
 con otra que la insultó,
 que es como insultarme á mí.
 Se armó una fuerte quimera,
 y en medio de aquel ruido
 pasó rozando mi oído
 una bala traicionera...
 El tío Veleta, azuzado
 por los tunos del lugar,
 cree que me debo marchar
 después de lo que ha pasado.
 Hoy me habló de esta manera:
 —Es preciso, Pepe Luis,
 que salgas de este país
 y vuelvas cuando Dios quiera.
 —No tengo más que una vida,
 y como es de esa mujer,
 yo nada puedo perder
 si la pierdo en la partida.
 —¿Conque no te quieres ir?
 —No, ni me voy ni me escondo.
 —Entonces yo no respondo

de lo que pueda ocurrir.—
Por tu amor, que es mi esperanza
y mi alegría y mi fe,
pienso en salvarme, y pensé
renunciar a la venganza.
Pero tu padre y Frasquito
y el alcalde y sus secuaces,
que me odian, y son capaces
de llegar hasta el delito,
pueden buscar la ocasión
que con ansia han deseado,
en que el puñal de un malvado
llegue hasta mi corazón.
¿Y no hay salida?

ANG.,
P. LUIS

Una sola
hay para salvar la vida...
y es humillante: la huida:
marcharme de Fuengirola.
Allí está la salvación, (El barco.)
la realidad de un ensueño.

ANG.
P. LUIS
ANG.
P. LUIS

¿Te vas en el *Malagueño*?
Sí: con una condición.
¿Cuál?
Puede zarpar mañana
mi barco, al amanecer,
si mi Angela quiere ser
su graciosa capitana.

ANG.
P. LUIS
ANG.

¡Pepe Luis!
¿Dudas?

Tu amor
me infunde confianza ciega,
pero la mujer que llega
á sacrificar su honor,
tan sólo desprecio inspira
aun al hombre afortunado
que el sacrificio ha logrado
y por nuestro amor suspira.
Nada te he dicho: me quedo.
¡Y yo la culpa tendré
de que mueras!...

P. LUIS
ANG.
P. LUIS

Yo seré
el culpable.
Tengo miedo!..
Tu vida me es ofrecida

ANG.

- por ti con noble valor,
y yo, dándote mi amor,
te doy con mi amor mi vida.
- P. LUIS Oye el medio de obtener
conmigo la dicha cierta.
Cuando pase por tu puerta
después del anochecer,
si tu voluntad se allana,
porque así lo quiera Dios,
y has cortado aquellos dos
claveles de tu ventana,
entenderé que á lograr
voy mi suspirado sueño:
que quieres que el *Malagueño*
ponga la proa á la mar
antes del amanecer,
dejando aquí los dolores
que nacen de los rencores
que no podemos vencer.
- ANG. (Cortando un clavel y dándoselo.)
Toma uno. ¡Con él te diera
la vida!...
- P. LUIS (Besando la flor y abrazando á Angela.)
¡En él me la das!...
¿Y el otro? Dime... ¿qué harás?
- ANG. ¿El otro? ¡Lo que Dios quiera!
- MARC. (Dentro.)
¡Angela!
- P. LUIS ¡Piensa con calma
en lo que mi amor te ofrece!
- ANG. ¡Adiós, Pepe Luis! (Vase por la casa.)
- P. LUIS ¡Parece
que me he quedado sin alma!

ESCENA IX

PEPE LUIS y FRASQUITO por el foro derecha

- FRAS. ¡Pepe Luis! ¿Tú junto á esta casa?
- P. LUIS ¿Qué te extraña? ¿Quién se opone?
- FRAS. ¡Esa mujer es mía! ¿Lo oyes bien?... ¡mía!...
- P. LUIS ¡Y no consiento que nadie la mire á la cara!
Su alma es mía, y todas sus palabras de

- amor las dice en mis oídos... ¡Tuya! ¿Quién puede darte el corazón de esa mujer?
- FRAS. Angela no será pa ti. Yo la quiero con toa el alma, la quiero pa que sea mi mujer... y como sospecho que es verdá lo que se dice en el pueblo. .
- P. LUIS ¿Qué se dice?
- FRAS. Que tú finges un cariño que no sientes, pa vengar en ella ..
- P. LUIS ¡No sigas, porque te arranco la lengua!
- FRAS. Verdá ó mentira, como va á ser mi mujer, no quiero que vengas á este sitio.
- P. LUIS Para eso, tienes que matarme.
- FRAS. ¡Te mataré!
- P. LUIS Puesto que ibas á verla, entra, entra .. y preguntale si te quiere...
- FRAS. ¡Calla, calla!... ¡Cobardel
- P. LUIS ¡Cobarde yol (Intenta arrojarle sobre Frasquito)

ESCENA X

DICHOS, el TÍO VELETA y TONICO, que salen de la casa

- VEL. ¡Frasquito! (Le sujeta. Tonico sujeta á Pepe Luis.)
¡Por vía é Crispulol... ¿Vais á mataros como perros? Ya te ije que si andabas por aquí podía haber un disgusto.
- P. LUIS Ya sé que sólo puedo andar por donde quieran los amos del pueblo.
- FRAS. ¡Vete!
- VEL. ¡Anda!
- TON. Vamos, Pepe Luis.
- P. LUIS Me voy... pero no olvides que te has comprometido á matarme.
- FRAS. Yo cumplo mi palabra. Si te encuentro...
- P. LUIS Descuida. Yo te buscaré. (Vase con Tonico por la izquierda.)

ESCENA XI

TÍO VELETA y FRASQUITO

FRAS. De tó lo que pasa tengo yo la culpa por haberme fiaó de usté. Prometió usté que los barcos no amarrarían aquí, y ahí están. Dijo usté que ese hombre se iba del pueblo, y ya veo el caso que le hace.

VEL. Si se tratara de un infeliz, ya estaba resuelta la cuestión, porque lo había zampao en la cárcel; pero Pepe Luis no es un cualquiera... tiene influencia...

FRAS. Veo que ha cambiao el viento, tío Veleta, y malegro saberlo, pa no contar con usté. Yo le juro que los barcos no han de amarrar ahí, y que Pepe Luis no andará mucho tiempo por las calles del pueblo. Si el arcarde no tié fuerza pa ná, quean toavía las parrandas de Fuengirola.

VEL. De noche, la autoriá está dormía y no tié obligación de enterarse de lo que ocurra. ¿Comprendes? No pués pedirme más. Vaya, adiós y... ¡guena suerte!...

FRAS. Vayasté con Dios... tío Veleta.

VEL. (En segundo término.) He leído que las auto-ridaes deben ser puentes. Ahora, si se pier-de una bala... yo no tengo la culpa de que alguien se la encuentre. A mí me basta con portarme como un hombre honrao. (Vase foro derecha)

ESCENA XII

FRASQUITO y CORO. Suena el toque del Angelus y sale la luna reflejándose sobre el mar é iluminando la casa de Ángela

Música

CORO (Dentro.) Ya suena el Angelus,
la luz del sol
de Fuengirola
se despidió.

Deja los campos,
trabajador,
que aquí te esperan
con dulce amor.

FRAS.

Amor no correspondido,
amor que siempre susp ras
y que tus amargas quejas
tan solo desdén inspiran;
ya que el triunfo no logras
con esta mujer esquivá,
humillándote á sus plantas,
ten valor para rendirla.
Que si con una mirada
me has arrancado la vida,
yo se la puedo quitar
al que le das tanta dicha.

CORO

(Más lejos.)

Que tras la reja
llena de flores
ella te espera
cantando amores.
Deja los campos,
trabajador,
que aquí te esperan
con dulce amor.

FRAS

¡Oh, luz bendita
que el alma vió,
fué bien mentido
que imaginó!
Sueño dichoso,
dulce ilusión
que en poco tiempo
se dispó.

CORO

(Muy lejos.)

Ya suena el Angelus,
la luz del sol
de Fuengirola
se despidió.

FRAS.

¡Oh, luz bendita, etc., etc.

ESCENA XIII

FRAEQUITO y ANGELA, que sale de la casa

- FRAS. Dichosos los ojos
que ven tanta gracia.
- ANG. Mil gracias, Frasquito,
qué galante estás.
- FRAS. Por una palabra
de amor de esos labios,
por una palabra
me haría yo matar.
Dicen que ese pillo
que amores te finge,
tan solo desea
burlarse de tí;
tomando venganza
del odio tan fiero
que tiene á los tuyos
y me tiene á mí.
Amor yo te ofrezco,
amor tan vehemente
que nada ni nadie
lo puede arrancar;
que está aquí tan firme,
con tantas raíces,
que sólo la muerte
lo puede borrar.
En ti sólo pienso,
por ti sólo vivo,
me abraso en el fuego
de viva pasión;
da al alma consuelo
y á un loco esperanza;
que tengas te ruego
de mí compasión.
- ANG. El alma ya he dado,
la tiene el que quiero,
y fuera engañarte
ofrecerte amor.
Tú sufres y pides
consuelo á quien llora

y lleva en el alma
angustia y dolor.
Dices que no puedes
arrancar del pecho
amor tan vehemente,
tan viva pasión;
y á mí me demandas
lo que tú no puedes;
que tengas te ruego
de mí compasión.

FRAS.

¿Así me condenas?

ANG.

¿Así me rechazas?

FRAS.

No puede curarte
quien sufre de amor.
Mira que no hay nada
de mayor fiereza
que amor convertido
en celo y rencor.

ANG.

¿No puedes quererme?

FRAS.

No quiero engañarte.
Pues que me condenas
á eterno dolor,
juro por mi vida
matar á ese hombre,
para que no puedas
gozarte en tu amor.

P. LUIS

(Canta desde el barco)

Dicen que amor está ciego
y que no atiende á razones,
que no teme á la pobreza
ni á navajas de traidores.

FRAS.

(Cogiendo á Angela de la mano)

¿Le quieres?

ANG.

Le quiero.

Le llevo en el alma,
él solo es el dueño
de mi corazón.

¿Qué puedo ofrecerte?

Si sufres de amores,
que tengas, te ruego,
de mí compasión.

FRAS.

No habrá compasión.

ANG.

De mí compasión.

(Vase por la izquierda.)

ESCENA XIV

DICHOS y FÉLIX, que sale de la casa

Hablado

FÉLIX ¿Tú por aquí? Lo celebro.
 ¿Qué hay de bueno?
FRAS. Platicaba
 con su hija.
FÉLIX (Llevándose aparte á Frasquito.)
 ¿Y qué?
FRAS. ¡Que no!
FÉLIX ¿No se ablanda?
FRAS. ¡No se ablanda!
FÉLIX Conmigo habrá de rendirse.
 Deja, yo le hablaré al alma.
FRAS. Adiós, Angela. Me voy
 sufriendo mortales ansias.
 ¡Tiene el corazón de piedra!
 ¡Ni súplicas ni amenazas!
 Furias de un loco de amor
 que pierdes cuanto anhelabas,
 deñendes tu bien querido.
 ¡Tienen perdón tus infamias!
 (Vase por la izquierda)

ESCENA XV

ANGELA y FELIX

FÉLIX Frasquito, ¿qué te decía
 hace poco?
ANG. ¡Ya se sabe!
 Que me quiere: es su manía.
FÉLIX Y tú... (Fuerza es que esto acabe.)
 ¿Qué has contestado, hija mía?
 Habla.
ANG. Yo le contesté,
 mi franqueza no te asombre,

que ya le he dado mi fe
y mi cariño á otro hombre,
á...

FÉLIX

¡No le nombres!

ANG.

¿Por qué?

FÉLIX

Porque pierdo la razón
al pensar que una hija mía
pueda fijar su atención
en un hombre que es padrón
de infamia y de alevosía...
Del hombre que en su locura
tan solamente procura,
para saciar sus rencores,
deshojar la flor más pura
del jardín de mis amores...
¡Padre!

ANG.

FÉLIX

¡Mide mi ansiedad!

Tú eres el único sér
que alegra mi soledad,
y yo no puedo querer
más que tu felicidad.
En este instante, angustiado
por desgarrador tormento,
ni previsto, ni soñado,
se remonta el pensamiento
á los días del pasado.
Corría la primavera
y erais pequeñas las dos...
cuando la desdicha fiera
se llevó á mi compañera
á la presencia de Dios.
Muerta vuestra madre, fui
en vosotras concentrando
todo el amor que hay en mí,
y con mi dolor luchando
sólo en vosotras viví.
En aquellos tristes días,
vuestra más leve dolencia
causaba mis agonías,
y eran vuestras alegrías
como el sol de mi existencia.
Y por mágica ilusión
y ensueños del corazón,
al desear la fortuna,

aguijaba mi ambición
el rodar de vuestra cuna.

(Enterneciéndose)

Si os quiero á las dos al par,
pues sois vida de mi vida,
por misterio singular
que no me puedo explicar,
tú has sido la preferida...
Y tú, mi Angela, mi cielo,
mi orgullo, mi vanagloria,
mi esperanza y mi consuelo.
¿vas ahora á causar mi duelo
por una dicha ilusoria?
¿Y tú lo has de consentir?
¡No será!... ¡No puede ser!
Mira mi horrible sufrir...
mira mi llanto correr...
¡y no me dejes morir!

(Abraza á Angela con gran efusión, y después de una
pauza muy corta se desprende lentamente de sus
brazos.)

Viejo, abatido y cansado,
y de enemigos cercado,
doy tregua á la lucha insana,
y al mirar mi hora cercana
en vuestra dicha he pensado.
Y si al tiempo de morir,
casadas y con honor
os dejo, no he de sufrir
mucho al tener que partir
hacia otro mundo mejor...
Y cuando aspiro á lograr
el solo bien que persigo
para poder descansar,
¡tú te vienes á fijar
en mi mayor enemigo!
¡A la razón no te avienes!
En él la esperanza tienes,
y él tiene la idea fija
de robar el honor de mi hija,
¡el mayor bien de mis bienes!
¡Que ese hombre está rodeado
de siniestros resplandores,
y con el sello marcado

*¡Venga un celoso dichoso a matar
al malvado que roba el honor de mi hija*

del insolente malvado
retoño vil de traidores!...

ANG.

¡Padre!

FÉLIX

En su furia implacable,
sólo por labrar mi afrenta,
ventura, honor intachable,
vida... ¡todo se lo intenta
llevar ese miserable!
Y te empeñas en no ver
que en esa ruda porfía
que causa mi padecer,
va arrancando tu querer
pedazos del alma mía:
que la alienta el resplandor
de tus más puros amores:
¡no me falte tu calor,
que como el sol á las flores
me es necesario tu amor!

ANG.

Yo te he querido y te quiero,
y te querré mientras viva,
y te admiro y te venero..
y todo, todo lo espero
de tu bondad compasiva.
¡Es tuya mi vida, sí!...
pero el alma, que es de Dios,
á Pepe Luis se la dió.
la suya es mía, y fundí
en una sola las dos.
Es débil de tal manera
el alma, cuando ha soñado
con una dulce quimera,
que se la lleva cualquiera
que pasa por nuestro lado.
¡Basta!

FÉLIX

ANG.

En todos los momentos
y en todas las ocasiones,
van á él mis pensamientos,
y son suyos mis tormentos
¡y tuyas mis oraciones!

FÉLIX

¡Basta ya! ¡Conque es decir
que no evitas mi martirio!

ANG.

FÉLIX

¡Padre, yo no sé mentir!
¡Será preciso teñir
de sangre vuestro delirio!
¡No persistas en tu error!

- ANG.** ¡Mi amor es grande, y no intento
sacrificarlo al rencor!
- FÉLIX** ¡El odio que por él siento
es más grande que tu amor!
¡Y no olvides que por tí
se va encrespando la ola
del odio y del frenesí!
- ANG.** Que arda todo Fuengirola,
¡qué puede importarme á mí!
¡Sí: le quiero de tal suerte,
padre, y tan suya me siento,
y es mi voluntad tan fuerte,
que á él me uno en el pensamiento,
y en la vida, y en la muerte! (Vase por la casa.)
- FÉLIX** ¡La muerte! ¡No hay más salida
en este conflicto horrendo!
Con la esperanza perdida
se va el alma ennegreciendo
y hay que jugarse la vida.
¡Ah! ¡Los hijos! ¡Ilusión,
dichas que el alma ha soñado
en dulce fascinación,
las barre y arrastra airado
el viento de la pasión!
¡Sí, la muerte! ¡Yo quisiera
matarlo por gradaciones
para que más lo sintiera!
¡que no paga sus traiciones
con cien vidas que tuviera!
(Vase por el foro derecha.)

ESCENA XVI

Una Parranda dentro, con guitarras, y después ÁNGELA en la
ventana

Música

- FRAS.** (Dentro.)
No hay en todo Fuengirola
quien detenga á mi parranda.
Llevo un requiebro en los labios
y en la mano la navaja.

Una flor da mi morena,
salga quien quiera llevársela.

ANG.

(En la ventana.)

Malditas parrandas
que atizan los odios
y sacian venganzas
matando á traición.
Que arrancan la vida
del hombre que encuentran
y de las mujeres
también el honor.

—

FRAS.

(Frasquito y su parranda salen por la izquierda.)

Una flor da mi morena,
salga quien quiera llevársela.

ANG.

(Vanse Frasquito y su parranda por la derecha.)

¿Quién vencerá
mi corazón,
si es la mujer
fiera en amor?
Amores no vencen
terrible rencor,
que mucho más fiero
más fiero es amor.

ESCENA XVII

ANGELA y PEPE LUIS. Se oyen las guitarras de una parranda

P. LUIS

(Dentro.)

Vengo á buscar la que quiero,
vengo á cantar mis amores,
que no temo á las parrandas
ni á navajas de traidores. (1)

—

(Sale por la izquierda y se acerca á la ventana.)

¿Tienes todavía
ahí ese clavel?

(1) Los dos últimos versos de la copla los cantará Pepe Luis saliendo á escena.

¿Tienes en el alma
la duda cruel?

Amor que recela
y siente temor
sin fe y confianza,
eso no es amor.

ANG. Para mayor sufrimiento
y para mayor pe-ar,
mis amores han traído
grandes penas á mi hogar.
¿Cómo quieres que no dude
pensando en tanto dolor?
¿Qué mujer no teme y duda
cuando se juega el honor?

P. LUIS Allí está el bien que soñamos,

(Señalando al barco.)

allí está la salvación
y la dicha y la ventura,
la libertad y el amor.
Alma y vida te he entregado,
nada temas por tu honor;
nadie como el que te adora
puede guardarlo mejor.

FRAS. (Dentro.)

Son humildes las mujeres
con los que esquivos se muestran,
y para el hombre que quiere,
más crueles que las fieras.
Al que me arranca la vida,
¡quién arrancarla pudiera!
¡Ah, traidor!

P. LUIS

ANG.

P. LUIS

ANG.

P. LUIS

¡Vete, Luis!

¿Que me vaya de tu reja?

¡Por nuestro amor te lo ruego!

¡Si quiere venir, que venga!

ESCENA XVIII

DICHOS y FRASQUITO y una parranda por la derecha

FRAS.

He creído que no irías
á buscarme, y pa que veas
que soy hombre de palabra,
vengo á cumplir mi promesa.

P. Luis

Esa gente sobra aquí.
Vamos los dos donde quieras.
(Vanse los dos foro derecha.)

ANG.

(Siguiéndoles con la vista.)

¡Infame, cobarde,
canalla, traidor!
¡Aunque lo asesines,
no tendrás mi amor!

(Angela sale de la casa y corre hacia la derecha. Se detiene y da un grito de espanto. Varios de la parranda cruzan la escena de derecha á izquierda huyendo.)

¡Infame, asesino!
¡Ah!

(Sale Pepe Luis por la derecha, con la mano en el costado izquierdo, y cae en los brazos de Angela.)

P. Luis

Te juro, malvado,
si quedo con vida,
hacer que me pagues
tu infame traición.

Toñ.

(Sale por la izquierda despayorido.)

¡¡El *Malagueño* está ardiendo!!

(Corre al lado de Pepe Luis y le sienta en una silla que ha sacado de casa de Angela uno de la parranda. Pepe Luis abraza á Angela que está de rodillas á su lado. Toñico procura contener con la faja suya la sangre que brota de la herida de Pepe Luis. Del *Malagueño* sale densa humareda:)

P. Luis

Perderé vida y fortuna,
pero tu amor no lo pierdo.

ANG.

Vive para mi ventura,
que si tú mueres, yo muero.

(Del *Malagueño* salen llamas que iluminan el mar y la arboladura aparece envuelta en humo. Por derecha é izquierda salen marineros con cubos. Suena el pito del contramaestre del barco, y aparecen en la borda, iluminados por los resplandores del incendio, varios de los tripulantes que arrojan fardos y cajas á los pescadores que se encuentran en el muelle. Otros procuran cortar las amarras del barco.—TELÓN.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Telón corto. Habitación de Angela. Al foro ventana con macetas de flores, viéndose el campo y el mar. A la derecha una cancela.

ESCENA PRIMERA

ANGELA y MARCELA vestidas de maja con mantilla blanca y CORO

Música

CORO

(Dentro.)

Dicen que de la feria
de Fuengirola
salen todos los años
cuarenta bodas;
porque las mozas tienen
tal garbo y gracia
que el que baila con ellas
no se le escapa.

Tiene mi } morenita
 } morenito
sal por arrobos.

} yo quiero á una morena
un moreno me quiere
de Fuengirola.

Hablado

- MARC. (En la ventana.)
Por allí va Pepe Luis,
se vuelve y nos hace señas
(Ambas mueven el pañuelo.)
- ANG. Sin duda quiere decirnos
que nos aguarda en la feria.
- MARC. Ya está tan bueno y tan fuerte.
- ANG. La Virgen, que por mi vela
y que escucha mis plegarias
y da consuelo á mis penas,
salvó su vida, que es mía
para que siempre me quiera.

Música

- ANG. Es la esperanza bendita
firme sostén del amante,
ella en la lucha da fuerzas,
ella quita los pesares.
¡Oh! luz hermosa que brillas
en medio de las tinieblas,
dame valor y energía,
sé el consuelo de mis penas.
Hermosa esperanza
de un sueño de amor,
mantienes la vida
en el corazón.
- MARC. Amor que sufre,
amor que espera
no hay fuerza alguna
que le conmueva.
- ANG. Y no le vencen
dolor ni penas
que el sufrimiento
mas bien le alienta.
- MARC. Ten valor, no te rindas,
seca tus lagrimas,
aun puedes ser dichosa,
ten esperanza.
- LAS DOS Hermosa esperanza
de un sueño de amor, etc.

Hablado

MARC. No desesperes, hermana:
ten fe como yo la tengo.

ANG. Nos vigilan sin descanso;
hace un mes que no podemos
hablarnos. Estuvo herido,
muy grave... y no pude verlo;
y mientras él con la muerte
luchaba, yo pedía al cielo
que conservara su vida
y acabara mis tormentos.
No puedo hablarle ni oírle,
solo á distancia le veo...
y no hacen presa en mi alma
la duda, ni el desaliento.
Pienso en su amor, sufro y callo,
tengo fe; tranquila espero.

ESCENA II

DICHAS y FRASQUITO por la derecha

FRAS. Buenas tardes.

ANG. (Queriendo irse.) ¡Qué osadía!

FRAS. No te vayas... te lo ruego.
Sé que no quieres hablarme.
Pues entonces...

ANG. Es que vengo
á despedirme.

MARC. ¿Te marchas?

FRAS. Me destierran.

MARC. ¿Cómo es eso?

FRAS. Desde que los partidarios
de Pepe Luis consiguieron
derribar al tío Veleta
y colocar en su puesto
al tío Lenteja, yo soy
perseguido como un perro,
y se valen de una infamia
pa que me vaya del pueblo.
—Puedo meterte en la cárcel—

me ha dicho,—pero no quiero;
con que te marches, me basta;
y si no, te pongo preso
y te acuso de asesino.
Testigos hay qué te vieron
herir á Luis á traición
é incendiar el *Malagueño*
Yo sé que no es Pepe Luis
quien tiene la cupa de esto...
Le hago, aun siendo mi enemigo,
la justicia que le debo.
Son gentes de las parrandas
que tuve á raya otro tiempo.
¡El tiempo da gusto á todos!
Los que hoy están tan soberbios,
es posible que se humillen
más que humillado me veo.
Voy á Málaga; ¡y les juro
que si aquí triunfante vuelvo,
no quedará en Fuengirola
un tuno para un remedio!
Siempre traiciones y odios,
venganza y rencores fieros.
¿Por quién son estos combates,
quién ha atizado el incendio?
Tenéis siempre una mujer
á quien poner por pretexto.
A su tiempo, ¿no te dije
que Pepe Luis es mi dueño?
Tú me eras indiferente;
mas después de lo que has hecho,
¡te odio con toda mi alma!...
y al pensar en tí, ¡te veo
hiriendo á traición al hombre
por quien vivo, y á quien quiero!
¡No me hables de esa manera,
no aumentes mis sufrimientos,
avivando, en mi desdicha,
el martirio de los celos!...
¡Llevo la muerte en el alma,
la muerte en tus ojos leo...
y en fiera truecan al hombre
celos, amor y despreciol
De un asesino incendiario,

MARC.

FRAS.

MARC.

ANG.

FRAS.

de un loco que va al destierro
por haberte querido mucho
ten compasión... ¡te lo ruego!
(¡Pobre!)

MARC.

FRAS.

ANG.

¡Perdón!

Te perdono ..

y ningún mal te deseo.

FRAS.

Los enemigos me acosan
con un furor sin ejemplo.

ANG.

Dicen que el que á hierro mata
debe de morir á hierro

FRAS.

¿Cómo ha de sufrir, entonces,
la ingrata por quien me veo
loco de amor y de pena,
de rabia y de celos muerto?
¿Por qué te he querido tanto,
por qué te sigo queriendo,
por qué sufro tus desdenes,
por qué sufro tus desprecios?

Celos que parten el alma
y trastornan el cerebro,
me impulsaron á matar,
que me mataban los celos.

Me robaban tu cariño,
¡el único bien que anhelo!

—De un asesino incendiario,
de un loco que va al destierro
por haberte querido mucho..
¡ten compasión, te lo ruego!

ANG.

Ya he dicho que te perdono
y es cuanto decirte puedo.

FRAS.

Es tu generosidad
mi esperanza y mi consuelo.
Pronto he de volver... medita
en lo mucho que te quiero,
en que de mi corazón
nada arranca tu recuerdo
y en que...

ANG.

Ya basta, no sigas;
que con sólo oírte, ofendo
al que subyuga mi alma
y reina en mi pensamiento.
Adiós.

MARC.

¡Adiós! (Conmovida.)

FRAS.

¡Ay, qué cerca...
qué cerca de mí... y qué lejos!
¡Adiós! ¡Dejarte!... ¡Dejarte!
¡Dios mío! ¿Qué es lo que siento?
(Llora haciendo un gran esfuerzo por contenerse.)
¿Has visto llorar á un hombre?
¡No me olvides... te lo ruego!
(Vase por la derecha.)

ANG.

¡Parrandas de Fuengirola,
qué de infamias habeis hecho!

ESCENA III

DICHAS y FELIX por la izquierda

ANG.

(Al ver á Félix.)

FÉLIX

(¡Fuerzas al Señor le pido!)

ANG.

¿Ha estado Frasquito aquí?

FÉLIX

Hace un momento se ha ido.

ANG.

Y... ¿qué te ha dicho?

Ha venido

á despedirse de mí.

FÉLIX

¡Vé tu obra! Por tu pasión
que más que pasión es yerro
y febril obcecación,
Frasquito sufre el destierro
y yo la persecución.

ANG.

MARC.

FÉLIX

¿Tú?

Anoche en la oscuridad
y el silencio, al retirarme,
han querido asesinar me.

ANG.

MARC.

FÉLIX

¡Qué horror!

La casualidad
me envió, para salvarme,
un hombre que á la sazón
cruzaba aquellos caminos
y que, al ver mi situación,
con arrojo y decisión
dispersó á los asesinos.
De ese hombre bendigo el nombre.
¿Quién es?

ANG.

FÉLIX

No le ví la cara;
pero el hecho no te asombre:
al ocultarse, declara
que es mi amigo y es muy hombre.
Si ayer me salvó ese amigo,
hoy podrán hacer conmigo
lo que quieran; que no en balde
acaban de hacer alcalde
a mi mayor enemigo.
¡Al ganarnos la batalla,
lo que causa mi pesar,
es que han logrado triunfar
por artes de ese... canalla
a quien no quiero nombrar!
¡Gastadas mis energías,
insultado y perseguido,
veré en mis últimos días
en estado desvalido
a las pobres hijas mías!...
Un maldito y loco amor
destierra iracundo y hiere
con extremado rigor,
al hombre que más te quiere
y que es mi amigo mejor.
¿Por qué extraño frenesí
que explicarme no consigo,
el alma que late en tí,
siendo dura para mí
es blanda con mi enemigo?
Padre... hermana...

MARC.
FÉLIX

Tu crueldad
hiere con golpe certero
mi corazón.

ANG.

¡Ten piedad!
Ya he dicho que si le quiero
es contra mi voluntad.
Tú y el alcalde anterior
y Frasquito, habéis tratado
de destruir nuestro amor,
y el pueblo habéis perturbado
con vuestro ciego rencor.
¿Hay culpa en nuestros amores
de que hoy os hagan los otros
víctima de sus rencores?

¡Es lo que hicisteis vosotros
cuando érais los vencedores!
En mi dolor incesante
para un padre tan amante,
¿qué puedo yo desear
si no una dicha constante,
sin el más leve pesar?
En mi ciego desvarío,
en esta angustia sin nombre,
tan solo fundir ansío
tu cariño, padre mío,
con el amor de ese hombre...

FÉLIX

(Con indignación.)

¡No! ¡Me causa vivo horror
tu propósito cruel!
¡No me unas á ese traidor
ni en las dichas de tu amor!
¡Puedes quedarte con él!

(Pausa. Transición.)

Hace un año... ¡qué dichosos!
mimábais al pobre viejo
con extremos cariñosos...
Ya no queda ni el reflejo
de tiempos tan venturosos.

Tal día como este día,
fuimos á la feria, siendo
festejados á porfía...

¡Ibais vosotras riendo
y yo loco de alegría!...

Cuando el coche de colleras
se paró en medio del real
y de él saltásteis ligeras,
un clamor universal
se extendió por las praderas...

A entusiastas pareceres
se mezclaban vuestros nombres,
y érais, para mis placeres,
la admiración de los hombres,
la envidia de las mujeres.

Ya de vuelta, la ventura
llegaba á nuestra cancela
en acentos de dulzura
que cantaban la hermosura
de mi Angela y mi Marcela

.....

Hoy, ¡sarcasmo de la suerte!
este hogar, ayer dichoso
y respetado por fuerte,
está triste y silencioso,
¡con un silencio de muerte!
Y si hoy a la feria vamos,
y al cabo habremos de ir
para no dar qué decir,
en la certidumbre estamos
de que iremos a sufrir.
Blanco de innobles deseos,
claramente y sin rodeos
cien labios murmuradores
comentarán tus amores
con burlas y cuchicheos.
Y con descaro inaudito
cada cual pondrá la mano
en mi dolor infinito...
y se hablará de Frasquito...
y de mí... y de ese villano...
Y en lugar de las canciones
de ayer, a vuestra hermosura,
oiremos las maldiciones
de esa lucha de pasiones
que nació de tu locura...
A tí te ahogará la pena
y yo, ¡triste!... contemplando
que se va desmoronando
como castillo de arena
todo lo que fui creando,
al ver hundirse mi hogar
y deshecho el porvenir
que yo os quise asegurar,
tendré el ansia de matar
y el deseo de morir... (Transición.)
Mi Angela, mi bien amado,
luz que en mi alma fulgura...
¿por qué haces tan desgraciado
al que solo ha deseado
labrar tu eterna ventura? (Llora.)

ANG.
MARC.
FÉLIX

¡Padre! (Le abrazan.)

¡En mis brazos!... ¡Así!

¡En vosotras está el bien

y la dicha que entreví!...
¡No, no os separeis de mí,
que sois mi único sosten,
y mi esperanza, y mi gloria...
y el solo amor que soñé
en mi vida transitoria..
¡Angela, por la memoria
de tu madre que nos vé!
¿Qué fuerza tan soberana
quebranta lazos eternos?
¿Es amor, pasión insana,
es fuego de los infiernos
ó auroras de una mañana?
Aunque te cause dolor,
vé que te engañan sus ojos,
que el corazón es traidor,
que no nace con enojos
un eterno y dulce amor.
Sueño, quimera fingida,
te hizo dudar un instante...
¿Cómo en una hora se olvida
por miradas de un amante,
amor que ha dado la vida? (Pausa.
ANG. ¿Qué puedo yo responder
en estas horas sin calma?
FÉLIX Lo que te ordena el deber.
ANG. ¿Cómo puede una mujer
hacer pedazos su alma?
FÉLIX No volveremos á hablar
sobre este asunto los dos,
y lo que deba pasar
lo tenemos que dejar
á la voluntad de Dios.

ESCENA IV

DICHOS y ANASTASIA por la derecha, vestida de maja con extravagancia y con muchos colorines. Ha oído los últimos versos

ANAS.] Sea por siempre alabado
su nombre.
FÉLIX Muy bien venida.
ANAS. | Creó que á tiempo he llegado.

MARC. (¿De dónde se habrá escapado?
¡Jesús, cómo está vestida!)
FÉLIX ¿Y su hermano?

ANAS. For no variar,
de mal genio haciendo alarde
y con ganas de insultar.
¡Ay, desde que no es arcarde
no se le puede aguantar!
Con mi traje de capricho,
¿qué tal estoy?

MARC. Guapa y seria.

ANAS. ¡Gracias!

MARC. (¡Si parece un bicho
raro!)

ANAS. Mi novio me ha dicho
que he de dar golpe en la feria.

MARC. ¿Su novio? (Mientras yo viva
no has de lograr tu deseo.)
¡Es usted una sensitiva!...
Y qué traje tan...

ANAS. Yo creo
que no estoy muy llamativa.

FÉLIX (Esta vieja está demente.)

MARC. ¡No! (¡Parte los corazones!)
Está usted perfectamente.

ANAS. ¿Es de veras?

MARC. Propiamente...
(Pa espantar los gorriones.)

¿Vamos? (Mi risa provocas.)

FÉLIX (Con amargura.)

(Amor, la razón alejas
de todo aquello que tocas,
y por ti se vuelven locas
las jóvenes y las viejas.)

(Vanse por la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Decoración á todo foro. La feria de Fuengirola. En primer término, á la derecha, una casilla grande, y á la izquierda otra. Al foro, filas de casillas, Tío Vivo, puestos de naranjas, garbanzos tostados, altramuces, dulces, etc., etc., y á lo lejos vista panorámica del pueblo.

ESCENA V

HOMBRES y MUJERES del pueblo

Música

CORO	En esta tierra de Andalucía, de luz y gracia y de alegría, bailan las mozas con tal salero, que vuelven loco al mundo entero.
HOMBRES	Morena, no me mires de esa manera, que al mirarme, salada, tus ojos queman.
MUJERES	Eres, mozo de nieve, poco resistes, pues con una mirada ya te derrites.
TODOS	Andalucía, tierra de flores, de hermosas jembras y corazones firmes, valientes, buenos, constantes, muy generosos, finos y amantes. Si me voy de esta tierra, muero en seguida.
HOMBRES	No dejes que me vaya, niña bonita.

(Por el foro izquierda, llegan en un coche, Angela, Marcela, Anastasia y Félix; se apean, y cruzando por entre el gentío que les abre paso, entran en la casilla de la derecha.)

CORO

Miren si aquí hay garbo,
miren si aquí hay gracia,
toda su persona
salero derrama.

En coche adornaos,
con traje de maja,
flores en el pelo
y mantilla blanca,
parece que las mozas
vienen del cielo...
y que la vieja viene
del mismo infierno.

Andalucía,
tierra de flores, etc.

Tienen } los andaluces
 } las andaluzas

sal por arrobas,
{ yo quiero una morena
{ un moreno me quiere
de Fuengirola.

(Pasa por el foro de izquierda á derecha el tío Lenteja con la vara de Alcalde, seguido del Alguacil y de otras personas.)

**UNO
TODOS**

¡Viva el señor arcarde!
¡Vivaaál ¡Vivaaál

(Vase el Coro por la derecha detrás del tío Lenteja.)

ESCENA VI

TIO VELETA y TONICO por la izquierda.

Hablado

VEL.

(Muy enfurecido.)

¡Darle vivas á ese arcarde!...

TON.

¡Yo voy á perder el seso!...

(Eso sí que no es posible,
que lo ha perdido hace tiempo.)

- VEL. ¡A un arcarde improvisao,
que es un poste berroqueño!
¡No he visto gente mas bestia
que la gente de este pueblo!...
- TOÑ. Lo mesmo que usté me ice
esatamente, me ijeron
cuando á usté le daban vivas.
- VEL. ¡Calla, son unos borregos!...
Se van tras de quien les da
palo y pan... ú palo seco.
Veinte años los goberné
y siempre puse los medios
pa salvar mi autorida
y servir á esos zopencos,
y en cuanto me ven sin vara
ya me pierden el respeto,
dan vivas al nuevo arcarde
y me quitan el pellejo.
- TOÑ. En que usté no le gobierne
el lugar sale perdiendo;
que la *marchita* de usté
de gobernar sin gobierno,
protejiendo á sus amigos
pa que jicieran too aquello
que les diera la real gana,
me paece lo mas perfeto.
- VEL. (Me paece á mí que está hablando
con segunda este mozuelo.)

ESCENA VII

DICHOS y PEPE LUIS por la derecha.

- VEL. (Muy expansivo y cariñoso.)
¡Cuánto malegro de vertel...
¿Cómo estás?
- P. LUIS Vamos viviendo.
- VEL. ¿Y la hería, se ha curao?
- TOÑ. (¡Qué adulaor!)
- P. LUIS Por completo.
- VEL. Ya estoy muy bien. De esa infamia

- ni del daño que te han hecho,
no soy responsable.
P. LUIS (Irónicamente.) Sé
los favores que le debo.
VEL. Malegro que reconozcas
que te dí sanos consejos.
P. LUIS Tan sanos que á poco más
hay que prescindir del médico.
VEL. Yo he hecho por tí muchas cosas,
¡muchas! que ahora me reservo.
ToÑ. (¡Qué veleta más sensible!...
En següla indica er viento!)
- VEL. No quiero ponerme moños,
que en jamás fui pinturero...
ni fantesioso: de llano
y de callao me precio.
Sabes que tienes en mí
un amigo... verdaero,
que te quiere .. como un padre.
Mándame roar. . ¡y rueo!...
¡Y me has quitao la arcardía
solo por chismes y cuentos.
P. LUIS ¡Yo, no! Aquí se trabajaba
contra usted desde hace tiempo,
y en cuanto se supo en Málaga
que había ardido el *Malagueño*
y yo estaba mal herido,
mis amigos conseguieron
que triunfara el tío Lenteja,
como ha triunfado, creyendo
que usted es quien tiene la culpa
de todo el mal que me han hecho.
- ToÑ. (¡Si supiera que soy yo
el causante de este enreo!)
- VEL. ¿Yo hacerte daño? ¡Ni á nai del
¿Ha habío arcarde más güeno?
Que las parrandas estaban
en constante movimiento
y había puñalás y tiros
y herios y argunos muertos!...
Si en matarse se empeñaban,
¿pa qué quitarles su empeño?
¿Qué si había diferenciencias
por custiones de dinero

las resolvía á favor
de mis amigos y deudos?...
¡No, que iba á favorecer
á los del partido opuesto!...
¿Qué han ardido varios montes,
barcos y algunos majuelos?
¿Les he dao yo la yesca
pa que le prendieran fuego?
¿Que mis amigos jactan
lo que querían? ¡Ya lo creo!...
¡Por argo son mis amigos!...
Robos, incendios y muertos,
en toos los pueblos los hay
y los habrá en toos los tiempos.
¿Por qué quitan á un arcarde
que pué servir pa modelo?
¿Pa qué, si too sigue igual?
Premítame osté un momento.

TOÑ.

Ahora reciben los palos
los que antes los daban, y eso,
aunque osté crea que es igual,
yo creo que no es lo mesmo.

VEL.

Cállate, que me han contaó
que ayuaste á los perversos
á derribarme; y si fuera
verdá, te juro...

TOÑ.

Son cuentos.
Usté perdió la arcardía...
por su hermana; tuvo empeno
en despreciar al albéitar;
el albéitar es mu terco
y quié á la seña Nastasia
por cariño ó por dinero.
Como usté quiso que fuera
pa mí—lo cual le agradezco,—
él se enfadó... y conspiró...
y le quitó de su puesto
por venganza. Si usté va
y le ofrece el casamiento...
pué que güerva á ser arcarde.
Las noticias que yo tengo
son esas mismas.

P. LUIS

VEL.

¿Crees tú
que si revoco mi acuerdo?...

P. LUIS Le tendrá usted de su parte.
VEL. Sólo por éste lo siento.
P. LUIS Ya encontrará otro partido.
Toñ. (Sí, que no esté tan añejo.)
VEL. Saldrás bien de tus amores,
 tu parranda hará en er pueblo
 lo que quieras... Tú ya sabes
 lo que soy.

P. LUIS Bien lo recuerdo.
Toñ. (Un tuno como una loma
 á quien hemos dao er queso.)
VEL. Adiós, y güena fortuna:
 voy á ver unos carneros...
 ¡Lástima!... ¡Por mi arcardía
 te vas á quear sorterol!...
Toñ. Er sacrificio es mu grande;
 pero por usted lo aceto.

P. LUIS (Bajo y rápido á Toñico.)
 (Esto ha salío de perlas
 y debes estar contento.)
VEL. (Ya en segundo término.)
 ¡No vivo sin ser arcarde;
 me paece que me he muerto,
 y quiero serlo otra vez
 aunque se hunda el firmamento!
 ¡Doy á Nastasia... y daría
 jasta er arma de mi agüelo!...
 (Vanse por la izquierda Veleta y Toñico, y sale Félix
 de la casilla donde entró.)

ESCENA VIII

PEPE LUIS y FÉLIX

FÉLIX (¡Es él!)

P. LUIS (¡La emoción me vendel)

 (Acercándose á Félix.)
 Le brindo á usted con la paz.
FÉLIX ¡Vetel!

P. LUIS Si usted no me atiende...
FÉLIX ¡Que la sangre se me enciende
 y de todo soy capaz!

P. LUIS

Quiero hablarle...

FÉLIX

Es excusado.

¡Ya hemos hablado bastante
y aun creo que demasiado.

(Hace ademán de irse.)

P. LUIS

¡Oigame usted!

FÉLIX

¡Un hombre honrado
no alterna con un tunante!

(Pepe Luis va á lanzarse sobre Félix, pero se detiene súbitamente.)

P. LUIS

¡Ah! Pero no. Fuera error
y censurable egoísmo
reprimir ese furor;
que hoy necesito el valor
para vencerme á mí mismo.
Este amor que mi alma llena,
el gozo que me enajena
y esta dulzura sin nombre
que mi espíritu serena,
han hecho de mí otro hombre.

FÉLIX

Tu suavidad me importuna.
¡Puedes, pues llegó tu día,
robarme hasta mi fortuna!

P. LUIS

De esa la mitad es mía;
¡pero no quiero ningunal

FÉLIX

¡Toda te la pues llevar!
Mas ya que logras mandar
como amo, yo te prometo
que en cierto particular
tu triunfo será incompleto.
Frasquito va desterrado
y yo me encuentro vencido
y escarnecido y vejado;
pero no verás logrado
el sueño que has perseguido.
¡Que mi Angela no será
nunca tuya!

P. LUIS

¡Obcecación'...
¿Quién impedirlo podrá
con fortuna, si lo es ya
por leyes del corazón?
¿Qué?

FÉLIX

P. LUIS

Desde que hemos nacido,
ya nos habéis educado

con un fin preconcebido,
y en el odio hemos crecido,
y el odio nos ha formado.

Dios os quiso castigar,
y en su infinito saber
nuestra alma iluminar.

¡Nos enseñasteis á odiar
y aprendimos á querer!.

Atajando la corriente
de sus mezquinas pasiones,
brotó la pura simiente
del amor, que Dios clemente
puso en nuestros corazones.

FÉLIX

¡Calla! (Fuera de sí) ¡No se como tengo
paciencia! (Quiere irse.)

P. LUIS

¡En esta ocasión
ha de oírme! (Con firmeza poniéndose delante.)

FÉLIX

¡No me contengo!

P. LUIS

¡Vengo á hablarle á usté!

FÉLIX

(Frenético.)

¡Yo vengo

á partirte el corazón!

(Saca un puñal y se arroja sobre Pepe Luis. Este le sujeta fuertemente y le quita el puñal, después de luchar con él un momento. Salen de la casilla de la derecha, Angela, Marcela y Anastasia, y por la izquierda el tío Veleta y Toñico. Angela se abraza á Pepe Luis y Marcela á á Félix.)

ESCENA IX

DICHOS y los personajes indicados

Música

ANG.

¿Quién mueve tu brazo,
quién cierra tus ojos
que mi propia sangre
quieres derramar?

P. LUIS

El odio le muerde
con tanta fiereza,
que quiso matarme
con este puñal.

(Tira el puñal.)

MARC.
ANAS
TOÑ.
VEL.

Nada sus rencores
puede mitigar,
cegado por ellos
le quiso matar.

FÉLIX

Es inútil que te empeñes
en perseguirla,
porque no ha de ser tuya
mientras yo viva.

P. LUIS

He visto dos veces
la muerte muy cerca;
toda mi fortuna
he dado por ella.
Sufro y me veo pobre,
sólo por quererla;
porque fuera mía
la vida te diera.
Venganzas y angustias,
dolor y miserias,
todo lo he sufrido;
no hay nada que pueda
borrar mis amores.
separarme de ella.

MARC.
ANAS
TOÑ.
VEL.

Por ella está pobre,
y sufre por verla;
porque fuera suya
la vida le diera.
Por ella ha pasado
angustias y penas,
no hay quien de sus brazos
separarla pueda.

ANG.
P. LUIS

Vive en el alma arraigada
una pasión tan vehemente,
que es la fuerza de mi vida
y esperanza que mantiene
ilusiones tan hermosas,
que si el corazón las pierde

pierde la vida con ellas,
pues el perderla es la muerte.
Apaga tus odios,
cese tu rencor,
que brote en tu alma
la luz del amor.

—
TODOS { Vive en el alma arraigada.
FÉLIX { ¿Quién puede en el mundo
borrar mi rencor,
si es fuego que abrasa
á mi corazón?

Hablado

FÉLIX ¡Angela!
ANG. ¡Padre! (Se abraza á Pepe Luis.)
P. LUIS No intente
arrancarla de mis brazos. (1)
¡Es mía!
FÉLIX ¿Y ella consiente?
ANG. ¡Padre!
FÉLIX ¡No! Tu labio miente;
que ya has roto nuestros lazos.
P. LUIS Por ella mi sangre dí,
por ella lo perdí todo
y toda infamia sufrí...
¡y por ella me acomodo
á lo que quiera de mí!
¡Ahora puedo desquitarme
del daño que me ha causado!
¡Trató usted de asesinarme!
¡Puedo matarlo... y vengarme;
pero... está usted perdonado!
MARC. ¡Qué nobleza!
ANG. ¡(Qué ansiedad!)
P. LUIS Usted es la debilidad
que fiero rencor pregona.
Yo la fuerza que perdona.
FÉLIX Me humillas con tu piedad.

(1) Toñico — Marcela — Félix — Tío Veleta — Anastasia — Ángela —
Pepe Luis.

- P. LUIS Nuestro punto de partida
 es distinto.
- FÉLIX Eres el fuerte
 y la ocasión te convida.
- P. LUIS La juventud va á la vida,
 y la vejez á la muerte.
 ¡Ya es hora de terminar
 estas luchas! ¡El encono
 no se puede perpetuar!
- ANG. ¡Qué hermoso es el perdonar!...
- P. LUIS Yo, por mí, olvido y perdono.
- MARC. (A Félix.)
 ¡Sé generoso!
- ANG. Este amor
 puede labrar la ventura
 de tu vejez... ¡Ten valor
 para apagar tu rencor!
- FÉLIX (Después de vacilar un momento.)
 ¡No puedo! ¡Es una locura!
 (Se separa un poco del grupo, viniendo á quedar al
 lado de Toñico, que se habrá separado también un
 poco antes.)
- TOÑ. (Bajo y rápido á Félix.)
 (El nuevo arcarde ha querido
 hoy mesmo prenderlo á usted.
 Pepe Luis lo ha defendido
 y evitarlo ha conseguido.)
- FÉLIX (¿Eso es cierto?) (Con ansiedad.)
- TOÑ. (¡Yo lo sé!
 Y él fué el que anoche ahuyentó
 la canalla maldecida
 que asesinarlo intentó,
 y la vida le salvó
 con peligro de su vida.
 (Por Pepe Luis.)
- FÉLIX ¡Eh! ¿Qué dices?
- TOÑ. ¡La verdad!
 Y esto que le estoy diciendo
 es contra su voluntad.
- FÉLIX (Ese hombre me está venciendo
 con su generosidad.)
 ¿Qué es esto, Dios soberano!
- (Pasándose la mano por la frente.)
- MARC. ¡Padrel... (Suplicante.)

P. LUIS

¡Padre mío!

(Haciendo un supremo esfuerzo.)

ANG.

¡Perdón!

FÉLIX

(Vencido ya y sollozando.)

¡Cesa ya, rencor insano!

¡Pepe Luis, dame la mano!

P. LUIS

(Precipitándose en sus brazos.)

¡Con todo mi corazón!

(Angela, Félix y Pepe Luis forman un grupo, abrazados los tres.)

ANG.

¡Padre!

FÉLIX

Déjame llorar

mi error.

ANG.

¡Padre de mi vida,

hoy termina tu pesar!

FÉLIX

Dices bien, hija querida.

¡Qué hermoso es el perdonar!

ANAS.

¡Qué dicha!

VEL

Lo que ha pasao

tenía que suceder.

Es un mozo mu templao

y mu dizno y mu salao...

¡y que me va á reponer!

ANAS.

¡Ay, qué dulce es el amor!

¡Verdad, Toñico?

TON.

(Al tío Veleta.)

Suplico

que la saque de su error.

VEL.

¡No te enlazas con Toñico,

sino con el jerraor!

ANAS.

¡Eso nunca! (Enfurecida.)

VEL.

(Con firmeza.) ¡Osté jará

mi gusto!

ANAS.

¡La ira me abrasa!

VEL.

Esto ya es cosa acordá.

TON.

Esta osté predestiná

á tené er méico en casa.

(Los grupos que han estado viendo los puestos y casillas de la feria, se acercan á Félix.)

FÉLIX

Que las parrandas entonen

cantos de paz y alegría,

y en su clásica armonía

las maravillas pregonen

de esta hermosa Andalucía.

(Al comenzar esta quintilla sale el Coro general.)

Música

CORO

No hay tierra más bella,
de más alegría,
ni mozas más guapas
que en Andalucía.
Con ojos de fuego
de tan viva luz,
cual rayos ardientes
del sol andaluz.

(El baile del final del primer acto. Mucha animación.
Cuadro. Telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DE FRANCISCO FLORES GARCÍA

- El 11 de Diciembre**, comedia en un acto y en verso.
- El 1.º de Enero**, drama en un acto y en verso.
- Quien piensa mal...**, juguete cómico, en un acto y en verso.
- La cuerda sensible**, juguete cómico en un acto y en verso.
- La más preciada riqueza**, comedia en un acto y en verso.
- Llevar la corriente**, juguete cómico en un acto y en verso, original.
- Un defecto**, juguete cómico en un acto y en verso.
- Doña Concordia**, juguete cómico en un acto y en verso.
- Receta contra el suicidio**, juguete cómico en un acto y en verso.
- Se desea un caballero**, juguete cómico en un acto y en verso.
- Vicente Peris**, drama histórico.
- Entre amigos**, comedia en un acto y en verso.
- El nacimiento de Tirso**, drama en un acto. (Segunda edición.)
- La madre de la criatura**, comedia en dos actos, en verso.
- Cuestión de táctica**, comedia en un acto y en verso.
- Los vidrios rotos**, comedia en un acto y en prosa.
- Navegar á todos vientos**, comedia en dos actos y en verso.
- Galeotite**, juguete cómico en un acto y en verso. (Cuarta edición.)
- De Cádiz al Puerto** comedia en dos actos (1).
- La herencia del abuelo**, comedia en un acto y en verso.
- La última carta**, monólogo en un acto, en prosa y verso.
- Conflicto entre dos Ingleses**, juguete cómico en un acto y en verso (1).
- ¡En carne viva!** juguete cómico en un acto y en verso.
- Meterse en honduras**, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
- Mapa-Mundi**, juguete cómico en un acto y cuatro cuadros, en verso.
- De Cádiz al Puerto**, zarzuela en dos actos. (Refundición.)
- Las cartas de Leona**, juguete cómico en un acto y en prosa, original (2).
- El hombre de las gafas**, juguete cómico en un acto y en prosa.
- Me pesca**, comedia en un acto y en prosa.
- Una doncella de encargo**, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa.
- Política Interior**, juguete cómico en un acto y en prosa.
- Viruelas locas**, humorada cómica en un acto y tres cuadros (parodia del drama *La peste de Otranto*), escrita en verso (1).
- Como barbero y como alcalde**, sainete en un acto y en verso.
- El diablo harto de carne...**, juguete cómico en un acto y dos cuadros (parodia del drama *Vida alegre y muerte triste*), en verso.
- Ganar el pleito**, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa.
- Por las ramas**, comedia en un acto y en verso, original.
- El hijo de su papá**, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original.
- Guzmán el Malo**, humorada cómica, en un acto y en prosa.

El segundo grupo, comedia en un acto y en prosa, original (3).
Trinidad, comedia en un acto y en verso.

El oro de la reacción, sátira cómico-lírica, en un acto y en verso.
El coco! juguete cómico, en un acto y en prosa.

Mixto de inglés y canario, juguete cómico en un acto y en verso, original.

La gente del bronce, sainete lírico, en un acto y tres cuadros, original y en verso.

Lo prohibido, comedia en un acto y en verso.

Dos pasos al frente, juguete cómico en un acto y en prosa

Baltasara la Pollera, sainete en un acto y en verso.

A cartas vistas, comedia en un acto y en verso.

Julcio de saltas, comedia en un acto y en verso.

El paraíso, comedia en un acto y en verso.

La carta de una mujer, comedia en un acto y en verso.

La ley del embudo, comedia en un acto y en verso.

La pastora, juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El primer actor, comedia en un acto y en verso, original.

Detrás de la cortina, juguete cómico en un acto y en verso, original.

El rey de los animales, pasatiempo en un acto, en prosa y verso, original.

Ludovico y Ataulfo ó la velada de los Angeles, pasatiempo cómico-lírico-bailable, en un acto, prosa y verso, original.

¡Fca! monólogo en prosa.

Quisquillas, comedia en dos actos y en prosa (1).

Doña Juanita, comedia en dos actos y en prosa (4). (Segunda edición.)

Los niños, comedia en dos actos y en prosa (4).

El señor Tromboni, comedia en dos actos y en prosa, escrita sobre el pensamiento de una obra alemana.

Las travesuras de Figaro, comedia en dos actos y cuatro cuadros, con coplas intercaladas (5).

Las travesuras de Figaro, zarzuela en dos actos (5).

Aguas Buenas, pretexto, motivo ó cosa así para una velada cómico-lírico-poético-bailable, en un acto y dos cuadros, original.

Rosario, comedia en tres actos y en prosa, original (3).

Los Amarillos zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, escrita sobre el pensamiento de una obra francesa (4).

La Pajarita, zarzuela cómica en un acto, en prosa y verso, original.

El Sustituto, zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros.

Las Parrandas, zarzuela en tres actos, en prosa y verso (5).

Galería de tipos.—(Retratos de cuadros y costumbres).—Un tomo.

¡Cosas del mundo!—(Narraciones).—Un tomo.

La cámara oscura.—(Tipos y cuadros de costumbres).—Un tomo

(1) En colaboración con D. Julián Romea.

(2) Con D. Angel Rubio.

(3) Con D. Luis Taborda.

(4) Con D. Joaquín Bati.

(5) Con D. Gabriel Briones.

OBRAS DE GABRIEL BRIONES

<i>Cuentos</i> , un tomo	2 ptas.
<i>Fuertes y débiles</i> , un tomo	2
<i>La niña de los cisnes</i> , zarzuela en tres actos.	2
<i>Las damas negras</i> , comedia en tres actos (1)	2
<i>Los granaderos</i> , zarzuela en tres actos.	2
<i>La mujer del Tremendo</i> , diálogo en verso .	1
<i>Las travesuras de Figaro</i> , comedia en dos actos (2)	1,50
<i>Las travesuras de Figaro</i> , zarzuela en dos actos (2)	1,50
<i>El marido pintado</i> , juguete cómico en un acto	1
<i>Rosario</i> , comedia en tres actos (2)	2
<i>Las Parrandas</i> , zarzuela en tres actos (2) .	2

(1) En colaboración con D. Ricardo Revenga.

(2) Idem con D. Francisco Flores García.

MARÍA DEL PILAR

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

Francisco Flores García y Gabriel Briones

música del maestro

GERÓNIMO GIMENEZ

Estrenada en el TEATRO-CIRCO DE PRICE la noche del
17 de Diciembre de 1902



MADRID

G. VELASCO, IMP.; MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1903

*A los señores D. Manuel Fi-
gueras, D. Mariano P. Barreda y
D. Roberto Goñi; recuerdo cariñoso
de sus buenos amigos*

Francisco Flores García

Gabriel Briones

Gerónimo Giménez

Los autores de MARÍA DEL PILAR dan las gracias á los señores D. Eugenio Fernández, director de escena, y á los maestros D. Federico Reparaz, D. Mariano Liñán y D. Julio Cristóbal, por el interés que demostraron en los ensayos de la obra y á todos los artistas por el entusiasmo con que desempeñaron sus respectivos papeles.

REPARTO

PERSONAJES

ARTISTAS

MARÍA DEL PILAR.....	Srta. D. ^a	Josefina Chaffer.
ESPERANZA.....	Dña	Carmen Ortega.
SEÑÁ NIEVES.....		Pilar Galán.
RAFAEL.....	Don	Manuel Figuerola.
VALENTÍN.....		Enrique Beut.
MARCELINO.....		Ernesto Hervás.
TÍO LICURGO.....		Valentín González.
ALMENDRITA.....		José Gamero.
BLAS.....		Antonio Barragán.

Coro de campesinos de ambos sexos

SEGUNDO REPARTO

MARÍA DEL PILAR.....	Srta. D. ^a	Luisa Vela.
ESPERANZA.....	Dña	Josefina Montenegro.
SEÑÁ NIEVES.....		Josefina Alonso.
RAFAEL.....	Don	Ricardo Pastor.
VALENTÍN.....		Juan C. Baldoví.
TÍO LICURGO.....		Elías Peris.
MARCELINO.....		J. Ramón Ibáñez.
ALMENDRITA.....		Ramón N. España.

La acción en Villamayor, provincia de Salamanca, en 1860

Derecha é izquierda, las del actor .

Se estrenaron cuatro decoraciones de los *Sres. Carmelo, Callejo y Gayo.*



ACTO PRIMERO

A la derecha, la fachada principal de una casa de labor con gran portalón en el centro: encima del mismo un balcón muy voleado, y al lado, y hacia el foro, una ventana baja, practicable, con mace-tas y flores. Delante de la casa, la era, con espigas y montones de trigo. Arbol practicable á la derecha en segundo término. En el fondo el paisaje. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CORO DE CAMPESINOS de ambos sexos, que con los bieldos levantan al aire las espigas.

Música

Coro Con la trilla y el bieldo
 las espigas se apartan,
 apartamos el grano
 y apartamos la paja;
 quién pudiera lo mismo
 hacer con { el que quiero,
 { la
 arrancarle lo malo
 y dejarle lo bueno.
 El que canta y trabaja
 el trabajo divierte,
 y cantando no nota

que los huesos se muelen;
no te canses } muchacho,
 } muchacha,
una copla y no pienses
en que siempre trabajas
y jamás te diviertes.

HOMBRES

Ten cuidado, morena,
si te vas por los trigos,
porque tienen los campos
animales dañinos;
ten cuidado, muchacha,
cuando cruces el río,
que escondido en las aguas
puede haber algún bicho;
pa que vayas segura,
vente siempre conmigo.

ELLAS

Tengo buena la vista
y no temo á los bichos,
porque no son tan malos
como algún lazarillo;
no te apures por eso,
que jamás me han mordido,
porque sé defenderme
de animales dañinos;
más segura voy sola;
que si vienes conmigo.

ELLAS

ELLOS

Tengo buena la vista, etc.
Ten cuidado, morena, etc.

ESCENA II

DICHOS y ALMENDRITA, por la casa

ALM.

(Cantando en son de burla.)

Con el trillo y con el biello,
dale dale que le das,
y pa alegrar el trabajo
copla viene y copla va.

Hablado

- Y en cantar coplas se va to el día.
- BLAS.** ¡Qué trabajaor se ha vuelto Almendrita desde que ha ascendío á segundo del tío Licurgo!...
- ALM.** Más vale ser segundo que no tercero, como otros. Y basta y ateneión, que voy á daros una buena noticia. Pa celebrar la vuelta de su hermano Rafael, que ha llegao esta mañana, nuestro amo el señor Valentín, manda que dejéis el trabajo, y os convida á comer unas gallinas remojás con vino... ¡de lo que no se bebe!
- BLAS.** Si es de lo que no se bebe, ¿cómo lo vamos á beber?
- ALM.** ¡De lo que no se bebe toos los días, animal de cebál... ¡Ah! Habrá de postre catorce cuernas de leche y roscas de Garci-Hernández. Esto, tal y como es lo que me ha dicho nuestro mayoral el tío Licurgo por orden del señor Valentín. Conque, ya podéis poner majos y arriscaos, pa que el señor Rafael, que es talmente un señorito, no crea que sois—con perdón—unos puercos. Y no digo más.
- Todos.** ¡Viva el señor Valentín! ¡Vivaa!... (Vase el Coro por la derecha.)

ESCENA III

ALMENDRITA

¡Viva el señor Valentín!... porque les manda holgar. Si les mandara apresurar el trabajo, dirían que maldita sea su casta. La verdad es que yo decía lo mismo antes que el tío Licurgo me diera el cargo que desempeño, que tiene algo de ayudante, de espolique y de criaio, y en el cual me doy la gran vida.

ESCENA IV

EL MISMO y EL TÍO LICURGO, primer término izquierda

- LIC. ¿Qué haces ahí papando moscas?
ALM. Descansando de una conversación fatigosa.
LIC. Eres una fiera pa el descanso. ¿Has contaó, como te encargué, los sacos que hay en el granero?
ALM. Tome usté. (Le da una tira de papel muy larga.)
LIC. ¿Qué es esto?
ALM. La cuenta de los sacos.
LIC. ¿No has gastao más que este papel?
ALM. No sé de números, y sólo puedo contar de uno en uno.
LIC. ¿Esto pasa de la raya!
ALM. No, señor, no pasa: vea usted: una raya por ca saco. Noventa y tres rayas; sacos, noventa y tres.
LIC. ¡El 93, el terror de la contabilidad!... Veo que pués dar quince y raya, y te quean rayas entoavía. Cuando tengas que contar un par de millones, necesitas una tira tan larga como el río, y una caballería ligera pa poner las rayas y hacer la suma. El maestro que te enseñó, estará de doctor en Salamanca.
ALM. No, señor; está arando.
LIC. Es natural. Y tú pierdes un tiempo precioso al no acompañarle.
ALM. Ca uno á lo suyo.
LIC. Y Cristo con toos. Vaite á la dehesa de San Roque y dile al tío Nicolás que le diga de mi parte al señor cura que no trasplante los árboles hasta después del día veinte, porque lloverá á primeros de mes.
ALM. (Ya ha recibío carta de San Pedro.)
LIC. Y que le diga al tío Sergio que ya sé á dónde fué á parar su Morrongo; que los trillaores de la Rinconá tuvieron un guisao de conejo *indocumentao* el mismo día que se perdió el gato.

- ALM. ¡Pobre Morrongol! Con razón le llaman á usted el mago del pueblo.
- LIC. To lo adevino, y toos acuden á mí. Hoy he recetao una medecina al suegro de Anselmo, que me pae que se despide de este pica-ro mundo.
- ALM. (Si ha tomao la medecina, de fijo.)
- LIC. He arreglao dos matrimonios desaveníos, y he concertao otro que pronto tendré que arreglar, porque los novios no se llevan bien.
- ALM. Oiga usted, tío Licurgo. Hace rato ha pasao por aquí Marcelino, el de la alquería del Tormes, y al hablar de la llegá de Rafael, ha mezclao los nombres de Esperanza y María Pilar..
- LIC. ¿De mi hija?
- ALM. Hablando con segunda. Y como es tan boción...
- LIC. (Sentencioso.) Es más fácil resbalar con la lengua que con los pies. No le haga caso. Rafael es un espíritu *amovible* que no pué vivir tranquilo en ninguna parte. Cansao de roar por tierra de lejos, ha vuelto por aquí pa pasar una temporá y marcharse otra vez. En cuanto á Marcelino, sé que anduvo enamoricao de María Pilar, y que, aunque largo de lengua y presumío, es bueno.
- ALM. Mejor sea la cosecha. De mo y manera, que él quiere á su hija de usted.
- LIC. ¿No te enterás? La quiso. Eso pasó.
- ALM. ¡La quiere! ¡Eso sigue!
- LIC. Mía, Almendrita... cuando yo digo una cosa, tiés que creerla. Y si no la crees, no me lo digas, porque me da mucha rabia. Si no me crees, no me preguntes na y te ahorras ese trabajo.
- ALM. Es que yo me figuro..
- LIC. ¡Basta! Al que cuenta de uno en uno, poniendo rayas en fila, no le tolero que piense cosa distinta que yo. Además, el señor Valentín y Rafael son los amos, y no debes consentir que ni en broma se hable mal de ellos. Hemos terminao, y vuelve pronto.
- ALM. Está bien: tié usted razón en tó.

LIC. Ya lo sé.
ALM. (Menos en lo de Marcelino y Rafael.)
LIC. ¿Qué mormuras?
ALM. Que es usté un mago... (Que no ve más que lo que le ponen delante de las narices.) (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA V

TÍO LICURGO y SEÑA NIEVES, por la casa

LIC. Es más negao que una oveja *canruta*; pero, es sobrino de su tía... y basta.
NIEVES ¿Y Almendrita?
LIC. (La tía del sobrino.) Ha ido á un recaó.
NIEVES Desde que está á su lao, se ha vuelto tan trabajaor como usté.
LIC. ¡Quiá! No me llega.
NIEVES Trabaja con el espíritu, como usté; y con las mandíbulas, como usté.
LIC. ¿Que no trabajo yo? Desde que Dios echó sus luces, he reñío á María Pilar, he reñío á los trillaores, le he reñío á Almendrita...
NIEVES Usté va pa gallo inglés.
LIC. Y si se pone usté niervosa, también la voy á reñir.
NIEVES De tanto reñir, estará usté derrengao.
LIC. Más acaban los desgustos que el trabajo corpóreo. De una sofoquina, se muere un cristiano; mientras que de trabajar, no sé que se haiga muerto naide.
NIEVES Algunos revientan.
LIC. No es lo mesmo.
NIEVES Vaya, menos conversación, y dígame usté las gallinas que tengo que guisar.
LIC. A propósito de gallinas: oiga usté, señá Nieves.
NIEVES ¿Eh? (Ofendida.)
LIC. Acérquese más. Usté sabe que to lo adevino. Usté es viuda...
NIEVES Eso no lo ha adevinao usté, porque fué al entierro de mi marío.
LIC. No es eso: déjeme acabar. Yo también soy

- viudo. Y lo que he adevinao, es que tiene
usté unos cuartitos ahorraos.
- NIEVES Lo ha acertao.
- LIC. Yo también tengo algunos cuartos. Usté
está entoavía pa dar muchos desgustos; tie-
ne usté un sobrino honrao y de buen natu-
ral, y yo una hija que es una perla.
- NIEVES ¿Y qué?
- LIC. Que podíamos reunir los cuartos de los dos
y comprar unas tierras pa labrarlas... es de-
cir, pa que las labraran otros por nuestra
cuenta.
- NIEVES ¡Qué precavio!
- LIC. ¿Qué le parece mi plan?
- NIEVES Que si yo tengo más cuartos que usté, voy
á salir perdiendo.
- LIC. No sea usté interesá ni remilgá, y hableme
con franqueza. ¿Qué contestaría si yo le di-
jera que me atrevo á apregonarme con usté?
- NIEVES ¡Tío Licurgo!

Música

- LIC. No es usté una belleza
si bien se mira;
pero está usté frescota
¡ay! todavía.
Y una mujer que sola
pasa la vida,
es natural que siempre
esté aburrida.
Ya sé que yo no soy
ningún chiquillo;
pero puedo servirle
para marido.
- NIEVES No diga usté esas cosas,
que me avergüenza,
y me pongo más roja
que una cereza.
No piense, tío Licurgo,
en matrimonio,
que no estamos nosotros
para casorios.

Una joven quisiera
tan buen partido,
que será usted de cierto
un buen marido.

LIC. Hace tiempo que usted sospechaba
que yo la quería.
NIEVES No me diga, por Dios, esas cosas
que me ruborizan.
LIC. Y lanzaba miraditas tiernas,
y muy expresivas.
NIEVES ¿Qué dirían si cualquiera lo oyese?
Eso todo es mentira.
LIC. Y me daba todo lo más bueno
que había en la cocina.
NIEVES Son ustedes los hombres muy malos
y en tó ven malicia.

LIC. Pues si me da confianza
y me distingue y me aprecia,
cuando digo lo que siento,
¿a qué viene con simplezas?
Si estaba usted deseando
de que así se lo dijera!...
NIEVES Aunque eso fuera verdad,
debe usted tener en cuenta,
de que al llegar este caso
me debe de dar vergüenza;
que aunque se rabie de ganas,
sienta muy bien la sorpresa.

No somos muchachos;
pero todavía.
pué que muchas gentes
nos tengan envidia.
LIC. Yo tengo cincuenta;
pero todavía...
subo como un gato
las cuestas arriba.
NIEVES Yo tengo cuarenta;
pero todavía...

Los dos cuando me compongo,
los hombres me miran.
Un cuarto de luna
habrá todavía
pa que nos digamos
cosas muy bonitas.
Lic. Míreme de frente.
NIEVES No diga pamplinas.
Lic. Deme usté un abrazo.
NIEVES ¡Ay, qué tontería!
Lic. ¡Vaya una viuda,
que se ruboriza!
NIEVES Es que es usté un viejo
con mucha perfidia.

Los dos No somos muchachos; etc.
Lic. Aunque es usté Nieves
me da usté calor.
NIEVES Pues con agua fresca
dése un remojón.
Lic. Es usté la esposa
con quien yo soñé.
NIEVES ¡Vaya unas palabras
que me dice usté!
Lic. ¡Déjate abrazar!
NIEVES ¡Viejo socarrón!
Lic. Es que estoy loquito,
loquito de amor.
NIEVES ¡Vaya un viejo verde!
¡cómo se chifló!

Hablado

Lic. Se casa Almendrita con María Pilar, nosotros nos casamos también, se compra la hacienda, y vamos á estar á qué quieres boca. A usté no se le había ocurrido esto, ¿eh?
NIEVES Cuando usté va á cargar la escopeta, ya me he comío yo el pájaro. Pero puede usté engañarse en algo.
Lic. Yo no me engaño nunca en ná.
NIEVES Desde que está aquí Rafael tengo un mal

presentimiento. Cuando llegó, ví llorar á Esperanza, y María Pilar se queó como *estisá*. Rafael fué un loco; le hacia el amor á toas las mozas del pueblo y no se enamoraba de ninguna; pero alguna ha podido enamorarse de él... Y si no, ¿por qué lloran Esperanza y María Pilar?

LIC. ¿Por qué vuelan los pájaros? Las lágrimas son nativas en la mujer, y no hay que hacer aprecio de ellas.

NIEVES Pa la tonta que llore por ningún hombre.

LIC. Eso va en gustos. En cuanto á mi hija, Almendrita es de su parigual; quiere, como yo, estos cuatro terrones donde ha nació... y puede aparejarse con ella.

NIEVES Pué que sea tarde. (Se van incomodando.)

LIC. ¡Usté ve visiones!

NIEVES Le estoy viendo á usté!

LIC. ¡Señá Nieves!...

NIEVES ¡Usté es un mago que no adevina las cosas hasta que se las dicen!

LIC. ¡Y usté, en cuanto ve una miaja de luz, dice que la casa está ardiendo!... ¡Por eso la llaman señá Nieves la niervosal!...

NIEVES ¡Y á usté la tortuga pensafatal!...

LIC. ¡Señá Nieves! (A punto de venir á las manos.)

NIEVES ¡Tío Licurgo!

LIC. (Cambiando de tono.) Pero... oiga usté, luna nueva. ¿Es que vamos á reñir antes de casarnos? ¿Qué dejamos pa después?

NIEVES El viático. No ayuntaremos. Yo soy una pólvora y usté es un camándula.

LIC. Galera acelerá, modera la marcha.

NIEVES Conmigo no hará lo que con su difunta, que tenía los árboles sin varas. En cuanto me levante la mano, se quea usté sin muelas...

LIC. (Eso ya no es posible.) ¡Niervosilla!... (Carinoso.)

NIEVES Vaya, ¿qué gallinas guiso?

LIC. Ocho de las más gordas.

NIEVES ¿No las iba usté á escoger?

LIC. Quería que usté me buscara pa decirle eso que tanto le ha gustao.

NIEVES ¿Engañaor? (Dándole una manotada.)
LIC. ¡Cualquiá te engaña á tí, *criaturita!*...
NIEVES ¡Adiós, *párvulo!*
LIC. ¡Qué ojillos pone más alegres! (Dándole una palmada en el hombro.)
NIEVES ¡Vaya, á trabajar!
LIC. ¡Qué palabra tan endinal!...
NIEVES Y no mire usted á ninguna vieja porque soy celosa. (Cuando vea los papeles va á saber la edá que tengo.) (Vase por la casa.)
LIC. Ya es bastanté con mirarla á ella... Algo estropeá está; pero más que una mujer, busco un socio pá comprar una finca. Lo que siento es que cuando vea los papeles, va á descubrir que me quito cinco años. Lo cual es una tontería, estando yo en el secreto. (Vase por la izquierda.)
MARC. (Cantando, dentro.)
Si diera mi corazón
y la sangre de mis venas
por una sonrisa tuya,
por tu querer, ¿qué no diera?

ESCENA VI

MARCELINO, á caballo, segundo término derecha, y ALMENDRITA, por la izquierda.

MARC. ¡Almendrita!
ALM. ¡Marcelino! ¿Dónde vas con esta solana?
MARC. Vengo de la alquería del Tormes, y quiero darle la bienvenida á Rafael.
ALM. Ahora está con el señor Valentín recorriendo las tierras. Apéate y echaremos una plática. (Marcelino se apea.)
MARC. Corta será.
ALM. ¿Qué prisa tienes? (Se lleva el caballo por el último término de la izquierda.)
MARC. La vuelta de ese hombre trastorna todos mis planes. Por más que lo sienta, ha llegado el momento de desengañar á María Pilar, dándole á conocer su verdadera situación. (A Almendrita que aparece de nuevo.) Pues, sí, yo

aprecio á Rafael. Cuando muchachos, fuimos muy amigos.

ALM. A mí me quería mucho.

MARC. ¡Ya lo creo! ¿te acuerdas de cuando te abrió la cabeza de un cantazo?

ALM. ¡Eso cae por fuera! ¿Y cuando á tí te derribó dos dientes de una puñá?

MARC. ¿A mí? (Picado.) No me acuerdo.

ALM. Hay que refrescar la memoria y cuidar la dentadura. ¡Qué tiempos aquellos y como nos divertíamos!.. Rafael era talmente una centella.—¡El primer tiraor de barra!—Y en el herraefo naide rendía un novillo con más traza ni con más fuerza!...

MARC. Pero siempre ha sío descastao. No quiere ni á la tierra donde nació. La prueba es que se fué.

ALM. La prueba de lo contrario, es que vuelve.

MARC. (Con misterio.) Dios sabe á qué y por qué.

ALM. ¿Qué quieres decir con esa retentiva?

MARC. Almendrita... yo soy tu amigo.

ALM. ¿De verda?

MARC. Por tú salú.

ALM. (¡La tuya por si me engañas!)

MARC. Vigila á Rafael, procura enterarte de lo que hable con María Pilar... y me lo cuentas.

ALM. Y á tí, ¿qué te importa María Pilar?

MARC. A mí, ná; pero como tú la quieres y yo me intereso por tí...

ALM. (Irónicamente.) ¡Gracias!...

MARC. El único amigo de confianza que tenía Rafael, era yo; y estoy enterao de sus secretos.

ALM. ¡Y correspondiendo á su confianza le quitas el pellejo!

MARC. ¡Por servirte á tí, desagradecíol

ALM. ¿Qué secretos son esos?

MARC. Qué á María Pilar no le parecía Rafael costal de paja... ni á Esperanza tampoco.

ALM. ¡Mía lo que hablas! Esperanza es hoy la mujer del señor Valentín.

MARC. Entonces era soltera... y yo sé lo que sé... Como el señor Valentín, el tío Licurgo y tú os habeis pasao la vida en el campo y María Pilar y Esperanza vivían entonces en el pue-

blo y allí iba Rafael por las noches, no sabeis de la misa la media.

ALM. Dejemos esa conversación.

MARC. Como quisieras. (Voy á ver si lo alejo de aquí.)

Oye, Almendrita: ¿quieres darle un pienso al caballo? El te lo agradecerá y yo tambien.

ALM. (Quiere que me vaya.) En seguida. (Este es como algunos frutos que tienen buena cara y por dentro rajelean.)

MARC. Repito que soy tu amigo.

ALM. Y no te encuentro una vez que no me des un disgusto. Amigos como tú son una bendición de Dios. (Yo sabré á que ha venido éste.) (Desaparece por la izquierda, reapareciendo en seguida con el caballo.) ¡Anda, animalito!... ¡Qué amigo tenemos tú y yo!... (Vase con el caballo por detrás de la casa.)

ESCENA VII

MARCELINO, luego MARÍA DEL PILAR y luego ALMENDRITA

Música

MARC. Siempre huyendo de mi lado
y mi amor tras ella siempre.
Es mi pena y mi esperanza
es mi vida y es mi muerte.
Procuro arrancarla
de mi pensamiento,
pero no consigo
borrar su recuerdo.
(Sale de la casa María del Pilar y sin ver á Marcelino corta una flor de una de las macetas de la ventana.)

M. PILAR ¿Por qué le nombran mis labios?
¿Por qué á mi pesar le quiero?
Y haciendo por olvidarle
me atormenta su recuerdo.

MARC. ¡María!

M. PILAR ¡Marcelino!

MARC. Ten piedad del que te quiere
del que sufre por tí tanto
que por tí viviendo muere.

(Sale Almendrita por el último término derecha y se sube al árbol practicable.)

ALM.

(Se habrá figurado
que tragué el anzuelo;
ya verás el tonto
que listo se ha vuelto;
desde este escondite
todo lo he de ver,
y sabré de fijo
cuanto hay que saber.)

M. PILAR

Te he dicho muchas veces
que á nadie quiero
que estoy bien sin amores
y sin tormento.

MARC.

Así solo configues
que aumente el fuego
de los celos que rujén
dentro del pecho.

ALM.

(Por eso me decía
que vigilase
y que cuanto supiera
se lo contase.)

MARC.

Maldito el que amores pone
en mujer que no comprende,
el que trata de engañarla
y el que por su amor se muere.
Yo sé todo tu secreto;
ocultarlo ya no puedes
y suspiras por un hombre
y en él la esperanza tienes.

ALM.

(Es á mí á quien ama
no me cabe duda
quizá mi silencio
la tiene tan mustia)

M PILAR

(De nuevo la ilusión
alienta mi ideal.
Encanto celestial
despierta mi pasión.
El puede mitigar
del alma su dolor
el puede realizar
el sueño de mi amor.)

MARC.

¿Por qué sin compasión
me vas á despreciar?

¿Por qué me vás á odiar
si te amo con pasión?
Tú puedes arrancar
al alma su dolor
tú puedes realizar
el sueño de mi amor.
ALM. (No hay duda que es por mí
por quien le desprecio
y es claro que sea así
pues valgo mucho yo.
Por fin la conquisté;
mi amor adivinó
y adivinó tambien
que valgo mucho yo.)

Hablado

MARC. Hace tiempo que mi alma
se abrasa con el secreto
de esos amores malditos
que nuestra desgracia han hecho,
y sé también quien confunde
á tu amor con su desprecio.

M. PILAR

MARC.

¡Eso es mentira!
¿Mentira?
¿Mentira tus sufrimientos?
¿Mentira que Rafael
era de Esperanza dueño
y que á tí la prefería,
y son mentira tus celos
y los que mi pecho abrasan?
¡Hazme que pueda creerlo
y mi infierno trocarás
en hermoso y claro cielo!
ALM. (Siempre he sufrido un disgusto
cuando he escuchado un secreto.)

MARC.

Tus amores con Rafael,
para tí son un misterio
y para mí luz que abrasa
¡y que me ha dejado ciego!
—Nos juntábamos de noche,
para recorrer el pueblo,
jugando con el amor
y con el honor ajeno.

Se concertaban apuestas
pa ver quién era el primero
en rendir á las muchachas,
y Rafael puso empeño
en que nadie le venciera
jamás en ese terreno.

Hizo el amor á Esperanza
y, logrado su deseo,
«rendí á la moza más bella»,
nos dijo un día.—«Protesto»,
contesté.—«Conozco otra.
Tiene los ojos más bellos
y es más gentil y arrogante
María Pilar.»—«Suponiendo
que lo sea, será mi novia»,
repuso... y logró su intento.

ALM. (¡Anda, morena, y qué líos
se van aquí descubriéndol...)

MARC. ¡Fuiste una novia de apuesta
y de ocasión!... (con ensañamiento.)

M. PILAR ¡Embustero!

MARC. Así pudieras probarme
que lo que digo no es cierto:
pero, llevo, por mi daño,
en esta mejilla impreso
el sello de esa verdad
con caracteres de fuego...

M. PILAR ¿Qué dices? (Asustada.)

MARC. Oye hasta el fin:
queda lo mejor del cuento.

ALM. (¡Estoy por bajar del árbol,
y retorcerle el pescuezo!)

MARC. Rafael, todas las noches
iba á verla á ella, y luego
se pasaba por tu casa
y mentía ante los hierros
de tu ventana, un amor
que dejaba prisionero
en el alma de Esperanza...
¡y tú eras su pasatiempo!
—Venganza toma el amor
del que el amor toma á juego;
que yo también me burlaba,
mirando con menosprecio

al que rendido caía,
y así, riendo... riendo...
en una sonrisa tuya
mi corazón quedó preso!

M. PILAR. Que es contra mi voluntad
esa prisión, ten por cierto.

MARC. Jugábamos á la barra
una tarde, y nos dijeron:
—«¿Qué vais á apostar, muchachos?»
—«Vamos á apostar un beso
de cualquiera de mis novias»,
dijo Rafael.—«¡Soberbio!
Va apostado de Esperanza»,
contesté.—Se puso serio,
y me dijo:—«No te burles
de la mujer á quien quiero,
de la única que ha logrado
en su ausencia mi respeto;
que aunque eres amigo mío
esas burlas no consiento.»
—«Bueno, de María Pilar»,
repliqué al punto.—«Lo acepto.
Si por tu dicha me ganas,
vas esta noche en mi puesto,
te embozas, finges mi voz...
y cobras hasta los réditos.»
Entre bromas y algazara
tuvo la partida término,
ganando yo lo apostado.
Rafael se mostró dispuesto
á satisfacer su deuda,
sagrada, por ser de juego.
Elegimos una noche
muy fría: estaba lloviendo,
solas y tristes las calles
y de luto el firmamento.
Cuando llegué á tu ventana
corrió por mis venas hielo;
que al que no ha sido traidor,
las traiciones le dan miedo.
Envuelto en su pasamontes
y entre las sombras envuelto,
y utilizando su seña,
te llamé, su voz fingiendo...

Me hablaste de su desvío,
de tu amor... ¡me diste un beso!...
y quedé ante tu ventana
mudo y aterrado y yerto...
como traidor que á traición
le hiere su propio hierro;
¡que si á traición le arranqué,
él me robó el pensamiento!

M. PILAR
ALM.

¡Eso es propio de un infame!
(¡Dios mío! ¿Pa escuchar esto
me he subió yo en el árbol
como si fuera un mochuelo?)

M. PILAR

¡Si antes desdén me inspirabas,
ahora me inspiras desprecio!
¡No son caricias de amor
las que con nombre supuesto
é indigna superchería,
se arrancan en el misterio
de la noche! Son un robo,
peor que los que en campo abierto
cometen los salteadores.
Ellos roban el dinero,
pero se juegan la vida;
y tú, aborto del infierno,
á mí, que sueño venturas,
me despiertas de mi sueño,
destruyes mis ilusiones
y robas traidor y artero
un beso de entre mis labios,
¡sin correr el menor riesgo!...
¿Dí si no eres más infame
que todos los bandoleros?...
Comprendo que acción tan vil
te hiciera temblar de miedo
¡que en el pecho de traidores,
la traición es el veneno!

MARC.
M. PILAR

Pero... ¿aún le quieres?
¿Lo dudas?

MARC.

¡Con toda el alma le quiero!
El viene por su cuñada,
y no repara en los medios...
y si te fingiera amor
sería un engaño nuevo
para acercarse á Esperanza;

mas yo impediré el proyecto.
¡Y si he callado hasta ahora
á decir estoy resuelto
que fuiste novia de apuesta,
y que tu novio, indiscreto,
jugó un beso que me diste!
M. PILAR ¡Dadme, Dios mío, un momento,
arranques para matarlo!
MARC. ¡Tu desden me tiene muerto!
M. PILAR ¡Te arrancara el corazón
—me sobran brios y alientos
para ello,— si no temiera
manchar mis manos de cieno!
¡Vetel (Imperativamente.)
Escucha.
MARC. ¡Que te vayas!
M. PILAR Piensa en que yo...
MARC. (Volviéndole la espalda.) ¡Nada pienso!
M. PILAR ¡Nace amor de una sonrisa
y va en la dicha creciendo,
para terminar en lágrimas,
tristezas y desconsuelo! (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS menos MARCELINO

M. PILAR ¡Fuí la burla de Esperanza! (Llorando.)
ALM. ¡Te juro que lo desuello!
(Se tira del árbol y se cae al suelo.)
M. PILAR ¿Eh? (Sobresaltada.)
ALM ¡Me caído de un nido,
por oír secretos ajenos!
M. PILAR ¡Almendrita!
ALM. ¡Sí, Almendrita!
M. PILAR ¿Has escuchado?
ALM. ¡Y lo siento!
¡Por andarme por las ramas
curioseando, indiscreto,
he sufrido un desengaño.
y á poco me rompo un hueso!
M. PILAR ¡Qué vergüenza!
ALM. Lo que oí,

olvidarlo te prometo;
¡y si no lo consiguiera,
soy un poste berroqueño
y callaré como un poste
aunque me maten los celos!

ESCENA IX

DICHOS y ESPERANZA, por la casa

ESP. ¡Ah! ¿Estás aquí?
M. PILAR Ya lo ves.
ESP. La señá Nieves te llama.
ALM. (Bajo y rápido á María Pilar.)
(No sé ná: vete tranquila.
soy un poste.)
M. PILAR (Aparte á él.) (Muchas gracias.)
ALM. ¡Por cá lágrima que errame
le doy una gofetada!)
(Vase por donde se fué Marcelino.)
ESP. María Pilar, ¿has llorado?
¿Qué tienes?
M. PILAR (Secamente.) ¡No tengo nada!
(De toda mi desventura
ésta mujer es la causa;
¡que me robó su cariño!)
ESP. ¿Qué tienes?
M. PILAR Voy, que me llaman.
(Vase por la casa.)

ESCENA X

ESPERANZA

Estaba Rafael perdido
para las dos, y me dabas
limosna de tu amistad.
Hoy Rafael nos separa
y eres mi rival de nuevo;
rival de una desdichada
que no puede ni aun llorar,
¡que son deshonor sus lágrimas!

Música

¡Sombra que en el alma evocas
días de amor y de ventura
y recuerdas que perjura
una promesa olvidó!
Aparta del pensamiento
y no aumentes los dolores
de la que sufre de amores
y tu imagen siempre vió.
Fuego que apagó en el alma
una prolongada ausencia,
renació con su presencia
que es á él sólo á quien amé.
No brille tu luz de nuevo
en mi pecho dolorido,
lloraré su amor perdido
pero infame no seré.

Hermosas ilusiones
desvanececs,
no podéis ser la causa
de mis ensueños.
No es el hombre á quien amo
de mi alma dueño,
de otro son mis caricias
y son mis besos;
ya mis labios no pueden
decir que quiero,
al que causa mis penas
y mis tormentos.

Felicidad,
en que soñé,
dulce ilusión
que acaricié;
¡qué cerca estás!
tu resplandor
despierta en mí
dormido amor.
Pensar en él

es hoy maldad,
huye cruel
felicidad.
Pesar mayor
jamás sentí,
dolor igual
jamás sufrí.

Que pensé siempre en él
y soñé con su amor,
olvidar no podré
y querer es traición.

Felicidad,
bella ilusión
en que soñé,
por siempre adiós.

Hablado

Ahora empieza mi calvario
y ahora es cuando necesito
de todas mis energías
para aceptar el suplicio.

ESCENA XI

LA MISMA, RAFAEL y VALENTÍN, por el segundo término
izquierda

VAL. Solo han quedado tus tierras.
RAF. Eres de hermanos modelo.
VAL. Causa mi satisfacción
que encuentres á tu regreso
intacta tu hacienda, en tanto
que, por varios contratiempos,
he quedado pobre yo.
RAF. ¡Por Dios! no me digas eso;
que si la hacienda has salvado,
de cuanto hay eres el dueño.
(¡Ella! ¡No puedo mirarla!)

- VAL. ¡Mi Esperanza! (Reparando en ella.)
ESP. (¡Qué tormento!)
VAL. Para completar mi dicha,
se ha logrado mi deseo
de que vivan á mi lado
los dos seres que más quiero.
- RAF. ¡Hermano! (Abrazándole.)
¡Mi sangre es tuya
y tú eres mi único afecto!...
¡Rafael!
- VAL. (¡Esquiva el mirarme!)
ESP. (¡No alza los ojos del suelo!)
RAF. (¡No lo encuentras muy cambiado,
Esperanza?
- ESP. No... no creo...
RAF. El tiempo lleva al olvido,
y muda los sentimientos,
y desvanece las formas
en las nieblas del recuerdo.
- ESP. (¡Así pudiera borrar
su imagen del pensamiento!)
- VAL. Mírale, ya no es un charro
castizo, típico y neto.
¡Es un señorito!
- RAF. Juro
que en lo esencial, en aquello
que es patrimonio del alma,
yo soy como en otro tiempo.
- VAL. Al faltarnos nuestros padres,
Rafael era muy pequeño;
quedó á mi cargo, y en él
puse el cariño más tierno.
¡Me ha dado que hacer de veras!
Era por demás travieso
y en los empeños más locos
ponía todo su empeño;
porque fué desde muchacho
valiente, audaz y ligero,
corazón tierno y sensible
é imaginación de fuego;
tanto, que aun siendo muy joven,
su espíritu aventurero
le arrastró por esos mundos
y en vista de su silencio

- de algunos años, creí
en su muerte; pero el duelo
hoy trocóse en alegría
al verle entrar en el pueblo!
- RAF. ¡No temas que nunca olvide (Conmovido.)
tus afanosos desvelos!
Hablemos de mi Esperanza.
- VAL. (¡Qué martirio!)
RAF. (¡Dios eterno!)
VAL. Pues... un día al verla sola,
en triste orfandad, y viendo
que era hermosa y desgraciada
y de virtudes modelo,
la ofrecí mi nombre, y ella,
á mi amor correspondiendo,
me ha dado paz y ventura.
- ESP. ¡Fuiste conmigo muy bueno!
VAL. He compartido mi alma
con ella y con tu recuerdo.
Ya no te irás de mi lado.
- ESP. (¡Dios mío!)
VAL. Tengo un proyecto
para hacer que no te vayas
y al lugar tomes apego.
Ese corazón voluble
pide y necesita el freno
del amor de una mujer
que lo someta á su imperio.
María Pilar fué tu novia,
es de virtudes espejo,
y de fijo no ha olvidado
tu cariño de otros tiempos.
- RAF. La constancia en la mujer
es tan rara, que prometo,
si ella me ama, como dices...
corresponderle.
- ESP. (¡Con celos
quiere destrozarme el alma!)
RAF. (Es de mi venganza el precio.)
VAL. Aquí tendrás una esposa
y dos hermanos,—pues creo
que en mi mujer ves tu hermana;—
hermosos campos, y el techo
que cobijó tu niñez.

Deja ya locos ensueños;
que en estos cuatro terrones
hay más dicha y más consuelo
que en las mejores ciudades
y en los palacios soberbios.

ESCENA XII

DICHOS y ALMENDRITA, por la izquierda

ALM. Señor Valentín...
VAL. ¿Qué quieres?
ALM. Que el tío Licurgo le llama.
VAL. ¿Dónde está?
ALM. En el Apeadero,
con un tratante que trata
de mercar de unas ovejas
ú las carnes ú la lana.
VAL. Bueno, está bien.
ALM. Bien ú mal,
en el Apeadero aguardan
pa mercar de unas ovejas
ú las carnes ú la...
VAL. ¡Basta!
¡Tú eres de repetición!
¡Pareces una campana!
ALM. (¡Qué serio está Rafael
y qué triste está Esperanza!)
VAL. Os dejo por un momento,
haz compañía á tu hermana.
Luego volveré, que ahora
la obligación me reclama.
(Vase por la izquierda.)
ALM. (Dice que es obligación
tomar dinero. ¡Qué gracial
Yo de esas obligaciones
quisiera dos por semana.
(Vase detrás de Valentín))

ESCENA XIII

ESPERANZA y RAFAEL

Música

- RAF. ¡Qué hermosa mis ojos
la vuelven á ver!
¡Cuán lejos me encuentro
del bien que soñé!
- ESP. Lágrimas ardientes
que velais mis ojos,
templad sus furores,
mitigad su enojo.
- LOS DOS No borró la ausencia
ni arrancó del alma
de sus { bellos } ojos
 { negros }
el hermoso sol,
y en mi pensamiento
siempre { fijo } estaba,
 { fija }
siempre en mis oídos
su amorosa voz.
- RAF. Tuyos son mis pensamientos,
tuya mi vida y mi suerte,
para tí mis alegrías
y mi amor hasta la muerte.
¿Te acuerdas, Esperanza,
de una mujer
que hizo la promesa
de esperarme fiel?
¿Conoces á la ingrata
que pronto me olvidó
y que á mi propio hermano
su corazón le dió?
- ESP. Sola, abandonada
y pobre me encontré,
sin un recuerdo tuyo
que alentara mi fe.
Tuyos mis pensamientos,
dijistes, han de ser,

donde vaya, Esperanza,
jamás te olvidaré.
Solo la muerte puede
arrancar mi querer.
La mujer olvidada
en tu muerte creyó;
á raudales el llanto
de sus ojos vertió.
Y al verse en la miseria,
sola y desamparada,
cogió la mano amiga
que tu hermano le daba.
juntos hemos rezado
y hemos vertido lágrimas.
(Arrancar mi pasión
maldecida

RAF.

no podré, que su amor
es mi vida.)

Son esas la disculpas
de una mujer liviana
que reza por su amante
estando á otro abrazada.
Y que entrega su amor
al hermano del alma,
sin ver que celos ciegan
y mueven á una infamia.
Borraré del pensamiento
esa imagen inconstante
que olvidó el amor jurado
en los brazos de otro amante.
Pierda el sol antes su luz
que vuelva nunca á mirarte.
El destino nos separa
con rigores implacables,
que no puedo ser traidora
ni podré dejar de amarle.
Pierda el sol antes su luz
que verme más miserable.
Borraré del pensamiento, etc.
El destino nos separa, etc.

Esp

RAF.
Esp.

Hablado

- ESP. Hoy, este amor imprudente,
más que imprudente maldito,
toma forma de delito.
- RAF. Y tú eres la delincuente.
Tú, que pérfida y cruel,
y mudable como el viento,
has faltado al juramento
que hiciste de serme fiel.
- ESP. Huérfana y desamparada,
de limosna recogida,
con la esperanza perdida
y la creencia arraigada
de tu muerte, viendo el fin
de nuestros amantes lazos,
vine á caer en los brazos
de tu hermano Valentín,
cual náufrago que al luchar,
ansiando ganar la orilla,
se ampara de la barquilla
que flota sobre la mar...
- RAF. ¡Mi muerte! ¡A muertos y á idos,
igual consideración!.
Yo sufro en esta ocasión
la suerte de los vencidos.
—Oye todo la verdad:
te la quiero referir
para que puedas medir
mi desdicha y tu maldad.
—Soñando mi fantasía
con la brillante quimera
de trasponer la frontera
de esta vulgar medianía,
en aras de mi pasión
de estos lugares salí
á conquistar para tí
la gloria y la admiración.
Allá, en remotas regiones,
donde me llevó la suerte,
un pueblo joven y fuerte
y de altas aspiraciones,
de la injusticia cansado
quiso ir á su independencia

por caminos de violencia,
y tomé puesto á su lado;
que donde esta la razón
hollada ó escarnecida,
voy á ofrecer con mi vida
mi brazo y mi corazón...

(Transición. Con amargura.)

—Muy pronto sufrí el castigo
de mi honrado proceder.

Vencido, llegué á caer
en poder del enemigo;
y mientras duró la guerra,
que con gran saña sostuvo,
prisionero me retuvo
en triste y lejana tierra...

¡Tres años estuve allí!

Y si allí pasé mis días
aislado, ¿cómo querías
tener noticias de mí?...

ESP.

¿En dónde está la maldad
con que tu rencor me acosa?

De situación tan penosa,
culpa á la fatalidad.

Si la noticia corrió
de tu muerte, y fué tu hermano
el que me tendió su mano
y mi orfandad amparó,
ve con ánimo sereno
que él consiguiera rendirme.

¡Y no puedo arrepentirme,
que no existe hombre más bueno!...

RAF.

ESP.

¿Sabe él que te tuve amor? (Con viva inquietud.)

¡Esa pregunta es donosal!

Como eres la mariposa
que vuela de flor en flor,
y como el amor que hoy cantas
mañana es aire ó es humo...

habrá quien piense, á lo sumo,
que yo he sido una de tantas.

RAF.

La historia de mi pasado
revuelves con saña fría,
por ver si una falta mía
puede borrar tu pecado.
Voluble, osado y ligero,

no quiero negar que fui;
pero, bien sabes que en tí
pusé un amor verdadero,
nacido del corazón,
grande como mi pesar...
¡y me vienes á pagar
con una infame traición!...
¡En mi dolor sobrehumano,
hé de callar mi amargura,
porque la amante perjura
es la mujer de mi hermano!...
Y así, por burla cruel
y sarcasmo de la suerte,
¡ni aun puedo darte la muerte,
que fuera matarlo á éll...

ESP. ¡Hoy el verte me da espanto,
porque advierto en mi tortura
que pelagra la ventura
de mi esposo, que es un santol. .

Y como no he de faltar
á mi deber, el remedio
es poner tierra por medio,
Rafael... ¡vete del lugar!...

RAF. Me es imposible acceder
á tan dura pretensión;
que tengo una obligación,
y he de cumplir un deber.
Hoy no puedo abandonar
la tierra donde nací.

ESP. ¿Qué dices? (Asustada.)

RAF. Me quedo aquí...

porque me voy á casar.
ESP. ¡Manejas sin fe y sin calma,
en momentos intranquilos,
un arma que es de dos filos
y puede herirte en el alma!...

RAF. Doy nuevo rumbo á mi vida
y buscaré otros consuelos.
¡Celos se curan con celos
y amor con amor se olvida!

ESP. ¡Mi ruina puede causar
su propósito villano! ..)

RAF. Voy á dar gusto á mi hermano,
si quiere María Pilar.

ESCENA XIV

DICHOS y MARÍA DEL PILAR por la casa

M. PILAR (Que ha oído los últimos versos.)
(¡Otra vez amor mentido
que á rechazar no me atrevo!...)

RAF. (¿Qué importa un engaño nuevo,
si torpe engaño me ha herido!)
Llega, hablábamos de ti
y es de perlas la ocasión.

ESP. (¡Juega con su corazón
para vengarse de mí!)

M. PILAR ¿Qué es ello?

RAF. Que no olvidé
nuestro cariño sincero,
y como entonces te quiero.

M. PILAR ¿Eh? ¿Como entonces?... (Indignada.)

RAF. Si, á fe.

M. PILAR (¡Es tanta mi ceguedad,
que renace mi esperanza!)

RAF. (¡Ahora empieza mi venganza
y mi rigor!...) (Aparte á Esperanza.)

ESP. (Aparte á él.) (¡En piedad! ...)

RAF. Fatigado de correr,
tras un deseo engañoso,
ahora ya busco el reposo
en brazos de mi mujer.

ESCENA XV

DICHOS, MARCELINO y mozas y mozos del pueblo con bandurrias y guitarras, por la derecha VALENTÍN, el TÍO LICURGO y ALMENDRITA, por la izquierda y la SEÑÁ NIEVES por la casa. María del Pilar y Almendrita, sacan jarros de vino para los mozos

Música

CORO
Vuelves á ver estos campos,
los reflejos de este sol,
la hermosura de este cielo
que de niño te alegró.

Vuelves á ver á las charras
de hermosura singular,
á las charras arrogantes
que te han enseñado á amar.
Vuelves á ver ya la casa
que tu infancia cobijó
y á la vista de tu aldea
se te ensancha el corazón.
No hay en parte alguna
mujeres más guapas,
con ojos tan negros
con más linda cara.
La ausencia no borra
ni arranca del alma
los campos hermosos
que vieron tu infancia.

M. PILAR

(No podré olvidar
este amor cruel,
ni le puedo odiar
que mi vida es él.
Aun mintiendo está
y que miente sé,
y me vencerá
y me rendiré.)

RAFAEL

(No podré olvidar
este amor cruel
ni la puedo odiar
que mi vida es.
Por su amor viví,
por su amor soñé,
por su amor sufrí;
no la olvidaré.)

RAF.

Nunca el recuerdo de nuestra aldea
del pensamiento se me apartó,
y el ver de nuevo su hermoso cielo
fué la esperanza que me alentó.

La tierra bendita
en donde jugaba
cuando era chiquillo
siempre recordaba;
que amigos queridos
y amores del alma
dejaba en los campos
porque suspiraba.
Vive ardiente en el pecho
sin borrarle la ausencia
el amor de la charra
á quien el alma diera.

Tú eres, María,
la firme amante
por quien regreso
a este lugar.
Fiel has guardado
memoria mía
y al alma puedes
consuelo dar.

MARC. No me quieras disputar
lo que ha tiempo te jugué,
y testigos hay aquí
que podrán dar de ello fe.
En el juego la apostó;
por mi dicha la gané;
no la vengas á pedir
que no es tuya esta mujer.

RAF. Eres un infame,
tu lengua mintió,
que yo no he jugado
caricias de amor.

—
ESP. Ensueños de amores
perturban mi alma,
anhelos infames
el pecho me abrasan,
que duerman los celos
que rujen de rabia,
no turbe mi vida
mentida esperanza.

RAF. Furores y celos
perturban mi alma,
anhelos infames
el pecho me abrasan,
que duerman los celos
que rujen de rabia;
no turbe mi vida
mentida esperanza.

M. PILAR Ensueños de amores
perturban mi alma;
hermosas promesas
la alientan y abrasan.
¿Son celos ó amores,
pasión ó venganza?

MARC.

no turbe mi vida
mentida esperanza.
Furores y celos
perturban mi alma
amor tan ardiente
que el pecho me abrasa.
Despierten los celos
que rujen de rabia;
su amor es mi vida
mi sola esperanza.

ALM.

¿Por qué sin quererla
con ella se casa
fingiéndole amores
que son de Esperanza?
¿Le mueven los celos
á hacer tal infamia?
¡No puede creerse
acción tan villana!

CORO, LICURGO, VALENTÍN Y SEÑA NIEVES

¿Por qué sin quererla
con ella se casa?
¿Por qué finje amores
y quiere engañarla?
Por darle á otra celos
de amores le habla;
¡no puede creerse
acción tan villana! (1).

ESP. Y }
RAF. }

Jamás podré arrancar
al alma su ilusión
que siempre brillará
el fuego de mi amor.

MARC.

Mintiendo amor está
cobarde y vil traidor,
tan sólo por vengar
desdenes de un amor.

(1) Almendrita, Señá Nieves, María del Pilar, Rafael, Esperanza,
Valentín, Marcelino y Tío Licurgo.

ALMENDRITA, VALENTÍN, LICURGO, NIEVES, CORO

¿Por qué la va á engañar?

¿Por qué le hace traición?

¿Por qué mintiendo está?

¿Por qué le finje amor?

(Esperanza, Valentín y Almendrita, sujetan á Rafael que intenta arrojarle sobre Marcelino, al cual sujetan varios mozos. María del Pilar, llorando, se abraza á Nieves.—Cuadro.—TELÓN.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Zaguan de la casa de Valentín. A la izquierda un lienzo de pared con una puerta y dos ventanas, practicables. A la derecha, cobertizo, donde se supone que está el granero, con puerta baja. Al foro un gran arco de medio punto, por el cual se ve el campo. Cerca del granero, la trilla y algunos aperos de labranza. A la izquierda, fuera ya del medio punto, un carro. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MARÍA DEL PILAR, SEÑÁ NIEVES, ALMENDRITA, BLAS y CORO DE TRABAJADORES DE AMBOS SEXOS, en traje de día de fiesta.

Al levantarse el telón están bailando

Música.

M. PILAR	}	Con su nombre entre los labios siempre el sueño me sorprende, y no quiero despertarme porque sueño que me quiere.
ALM.		
CORO		El que la jota te escucha no olvida tu voz, que sus acentos penetran en el corazón. Y el que bailando te ha visto jamás te olvidó; que toa la gracia del mundo te la ha dado Dios. Pa quererte con toa el alma

el mirarte fué bastante;
y aunque luce toa la vida,
¿quién del alma pué arrancarte?
El que la jota te escucha, etc.

Nadie tu copla
puede olvidar,
que jamás
te olvidó
si cantar
te escuchó.
Nadie la jota
puede olvidar
si una vez la escuchó
de tu voz celestial.

Hablado

ALM. Ahora, á seguir el baile en la era, que aquí estais estorbando.

BLAS ¿Le molesta al amo que tengamos la fiesta aquí, como otros domingos?

ALM. Me molesta á mí, que voy á sacar unos costales, y sobre tó, lo manda el tío Licurgo, y él sabrá por qué.

BLAS ¿Por qué no han asistio á la fiesta Esperanza y el señor Valentín?

ALM. Por una razón de peso: porque no les ha dao la gana.

BLAS Me has convencio. Por ahí se mormura...

NIEVES Esa es una de las noventa y nueve cosas que á tí no te importan.

ALM. Y basta de plática, que estais perdiendo tiempo y yo paciencia. ¡Largo de aquí, chismosos!...

BLAS No te enfades, porque se dice que tú también estás picao de la víbora.

TODOS ¡Ja, ja, ja! (Vase el Coro por la derecha.)

ESCENA II

MARÍA DEL PILAR, SEÑÁ NIEVES y ALMENDRITA

- ALM. Has bailao pa disimular; pero he visto que se te saltaban las lágrimas.
- M. PILAR Figuración tuya. (Se retira al foro, sin poner atención en el diálogo que sigue.)
- NIEVES Traeme un saco de harina, que voy á hacer unas rosquillas.
- ALM. Lo empecé á sacar esta mañana, y mírelo usted dónde está. (Señala á la puerta del cobertizo, por la cual asoma un saco)
- NIEVES Trabajas á golpes, como cantan las codornices. (Aparte á él.) (Ha bailao contigo. ¿A qué aguardas?)
- ALM. (No me hace caso.)
- NIEVES (No te parece á tu tío, que en paz descansa. Me vió un domingo á las tres: á las cuatro había bailao conmigo: á las cinco se declaró: á las seis ya tuve que darle una bofetá... y á la semana me llevó ante el cura.)
- ALM. (Porque encontró en usted terreno abonao.)
- NIEVES (Te dejo con ella. Veremos si eres sobrino de tu tío) (Alto.) A ver si te quean fuerzas pa dar un par de tirones al saco y arrimarlo al horno antes de la noche. (Aparte á él.) (Decídete, que te vas á morir pensando las cosas y llevándotelas toas en secreto... ¡Ay, si yo me encontrase en tu pellejo!...) (Vase por la casa)
- ALM. No lo tendría usted con tantos dobleces.

ESCENA III

MARÍA DEL PILAR y ALMENDRITA

- ALM. (Al ver que quiere irse María del Pilar.) ¿Te vás? ¿No quieres que hablemos?
- M. PILAR Si tienes que hablarme, empieza.
- ALM. Sabes que sin ser valiente,

solo por vengar tu ofensa,
me agarré con Marcelino
y quise darle una *felpa*;
no pudiendo realizar
esa *provechosa* idea,
porque me cogió un mordisco
tan terrible en esta oreja,
que si no acude la gente
en la boca se la lleva
y me queo desorejao
y corrió de vergüenza.
Quien las orejas expuso
por salir á tu defensa,
si creyese en tu cariño
y una esperanza le dieras,
fuera sin disputa el hombre
más valiente de esta tierra.

M. PILAR
ALM.

¿Sabes qué intenta mi padre?
Como el tío Licurgo piensa
siempre en algún desatino,
—mis palabras no le ofendan,—
y lo que todos ven blanco
él ve negro, considera
si es fácil de adivinar
lo que tiene en la mollera.
Como es mago y no pregunta,
es posible que no sepa
lo que se dice en el pueblo.
¿Hablan de mí?

M. PILAR
ALM

Y exageran.

M. PILAR

Calumnias forman montañas
de un sólo grano de arena.

ALM.

Han oído á Marcelino;
te ven pensativa y seria;
ven que Esperanza está triste.
que su marido sospecha...

M. PILAR
ALM.

¿Sabe el señor Valentín?...
Teme, puesto que recela.
Hallábame la otra tarde
al borde de la verrea
que está cerca del arroyo
por encima de la era,
dormío como un bendito
que está en paz con su conciencia,

cuando un bichejo volátil
se entró por mi boca abierta
y me clavó el aguijón
en la punta de la lengua.
No me pareció prudente
dormirme otra vez, no fuera
otro animal importuno
á malograrme la siesta,
y me puse á contemplar
la hermosura de la siembra
y las aguas cristalinas
del arroyo de las Puercas,
llamado así, según dicen,
porque nace en una aldea
en donde naide se lava
ni por capricho siquiera.
No se movía una hoja
y los rayos del sol eran
haces de dorada lumbre
cayendo sobre la tierra.
De pronto ví á nuestro amo
que, ocultándose en la yerba,
observaba esta ventana
y á Rafael, que ante ella
estaba como al-lao
y sin darse de ello cuenta.
Cuando se fué Rafael,
alzó el amo con violencia
la vista al cielo: algo dijo
que no entendí, y con presteza
se marchó á paso de lobo
como rumiando su pena.

M. PILAR
ALM.

Si él quiere
perderse... ¡pues que se pierda!
Yo no sé por qué razón
se vuelven locas las hembras
por los que de ellas se burlan.
Les gustan los calaveras
que no quieren trabajar
y andan con *presopopeya*.
Más de una vez he pensao,
repasando unas novelas
del *Chato de Brián*, y de otros

que tienen la misma tema,
en hacerme caballero
como los de las leyendas,
y salir por esos mundos
á conquistar las doncellas
que haigan quedao *sobrantes*,
porque eso lo hace cualquiera.
Más mérito es trabajar,
cumpliendo la ley eterna.
Yo soy un trabajaor;
y aunque no soy una fiera,
talmente, tomo el trabajo
con método y con prudencia,
que es como al cuerpo conviene.
Un modelo de belleza
no soy; mas dice el refrán
que el hombre y el oso, ecétra.
No diré cosas bonitas
ni dulces; pero no temas
que con mentiras te engañe
ni con traiciones te venda.
Serás reina de tu casa
en nuestra honrada pobreza:
y si vienen chiquitines
que á su madre se parezcan,
me río yo del Paraíso
terrestre, de Adán y Eva,
y de toas las manzanas
que maduren en la huerta.
¡Mira que estoy en lo cierto!
¡Si esta mujer estuviera
en su cuarto de hora!) Escucha,
y saca la consecuencia.
¡Recopllate un momento
al fondo de tus ideas,
pon las cosas en su punto
y mide la diferenciencia
entre él y yo, y Marcelino,
y compara y considera!...
¡Soy manso, como un cordero,
y dulce, como una oveja,
y leal, como un mastín,
y duro, como una piedra!...
¡Compadécete!... ¡Lo pido

como se pide en la iglesia;
porque pa mi devoción
tú eres la imagen perfeta!

(Se arrodiilla y sale el tío Licurgo por la puerta del granero.)

LIC.

(Levantándolo en vilo.)

¡Que vas á manchar el suelo,
peazo de sinvergüenza!

ESCENA IV

DICHOS y TÍO LICURGO

ALM.

(sobresaltado.) ¡Tío Licurgo!

LIC.

Lo que estabas diciendo á mi hija, en esa posturita de ayudar á misa, ¿por qué no me lo dices á mí?

ALM.

¡Que me ha asustao usté!

LIC.

Más susto hubieras llevao si te doy un par de trompazos, que fué mi primera intención Con la intención basta.

ALM.

LIC.

Siempre creí que eras un simple.

ALM.

Pues ya ve usté que no, y que quiero á María Pilar pa casarme con ella.

LIC.

Repítele eso.

ALM.

Que quiero á María Pilar...

LIC.

Repítelo, y le ahorro un porte á la diligencia, porque del primer puntapie te pongo en Salamanca.

ALM.

(Le hace la competencia al ordinario.)

M. PILAR.

Padre, Almendrita es un buen muchacho y en nada me ha faltao.

LIC.

Tú, vete; que pa consejos, yo; y pa talento, yo.

ALM.

(¡Y pa modesto, éll!)

M. PILAR.

(Aparte á Almendrita.) (Si te pregunta..)

ALM.

(Vete tranquila: ya te he dicho que soy un poste.) (Vase María del Pilar por la izquierda.)

ESCENA V

TÍO LICURGO, ALMENDRITA y SEÑA NIEVES por la puerta
de la izquierda

NIEVES ¡Pero, condenao!... ¡Ah! que está ya de vuelta el primer talento de Villamayor.

LIC. He tenido que contenerme. De no, á estas horas estaría usted poniéndose de luto.

NIEVES ¿Ha levantao usted un muerto?

LIC. Este campanario inclina la veleta al sexo femenino. Lo he sorprendido haciéndole el amor á mi hija.

NIEVES ¿No habemos quedao en que se casará con ella?

LIC. Habíamos convenido en que se casarían cuando nos casáramos nosotros; pero...

ALM. ¿Casarse ustedes? ¡Si ya están pochos!

LIC. A este le han alampao la novia.

NIEVES Eso es una informalía de usted.

LIC. Usted me dijo ayer que Rafael era una moña reluciente, pero falsa; y que éste es un chavo de ley... Pero el hombre que ha leído lo que yo y tiene los sesos y la *retentiva* que yo, sabe lo que sé yo.

ALM. ¡Eso digo yo!

LIC. Si yo sé, verbo y gracia, que el mundo es redondo como una camuesa; que San Pedro hizo la Era Cristiana; que Nerón fué rey de los Países Bajos, y otras cosas que me importan un camino; calcule usted si me habré percatado de que es usted tan mal pensá, que si ve arrodillao un ermitaño delante de una imagen, dice que la está enamorando.

NIEVES Y usted es tan sandio, que si le dicen que Nicolás el Manco va al monte con Juana la Pecosá pa enseñarla á tocar la guitarra, lo cree á pie juntillas.

LIC. ¡Enseñaosla!

NIEVES ¡Tiene usted una lengua tan larga, que con la punta alcanza desde aquí á Vitigudino!

ALM. (Si se casan, no van á tener pa cazuelas.)

Música

LIC. ¡Pues no se pone poco furiosa!
No se alborote, porque no hay cosa
que se me escape, como se ve;
que á mí no hay naide que me la dé.
NIEVES En tó este pueblo, como es sabio,
no hay otro hombre más presumío:
de lo que dicen es lo mejor,
que es usté un tío mormuraor.
ALM. (La da de sabio, y esa no cuela,
se ve que el hombre no tiene agüela:
cree su mollera la de Merlin,
y es un soberbio calabacín.)

LIC. Naide á ser lince me iguala,
porque soy de los mortales
que conservan más despiertos
los sentíos corporales.

NIEVES

LIC.

LIC.

} ¡Cabales!

Corto un pelo en el aire,
oigo una mosca,
y güelo antes que guisen
cualquiera cosa.

Y gusto y toco
con firmeza y con gracia
como habrá pocos.

Por lo tanto, el caso es,
que veo crecer la yerba,
pa que se enteren ustés.

ALM.

NIEVES

} ¡Eso es!

(Claro es
que éste ve crecer la yerba
pa comérseia después.)

LIC. No hace mucho que al amo he contao
ciertas cosas que pasan aquí,
de amoríos que no son mu santos
y hace días me escaman á mí.
Porque hay uno que quiere á una ella,
y esta ella se deja querer.

Creminal es guardar el secreto,
todo el amo lo debe saber.

ALM. ¿Usté le ha dicho?...
LIC. ¡Pues no que no!
ALM. ¡La hecho usté buena!
LIC. ¿Soy tonto yo?
¿Por qué ocultarlo
si es la verdad?
NIEVES Porque esa es una
barbaridad.

LIC. No me arrepiento de lo que hice
aunque censuren mi proceder;
dí cuenta al amo de lo que pasa
porque cumplía con mi deber.

ALM. Usté no sabe lo que se pesca,
y con su charla sin tón ni són,
ya muchas veces ha demostraó
que por cabeza tiene un melón.

Hablado

LIC. Pues, sí, yo lo penetro to.
ALM. (Teníamos en casa la providencia, sin sa-
berlo.)

NIEVES ¿Le ha dicho usté al señor Valentín que la
mujer á quien quiere Rafael es Esperanza?

LIC. (Santiguándose) ¡Jesús, María y José, qué vie-
ja más chismosa!...

NIEVES ¿Vieja y chismosa?

LIC. ¡Cá pensamiento suyo es un tarro de vene-
no que mata á diez ó doce personas!

ALM. (Como de costumbre, no estaba enterao.)

NIEVES Usté es un viejo interesac que quería casar-
se conmigo pa coger mi dinero. Se ha pre-
sentao Rafael, y usté ha dicho: «Por aquí
gano más. Mi hija pa él, aunque pierda la
hucha de la seña Nieves.» Pues sepa usté,
viejo camandulero, que me alegro, porque
hacía un sacrificio al casarme con semejan-
te espantajo!

LIC. ¡Jé, jé! ¡Sacrificio! ¿Cuándo se verá usté en
otra? ¡Visonarial

NIEVES ¡Pa visonario usté, que cree que va en dos pies porque le correspondel!

LIC. ¡Cotorrona!

NIEVES ¡Melón tardío! ¡Ande usté á hacerle el amor al dinero de otra vieja!

LIC. ¡Almendrita, quítamela de delante, ó no respondo!

ALM. Váyase, tía.

NIEVES ¡Pa no ver visiones! ¡Estoy muy contenta de que se haiga arrepentío! ¡Este entripao es por su informalía; pero, me alegre, me alegre y me alegre! (Vase por la puerta de la izquierda empujada por Almendrita.)

ESCENA VI

DICHOS, menos SEÑÁ NIEVES

LIC. (Limpiándose el sudor y haciéndose aire con un pañuelo.) ¡Uf! Si no me la quitas, hay una esgracia. Le has salvao la vida.

ALM. Estamos en paz; ella me la salvó antes, cuando usté iba á dar fin de mí.

LIC. Ya conoces mi natural. En un pronto, mato á cien hombres. Luego no soy naide.

ALM. (Ni en el pronto.)

LIC. ¡Mía que decir que Rafael y Esperanza! Yo, con un sólo detalle, con que se toque uno la punta de la nariz, sé lo que le pasa.

ALM. Que le pica.

LIC. Eso crees tú que eres un inocente. Yo penetro en lo interior. Aquí no hay más sino que Marcelino, emberrenchinao porque María Pilar prefiere á Rafael, inventó que está enamorado de otra... sin decir de cuala. Yo le he dicho al señor Valentín que, como se trata de una calumnia, consiento en la boda de María Pilar.

ALM. ¡Ah, vamos! (No sabe ná.)

LIC. Yo siento que no te cases con ella, porque eres bueno,—aunque torpe;—pero resínate: el amor es una manía que pasa. Yo me casé enamorado, y á los seis meses, mi mujer,—

- Dios la haiga perdonao,—me tiró un puchero á la cabeza. Era que el amor había pasao. Rompiendo cacharros.
- ALM.
LIC. Te emperras por una mujer, ella se emperra contigo, haces mil barbaridades, no duermes, no comes, lo cual es un disparate, porque el comer es lo primero...
- ALM.
LIC. ¡Claro que sí!
Y á los tres meses de casao, en vez de pichón ú cordero, te llama animal de bellotas. La más pulia y remiagá de soltera, cuando eres su marío, te arma una marimorena cada dos horas, y te hace bailar de coronilla... si no te hace otra cosa peor. Yo, que to lo penetro...
- ALM.
LIC. (Este hombre es una barrena.)
No he podido adivinar por qué de solteras son tan sensibles y *manuables*, y al casarse se vuelven tan bravas y pendencieras.
- ALM.
LIC. Pues dicen que los casaos viven más que los solteros.
No lo creas: es que se les hace el tiempo más largo. El amor se acaba y el dinero queda.
- ALM.
LIC. Si no se gasta.
Como te aprecio, le hablaré al padre de la Engracia pa que no te quedes soltero. Esa moza tiene una buena alquería.
- ALM.
LIC. Y cara de lechuza.
Las bonitas son peores de guardar. Si te ven una onza de oro, los ladrones te buscan las vueltas y te la quitan.
- ALM.
LIC. Hay ladrones desinteresaos. Bien fea era Gregoria la Jibosa, y se escapó con Pepe el Chato.
- ALM.
LIC. También ruedan las moneas falsas. Te apregonan por segunda vez. No des lugar á la tercera, porque me dolería tener que quitarte las muelas de un puñetazo.
- ALM.
LIC. (Se conoce que las necesita pa él.) Más me dolería á mí.
- ALM.
LIC. Dispensa; pero cuando ciega la rabia, el bruto se despierta en el hombre.
- ALM.
LIC. (¿A qué hora quedrá que lo llame por la mañana?)

- LIC. Y no digas á naide la barbaridá que se le ha ocurrido á tu tía sobre la mujer del amo, si no quieres...
- ALM. Que me dé usté una paliza.
- LIC. Lo has acertao: ya eres mago.
- ALM. De estar junto á usté se pega.
- NIEVES (En la ventana, con un perol, batiendo huevos) ¿Toavía no has sacao la harina?
- ALM. ¡Me hace usté trabajar hasta los domingos!
- NIEVES Pa tñ son domingos los siete días de la semana.
- LIC. Oiga usté, señá Nieves...
- NIEVES ¡Que estoy niervosa y le pongo el perol por montera!
- LIC. Toavía me ha de llamar usté pichón.
- NIEVES ¡Ganso! (Desaparece de la ventana.)
- LIC. No se escapa usté. (Aunque me tire el perol, hay que atrapar la hucha.) (Vase por la puerta de la izquierda.)
- ALM. Quedré á María Pilar aunque me dé cien trompazos. Vamos á ver si este maldito saco quíe salir. ¡Ay!... (Se pone á tirar del saco, y sale Rafael último término izquierda.)

ESCENA VII

RAFAEL y ALMENDRITA

- RAF. Pero, hombre; ¿trabajando hasta en domingo?
- ALM. Ya ves: ni en los días festivos paro. (Tirando trabajosamente.) ¡Jula! ¡Jaia!
- RAF. Desde esta mañana, cuantas veces he pasado por aquí, te he visto lo mismo. Es una herejía tener á un hombre todo el domingo sacando costales. Le diré al tío Licurgo que no te obligue á trabajar tanto.
- ALM. No, no le digas na. Esto lo hago yo jugando. Ya le he dao tres tirones y no sale.
- RAF. Te echaré una mano. (Cogen el saco entre los dos.)
- ALM. Si tú no vienes... ¡Parecía que estaba embrujao! (Ponen el saco en medio de la escena.)

- RAF. Tu novia estará contenta: se lleva al hombre más trabajador de esta tierra.
- AIM. Pues no me quiere. (Rafael pone el saco sobre el hombro de Almendrita.)
- RAF. Si puedo ayudarte en algo...
- ALM. ¡Vaya si puedes!... Si no es por tí, ahí se quea el saco.
- RAF. Digo en lo de la novia.
- ALM. ¿Tú? (Deja caer el saco.)
- RAF. ¡Que se te cae el saco! (Queda el saco en el suelo.)
- ALM. Las mujeres no quieren á los trabajadores. Les gustan los señoritos, que se visten bien y les dicen palabras bonitas. Pa los hombres como tú son el mundo... y lo demás. Yo no sirvo más que pa labrar la tierra. Hago la miel pa que otros se la coman, porque dicen que no se ha hecho pa mi boca. ¡Cualquier día me quiere á mí una mujer, si te atraviesas tú y la echas un requiebro!
- RAF. No me tengas envidia. El exterior engaña... Una noche que íbamos unos cuantos de broma y algazara, vimos que salía mucha luz por las ventanas de la casa donde vivían las dos muchachas más bonitas de esta tierra. Mis amigos y yo dijimos: «Allí hay baile y alegría»—Llegamos á la casa en son de fiesta... ¡y nos encontramos con que las pobres mujeres velaban el cadáver de su padre! A veces, lo que atrae, porque deslumbra, no es otra cosa que el resplandor de la desgracia... Ten la evidencia de que eres más feliz que yo; y si eso de tu novia puede arreglarse, te ayudaré con mucho gusto.
- ALM. No... gracias... tú no puedes ayudarme en eso. Ayúdame ahora á cargar el saco.
- RAF. Como quieras. (Coge el saco y lo coloca sobre las espaldas de Almendrita, con extraordinaria facilidad.)
- ALM. (Encorvado por el peso.) ¡Anda Dios, qué fuerza tienes!... (Este mata á uno de un puñetazo, y se quea tan fresco.) (Vase trabajosamente por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII

RAFAEL

Música

Buscando el reposo,
después del combate,
tranquilo y dichoso
tornaba al lugar;
y en vez del consuelo
que hallar esperaba,
hallé por mi daño
perdida la paz...
la paz y la ventura que soñé
fiado en juramentos de mujer.

¡Recuerdos benditos,
ventura soñada,
mujer adorada,
vehemente pasión!
¿Quién puede borrarte
de mi pensamiento
si fuiste el contento
de mi corazón?

Cuanto era mi vida
se extingue al dejarla,
que ha sido adorarla
mi sola ilusión.
Es de mi hermano la dicha
que me alentó,
y suyas son sus caricias,
suyo su amor.
Que no puede el pecho
sacir su rencor,
no puedo en mi hermano
vengar mi furor.
¡Maldito amor,
pasión fatal
que no podré
jamás borrar!

Hablado

Tiemblo al pensar que pudiera
corresponder á mi anhelo;
que aunque su amor es mi vida,
sé lo que á mi hermano debo.

(Se acerca á la ventana y sale María del Pilar por la
puerta de la izquierda)

ESCENA IX

RAFAEL y MARÍA DEL PILAR

M. PILAR (Contemplándole con amargura.)
¡Amarrado á su destino
y de su amor prisionero!
RAF. María Pilar...

M. PILAR Te buscaba.

RAF. (Sus tristes enojos leo
en sus ojos expresivos.)
(Procurando dominar su emoción.)
Aquí me tienes dispuesto
á cumplirte mi palabra.

M. PILAR Lo dudo.

RAF. Pronto has de verlo.

M. PILAR Juguemos á cartas vistas.
Cede en tu tenaz empeño.
Por una burla siniestra,
ó por un torpe deseo,
ó por algo más terrible...
estás jugando con fuego
y no he de contribuir
á propagar el incendio.
Si tras de una infame apuesta,
por segunda vez mintiendo,
quieres hacerme tu esposa
sólo para inspirar celos,
á tan negra villanía
te juro que no me presto...
RAF. ¿Quién ha dicho?...

M. PILAR No hay amor
que se oculte en el misterio.

Si por el pronto acepté
de nuestra boda el proyecto,
fué solo para evitar
que trascendiera el secreto
hasta el señor Valentín;
más por venganza, no puedo
unirme al hombre que tiene
en otra su pensamiento...

RAF.

M. PILAR

¡Esa es una vil calumnia!...
¡La negativa del miedo!
¡La quieres y ella te quiere!...
¡Unidos en un intento,
tembláis los dos al pensarlo;
pero acariciáis un sueño...
y sabiendo que es la muerte,
queréis probar su veneno!...
¡Mas yo no me presto á ser
tu mujer á tan vil precio!...

ESCENA X

DICHOS y ESPERANZA, por la puerta de la izquierda.

RAF.

M. PILAR

¡Esperanza!
(¿Me habrá oído?)

ESP.

Sus miradas son de fuego.)
Me ha encargado Valentín
que todo lo preparemos
para ir á Salamanca,
porque quiere, según creo,
comprarte trajes y joyas
para la boda.

M. PILAR

Agradezco
tan señalados favores;
mas aceptarlos no puedo.
Dile al señor Valentín
que se aplaza el casamiento
hasta que su hermano olvide
otro amor que arde en su pecho.
Y... si tú sabes quién es
esa... mujer... que teniendo
marido de otros amores
sigue sosteniendo el *juego...*

¡dile que aun quedan mujeres
que saben morir queriendo,
sin que sombras de una infamia
le nublen el pensamiento!...

ESP. ¿Estás demente? ¿Qué dices,
María Pilar?

M. PILAR ¡Lo que debo!

(Sale Marcelino último término derecha)

RAF. ¡Ya no escucho más calumnias
ni más infamias tolero!...

M. PILAR ¡Maltrátame si te atreves!...

MARC. (Adelantándose á interponiéndose.)
¡Le faltan bríos para ellol...

ESCENA XI

FICHOS, MARCELINO, luego el TÍO LICURGO y después VALENTÍN

RAF. ¡Ah, canalla! ¿Te atreves á venir á mi casa?

M. PILAR ¡Rafaell (sujetándolo.)

MARC. El señor Valentín no me ha prohibido que
venga, y celebro haber llegao en esta oca-
sión.

RAF. ¡Vete, ó te ahogo!..

MARC. Soy hombre que paga sus deudas. Si algo te
debo...

RAF. ¡Me debes la vida!

MARC. Ya saldaremos esa cuenta. Si fuera mudo
no te importaría mi presencia.

ESP. (¡Miserable!...)

RAF. ¡Si tantas ganas tienes de hablar, ven y ha-
blaremos!...

LIC. (Puerta de la izquierda) ¿Qué pasa?

MARC. Que Rafael se incomoda porque vengo á
verlo á uste.

LIC. Por mí no te molestes, que no tengo ningún
interés en que me veas.

MARC. Es que vengo á decirle de parte del hacien-
dero del Tormes, que vaya usté; y llegué en
ocasión en que Rafael iba á pegarle á María
Pilar.

M. PILAR ¡Eso no es verdad!

- RAF.** Escucha, voy ahí enfrente, á la era... ¡Que no te se olvide la promesa!... (Vase foro izquierda)
- MARC.** Tengo buena memoria.
- M. PILAR** (Aparte á Licurgo.) (Vaya usted con él.)
- LIC.** (Este desalmaos nos va á dar un disgusto.) Dile al señor Ambrosio que cuando quiera darme mecaos, me los traiga él, ó me los mande con el demonio; pero, no vengas tú (Vase detrás de Rafael.)
- M. PILAR** Ya lo sabes.
- MARC.** Las dos le defendeis. Como os engaña, tiene suerte.
- ESP.** ¡Si los malos pensamientos fueran como el veneno, al decir eso debías reventar!...
- M. PILAR** ¡Eres un cobarde, que solo te atreves á mortificar á las mujeres!...
- VAL.** (Puerta de la izquierda.) ¿Estais riñendo con Marcelino?
- M. PILAR** No merece ni el odio de una mujer.
- VAL.** Marchaos, que ésto es cosa mía.
- ESP.** (Aparte á María del Pilar.) (Si habla, está perdido.)
- M. PILAR** (No se atreverá.) (Vanse las dos por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XII

VALENTÍN y MARCELINO

Música

- VAL.** ¿Riñendo con las mujeres vas tu valor á probar?
¿Por qué riñes, qué te pasa?
¿Me lo quieres explicar?
- MARC.** Es que si vengo á esta casa es contra mi voluntad, porque estoy loco de amor por María del Pilar.
- VAL.** En eso el tiempo vas á perder,

porque se casa
con Rafael.
MARC. El finje en eso
torpe doblez,
que tiene en otra
puesto el querer.
VAL. (¡Sospecha horrible,
dura y cruel!)

MARC. Hay de por medio
otra mujer.

Por venganza tenebrosa
en su loco frenesí,
á Pilar la sacrifica
y me sacrifica á mí.
Un amor sin esperanza
hace que proceda así,
y sabiendo yo el secreto
no lo puedo consentir.
(Por su amor deliro
y la quiero tanto,
que siento el secreto
salir á mis labios.
Al pensar que la pierdo
los celos me arrebatan;
horrible desconsuelo
entristece mi alma,
que es mi vida entera
de su amor la llama.)

VAL. Tú eres loco ó un malvado,
y en tu proceder ruín,
ciego estás por unos celos
que no puedes reprimir.
Si tu afirmación cobarde
no es una calumnia vil,
lo que sepas de ese asunto
me lo tienes que decir.
(Por su amor deliro
y la quiero tanto,
que el alma me hiere
triste desengaño.
Al pensar su perfidia
los celos me arrebatan,

horribles desconsuelos
entristecen mi alma;
que es mi vida entera
de su amor la llama)

MARC.

No he de convertirme
en vil delator,
usted lo sospecha
lo mismo que yo.

VAL.

Tu mente delira,
tu labio mintió,
no cabe en mi hermano
tan baja traición.

MARC.

Usted lo ha nombrado,
que no he sido yo.

VAL.

(Entra su mirada
en mi corazón.)
(¡Dios mío, no sé qué siento;
cruel, atroz momento!
¡Ha sembrado la duda en mi alma,
la sospecha es veneno traidor
que al correr entre lenguas, infama,
de mi honra el puro crisol.)
Todo lo has de confesar
y nombrar á esa mujer.

MARC.

¡Pues María del Pilar
lo podrá decir á usted!

VAL.

Hay en todo lo que dices
una pérfida intención:

MARC.

Usted, con adivinarlo,
me está dando la razón.
(Al fin logré mi anhelo;
rugiendo está de celos.
He sembrado la duda en su alma;
la sospecha es veneno traidor,
que al correr entre lenguas infama
de su honra el puro crisol).

Hablado

MARC.

En mi propósito honrado
la ruín venganza se estrella.

VAL.

(¡Llevo en el alma la huella
de un pensamiento malvado!)

MARC. La ausencia de Rafael
borrando iba su recuerdo
de la mujer que ahora pierdo;
y desde que ha vuelto él,
cesó como por encanto
en esta casa la calma
y hay inquietud en el alma
y en los ojos brota el llanto.

VAL. ¡Usted mismo que contento
vió su vuelta el otro día,
hoy mezcla con su alegría
un triste presentimiento!
¿Dónde tu malicia va
con tan torpe reticencia?

MARC. Pregunte usted á su conciencia
y ella le responderá.

¡A lograr mi dicha voy,
cueste mucho ó cueste poco;
y si Rafael es un loco,
loco de amor también soy!
Su *esperanza* malograda
este engaño le sugiere,
porque la mujer que él quiere
está con otro casada.

VAL. ¡Tu oscura razón delira,
en tu delirio hay agravio,
y está manchando tu labio
la infamia de una mentira!
¡No triunfará tu invención
ni tu infamia has de lograr,
porque te voy á arrancar
la lengua y el corazón!
¡Mientes, infame villano!
¡Por rivalidad ó envidia
inventas una perfidia
de que es incapaz mi hermano!

MARC. Aunque insultarme es su afán,
olvido que me insultó...
porque mis padres y yo
hemos comido su pan.
Por tal razón puede usted,
aunque en el alma me hiera,
tratarme de esa manera.

VAL. ¡Dime que mientes!

MARC. ¿En qué?
¿Qué he dicho yo?
VAL. ¡Tú ciniemo
está erizado de ofensas!...
¡Si no lo dices lo piensas,
y para el caso es lo mismo!
MARC. No me odie usted porque trate
de sacarle de su error.
VAL. ¡A tí te ciega el rencor
y sueñas un disparatel
¡Vete! (Imperativamente.)
MARC. Sigo mi camino
y he de llegar hasta el fin.
VAL. ¡Es peor tu lengua ruin
que el puñal de un asesinol
MARC. ¡Cumpliré con mi deber;
y aunque arrecie en sus enojos,
yo le pondrá ante los ojos
lo que ahora no quiere ver!
(Vase por el foro izquierda.)
VAL. Puesto en la senda del mal,
de mi razón no respondo,
y hay que llegar hasta el fondo
de esta pendiente fatal.

ESCENA XIII

VALENTÍN y MARÍA DEL PILAR, por la izquierda

M. PILAR ¿Y Marcelino? (Inquieta.)
VAL. Se ha ido..
M. PILAR (¿Qué habrán hablado los dos?)
VAL. Se muestra muy resentido
porque tú no lo has querido.
M. PILAR Pues... que perdone por Dios.
El no llega á comprender,
y de ahí nace, á mi pesar,
su modo de proceder,
que estas cosas del querer
no se pueden remediar;
y de que me quiere, infiere
que amarle es mi obligación,

y á otro mi alma prefiere.
Se quiere... porque se quiere:
esa es la única razón.

VAL. Ya se que suplica en vano
y su loco error deshice.
Tú, prefieres á mi hermano,
y él, de su elección ufano,
también te quiere.

M. PILAR Eso dice.

VAL. Lo dice, y será verdad,
puesto que vas á casarte
con él, por su voluntad.

M. PILAR Eso dice.

VAL. (Inquieto.) El engañarte
sería una iniquidad,
una infamia... y Rafael
es incapaz de una acción
tan villana y tan cruel.
(Pausa. María del Pilar baja los ojos.)
¿Por qué callas? ¿Dudas de él?
¡Abreme tu corazón!...

M. PILAR El viento de la mudanza
agita su pensamiento
y se lleva mi esperanza,
mi dicha...

VAL. ¿Qué fundamento
tiene tu desconfianza?

M. PILAR Rafael el mundo corrió
en busca de unos placeres,
que aquí sin duda no halló...
y habrá visto otras mujeres
más agradables que yo.

VAL. ¿Tú crees?...

M. PILAR Nada, con certeza.
Siempre fué alegre, expansivo
y decidor, y ahora empieza
á estar serio y pensativo
y lo invade la tristeza.

VAL. Yo, que con ansia esperé
la vuelta del ser amado
y hasta su muerte lloré,
ahora, sin saber por qué,
me encuentro desconsolado.
No sé qué fatalidad

en estos días presiento,
que, aumentando mi ansiedad,
envuelve mi pensamiento
en nubes de tempestad;
y en la fiebre que me acosa
y en el temor que me asalta,
una fuerza misteriosa
lleva mi vista afanosa
á descubrir una falta,
y llego desatentado
al horror que presentía,
y noto, al verme vengado,
¡que estoy de sangre manchado
y que esa sangre es la mía!...

M. PILAR
VAL.

(¡O lo sospecha ó lo sabe!)
Tú eres buena, en tí no cabe
el engaño, el fingimiento,
y ya es forzoso que acabe
este insufrible tormento...

M. PILAR
VAL.

La desconfianza está
turbando tu dulce calma,
cuando él á casarse va..
Es que... no me caso ya.
¿No le quieres?

M. PILAR

¡Con el alma!
Tanto mi afán le prefiere,
y es tan firme y tan cruel
el amor conque me hiere,
que iba á casarmē con él
sabiendo que no me quiere.
Después he reflexionado
que iba sobre mí á pesar
una traición que han fraguado,
y he querido echarme á un lado
para dejarla pasar.
Rafael por otra pasión,
hoy juega con mi cariño,
y hace en esa *distracción*
pedazos mi corazón
como un juguete de niño.

VAL.

¿Conoces tú á la mujer
que él quiere?

M. PILAR
VAL.

(Espantada.) ¡Yo no!... ¡Qué ideal!
¡Que tú lo debes saber

me han dicho, y, sea quien sea,
decírmelo es tu deber!

M. PILAR ¡No! (Cubriéndose el rostro.)
VAL. ¡Mírame frente á frente!

Abre á mis dudas camino
y dímelo francamente.
Me asegura Marcelino
que tú lo sabes.

M. PILAR ¡Pues miente!

¡No lo sé! Aunque lo supiera
y mi dicha consistiera
en hablar, no lo diría;
porque decir eso, fuera
una infame alevosía.
No la quiero cometer;
y pues resignada estoy
con mi horrible padecer,
ya me basta con saber
lo desgraciada que soy... (Llorando.)
y haber llegado á inquirir
que cuanto el odio demande
viene á aumentar el sufrir...
¡y que es más grande el vivir
cuando el dolor es más grandel!

VAL. Con tenacidad esquivas
decirme lo que anhelaba,
y mis recelos avivas...
y encuentro en tus evasivas
la afirmación que buscaba.
Al dar por mi triste suerte
en la realidad desnuda,
vacila el ánimo fuerte
y se disipa mi duda
en el frío de la muerte.
Por sentimiento cristiano,
quisiste guardar en vano
miramientos y respetos.
¡Para el amor no hay secretos
y sabes el de mi hermano!...
Y lo sabe Marcelino;
y, por lo que le escuché,
que ya es público imagino...
¡y por mi triste destino,
hasta yo mismo lo sé!...

¡Yo, que en mi desdicha fiera
me arrancaba con tesón
la sospecha ruin y artera
como un puñal que tuviera
clavado en el corazón,
hoy, al ver en mi amargura,
con siniestra claridad,
al ladrón de mi ventura
envuelto en la niebla oscura
de su increíble maldad,
de tal modo se eslabona
mi duelo á la suerte ingrata
que mi deshonor pregonar,
que una voz dice: «¡Perdona!...»
y otra voz me grita: «¡Mata!»
Sangre de mi sangre, ansioso
á mi hermano consagré
mi existencia y mi reposo,
y un porvenir venturoso
en su cariño fundé.
Por eso al ver que conmigo
procede como enemigo
y que mi deshonor intenta,
quiero inventar un castigo
tan grande como la afrenta;
y al ir resuelto á vengarme
del odioso fratricida
que pretende deshonorarme;
aunque matarlo es matarme
porque su vida es mi vida,
con segura decisión
voy á cortar ese lazo
que anuda negra traición,
¡y no ha de temblar el brazo
aunque tiemble el corazón!
(Vase por el foro izquierda.)

ESCENA XIV

MARÍA DEL PILAR y ESPERANZA, que sale de la casa

M. PILAR Se pierde para mi amor
y se pierde por amarla.

(Al ver salir á Esperanza.)

¡Ella! ¡No la quiero ver! (Medio mutis.)

ESP. Escúchame: no te vayas.

Música

M. PILAR En odiarme rencorosa
no te asiste la razón,
que no soy quien te arrebató
las venturas del amor.

M. PILAR Del amor tal vez lograrse
la dulce satisfacción,
si no brillara siniestra
la llama de tu pasión.

ESP. Brilla en el fondo del alma,
nadie la ha visto brillar.

M. PILAR Basta con que Dios la vea,
á Él no puedes engañar.
Tú me robaste
mi bien, mi solo amor,
y ahora me arrancas
la paz del corazón.
La duda te detiene,
mas él vive en tu alma,
y aun sin poder amarle
alientas la esperanza.
Si nunca ha de ser tuyo,
¿por qué de amor le hablas?
En eso no vacila
el alma que es honrada.

ESP. Tú te has creído
que yo soy tu rival,
y tal ofensa
yo debo rechazar.
La pena me devora,
su amor mi pecho abrasa
y nadie su recuerdo
podrá borrar del alma.
Mas no nublan mi mente
las sombras de una infamia;
prefiero á ser vencida
morir en la jornada.

M. PILAR Si dices que le quieres,
no me hables de tu honor,

porque el amor prohibido
engendra deshonor.
Pecas de pensamiento
y pecas de intención,
al confesar que sientes
tan vergonzoso amor;
que es el honor
en la mujer casada
puro y limpio fanal,
que al aliento solo de un suspiro
se empaña su cristal.

Esp.

Si dices que no quieres
que te hable de mi amor
porque el amor prohibido
engendra deshonor,
no me hables tú tampoco
de tu viva pasión,
pues, aunque honor me veda
tan peligroso amor,
al pensar en la dicha que tú sueñas,
sin poderlo evitar,
siente el alma el odio comprendiendo
su aberración fatal.

M. PILAR

Con ansia te aborrezco
de todo corazón,
y espero en su justicia
que te castigue Dios.
En locos devaneos
se estrella tu razón
y vas á ser la causa
de nuestra perdición.

Esp.

Si amor ha de perderme
no quiero salvación,
que es el amor que siento
fuego devorador.
Si he de sufrir castigo,
si es delito el amor,
por él crucificaron
al justo Redentor.

M. PILAR

Esp.

{ En locos devaneos, etc.
Si he de sufrir castigo, etc.

(Vanse: Esperanza por la derecha, y María del Pilar
por la izquierda, primer término.)

ESCENA XV

RAFAEL, por el foro izquierda, y á poco ESPERANZA por la derecha

Hablado

RAF. Quiero huir, en mi despecho,
de esta tierra, y no sé cómo;
y tiemblo cuando me asomo
al abismo de mi pecho.
La brutalidad del hecho
se impone á la reflexión;
y al sentir la vil traición
con que me ultraja la suerte,
engendra ideas de muerte
mi pobre imaginación...

ESP. ¡Eh! (Ve á Rafael y quiere irse.)

RAF. ¿Huyes de mí, Esperanza?

ESP. Rafael .. (Dudando.)

RAF. No estés intranquila...

¡Ven!

ESP. ¿Por qué no me aniquila
el rayo de tu venganza?

Sacia tu justo rencor,
¡no tengas de mi clemencia!

RAF. El quitarte la existencia
no es remedio á mi dolor.

¿Por qué esquivas el mirarme
y apartas de mí los ojos?...

ESP. La llama de tus enojos
temo que pueda abrasarme;
y quisiera, á cualquier precio,
que tu furor se calmara
y que tu amor se trocara
en soberano desprecio
ó en odio, antes de caer
en la horrible tentación
de faltar—¡ni de intención!—

¡á mi sagrado deber!

RAF. También resuena en mi oído
la voz del deber sagrado,
y á tu amor encadenado

y por mi pasión vencido,
cuando quiero despreciarte
por castigo á tu traición,
resurge en mi corazón
la necesidad de amarte!

ESP. Ceja en la temeridad
de esta contienda homicida;
que aun puede haber en tu vida
reposo y tranquilidad.

RAF. No: después de lo pasado,
mi suerte está decretada,
y pierdo en ésta jornada
cuanto el alma hubo soñado.
¡El deber que has invocado
presa de tanto terror,
debiste en tiempo anterior
con más razón invocar,
con él cumpliendo á la par
tus juramentos de amor!

(Se acerca á ella en el momento en que sale Valentín
por el foro izquierda. Al verle, ambos se separan y
ninguno de los dos se atreve á mirarle.)

ESCENA XVI

ESPERANZA, RAFAEL y VALENTÍN. Al final MARÍA DEL PILAR

Música

VAL. (Avanzando lentamente hacia ellos.)
Cualquiera diría
que estais enojados
ó que mi presencia
os pudo turbar.
¿Por qué no os mirais?
¿y tú por qué tiembblas?

(Estallando en ira.)
¿Qué horrible misterio
tenéis que ocultar?

(Ellos bajan la vista.)
¡Sangrienta quimera
mi espíritu asalta,

y sueño terrible
mi mente nubló!
¡Mi hermano querido,
mi esposa adorada,
fraguan en la sombra
nefanda traición!

RAF.

Los celos te han cegado
y vienes á acusarme
de infamias y traiciones
que el alma rechazó.
Antes que tuya fuera,
soñé en ella venturas,
y por desdicha mía
en tus brazos cayó.

VAL.

¿Por qué, traidora,
fingiste amar?
¿Por qué ocultabas
tanta maldad?
¡Es de mi sangre
el que traidor,
así destroza
mi corazón!

VAL.

ESP.

RAF.

{

¿Por qué, traidora,
fingiste amor? etc.
¿Por qué sospechas
que, desleal,
tu honra pudiera
nunca manchar?
¡Aunque muriera
por otro amor,
jamás te haría
tan vil traición!

VAL.

Fuerza soberana
me da tu maldad:
hieres por la espalda
como vil rufián,

y yo cara á cara
te voy á matar.

(Saca un puñal y se lanza sobre Rafael: éste se cruza de brazos)

RAF. ¡Aquí está mi pecho,
hiere sin piedad!

ESP. (Interponiéndose entre los dos.)
¡Tu sangre inocente

vas á derramar!
RAF. Aquí está mi pecho,
hiere sin piedad!

VAL. ¡Alguna venganza
quisiera inventar,
que á tu acción villana
pudiera igualar!

RAF. ¡Aquí está mi pechol
¡Hierel

ESP. ¡Ten piedad!

(Valentín intenta arrojarle sobre Rafael. Esperanza le detiene sugetándole el brazo. Sale María del Pilar por la izquierda y se coloca delante de Rafael impidiendo que Valentín se acerque.—Cuadro.—TELÓN.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La escena dividida. A la izquierda, ocupando dos terceras partes del escenario, la cocina de la casa de Valentín, con gran chimenea de campana. A la derecha de esta habitación, en primer término, gran ventana cubierta por una cortina de plantas trepadoras, y en segundo una puerta. Una mesa cerca de la chimenea. Sillas, bancos, etc. A la derecha la corralada con una parra y al foro, una fuente. Al foro en el departamento de la cocina, una puerta y dos a la izquierda. Es de día.

ESCENA PRIMERA

En el departamento de la izquierda, SEÑÁ NIEVES y ALMENDRITA, y en seguida el tío LICURGO por la corralada

NIEVES Estoy asustá, porque he visto salir á Rafael, y poco después al amo, que tomó el mismo camino.

ALM. El amo fué á casa del señor Cura, pa entregarle la limosna que da tós los años el día de la patrona del pueblo. Rafael se fué por otro lao. (Sale el tío Licurgo por la corralada y queda escuchando)

LIC. (Ahora sí que voy á adivinarlo tó, sin tomarme el trabajo de cavilar.)

NIEVES ¿Y á dónde fué? ¿Lo sabes tú?

ALM. Lo sé.

NIEVES ¿Por adivinación, como el tío Licurgo?

LIC. (Aquí entro yo.)

- ALM. Ese es un burro que endereza las orejas cuando oye campanas.
- LIC. (Ahora debía yo darle dos patás en salva la parte.)
- ALM. No sabe más que lo que digo yo, y á mí me tienen por tonto.
- NIEVES Cuéntame lo que sepas y no te acuerdes de ese viejo marrullero, feo y calculaor.
- LIC. (Está celosa. A la mujer le pasa lo que á la maera: contra más vieja, arde mejor.)
- ALM. Desde anoche, que el amo quiso matar á Rafael, los hermanos no se han hablao, ni el señor Valentín ha dirigido la palabra á su mujer.
- NIEVES Más vale.
- ALM. Cuando salió Rafael, yo estaba en la era: lo seguí á larga distancia: llegó á la alquería del Tormes: al ver á Marcelino, que salía de la casa, lo llamó aparte: no sé lo que hablarían; pero sí que, al despedirse, Rafael dijo: «Que no faltee: no quieroirme sin despedirme de ti como mereces.»
- NIEVES Y tú, ¿qué crees?
- ALM. Creo que van á matarse.
- NIEVES ¿Pero .. tú?...
- ALM. La entiendo á usted. Aunque debía alegrarme de ver á Rafael hecho tiras, porque María del Pilar lo quiere, y á mí no, soy tan papanatas, que impediré que se maten, aun exponiéndome á que me den un golpe. ¿Es eso lo que quería usted saber? Pues ya lo sabe: basta que sea sobrino de usted pa que sea tonto.
- LIC. (Adelantándose.) Es de familia.
- ALM. (La tortuga pensativa.) Usted y yo somos parientes, por parte de Adán.
- NIEVES ¡Holal! El nieto de Salomón!
- ALM. Por parte de Eva.
- LIC. Después de la manzana. ¿Estabas haciendo confesión general con tu tía?
- NIEVES Me estaba contando cosas que usted habrá adivinao con esa perspicacia que Dios le dió.
- LIC. Yo sé só lo que pasa, por lo menos al mis-

- mo tiempo que usted. Y va usted á verlo. Sé que el señor Valentín quiso matar á su hermano: que Rafael ha desafiado á Marcelino, y que este papanatas quiere impedir que se maten.
- ALM. ¡Estoy con la boca abierta!
- LIC. Ciérrala, que vuelan por aquí moscas borriqueras. ¿Crees tú que falta un ganso que me cuente lo que sucede?
- ALM. (Ese ganso he sido yo.)
- NIEVES También hay gansos que escuchan.
- LIC. Dejemos eso, que como está usted resentida, podemos enrearnos.
- NIEVES ¡Eso quisiera usted!
- LIC. En vista de lo que ocurre, yo he cavilado mucho. Ya sabes que siempre te he favorecido y que mi hija te distingue.
- ALM. Y en cuanto me distingue... se va por otro lado.
- LIC. No hagas caso de resquemores femeniles de mujeres. La misma señal Nieves, con ser tan dura de mollera, será solariega conmigo, en cuanto vea que me acerco al precipicio del matrimonio.
- NIEVES (Si caes, no te sacan ni con maroma.)
- LIC. Baza mayor quita menor; pero, como Rafael se va y tú te queas...
- ALM. ¡A falta de pan, buenas son tortas!
- LIC. Vuelves á ser baza mayor, ú séase tortas, y siempre un mozo dispierto y aprovechable...
- ALM. ¡Ahora quiere usted lavarme la cara!
- LIC. Quien se la debe lavar más á menüo, eres tú.
- NIEVES A él lo mira usted ahora como plato de segunda mesa.
- LIC. ¡Ni á usted ni á él, vieja de mi alma!
- NIEVES ¿Se atreve usted á mirarme á la cara?
- LIC. A tó se acostumbra uno. No sea usted rencorosa, que estoy arrepentido y deseando volver al éstao primitivo.
- NIEVES Si cae usted de su burro... hablaremos.
- LIC. (Aparte á Almendrita.) (¿Eh?...)
- ALM. (Solariega, solariega!)
- LIC. Después de lo que ha pasado, mi hija no puede casarse con Rafael. Yo consentí por tratarse del hermano del amo; pero he adivi-

- nao que María del Pilar no podía ser feliz, y como soy hombre de sentío, me retrato y la caso contigo.
- ALM. Lo pensaré.
- LIC. ¿Esas tenemos?
- NIEVES (¡Qué necio!)
- ALM. Ella no me quiere; y si la casa usted conmigo á la fuerza, pué pasarme lo que á Campanita con Remedios.
- LIC. Y ¿qué fué?
- ALM. Pues... ¡que no hubo remedios pa éll...
- LIC. María Pilar hará lo que yo mande.
- ALM. Y después de casá, hará lo que quiera.
- LIC. Resulta que, antes por la chica y ahora por este mostrenco... usted y yo...
- NIEVES Creo que no es el mismo caso.
- LIC. Pues si usted lo cree, á mí me parece que el cura nos está esperando.
- ALM. Y que no deben perder tiempo, del poco que les queda. Si se descuidan un poco, van á tener que celebrar el casorio en el otro barrio.

ESCENA II

DICHOS y RAFAEL, por el foro

- RAF. ¿Y mi hermano? (Se sienta junto á la mesa.)
- NIEVES. Salió hace rato. (Rafael demuestra abatimiento.)
- LIC. (Aparte á Almendrita.) (Está triste.)
- ALM. (Tiene usted mucha penetración.)
- NIEVES. Sácame un poco de trigo pa echar de comer á las gallinas.
- LIC. Yo lo sacaré, prenda. (Aparte á ella.) (Hay que impedir que riña con Marcelino. Voy á contrárselo tó al señor Valentín.) *
- NIEVES. (Ande usted palante, y guarde algún secreto en su vida.)
- LIC. (¡Lo que es ahora, no se me escapa la hucha!...) (Vanse los dos por la derecha.)

ESCENA III

RAFAEL y ALMENDRITA

- A:M. (Soy de un natural, que, aunque Maria Pilar le quiere, cuando le veo triste, me pongo más triste que él)
- RAF. Almendrita... voy á pedirte un favor. (Se levanta.)
- ALM. Hecho. Manda.
- RAF. Esta tarde voy á dar un paseo con un amigo... y quizá no necesite caballo para volver á casa.
- ALM. Sé que tienes una cita con. . Marcelino.
- RAF. ¿Te lo ha dicho él? ¡Cobardel
- ALM. Ni es cobarde ni me ha dicho ná. Lo he oído yo, que estoy siempre donde no me llaman, lo cual es una mala costumbre que me ha proporcionado varios disgustos.
- RAF. ¿Y has oído...?
- ALM. Que vais á mataros. En apariencia, por una mujer que no quieres. En realidá, porque ha revelao tu secreto.
- RAF. Quiero matarlo ó que me mate, porque él tiene la culpa de que me vea tan desgraciado.
- ALM. ¿Tiene la culpa Marcelino de que tú quieras un imposible?
- RAF. Se ha atravesado en mi camino, y de su provocación ha nacido mi odio: él me odia también y debemos matarnos. No digas á nadie mi desafío con Marcelino. Prepárame un caballo y llévamelo al camino de Salamanca, junto á la alquería de los Alamos, que si no me mata, quiero estar preparado..
- ALM. ¿Pa dar un paseo largo?
- RAF. ¡Muy largo!
- ALM. Tanto, que quizá no te vuelva á ver. ¡Maldita sean las mujeres!... (¡Menos ellal)
- RAF. Márchate antes de que puedan verte, y llévate el caballo.
- ALM. Pero... ¿te irás?
- RAF. Si Dios quiere.

ALM. Dios quedará y yo también.
RAF. ¿Tú?
ALM. Yo, que no he de consentir que te puedan matar.
RAF. ¡Almendrita!
ALM. Sí, Almendrita, que desde niño ha comido el pan de tu casa, que es agradecido, y no puede consentir que te pase na malo. Si ella te quiere, tú no tienes la culpa... si no quieres a la otra, tampoco... si la otra no... pues... eso... (Transición.) Junto a la alquería de los álamos: allí estaré con el caballo. (¡Por poco me hago un lío!) Pero, te irás, te irás... *unque* sepas que aquí lloran tu ausencia toos .. toos los que te quieren (Vase por la puerta de la derecha y queda en el corral.)

ESCENA IV

RAFAEL y MARÍA DEL PILAR por la izquierda, ALMENDRITA y la SEÑÁ NIEVES en el corral; él sacando cebada de los sacos, y ella en la fuente llenando un cántaro

Música

RAF. (Sentándose junto a la mesa, con desaliento.)
Aquí, donde esperaba la ventura,
encuentro la perfidia y el dolor.
M. PILAR (Saliendo y contemplando con tristeza a Rafael.)
(¡Esclavo siempre de la misma idea,
lo encuentro batallando con su amor!)
RAF. (Reparando en ella y levantándose.)
Pienso en mi pena, y a mi vista surjes
cual bálsamo del alma.
M. PILAR Si algo puede aliviarte mi presencia,
estoy recompensada.

—

(Almendrita y Nieves se acercan a la ventana y observan.)
ALM. (Mirando por la ventana.)
Otra vez María Pilar
hablando con Rafael.

NIEVES Y tú, haciendo al escucharlos,
 un *mantíaco* papel.
ALM. Siempre me toca escuchar
 lo que no debo de oír.
NIEVES Tú me hicieras de llorar
 á no hacerme de reír.

RAF. El cielo te envía
 al ir á perderte,
 que mi triste suerte
 me aleja de aquí:
 te ruego anhelante,
 pues de aquí me ausento,
 que en algún momento
 te acuerdes de mí.
M. PILAR El cielo me otorga
 la dicha de verte,
 cuando triste suerte
 te aleja de aquí.
 Me infieres agravio
 pensando un momento
 que mi pensamiento
 se aparta de tí.
NIEVES Viendo estás, pobre inocente,
 lo que yo te pedriqué.
ALM. En los casos como este,
 quien más mira, menos ve.

RAF. Te doy mi adiós postrero,
 ya nunca volveré:
 me alejo de esta tierra
 donde dichas soñé.
ALM. (Muy alegre, frotándose las manos.)
 Se aleja, ¡qué contentos!
 libre el campo me dejai
NIEVES Del campo que te deje,
 no probarás la yerba.
M. PILAR Amargos sinsabores
 llenán mi corazón.
RAF. Al pobre desterrado
 no le guardes rencor.

M. PILAR

Deseo en mi dolor
que es grande cual mi fe,
que encuentres la ventura
que para mí soñé.

RAF.

El odio no turbe
tu limpia mirada
ni sientas el fuego
de airado rencor.
No lleve en mi alma
tus duros reproches;
no amargues mi vida
con nuevo dolor.

M. PILAR

El odio no turba
jamás mi mirada
ni yo siento el fuego
de airado rencor.
No brota en mi alma
injusto reproche;
que amarga mi vida
mi propio dolor.

ALM.

Un *ñudo* terrible
me aprieta el *gañote*
al verla con otro
hablando de amor.
Si ese otro no fuera
quien es, yo le juro
que al punto le daba
la gran desazón.

NIEVES

Para estas empresas
de empeño y apuro
te faltan arranques,
te falta valor.
Aunque ese no fuera
quien es, de seguro
que aquí quedarías
como un cobardón.

Hablado

RAF

¿No me aborreces?

M. PILAR

Jamás
tal propósito he tenido.

- ALM. Yo me doy por *convencido*
y no quiero escuchar más.
(Vase por la derecha y la seña Nieves le sigue.)
- RAF. María Pilar, Dios te envía
á consolar mi amargura.
- M. PILAR No puede darte ventura
quien nunca tuvo alegría.
- RAF. Como tú, tiempo ha que vivo
en cruel incertidumbre;
y nace mi pesadumbre...
- M. PILAR (Atajándole rápidamente)
No me digas el motivo.
- RAF. Vuelvo á la vida de azar
que dejé al llegar aquí
¡No se han hecho para mí
las venturas del hogar!
- M. PILAR La suerte vaya contigo
y su grato influjo sientas...
y Dios no te pida cuentas
de lo que has hecho conmigo.
- RAF. Si tú pudieras leer
en mi triste pensamiento,
vieras el remordimiento
en que he venido á caer.
- M. PILAR Remordimiento tardío
que me has debido ocultar,
pues que no ha de remediar
tu desconsuelo ni el mío.
- RAF. Pusistes el alma entera
en tu amante frenesí...
¡y has pasado junto á mí
sin que yo te presintiera!...
—Hoy que me encuentro vencido
en mi cariño y mi fe,
nunca me perdonaré
el no haberte comprendido;
y además de tu perdón
—si me quieres perdonar,—
quiero, esta tierra al dejar,
llevarme tu estimación,
ya que no pueda llevarme,
por mí sino desgraciado,
el amor apasionado
que ahora llegas á inspirarme!...

M. PILAR. Tu inquieta imaginación
hará que me vuelva loca..
Eso que dice tu boca,
¿lo siente tu corazón?
Si hoy sientes en realidad
lo que era fingido ayer,
¿cómo voy á comprender
cuando dices la verdad?...
¡Hecha á tus burlas estoy!
Cuando con mi amor jugabas,
imprudente, te expresabas
igual que te expresas hoy.
Con esta infeliz mujer
hora es que tu farsa acabes.
¡No me digas lo que sabes
que ya no puedo creer!
Tan ciego y tan loco estás,
que, sin quererlo, me hieres.
Aseguras que me quieres
y me dices que te vas.
Al viaje te decidió
por la fuerza del deber,
el amor de una mujer...
¡y esa mujer no soy yo!

RAF.

(Arranque de pasión.)

¡Si llegara á conseguir
llevar á tu pensamiento
la expresión del sentimiento
que hace mi pecho latir!...

(Transición.)

¡Pero, no!... ¡Con lo ocurrido,
te atienes á mi pasado,
y no puedo ser amado
ni merezco ser creído!

M. PILAR.

Que yo no deba creer
al que vivió de engañar,
se explica; pero afirmar
que no le pueda querer
es nuevo error que motiva
el error en que has estado.
Creído... ¡no! Pero, amado..
¡lo serás mientras yo viva!
Y en esta sinceridad
no puso nada el intento;

- que nunca fué el sentimiento
obra de la voluntad!
- RAF. ¿Cómo borraré la historia
de mi pasado terrible?
- M. PILAR. Eso tan solo es posible
quitándome la memoria.
- RAF. Si me quieres, ¿por qué estás
destruyendo mi esperanza?
- M. PILAR. Perdida la confianza,
no se recobra jamás.
Seguiré, como hasta aquí,
con la ilusión del deseo.
Te quiero; pero, no creo
que tú me quieras á mí.
- RAF. Con esa firme creencia,
ya es vana toda porfía;
pero, puede que algún día
te rindas á la evidencia.
Es justo tu proceder.
- M. PILAR. La suerte así lo ha querido.
- RAF. (¡Qué tarde la he comprendido!)
- M. PILAR. (¡Quién lo pudiera creer!)
- RAF. ¡Queda en paz con tu razón!
- M. PILAR. ¡Vuelva á tu pecho la calma!
- RAF. (¡Aquí se queda mi alma!)
- M. PILAR. (¡Se lleva mi corazón!)
- (Vase María del Pilar por la derecha y Rafael segunda
izquierda.)

ESCENA V.

VALENTÍN, por el foro

Música

Cual rayo que aniquila,
cual fiero torbellino
que arranca y que destroza
cuanto halla en su camino;
cual ola que arrebató
el barco que navega,
cual fuego que en cenizas
convierte cuanto besa,

pasión infame
mi dicha arrancó
y fuego maldito
destruye mi amor.
Es el niño huérfano
á quien amparé,
es mi propio hermano
á quien tanto amé,
el que hace pedazos
mi honra y mi hogar,
y la esposa amada
me viene á robar.

Amparo fui
de su niñez;
por el sufrí,
mi vida fué.
Y va á pagar
tan firme amor
hiriendo así
mi corazón.
Amor fatal
tengo á los dos
y no podré
borrar mi amor.

Ensueño es,
fatal visión;
no es realidad
tan vil traición
En ellos solo,
cifré mi afán;
en ellos toda
felicidad.
Que honor y amores
les entregué;
la vida entera
les consagré.

No borrarán del pecho
la huella del dolor,
sin destrozarme airados
también el corazón.

Hablado

¡Perdida toda ilusión
y el alma de muerte herida,
estoy en la situación
del que acaba su misión
antes de acabar su vida!...
Aunque su traición me asombre,
al faltarme su cariño
siento una pena sin nombre...
y, sin pensar que soy hombre,

voy á llorar como un niño!...—
¡Triste caso!... Juez y parte
de mi causa he de ser yo,
sin que del deber me aparte!...
(Viendo salir á Rafael segunda izquierda.)
¿te atreves á presentarte
á mi vista?...

RAF.

Y ¿por qué no?

ESCENA VI

VALENTÍN y RAFAEL

VAL.

Con el alma dolorida,
he de cumplir mi deber
en su más justa medida.

RAF.

Antes quisiste mi vida
y te la vengo á traer.

VAL.

Si á entregármela te avienes
por tu propia voluntad,
es que en tu crimen convienes;
pero antes de darla, tienes
que decirme la verdad.
¿Lo prometes?

RAF.

Prometido.

VAL.

Tal como sea la espero,
aunque desgarre mi oído
Dime: ¿á Esperanza has querido?

RAF.

Con un amor verdadero.

VAL.

¡Rafaell!...

(Va á lanzarse sobre él y se detiene súbitamente.)

RAF.

¡Mi sinceridad
recibes con ceño adusto
y marcada hostilidad.

¿Es qué quieres la verdad
á medida de tu gusto?

VAL.

¡No! La quiero descarnada,
dura, cruel .. ¡como se al
¡Como fué por Dios creada:
expresión pura y honrada
del sentimiento y la idea!...

RAF.

¡Eres tenaz é implacable!...
Hasta el final llegaré.

VAL.

- Y si ella fuese culpable,
¡te juro...!
- RAF. (Con suprema indignación.)
Es inexplicable
esa sospecha.
- VAL. ¿Por qué?
- RAF. Si nuestra honra he guardado
como herencia bendecida
y depósito sagrado,
al estar tú deshonorado,
¿estaría yo con vida?
- VAL. (¿Habla con el corazón,
ó dice una falsedad
para encubrir su traición?)
Si fué buena tu intención,
fué débil tu voluntad.
- RAF. No te comprendo.
- VAL. Has podido,
por la fuerza del deber,
dar ese amor al olvido;
que no debe ser vencido
quien sabe y puede vencer.
¡Logras llegar á la cumbre
del sacrificio, y estás
en culpable incertidumbre!...
- RAF. ¡Pídele al sol que no alumbré
y al río que vuelva atrás!
Las cosas son como son,
y no han de dejar de ser
por una ú otra razón.
Yo llevé en mi corazón
el amor de *esa* mujer,
como lleva el sentimiento
las dichas y los dolores...
y el hombre el vital aliento...
¡y entre sus ondas el viento
el aroma de las flores!
- VAL. (Enfurecido y amenazador.)
¡Si alarde vienes á hacer
de esa pasión maldecida,
no me podré contener!
- RAF. (Cruzándose de brazos.)
Puedes quitarme la vida:
te la he venido á ofrecer.

VAL.

Si ello calma tu ansiedad
y mitiga tu furor,
no tengas de mí piedad...
y ten la seguridad
de que me haces un favor.
¿Quién dijera—¡Dios clemente!—
que dos hermanos que ayer
se amaron tan tiernamente,
hoy se vieran frente á frente
por culpa de una mujer!
¿Y eres tú el ser adorado
á quien recogí en la cuna
y solícito he cuidado;
aquél á quien he entregado
cariño, vida y fortuna,
el que quiere arrebatarme
cuanto á vivir me convida?
¡Podrás la vida arrancarme;
pero, mientras tenga vida,
nunca podrás deshonorarme!
¿Qué maldición ó locura
te ha inspirado esa pasión
infame, torpe y oscura,
que causa mi desventura
y mancha tu corazón?
¡Tu corazón!... Pues te avienes
al deshonor en que estás
y á turbar mi vida vienes,
infierno que no le tienes,
ni le has tenido jamás!...
Pienso—¡y la idea me aterra!—
que, rotos ya nuestros lazos,
tal maldad en tí se encierra,
que mientras labré tu tierra,
ella estaría en tus brazos..
(Rafael intenta hablar.)
¡El crimen de esa caricia
os envilece á los dos;
y al castigar tu impudicia,
el rayo de mi justicia
será justicia de Dios!..

ESCENA VII

DICHOS y ESPERANZA, primera izquierda

ESP. Valentín... sufrir no puedo
 el martirio...

VAL. (Cortándole la frase con dureza.)
 A tiempo llegas
 en que á la evidencia cedo,
 y, por instinto ó por miedo,
 á mi justicia te entregas.

ESP. ¡Calma tus fieros enojos!

VAL. (A Rafael, por Esperanza)
 ¡Ya su turbación declara
 en esos vivos sorrejos!
 ¿Eh? ¿Por qué bajais los ojos
 y no os mirais á la cara?

ESP. (Asombrada.)
 ¿Qué dices?

RAF. ¡La obstinación
 de tu ciego frenesí,
 provoca mi indignación!

ESP. ¡Compadécete de mí!...

RAF. (Indignado.)

 ¿Por qué pides compasión?

VAL. ¡No la pidiera inocente!...

RAF. Tu imaginación te crea
 el error más imprudente.

ESP. (Con altiva dignidad.)

 ¡Mirémonos frente á frente
 como tu hermano deseal...

RAF. Y á ver si en nuestras miradas
 descubre la alevosía

 de esas *traiciones*, forjadas
 en horas desventuradas
 por su negra fantasía...

VAL. Eres atrevido, y eres
 sereno para fingir
 y que soy cándido infieres.
 ¿No me acabas de decir
 que la has querido y la quieres?

RAF. Sí.

VAL. ¿Lo oyes? (A Esperanza.)

RAF. La quise ayer,
antes que tú la quisieras,
¡cierto! ¡pero este querer
no ha pasado las fronteras
del decoro y del deber!
¡Y por decreto divino,
que no pretende infringir,
ve allí el fin de su destino!

ESP. ¡Y allí prefiere morir
á avanzar en su camino!...

RAF. ¡Ni un momento he vacilado
para vencer este amor
que me hace tan desgraciado,
y mi pasión he domado
porque tu honor es mi honor!...

VAL. ¿Por qué al llegar el momento
terrible, de vacilar,
de la duda en el tormento,
no me es dable penetrar
vuestro oculto pensamiento?

(Cogiendo á Esperanza de una mano.)

¡Tu mano tiembla, y el llanto
reflejo es de tu aflicción!...

¿Es que lloras tu traición,
ó el ya fenecido encanto
de tu criminal pasión?

¿Cómo podrás desterrar
la duda del alma mía
y á mi espíritu llevar
la paz con que soñé un día
al conducirte al altar?

ESP. ¡Lloro al ver donde paró
tu dichosa paz de ayer,—
que por otra causa no!—

—¡Las mujeres como yo
mueren antes de caer!—

—¡El que amparó mi orfandad,
conquistó mi gratitud
y eterna fidelidad,

haciendo con su bondad
escudo de mi virtud!

RAF. ¡De aquél que cuidó afanoso

de mi niñez desvalida
como un padre cariñoso,
jamás turbaré el reposo
aunque me cueste la vida!
En tu cariño seguro
de esta lamentable historia
sale mi espíritu puro.

(Tono solemne.)

VAL.

¡Por la sagrada memoria
de nuestros padres, lo juro!...

(Después de una pausa conveniente.)

¡Perdida toda esperanza
en el dolor implacable
á que el destino me lanza,
ni puedo tomar venganza
ni sé quién es el culpable!
¡En mi amargo desconsuelo,
sólo veo la crueldad
conque me condena el cielo...

y que no existe consuelo
en tan amarga verdad!...

¡Si honrado es tu proceder
y ella es honrada y es buena
y yo cumplí mi deber,
¿quién á todos nos condena
á este horrible padecer?

RAF.

Obstáculo á tu ventura,
mi rumbo marcado está:
el obstáculo se va,
el tiempo todo lo cura
y tu dicha volverá.

Antes que termine el día
te habré librado de mí...
y aquí acaba la porfía
de tu querella y la mía.
Al alejarme de aquí,
llevaré en mi pensamiento
y en mi herido corazón,
el firme convencimiento
de que voy al cumplimiento
de sagrada obligación...

ESP.

(Haciendo esfuerzos por contener el llanto.)

(¡No puedo más! .. ¡Si aquí sigo,
no cumpliré honrada y fiel

el empeño que persigo!...)
¡Adiós... adiós... Rafael...
y que Dios vaya contigo!...

(Vase llorando, por la izquierda mirando á Rafael: éste la sigue con la vista.)

ESCENA VIII

RAFAEL y VALENTÍN

VAL. (Siguiendo á Esperanza con la vista hasta que desaparece.)

RAF. (¡Duda horrible, pena fiera!...)
(Limpiándose una lágrima.)
Perdóname, Valentín,
esta lágrima postrera
que, al ausentarme, es el fin
de mi terrible quimera...

VAL. ¿Dónde vas?

RAF. Con mi destino,
á merced del pensamiento
y en pos de mi triste sino,
cual hoja que arrastra el viento
por solitario camino...

VAL. ¡Lo impone la suerte fiera!
Pero... ¿qué será de tí
en tu vida aventurera?

RAF. No lo sé, lo que Dios quiera,
no te preocupes de mí.
Sé feliz.

VAL. ¿Sin tí?

RAF. Conmigo
sólo tendrías desvelos
y penas; que va contigo
mi más cruel enemigo:
¡el demonio de los celos!
Aun recuerdo con terror
aquel momento fatal
de tu enojo vengador,
y el siniestro resplandor
de la hoja de tu puñal.

VAL. ¡Visión horrible!

RAF. ¡En mi oído

- aun tu maldición resuena
cual del rayo el estampido!
- VAL. ¡Que se desborda la pena (sollozando.)
en mi pecho dolorido!...
¡A tal extremo ha llegado
la irrisión de nuestra suerte
y en tal desvarío has dado,
que te has hecho desgraciado
y me has herido de muerte!...
Que esta lucha fratricida
es pena sin remisión;
porque la vida no es vida
cuando se lleva escondida
la muerte en el corazón!...
- RAF. ¡Yo me voy lejos de aquí,
el tiempo lleva al olvido,
y, muerto este frenesí,
cuando te acuerdes de mí
verás lo que te he querido!...
¡Adiós!
- VAL. ¡Vencidos los dos!
- RAF. ¡Para siempre!
- VAL. (Abriendo los brazos.) ¡Rafaell
- RAF. (Separándose de los brazos de Valentín.)
Voy de mi destino en pos...
y ese es mi deber. ¡Adiós,
Valentín!...
- VAL. (Indeciso.) (¡Lucha cruel!)
(Intentando detenerle.)
¡Rafaell (Conteniéndose súbitamente.)
(¡Propósito vano;
que es incurable la herida!)
¡Para siempre! (Con resolución.)
¡Adiós, hermano!...
- RAF. ¡Dura ley!...
- VAL. ¡Deber tirano!...
- RAF. ¡La honra es antes que la vida!...
- VAL. (Vase Valentín segunda izquierda, al mismo tiempo
que Rafael por el foro. El efecto de esta despedida de-
pende en gran parte del talento y de la inspiración de
los actores.)

ESCENA IX

MARÍA DEL PILAR, por la derecha.

M. PILAR ¡Se fué!... ¡Ingrato!...
(Asomándose al foro y llamando.)
¡Rafaell...
¡Por mi desdichada estrella,
él va á matarse por ella
cuando yo muero por él!
A mis sentimientos fiel
nada me puede arredrar.
Para su muerte evitar,
á morir voy decidida;
y si por él doy la vida,
¿qué menos le puedo dar?
(Vase corriendo por el foro.)

MUTACIÓN

Telón de una vista campestre.—Música de orquesta

MUTACIÓN

En la lejanía del horizonte, á todo foro, vista panorámica del pueblo, sobre una altura. Desde el pueblo arranca, en suave declive, una alameda, que llega hasta el segundo término derecha. A la izquierda, la tapia de una alquería, detrás de cuya tapia se ven varios álamos. A la derecha, en último término, una ermita con puerta practicable porche y una grada de dos ó tres peldaños. En primer término, á la derecha, varias peñas, en una de las cuales pueda sentarse una persona.

ESCENA X

RAFAEL y CORO dentro

Música

CORO

(Dentro.)

Con su falda bordada,
la mantilla prendida,
los zapatos muy bajos
y las joyas más ricas,
va la charra arrogante
á rezar en la ermita
y á lucir su hermosura
en la romería.

(Rafael sale de la ermita con el sombrero en la mano y lentamente se dirige á una de las peñas, donde se sienta.)

RAF.

Adiós, tierra amada, (Levantándose.)
hermosa Castilla;
aquí dejo, al irme,
el alma cautiva.

CORO

(Dentro.)

El sol dora las llanuras
de Castilla,
y los árboles se mecen
con la brisa.

Brilla el río con reflejos
plateados,
y por todos los caminos
bajan charros.
Van todos luciendo
sus galas más ricas,
van todos alegres
á la romería.

RAF.

Amores en que he creído
y recuerdos de la infancia,
hoy vienen á mi memoria
para destrozarme el alma.
Adiós tierra amada,
hermosa Castilla;
aquí dejo, al irme,
el alma cautiva.

CORO.

(Dentro.)

Con la falda bordada, etc.

ESCENA XI

RAFAEL, MARCELINO, por la izquierda. Poco después MARÍA
DEL PILAR y ALMENDRIT, por la izquierda

MARC.

Si te vas de este pueblo,
es que al amor renuncias de Pilar;
y siendo de esa suerte, aquí mis odios
vienen á terminar.

RAF.

No por esos amores,
sino por tu insolente deslealtad,
he venido á buscarte, decidido
á morir ó matar.

Pretendes, tranquilamente,
poner fin á esta cuestión,
y apagar con tu *prudencia*
el fuego de mi rencor.

MAR.C. ¡Recogiendo como debo
tu nueva provocación,
voy, pues así lo deseas,
á partirte el corazón!

(Van á lanzarse el uno sobre el otro, armade cada uno
con una navaja, y salen rápidamente por la izquierda
María del Pilar y Almendrita y se interponen entre los
dos.)

M. PILAR. ¡Canalla, miserable, (A Marcelino.)
fiero y tenáz,
mi cariño, aunque él muera,
nunca tendrás!

MARC. Sabré buscarte (A Rafael.)
donde no haya mujeres
de que ampararte.

(Almendrita consigue llevarse á Marcelino por la iz-
quierda, Rafael quiere seguirlos y María del Pilar se lo
impide.)

ESCENA ULTIMA

RAFAEL y MARÍA DEL PILAR. A su tiempo el **CORO**

RAF. Siempre te hallo en mi camino,
como estrella bendecida,
pagando, al salvar mi vida,
los desdenes con amor.
Ya nos une estrecho lazo:
este suelo abandonemos
y lejos de aquí busquemos
dichas que el alma soñó. (La abraza.)

CORO Cautiva el pensamiento
el sueño del amor
y al brillo de su llama
renace la ilusión.

(Van saliendo campesinos de la ermita, y otros por
detrás de dicho edificio y por la derecha.)

M. PILAR Al hallarme en tu camino,
 como estrella bendecida,
 es que pago con mi vida
 tus desdenes con amor.
 Ya nos une estrecho lazo:
 este suelo abandonemos
 y lejos de aquí busquemos
 dichas que el alma soñó.

RAF. Al fuego de tu alma
 renacerá mi amor,
 borrando de mi pecho
 la huella del dolor.
M. PILAR Si el fuego de mi alma
 extingue tu dolor,
 vencida voy triunfante
 en brazos del amor.

(Los campesinos forman grupo á la puerta de la ermita. Se oyen repiques de campanas. Rafael y María del Pilar, cogidos del brazo, suben la rampa y se dirigen hacia el pueblo. Varios mozos sacan de la ermita la imagen de una Virgen sobre unas andas, con velas encendidas, etc. Los campesinos se arrodillan.—Cuadro.—Telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DE FRANCISCO FLORES GARCÍA

- El 11 de Diciembre**, comedia en un acto y en verso.
- El 1.º de Enero**, drama en un acto y en verso.
- Quien piensa mal...**, juguete cómico, en un acto y en verso.
- La cuerda sensible**, juguete cómico en un acto y en verso.
- La más preciada riqueza**, comedia en un acto y en verso.
- Llevar la corriente**, juguete cómico en un acto y en verso, original.
- Un defecto**, juguete cómico en un acto y en verso.
- Doña Concordia**, juguete cómico en un acto y en verso.
- Receta contra el suicidio**, juguete cómico en un acto y en verso.
- Se desea un caballero**, juguete cómico en un acto y en verso.
- Vicente Peris**, drama histórico.
- Entre amigos**, comedia en un acto y en verso.
- El nacimiento de Tirso**, drama en un acto. (Segunda edición.)
- La madre de la criatura**, comedia en dos actos, en verso.
- Cuestión de táctica**, comedia en un acto y en verso.
- Los vidrios rotos**, comedia en un acto y en prosa.
- Navegar á todos vientos**, comedia en dos actos y en verso.
- Calceño**, juguete cómico en un acto y en verso. (Cuarta edición.)
- De Cádiz al Puerto** comedia en dos actos (1).
- La herencia del abuelo**, comedia en un acto y en verso.
- La última carta**, monólogo en un acto, en prosa y verso.
- Conflicto entre dos ingleses**, juguete cómico en un acto y en verso. (1).
- ¡En carne viva!** juguete cómico en un acto y en verso.
- Meterse en honduras**, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
- Mapa-Mundi**, juguete cómico en un acto y cuatro cuadros, en verso.

De Cádiz al Puerto, zarzuela en dos actos. (Refundición.)

Las cartas de Leona, juguete cómico en un acto y en prosa, original (2).

El hombre de las gafas, juguete cómico en un acto y en prosa.

Me pesca, comedia en un acto y en prosa.

Una doncella de encargo, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa.

Política interior, juguete cómico en un acto y en prosa.

Viruelas locas, humorada cómica en un acto y tres cuadros (parodia del drama *La peste de Otranto*), escrita en verso (1).

Como barbero y como alcalde, sainete en un acto y en verso.

El diablo harto de carne..., juguete cómico en un acto y dos cuadros (parodia del drama *Vida alegre y muerte triste*), en verso.

Ganar el pleito, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa.

Por las ramas, comedia en un acto y en verso, original.

El hijo de su papá, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original.

Guzmán el Malo, humorada cómica, en un acto y en prosa.

El segundo grupo, comedia en un acto y en prosa, original (3).

Trinidad, comedia en un acto y en verso.

El oro de la reacción, sátira cómico-lírica, en un acto y en verso.

¡El coco! juguete cómico, en un acto y en prosa.

Mixto de inglés y canario, juguete cómico en un acto y en verso, original.

La gente del bronce, sainete lírico, en un acto y tres cuadros, original y en verso.

Lo prohibido, comedia en un acto y en verso.

Dos pasos al frente, juguete cómico en un acto y en prosa.

Baltasara la Pollera, sainete en un acto y en verso.

A cartas vistas, comedia en un acto y en verso.

Juicio de faltas, comedia en un acto y en verso.

El paraíso, comedia en un acto y en verso.

La carta de una mujer, comedia en un acto y en verso.

La ley del embudo, comedia en un acto y en verso.

La pastora, juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El primer actor, comedia en un acto y en verso, original.

Detrás de la cortina, juguete cómico en un acto y en verso, original.

El rey de los animales, pasatiempo en un acto, en prosa y verso original.

Ludovico y Ataulfo ó la velada de los Angeles, pasatiempo cómico-lírico-bailable, en un acto, prosa y verso, original.

¡Faa! monólogo en prosa.

Quisquillas, comedia en dos actos y en prosa (1).

Doña Juanita, comedia en dos actos y en prosa (4). (Segunda edición.)

Los niños, comedia en dos actos y en prosa (4).

El señor Tromboni, comedia en dos actos y en prosa, escrita sobre el pensamiento de una obra alemana.

Las travesuras de Figaro, comedia en dos actos y cuatro cuadros, con coplas intercaladas (5).

Las travesuras de Figaro, zarzuela en dos actos (5).

Aguas Buenas, pretexto, motivo ó cosa así para una velada cómico-lírico-poético-bailable, en un acto y dos cuadros, original.

Rosario, comedia en tres actos y en prosa, original (5).

Los Amarillos zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, escrita sobre el pensamiento de una obra francesa (4).

La Pajarita, zarzuela cómica en un acto, en prosa y verso, original.

El Sustituto, zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros.

Las Parrandas, zarzuela en tres actos, en prosa y verso (5).

María del Pilar, zarzuela en tres actos y cuatro cuadros, en prosa y verso (5).

Galería de tipos.—(Retratos de cuadros y costumbres).—Un tomo.

¡Cosas del mundo!—(Narraciones).—Un tomo.

La cámara oscura.—(Tipos y cuadros de costumbres).—Un tomo.

(1) En colaboración con D. Julián Romea.

(2) Con D. Angel Rubio.

(3) Con D. Luis Taboada.

(4) Con D. Joaquín Abati.

(5) Con D. Gabriel Briones.

OBRAS DE GABRIEL BRIONES



<i>Cuentos</i> , un tomo	2 ptas.
<i>Fuertes y débiles</i> , un tomo	2
<i>La niña de los cisnes</i> , zarzuela en tres actos.	2
<i>Las damas negras</i> , comedia en tres actos (1)	2
<i>Los granaderos</i> , zarzuela en tres actos.....	2
<i>La mujer del Tremendo</i> , diálogo en verso .	1
<i>Las travesuras de Figaro</i> , comedia en dos actos (2)	1,50
<i>Las travesuras de Figaro</i> , zarzuela en dos actos (2)	1,50
<i>El marido pintado</i> , juguete cómico en un acto	1
<i>Rosario</i> , comedia en tres actos (2)	2
<i>Las Parrandas</i> , zarzuela en tres actos (2) ..	2
<i>María del Pilar</i> , zarzuela en tres actos (2).	2

(1) En colaboración con D. Ricardo Revenga.

(2) Idem con D. Francisco Flores García.

EL BARBERO DE SEVILLA,

ó

LA INÚTIL PRECAUCION,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS EN PROSA

DE

Pedro Agustín Caron de Beaumarchais:

TRADUCIDA LIBREMENTE

POR

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUCH.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

El conde de Almaviva.

Don Bartolo, *médico*.

Doña Rosita, *su pupila*.

Figaro, *barbero*.

Don Basilio, *organista*.

El tio Angelito. } *Criados.*
Juan Avispa. . . }

Un alcalde de Corte.

Un notario.

Alguaciles.

La escena es en Sevilla.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de calle, y á la izquierda del actor la casa de don Bartolo con puerta practicable y una ventana alta con reja, dentro de la cual hay un mirador, cerrado todo con celosías. La reja de la ventana se abre en dos hojas; las celosías del frente se mueven por correderas.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, *embozado.*

(*Pasase y saca el reloj.*)

Mas temprano es que pensaba. Todavía está lejos la hora en que la hermosa que es luz de mis ojos, suele aparecérseme detras de aquel mirador de las celosías; pero no importa: mas vale esperar, que perder la ocasion de verla. Si algun pisaverde de Madrid supiera que, á ochenta leguas de mi casa, me sorprende todos los dias la aurora clavado frente á las rejas de una muger, á quien nunca he podido decir una palabra, me tendria por un galan del tiempo de Macías. ¿Y por qué han de admirarse de esto? Todo hombre ¿no busca su bien? Rosita es el mio. Que es una calaverada venir á Sevilla en seguimiento de una beldad, cuando en la corte lo que me cuestan los placeres es desearlos. Por eso mismo huyo de ellos. Me tienen harto amores de adquisicion tan facil. ¿Estan tan dulce que le amen á uno por sus prendas, por sus cualidades propias, por sí solo! No, como yo consiguiera á favor de este disfraz... (*Oyese tocar dentro una guitarra.*) ¡Válgale el diablo al importuno! (*Retirase á un lado.*)

ESCENA II.

FIGARO.—EL CONDE.

Fig. (Cantando y acompañándose con la guitarra.)

Cada cual á su modo
 busca la dicha;
 yo la encuentro en un vaso
 de manzanilla.
 Holganza y vino
 es lo que hay en la vida
 de positivo.

No, cuando una buena voz cante esta seguidilla, que
 vengan á decirme que no vale un pito. (*Reparando
 en el conde.*) Yo he visto aquel sacristan no sé dónde.

Con. Este hombre no me es desconocido.

Fig. Pues no, no es ningun sacristan. Aquel aire noble
 y altivo...

Con. Aquella traza de cursante del Lavapies...

Fig. No me engaño: es el conde de Almagiva.

Con. Yo creo que es el tunante de Figaro.

Fig. Servidor de V. E.

Con. No me descubras, canalla.

Fig. Reconozco á V. E. completamente: esos son los
 favores familiares con que siempre me ha honrado.

Con. Yo no te conocia ya. Te veo tan gordo y tan
 rollizo...

Fig. Qué quiere V. E.? No hay como no tener un cuar-
 to, para engordar á cuartas.

Con. ¡Pobre criatura! ¿Y qué te haces en Sevilla? Yo
 me acuerdo de haberte recomendado en los minis-
 terios para que te empleasen.

Fig. Y me emplearon en efecto, de lo que estoy agra-
 decidísimo á V. E.

Con. Déjate de tratamientos, y llámame Teodoro. Por
 este traje puedes conjeturar que me importa no ser
 conocido.

Fig. Entonces me marchó.

Con. Al contrario: estoy aqui haciendo tiempo, y dos hombres en conversacion dan menos sospecha que uno solo paseándose. ¿En qué te ocupó el ministro?

Con. Atendiendo S. E. á la recomendacion, me nombró ayudante...

Can. ¿De qué, hombre? ¿de batallon?

Fig. No señor, de botica.

Con. ¿Con destino á palacio?

Fig. Con destino á una yeguada de S. M. en este pais.

Con. ¿Famoso principio!

Fig. Pues no era mal empleo, porque de los desechos del botiquin, es decir, de la parte mas útil, vendia yo muy á menudo, para cristianos, soberbios especificos de veterinaria.

Con. Que daban un difunto por cada receta.

Fig. Nada menos que eso. Mis parroquianos eran todos bagages mayores, y asi, la medicina cuadrupedal les probaba perfectamente.

Con. ¿Y por qué has dejado esa plaza?

Fig. ¿Sí, dejar! Ella ha sido la que me ha dejado. Me malquistaron con las potencias ministeriales... y... (*En tono de recitar versos.*)

La envidia con la faz amarillenta,
la garra aguda y la garganta hambrienta...

Con. Por Dios, hombre, por Dios. ¿Tambien tú andas á caza de consonantes?

Fig. Esa es precisamente la causa de mi caída. Dieron soplo al ministro de que yo escribia cantilenas á las ninfas del Betis, bastante buenas, aunque sea yo quien lo diga; que enviaba logogrifos al Diario; que corrian de mano en mano madrigales de mi cosecha; y en fin, que habia tenido habilidad para sacar unos maravedises á un mercachifle literario: tomó S. E. el asunto por lo serio, y me quitó mi destino, fundándose en que el amor á las letras era incompatible con el cargo de funcionario público.

Con. ¿Magistralmente discurrido! ¿Y no le representaste...?

Fig. Yo me dí la enhorabuena de que no se volviese á

acordarse del santo de mi nombre, porque harto bien nos hace un poderoso, cuando no nos hace mal.

Con. Algo me callas. Yo tengo muy presente que cuando me servías, eras un perillan de marca mayor.

Fig. Ya: quieren que el pobre no tenga pero.

Con. Holgazan, mala cabeza...

Fig. Según las virtudes que se exigen de un sirviente, ¿conoce usted muchos años dignos de llevar la librea?

Con. ¿Me hace gracia la pregunta! ¿Y te retiraste á esta ciudad?

Fig. Sí señor: despues de haber corrido toda la España filosóficamente (es decir, al pie de la letra); despues de haber ensayado cien modos de vivir, sin dar con uno que me enriqueciese sin trabajar, como á otros; habitando ya en posadas magníficas por mi gusto, ya en la cárcel por gusto de mis patronas, llegué á convencermé, por fin, de que el áncora de mi salvación era el estuche de mis navajas. Así pues, aprovechando los buenos tiempos y aguantando los malos, burlándome de los necios y resistiendo á los pícaros, riendo de mi miseria y haciendo la barba á todo el mundo, me ve usted por último establecido en Sevilla, y pronto á servirle en cuanto guste mandarme.

Con. ¿Quién te ha dado una filosofía tan alegre?

Fig. La costumbre de padecer. Procuro reirme de todo por no verme obligado á llorar. ¿Qué mira usted tanto por ahí?

Con. Escapemos.

Fig. ¿Por qué? (*Descórrense las celosias del mirador.*)

Con. Ven, maldito, ven, que me pierdes. (*Ocúltanse ambos.*)

ESCENA III.

DON BARTOLO y ROSITA, en el mirador.—*Despues EL CONDE.*

Ros. ¿Cómo deleita el respirar aire libre! Esta ventana se abre tan rara vez...

Bar. ¿Qué papel tienes ahí?

Ros. Son las coplas de la *Inútil Precaucion*, que me trajo ayer el maestro de música.

Bar. ¿Qué es eso de la *Inútil Precaución*?

Ros. Una comedia nueva.

Bar. Algun drama transpirenático, alguna plasta de las que se acostumbbran.

Ros. Yo no sé.

Bar. Dejarlo; dejar correr la moda: el tiempo dará cuenta de ella. (*Rosa deja caer el papel á la calle.*)

Ros. ¡Ay mi cancion! Mi cancion se me ha caido por atenderle á usted. Corra usted, corra usted, don Bartolo. ¡Ay mis coplas, que se me van á perder!

Bar. ¡Válgante mil santos! Lo que se tiene en la mano, no se suelta. (*Quitase de la ventana.*)

Ros. (*Mira hacia dentro, y despues hace señas al conde.*) Chit, chit, caballero. (*Sale el conde.*)

Con. Señorita, ¿en qué puedo servir á usted?

Ros. Recoja usted ese papel, y retírese al punto.

Con. Permítame usted antes decirle dos palabras.

Ros. No es posible, no es ocasion, márchese usted corriendo.

Bar. (*Saliendo.*) ¡La pegiguerita del papel ahora! (*Mirando por el suelo.*) ¡Calle! ¿Dónde está?

Ros. Se lo ha llevado el aire. Ahí mas arriba debe de haberse quedado: al doblar la esquina.

Bar. Por aqui no hay rastro de tal cosa. ¡Cierto que me das un bonito encargo! ¿Ha pasado alguien?

Ros. Yo no he visto á nadie.

Bar. ¡Y que tenga yo la cachaza de salir á...? ¡Ay Bartolo, Bartolo! ¡qué gran majadero eres! ándate, ándate abriendo las ventanitas que caen á la calle. (*Vase.*)

Ros. Mi triste situacion me disculpa. Sola, encerrada, y blanco de las persecuciones de un hombre que aborrezco, ¿será delito el intentar salir de esclavitud?

Bar. (*Dentro.*) Vamos adentro, niña. Yo me tengo la culpa de que hayas perdido la dichosa cancion; pero te juro que no se te volverá á estraviar otra en la calle. (*Quitase Rosa de la reja, corriendo la celosia.*)

ESCENA IV.

EL CONDE. FÍGARO.

Con. Ahora que se han retirado, examinemos este papel,

que seguramente encierra algun misterio. Es una hoja de música; pero en los blancos tiene escrito... ¡Es una carta!

Fig. ¡Y preguntaba el amigo qué cosa era la Inútil Precaución!

Con. (Leyendo.) “Caballero, sus obsequios de usted han escitado mi curiosidad. Luego que salga mi tutor, procure usted por algun medio, que á nadie comprometa, instruirme del nombre, circunstancias é intenciones del que tanto parece interesarse por la desgraciada = Rosa Valladares.”

Fig. (Remedando á Rosa.) ¡Ay mi cancion! ¡mi-cancion se me ha caido! Corra usted, corra usted por ella. ¡Lo que son las mugeres! Para hacer astuta á la muchacha mas simple, no hay mas que encerrarla.

Con. ¡Mi amada Rosita!

Fig. Señor conde, ya no tengo que devanarme los sesos para adivinar el motivo de su disfraz: ya veo que es un galanteo telegráfico.

Con. Tú posees mi secreto; pero si te se va la lengua...

Fig. Mi interes responde de mi silencio.

Con. Pues cuidado. Seis meses há se presentó á mis ojos en el Buen Retiro una jóven, cuya hermosura... Bien que ya la acabas de ver. Mientras yo buscaba en Madrid á mi incógnita, la conducia su padre á Sevilla, lugar de su nacimiento. Vineme yo aqui tambien con sigilo, y de unos dias á esta parte he descubierto que se llama doña Rosita, y que es hija de un médico de esta ciudad, nombrado Bartolo.

Fig. ¿Quién ha dicho que es hija suya?

Con. Toda Sevilla.

Fig. Pues toda Sevilla se equivoca. Rosita es una huérfana...

Con. ¿Qué me cuentas!

Fig. De noble cuna.

Con. ¿Es posible?

Fig. Y el médico no es su padre, sino su tutor.

Con. ¡Oh dicha!

Fig. Pero el tutor será pronto su marido.

Con. ¿Pronto? Nunca. ¿Con que Rosa merece ser mia?

No hay que perder un momento para conseguir que.

me ame, para libertarla del enlace indigno que la destinan. ¿Con que tú conoces al tator?

Fig. Como á mis vacías.

Con. ¿Qué especie de hombre es ese?

Fig. Es un jovencito sesenta, repolludo como un pepino, colorado como un tomate, calvo como una calabaza, mas feo que Picio, mas listo que Cardona, y con mas maulas que hay en la Galera.

Con. ¡Eh! ya le he visto. ¿Y su carácter?

Fig. Brutal, avariento, enamorado y zeloso de su pupila, que le aborrece con sus cinco sentidos.

Con. Luego sus medios de agradar son...

Fig. Ningunos.

Con. Mejor. ¿Y su honradez?

Fig. La precisa para no columpiarse en la horca.

Con. Mucho mejor. Castigar un pícaro y hacerse feliz...

Fig. Es combinar á un tiempo el bien público y el particular.

Con. ¿Y es tan zeloso, eh?

Fig. Como que no deja ver á la niña sino de dos personas, de quienes nada recela.

Con. Eso sí que es malo. ¿No pudieras tú penetrar en ese castillo encantado?

Fig. Si yo soy uno de los que tienen allí puerta franca.

Con. ¿Tú?

Fig. Suponga usted en primer lugar que la casa en que vivo es propia del doctor, que me da gratis la tienda.

Con. ¡Oiga!

Fig. Pues. Y yo en agradecimiento, le correspondo con 50 duros cada navidad, gratis tambien.

Con. (*Impaciente.*) ¿Eres su inquilino?

Fig. Y ademas su barbero, su cirujano y su farmacópola. La barba del amo, las mandíbulas de los sirvientes, y hasta las venas de la señorita estan á merced de mis navajas, mi gatillo y lancetas.

Con. (*Abrazándole.*) ¡Ay querido Figaro! ¡Tú has de ser mi angel, mi bienhechor, mi numen tutelar!

Fig. ¡Cómo aproxima la necesidad las distancias! Una sociedad de amantes sería una república sin partidos.

Con. ¡Venturoso Figaro! Tú puedes ver á mi Rosita, tú puedes verla! ¿Comprendes tú tu felicidad?

Fig. Dicho de enamorado. ¿Pues acaso la adoro yo?
¡Ojalá pudiese usted ocupar mi lugar!

Con. Como lograríamos arrinconar á los vigilantes...

Fig. En eso pensaba yo.

Con. ¿Por doce horas no mas...

Fig. Ocupando á las gentes con su propio interes, se les impide el perjudicar al ageno.

Con. Cierto; ¿y qué?

Fig. Ando discurriendo á ver si la farmacia me proporcionaria algunos medios inocentes...

Con. ¿Qué diablos dices?

Fig. Nada: que me ocurre una idea. El regimiento que viene de guarnicion á Sevilla...

Con. Su coronel es amigo mio.

Fig. Bueno. Présentese usted en casa del médico con uniforme de facultativo del cuerpo y una boleta de alojado, y tendrá forzosamente que recibirle. Yo me encargo de lo demas.

Con. Divinamente.

Fig. Tampoco vendria mal que aparentase usted estar algo alumbrado...

Con. ¿Para qué?

Fig. Para no inspirarle recelo, y que le suponga á usted con mas necesidad de dormir, que intencion de intrigar en su casa.

Con. Magnificamente pensado.

Fig. Sí; pero me temo que usted no acierte á sostener un papel tan dificil.

Con. ¿Te burlas de mí? Aguarda. (*Remeda un borracho.*) Diga usted, compadre, ¿no vive aqui el médico don Bartolo?

Fig. No va muy mal, seguramente; solo esas piernas un poco mas achispadas. Allá va una muestra. (*Remedando tambien á un borracho.*) Alabao sá Dios. ¿No vive aqui el Herodes de este cuartel?

Con. Quita allá. Esa es la embriaguez de la gentecilla.

Fig. Esa es la buena, que es la mas alegre.

Con. Abren la puerta.

Fig. Y es el coco: apartémonos hasta que se marche. (*Retíranse.*)

ESCENA V.

DON BARTOLO.—EL CONDE y FIGARO, ocultos.

Bar. (Al salir de su casa.) Al instante vuelvo: no hay que abrir á nadie. ¡Qué necesidad la mía de salir por el papel! Solo en el hecho de rogarme ella, debía yo de maliciar... ¡Y don Basilio que no parece! El debía disponer todo lo necesario para que mi boda se efectuase mañana con el mayor sigilo; y... Dios guarde á usted muchos años. Vámonos á ver qué detencion es esta. *(Vase.)*

ESCENA VI.

EL CONDE. FIGARO.

Con. ¡Qué he escuchado! ¡Mañana casarse en secreto con Rosita!

Fig. Señor conde, la dificultad de conseguir, aumenta la necesidad de emprender.

Con. ¡Quién es ese don Basilio que danza en la boda!

Fig. Un pobre demonio que enseña la música á la niña, infatuado con su arte, medianamente bribon, medianamente hambriento, que se hinca de rodillas delante de un peso duro, y que por lo mismo, será fácil que... *(Rosita descubre una celosía, y se entra.)* Han descorrido la celosía.

Con. Y era Rosita. Se ha retirado.

Fig. Esperará á ver si cumple usted el encargo que le hace en su carta. Ya ha salido de casa el tutor.

Con. ¿Cómo le participaría yo el nombre con que me oculto y el amor que me inspiran sus ojos?

Fig. Tome usted mi guitarra, improvise ahí un par de coplas, las canta y...

Con. Sí, y hago á toda la vecindad confidente de mi secreto. Hay otro medio mas sencillo. *(Saca la cartera y escribe en ella con el lapiz.)*

Fig. ¿Escribirla?

Con. Dos líneas. Que soy... hachiller en leyes... que soy pobre... y que aspiro á su mano.

Fig. Y firma usted...

Con. Teodoro Campoamor.

Fig. Nombre y apellido galán.

Con. Fíenos algo á la suerte. (*Tira la cartera por el balcón á la habitación de Rosa.*) Adentro cayó.

Fig. No es arriesgar mucho: el ama de llaves y los criados andarán en sus quehaceres, y solo Rosita podrá recoger la cartera.

Con. Despues tú serás el encargado de la correspondencia. (*Cae la cartera por el balcón á la calle.*)

Fig. Ya está aquí la cartera otra vez.

Con. ¡Tan pronto! ¿Será un desprecio?

Fig. Será una contestación.

Con. (*Que coge y abre la cartera.*) Sí; mira aquí mi dicha trazada por su mano. (*Lee.*) "Teodoro es acreedor á mi cariño." ¡Ah! Teodoro es tuyo.

Fig. ¿Olvida usted que ella no le oye?

Con. (*Con dignidad.*) ¡Compadre Figaro! Solo tengo que decir á usted que Rosita será mi muger. Si tú fames moneces mi proyecto ocultando mi nombre... ya me entiendes; ya me conoces.

Fig. Perfectamente. ¿Quién malicia nada cuando le hablan de un modo tan explícito... tan generoso?

Con. Retirémonos; no demos lugar á sospechas.

Fig. No, yo entro aquí, donde la virtud de mi mágico caduceo va de un golpe á adormecer la vigilancia, despertar el amor, descarriar los celos y derrocar todos los obstáculos. Usted á mi casa con el uniforme y la boleta, y en el bolsillo una buena colleccion de retratos de sus magestades católicas.

Con. ¿Para qué efecto?

Fig. Para que sirvan de base á esta intriga, como sirven á todas.

Con. Bien, hombre, llevaré un monetario completo.

Fig. Dentro de un rato me hallará usted en mi casa. Mi tienda está cuatro pasos de aquí: calle de Francos, número 15, á la izquierda, celosías azules, una vacía á cada lado de la muestra, y en letras de realce:

Figaro, sacamuelas y barbero,
comadron, perfumista y peluquero. (*Vanse.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cuarto de Rosita en casa de don Bartolo : en el fondo la ventana del mirador. Un piano, una papelera, un sillón &c.

ESCENA PRIMERA.

ROSITA, *escribiendo.*

Marcelina está indispuesta, los criados tienen que hacer, y don Bartolo ha salido: nadie puede acecharme. No parece sino que ven y oyen estas paredes, ó que á mi Argos le asiste algun espíritu maléfico que le da cuenta de mis acciones: ello es que no puedo decir una palabra, ni dar un paso, cuya intencion no adivine al golpe. (*Cierra la carta.*) ¡Ay Teodoro! Guardemos ahora esta carta, aunque ignoro cómo ni cuándo se la podré entregar. Él esta mañana estuvo hablando con Figaro largamente. Figaro es un buen hombre, que algunas veces ha manifestado tenerme lástima: si viniera en ocasion que yo pudiese hacerle alguna pregunta...

ESCENA II.

FÍGARO. — ROSITA.

Ros. ¡Ay, señor Figaro!; cuánto me alegro de ver á usted!

Fig. ¿Cómo va ese ánimo, señorita?

Ros. No muy bien, señor Figaro. El fastidio me consume.

Fig. Lo creo: solo á los tontos los engorda.

Ros. ¿Quién es aquel sugeto con quien hoy temprano tenia usted en la calle una conversacion tan tirada?

Fig. Es un primo mio, bachiller en leyes, muchacho

de grandes esperanzas, mucho ingenio, mucha honradez, y nada feo de cara.

Ros. Ya se ve que no; todo al contrario. ¿Y cómo se llama?

Fig. Teodoro Campoamor. Él es un infeliz sin casa ni hogar; pero si no se hubiese venido de Madrid intempestivamente, podía haber alcanzado allí algun buen destino.

Ros. Lo hallará, señor Fígaro, lo hallará con el tiempo. Siendo un jóven de tan buenas prendas como usted dice, no le faltará quien le dé la mano.

Fig. (*Ap.* Este principio promete.) Lástima es que tenga un defecto que le estorbe adelantar en su carrera y hacer fortuna.

Ros. ¿Un defecto, señor Fígaro? ¿un defecto? ¿De veras?

Fig. Le traen loco los amores, y no atiende sino á su querida.

Ros. ¡Ay! pues para ella, esa falta será un gran mérito.

Fig. Ya; pero con eso no se pone la olla.

Ros. ¿Qué injusta es la suerte! ¿Y quién es la futura primita? Soy tan amiga de saber estas cosas...

Fig. La última persona á quien yo quisiera comunicar un secreto semejante, es usted, señorita.

Ros. ¿Por qué? Aunque fuera yo alguna habladora. Y luego que ese galán, como pariente de usted, me interesa muchísimo. Vamos: ¿quién es su novia? ¿la conozco yo?

Fig. Le daré á usted las señas. Figúrese usted la morenita mas gachona que ha nacido á la sombra de la Giralda; garvosa con señorío, risueña sin desenvoltura, un talle de junco, una voz que embelesa, y unos ojos que harían bailar el bolero á toda una chauceleería en traje de ceremonia.

Ros. ¿Y reside en Sevilla?

Fig. Y en este barrio.

Ros. ¿En esta calle tal vez?

Fig. Ella sale poco de casa; pero por aquí suele andar todos los días.

Ros. ¿Qué fortuna... para su primo de usted! ¿Y quién es la dichosa?

Fig. ¿No la he nombrado?

Ros. Es lo único que se ha dejado usted en el tintero.
Diga usted, dígalo pronto, porque si entrasen me quedaría sin saberlo.

Fig. ¡Absolutamente lo exige usted, señorita? Pues bien, esa hermosa niña es... la pupila de su tutor de usted.

Ros. La pupila de...

Fig. Del doctor Bartolo; sí, señora.

Ros. ¡Ay, señor Figaro! Yo no le creo á usted, no puedo ser.

Fig. Pues que venga el interesado y lo diga. Precisamente es lo que él desea.

Ros. Me hace usted temblar.

Fig. ¿Temblar? Mal hecho: solo con ceder al temor del mal, ya se padece el mal del temor. Además que yo acabo de librar á usted de sus centinelas hasta mañana.

Ros. Si ese joven me quiere, me dará una prueba de ello no arriesgándose á tentativa ninguna, permaneciendo quieto y tranquilo...

Fig. ¡Ay, señorita! amor y quietismo no caben en un saco. La pobre juventud tiene que decidirse entre esta terrible alternativa: amor sin quietud, ó quietud sin amor.

Ros. Quietud sin amor parece...

Fig. ¡Oh! muy insípida. Parece en efecto que esto de amor, aunque sea sin reposo, se presenta de mejor gracia; y lo que es yo, si fuera mujer...

Ros. Ello, una mujer no puede impedir que un hombre de bien la estime.

Fig. Y lo que es mi primo la estima á usted infinito.

Ros. Pero, señor Figaro, si fuera á hacer alguna imprudencia, nos perdería.

Fig. (*Ap.* El nos vale un imperio.) Si usted se lo prohibiese espresamente en una cartita... ¿Puede tanto una carta...!

Ros. Yo no tengo tiempo para escribir...

Fig. Con dos letras...

Ros. Digo que por si no puedo escribir esta de nuevo...
(*Le entrega la carta.*)

Fig. (*Ap.* ¡Diantre! antes que yo llegue, ya vuelves tú.)

Ros. Pero dígame usted al entregársela, dígame usted con mucho... (*Quédase parada escuchando.*)

Fig. Nadie, señorita.

Ros. Que todo lo hago por pura amistad.

Fig. Eso se viene á los ojos. ¡Vaya! el amor lleva otro rumbo.

Ros. Por pura amistad: ¿entiende usted? Solo temo que desanimado con las dificultades...

Fig. Sí, sí; ya se va á desanimar. Señorita, ¿no sabe usted que el viento que apaga una luz, enciende una hoguera? Pues esa hoguera retrata el corazón de mi primo. ¡Qué! si hasta á mí me ha contagiado la fiebre amorosa que le consume, con ser yo solo una tercera persona en el asunto.

Ros. ¡Dios mío! ¿que oigo á mi tutor! Si le halla á usted aquí... Pase usted por mi gabinete, y escape lo mas callandito que pueda.

Fig. No tenga usted cuidado: (*Ap. al irse.* Esto va viento en popa: carta canta.) (*Vase.*)

ESCENA III.

ROSITA.

Hasta que no salga, no estoy en mí. ¡Cuánto le quiero á este señor Figaro! ¡Qué buen hombre es! ¡qué buen pariente! ¡Ah! don Bartolo llega: volvamos á la labor.

ESCENA IV.

DON BARTOLO. — ROSITA.

Bar. ¡Maldito Figaro, amen! Nada, no ha de poder salir uno, sin contar con que á la vuelta...

Ros. ¿Quién le ha enojado á usted tanto?

Bar. Ese condenado barbero que en un santiamén me ha convertido la casa en un hospital. A Juan Avispa le ha dado un narcótico, un estornutatorio al tío Angelito, ha sangrado del pie á Marcelina; ni siquiera se ha librado de sus garras mi pobre mula. ¡Vea usted! ¡á una caballería ciega plantarle una cataplas-

ma en los ojos! Porque me debe cien ducados, rabia por trabajar para la casa. Sí, pues ya nos veremos al ajuste de cuentas. Ahí en la antesala, ni un alma: lo mismo se entra en este cuarto que por la puerta Macarena.

Ros. ¿Y quién puede penetrar en él sino usted?

Bar. Pues mas quiero yo temer sin motivo, que esponerme sin cautela. No se ve por ahí otra cosa que picaros atrevidos, emprendedores... Mira; qué pronto recogieron esta mañana tus coplas, mientras yo bajaba por ellas! Pero yo...

Ros. Gana es de querer dar importancia á cualquier niñería. El aire se las llevó, y el primero que pasara...

Bar. Pues yo no paso esa. No es el primero que llega el que coge los papeles que una niña deja caer, sino el que los estaba esperando.

Ros. Yo no dejé caer el papel.

Bar. Usted lo tiró á la calle, sí señora.

Ros. (Ap. ¡Maldito viejo!)

Bar. Pero deja, que por si van mal dadas, yo mandaré clavar los postigos del mirador.

Ros. No, mejor es que mande usted tapiar todas las ventanas: asi como asi, de su casa de usted á una carcel hay tan poca diferencia...

Bar. A lo menos las que dan á la calle, acaso conveniria mucho... Y pregunto: ¿se ha encajado tambien aqui el señor sacamuelas?

Ros. ¡Qué! ¿tambien ese le inspira á usted recelo?

Bar. Lo mismo que otro cualquiera. Fíese usted, y no le faltará muger que le burle, amigos que se la requiebren, y criados que les hagan espaldas.

Ros. ¡Pues qué! ¿ni siquiera me supone usted con bastante honradez para resistir á la seducccion de un barbero?

Bar. Sobre gustos no hay nada escrito. Todo cabe en los caprichos de una muger.

Ros. Pero oiga usted, señor don Bartolo: si basta ser hombre para agradarnos, ¿en qué consiste que usted me incomoda altamente?

Bar. En que... en que... ¿Por qué no respondes á lo que te pregunto acerca del barbero?

Hos. Pues sí señor, ese hombre ha estado en mi cuarto; le he visto, le he hablado, sí señor; y sepa usted que me divierte muchísimo, y rabie hasta que de ira dé un estallido. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON BARTOLO.

¡Ay qué pícaros! ¡qué infames criados! Tío Angelito. Juan Avispa. El baston les he de romper en las costillas, sin que les valga el privilegio de enfermos. Juan Avispa, ó Juan diablo.

ESCENA VI.

JUAN AVISPA. — DON BARTOLO.

Juan. (*Que sale bostezando y como aletargado.*) Aah, aah, ah, ah.

Bar. ¿Adónde estabas tú, pedazo de alcornoque, cuando entró aquí el barbero?

Juan. Señor, yo estaba... ah, ah, aah.

Bar. Maquinando alguna diablura, regularmente. ¿No le abriste tú la puerta? ¿no le hablaste?

Juan. Sí le hablé: como que él me dijo que yo estaba entrecadente, según él decía; y sí debía decir verdad, porque me hizo tomar una medecina, y conforme me iba diciendo que así me pondría bueno, me comencé á poner tan malo, con unos dolores y unos esperezos y un hormigueo por aquí y por aquí y por acá... ah, ah, ah.

Bar. (*Remedándole.*) Por aquí, por acá... Y ese enfermo del tío Angelito ¿dónde anda? ¿Medicinar á este muchacho, sin aguardar mi receta! Aquí hay trampa sin remedio.

Juan. (*Durmiéndose.*) Tío Angelito.

ESCENA VII.

EL TIO ANGELITO, *que sale apoyado en un palo y estornudando.* — DON BARTOLO. JUAN AVISPA.

Bar. El domingo estornudarás.

Ang. Ya van mas de cincuenta... (*Estornuda.*) mas de cincuenta veces... en un momento. Estoy desvencijado.

Bar. ¿Cómo se entiende? Os pregunto á entrambos si ha entrado alguien en el cuarto de Rosa, y no me decís que el barbero...

Juan. ¡Toma! el barbero se llama señor Fígaro, y no se llama alguien. Ah, ah.

Bar. Apostaria que tú eres su compinche, bribon.

Juan. (*Llorando.*) ¡Yo compinche! ¡yo su compinche!

Ang. Pero, señor, ¿hay justicia ni ley de Dios...?

Bar. ¿Qué justicia? yo soy el amo, y el amo siempre tiene razon.

Ang. Pero, caramba, cuando una cosa es cierta...

Bar. Contra mi decision, no hay certeza que valga. Marchaos de aqui con mil de á caballo.

Juan. Pues: siendo uno un hombre de bien, se portan con uno como si fuera uno un picaron.

Ang. (*Estornudando.*) Vamos, á no ser por la señorita... no habria quien parase... quien parase... en esta... maldita casa. (*Vanse los criados.*)

Bar. ¡Cómo me los ha puesto ese desuellacaras! Mientras me deba los cien ducados, está visto que no habrá en mi casa salud.

ESCENA VIII.

DON BASILIO. — DON BARTOLO.

Bas. Guarde Dios á usted, señor don Bartolo.

Bar. ¡Hola, don Basilio! ¿Viene usted á dar leccion á Rosita?

Bas. Lo que menos prisa corre es eso.

:

Bar. Yo estuve en su casa de usted, y no le hallé.

Bas. A diligencias de usted habia salido. Camarada, le traigo á usted una noticia bastante...

Bar. ¿Buena?

Bas. Fatal.

Bar. ¿Para usted?

Bas. No señor, para usted. El conde de Almaviva está aqui.

Bar. Hable usted bajo. ¿Aquel que en Madrid me andaba cogiendo las vueltas?

Bas. En la plaza de Santo Tomás vive, y sale disfrazado todos los dias. Ayer mañana le vieron entrar en la Lonja de Mercaderes, y por la tarde en la casa de Pilatos.

Bar. ¿Diantre! No hay duda; ese es negocio que me concierne. ¿Qué haríamos?

Bas. Si fuese un cualquiera, facil era quitar el estorbo de enmedio.

Bar. Sí, encargando á un gitano que le esperase una noche tras de una esquina, y le partiese la cara...

Bas. ¡*Bone Deus!* ¡Comprometerse! Si fuera calumniarle, denunciarle á la inquisicion, ponerle á la sombra por toda su vida, eso vaya, concedo.

Bar. ¡Baro modo de deshacerse de un hombre!

Bas. ¿Qué! ¿la calumnia? No sabe usted lo que ella puede, cuando la desprecia: no hay hombre de bien que se libre de ser víctima suya. Murmura y te crearán, dice el adagio.

Bar. Ahora no se trata de adagios, sino de casarme con Rosita antes que ella sepa que existe tal conde.

Bas. En ese caso no debe usted perder un instante.

Bar. ¿Y á quién se lo dice usted? ¿No le he encargado de todas las diligencias relativas al asunto?

Bas. Ya; pero es tan facil olvidar un encargo si no lleva uno en el bolsillo alguna señal que se lo recuerde... Amigo, en la armonía del buen orden, una boda desproporcionada, una sentencia injusta, una trampa evidente, son disonancias que solo pueden disimularse con el acorde perfecto del oro.

Bar. Es preciso sujetarse á lo que usted quiere; pero que sea esta la última vez. (*Le dà dinero.*)

Bas. Esta ya es otra música. Mañana estará todo concluido.

Bar. ¿Vendrá usted esta noche, don Basilio?

Bas. No me espere usted, porque llevo que hacer para todo el día.

Bar. Pues hasta mañana, (*Le acompaña.*)

Bas. Quieto, quieto, señor don Bartolo.

Bar. No, no, que quiero echar la llave á la puerta.
(*Vanse.*)

ESCENA IX.

FIGARO, y despues ROSITA.

Fig. ¡ Buena precaucion! Cierra, cierra la puerta, que yo, cuando salga, se la dejaré abierta al conde.

Ros. (*Saliendo.*) ¿Qué! ¿todavía se halla usted aqui?

Fig. Buena cuenta le ha tenido á usted. El tutor y el sochantre creyéndose solos, acaban de hablar aqui libremente...

Ros. ¿Y los ha escuchado usted! ¿Sabe usted que es muy mal hecho?

Fig. ¿El escuchar? Pues es el único modo de enterarse. Sepa usted que el tutor dispone para mañana su boda con usted.

Ros. ¡Ay Dios mio!

Fig. No tema usted nada: nosotros le daremos tanto que hacer, que no le quedará tiempo para pensar en eso.

Ros. Aqui vuelve: váyase usted por la escalerilla escuchada, que me trae usted con el alma en un hilo.
(*Vase Figaro.*)

ESCENA X.

DON BARTOLO. — ROSITA.

Ros. ¿Ha tenido usted visita?

Bar. Sí, don Basilio, á quien he acompañado á la puerta, yo sé por qué. Tú mejor hubieras querido que hubiese sido el compadre Figaro.

Ros. Le aseguro á usted que lo mismo me da.

Bar. Yo quisiera saber qué cosas tan urgentes tenía que decirte el señor barbero.

Ros. ¿Hemos de hablar de veras? Pues me dijo que, á su parecer, la tía Marcelina no está muy buena.

Bar. ¿Eso te dijo, eh? Pues yo jurara que te traía algún recadito.

Ros. ¿De quién?

Bar. ¿De quién! de quien nunca nombran las mugeres.

Tal vez sería la respuesta al papel que se llevó el aire.

Ros. (*Ap.* Ni una yerra.) Merecía usted que fuese cierto.

Bar. Y lo es. Por lo menos, tú has escrito. (*Mirando la mano á Rosa y cogiéndosela.*)

Ros. Si se empeña usted en que haya de confesarlo...

Bar. Quien lo confiesa, aunque tú lo niegues, es este dedito manchado todavía de tinta.

Ros. ¡Ah!

Bar. ¿Qué tal? Desmiente ese testigo.

Ros. Pues. ¡Linda prueba! Suélteme usted la mano, que me lastima. Me quemé anoche, andando con la luz, y como dicen que es buena la tinta para las quemaduras, me dí con ella.

Bar. Veamos si el segundo testigo confirma la declaración del primero. Es este cuadernillo de papel, en el que estoy seguro que había cinco pliegos, porque los cuento todas las mañanas, hoy una de ellas.

Ros. (*Ap.* ¡Oh tonta de mí!)

Bar. Uno, dos, tres, cuatro...

Ros. El otro...

Bar. El otro es el que falta, el otro.

Ros. Del otro he hecho un cucurucho para unos dulces que le he enviado á la sobrina de Fígaro.

Bar. ¿A la sobrina de Fígaro? Y la pluma que estaba sin cortar, ¿cómo está cortada, y negra de tinta? ¿Se estila ahora cuando se regalan dulces, acompañarlos de una factura?

Ros. (*Ap.* ¡Qué diabólico instinto zeloso el de este hombre!) He perfilado con la pluma una flor que se había borrado en el dibujo de la chupa que le estoy borrando á usted.

Bar. ¡Qué aplicacion! Hija mía, para que te creyesen, era menester no ponerse colorada al disfrazar la ver-

dad; pero eso, gracias á Dios, no lo has aprendido todavía.

Ros. ¿Y quién no se avergonzaria viendo sacar tan malignas consecuencias de los actos mas inocentes?

Bar. Dices bien, y yo soy un canalla. Ya se ve, quemarse el dedo, mojarlo en tinta, hacer cucuruchos para dulces, y restaurar perfiles bordados, ¿qué cosa mas inocente? ¡Pero cuántas mentiras amontonadas para ocultar un hecho! Estoy sola, no me ven, podré mentir á mi salvo: esta es la cuenta que se hacen; pero luego la yema del dedo se queda tiznada, la pluma cortada, y falta el papel. No, de hoy mas, un buen candado en la puerta me responderá de tí, cuando salga de casa.

ESCENA XI.

EL CONDE, *con uniforme*. — DON BARTOLO. ROSITA.

Bar. Pero ¿qué nos quiere este hombre? ¡Un militar! Vete á tu cuarto, niña.

Con. (*Fingiendo estar bebido.*) ¿Cuál de ustedes dos, señoras, se llama el doctor Barbollo? (*Ap. á Rosita.* Teodoro soy.)

Bar. Don Bartolo me llamo.

Ros. (*Ap.* Ha nombrado á Teodoro.)

Con. Borbollo ó Repollo, tanto se me da. Se trata solamente de saber cuál de las dos... (*Ap. á Rosa.* Tome usted esta carta.)

Bar. ¿Cuál de las dos? ¿Pues no ve usted que soy yo? Márchate, Rosa, que este hombre parece que está alumbrado.

Ros. Pues por lo mismo. Usted se halla solo, y una mujer siempre impone respeto.

Bar. Vete, vete, que yo no tengo miedo á nadie. (*Vase Rosa.*)

ESCENA XII.

EL CONDE. DON BARTOLO.

Con. ¡Oh! yo al momento le saqué á usted por la filiacion. (*Se guarda la carta.*)

Bar. ¿Qué es eso que esconde usted en el bolsillo?

Con. Hombre, si cabalmente lo guardo porque usted no lo vea.

Bar. ¡Mi filiacion! Esta familia siempre cree que está hablando con soldados.

Con. Pues digo bien: las señas son mortales. Edad, 700 años; estatura, la de Sancho Panza; ojos, de lechuza; cara, de vinagre...

Bar. ¿Qué significa esto? ¿Ha venido usted aquí á insultarme? Desaloje usted mi casa al momento.

Con. ¿Desalojar? Habla usted como si yo viniera á ton-tas y á locas. ¿Sabe usted leer, señor don Bertoldo?

Bar. ¡Otra embajada!

Con. No se incomode usted por eso, pues yo, que soy tan doctor como usted, lo menos...

Bar. ¿Cómo?

Con. Como que soy el médico de los caballos de mi regimiento. Por lo mismo me han alojado en casa de un compañero, espresamente.

Bar. ¡Un albeitar, un herrador ignorante se atreve á desdorar aquella ciencia cuyos aciertos los alumbra gozoso el sol!

Con. Y cuyos yerros se ocultan debajo de tierra.

Bar. Se conoce que solo está usted acostumbrado á hablar con cuadrúpedos.

Con. Señor doctor, esa es una barbaridad, con perdón sea dicho. ¿No es notorio que el mariscal cura á sus enfermos sin hablarles, cuando el médico charla muchísimo con los suyos...?

Bar. Y no los cura: ¿no es verdad?

Con. Cabalito.

Bar. ¿Quién diablos me ha enviado aquí á este zaque?

Con. Camarada, ¿van conmigo esas indirectillas?

Bar. En fin, ¿qué quiere usted? ¿qué se le ha perdido á usted en esta casa?

Con. (*Fingiendo enfadarse.*) ¡Calle! ¡qué! ¿se sofoca usted? ¿Qué quiero? ¿Pues no lo está usted viendo?

ESCENA XIII.

ROSITA. — DON BARTOLO. EL CONDE.

Ros. Señor militar, por Dios, no se incomode usted.
(*Ap. á don Bartolo.* Háblele usted con tiento, porque á un hombre que desbarra...)

Con. Tiene usted razon: el señor desbarra; pero nosotros sabemos manejarnos. Yo galan y usted hermosa... pues... tal para cual. La verdad, yo con nadie quiero entenderme sino con usted.

Ros. ¿Qué tiene usted que mandarme?

Con. Una vagatela, niña: todo se reduce á que lea usted un papel que le traigo. (*Muestra á Rosa una carta que oculta con una boleta.*)

Bar. A ver, á ver: en casa nadie lee sino yo. (*Don Bartolo se acerca al conde, que guarda la carta, y le entrega la boleta.*)

Con. ¿No ha ido á la maestra la señorita?

Bar. ¿Una boleta de alojamiento!

Con. Pues: mesa y cama por veinte y cuatro horas; nada mas.

Bar. (*Leyendo.*) “Para el maestro mariscal don Teodoro Campoamor...”

Con. Presente.

Ros. (*Ap.* Él es, el mismo es.)

Bar. Vaya usted y dígame al estúpido que ha estendido esa boleta, que el doctor don Bartolo del Naranjal está libre de bagajes y alojamientos.

Con. (*Ap.* ¡Oh cielos! ¡qué fatal contratiempo!)

Bar. Amiguito, parece que la noticia le desagrada á usted, y le despeja la cabeza algun tanto. Pues no por eso deje usted de levantar el campo al instante.

Con. (*Ap.* Por poco no me descubrí.) A mí no me venga usted con chiquitas, que ya conozco yo las mañas de los patrones. Mientras usted no me manifieste el título auténtico, en virtud del cual puede usted pri-

varse del honor de mantenerme á su costa, aquí establezco mi pabellon.

Bar. Por eso no quede: en aquella papelera está. (*Va á ella y abre un cajon.*)

Con. (*En voz baja acercándose á Rosa.*) ¡Ay, hermosa Rosita!

Ros. ¡Qué, Teodoro! ¿Es usted?

Con. Tome usted esta carta.

Ros. Cuidado, que nos mira.

Bar. Poco á poco, señor albeitar, poco á poco; que no me gusta que miren á mi muger tan de cerca.

Con. ¿Es la señora su muger de usted?

Bar. ¿Pues qué ha de ser?

Con. Yo le tenia á usted por su bisabuelo paterno, materno, eterno y sempiterno. Lo menos hay tres generaciones antediluvianas entre ella y usted.

Bar. (*Presentando al conde un documento.*) Lea usted aquí, si es que no le estorba lo negro. "En atencion á los buenos servicios..."

Con. ¿Qué necesidad tengo yo de papeles mojados? (*Da un golpe al papel que le hace ir volando.*)

Bar. ¿Sabe usted, señor zapatero de bestias, que si llamo á mis criados, haré que le traten como merece?

Con. ¿Usted me desafía, me declara guerra, me presenta batalla! Yo la admito, y veremos si queda el campo por mi tizona. (*Desenvaina la espada.*) ¿No ha visto usted nunca una accion, señorita?

Ros. Ni quiero verla.

Con. ¿Ni siquiera un asalto?

Ros. ¡Huy! ¡qué miedo!

Con. ¡Qué! si es lo mas divertido del mundo. Figúrese usted en primer lugar que el enemigo (*Dando un empellon á don Bartolo.*) se halla á un lado del foso, y los nuestros al otro. (*Ap. á Rosa.* Cuando yo tire la carta, deje usted caer el pañuelo.) Supongamos que el foso es este.

Bar. Sí, Rosa y yo somos los enemigos. (*Desviando al conde.*) Vaya usted con su tropa á ocupar otra posicion.

Con. (*Colocándose al lado de Rosita.*) Buscando al enemigo el flanco por aquí... (*El conde echa en el suelo la carta; Rosita deja caer encima el pañuelo;*

don Bartolo, que ha visto el papel, quiere cogerlo; pero el conde se adelanta, lo alza y se lo entrega después á Rosita.)

Bar. ¿Qué papel es ese?

Con. (Recogiéndolo.) ¿Qué ha de ser? Una carta del galán de esta señora. A la verdad que bien podía usted tener mas cuidado con la correspondencia reservada.

Bar. Venga, venga.

Con. Paucus ad paucum, amice; á cada uno lo que le pertenece. Si fuese alguna receta ó certificacion de difunto, que es lo mismo, no le disputaria yo á usted la propiedad. (Da la carta á Rosa, que la guarda en un bolsillo del delantal.)

Ros. Ya sé lo que es, señor mariscal.

Bar. Pero usted ¿se marcha hoy ó no?

Con. Hombre, sí: pasarlo bien, y perdonar la molestia. Aquí ya no tengo nada que hacer; con que hasta otra vista. No olvidarme, pimpollo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON BARTOLO. ROSITA.

Bar. (Ap. Al fin se marchó. Disimulemos.) ¿No tienes curiosidad de ver conmigo el papel que te ha entregado?

Ros. ¿Qué papel?

Bar. Ese que ha fingido alzar del suelo para que tú lo admitieras.

Ros. ¿Bueno! Si es una cuenta que le trajeron á usted ayer.

Bar. Pues á mí se me figura que él lo sacó de su bolsillo.

Ros. Si lo he visto yo.

Bar. ¿Qué te cuesta el mirarlo otra vez? Ahí lo guardaste...

Ros. Porque no anduviera rodando.

Bar. Ya estoy. Verás como es una sarta de majaderías.

Ros. ¿Pero qué idea se lleva usted con tanto porfiar?
¿Es por la maldita desconfianza?

Bar. Y tú ¿qué motivo tienes para no permitir que yo vea ese papel?

Ros. ¿Voy yo á inspeccionar los que le traen á usted? ¿pues por qué quiere usted pasar revista á los míos?

Bar. Yo soy su tutor de usted, esa es sin duda carta de algun pisaverde, y yo he de verla.

Ros. No la verá usted. Si se acerca usted á mí, tomo la mantilla, y me voy á quejar al señor asistente, al arzobispo, á la compañía de navegacion, á la maestranza, á todo el mundo.

Bar. Para quitarte ese capricho de la imaginacion, voy á cerrar la puerta de la escalera. (*Lo hace.*)

Ros. (*Ap.* Afortunadamente tenia conmigo un papel que él mismo se dejó en mi cuarto. Guardemos el de Teodoro.) (*Lo oculta en el pecho.*)

Bar. Con que ahora espero la entrega del testimonio comprobante.

Ros. ¿Con qué derecho?

Bar. Con el mas generalmente reconocido, el de la fuerza.

Ros. Enhorabuena. Lea usted, y satisfaga su necia curiosidad: ese motivo mas tengo para aborrecerle. (*Saca del bolsillo un papel, lo desdobra y se lo presenta á don Bartolo.*)

Bar. ¡Atrevida!

Ros. Lea usted.

Bar. (*Leyendo.*) "Cuenta y razon..." ¿Qué diablos es esto?

Ros. Lea usted.

Bar. ¡Dios de los ejércitos! Es la nota de mi dentista.

Ros. Adelante: ¿por qué se detiene usted?

Bar. No, pichona, no: quedo satisfecho de tu inocencia.

Ros. Léalo usted. (*Leyendo ella.*) "Cuenta de la dentadura..."

Bar. ¿Pero cómo diantres...?

Ros. De colmillo de rinoceronte...

Bar. Si yo hubiera jurado que vi al albeitar...

Ros. Elaborada por encargo del señor don Bartolo."

Bar. He sido un idiota, un africano. Perdona, Rosita.

Ros. Jamas.

Bar. Las apariencias me engañaron. Perdon.

Ros. ; Calumniar de ese modo á una jóven de mis principios, de mis circunstancias!

Bar. Mi amor, mis zelos, mi maldita suerte...

Ros. A mí que soy la sencillez misma, que no sé mentir sin ponerme colorada!

Bar. Pues ahora estás echando fuego por las mejillas.

Ros. De ira, de sentimiento.

Bar. Yo me corregiré, yo me enmendaré en adelante.

Ros. Jamas me volverá usted á ver alegre la cara.

Bar. ; Rosita!

Ros. No me atormente usted mas con su presencia.

(*Vase.*)

Bar. ; Rosita! ; Muchacha! — Me colgaria de una reja de mejor gana que lo digo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON BARTOLO.

Qué humor! ¡qué maldito humor! No hay forma de averiguarse con ella. Á ver: ¿quién me sabrá decir de dónde diablos le ha venido la idea de no querer que don Basilio le siga dando lección? ¿Si sabrá que entiende en mi boda y...? Desvélese usted para tener á una muchacha contenta: si usted omite un solo punto, uno solo que se olvide... (*Llaman.*) Veamos quién es.

ESCENA II.

EL CONDE, *con solana y manto*.—DON BARTOLO.

Con. Paz sea por siempre en esta casa.

Bar. Lo que es ahora, buena falta hace. ¿Qué se le ofrece á usted?

Con. Señor, yo soy don Alonso Cañizares, bachiller, licenciado...

Bar. No necesito dómine.

Con. Discípulo de don Basilio, el organista del hospital de la Sangre, que tiene el honor de enseñar la música á la señorita.

Bar. Don Basilio... que tiene el honor... Ya lo sabemos: al caso.

Con. (*Ap.* ¡Qué hombre!) Habiéndose sentido repentinamente atacado de una convulsion atroz, que le obliga á hacer cama...

Bar. ¡Don Basilio enfermo! Muy bien ha hecho en avisar. Voy al instante á verle.

Con. (*Ap.* ¡Demontres!) Cuando digo que tiene que hacer cama, quiero decir... que no está para salir de casa.

Bar. Aunque solo sea una leve indisposicion la suya, eche usted á andar, que voy con usted.

Con. (*Cortado.*) Señor, yo venia comisionado... ¿Nos puede oir alguien?

Bar. Nadie, señor espavientos; hable usted sin turbarse, si puede. (*Ap.* Este es algun pícaro.)

Con. (*Ap.* ¡Viejo maulon!) Don Basilio me habia encargado que pusiera en noticia de usted...

Bar. Hable usted recio, que soy sordo de un oido.

Con. (*Alzando la voz.*) De buena gana.—Que el conde de Almaviva, que vivia en la plaza de Santo Tomas...

Bar. Hable usted bajo, hable usted bajo.

Con. (*Mas recio.*) Se ha mudado esta mañana. Y como ha sabido por mí don Basilio que el citado conde de Almaviva...

Bar. Bajo: hable usted bajo por Dios.

Con. (*Recio.*) Estaba en esta ciudad; y como yo he descubierto que doña Rosita se cartea con el susodicho...

Bar. ¿Se cartean? Amigo de mi alma, por nuestra Señora de las Angustias, hable usted mas bajo; que le pueden oir á usted desde el postigo del Aceite. Sentémonos, y conversemos con toda cordialidad y franqueza. (*Siéntanse.*) ¿Con que dice usted que ha descubierto como Rosita...?

Con. Sí señor, yo he sido. Don Basilio, inquieto con la noticia de esta correspondencia, me ha rogado que le enseñe á usted una carta; pero tiene usted un modo de recibir á las gentes...

Bar. Hombre, yo á nadie recibo mal; pero ¿no puede usted hablar sino á voces?

Con. A los sordos, no se les habla de otra manera.

Bar. Dispense usted, señor don Alonso, dispéñeme usted si le he manifestado desconfianza y descortesía, porque me acosan por todas partes tantos embrollistas... Y luego, su traza de usted, su edad y continente... Perdone usted.

Con. Con esos modos, va bien; sin embargo temo que nos escuchen.

Bar. ¿Quién nos ha de escuchar? Todos mis criados es-

tan en cama; Rosita en su cuarto hecha una víbora; Lucifer ha tomado por asalto mi casa. Con todo, voy á asegurarme.

Con. (Ap., mientras don Bartolo entreabre la puerta del cuarto de Rosita.) Por falta de serenidad, he dado una picia. Si ahora no entrego la carta, tendré que marcharme, que es como sino hubiera venido. Si se la enseño... Como pueda prevenir á Rosita, dar la carta al viejo es un golpe maestro.

Bar. Está á la ventana, de espaldas á la puerta, leyendo un papel.

Con. (Ap.; El mío!)

Bar. Veamos el suyo.

Con. Aquí está. (*Da á don Bartolo una carta.*)

Bar. (Leyendo.) "Desde que usted me ha declarado su nombre y clase..." ¡Ah pérfida! esta es su letra.

Con. (Sobresaltado.) Hable usted bajo, usted también.

Bar. ¡Cuántas gracias, amigo...!

Con. No; aguarde usted para dárme las, á la conclusion del negocio. Segun el tenor de una minuta, que con arreglo á las instrucciones de don Basilio, queda ahora estendiendo un dependiente de la vicaría...

Bar. ¿De la vicaría? Será cosa de boda.

Con. Por supuesto. Y me ha encargado le diga á usted que todo puede quedar corriente mañana. Entonces, si la niña resiste...

Bar. ¡Vaya si resistirá! (*El conde alarga la mano para recoger la carta, pero don Bartolo se la guarda.*)

Con. Pues ese es el punto en que puedo servir á usted. Le presentaremos su carta, y hasta le diré, si es preciso, que la he recogido de manos de una muger, á quien el conde la ha sacrificado. Ya conoce usted que la turbacion, la vergüenza y el despecho pueden conducirla en un pronto...

Bar. ¿Calumnias al canto, eh? Ya se le conoce á usted la escuela de don Basilio. Pero para que esto no tuviera apariencias de plan convenido, ¿no sería bueno que ella le conociese á usted de antemano?

Con. (Reprimiendo un movimiento de suma alegría.) Don Basilio bastante se inclinaba á eso; pero ¿cómo se ha de hacer? Ya es casi medio dia, y á tales horas...

Bar. Le diré que viene usted en su lugar. ¿No podría usted darle una lección?

Con. Yo por servir á usted, me prestaré á todo; pero ¿y si ella se malicia...?

Bar. Presentándole yo á usted, ¿cómo? Y que usted mas parece un amante disfrazado, que un amigo oficioso.

Con. ¿Sí? ¿Con que cree usted que mi personal puede ayudar á la tramoya?

Bar. Como que el mas ladino se llevaría chasco. Ella hoy se halla de un humor diabólico; pero aunque no hiciera mas que verle á usted... Aguárdeme usted un momento, que voy á hacer todo lo posible para traerla. Puede usted examinar en el ínterin aquellos papeles de música.

Con. Guárdese usted de hablar de la carta...

Bar. ¿Antes del momento decisivo? Entónces perdería todo su efecto. No hay que decirme las cosas dos veces; que al buen entendedor, pocas palabras. (*Vase.*)

ESCENA III.

EL CONDE.

Ya estoy en salvo. ¡Uf!; qué duro es de pelar este diablo de hombre! Bien le conoce Fígaro. Yo no acertaba á mentir con desembarazo; mi turbacion me perdía, y él; tiene mas narices...! No hay remedio, sin la repentina inspiracion de la carta, me echaban como á un majadero. (*Escuchando.*) ¡Oh cielos! allá disputan... ¿Si se obstinará en no venir? Oigamos.—Rehusa salir de su cuarto: he perdido el fruto de mi ardid.—No, ya viene.

ESCENA IV.

DON BARTOLO. ROSITA.—EL CONDE.

Ros. ¿Dónde está ese maestro que usted no se atreve á despedir? Verá usted como con dos palabras le envío á paseo á él y á don Basilio. (*Conoce al conde y da un grito de sorpresa.*) ¡Ay!

Bar. ¿Qué tienes?

Ros. (*Muy turbada.*) ¡Ay! ¡Válgame Dios! Caballero...

Con. Señorita...

Bar. ¿Te pones mala? ¿Se te va la cabeza? Don Alonso...

Ros. No estoy mala, no, sino que al volverme... ¡Ay!

Con. ¿Se le ha torcido á usted un pie, señorita?

Ros. Sí señor, eso es; y me he hecho un daño...

Con. Bien lo he reparado yo.

Ros. El corazon se me ha estremecido.

Bar. Un asiento... Jamas ha de estar el sillón á mano.

(*Va por él.*)

Con. ¡Ah Rosita! (*Hablan los dos ap.*)

Ros. ¿Qué imprudencia!

Con. Tengo mil cosas importantes que decir á usted.

Ros. No se apartará de nosotros.

Con. Figaro va á venir á ayudarnos.

Bar. (*Volviendo con el sillón.*) Ten, hermosa, siéntate. Señor maestro, como se ha indispuerto del pie, no podrá cantar; mañana le dará usted lección. Puede usted retirarse.

Ros. No, aguarde usted, que el dolor se me ha templado un poco. Reconozco que me escedí antes con usted, y quiero seguir su ejemplo, reparando sin dilacion...

Bar. ¿Qué natural tan precioso de niña! Pero, hija, despues de semejante conmocion, no permitiré yo que hagas el menor esfuerzo. Vaya usted con Dios, señor don Alonso.

Ros. Un momento, por favor.

Con. (*Ap. á don Bartolo.*) Si usted me cree, no se oponga.

Bar. Se acabó, queridita mia: tan ageno estoy de desagradaarte, que te quiero hacer compañía todo el tiempo que estudies.

Ros. No señor, no: si ya sé que la música no tiene para usted ningun atractivo.

Bar. Pues esta vez me encantará. No hay remedio, he de oírte, y así, ya te puedes plantar al piano.

Ros. (*Ap.* ¿Qué suplicio!) (*Se sienta al piano.*)

Con. ¿Qué es lo que va usted á cantar, señorita?

Ros. *La Inútil Precaucion.*

Bar. ¡ Dale con la *Inútil Precaucion!*

Con. Como es cancion nueva... Lo nuevo siempre agrada.

Ros. Jamas he gustado yo de vejece.

Bar. Ni yo de música de estrangis. Tengo una aversion á todo lo que es forastero...

Ros. Yo miro á los forasteros con gratitud: yo hice amistades en Madrid, á pesar de ser forastera. (*Pre-ludia.*)

Bar. (*Ap. al conde.* Siempre acordándose de aquel maldito Madrid.)

Con. (*Ap. á don Bartolo.* Y de las relaciones entabladas en él.)

Rosa. (*Canta.*)

A Simon echa de casa
la severa doña Blasa,
porque teme que su nieta
se enamore de Simon.
¡Qué muger tan indiscreta!
¡cuán inútil precaucion!

Cada instante con la niña
por Simon emprende riña:
ella que antes no le amaba,
ya le quiere con pasion.
¡Y la vieja ponderaba
su prudente precaucion!

Ya se trata de la boda:
doña Blasa se incomoda,
y á la novia pone presa
dentro de un camaranchon.
Una niña, si es traviesa,
burla toda precaucion.

Desparece la reclusa;
doña Blasa está confusa:
la buscó en la vicaría;
la encontró con su Simon.
Doña Blasa repetia:
¡cuán inútil precaucion!

Con. Perfectamente, señorita.

:

Bar. Bien cantado, eso sí; pero la canción es de muy mal ejemplo. Los jóvenes no deben burlarse de los mayores.

Ros. Ni los mayores deben dar á los jóvenes estado contrario á su voluntad: así dice el catecismo.

Bar. Otras máximas se inculcaban antes en el teatro. Hasta en las tonadillas encontraba uno á veces lecciones de moral.

Con. (*Ap.* ¡Lince había de ser el que las descubriera!)

Bar. ¡Y qué coplas solían tener tan bonitas! Y todo el mundo las aprendía, en oyéndolas media vez. Sabía yo antes una aria... Verán ustedes. (*Canta.*)

Si quieres un marido,
Rosita hermosa mía...

(*Ap. al conde.* Frasquita dice el original; pero yo he cambiado el nombre con arreglo á las circunstancias. ¡Eh! ¿Qué le parece á usted?)

Con. ¡Vaya! Grandemente.

Bar. (*Canta.*)

Si quieres un marido,
Rosita hermosa mía,
y ser de Andalucía
la esposa mas feliz,
esa manita hermosa
dásela á Bartolito;
que no es su cuerpecito
talego de terliz.
Amante y rico esposo
conmigo al fin te toca,
y á oscuras se equivoca
mochuelo con perdiz.

(*Cuando don Bartolo está engolfado en el final de su aria, que acompaña con acciones y movimientos extravagantes, sale Figaro y se pone á remedarle; vuelve don Bartolo la cabeza y le ve.*)

ESCENA V.

FÍGARO.—ROSITA. EL CONDE. BARTOLO.

Bar. Adelante, señor barbero, adelante. ¡Qué gracioso es usted!

Fig. Lo mismo me decia mi madre cuando era chiquito; pero desde entonces acá he perdido mucho.

Bar. ¿Viene usted otra vez á sangrar, á jaropear, á hacer mas estragos en mi casa?

Fig. Señor, no todos los dias hay funciones reales; pero sin contar las tareas cotidianas, ya ha podido usted ver que cuando hago falta, mi celo no necesita de insinuaciones.

Bar. Pues sería muy bueno que aguardase á recibirlas. ¿Qué dirá usted, señor celoso, qué dirá á ese infeliz que bosteza y duerme despierto, y al otro que lleva tres horas seguidas estornudando, que no sé cómo no se le han saltado los cascos de la cabeza?

Fig. ¿Qué les diré?

Bar. Sí señor.

Fig. Al que estornuda, le diré: Dios te ayude; y al que se duerme: vete á la cama. Lo que es eso no le costará á usted dinero.

Bar. Ya se ve que no; pero la sangría y las recetas me costarian, si yo pasara por ello. ¿Y ha sido tambien por celo el empaquetarle los ojos á mi mula? ¿Ó le restituirá la vista la cataplasma que usted le ha puesto?

Fig. Si no se la restituye, tampoco se la quitará.

Bar. Pues que vea yo esa partida en la cuenta de los honorarios. Un poco mejor haria usted en vez de manifestar ese celo de atormentar al prójimo, si me abonase usted los cien ducados de marras con sus intereses: ¿oye usted?

Fig. ¿Duda usted de mi probidad? Apuradamente mas quisiera yo deberle á usted toda mi vida los tales cien ducados, que negarlos una sola vez.

Bar. Y dígame usted: ¿que tales le han parecido á la sobriñita los dulces?

Fig. ¿Qué dulces? ¿Qué quiere usted decir?

Bar. Sí, aquellos dulces de esta mañana, que iban en aquel cucurucho de papel de cartas...

Fig. Lléveme pateta si...

Ros. ¿Se acordó usted de dárselos de mi parte? Yo se lo encargué á usted.

Fig. ¡Ah! ¿los dulces de esta mañana? ¿Qué mastuerzo que soy! Todo se me habia pasado ya. ¡Oh! excelentes, señorita, deliciosos.

Bar. ¡Escelentes, deliciosos! Sí, sí: compóngalo usted. Amigo, no hay duda que ha tomado usted un oficio decente.

Fig. ¿Pues qué tiene, señor don Bartolo?

Bar. Y que le dará á usted una reputacion magnífica, señor Figaro.

Fig. Yo la sostendré, señor don Bartolo.

Bar. Diga usted que la soportará, señor Figaro.

Fig. Como usted quiera, señor don Bartolo.

Bar. ¿Qué pronto se sube usted á la parra, señor mio! Pues sepa usted que yo, cuando disputo con un majadero, no cedo nunca.

Fig. Señor mio, en eso no nos parecemos, porque yo á las primeras de cambio, le vuelvo la espalda. (*Lo hace así.*)

Bar. ¿Eh? Don Alonso, ¿qué es lo que dice este hombre?

Fig. ¿Usted piensa que trata con algun barberillo de tres al cuarto, que no sabe manejar mas que la navaja?

Bar. En fin, ¿qué asunto le trae á usted por acá? ¿Hay alguna cartita que dar á la muchacha? Dígalo usted, y me retiraré.

Fig. ¡Caramba, y qué modito gasta usted con los pobres! ¿Que á qué vengo? Toma, vengo á afeitarte á usted y á largarme en seguida, haciéndole mas cruces que hay en el barrio de Triana.

Bar. Vuelva usted despues.

Fig. ¡Sí, volver! Mañana pasa revista el regimiento que ha entrado, y tengo que acicalar á toda la plana mayor: con que mire usted el tiempo que me queda de sobra. ¿Pasa usted á su cuarto?

Bar. No señor, no paso á mi cuarto. ¿Quién le impide á usted rasurarme aquí?

Ros. ¿Qué finura! ¿No puede ser sino donde estoy yo?

Bar. No te enfades, hija: vas á estudiar, y no quiero perder un instante el placer de oírte.

Fig. (*Ap. al conde.* No le vamos á arrancar de este cuarto.) (*Gritando.*) Juan Avispa, tío Angelito: el paño, el navajero y el escalfador. Vamos.

Bar. Sí, déles usted voces. Cansados, quebrantados, molidos, gracias á sus jaropes de usted, harto harán en estarse tendidos á la larga.

Fig. Pues bien, yo iré por todos los avíos. ¿No estan en su cuarto de usted? (*Ap. al conde.* Voy á hacerle salir.)

Bar. No, los traeré yo mismo. (*Ap. al conde.* Hágame usted el favor de no perderlos de vista.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL CONDE. ROSITA. FÍGARO.

Fig. Se nos ha escapado la mejor ocasion, porque iba á darme el llavero. ¿No está en él la llave de la reja?

Ros. Es una que hay nuevecita.

ESCENA VII.

DON BARTOLO.—DICHOS.

Bar. (*Ap.* Vaya que no sé en qué estoy pensando.) ¿Dejar aquí al sátrapa del barbero! (*A Figaro dándole una llave.*) Tome usted. En el armario del gabinete; y cuidado con tocar á nada.

Fig. Un demonio tocaré: ya me podia prevenir. (*Ap.* Véase como el cielo favorece las buenas intenciones.) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE. ROSITA. DON BARTOLO.

Bar. (*Hablando á un lado con el conde.*) Ese es el pí-

caro que trae y lleva los recados del conde.

Con. ¡Una pinta tiene de bribón!

Bar. No me la pegará otra vez.

Con. Como que tenemos andado lo mas del camino.

Bar. Bien mirado, mas prudente me ha parecido enviarle á mi cuarto, que dejarle aqui con ella.

Con. Crea usted que no se hubieran dicho una palabra, sin que yo la oyera.

Ros. ¿Está en el orden, señores, que hablen ustedes aparte continuamente? (*Ruido dentro de vasijas quebradas.*)

Bar. ¡Qué es lo que oigo! ¿Cuánto va que aquel hombre de perdición ha tirado á rodar el juego de china? (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL CONDE. ROSITA.

Con. Aprovechemos el momento que la industria de Fígaro nos proporciona. Permítame usted, señorita, permítame usted esta noche que la hable un momento, si quiere librarse de la esclavitud en que está próxima á caer.

Ros. ¡Ay Teodoro!

Con. Yo puedo entrar por esa ventana, si usted deja la falleba de los postigos en falso. En cuanto á la carta que he recibido de usted esta mañana, me he visto en la precision...

ESCENA X.

DON BARTOLO. FÍGARO. — EL CONDE. ROSITA.

Bar. Lo que dije: todo lo ha hecho añicos: jarra, tetera, cafetera, hasta el Neron de porcelana que me regaló el arcipreste, cuando se le murió su tío, por mi asistencia.

Fig. ¿Y por qué diantres tiene usted aquella pieza á oscuras? Tropecé con el velador al tiempo de quitar la llave de... (*Enseña una al conde.*)

Bar. Se mira, ó se tienta.

Fig. Haberme avisado, y le hubiera cedido á usted el

gusto de abrazarse en el suelo con el Neron del ar-
cipreste.

ESCENA XI.

DON BASILIO.—DICHOS.

Ros. (*Ap.* ; Don Basilio!)

Con. (*Ap.* ; Justo cielo!)

Fig. (*Ap.* El diablo le ha traído.)

Bar. Amigo don Basilio, me alegro de la mejoría. ¿Con que aquello no ha pasado adelante? La verdad, aquí don Alonso me puso en mucho cuidado. Que diga si no quise ir á ver á usted, y solo porque él me de-
tuvo...

Bas. (*Admirado.*) ; Don Alonso!

Fig. ¿Que nunca han de faltar estorbos? ; Dos horas para servir á un parroquiano! ; Maldito oficio!

Bas. ¿ Me harán ustedes el gusto de decirme, señores...?

Fig. Cuando yo me marche, hablará usted.

Bas. Pero muy bueno sería...

Con. Que usted callara, don Basilio. ¿ Cree usted que va á contar al señor algo que le coja de nuevas? Si ya le he dicho que usted me ha encargado de venir á dar una leccion de música por usted.

Bas. ; Una leccion de música...! ; Don Alonso...!

Ros. (*Ap. á don Basilio.* ¡Eh! calle usted.)

Bas. (*Ap.* ¿ Tambien la niña?)

Con. (*Ap. á don Bartolo.* Dígale usted en secreto que estamos convenidos.)

Bar. (*Ap. á don Basilio.* No vaya usted á desmentirnos, diciendo que no es su discípulo de usted, porque lo echaría usted á perder todo.)

Bas. (*Ap.* ¿ Qué trapisonda es esta?)

Bar. Verdaderamente, don Basilio, que su discípulo de usted es sugeto de un talento superior.

Ras. (*Alónito.*) ; Mi discípulo! (*A don Bartolo á media voz.*) Hombre, yo venia á informar á usted de que el conde se ha mudado.

Bar. Ya lo sé; calle usted.

Bas. ¿ Quién se lo ha dicho á usted?

Bar. ¿ Quién ha de ser? El señor. (*Señala al conde,*

que se acerca á hablar aparte á don Basilio, y lo mismo hacen Figaro y Rosita.)

Con. Por supuesto que yo. Oiga usted y calle.

Ros. ¿Tanto le costará á usted el no hablar palabra?

Fig. No sea usted pollino: haga lo que se le dice.

Bas. (*Ap.* ¿Quién diablos es el chasqueado aquí? ¡Si todos estan en el secreto!)

Bar. ¿Y qué tal, don Basilio? ¿Y mis diligencias?

Fig. Hasta las doce de la noche tienen ustedes lugar para hablar de diligencias.

Bar. ¿No ha estado usted en la vicaría?

Bas. ¿Qué vicaría, ni qué alforjas? No señor, no he estado en la vicaría; no he salido de mi casa si no para entrar en esta, donde no sé si estoy en el infierno, en el purgatorio ó en el limbo.

Con. (*Ap. á don Bartolo.* ¿Quiere usted que se explique aquí en presencia de ella?) Despídale usted.

Bar. (*Ap. al conde.* Tiene usted razon.) —¿Pero qué mal le acometió á usted tan de repente?

Bas. Vaya, yo no le entiendo á usted.

Con. (*Dando ocultamente un bolsillo á don Basilio.*)

Sí, quiere decir el señor que ¿á qué propósito viene usted aquí en el estado de indisposicion en que se halla?

Fig. Si está amarillo como una cera.

Bas. ¡Ah! ya entiendo.

Con. Amigo don Basilio, váyase usted y acuéstese, porque usted está padeciendo, y nosotros de verlo, mas todavía. Váyase usted á acostar.

Fig. Tiene toda la fisonomía desencajada. Váyase usted á acostar.

Bar. No hay mas, que huele á calentura desde una legua. Váyase usted á acostar.

Ros. ¿Por qué ha salido usted, espuesto á ponerse peor? Váyase usted á acostar.

Bas. ¿Que me vaya á acostar?

Todos. Sí por cierto, sí señor.

Bas. (*Mirando á los cuatro uno por uno.*) En efecto, señores; creo que no haré mal en retirarme, porque conozco que aquí... no estoy bien.

Fig. Está usted malísimamente: no conoce usted el daño que se hace.

Bar. Pues hasta mañana, si usted se alivia.

Con. Don Basilio, yo iré por casa de usted temprano.

Fig. Y créame usted, arroparse bien, sudar de firme.

Ros. Vaya usted con Dios, don Basilio.

Bas. (*Ap.* Lléveme el diantre si comprendo una jota, y á no ser por el bolso...)

Todos. Abur, abur, don Basilio.

Bas. Pues abur, señores, abur. (*Vase.*)

ESCENA XII.

EL CONDE. ROSITA. DON BARTOLO.

Bar. (*Con tono magistral.*) Ese hombre está febricitante.

Con. Le habrá pasado un aire.

Fig. ¿Han visto ustedes cómo hablaba solo? ¿Lo que somos! (*A don Bartolo.*) ¿Con que se determina usted esta vez?

Bar. Vaya de esta vez. Ustedes pueden entre tanto...

Con. Vamos allá. (*Siéntanse al piano el conde y Rosita. — Figaro pone á don Bartolo una silla distante del piano, y mientras aseita al doctor, se coloca siempre entre él y los amantes.*)

Con. Antes de retirarme, señorita, debo decir á usted dos palabras esenciales á los progresos del arte en que tengo el honor de instruirla. (*Le habla al oído.*)

Bar. ¿Qué diablos! Parece que de intento se pone usted delante de mí para impedirme que vea...

Con. Tenemos la llave de la reja, como decía á usted, y vendremos á media noche.

Fig. ¿Qué bay que ver allí? Si fuera lección de baile, vaya con Dios; pero de canto... Música, pintura y quimeras, de lejos. ¡Ay! ¡ay!

Bar. ¿Qué es eso?

Fig. Yo no sé qué se me ha entrado en un ojo.

Bar. No se hurgue usted.

Fig. Es el izquierdo: ¿querrá usted hacer el favor de soplármelo?

Con (*Ap. á Rosita.* Y en cuanto á su carta de usted...)

Fig. (Tosiendo para avisar á los amantes que don Bartolo los observa.) — Ehem, hem. (Don Bartolo va de puntillas, y se coloca detras del conde y Rosita.)

Con. Desesperado de ver inútil por segunda vez mi disfraz...

Bar. (Dando un grito.) ¡Inútil el disfraz!

Ros. ¡Ah!

Bar. Muy bien, señores; proseguir adelante. ¡Hay desvergüenza como ella! ¡Á mis mismos ojos! ¡En mi presencia misma, ultrajarme de este modo!

Con. ¿Qué le pasa á usted, señor don Bartolo?

Bar. Usted es un canalla.

Con. Señor mio, si le acometen á usted á menudo manías como la que presencio por casualidad, ya no me admira la aversion que muestra la señorita á ser esposa de usted.

Ros. ¿Yo su esposa? ¿Yo pasar mis dias al lado de un hombre zeloso, con quien el único porvenir que se me presenta es un espantoso cautiverio?

Bar. ¿Qué es lo que escucho!

Ros. Sí, lo digo sin reparo: daré la mano y el corazón al que pueda arrancarme de esta prision horrible, donde mi persona y mis bienes estan detenidos contra toda justicia. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

EL CONDE. DON BARTOLO. FÍGARO.

Bar. ¡Me ahoga la cólera!

Con. En efecto, amigo; difícil es que una jóven de tan pocos años...

Fig. Ahí está el cuento: ella tiene pocos y el señor demasiados, que es lo suficiente para trastornar la cabeza mas firme.

Bar. ¿Cómo se entiende? ¿Con que despues de pillarlos en el garlito...? ¡Barbero infernal! ¡De mejor gana...

Fig. Yo me retiro, porque este hombre está loco-

Con. Y yo tambien. Sin disputa que está loco.

Fig. Está loco, vamos, está loco. (*Vanse el conde y Figaro.*)

ESCENA XIV.

DON BARTOLO.

¿Con que estoy loco? ¡Infames corruptores! ¡Emisarios del diablo, cuyo oficio haceis, y que ojalá cargara con vosotros...! ¿Con que estoy loco? Los he visto como veo este sitio, ¡y sostener descaradamente...! Es forzoso que don Basilio venga al punto á explicarme este enigma. Si esto es para perder uno el entendimiento; es cosa de perder el entendimiento.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Óyese el ruido de una fuerte tempestad. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON BARTOLO. DON BASILIO, *con un farolito de papel
y un paraguas.*

Bar. ¿Pues cómo, don Basilio? ¿Usted no le conoce? ¿Es posible?

Bas. Mil veces que usted pregunte, le daré la misma respuesta. Habiendo devuelto á usted la carta de Rosita, sin duda es algun emisario del conde; pero segun el magnífico regalo que me hizo, ha de ser S. E. en persona.

Bar. ¡Buenas trazas! Pero ahora que hablamos de esto, ¿por qué lo recibió usted?

Bas. Señor, ustedes parecia que estaban de acuerdo; yo no comprendia palabra; pero en los casos dificiles de juzgar, siempre un bolsillo de dinero me ha parecido un argumento sin réplica. Y luego, como dice el adagio, lo que es bueno de tomar...

Bar. Sí, es bueno de abonar.

Bas. ¡Qué! De guardar.

Bar. ¡Oiga!

Bas. Sí señor: yo he arreglado algunos refrancillos asi, con variaciones. Pero vamos al caso: ¿á qué se resuelve usted?

Bar. ¿No haria usted en mi lugar, señor don Basilio, los últimos esfuerzos para calzarse con la muchacha?

Bas. Por vida mia que no, señor don Bartolo. En toda clase de bienes, el poseerlos es lo que menos importa; el disfrutarlos sin oposicion es lo principal;

y por mi voto, casarse con una muger que no le quiere á uno, es esponerse...

Bar. ¿Qué? ¿teme usted que me sobrevenga algun revés?

Bas. Gran cosecha hay de eso este año, camarada. Yo, la verdad, no violentaria la inclinacion de Rosa.

Bar. Servidor de usted, señor don Basilio. ¿Qué será más puesto en razon? ¿qué dé ella algun suspiro al entregarme la mano, ó que dé yo el último al verla de otro?

Bas. ¿Es cuestion de vida ó muerte? Pues señor, cáse-se usted para no morirse; pero cuenta con no morir-se despues por haberse casado.

Bar. ¿Qué disparate! ¿Si sabré yo cuándo me he de morir?

Bas. Es verdad: ¡un médico...! Lo dicho: cáse-se usted.

Bar. No que no; y esta noche misma.

Bas. Pues abur. Cuando hable usted á la niña, no se olvide de ponerlos á todos de oro y azul.

Bar. ¡Oh! ya estoy en ello.

Bas. La calumnia, señor doctor, la calumnia: ahí se ha de venir á parar siempre.

Bar. Aqui tengo la carta de Rosa, que el tal don Alonso me entregó, indicándome, tal vez contra su voluntad, el uso que debo hacer de ella.

Bas. Quede usted con Dios. A las doce vendré con el notario de la vicaría.

Bar. ¿No puede ser antes?

Bas. Imposible: si está tambien embargado para tomar otro dicho. Parece que se casa una prima de Figaro, y han querido que vaya á casa de este.

Bar. ¿Qué prima? Si no tiene tal prima.

Bas. Pues eso le han dicho al notario.

Bar. Trapisondas y enredos de ese perillan.

Bas. ¿Piensa usted acaso...?

Bar. ¡Pues cierto que los niños no son abonados para todo! Amigo mío, yo estoy que no me llega la ropa al cuerpo. Vuelva usted á casa del notario, y que venga aqui con usted al punto.

Bas. Infernal está la noche con la lluvia; pero nada me detiene, tratándose de servir á usted. (*Don Basi-*

lio se encamina á la puerta, y don Bartolo le sigue.)
 ¿A qué viene el acompañarme?

Bar. Si el caribe de Figaro ha estropeado á todos mis sirvientes.

Bas. Ve usted que llevo luz.

Bar. Tome usted, don Basilio; este es el picaporte. Yo le espero á usted en pie, y venga quien venga, no ha de entrar bicho viviente esta noche, sino usted y el notario.

Bas. Con tales precauciones, esté usted seguro del triunfo. (*Vanse los dos.*)

ESCENA II.

ROSITA.

Me parecia haber oido hablar. Teodoro no tardará en venir, y con esta lluvia no encontrará un alma por esas calles. ¡Ay Teodoro! ¿Si faltarás á tu promesa? ¿Qué ruido oigo, Dios mio? Es el tutor: retirémosnos.

ESCENA III.

DON BARTOLO. ROSITA.

Bar. ¡Hola! ¡Rosita! Una vez que todavía no te has acostado...

Ros. Ahora iba...

Bar. La tempestad no te dejará dormir, y tengo cosas muy urgentes que decirte.

Ros. ¿Qué me quiere usted, señor? ¿No basta el andar atormentándome todo el día?

Bar. Escúchame, Rosita.

Ros. Mañana le escucharé á usted.

Bar. Pero, muger, un momento.

Ros. (*Aparte.* ¡Si el otro viniera!)

Bar. ¿Conoces esta carta? (*Le presenta la que le dió el conde.*)

Ros. ¡Dios eterno!

Bar. Mi intencion no es reprenderte, Rosita, porque á tu edad cualquier desacierto es disculpable; pero yo

soy tu amigo, y tengo derecho á que me oigas.

Ros. Yo no puedo mas.

Bar. Esta carta que has escrito al conde de Almaviva...

Ros. ¿Al conde de Almaviva?

Bar. Para que veas qué hombre tan infame es el conde.

Al momento que la recibió, se fue alabando de ello por ahí; como que ha venido á mis manos por medio de una muger, á quien él la entregó al instante.

Ros. ¿El conde de Almaviva!

Bar. Tú no acabas de convencerte de esta perfidia. Rosita, la inesperienza os hace crédulas y confiadas; pero es menester que sepas en qué lazo ibas á caer. De todo me ha dado cuenta esa muger que digo, naturalmente por librarse de una competidora tan temible como tú. Vaya, yo me estremezco. Mancomunados infamemente contra tu honor Almaviva, Fígaro y ese don Alonso, que ni se llama así, ni es discípulo de don Basilio, sino solo un vil agente del conde, te iban á arrastrar á un abismo, de donde nadie hubiera podido salvarte luego.

Ros. ¿Qué horror! ¿Es posible? ¿Teodoro! aquel jóven...

Bar. (Ap. Ya sé que se llama Teodoro.)

Ros. ¿Era por el conde de Almaviva! ¿Era por otro!

Bar. Esto me han dicho al entregarme la carta.

Ros. ¿Qué indignidad! Pero cara ha de costarle. Señor, usted pretendia mi mano...

Bar. Ya has podido ver si te adoro.

Ros. Si usted me quiere aun, suya soy.

Bar. Sea enhorabuena. El notario vendrá esta noche misma, y recibirá tu promesa.

Ros. ¡Ay! Aun no lo sabe usted todo. ¡Oh cielos! ¿no estoy harto humillada? Sepa usted que dentro de breves instantes osará Teodoro, ese pérfido mercenario, entrar por aquella reja, cuya llave han tenido la astucia de quitarle á usted.

Bar. (Mirando el llavero.) ¡Ay qué malvados! Hija mia, yo no me aparto de ti.

Ros. ¡Ay señor! ¿y si traen armas?

Bar. Tienes razon; entonces, á Dios mi venganza. Súbete al cuarto de Marcelina, y enciérrate con dos vueltas de llave. Yo voy á dar parte al alcalde del

cuartel, y á esperar á ese pícaro á la vuelta de la esquina. Preso por ladron, tendremos á un tiempo la satisfaccion de escarmentarle, y de librarnos de sus asechanzas. A cuenta de mi cariño queda conseguir que olvides á ese hombre.

Ros. Mi error es lo que yo quisiera que usted olvidara.
¡Ay! ¡bien caro me cuesta!

Bar. Vamos á buscar á la justicia. (*Ap.* Al cabo es mia.)
(*Vase.*)

ESCENA IV.

ROSITA.

¡Su cariño me le hará olvidar! ¡Desventurada! Él va á venir. Quiero quedarme y disimular con él, por contemplarle un momento en toda su perfidia. La bajeza de sus proceder es será mi preservativo. ¡Ah, bien lo necesito! Presencia noble, suave espresion, una voz tan tierna... ¡y es en suma un agente vil de un corruptor! ¡Ay desdichada, desdichada de mí! ¡Cielos, abren la ventana! (*Vase, llevándose la luz.*)

ESCENA V.

EL CONDE. FÍGARO.

Fig. (*Que trae una linterna encendida, y abre con precaucion los postigos, se queda parado en el mirador, y desde alli habla con el conde, á quien no se ve.*)

Una persona se ha marchado: ¿entraré?

Con. (*Desde abajo.*) ¿Un hombre?

Fig. A faldas me ha olido.

Con. Será Rosita, que se habrá asustado de tu figura atroz.

Fig. Yo me lo persuado. (*Entra y pone la linterna en una silla.*) En fin, ya estamos aqui, vencedores de los elementos.

Con. (*Desde abajo.*) Dame la mano. (*Sube el conde al tablado.*) Nuestra es la fortaleza.

Fig. (*Quitándose la capa.*) ¡Caramba, que estamos ca-

laditos! ¡Buena noche para toledana! Señor conde, ¿qué tal le parece á usted esta noche?

Con. Para un galan, magnífica.

Fig. Ya: ¿y para un gracioso? ¡Y si nos sorprendieran aqui?

Con. ¿No vengo yo contigo? Mas me inquieta otra cosa: el determinar á Rosita á abandonar al momento esta casa.

Fig. Usted tiene á su favor tres pasiones omnipotentes con el bello sexo: el amor, el odio y la vanidad.

Con. ¿Cómo he de anunciarle sin mas ni mas, que ya nos espera en tu casa el notario? Le va á parecer mi proyecto indecoroso; me va á decir que soy un atrevido.

Fig. Si le llama á usted atrevido, llámela usted cruel. A las mugeres les gusta muchísimo que las llamen crueles. Ademas que si el cariño de Rosita es cual usted desca, le dice quién es, y no le quedará duda de sus intenciones.

ESCENA VI.

ROSITA. — EL CONDE, FÍGARO.

Con. Aqui viene. Hermosa Rosita...

Ros. Caballero, yo principiaba á temer que usted no viniese.

Con. ¡Halagüeña inquietud! Señorita, no me conviene abusar de las circunstancias para proponer á usted que abrace la suerte de un infeliz; pero cualquiera que sea el asilo que usted elija, por mi honor juro...

Ros. Caballero, si el don de mi mano no hubiera de haber seguido inmediatamente al de mi corazon, no se veria usted en este sitio. Justifique la necesidad lo irregular de esta entrevista.

Con. ¡Usted, Rosita, esposa de un desventurado sin bienes, sin nacimiento!

Ros. ¡Bienes! ¡nacimiento! Dejemos á un lado los juegos de la casualidad; y si usted me asegura que sus intenciones son honradas...

Con. (*Arrodillándose.*) ¡Ah, Rosita, yo te adoro!

Ros. ¡Calla, traidor! ¿Te atreves á profanar...? ¡Tú me

adoras? No, ya no temo tus seducciones, y esa expresion aguardaba para detestarte. Pero antes que te deje entregado al remordimiento, (*Llorando.*) sabe que yo te amaba, sabe que en participar de tu triste suerte ponía yo mi felicidad. ¡Miserable! Todo lo iba á sacrificar por seguirte; pero el inicuo abuso que has hecho de mis favores, y la indignidad de ese conde de Almaviva, á quien me vendes, han traído á mis manos este testimonio de mi imprudencia. ¿Conoces esta carta?

Con. Que el tutor le ha entregado á usted.

Ros. Sí, ese desengaño tengo que agradecerle.

Con. ¡Cielos! ¡qué dichoso soy! De mí la ha recibido, señorita. Privado de otro medio para ganar su confianza, tuve que entregarle esa carta, y me faltó un instante para prevenirselo á usted. ¡Ah Rosita! ¿Es cierto que usted me ama?

Fig. Señor, V. E. buscaba una muger que le quisiera por sí mismo...

Ros. ¡Excelencia! ¿Qué es lo que dice?

Con. Ídolo mío, ya no es tiempo de disfraces. El feliz mortal que mira usted á sus plantas, no es Teodoro, es el conde de Almaviva, que solo existe para adorarla, y que hace seis meses la busca en vano.

Ros. ¡Ah! (*Cae desvanecida en los brazos del conde y de Figaro.*)

Con. ¡Figaro!

Fig. No hay que asustarse, señor conde. La dulce emocion de la alegría no produce consecuencias funestas. Véala V. E., véala cómo recobra sus sentidos, mas hechicera que nunca.

Ros. ¡Ay Teodoro! ¡Ay señor! ¿Qué culpable he sido! Esta misma noche iba á dar la mano á mi tutor.

Con. ¡Usted, Rosita!

Ros. No atienda usted sino al castigo que me imponía. Toda mi vida hubiera estado maldiciendo mi ligereza. ¿No es un suplicio el odio para quien se conoce destinada al amor?

Fig. (*Que se ha asomado á la ventana.*) Señor, nos cortaron la retirada. Han quitado la escala que teníamos á la reja.

Con. ¿La han quitado?

Ros. ¡Ah! Por mí: será mi tutor. Este es el fruto de mi credulidad. Me engañó, lo confesé todo, sabe que está usted aquí, y va á venir con la justicia.

Fig. Señor conde, ya abren la puerta de la calle.

Ros. ¡Ay Teodoro!

Con. Rosita, si usted me ama, yo no temo á nadie, y usted será mía. He de tener el gusto de castigar á mi sabor á ese aborrecible viejo.

Ros. No, no; perdóneme usted, amado Teodoro. Mi corazón se encuentra tan lleno de dicha, que no cabe en él la venganza.

ESCENA VII.

DON BASILIO. UN NOTARIO.—EL CONDE. ROSITA. FIGARO.

Fig. Señor conde, si es el notario consabido.

Con. Y el amigo don Basilio con él.

Bas. ¿Qué es lo que veo!

Fig. ¿Por qué fortuna, amigo don Basilio...?

Bas. ¿Por qué casualidad, caballeros...?

Not. ¿Son los señores los novios?

Con. Sí señor. Usted debia esta noche llevar á casa del barbero Figaro mi contrato de boda con doña Rosa Valladares; pero nos conviene firmarlo aquí por motivos que sabrá usted despues. ¿Trae usted la escritura?

Not. ¿Tengo el honor de hablar con el señor conde de Almaviva?

Fig. Precisamente.

Bas. (*Ap.* ¿Si me habrá dado el otro para esto el picaporte?)

Not. Es que entendámonos, señor conde, porque traigo dos contratos que firmar, ambos en esta casa. Este es el de V. E. con doña Rosa Valladares, y este el de don Bartolo con doña... (*Mirando el papel.*) Doña Rosa Valladares tambien. Ya, vamos, las novias son dos hermanas.

Fig. Usted adivina tan felizmente, que nos quita el trabajo de pensar qué decirle.

Con. Firmemos sin pérdida de tiempo. (*Firma.*)

Not. ¿Es este caballero el testigo que faltaba? (*Señalando á don Basilio.*)

Bas. ¿Yo?

Con. Por supuesto. (*Firman Rosita y Figaro.*) Cualquiera dirá que usted ha venido á propósito para hacernos este obsequio.

Bas. Pero mire V. E., señor... Yo no comprendo...

Con. Usted, señor maestro, en una nada se atasca, y de todo se maravilla.

Bas. Pero señor conde... Pero si el doctor...

Con. No sea usted niño. (*Le da un bolsillo.*) Firme usted pronto.

Bas. ¡Ah, ah!

Fig. ¿Qué dificultad halla usted en firmar?

Bas. Ya ninguna; pero es que yo cuando doy una palabra, necesito motivos de gran peso para... (*Firma.*)

ESCENA VIII.

DON BARTOLO. UN ALCALDE. AIGUACILES. — DICHOS.

Bar. Aquí estan, señor alcalde; adelante, señores ministros; préndanme á esos ladrones. (*Agarra al notario.*) Aquí tengo uno.

Not. Que soy el notario, que soy de la vicaría.

Bas. Si es el notario. ¿Está usted en su juicio?

Bar. ¡Don Basilio! ¿Cómo se halla usted por aquí?

Bas. Yo sí que debo preguntar á usted cómo es que no ha venido hasta ahora.

Alc. Poco á poco: yo (*Señalando á Figaro.*) conozco á este sugeto. ¿Con qué fin ha entrado usted en esta casa á horas tan irregulares?

Fig. ¿Qué hora irregular? Ya ve V. S. que es tan cerca de la mañana como de la noche. En fin, yo he venido acompañando á S. E. el señor conde de Almaviva.

Bas. ¡El conde de Almaviva!

Alc. Señor don Bartolo, usted me habia dicho...

Bar. Lo que yo creía. En cualquiera otra ocasion, se-

Hor conde, soy un servidor de V. E.; pero ya conocerá que aquí no tiene valor la superioridad de la gerarquía. Tenga V. E. la bondad de retirarse.

Con. Sí. Lo haré al momento que el señor alcalde se entere de la preferencia que con respecto á usted acaba de concederme la señorita, dándome voluntariamente la mano.

Bar. ¿Qué dice este hombre, Rosita?

Ros. La verdad.

Bar. ¿Cómo?

Bas. Cuando yo le decia á usted que era el conde en persona...

Bar. ¿Y qué me importa? ¡Lucido casamiento! ¿Dónde estan los testigos?

Not. El último, que es el señor (*por don Basilio*) acaba de firmar ahora. El contrato está en regla.

Bar. ¿Pues cómo, don Basilio? ¿ha firmado usted?

Bar. ¿Qué quiere usted que hiciera? Ese buen señor siempre tiene atestado el bolsillo de argumentos irresistibles.

Bar. Me río de sus argumentos. Yo usaré de mi autoridad.

Con. Usted la ha perdido abusando de ella.

Bar. La novia es menor.

Fig. Está emancipada.

Bar. ¿Quién habla con usted, seo bribon?

Con. La señora es noble y honrada, yo ilustre, rico y mayor de edad, y ambos nos hemos jurado fé de esposos: ¿con este título, que nos honra igualmente, quién se atreverá á disputarme á Rosita?

Bar. Jamas la separarán de mi lado.

Con. Ya no está en poder de usted. Yo la pongo bajo la custodia de las leyes; y el señor alcalde, á quien usted ha traído para prenderme, la protegerá contra las violencias que usted intentare. Un digno magistrado es el apoyo del oprimido.

Alc. Seguramente; y esa inútil resistencia á un enlace tan honorífico, da motivo á sospechar que el señor teme dar cuenta de los bienes de su pupila.

Con. No hablemos de eso: preste su beneplácito, y nada se le pide.

Fig. Sino el recibo de mis cien ducados: tengamos el entusiasmo á raya.

Bar. Todos estaban contra mí: me he ido á echar de cabeza en un avispero.

Bas. ¿Qué avispero, ni qué berenjena? No pudiendo casarse usted con la niña, cásese con su dote, que no va usted mal.

Bar. Déjeme usted en paz, don Basilio: usted no piensa sino en el dinero. Valiente caso hago yo del dinero. Bien; me guardaré la dote; ¿pero cree usted que sea este el motivo que me decida?

Not. Pero señores, yo no entiendo ya una palabra. ¿No son dos las novias?

Fig. Se ha suprimido la otra por innecesaria.

Bar. ¿Y yo que he ido á buscar la justicia para que fuese mas autorizada la boda! ¡Ah! me he perdido por falta de cuidado.

Fig. Diga usted que por falta de conocerse.

Quando amor y juventud
declaran guerra formal
á un infeliz carcamal
con un pie en el atahud,
vano es de la senectud
el cuidado y el teson:
cualquiera combinacion
del necio Matusalen
puede apellidarse bien
una *Inútil Precaucion.*

FIN DE LA COMEDIA.



Don Bartolo (*Sr. Larra*)



Don Basilio (*Sr. Ruiz de Arana*)

FRANCISCO FLORES GARCÍA.—GABRIEL BRIONES

LAS TRAVESURAS DE FÍGARO

COMEDIA EN DOS ACTOS Y CUATRO CUADROS

CON COPLAS INTERCALADAS

Estrenada en el TEATRO LARA, de Madrid, el día 24
de Diciembre de 1897



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1898

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

SUSANA.....	SRA. PINO.
LA MARQUESA.....	VALVERDE.
MARCELINA.....	MAVILLARD.
JACOBA.....	SRTA. CASADO.
EDUCANDA 1. ^a	GARCÍA SENEA.
IDEM 2. ^a	VILLAR.
IDEM 3. ^a	GONZÁLEZ.
IDEM 4. ^a	FEROS.
FÍGARO.....	SR. PINEDO.
DON BARTOLO.....	LARRA.
DON BASILIO.....	RUIZ DE ARANA.
EL ALCALDE.....	SANTIAGO.
EL CONDE DE ALMAVIVA....	RAMÍREZ.
CARRASCO.....	GONZÁLVEZ.
ANTONIO....	VALLE.
UN CRIADO.....	DE DIEGO.
CLIENTE 1. ^o	BARBERO.
IDEM 2. ^o	NART.
IDEM 3. ^o	MANI.
IDEM 4. ^o	OZA.

Cuatro alguaciles

Esta comedia ha sido escrita sobre el pensamiento de una obra extranjera.

La música de LAS TRAVESUELAS DE FÍGARO está arreglada é instrumentada por el maestro D. José Moreno Ballesteros.

La música de esta comedia es libre y pueden servirla todos los archivos musicales. Los números de música pueden ser suprimidos en la representación, según se indica en las notas correspondientes.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Una plaza de Sevilla. A la izquierda, la barbería de Carrasco, con puerta y ventana practicables y viéndose todo el interior. Sobre la puerta el siguiente letrero: «León Carrasco, barbero-cirujano; afeita por cuatro cuartos.» A la derecha, en primer término, una casa con puerta y balcón, practicables. En el foro casas, y á derecha é izquierda calle.

ESCENA PRIMERA

ALMAVIVA, en la calle, y SUSANA en el balcón

- SUS. En la barbería no hay nadie. ¿Si estará enfermo?...
- ALM. (Está en el balcón.) ¡Gracias á Dios que te veo, hermosa Susana!
- SUS. ¡El señor conde de Almaviva! ¿Viene usted á visitar al doctor?
- ALM. Vengo á decirte que eres la más bonita de las mujeres de Sevilla.
- SUS. ¿Y para eso se ha molestado usted?
- ALM. Es que estoy loco por tí.
- SUS. ¡Qué amor tan repentino!
- ALM. Hace tiempo que te quiero. Por verte visito con frecuencia al doctor, fingiendo enfermedades que no tengo, y vengo á diario á esa barbería, donde me están desfigurando. Pero nada me importa, porque tengo la dicha de verte.

ESCENA II

DICHOS, DON BARTOLO, y después ANTONIO, DON BASILIO y CARRASCO

- BART. (saliendo de la casa.) (Vamos á afeitarnos... ¿Eh? ¿Un hombre hablando con Susana?... ¡Ah! Es el estudiante.) ¿Qué le trae por aquí?
- ALM. ¡Ilustre doctor!... Pues venía á afeitarme. . . ví á Susana, y dije: Voy á ver cómo anda... el doctor.
- BART. Pues ya lo ve usted: ando perfectamente. (Anda.)
- SUS. Eso he dicho yo.
- BART. Bueno. Vamos á la barbería, que tengo prisa.
- ALM. Cuando usted quiera. Buenas tardes, Susana. (Se dirige á la barbería, quedándose en la puerta.)
- SUS. Buenas tardes, señor Conde.
- BART. Con su permiso. (Se acerca al balcón.) ¿Qué consigues con estar al balcón?...
- SUS. Ver.
- BART. Ver y que te vean.
- ALM. (Quien más mira menos ve.)
- SUS. Está bien, señor doctor: no saldré más. (¿Por qué no habrá venido Figaro?) (Vase y cierra el balcón)
- ALM. (Parece que el viejo está mosqueado.)
- BART. (Es una alhaja; y como las alhajas se las llevan los ladrones... hay que guardarla.) (A Almaviva.) ¿Y Carrasco? (Entran los dos en la barbería.)
- ALM. No sé.
- BART. Este asesino de barbero no está nunca aquí. ¡León!... (Llamando.)
- ALM. ¡Carrasco!... (Llamando.)
- CAR. (Dentro.) ¡Ya val...
- ANT. (Sale por la calle del foro derecha y entra en la barbería.) ¡Don Bartolo!
- BART. Hola, Antonio.
- ALM. ¿Conoce usted á este perillán?

- BART.. Es el jardinero del Colegio de Doncellas Nobles, y yo visito á esas doncellas.
- ALM. ¿Con buen fin?
- BART. Como médico.
- ALM. Entonces no es con buen fin.
- BART. Además es tío de Susana, la joven que tengo en casa para que ayude á Marcelina.
- ALM. Tienes una sobrina preciosa.
- ANT. El aire de familia. Al señor Conde le parecen bonitas todas las mujeres de Sevilla.
- ALM. Menos las viejas.
- BART. Pero ese barbero, no sale... ¡León!
- BAS. (Se le por el foro derecha y entra en la barbería.) (Ya me pilló la vez el doctor. ¡Siempre sucede lo mismo!...) (Se coloca detrás de don Bartolo.)
- BART. ¡Carrasco!...
- CAR. (Dentro.) ¡Ya vaaá!...
- ANT. ¡Hola, don Basilio!...
- BART. ¡El organista del Colegio!...
- BAS. Hace media hora que estoy aquí.
- BART. ¿Media hora? He llegado hace diez minutos y juraría que no estaba usted.
- ANT. Y yo.
- BAS. Estaba detrás. (Colocándose delante de don Bartolo.)
- BART. Será usted invisible... á ratos.
- BAS. O ustedes no ven... á ratos.
- ALM. ¡León!...
- BAS. } ¡Carrasco!...
- BART. }
- CAR. (Sale, con un paño al brazo y una bacía en la mano.) Ya estoy aquí.
- BAS. ¡Vamos!... (Impaciente.)
- BART. Pronto, ó me voy.
- CAR. ¿Y Figaro? ¿No ha venido Figaro?
- TODOS No.
- CAR. ¿Y mi mujer?
- BART. ¿Y mi barba?...
- BAS. ¿Y la mía?...
- CAR. (Gritando.) ¡Jacoba!... ¡Figaro!... (Pone un paño al cuello de don Bartolo.)
- BAS. Venga ese paño: estoy yo primero.
- BART. Perdone: el primero soy yo.
- BAS. Yo estaba detrás de usted.

- BART. ¡Por eso me deben afeitar antes!
CAR. (Apretando el paño al cuello de don Basilio.) ¡Infame!... ¡Bribón!...
BAS. ¿Yo bribón?
CAR. Hablo de Fígaro. En cuanto salga lo desuello... (Apretando.)
BART. (Es lo que hace con nosotros todos los días, sin haberle hecho ningún daño.)
CAR. ¿Dónde estará? ¡Fígaro!...
TODOS ¡Fígaro!...
FÍG. (Dentro.) ¡Ya voy!...
CAR. ¿Dónde estás?
FÍG. (Dentro.) ¡Aquí!...
CAR. ¿Qué haces?
FÍG. (Dentro.) Por el jabón.
CAR. Jabón el que yo te voy á dar...
FÍG. (Sale á la barbería.) ¡No hay que incomodarse por tan poco.

ESCENA III

DICHOS, FÍGARO, y después JACOBA y SUSANA

- CAR. Pero, ¿y mi mujer?... ¡Jacobal...
FÍG. Creo que está en la azotea.
CAR. ¿En la azotea? (Al ver que Fígaro tiene un clavel rojo.) Oye... ¿has ido á cortar ese clavel?
FÍG. Me lo han regalado.
CAR. (Ahora veremos.) ¡Jacobal...
JAC. (Sale á la barbería.) ¿Por qué gritas? ¡Parece que hay fuego en la casa!
SUS. (Asomándose al balcón.) ¡Qué escándalo hay en la barbería!
CAR. ¿De dónde vienes? (Fígaro hace señas á Jacoba.)
JAC. Pues... de arriba.
CAR. (Fijándose en los claveles rojos que tiene Jacoba.) ¿Tú también con claveles encarnados?...
BART. (¡Del color de la vergüenza!...) (Bartolo, Basilio y Almaviva se ríen.)
CAR. ¡Han estado los dos en la azotea!...
FÍG. Me llamó Jacoba para que le ayudara á colocar las macetas.
SUS. (¡Es con Fígaro!)

- CAR. ¡Yo sí que voy á colocarte un puntapiél...
¡Infamel!
- JAC. Hijo, estás insoportable con tus ridículos celos.
- SUS. (¡Me engañabal)
- CAR. (Amenazador.) ¡Fuera de mi casa, bribón! ¡A la calle!
- FÍG. (Saliento fuera de la tienda.) ¡En la calle estoy!...
¡Sal aquí á insultarmel...
- CAR. (Coge una navaja.) ¡Ahora verás!...
- ALM. ¡Suelta el arma fratricidal (sujetándole.)
- BART. ¡Que te vas á cortar!
- BAS. ¡Socorro! ¡Que se matan! (Vase corriendo por el foro derecha.)
- CAR. ¡Dejármelo! .. (Bartolo, Almadiva y Antonio le sujetan.)
- BART. ¡Vamos, cálmate!
- CAR. ¡No vuelvas á mi casa, granujal
- FÍG. (Riéndose.) ¿Me despides? Mejor. ¿Has creído que Figaro iba á ser siempre aprendiz de barbero? Valgo para mucho más.
- CAR. ¡Vete, ó te afeito en seco!
- FÍG. Antes tienes que darme lo que es mío.
- CAR. ¿Qué hay aquí tuyo?
- FÍG. ¿Tienes la audacia, barbero incivil, de negarme mis muebles y mi ropa?
- ALM. Es justo lo que pide.
- BART. Dale su ropa.
- CAR. No será difícil. (vase.)
- BART. Ahora es capaz de vengarse en su mujer.
- JAC. ¡Como si su mujer fuera manca!
- CAR. (Tirándole un paquete por la ventana.) Ahí tienes tu ropa.
- FÍG. Pero, ¿y mi fortuna?
- CAR. ¿Tu fortuna?
- FÍG. El plan de mi ópera: la introducción, los coros y el final del primer acto.
- CAR. Para nada quiero yo esos papeluchos. Ahí los tienes. (Tirándole los papeles y una vihuela sin cuerdas.)
- SUS. Bastante he visto ya. (vase y cierra el balcón.)
- BART. Vaya, tengo que almorzar y me esperan mis enfermos. No quiero que se mueran sin los auxilios de la ciencia.

- ALM. ¡La hora de clase! Adiós, Figaro. ¡Vaya una barbería! (Vase por el foro derecha.)
- BART. Es mejor que no nos afeite. Así hay tiempo de que se cicatricen las heridas que nos hizo ayer. (Vase por la casa.)
- ANT. Vaya, vaya, me voy á otra barbería. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA IV

FÍGARO, y después SUSANA al balcón.

- FIG. Ea, ya estoy otra vez solo y desamparado... Aquí tengo todo lo que poseo... Una vihuela sin cuerdas... y el primer acto de mi ópera... ¡Ah!... ¡Con ésto puedo conquistar el mundo!.. Pero estoy en el arroyo...; no sé qué hacer... ¡Bah! Mi ingenio y mi buen humor me harán triunfar de la desgracia.
- SUS. (Al balcón.) ¡Allí está el falsario!
- FIG. ¡Susana! Creí que no iba á verte hoy.
- SUS. Como te has pasado todo el día en la azotea cortando claveles para la señora Jacoba...
- FIG. ¿También sabes tú?...
- SUS. Estaba aquí cuando te ha despedido Carrasco, por hacerle el amor á su mujer.
- FIG. ¡Calumnias! Yo te explicaré...
- SUS. Es inútil. No quiero verte.
- FIG. ¿Y mi corazón? ¿Y nuestros juramentos?
- SUS. Te los devuelvo, por inservibles. ¿Eres tú el que deseaba casarse conmigo?
- FIG. Y lo deseo.
- SUS. ¿Casarnos? No tenemos recursos.
- FIG. ¿Y mi inteligencia? ¿Y mi ópera? ¿Y... mi genio?
- SUS. Vanidad.
- FIG. Orgullo legítimo. Seré célebre y rico.
- SUS. Tengo fe en ti; pero...
- FIG. Pero, ¿qué?
- SUS. El doctor se muestra muy obsequioso conmigo, y temo...
- FIG. ¡Ah, pillol!

Sus. Yo quiero irme de esta casa; pero mi tío se niega.
Fíg. Antes de ocho días soy secretario de don Bartolo, ó te he sacado de ahí.
Sus. ¡Que vienen! ¡Adiós!
Fíg. ¡Adiós, luz de mis ojos! (Le tira un beso con la mano.)
Sus. ¡Adiós! (Desaparece cerrando el balcón.)
Fíg. Hablaré al doctor, le ofreceré mis servicios, y si los acepta podré estar al lado de Susana. Entre tanto, ¿qué voy á hacer? Seré barbero. Pondré aquí mismo una barbería, en competencia con Carrasco. ¡Eso es! Ya dí con lo que me conviene.. por el pronto. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA V

DON BARTOLO y MARCELINA, que salen de la casa y en seguida
DON BASILIO

BART. Siempre con la misma canción, pero sigo en mis trece.
MARC. Lo cual prueba que es usted muy testarudo; pero no que tiene razón.
BART. En veinte años que sirves en mi casa, eres dueña de todo y todo lo dispones. Te doy la mano derecha, es decir, carta blanca; pero siempre que hables de matrimonio te daré la izquierda.
BAS. (Por el foro derecha.) La iglesia no consiente esos matrimonios zurdos.
BART. ¿Y á usted quién le mete?...
MARC. Recurro á usted, don Basilio, como hombre de conciencia.
BAS. Y de ciencia.
MARC. Suponga usted que hay una pobre mujer...
BART. Un diablo de mujer...
MARC. Que hace veinte años está al servicio de su amo.
BAS. Es un ejemplo de constancia.
BART. Y de paciencia... en el amo.
MARC. Las gentes, que son maliciosas, dicen esto...

- y lo otro... y lo de más allá... ¡sin motivo!... porque yo soy virtuosa.
- BAS. Virtuosa... y ama.
- MARC. ¡Ama de llaves! Todas las tengo, menos la de su corazón.
- BAS. Ya debe estar descompuesta esa cerradura.
- BART. ¡Oiga usted! (Ofendido.)
- BAS. Adelante.
- BART. Pues digo, que no es razón bastante el que hablen. Si lo fuera, tenían que casarse más de la mitad de los vecinos de Sevilla.
- BAS. Y del orbe. Sin embargo, tanto tiempo los dos bajo el mismo techo sin estar casados... es una inmoralidad.
- MARC. ¿Lo oye usted?
- BART. Póngase usted en mi lugar, don Basilio.
- BAS. (Mirando á Marcelina.) No me pongo: ya es tarde.
- BART. Quiero decir...
- BAS. Cada uno tiene razón desde su punto de vista... (Sale Figaro por el foro derecha con un letrero en un palo, que apoya en la primera casa izquierda: paños, una navaja y una silla de tijera.)
- MARC. Y el suyo es...
- FÍG. Que deben casarse... para que haya cencerada. ¡Vamos! ¡Fuera de aquí, que necesito este sitio.

ESCENA VI

DICHOS, FIGARO; después ALMAVIVA, ANTONIO y CARRASCO

- BART. Dentro de poco, la ciudad entera sabrá la historia.
- BAS. (A Figaro.) Pero, ¿qué vas á hacer?
- ALM. (Por el foro derecha.) ¿Todavía estás aquí?
- FÍG. Vengo á establecerme.
- ALM. (Volviendo el letrero, que dice: FIGARO AFEITA POR DOS CUARTOS.) ¿Qué es esto?
- FÍG. Mi muestra, mi bandera, mi cartel de desafío... ¡Correrá la sangre! (Haciendo ademán de afeitar.)
- Todos ¡Por dos cuartos!

- FÍG. Casi de balde.
BART. Carrasco por cuatro cuartos da catorce puñaladas.
FÍG. Yo soy equitativo: dos cuartos, siete chirlos. (Gritando.) ¡Dos cuartos la barba, dos cuartos! (Por la ventana de la barbería.) ¡Mi aprendiz me roba la parroquia!
FÍG. ¿A quién afeito?
BART. A mí.
BAS. Yo he llegado antes: estaba detrás.
BART. ¡Usted siempre está en puerta!
CAR. ¿Tienes licencia para abrir establecimiento de barbería?
FÍG. ¡Qué animal! Yo no tengo tienda. Estoy en la calle.
CAR. ¿Y tus títulos de maestro?
FÍG. Los de Alejandro y César.
CAR. No los conozco. ¿Quiénes son esos caballeros?
TODOS ¡Já, já!
FÍG. Mi audacia y mi acero. (Blandiendo una navaja de afeitar.)
CAR. ¡Atrévete á afeitar alguno!
FÍG. ¡El atrevido, el temerario, será el que se deje!... ¡Vamos, uno!
BART. Yo. (Don Bartolo se sienta y Figaro le coloca un paño al cuello.)
CAR. Señor don Bartolo, si usted se deja afeitar por quien no tiene título le denunciaré al Alcalde.
BART. ¡Ah! Entonces.... (Quiere levantarse.)
FÍG. (Sujetándole.) ¡Quieto aquí! ¡A sufrir las consecuencias!
BART. Pero...
BAS. ¡Bravo!
TODOS ¡Viva Figaro!
CAR. ¡Ahora verás! (Sale de la tienda y se dirige á Figaro para pegarle.)
MARC. (Interponiéndose.) ¿Va usted á pegar al muchacho? (Le empuja sobre Almaviva.)
ALM. (Empujándole sobre Antonio, que sale por el foro derecha.) ¡Fuera de aquí!
ANT. (Lanzándolo sobre don Basilio.) ¡Bárbaro!
BAS. (Empujándole sobre don Bartolo.) ¡Bribón!

BART. (Lanzándole en medio de la plaza.) ¡Animall
 CAR. ¡Socorro: (Tambaleándose.)
 TODOS ¡Muera Carrasco!
 CAR. ¡Señor Alcalde, justicia!

ESCENA VII

DICHOS, el ALCALDE, ALGUACILES; después JACOBA á la ventana

ALC. (Sale por el foro derecha, seguido de cuatro alguaciles. Pegando un golpe en el suelo con la vara.) ¿Qué pasa? Aquí está la autoridad más justa y más cabal de Sevilla. ¿Qué quieres?
 CAR. Justicia contra este bandolero.
 ALC. ¿Qué te ha hecho?
 CAR. Una cosa muy fea. Figúrese el señor Alcalde...
 ALC. (Dando un golpe con la vara y gritando.) ¡Yo no me figuro nada!
 FIG. Que venga la mujer de este hombre y ella dirá la verdad.
 ALC. ¿Una mujer decir la verdad? En fin, ¡que venga! (Golpe con la vara.)
 FIG. Este barbero es un celoso estúpido.
 CAR. Yo me quejo de que quería hacerle la barba...
 ALC. ¿A quién, á tu mujer?
 CAR. No, á don Basilio. Y no tiene título para ello.
 ALC. (A los Alguaciles) Prender á don Basilio.
 BAS. ¿A mí?
 CAR. Quería también afeitar á don Bartolo.
 ALC. Preso don Bartolo.
 BART. ¡Yo!
 CAR. A quien hay que prender es á Fígaro.
 ALC. Preso... Este hombre no sabe lo que quiere.
 FIG. El señor Alcalde, con su gran inteligencia, comprenderá...
 CAR. No le escucheis.
 ALC. ¡Silencio! (Golpe con la vara.) Habla.
 FIG. Este hombre es casado; y su mujer... ¿comprende el señor Alcalde?
 ALC. Comprendo. Que es casado, y tiene mujer.
 ¡Está muy claro!

FÍG. ¡Clarísimo!
ALC. Y la mujer es la causanta de todo, ¿no es eso?
CAR. (Sin poder contenerse.) ¡Qué hombre más brutal!
(¡Ay, se me escapó!...)
ALC. ¿Yo? ¿Bruto yo? (Golpe con la vara.) ¿Bruto el Alcalde? ¡Prenderle!
CAR. ¿Yo preso?
ALC. ¡Y atado!... ¡Pronto! (Golpe con la vara.)
FÍG. ¡Bien hechol
FÍG. ¡Viva el señor Alcalde, que es un sabiol...
(¡Aunque parece brutal!...)
TODOS ¡Vivaá!... ¡Vivaá!... (Los Alguaciles se llevan á Carrasco y detrás va el Alcalde. Mucha animación. Jacoba se asoma á la ventana de la barbería.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Una calle. Telón corto

ESCENA ÚNICA

FÍGARO por la izquierda, llevando en la mano una partitura

FÍG. Hoy se decide mi suerte. Voy á llevar mi ópera al teatro... ¡Qué emoción siento... y qué efecto voy á producir!

Música

El asombro será de los cómicos;
me dirán entusiasmados
¡no es posible ya más, qué magníficos
qué versos tan inspirados!
¡Oh, qué hermosos, qué bellos, qué enérgicos,
es una obra colosal,
lo mejor que se vió,
pues jamás se escribió
una música igual!
Nunca soné

placer mayor;
todos dirán
es el autor
á quien aclaman
é insigne llaman.
Dentro de un mes,
á más tardar,
mi obra ha de ser
muy popular
y tendré fama universal.

La escena final,
donde muere Leonor
clavando un puñal
al traidor,
es de esas que siempre
dan gloria á un autor.

Imposible escribir otra ópera
tan alegre y animada
y que tenga además una música
tan bella y tan inspirada.
De seguro que logro un gran éxito
como no se vió jamás.
Ya me siento feliz
al dejar obra así
á la posteridad.
Nunca soñé
placer mayor,
etc. (Vase por la derecha.)

Cuando el actor encargado del papel de Figaro no sepa cantar, se
sustituirá la canción anterior por el siguiente monólogo:

Fíg. No hay duda: un éxito enorme
voy á tener; asombrados
van á quedar los actores
y el público estupefacto
y afónico de gritar:
«¡Hermoso, admirable, bravo!
¡Es lo mejor que se ha escrito
desde que existe el teatro!»

¡Qué libro, qué situaciones,
qué efectos tan bien pensados,
qué trama tan enredada,
qué enredo tan bien tramado!
¡Qué caracteres, qué tipos,
qué tercero y cuarto actos,
qué exposición, qué argumento,
qué desenlace!... ¡Y qué espanto
va á producir en las gentes
el final del primer acto,
cuando demente Leonor
porque Aspasia ha realizado
su idea de conseguir
que Sócrates, el gran sabio,
baile con ella y la mire
con ojos de enamorado,
la dice con ronco acento,
cogiéndola de una mano:
«¡Sinvergüenza! Has conseguido
que Sócrates te haga caso,
con seducciones infames
y con perversos engaños;
¡pero te juro que no
vas á poder disfrutarlo!»
E invocando á Satanás,
que está en el jardín sentado,
hablando con un amigo
y con trescientos diablos
y á los genios infernales
que bailan en el espacio,
á la casa prende fuego,
el techo se viene abajo,
se derrumban las paredes,
cae por tierra el escenario,
y todos los atenienses,
niños, mujeres y ancianos
quedan entre las ruinas
gimiendo y pataleando,
mientras huyen por el foro
Leonor, Aspasia y el sabio.
El espacio se ilumina
con la luz de los relámpagos;
se oye resonar el trueno
y en la orquesta va aumentando

el motivo del terror
hasta que mueren de espanto
todos los que hay en escena.
¡Oh qué efecto!... ¡Vaya un cuadro!
Quizá pregunte la gente
si allí todo ha terminado,
y quedará sorprendida
al ver que hago cuatro actos
de mayores emociones
y mayor efecto trágico
que el primero: con secuestros,
incendios, asesinatos,
adulterios y suicidios,
terremotos y naufragios;
y que la obra termina
después de desastres tantos,
con una escena tranquila:
un idilio y un abrazo
que Sócrates le da á Aspasia
después de matar de un palo
al traidor Anaquimedes
y á mil trescientos villanos,
y sacar la consecuencia
de que en amores, los sabios
están á la misma altura
que un hombre del pueblo bajo.
Y que lo mismo que á Sócrates,
á Salomón y otros varios,
una muchacha bonita
los pone como un guiñapo
si dejan ver el escote
y... otras cosas que me callo...
O se levantan la falda
más arriba del zapato,
y con timidez le dicen:
«Lo tengo desabrochado.
¿Me lo quiere usted arreglar,
que yo no puedo arreglarlo?»
Así demuestro en mi obra
como dos y dos son cuatro,
que el amor vence á la ciencia
y la mujer á los sabios;
y que el hombre está pendiente
de la cinta de un zapato.

Soy un genio imponderable,
el mejor autor dramático
de los siglos venideros
y de los siglos pasados.
¡Oh hermosísima ciudad,
Sevilla de mis encantos,
tú le has dado al barberillo
tu nombre, tu sal, tu garbol...
En mi frente va tu cielo
alegre: el sol sevillano
que me inflama con su luz
y me abrasa con sus rayos.
Ilusiones, vida, nombre,
gracia, ingenio, cuanto valgo,
á ti te lo debo todo...
Mas todo será pagado,
porque el nombre de mi patria
voy á colocar tan alto,
que el barbero de Sevilla
será eterno en el teatro.

MUTACION

CUADRO TERCERO

Gabinete en casa de don Bartolo. A la derecha puerta, una ventana y una mesa con libros y papeles. A la izquierda una poltrona mecánica. Puertas al foro y á la izquierda. Muebles adecuados.

ESCENA PRIMERA

DON BARTOLO y SUSANA. Después MARCELINA

- SUS. Ha sido una buena idea la de admitir á Figaro como secretario. Le ayuda á usted mucho.
- BART. (Demasiado.) A propósito de Figaro: no quiero que hables á solas con él.
- SUS. (¿Sospechará?...)
- BART. Cuando yo no esté en casa, te vas con Marcelina.
- SUS. Siempre estoy con ella.

- BART.** Te lo digo... porque yo... (Suspirando fuerte.)
¡Ay, Susana!
- SUS.** (Asustada.) ¡Ayl
- BART.** No te asustes... es que respiro fuerte. Perdona el modo de respirar... y oye. (No sé cómo empezar.) Susana .. yo amo la juventud... la juventud me enamora... las jóvenes hermosas son mi encanto... tú eres joven... y yo... y yo...
- SUS.** (Tú eres un carcamal.)
- BART.** Y yo... pues... yo...
- MARC.** (Por el foro.) Las cartas.
- BART.** (¡Maldita sea tu estampal...) Pónlas ahí. (sobre la mesa.)
- MARC.** (¡Siempre con Susana!...) ¿Has acabado de coser el corpiño?
- SUS.** Me falta poco.
- MARC.** ¿Y te estás aquí?
- SUS.** Me había llamado el doctor...
- BART.** Para decirle que no eche mucha azúcar en la limonada. Ea, ya lo sabes. (Haciéndole señas.)
- SUS.** Está bien. (Vase por la derecha.)
- MARC.** (Lo del azúcar es un pretexto.)
- BART.** Vengan las cartas. (Incomodado.)
- MARC.** Ahí están.
- BART.** Veamos. (leyendo.) «Al ilustre doctor...» Esto habrá que verlo despacio.—(Leyendo otra.) «Al señor Bartolo...» ¡Imbécil! (La tira.)—«Al excelentísimo é incomparable doctor...» Bien, Figaro verá todo esto. ¡Qué fatigal
- MARC.** ¡Figaro será el que se fatigue!
- BART.** ¡Para eso tiene el honor de ser mi secretariot
- MARC.** ¡Bien lo sudal! El lo hace todo, hasta las recetas.
- BART.** ¡Estás encantada con Figaro!...
- MARC.** Menos que usted con Susana.
- BART.** Esos son celos ridículos. (levantándose.) Por lo que toca á Figaro, lo que quiero es que cumpla con su deber. ¿Dónde está?
- MARC.** ¿Figaro? No ha venido.
- BART.** Ayer también vino tarde. Apuesto á que es por esa maldita música que ha compuesto. Si continúa así...

ESCENA II

DICHOS y FÍGARO por el foro con un rollo de papeles de música.

- FIG. ¿Oyen ustedes? ¡Las campanas á vuelo! La fama pregonas que he compuesto una gran ópera.
- MARC. ¿Tú solo?
- FÍG. Sólo. Letra de Fígaro. Música de Fígaro.
- BART. (Irónicamente.) La naturaleza te dió el genio: fué pródiga contigo.
- FIG. Y avara con otros... que yo me sé.
- BART. ¿Y esa ópera se intitula?...
- FÍG. *Aspasia y Sócrates, ó la Filosofía desarmada por el amor.*
- BART. El título promete.
- FÍG. Y cumplirá. Hoy llevé el manuscrito al teatro. El espectáculo había empezado; pero entré...
- MARC. ¿En el patio de luneta?
- FÍG. En el escenario, por la puerta de los cómicos. Subo una escalera muy fea, paso un pasillo muy feo y me encuentro con un portero feísimo.—«¿Está el Director.—No.—¿Cuándo puedo hablarle?—¡Nunca!—Buenas noches..., y gracias por su amabilidad.»—Sigo por otra escalera y topo con un portero más feo que el anterior.—«¿Su nombre?»,—me pregunta.—«Fígaro: autor dramático que trae una obra.—¡Horror!»
- MARC. ¡Ah!
- FÍG. Eso dije yo: ¡ah! Sigo andando, me encuentro una odalisca. Me mira, la miro... Otra odalisca, me mira...
- BART. Etcétera.
- FÍG. Tercera odalisca...
- BART. Te mira también.
- FÍG. No, esa miraba hacia otra parte.—«¿El señor Director?—Aquí»—Y entro en un cuarto donde había un hombre muy gordo.—«Traigo una ópera,»—le digo.—«¿Con música?—¡Naturalmente! Va usted á oírla. Introduc-

ción. La orgía. Aspasia, sobre la mesa; Sócrates, debajo de la mesa; los atenienses, alrededor de la mesa. ¡Coro! (Cantando.)

«Despunta la aurora,
el cielo se dora...»

«¡Basta!» grita el Director. «¡A la calle!» toca furioso la campanilla, acude gente... Salgo corriendo por entre los bastidores, derribo á un turco, á dos odaliscas... me lanzo á la derecha y ¡cataplúm! derribo una decoración donde estaba el sol... corro hacia la izquierda y caigo en medio del Serrallo del Gran Turco... Pánico en el escenario y en el patio... «¡Fuego!» gritan los cómicos. «¡Fuego!» repite el público... ¡Gran confusión! Voces... carreras... Una puerta se abre, veo la calle, me planto en ella de un salto, y corro, corro, corro sin parar hasta aquí. ¡Qué éxito para un principiante!

BART.

FÍG.

Esa lección te servirá de escarmiento.

La culpa es mía, por someterme al juicio de un bárbaro. Cuando tenga mi público... Va usted á oír el aria de introducción...

BART.

FÍG.

¡Vuelvo! (Medio mutis.)

BART.

Con el coro segundo.

¡Sálvese el que pueda! (Vase corriendo por la derecha.)

ESCENA III

FIGARO y MARCELINA

FÍG.

¡Tampoco quiere oirme! Iré á la plaza, reuniré una docena de personas y oirán mi ópera. La música domestica á las bestias.

MARC.

A las fieras he oído yo.

FÍG.

¿Qué? ¿Las fieras no son bestias?

MARC.

Tienes razón.

FÍG.

Yo les obligaré á que me aplaudan, aunque sea dándoles dinero... ¡Pero, no lo tengo! Del bolsillo que te dí lleno hace tres días, ¿no te queda nada?

MARC.

FÍG.

Me queda... el bolsillo. Ahí está... (Poniéndolo

- sobre la mesa.) para que lo llene otra vez la simpática Marcelina... á quien quiero como se merece.
- MARC. No te creo.
- FÍG. Voy á hacerte una declaración caballeresca, del tiempo de... la caballería. (Actitud cómica.)
- MARC. ¿De las que haces á Susana?
- FÍG. ¡Cruel! ¿Así me respondes?
- MARC. ¿Qué he de contestar á una impertinencia?
- FÍG. Lo siguiente: «Figaro, eres un tunante, pero muy simpático.»
- MARC. Peligrosamente simpático, es verdad.
- FÍG. Con cincuenta reales puedo proporcionarme un auditorio imparcial.
- MARC. Cincuenta reales que volveré á ver...
- FÍG. El día que te devuelva los demás reales que me has dado.
- MARC. Vamos, cuando yo sea joven.
- CRIDO (Por el foro.) Señor Figaro: los clientes del Doctor preguntan si tardará mucho.
- FÍG. ¿Los clientes? ¿Cuántos son?
- CRIDO Cuatro.
- FÍG. Que pasen. (¡Qué idea tan magnífica!...)
- CRIDO Al momento. (Vase por el foro.)
- MARC. ¡Figaro! ¿Qué vas á hacer?
- FÍG. Tú, vete; pero en seguida...
- MARC. (Es un diablo, pero muy gracioso.) (Vase por la derecha.)

ESCENA IV

FIGARO, los cuatro CLIENTES y el CRIDO

- CLIEN. 1.º ¿El señor Doctor?
- FÍG. Tardará; pero yo soy su discípulo predilecto. Pasen y tomen asiento.
- CLIEN. 1.º Gracias. (Se sienta en la butaca mecánica, se cierran los brazos y queda preso.) ¡Ay!... ¡Ay!...
- FÍG. ¡Já! ¡jál! ¡Se ha sentado en la butaca de los locos!
- CLIEN. 2.º Eso es un cepo.
- CLIEN. 1.º A Dios gracias tengo el juicio sano. ¡Vaya

- un susto! (Figaro levanta el mecanismo de la butaca. Los clientes en pie rodeando á Figaro.)
- FÍG. ¿Hay alguno sordo?
- TODOS No, señor.
- FÍG. (Al Criado.) Cierra la puerta con llave y cerrojo. (El criado cierra la puerta y se queda en la habitación.) Pienso curarles en una sola sesión con una medicación nueva; el empleo de los sonidos.
- CLIEN. 1.º ¿De los sonidos?
- FÍG. Sí. ¿Qué es el hombre? Un instrumento. ¿Qué son las enfermedades? Falta de armonía en los órganos. Restablezcamos el acorde, y los enfermos están salvados... Yo no receto sangrías, purgantes y otros medicamentos; me limitaré á cantarles una ópera mía, original, que vale por toda la medicina.
- TODOS ¡Una ópera! ¡Socorro!
- FÍG. ¡Silencio! «*Aspasia y Sócrates, ó la Filosofía desarmada por el amor*. Opera en cinco actos y un prólogo.»
- CLIEN. 1.º ¡Opera! .. ¡Nos va á operar!...
- FÍG. Les hago gracia del coro de atenienses... porque ya ha hecho gracia en otra parte. Atención.

Música (1)

Es Sócrates un sabio
que con rigor fustiga
los vicios, las pasiones,
los bailes y la orgía.
Dijo que el vino y el amor
al hombre le envilecen;
por las mujeres y el licor
la juventud perece.
Aspasia con afán

(1) Cuando el actor encargado del papel de Figaro no sepa cantar esta canción (que es muy sencilla), además de los muebles citados, habrá en la habitación un piano, en el cual tocará Figaro el número de música y poco antes de terminarse bailarán los clientes y el criado.

le suplicó
la fuera á visitar,
y él accedió.
«Un baile organicé
por vos, entrad
veréis que bien os va,
que bien está, qué bien.
Había cien mujeres
de hermosura singular,
y todas bebían
y bailaban sin cesar.
Aspasia le miraba
con ternura y amor,
y el sabio se sentía
mal... cada vez peor.
Mira, mira, mira
el sabio á la bella;
mira, mira, mira
su talle gentil
y se lanza al baile
diciéndole á ella
que cuando me muera
me entierren... así. (Baila.)

CLIENTES
Fíg.

Mira, mira, mira, etc.

(Al terminar la música siguen bailando los clientes y el Criado.)

ESCENA V

DICHOS y DON BARTOLO, abriendo violentamente la puerta de la derecha

BART. ¿Qué es esto? ¡Un baile en mi casa!
Fíg. Les he dado en cinco minutos la agilidad
que no tenían. Ningún médico haría eso.
CLIEN. 1.º A mí ya no me duelen las muelas.
CLIEN. 2.º Yo estoy mejor del estómago.
TODOS Hasta mañana.
Fíg. Ya lo saben: Fígaro, médico filarmónico...
(Vanse los clientes por el foro, después de abrazar á Fígaro y promoviendo gran algazara.) No hay
duda, mi música es de un efecto prodigioso.

- BART. ¿Te atreves á hacerme la competencia, curando á mis enfermos?...
- FÍG. No le hago competencia... porque usted no los cura.
- BART. (Eso es verdad; pero no debía decírmelo.) Dí á Susana que venga.
- FÍG. Y en seguida á instrumentar la sinfonía. (Al marcharse por el foro tropieza con Susana y la abraza.)
- SUS. ¡Ay!
- FÍG. Ha sido sin querer. (Vase.)

ESCENA VI

DON BARTOLO y SUSANA. Después ALMAVIVA

- BART. ¿Eh?... ¿Qué ha sido eso?
- SUS. Nada... fué sin querer: él mismo lo ha dicho.
- BART. ¡La juventud se pierde por muy pocol... Ven aquí, que quiero velar por tu salud.
- SUS. Nunca he estado mejor que ahora.
- BART. Tu edad es delicada. ¿Qué... edad tienes?
- SUS. Veinte años.
- BART. A esa edad no está bien el corazón. Veamos. (Le coge una mano.)
- SUS. ¿El corazón... en las manos?
- BART. El corazón de las jóvenes ¡ay! está en todas partes. (Después de una pausa corta.) Susana... tengo que decirte una cosa. (¡Valor!) Susana... Si un hombre de alguna edad...— no mucha, ¡eh!—bien parecido... agradado... simpático... (Sale Almaviva por el foro y queda escuchando.) estuviese enamorado de tí... y quisiera casarse contigo...
- ALM. (Adelantándose.) Un cliente, doctor.
- BART. (¡Así revientes!...) (Muy amable.) ¿En qué puedo servirle, señor estudiante?...
- ALM. (Mirando á Susana.) ¡Ay!... ¡Sufro mucho!... (Este viejo la estaba haciendo el amor.)
- BART. ¿Qué le duele?
- ALM. (Mirando á Susana.) ¡El corazón!... digo... el estómago.
- BART. Se lo quitaré con un agua especial.

ALM. ¿Va usted á quitarme el estómago?
 BART. No, el dolor. Voy á darle un bote...
 ALM. (Bote, el que vas tú á dar luego.)
 BART. (Para que se marche en seguida.) Salgo al momento. (Vase por la derecha.)
 ALM. No me duele nada, he venido solo por verte, para decirte que te amo más cada día.
 SUS. Eso ya me lo ha dicho usted varias veces.
 ALM. Y te lo diré siempre, porque te adoro. Vengo resuelto á sacarte de esta casa, donde corres grandes peligros.
 SUS. ¿Peligros?
 ALM. Eres una niña, y no sabes los medios de que se valen los hombres para engañar á las mujeres.
 SUS. (¿Quién dice que éste no quiere engañarme también?...)
 ALM. Susana... ¿podré esperar?...
 SUS. ¡Silencio... que vuelve don Bartolo.
 BART. (Por donde se fué, con un bote en la mano.) Señor Conde, aquí tiene usted el remedio. Es muy eficaz... y... (Lárgate cuanto antes.)

ESCENA VII

DICHOS, FÍGARO y DON BASILIO, por el foro

BAS. Santas y buenas...
 BART. (¡Otra impertinencia!...) ¡Hola, señor organista!
 FÍG. (Por el foro.) (¡Aquí Almaviva!...)
 BART. ¿Qué trae usted por aquí?
 SUS. Con permiso, voy á mis quehaceres. (Vase por la derecha.)
 BAS. (Dándole una carta.) La directora del Colegio de Doncellas Nobles me ha dado esta carta para usted.
 BART. Veamos, qué quiere. (Vanse los dos junto á la mesa. Bartolo lee. El diálogo que sigue entre Figaro y Almaviva debe ser muy rápido.)
 ALM. He sorprendido á don Bartolo haciéndole el amor á Susana.
 FÍG. ¡Ah, pillol!

- ALM. Aún es tiempo de salvarla. Esta noche la robo.
- FÍG. ¿Tú? ¿Cómo?
- ALM. ¿Me ayudarás?
- FÍG. ¡Ya lo creo! (¡Más de lo que tú te figuras!)
- ALM. A las nueve le daré una serenata.
- FÍG. ¡Magnífica idea!
- ALM. Ella saldrá á la ventana, la ventana se puede saltar y... ¿Comprendes?
- FÍG. Comprendo. Basta. Disimulemos.
- BART. Me había olvidado de decirle el tratamiento, señor Conde.
- ALM. (Acercándose) ¡Ah! Dígamelo.
- FÍG. (Un joven y un viejo me disputan el amor de Susana..., y hay que burlarlos á los dos. ¡Quedarán burlados!)
- BART. ¿Se ha enterado bien?
- ALM. Sí, señor. (Con intención.) ¡De todo!
- FÍG. (Hay que sacar de aquí á Susana. ¡Ya tengo la idea!)
- ALM. Gracias, doctor. ¡Adiós, Fígaro! (Ya sabes, ni una palabra.)
- FÍG. (Descuida.) (Vase Almaviva por el foro.)
- BART. (A Fígaro.) Vas á escribir una carta para la Directora del Colegio de Doncellas Nobles.
- FÍG. (Allí estará Susana perfectamente.) Cuando usted quiera. (Sentándose á la mesa.)
- BART. (Paseándose.) «Mi buena amiga.»
- FÍG. (Escribiendo.) («Señora...»)
- BART. «La medicina que lleva don Basilio...»
- FÍG. («Una doncella muy noble, llamada Susana...»)
- BART. «Le quitará la molestia de la garganta.»
- BAS. (Y la garganta, seguramente.)
- FÍG. («Y que oculta su apellido, por razones políticas...»)
- BART. «Queda cumplido su encargo. Suyo siempre..., etc.—*Bartolo*.»
- FÍG. («Está secuestrada en casa del doctor Bartolo.») Tolo.
- BART. Ahora, la receta. (Dictando.) *Vinum compositum antiescorbuticum*.
- BAS. (Un pasaporte para el otro barrio.)

- FÍG. («Con el mayor sigilo, dé parte á la autoridad.») *Ticum.*
- BART. *Id est Menyanthes trifoliata.*
- FÍG. («Y haga porque la lleven al colegio.») *Ata.*
- BART. Una onza.—*Facite secundum arte.*—F. S. A.
Ya está.
- FÍG. La firma, borrosa, como la de todos los médicos. ¡Ajajá! La carta y la receta. (Dándosela á don Basilio.)
- BART. Que tome una cucharada cada dos horas.
- BAS. La pobre señora un día cae, otro se levanta, y á todo esto no sabemos la enfermedad que tiene.
- BART. Ya lo sabremos cuando le haga la autopsia.
- BAS. Lo malo es que entonces no se lo vamos á poder decir. Vaya, adiós, doctor. Adiós, Figaro.
- FÍG. } Adiós, señor organista. (Vase don Basilio por el foro.)
- BART. }

ESCENA VIII

FÍGARO y DON BARTOLO. MARCELINA y SUSANA por la derecha.

- MARC. El periódico.
- SUS. (Si pudiera hablar con Figaro...)
- FÍG. (Necesito prevenir á Susana.)
- BART. ¿El periódico?... (A Marcelina.) (No los dejes solos.) Figaro, léeme las noticias.
- MARC. (A Susana.) Siéntate aquí á mi lado. (Se sientan todos. Susana cerca de Figaro.)
- FÍG. (Así te lleven los demonios!)
- BART. ¿Trae crímenes? Los crímenes me gustan mucho.
- FÍG. ¡Qué ideal! Aquí hay uno. (Improvisaré con arte.) (Leyendo.) «El cazador, la pastora y el oso.»
- BART. ¿Eso es un crimen ó una fábula?
- FÍG. De todo tiene.
- BART. Empieza.
- FÍG. La acción es en Extremadura. (Mirando á don Bartolo.) Un oso gris, casi blanco, ha llenado de terror á la comarca. (Bartolo empieza á dor-

- mirse.) Devoraba á cuantas personas veía.
Este animal... (Bartolo se duerme.) no respetaba
más que á una pastora llamada Susana.
- BART. ¿Eh?... (Despierta repentinamente.)
FIG. Llamada Mariana.
BART. ¡Ahl...
FIG. El oso tuvo la crueldad de llevársela á su
cueva.
- SUS. (El oso, la pastora... ¿Qué me querrá decir?...)
FIG. Todos hacían conjeturas... y el animal...
SUS. (Bajo y rápido á Figaro.) (¿Don Bartolo?)
FIG. (Señal afirmativa.) El animal llegó á enamorarse
de la pastora.
- BART. ¿Un oso enamorado de una mujer?
FIG. El amor no razona.
SUS. Ni los animales.
FIG. Al poco tiempo se enamoró de la pastora un
joven noble y rico.
- SUS. (¿Almaviva?) (Bajo á Figaro.)
FIG. Y decidió robarla.
SUS. (¿Robarme?)
FIG. La pastora estaba perdida; pero su perro le
dijo...
- BART. Esa es una fábula del tiempo en que hablaban
los animales.
- FIG. Todavía hay muchos que hablan, señor
doctor. El perro le dijo, con las orejas: «El
cazador quiere robarte esta noche...»
- SUS. (¿Esta noche?...) (Inquieta.)
FIG. Pero esta noche te escaparás conmigo... mientras
el oso esté durmiendo.
- BART. ¡Qué historia más embrollada!
MARC. Yo no entiendo nada.
BART. Ni yo.
SUS. Yo la he entendido muy bien.
FIG. (¡La ha entendido! ¡Nos hemos salvado!)
- BART. No es posible que el periódico diga esos disparates.
Trae.
- FIG. ¿Es que no sé leer? (Incomodado.)
BART. ¡Dame acá!
FIG. (Hace una pelota con el periódico y lo tira por la
ventana.) Comprar esto es igual que tirar el
dinero á la calle.
- BART. ¿Lo has tirado?

- FIG. Yo lo tiro todo por la ventana... cuando me incomodo.
- CRIADO. (Por la derecha.) La cena está en la mesa. (Vase.)
- BART. Vamos á cenar. ¡No sé cómo tengo paciencia para sufrirlo! Esto es lo mismo que tener por secretario á Lucifer. (Susana y Marcelina vanse por la derecha.)
- FIG. Es favor.
- BART. Quédate ahí por si viene alguien. Hasta leyendo se burla de mí, contándome fábulas del tiempo del rey que rabió, creyendo que puede engañarme. ¡Engañarme á mí un aprendiz de barbero! ¡Bah! (Vase por la derecha.)

ESCENA IX

FIGARO y poco después CARRASCO

- FIG. ¡Ya lo verás, asesino irresponsable! Ahora viene Susana, nos escapamos, la llevo al colegio de Doncellas Nobles... y que el oso y el cazador busquen á la pastora.
- CAR. (Por el foro.) ¡Ah, pillol! ¡Por fin te encontré! ¡Ya te tengo entre mis manos! (Le persigue.)
- FIG. Todavía no. (Huyendo.)
- CAR. ¡Bribón! Me quitas los parroquianos, le haces el amor á mi mujer... por causa tuya me han tenido preso...
- FIG. Por mi culpa, no; por haber llamado al alcalde por su nombre.
- CAR. Vengo dispuesto á arrancarte las orejas. Verás lo que hace un hombre honrado cuando un tunante como tú se divierte con él. (Corre tras él dando vueltas á la mesa.)
- FIG. ¡Que vas á salir perdiendo!
- CAR. ¡Ya me lo dirás cuando te agarre! (Figaro se dirige á la butaca mecánica.) ¡Ah! ¡Huyes! (Luchan y Figaro lo sienta en la butaca; se cierra el mecanismo y queda Carrasco sin poderse mover.)
- FIG. ¡Has caído en la ratonera!
- CAR. ¡Infame!
- FIG. Cuando un hombre está loco, mira lo que hacemos los médicos para curarle.

CAR. ¡Socorro! So...
FIG. (Cogiendo unas tenazas de dentista.) Si gritas, te arranco los dientes. ¡Pídemelo perdón! ¡Pronto!
CAR. ¡Perdón!
FIG. Así quiero verte, humilde. Ahora voy á meterte en esa habitación; y como hables te arranco la lengua.
CAR. Pero...
FIG. ¡Te arranco la lengua! (Empuja la butaca hacia la primera puerta de la izquierda y la mete dentro.) Ya saldrás cuando yo quiera.

ESCENA X

FIGARO y SUSANA, por la derecha.

SUS. ¡Figaro!
FIG. No hay tiempo que perder. ¿Me sigues?
SUS. Pero, ¿á dónde vamos?
FIG. Al colegio de Doncellas Nobles; yo hablaré á la Directora y allí estarás segura. Ya la he escrito una carta...
SUS. Vamos adonde quieras. (Se oye una serenata en la calle.)
FIG. Ya es tarde.

Música (1)

CORO Estudiantes sevillanos,
 que la noche nos proteja
 al cantar nuestros amores
 en los hierros de la reja.
 Sal, estrella de Sevilla,
 hermoso lucero;
 sal, graciosa sevillana,
 de cara de cielo.
 Asómate, niña hechicera,
 sultana del Guadalquivir,
 que tienes por ojos dos soles,
 y cara de rosa y jazmín.

(1) La serenata se cantará á voces solas ó acompañada de bandurrias y guitarras.

FÍG. ¡Ya es tarde!
SUS. (Asomándose á la ventana.) ¡Una serenata!... ¡Son músicos enmascarados!
FÍG. Escóndete ahí. (Detrás de una cortina de la segunda puerta de la izquierda.) ¡Pronto! (Apaga la luz, y la escena queda á oscuras.)

ESCENA ÚLTIMA

FÍGARO, ALMAVIVA (con capa y antifaz) y **SUSANA**, escondida.
 Después el **ALCALDE**, **ALGUACILES**, **DON BARTOLO**, **MARCELINA** y **CARRASCO**

ALM. (Por la ventana.) Susana... ¿estás ahí?
FÍG. (Fingiendo la voz.) Aquí estoy.
ALM. ¿Me esperabas?
FÍG. Sí.
ALM. Pero... ¿dónde?
FÍG. (Si pudiera encerrarlo con Carrasco...) Ven por aquí ..
ALC. (Dentro.) ¡Abran, en nombre del Rey!...
FÍG. (¡El Alcalde!... ¡Nos reventó!)
ALM. ¡Nos han descubierto, hermosa mía!
ALC. (Entrando por el foro.) ¡En nombre del Rey!...
 (Entran alguaciles con luces, y salen por la derecha don Bartolo y Marcelina.)
ALM. (Al ver á Figaro.) (¡Figaro, sálvame!)
FÍG. (Todo se arreglará.)
BART. (Asustado.) ¡Un enmascarado en mi casa!... ¡Socorro!
MARC. ¡Ladrones!
ALC. (Sacando una pistola.) ¡Si es un ladrón, lo mato como á un perro!
FÍG. No son ladrones: son estudiantes, que vienen á honrar con una serenata al autor de *Sócrates y Aspasia*, ¡á mí! (Almaviva se quita el antifaz.)
TODOS ¡Almaviva!
BART. (Por Susana.) Y aquella mujer, ¿ha venido también á darte serenata?...
FÍG. Esa... es... ¡Aspasia!
BART. ¡Es Susana!
ALC. ¿Susana? Entonces, voy á prenderla.

- TODOS.** ¿Presa?...
- ALC.** De orden superior, para llevarla al Colegio de Doncellas Nobles.
- FÍG.** (La carta surtió efecto: está salvada.) ¡Salga aquí la señora doña Susana!... (Se adelanta Susana.)
- ALC.** En marcha.
- MARC.** Pero, ¿dónde va Susanita?
- FÍG.** ¿Cómo Susanita? Es una dama de la nobleza.
- BART.** ¡No lo creo! }
- MARC.** ¡No puede ser! } (Muy vivo.)
- ALM.** (¿Qué misterio es éste?)
- FÍG.** (Al Alcalde.) Un secreto de Estado: su cabeza de usted peligra... ¡Tratan de embarullarle, señor Alcalde!
- ALC.** ¿Embarullarme á mí? .. ¡A ver!... Al que hable, ¡preso! (Golpe con la vara.)
- FÍG.** ¡Eso es lo indicado!
- CAR.** (Dentro.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (Entran los alguaciles, y sacan á Carrasco sentado en la butaca.)
- ALC.** ¿Qué es eso? ¿Quién grita por ahí?
- CAR.** ¡Socorro!
- TODOS.** ¡Un loco!
- ALC.** ¡Prenderle!
- CAR.** ¿Más preso todavía?
- FÍG.** Tuve que sujetarle ahí, porque le dió un ataque.
- CAR.** ¡Embustero!
- BART.** ¡Y en lo de la nobleza de Susana, miente también!
- ALC.** ¡Silencio!... (Golpe con la vara.) Al que hable..., al que resuelle..., al que respire..., ¡preso!
- FÍG.** (¡Sigue siendo una caballería!...) ¡Viva el señor Alcalde!...
- TODOS.** (En voz muy baja.) ¡Vivaaa!... ¡Vivaaa!... (Se oye la serenata en la calle.)
- Asómate, niña hechicera,
sultana del Guadalquivir, etc.
- (La serenata continúa hasta que caiga el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Jardín del colegio de Doncellas Nobles. A la izquierda un pabellón. A la derecha, otro pabellón; los dos con puerta practicable y el primero con una ventana. Al foro muro y una puerta en el centro, y sobre la misma una campana. A la izquierda de la puerta, junto al muro, un cenador, cubierto con ramas. Árboles, bancos, etc. En el fondo, por encima de la tapia, árboles.

ESCENA PRIMERA

EDUCANDAS, jugando á la gallina ciega, y SUSANA. Después DON BASILIO. La Educanda 1.^a está en el centro con los ojos vendados, y las demás formando corro

Música (1)

Siga la rueda,
siga sin tardar;
gallina más torpe
no la ví jamás.
¡Corre, que te pillá,
corre por allá!
Gallina más ciega
no la ví jamás.
¡Pacal!
¡Nol!
¡Luisa!
¡Es Natividad!

EDUC. 1.^a
TODAS
EDUC. 1.^a
TODAS

(1) Este número de música puede suprimirse y empezarse la escena con la entrada de don Basilio.

¡Ay, qué torpeza,
no lo acertó,
siempre lo mismo
la sucedió!
Siga la rueda
sin descansar,
¡ay qué torpeza
más singular!

(Terminada la música sale don Basilio por la derecha.)
BAS. ¡Qué honesta distracción!... ¡Son unos ángeles... sin alas!... (Dejan de jugar y rodean á don Basilio.)

TODAS ¡Señor organista!... ¡Señor organista!... ¡Don Basilio!... (Hablan todas á un tiempo.)

SUS. Huyamos de este gavián, que trae malas intenciones. (Vase por la izquierda.)

BAS. (Gritando.) ¡Silencio! Hablen una á una... si puede ser.

EDUC. 1.^a ¿Y la contestación á la carta que le dí esta mañana?

BAS. Aquí está. (Le da un papel. La educanda primera se retira á leerlo.)

EDUC. 2.^a ¿Y el encargo para mi tía?

EDUC. 3.^a ¿Y el pañuelo que le entregué para mi primo?...

EDUC. 4.^a ¿Y el ovillo de seda negra?...

EDUC. 2.^a ¡Hable usted!...

EDUC. 3.^a ¿No ve usted mi impaciencia?

EDUC. 4.^a ¿Qué hay de lo mío?

TODAS ¡Señor organista?... ¡Don Basilio!...

BAS. (Gritando.) ¿Otra vez?... ¡Silencio, he dicho!... ¡Me aturden ustedes!... Todos los encargos están hechos.

UNAS ¡Bravo!

OTRAS ¡Muy bien!...

BAS. A mí no se me olvida nada.

EDUC. 2.^a Es usted un gran organista.

BAS. En este caso, un gran demandadero. No sé que el órgano tenga nada que ver con los recados.

EDUC. 2.^a Tiene usted razón.

EDUC. 3.^a ¿Qué sería de nosotras sin don Basilio?...

EDUC. 4.^a El demandadero es tan torpe, que todo lo entiende y lo hace al revés.

- BAS. Entonces es un contrademandadero.
- EDUC. 1.^a (Que ha acabado de leer la carta.) Es usted muy bueno; me ha traído usted una contestación magnífica.
- BAS. Eso tampoco depende de mí... ni del órgano.
- EDUC. 1.^a Estoy contenta y le daré á usted su comisión.
- EDUC. 2.^a Y yo.
- EDUC. 3.^a Y yo.
- TODAS Y yo.
- BAS. ¡Gracias, muchas gracias!... (Algo se pesca...) Pero no muevan ustedes tanta algazara... Yo procuro servirlos en lo que cabe... y en lo que puedo.
- EDUC. 1.^a ¡Viva el señor organista!
- TODAS ¡Vivaá!
- BAS. ¡Chist! ¡Silencio! Con esas voces me estropean ustedes el órgano auditativo.
- EDUC. 1.^a ¿Qué órgano es ese?
- BAS. ¡El de la audición... el oído!
- EDUC. 1.^a ¡Ingrato!
- EDUC. 2.^a ¡Desagradecido!
- EDUC. 3.^a ¡Hurón!
- EDUC. 4.^a ¡Gruñón!
- BAS. ¡Chist! ¡He dicho que basta! Puede oírlas la directora... y echarme á mí una peluca.
- EDUC. 1.^a ¡Tendrá dos! ¡Porque no iba á quedarse sin ninguna!
- TODAS ¡Já, já, já!
- BAS. ¡A que me incomodo!
- EDUC. 1.^a A propósito de la peluca de la directora: oigan ustedes. (Las educandas forman un grupo.)
- BAS. (Son unos diablillos tentadores... La verdad es que me distinguen, que yo podía hacer el amor á una de estas niñas... y ¿quién sabe si encontraría un buen partido? Las hay muy bonitas; pero la que más me gusta es Susana... que ahora ha resultado noble sin saber cómo. Si yo me atreviera á declararle mi atrevido pensamiento... ¡Quién sabe! Soy organista... y un organista no es costal de paja. Pero Fígaro la enamora, y habría que dar una paliza á Fígaro.)

- EDUC. 1.^a Esa es la historia de la peluca de la directora.
- EDUC. 2.^a De modo que al despertarse se encontró con que la peluca la tenía el gato.
- EDUC. 3.^a ¿Puesta?
- EDUC. 1.^a No: en las uñas.
- TODAS ¡Já, já, já! (Salen por la izquierda la Marquesa y Susana.) Buenas tardes, señora.
- BAS. Vamos á dar la lección de música.
- EDUC. 1.^a Vamos, pues, á solfear.
- TODAS Do, sol, do mi fa sol, sol fa, si re...
- EDUC. 1.^a ¿Qué nota le gusta á usted más, señor organista?
- BAS. Siendo de ustedes el *si*... sostenido.
- TODAS Re la, re la mi do... (Vanse todas con don Basilio por la derecha.)

ESCENA II

SUSANA y la MARQUESA

- SUS. Ya sabe la señora Marquesa cómo Figaro consiguió librarme del doctor y de las asechanzas de un joven que...
- MARQ. ¿Un joven y un viejo? ¡Qué favorecida!
- SUS. ¡Demasiado!
- MARQ. Y, ¿cómo te han admitido aquí?
- SUS. No lo sé. Figaro escribió una carta á la directora, luego habló con ella... y en fin, la directora le dijo: «Puedes estar tranquilo, que Susana no saldrá del colegio.»
- MARQ. Figaro es audaz. La audacia es la cualidad que más me gusta en los hombres. ¡Me entusiasma Figaro!
- SUS. ¡También á ésta! Pero aquí no no hay peligro.) Creí que la señora Marquesa era más severa.
- MARQ. Soy andaluza de pura sangre... es decir, alegre por temperamento... y por *temperatura*. Además, se cansa una de hablar todo el día de cosas santas y austeras... y gusto de un ratito de expansión, ¡expansión honesta, por supuesto! (Emplea á oscurecer.)

- SUS. La señora Marquesa está aquí por su voluntad.
- MARQ. He llegado á la edad de la penitencia. Cuando se murió mi esposo y perdí esa mitad de mí misma, ese complemento de mi vida, me retiré del mundo, y, como Carlos V en Yuste, busqué un refugio aquí en un pabellón, donde vivo *aislada y sola* con tres doncellas, un mayordomo, una dueña y dos cocineras.
- SUS. ¿Nada más?
- MARQ. Nada más. Como un anacoreta.
- SUS. (¿A qué le llamará estar acompañada?) ¿Y está usted contenta con esa vida de penitencia?
- MARQ. Sí... (¡No tengo otro remedio!)
- SUS. ¡Qué abnegación!
- MARQ. Estoy casi sin familia. No tengo más que un sobrino, á quien irá á parar mi fortuna. Mi edad no es para pensar en amores. ¡Pasaron mis tiempos!
- SUS. (¡Más vale así!)
- MARQ. De otra suerte, estaría en el mundo, en el siglo; porque el amor, con sus inquietudes, sus intrigas, sus misterios, su batir de alas... ¡ay, es la vida!
- SUS. (¡Cómo se entusiasma con los recuerdos del tiempo viejo!)
- MARQ. Hablemos del amor... Háblame de Figaro.
- SUS. ¿Le has vuelto á ver?
- SUS. Cuando esta mañana bajé al jardín, al pasar junto al estanque, por donde la tapia es muy baja, ví que me llamaban: miro y veo á Figaro, que me tira una carta y desaparece.
- MARQ. ¿Qué te dice en la carta?
- SUS. Que ha estado aquí varias noches subido en la tapia... y que ha tenido que marcharse por culpa de Otelo.
- MARQ. ¿Otelo?
- SUS. Que arma un escándalo con sus ladridos.
- MARQ. ¡Ah! El perro. Eso es una perrería.
- SUS. Tiene razón la señora Marquesa: hay que encerrar á Otelo.

- MARQ. A quien hay que encerrar es á Figaro.
SUS. ¡Señoral...
MARQ. Ya sabes que estoy dispuesta á proteger tus amores con Figaro, pero no puedo tolerar esas citas en el jardín á altas horas de la noche... porque, cuando menos, son peligrosas.
- SUS. Señora, yo...
MARQ. Las ideas diabólicas se realizan á oscuras.
SUS. Es la primera noticia que tengo.
MARQ. Si todas las mujeres hubiesen estado encerradas por la noche, la Historia no nos contaría... ciertas cosas.
- SUS. Yo estoy siempre en mi habitación.
MARQ. Y no es preciso que salgas de ella. Ya verás á tu novio cuando sea conveniente y te casarás con él.
- SUS. Figaro viene, no sólo á verme, sino á velar por mí.
MARQ. Que duerma: no necesitamos que él vele.
SUS. Sí, tiene que velar, porque el conde de Almaviva persiste en su idea de robarme.
- MARQ. ¿Has dicho el conde de Almaviva?
SUS. Sí, señora; á quien ha visto Figaro rondar las tapias del colegio.
- MARQ. ¡Mi sobrino! ¿Y es ese el joven que está enamorado de ti?
SUS. El que quiere robarme.
MARQ. Ese se enamora de todas. Tiene un corazón como las veletas, sensible á todos los viento. (Antonio sale por la derecha y toca la campana.)
- SUS. A dormir.
MARQ. No olvides lo que te he dicho.
SUS. Descuide usted, señora.
MARQ. No tienes cara de engañarme.
SUS. (¡Como si eso se conociera en la cara!...) Hasta mañana. (vase por el pabellón de la izquierda.)
- MARQ. Adiós, y duerme en paz, que yo me encargo del conde de Almaviva. ¡Así es el mundo! Esta despide y rechaza pretendientes de todas edades y tamaños... y yo tuve que hacer prodigios de habilidad para pescar á mi difunto. ¡Ay! ¡Así es la vida!

ESCENA III

La MARQUESA, ANTONIO y DON BASILIO

- MARQ. Buenas noches, señor organista.
BAS. (Por la derecha.) Felices, señora Marquesa. (También esta señora, aunque averiada, es buen partido.) Voy á acompañar á la señora Marquesa hasta su pabellón.
MARQ. Gracias, es usted muy galante...
BAS. De los buenos tiempos de la galantería española, aunque sea inmodestia.
MARQ. (A Antonio.) Usted irá, desde luego, á soltar el perro...
ANT. Esta noche no lo suelto.
MARQ. ¿No? ¿P'or qué?
ANT. Hace unas cuantas noches que no nos deja dormir con sus ladridos, y como la Directora está enferma...
MARQ. (Con sorna.) ¡Diantre de perro!
ANT. No sé qué le pasa; pero ladra furiosamente poco después de verse suelto. Y no es que nadie intente escalar estos muros. (Hay que desorientarla.) Siempre acudo á los ladridos y ¡nada! no veo á nadie, ¡y cuidado que yo tengo buena vista!...
MARQ. (Con sorna.) Dios se la conserve y se la aumente, si es posible.
ANT. Eso es lo que pasa; pero si quiere la señora Marquesa que le suelte el perro, se lo suelto.
MARQ. Haga usted lo que quiera, pero conviene que esté suelto... ¡Como aquí no hay más vigilante que éll...
ANT. Y yo, señora, que soy un perro de presa.
MARQ. No me había enterado.
ANT. (A Basilio.) (Vuelva usted pronto á este sitio.)
MARQ. ¿Eh? ¿Decía usted?...
ANT. Nada, señora. (Vase por la izquierda.)
BAS. ¿Vamos, hermosa marquesa?
MARQ. Pero, ¡qué cosas tiene este don Basilio! Si me hubiera usted visto hace veinticinco años... pero ahora... soy una ruina.

- BAS. En las ruinas nacen las flores, y en amor hay también partidarios de lo clásico.
- MARQ. Lo clásico... restaurado; pero como yo no hago nada por componerme... Pasaron ¡ay! mis tiempos... ¡Ah! Cuando yo tenía veinte años, el día que menos recibía siete declaraciones.
- BAS. (¡Más que todos los tribunales de Sevilla!...)
- MARQ. Todos juraban dejarse matar por mí, y me llamaban sílfide, querube y estrella matutina... Con qué placer se recuerdan esas dulces mentiras de los enamorados... Porque todo era mentira; y cuanto le digo, y más que podía contarle...
- FIG. ¡Mentira... todo mentira! ¿Vamos?
- MARQ. ¡Ah! Vamos. (Vase la Marquesa por el pabellón de la derecha y don Basilio por la derecha.)

ESCENA IV

MARCELINA y JACOBA por la puerta del foro.

- MARC. No hay nadie.
- JAC. Gracias á la llave del doctor, podemos entrar aquí.
- MARC. Cuando la eche de menos será ella. (Cierra la puerta con llave.)
- JAC. ¡Que rabie!
- MARC. ¡Chist! No haya alguien por el jardín. ¿Está usted segura de que Fígaro vendrá esta noche?
- JAC. Me han asegurado que todas las noches escala el muro.
- MARC. ¡Bribón!
- JAC. ¡Pérfido!
- MARC. El amor que le tenía se ha convertido en odio.
- JAC. Yo también le aborrezco.
- MARC. Es un infame.
- JAC. Ha turbado la paz de mi corazón.
- MARC. Me ha gastado todos mis ahorros.
- JAC. Es un engaño bobas.
- MARC. Aquí hay dos ejemplares.

JAC. Cuando las mujeres están enamoradas de él, las abandona.
MARC. Le esperaremos; y si viene...
JAC. Le prometo que me las paga.
MARC. Lo que es á mí no me paga lo que me debe: ¡es mucho!...
JAC. Daría la vida por vengarme de ese pillo.
MARC. ¡Le juro que de mí se acuerda!
JAC. (¡Eso quisieras tú!) Deseo lo mismo... digo...
(¡Ese no se acuerda de nadie!)

MARC. Alguien viene: ocultémonos. (Se esconden en el cenador.)

ESCENA V

DON BASILIO, ANTONIO, y después ALMAVIVA, DON BARTOLO
y CARRASCO. MARCELINA y JACOBA escondidas

ANT. (Por la izquierda con una linterna.) ¿Quién va?
BAS. (Por la derecha.) Soy yo, don Basilio.
ANT. ¿Está usted aquí ya?
BAS. Hombre, esa pregunta...
ANT. Quiero decir que si está usted dispuesto á vengarse.
BAS. ¿Vengarme? ¿De quién? ¿Me han ofendido?
ANT. A usted y á todos. ¿Usted es valiente?
BAS. ¡Ph!... Si se presentara la ocasión me portaría como un hombre.
ANT. Entonces, ¿será usted capaz de dar una paliza, y de recibirla... si se terciá?
BAS. No, que no se tercié. Darla... bien... pero recibirla...
ANT. ¿Tiene usted algún reparo?
BAS. ¿Miedo yo?... Tocando el órgano me verás en actitud seráfica; pero si tengo que tocarle á alguien una serenata en las costillas, voy en *crescendo* y arrimo leña con más rapidez que cuando toco á vísperas. Lo que siento es que no me lo hayas dicho antes.
ANT. ¿Para qué?
BAS. Para haberme traído mi espada... una espada magnífica que saqué el día de San Juan...

- ANT. ¿En un desafío?
BAS. No; en la feria, en una rifa.
ANT. ¡Ah! Yo pensé...
BAS. ¡No temo á nadie!... (Se oyen tres golpes en la puerta del foro, y Basilio y Antonio dan un brinco, asustados.) (¡Ay, qué miedo!...)
ANT. ¡Ay! (¡Vaya un susto!) ¡Já, já, já! ¿Se ha asustado usted?
BAS. (Temblando.) ¿Yo? ¿Asustarme yo? Esto... es... es nervioso... Pero... ¿qué ha sonado?...
ANT. (Con misterio.) Deben ser ellos.
BAS. ¿Ellos? Pues ya estoy enterado.
ANT. Ahora los verá usted. (A la puerta.) ¿Quién?
BART. (Dentro.) ¡Abre!...
BAS. (¡Es don Bartolo!...) (Antonio abre y entran don Bartolo, Almaviva y Carrasco, embozados.)
ANT. Adelante. (Deja la puerta entornada.)
JAC. (A Marcelina.) (¿Qué irán á hacer?)
ANT. ¿Por qué han llamado? ¿No tiene el doctor la llave de esa puerta, como médico del Colegio?
BART. Sí; pero la he perdido.
MARC. (¡Y la vergüenza!...)
JAC. (¿A qué vendrá mi marido?)
BART. Al asunto. No perdamos tiempo. Dinos para qué nos has llamado. (A Antonio.)
ALM. ¡Y con tanto misterio!
CAR. Y á las nueve de la noche.
BART. Esto será cosa del organista.
BAS. Yo no sé más sino que tenemos que dar una paliza.
CAR. ¿A quién?
ANT. Ahora se lo diré.
ALM. Desembocémonos, que parecemos una cuadrilla de asesinos.
BAS. ¡Que hay aquí un médico!... No se toleran alusiones.
ANT. Ya saben que Figaro nos jugó una mala pasada, diciendo que mi sobrina es doncella noble, y que tramó una intriga para traerla á este colegio. Yo hablé con la directora, y la dije que si Susana es noble, yo, su tío, debo tener Don.
BART. ¿Y qué te dijo la directora?

- ANT. Que tengo dón... de gentes.
BART. Te ha calumniado. Al caso.
MARC. (A Jacoba.) (Escuchemos.)
ANI. Además, me llamó bruto.
BART. En eso estoy de acuerdo con la directora.
BAS. A mí también...
BART. ¿También le ha llamado á usted bruto?...
BAS. Digo que á mí también me ha dicho que Susana es noble.
ANT. Esas son intrigas de Figaro.
BART. ¿Y era esto lo que tenías que decirnos?...
ANT. No, señor. (Después de mirar á uno y otro lado)
Todos nosotros tenemos que vengar ofensas de Figaro, porque de todos se ha burlado.
BAS. Es cierto. (Y á mí me estorba.)
ANC. Pues bien, yo os ofrezco la venganza.
TODOS ¡Venguémonos!
ANT. La otra mañana noté que la fruta del árbol que está junto á la tapia se había caído durante la noche; lo cual prueba que alguien intentó escalar el muro. Ayer me puse en acecho, y, efectivamente, ví á...
TODOS ¡A Figaro!
ANT. Que al querer saltar, dejó caer este papel de música. (Saca un papel.)
BART. El aria de Sócrates. La conozco... de vista; que lo que es oírlo... ¡eso sí que nol...
CAR. ¿Y á qué viene?
ANT. A cantar un duo con mi sobrina; pero hasta ahora lo ha cantado con Otelo.
BAS. El perro le hace la segunda voz á maravilla.
ANT. Tengo mi plan. Hasta ahora no ha podido entrar, por culpa de Otelo. Esta noche dejo el perro encerrado y entra, de seguro.
BART. ¡Magnífico!
BAS. ¡Hay que cazarlo! (Para que no se case con Susana.)
ALM. ¡Admirable!
CAR. ¡Me lo como!
ANT. He preparado cinco magníficas varas, para hacerle entrar en calor. (Dándole las varas.)
BART. Eso es higiénico.
CAR. Y aplastante.
ANT. Nos escondemos, y cuando salte la tapia...

ALM. Con las cinco varas...
BART. Queda en disposición de pasar á banderillas.
BAS. Y á la muerte.
ALM. (A Antonio.) Y Susana, ¿saldrá?
ANT. Ya lo veremos.
ALM. (Estos ayudan mi plan. Esta noche la robo.)
ANT. No debemos hacerle mucho daño: escarmentarle solamente. Si hubiera tenido que matarle, me basto yo... con don Basilio.
BAS. (¡Estás fresco!)
BART. Don Basilio, ni pincha ni corta.
BAS. Usted cree que los médicos son los únicos que pinchan.
BART. Y cortan.
ANT. Apagaré la linterna. (La apaga.)
BART. Pongámonos en acecho.
ALM. (Y yo á buscar á Susana.)
TODOS (Blandiendo las varas.) ¡Venganza! ¡Venganza!
(Carrasco, Basilio y Bartolo vause por la derecha. Antonio y Almaviva, por la izquierda.)

ESCENA VI

MARCELINA y JACOBA. Después FÍGARO y SUSANA

JAC. Ahora las va á pagar todas juntas.
MARC. Pues yo no consiento que le peguen á Figaro.
JAC. ¿Esas tenemos?
MARC. Sería una crueldad.
JAC. Justo castigo á sus crueldades y á sus perfidias.
MARC. ¡Reunirse cinco para pegarle!... ¡Es una cobardía!
JAC. Ahora sólo falta que Figaro no venga, y nos quedamos á la luna de Valencia. (En este momento la luna ilumina la escena.)
MARC. No; á la luna de Sevilla, que acaba de salir.
JAC. Oigo ruido... ¡Silencio!... (Figaro aparece por el muro.)

Música (1)

FIG. Sal pronto, niña encantadora,
la que mi vida iluminó
con los destellos de una aurora
que ni una nube obscureció.
Aquí te espera el pecho amante,
á mis anhelos pon ya fin;
aquí estoy ya firme y constante,
sal al jardín, sal al jardín.

—
No hay en la tierra sevillana,
ni en las orillas del Genil,
ni en la campiña valenciana
mujer más bella y más gentil.
Aquí te espera el alma ansiosa,
á mis anhelos pon ya fin;
Aquí estoy ya, Susana hermosa,
Sal al jardín, sal al jardín.
(Después de cantar.) ¿Me habrá oído? ¡Qué incertidumbre!

SUS. (Que sale por el pabellón de la izquierda y se acerca á la tapia) ¡Figaro!

FIG. Gracias á Dios que te veo, reina de Sevilla.
SUS. Si yo fuese reina, no estaríamos como estamos.

FIG. Entonces no amarías al pobre Figaro.

SUS. Lo mismo. Ya ves cómo me expongo por verte. La Directora que me trata con mucho cariño me ha prometido tenerme aquí hasta que me case; pero si cometo alguna falta no me perdonará. Lo mismo me ha dicho la marquesa de Guadaira, que protege nuestros amores. De suerte que esta será la última vez que hablemos así.

FIG. ¿Y cuándo voy á verte? En el colegio no me dejan entrar .. tú no sales...

(1) Si el actor encargado del papel de Figaro no sabe cantar, puede suprimirse esta serenata ó cantarla otra persona desde dentro, en cuyo caso no aparecerá Figaro sobre el muro hasta que haya terminado la música.

SUS. Tenemos que hacer un sacrificio.
FIG. ¿Crees que puedo pasar tres días sin ver el sol?
JAC. (A Marcelina.) También á mí me llamaba sol y estrella.
MARC. Y á mi lucero. Tiene todo un sistema planetario.
JAC. Pero no sabe él que esta estrella tiene cola.
SUS. A la Marquesa, que es buena, franca y alegre, le has sido muy simpático.
FIG. ¡Pero si no me conocel...
SUS. Pero te presiente... y te conoce por mí.
FIG. Hablaré á la Marquesa, y si no cónsigo que nos ayude, para vernos pondré en práctica otra idea.. Escucha.

ESCENA VII

DICHOS y la MARQUESA, por el pabellón de la derecha.

MARQ. Yo he sido jóven y conozco el corazón de las jóvenes. Susana acude esta noche á la cita de Figaro, y si mi sobrino ronda el colegio, puede ocurrir algo desagradable. Las niñas cándidas ignoran los peligros del camino del amor. No hay ninguno con más laberintos, baches y vericuetos... y de noche es tan fácil perderse... ¡Hay tantos perdidos!... ¡Un hombre sobre el muro! ¡Una mujer al pie! ¡Lo que me figuraba!... (Acercándose.) ¿Es así, señorita, como cumple usted lo que promete?
SUS. ¡Ay, Dios mío! ¡Perdón, señora Marquesa!
FIG. ¡Ah! Pero, ¿es la Marquesa?
MARQ. Sí, señor; la Marquesa que está indignada.
FIG. Y, ¿por qué señora? ¿Hacemos algo que no sea lícito?... Nos hablamos de amor á la luz de la luna, en el silencio solemne de la noche misteriosa...
MARQ. ¡Ay, qué bonito es eso!...
FIG. ¿Puede haber un cuadro más poético? ¡Esto es un idilio!
MARQ. Estos idilios suelen acabar mal. A palos... ó como yo sé.

- FIG.** Señora: he oído hablar mucho de usía, de su belleza, de su gracia, de su fino ingenio... pero confieso que los pintores no supieron describir tanta maravilla como atesora el original ..
- MARQ.** ¡Por Dios, señor Figaro!
- FIG.** Una señora de sus altas prendas comprenderá, con su gran talento, la tortura de dos corazones amantes separados por el infortunio.
- MARQ.** Y por una tapia.
- SUS.** ¿Me perdona la señora Marquesa?
- MARQ.** (Soy débil con los enamorados.) A condición de que no acudas á otra cita.
- FIG.** ¡Póngase usía en mi lugar!
- MARQ.** ¿Sobre el muro? ¡Dios me libre!
- FIG.** ¿Qué haría la señora Marquesa si estuviera en mi puesto?
- MARQ.** Lo primero, bajar; porque estando ahí nada más fácil que romperse la cabeza.
- FIG.** Es usía una Marquesa hermosísima, á quien yo amaría de estar mucho tiempo á su lado.
- SUS.** (¡Y esto delante de mí!)
- MARQ.** ¡Tiene usted demasiada imaginación! ¡Y es muy bromista!
- FIG.** Señora ..
- MARQ.** De noche, todos los gatos son pardos...
- SUS.** (Y todas las mujeres hermosas.)
- MARQ.** Esta noche le permito que baje de la tapia. Tengo miedo de verle ahí.
- FIG.** Saltaré, puesto que lo permite usía. (Salta.)
- JAC.** ¡Ahora verás, grandísimo pillito! (Sale del escenario.)
- SUS.** ¿Quién anda ahí? (Asustada.)
- MARQ.** ¡Ay, qué miedo! (Asustada.)
- MARC.** No hay que asustarse: no nos comemos á nadie.
- FIG.** Venía en busca de una mujer, y me encuentro cuatro. Conozco en seguida los bultos de mujer.
- SUS.** ¡Huye, Figaro!
- MARQ.** (¡Qué complicación!)
- FIG.** ¿Huir? ¿Por qué? Son mis amigas Marcelina y Jacoba, á quienes quiero todavía... en segundo término.

- MARQ.** (¡Qué términos usa!)
- MARC.** Yo te quiero bien, y no puedo consentir que te peguen. El Doctor, don Basilio, Almaviva, Antonio y Carrasco están escondidos para darte una paliza. Ya ves si te quiero, que te lo aviso.
- SUS.** ¡Otra que le quiere! ¡Este es el cuento de nunca acabar!
- MARQ.** Márchese.
- SUS.** Vete en seguida.
- FIG.** ¡Quíá! ¡Huir, cuando estoy seguro de que Almaviva y don Bartolo vienen por Susana!
- MARC.** ¡Ah, infame!
- ALG.** (Dentro.) ¡Está abierto, señor Alcalde!
- MARQ.** ¡Alguien viene!
- JAC.** ¡La justicia! (Desaparece la luna.)
- FIG.** Ocultémonos como la luna. (¿Qué buscará el Alcalde en este sitio?) (Se esconden todos en el cenador.)

ESCENA VIII

DICHOS, el **ALCALDE** y **ALGUACILES** por la puerta del foro con linternas.

- ALC.** Luego se quejarán las Doncellas si les sucede algún percance. Dejar abierta la puerta del jardín para que alguno, con mala intención...
- ALG.** Debe ser un descuido del jardinero.
- ALC.** Pero la culpa es de las Doncellas. En la confianza está el peligro.
- ALG.** El señor Alcalde habla como un sabio.
- ALC.** Por eso soy Alcalde. Pero habla tú quedo, no vayan á oírnos. Como el vigilante me *haga* engañado, lo prende. Me ha dado dos chascos: al tercero lo encierro.
- FIG.** (Su manía de prender á todo el mundo.)
- ALC.** Ha dicho que un hombre ha intentado varias veces saltar esa tapia... y que esta noche la ha saltado por fin. ¿Se sabe si viene armado?
- ALG.** No, señor. Debe venir á hablar con alguna Doncella.

- ALC.** (Sentándose en el banco.) Yo podré quedarme sin dormir con el sueño que tengo; pero él se queda en la cárcel.
- ALG.** Lo tendrá merecido.
- ALC.** (Bostezando.) ¡Ahhh!
- FIG.** (Desde el cenador.) ¡Ahhh!
- ALC.** (Al Alguacil.) ¿Tú también tienes sueño?
- ALG.** (Muy extrañado.) ¿Yo?
- ALC.** No alarmemos á las Doncellas Nobles. Que-démonos de guardia; y si ese sujeto ha en-trado... él saldrá. Y si sale... (Ademán amenaza-dor.) *Destribujamos* la gente. Yo aquí me quedo... (Para dormir un rato.)
- ALG.** Está bien. ¿Desconfía el señor Alcalde?
- ALC.** He dicho que no quiero alar~~m~~ar á las don-cellas.
- ALG.** Voy á colocar los centinelas. (Van~~s~~ los algu-ciles por el foro.)
- ALC.** (Acostándose en el banco.) ¡Qué bien estaría en mi cama! Y menos mal que en este banco podré dar una cabezada, que buena falta me hace. Yo puedo pasar una noche en claro... ¡he pasado tantas!... pero sin la cabezada... no puedo vivir. ¡Ahhh! (Se duerme.)

ESCENA IX

FIGARO, MARCELINA, JACOBA, LA MARQUESA, SUSANA y el ALCALDE, dormido.

- FIG.** ¡Me han visto entrar! (Salen del cenador.)
- SUS.** ¡Escápatel!
- MARC.** Huye.
- MARQ.** Escóndase usted en mi pabellón.
- FIG.** Huye... escápate... escóndete... ¡Nada de eso!
- SUS.** ¿Cómo?
- MARQ.** Así me gusta: valiente y audaz.
- FIG.** Contra la fuerza la astucia.
- MARC.** Márchate y no seas temerario.
- FIG.** ¿Abandonar el campo? Jamás. Ellos quieren pegarme, el Alcalde prenderme y Almaviva robar á mi novia. Pues les juro que se acordarán para siempre de Figaro. La situación se embrolla y se complica. ¡Mejor! ¡No falta-

- ba aquí mas que el bruto del Alcalde, y ya lo tenemos!
- Sus. (Asustada.) ¡Que va á oírtel!
- Fíg. ¿Qué puede pasar, que Sevilla entera sepa la aventura?... ¡Así crece la fama del autor de *Sócrates y Aspasia*!
- Fíg. ¿Harán ustedes lo que yo diga?
- TODAS Sí.
- MARQ. Según lo que sea; pero... en fin, bueno, lo haremos.
- Fíg. En los combates ostensibles, triunfan los hombres; en la lucha de astucia, vence la mujer; porque aunque no tiene la fuerza bruta, los rayos que lanza van derechos al alma del enemigo.
- MARQ. ¡Muy bonito! ¡Precioso! ¡Pero qué bien habla!
- Fíg. Formemos un ejército espiritual, y se rendirá á discreción el ejército animal.
- MARQ. ¡Ah! ¡Eso cae en verso!
- Fíg. Vengan contra mí diez mil Bartolos; que teniendo á mi lado cuatro mujeres hermosas, una de ellas. (Por la Marquesa.) encantadora, la victoria será mía.
- MARQ. ¡Es un diablillo muy gracioso!
- MARQ. ¿Qué debemos hacer, mi general?
- Fíg. Demos una campanada gordal!
- MARQ. ¡No, que se van á despertar las doncellas y la directora!
- Fíg. ¡No es eso! Plan de batalla: ellos son, Antonio, Carrasco, don Bartolo, don Basilio y Almagro.
- MARQ. ¡Mi sobrino!
- Fíg. ¡Perezca la familia!
- MARQ. ¡Lo dicho, es muy gracioso!
- Fíg. Tenemos mejores tropas que ellos.
- MARQ. ¡Es admirable!
- Fíg. Infantería. (Por Susana.) Dragones. (Por Marcelina.) Artillería gruesa: no hay más que ver esos ojos. (Por la Marquesa.) Impedimenta... (Por Jacoba.) y Estado mayor. (Por él.)
- MARQ. ¡Está reterraciosísimo!
- Fíg. Obediencia y disciplina. ¡Soldados del corazón, alerta! Ahí viene el enemigo. (Viendo á don Bartolo que sale por la derecha y apaga la linterna.)

na.) Es regular como médico, pero no sirve para guerrero. Coloquémonos á retaguardia... ¡Valor! (Todas menos Susana y Figaro, entran en el cenador.)

ESCENA X

DICHOS y DON BARTOLO

- BART. Vamos á pasarnos la noche en el jardín y Figaro no viene... Por supuesto que me alegro de que no venga... porque si viene y soy el primero que tiene la desgracia de verlo... como tiene el genio tan vivo... podría lastimarme. Allí veo una sombra... ¿Será él?
- FÍG. (Bajo á Susana.) (Tose un poco fuerte.)
- SUS. (Tosiendo.) ¡Ejem, ejem!
- BART. ¿Ella? ¡Qué emoción!
- FÍG. (Tose otra vez.)
- SUS. (Tosiendo.) ¡Ejem, ejem!
- BART. ¡Qué resfriada está la pobrecita! ¡Cómo tose!) ¡Susana! ¿Eres tú?
- FÍG. (A Susana.) (Hay que batirse en retirada.)
- BART. ¿Eres tú, Susanita?
- SUS. Sí... creo que sí... Digo. . sí, soy yo.
- BART. ¿Esperabas á Figaro?
- SUS. No.
- BART. Entonces ¿á quién? ¡Dí que me esperabas á mí y me muero de gusto!
- SUS. Bueno, pues lo digo. (A Figaro.) (A ver si se muere.)
- BART. ¿Es que ya no quieres á Figaro?
- FÍG. (A Susana.) (Dí que sí.)
- SUS. Dí que sí... digo... sí.
- BART. Y ¿cómo prefieres á ese perdido, sabiendo que yo te amo?
- SUS. ¡Manías! (Figaro pone á Marcelina delante de don Bartolo.)
- BART. ¿No te alegra el haberte encontrado conmigo?
- SUS. ¡Mucho!
- BART. ¡Ya lo sabía yo! Con todas me pasa lo mismo...) Susana, ¿quieres que encienda la linterna para que vea ese rostro hechicero?

- SUS. No. Si enciende usted me voy.
BART. Pues trae tu mano y guíame en este laberinto en que estoy metido. (Besa la mano de Marcelina.)
- SUS. ¿Qué diría Marcelina si le viera?
BART. ¡No me hables de esa estantigua! ¡Es una vieja insoportable! (Marcelina le amenaza con la mano libre sin que él lo note.)
- SUS. Dicen que va usted á casarse con ella.
BART. Esas son voces que ella ha hecho correr. Con quien me caso es contigo... ¡No te retires! ¿A dónde me llevas? (Marcelina suelta la mano de don Bartolo.)
- SUS. A pasear por el jardín: aquí pueden vernos. Siga todo derecho hasta parar en la noria... que allí iré á reunirme con usted. (Marcelina entra en el pabellón de la izquierda.)
- BART. (¡Qué chasco se va á llevar Fígaro y qué chasco van á llevar también mis cómplices... Nada, que está la noche de chascos... que el mundo da muchas vueltas... ¡y que me voy á la noria!) (Vase don Bartolo por la derecha.)

ESCENA XI

FÍGARO, SUSANA, la MARQUESA, JACOBA, ALMAVIVA, CARRASCO y el ALCALDE durmiendo

- ALM. (Por la izquierda.) Antonio me ha dicho que aquél es el pabellón de Susana. No hay tiempo que perder; tengo que llevármela antes de que venga Fígaro.
- CAR. (Por la derecha.) Me parece que veo una sombra negra... ¿Será la mía?... Porque peor sombra que yo... y más negra...
- FÍG. (A Susana.) Habla; dí algo.
- SUS. ¿Quién es? (Hacia la izquierda.) ¿Quién va? (Hacia la derecha.)
- ALM. (¡Ellal... ¡Es su voz!...)
- CAR. (¡Qué ocasión para vengarme de ese tunante, quitándole la novia!...)
- ALM. (En voz baja.) ¡Susana!...
- CAR. ¡Susana!... (La Marquesa se coloca en la puerta del pabellón y Fígaro junto á Jacoba.)

- ALM. Soy yo, Susana, que te amo más cada día y que vengo á sacarte de este encierro.
- CAR. ¿Dónde estás?
- SUS. Aquí. (A Carrasco. Figaro pone á Jacoba delante de Carrasco.) Ven al pabellón (A Almaviva.)
- CAR. Esto sí que no me lo esperaba. (Vanse Jacoba y Carrasco por el pabellón de la derecha.)
- ALM. ¿Dónde estás, luz de mis ojos?
- SUS. En la puerta del pabellón.
- ALM. ¡Ah!... ¡Ya te tengo!... (Coge la mano de la Marquesa y la besa.) ¡Bendita seas! ¡Qué mano más final! ¡Ni la de una Marquesa!...
- SUS. ¡Ilusión!...
- ALM. ¿Te enfadarás si te doy otro beso?
- SUS. No. (¡Ahí me los den todos!...)
- ALM. (Me quiere: he vencido.) ¡Qué feliz soy, Susana!... (Da un beso en la mano á la Marquesa. Figaro besa á Susana en la mano.)
- ALM. Juraría que he oído otro beso.
- SUS. Ilusión... Habrá sido el eco.
- ALM. O que el mío ha valido por dos.
- FÍG. (Bajo y rápido á Susana.) (Alguien viene: dile que entre)
- SUS. Oigo pasos... Escóndase usted...
- ALM. ¿Tienes algún reparo en que entre en el pabellón?...
- FÍG. (A Susana.) (Ninguno.)
- SUS. Ninguno. (Vase por el pabellón de la izquierda.)
- ALM. (Hoy llega usted tarde, señor Figaro. Esta paloma no es para ese gavilán...)
- MARQ. (Has hecho una conquista que ni la de Francisco Pizarro.) (Vanse Almaviva y la Marquesa por el pabellón de la izquierda.)

ESCENA XII

FÍGARO, SUSANA, DON BASILIO y el ALCALDE. Figaro habla con Susana por la ventana del pabellón

- BAS. (Por la derecha.) Está visto que no sirvo para conspirador. (No ve á Figaro.)
- FÍG. (Que le oye.) (Gracias que sirvas para organizta. ¿Qué buscará este mochuelo?)

- BAS. Por andar á obscuras me he dado un traspazo contra un árbol, he metido la nariz en la tapia, y ha faltado poco para que me cayera de cabeza al estanque.
- FIG. (¡Qué lástima que no se haya caído!)
- BAS. Si después de esto viene Figaro, ¡le pegol... ¡Vaya si le pego!...
- FIG. (¡Quíál... ¡Esa es una figura retórica!)
- BAS. Y despues que le pegue, ¿qué hará él conmigo?...
- FIG. (Poner un puesto de carne de organista.)
- SUS. ¡Já, já, já! (Coincide la risa de Susana con movimientos y ronquidos del Alcalde.)
- FIG. (¡Cállate!)
- BAS. ¿Eh?... ¿Qué ruido es ese?... ¡Una mujer recostada en un banco!.. ¡Y durmiendol... ¿Será ella? (se acerca.) ¿Es usted, señorita Susana? Pero... si está dormida, ¿cómo me va á contestar? Yo no veo bien, porque soy corto de vista y porque está oscuro, pero... la distingo... la distingo perfectamente.
- SUS. (A Figaro.) (El pobre señor no distingue de colores.)
- BAS. ¡Qué semblante tan espiritual!... (El Alcalde ronca fuertemente.) Todas las mujeres, aun las más bonitas, tienen algún defecto. (otro ronquido.) Esta niña, que es un conjunto de perfecciones, ronca como un granadero... Pero la falta es pequeña... (Ronquido muy fuerte.) y se la dispenso. Si yo me atreviese á imprimir un beso en su mano, en su mano de alabastro... (Se va acercando cautelosamente.)
- ALC. (Soñando.) Todos presos...
- BAS. (Dando un salto hacia atrás.) ¿Eh?...
- ALC. (Soñando.) Todos presos... en nombre del rey.
- BAS. ¡El Alcalde!... Está soñando... y hasta en sueños quiere prender á todo el mundo.
- SUS. (¡Es gracioso!)
- FIG. (¡Cállate!)
- BAS. ¡Y he estado á punto de besarle la mano á ese animal!... ¡Cuando digo que cada día estoy peor de la vista!...
- ALC. (Soñando.) He dicho que á la cárcel todos los presentes...

BAS. Lo que es á mí, no me prendes por esta vez.
(Vase por la izquierda. Al mismo tiempo aparece don Bartolo por la derecha.)

ESCENA XIII

FÍGARO, SUSANA, DON BARTOLO y ANTONIO

BART. He recorrido el jardín, he estado un rato dando vueltas al rededor de la noria... y ¡nada! Susana no ha comparecido. Lo de la cita en la noria fué para burlarse de mí. ¡Cuando digo que está la noche de chascos!...

ANT. (Por la izquierda, con una vara en la mano.) ¿Quién va?...

BART. (Amenazando con su vara.) ¿Quién viene?...

FIG. (Colocándose rápidamente junto al Alcalde.) ¡Fígaro! ¡Aquí está Fígaro!

ANT. ¡Bribón! ¡Ahora verás!

BART. ¡Ah, tunante!

FIG. (Separándose rápidamente y señalando al Alcalde.) (¡Ahí queda *eso*!)

ANT. (Dando un palo al Alcalde.) ¡Canalla!

BART. (Dándole otro palo.) ¡Pillo!

ALC. (Incorporándose.) ¡Socorro! ¡Ay! ¡Ay! (Momento de confusión. Siguen pegándole.) ¡Que me matan!

FIG. (Montado en el muro y tocando la campana.) ¡Socorro!... ¡Favor al Rey!... ¡Que matan al Alcalde!

ALC. ¡Ay! ¡Ay! (Siguen pegándole.)

ESCENA XIV

DICHOS y ALGUACILES por el foro con luces, y EDUCANDAS por la derecha.

ALC. ¡Asesinos! ¡Me han machacado!

EDUC. ¿Qué pasa? ¡Socorro! ¡Ladrones!

ALC. ¡Creo que tengo rotos todos los huesos de mi cuerpo!

TODOS ¡El Alcalde!

BART. ¡Ay! ¡No era Fígaro!

- ANT. Pero, ¿dónde está Figaro?
ALC. (A los alguaciles.) ¡Todos presos!
BART. Dispense usía, señor Alcalde... ha sido una equivocación...
ALC. ¿Una equivocación? ¡Mis huesos no se equivocan! ¡Estoy molido! ¡Ay! ¡Ay!
ANT. (Asustado.) Yo no he pegado al señor Alcalde... sino á Figaro.
BART. Moralmente... tampoco le he pegado yo.
ALC. ¡Moralmente no habrá sido, pero á mí me duele mucho!
BART. Creí que Figaro estaba aquí, y por eso...
ANT. ¡Si yo he oído su voz! (Llamando.) ¡Figaro!
BART. ¡Figaro!
TODOS ¡Figarooo!
FIG. (Montado sobre el muro, junto á la campana.) ¡Aquí está Figaro! ¿Qué hay?
TODOS ¡Pillo! ¡Tunante! ¡Bandido!
ALC. (Dando un golpe con la vara.) ¡Silencio! (A Figaro.) Esta paliza te la cobro yo á ti.
FIG. ¿Con réditos?
BART. ¡Venía á seducir á Susana!
ANT. Eso es: á seducir á mi sobrina.
FIG. Señor Alcalde, mande usía abrir esos pabellones, y se verá quiénes son los seductores.
ALC. ¡En canal sí que te voy yo á abrir á tí!
FIG. Un Alcalde tan sabio como usía no puede partir de ligero. ¡Que se abran esos pabellones, digo!
ALC. Que se abran... provisionalmente. (Los alguaciles abren los pabellones. Del de la izquierda sale Almazaviva, llevando del brazo á la Marquesa, y detrás Marcelina, riéndose; y del de la derecha Jacoba, llevando de la mano á Carrasco.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, la MARQUESA, MARCELINA, JACOBA, CARRASCO,
ALMAVIVA y SUSANA

- BART. ¡Marcelina!
ALM. ¡Mi tía!
MARQ. Sí, señor; su tía de usted, señor calavera.

- ALM. Entonces... (Turbado.)
 MARQ. ¡Me has hecho el amor!... ¡Qué cosas tan tiernas me has dicho! ¡Qué recuerdos has despertado en mi pensamiento! ¡Ah!..
 MARC. (A Bartolo.) ¡Aquí está la estantigua, la vieja insoportable!..
 BART. ¿De modo... que eras tú?..
 MARC. ¡Yo he sido quien ha oído sus infamias!
 BART. ¡Pero si han sido bromas! Sabía que eras tú, y dije: Voy á hablarle con franqueza... digo... no... Vamos á divertirnos... Eso... fué. (¿A qué habrá venido esta lechuza?)
 CAR. Y tú, ¿á qué has venido? (A Jacoba.)
 JAC. Ya te lo explicaré después, señor aventurero.
 BART. Pero, ¿y Susana?
 FIG. (Bajando del muro.) Debe estar en el pabellón. ¡Susana!
 SUS. (Saltando.) ¿Quién me llama? ¡Jesús, cuánta gente!
 ALC. (No entiendo este lío; pero, con prenderlos á todos...) A ver: ¡todos presos!
 EDUC. 1.^a ¡Eso tendría que ver!
 ALM. (A Figaro.) (Tú, que tienes ingenio, puedes salvarnos.)
 ALC. ¡He dicho que todos presos!
 FIG. Pero, ¿por qué? Todo puede explicarse.
 ALC. Menos la paliza que yo he recibido, y el estar aquí tanta gente... á estas horas.
 BART. Que buenas sean.
 ALC. ¡Un demonio!
 FIG. Cuanto á la paliza... ya no tiene remedio... y no hay que pensar en ella.
 ALC. Pero hay que pensar en el médico. (Mirando á don Bartolo.)
 FIG. Respecto de la gente, el doctor ha venido á visitar á la Directora, que está enferma.
 ALC. Está bien.
 BART. No está bien, está mala.
 ALC. (Pegando un golpe con la vara.) ¡Digo que adelante!
 FIG. Susana ha venido como educanda noble.
 ANT. ¡Y dale, machaca!
 FIG. Ya tenemos dos. Marcelina vino á llamar á

don Bartolo para que asistiera á otro enfermo... y Jacoba la acompañó. Ya tenemos cuatro. Pasó el señor conde de Almaviva, vió la puerta abierta, y entró á visitar á su tía. Ya tenemos cinco.

ALG. Y Figaro, que saltó por el muro. Ya tenemos seis.

FÍG. Este alguacil sabe sumar.

ALC. Ahora entraré yo á *dividir*. ¿Conque por el muro, eh?

FÍG. Sí, señor; salté por el muro para cerrar la puerta, que habían dejado abierta por un olvido, sin duda.

MARQ. ¡Para todo encuentra salida!

FÍG. ¿Y qué mejor salida que la puerta?

BART. Cuando se puede salir por ella.

ALM. Figaro, eres un grande hombre. Te nombro mi secretario, y mañana nos vamos á Madrid. ¿Te conviene?

FÍG. ¡Ya lo creo! ¡Ir á Madrid!

SUS. ¿Cómo? ¿Qué oigo? ¿Te vas?

FÍG. Ya lo has oído: á Madrid. Pronto volveré para casarme contigo. ¡Allí estrenaré mi ópera! ¡El teatro me dará gloria y fortuna!

TODOS ¡Viva Figaro!

ALC. ¡Silencio! (Golpe con la vara.) ¡Y viva yo también, que soy el Alcalde!

TODOS ¡Viva!

ALC. ¡Perdono á todos!

FÍG. ¿Sí? (Al público.)

Pues que todo sale bien,
y la intención nos abona,
y el Alcalde nos perdona,
perdónanos tú también. (Telón)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE FRANCISCO FLORES GARCÍA

- El 11 de Diciembre**, comedia en un acto y en verso.
El 1.º de Enero, drama en un acto y en verso.
Quien piensa mal..., juguete cómico, en un acto y en verso.
La cuerda sensible, juguete cómico en un acto y en verso.
La más preciada riqueza, comedia en un acto y en verso.
Llevar la corriente, juguete cómico en un acto y en verso, original.
Un defecto, juguete cómico en un acto y en verso.
Doña Concordia, juguete cómico en un acto y en verso.
Receta contra el suicidio, juguete cómico en un acto y en verso.
Se desea un caballero, juguete cómico en un acto y en verso.
Vicente Peris, drama histórico.
Entre amigos, comedia en un acto y en verso.
El nacimiento de Tirso, drama en un acto. (Segunda edición.)
La madre de la criatura, comedia en dos actos, en verso.
Cuestión de táctica, comedia en un acto y en verso.
Los vidrios rotos, comedia en un acto y en prosa.
Navegar a todos vientos, comedia en dos actos y en verso.
Galeotto, juguete cómico en un acto y en verso. (Cuarta edición.)
De Cádiz al Puerto, comedia en dos actos (1).
La herencia del abuelo, comedia en un acto y en verso.
La última carta, monólogo en un acto, en prosa y verso.
Conflicto entre dos ingleses, juguete cómico en un acto y en verso (1).
¡En carne viva! juguete cómico en un acto y en verso.
Meterse en honduras, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
Mapa-Mundi, juguete cómico en un acto y cuatro cuadros, en verso.
De Cádiz al Puerto, zarzuela en dos actos. (Refundición.)
Las cartas de Leona, juguete cómico en un acto y en prosa, original (2).
El hombre de las gafas, juguete cómico en un acto y en prosa.
Me pesca, comedia en un acto y en prosa.
Una doncella de encargo, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa.
Política interior, juguete cómico en un acto y en prosa.
Viruelas locas, humorada cómica en un acto y tres cuadros (parodia del drama *La peste de Otranto*), escrita en verso (1).
Como barbero y como alcalde, sainete en un acto y en verso.
El diablo harto de carne..., juguete cómico en un acto y dos cuadros (parodia del drama *Ídolo alegre y muerte triste*), en verso.
Ganar el pleito, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa.
Por las ramas, comedia en un acto y en verso, original.

El hijo de su papá, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original.

Guzmán el Malo, humorada cómica, en un acto y en prosa.

El segundo grupo, comedia en un acto y en prosa, original (3).

Trinidad, comedia en un acto y en verso.

El oro de la reacción, sátira cómico-lírica, en un acto y en verso.

¡El coco! juguete cómico, en un acto y en prosa.

Mito de inglés y canario, juguete cómico en un acto y en verso, original.

La gente del bronce, sainete lírico, en un acto y tres cuadros, original y en verso.

Lo prohibido, comedia en un acto y en verso.

Dos pasos al frente, juguete cómico en un acto y en prosa

Baltasara la Pollera, sainete en un acto y en verso.

A cartas vistas, comedia en un acto y en verso.

Juicio de faltas, comedia en un acto y en verso.

El paraíso, comedia en un acto y en verso.

La carta de una mujer, comedia en un acto y en verso.

La ley del embudo, comedia en un acto y en verso.

La pastora, juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El primer actor, comedia en un acto y en verso, original.

Detrás de la cortina, juguete cómico en un acto y en verso, original.

El rey de los animales, pasatiempo en un acto, en prosa y verso, original.

Ludovico y Ataúlfo ó la velada de los Angeles, pasatiempo cómico-lírico-bailable, en un acto, prosa y verso, original.

¡Pea! monólogo en prosa.

Quisquillas, comedia en dos actos y en prosa (1).

Doña Juanita, comedia en dos actos y en prosa (4). (Segunda edición.)

Los niños, comedia en dos actos y en prosa (4).

El señor Tromboni, comedia en dos actos y en prosa, escrita sobre el pensamiento de una obra alemana.

Las travesuras de Figaro, comedia en dos actos y cuatro cuadros, con coplas intercaladas.

Galería de tipos.—(Retratos de cuadros y costumbres).—Un tomo.

¡Cosas del mundo!—(Narraciones).—Un tomo.

La cámara oscura.—(Tipos y cuadros de costumbres).—Un tomo.

(1) En colaboración con D. Julián Romea.

(2) Con D. Angel Rubio.

(3) Con D. Luis Taboada.

(4) Con D. Joaquín Abati.

186217
T. 1
129

**DO NOT REMOVE
SLIP FROM POCKET**

ALF Collections Vault



3 0000 113 338 978